

Iván Rodríguez Pascual  
**Diseño y prueba de un sistema de indicadores  
sociales orientado a la medición de las  
condiciones de vida de la población infantil en  
contexto de la sociedad de la información**



Tesis premiada por el Instituto de Estadística de Andalucía



Instituto de Estadística de Andalucía  
**CONSEJERÍA DE ECONOMÍA Y HACIENDA**





Iván Rodríguez Pascual

**Diseño y prueba de un sistema de indicadores  
sociales orientado a la medición de las  
condiciones de vida de la población infantil en el  
contexto de la sociedad de la información**

**Instituto de Estadística de Andalucía**

Pabellón de Nueva Zelanda

Leonardo Da Vinci, 21

Isla de la Cartuja

41092 Sevilla

Teléfono: 955 03 38 00

Fax: 955 03 38 16-17

[www.juntadeandalucia.es/institutodeestadistica.es](http://www.juntadeandalucia.es/institutodeestadistica.es)

Iván Rodríguez Pascual

**Diseño y prueba de un sistema de indicadores sociales orientado a la medición de las condiciones de vida de la población infantil en el contexto de la sociedad de la información**



Instituto de Estadística de Andalucía  
**CONSEJERÍA DE ECONOMÍA Y HACIENDA**

**Datos catalográficos**

Rodríguez Pascual, Iván

Diseño y prueba de un sistema de indicadores sociales orientado a la medición de las condiciones de vida de la población infantil en el contexto de la sociedad de la información / autor, Iván Rodríguez Pascual ; directores, Pedro Castón Boyer, Estrella Gualda Caballero. - Sevilla: Instituto de Estadística de Andalucía, 2009

211 p. ; 30 cm. -- (Tesis)

En cub.: Tesis premiada por el Instituto de Estadística de Andalucía

D.L. SE. 5800-2009

ISBN 978-84-96659-78-0

1. Niños. 2. Situación social. 3. Tecnologías de la información. 4. Indicadores socioeconómicos. 5. España. I. Castón Boyer, Pedro. II. Gualda Caballero, Estrella. III. Instituto de Estadística de Andalucía. IV. Serie

004:159.922.7(460)

621.397:159.922.7(460)

303.211:308

**Directores:**

Prof. Dr. D. Pedro Castón Boyer (Universidad de Granada)

Prof. Dra. Dña. Estrella Gualda Caballero (Universidad de Huelva)

**Autor**

Iván Rodríguez Pascual

Facultad de Ciencias Políticas y Sociología

Departamento de Sociología

Programa de doctorado: Problemas Sociales de la Sociedad

Contemporánea

UNIVERSIDAD DE GRANADA

Año de Edición: 2009 Instituto de Estadística de Andalucía

© Instituto de Estadística de Andalucía

Depósito Legal: SE. 5800-2009

I.S.B.N.: 978-84-96659-78-0

Tirada: 300 ejemplares

*Reproducción autorizada con indicación de la fuente bibliográfica, excepto para fines comerciales*

# Introducción

Cuando se elabora una tesis doctoral, la mayor parte de los consejos de los colegas abundan sobre la idea de que ésta será el fruto de un trabajo sistemático y ordenado, trabajo que no llegará a buen puerto si no es sobre la base de un sólido conocimiento del marco teórico que rodea el problema estudiado y una programación estricta de los pasos orientados a producir algún tipo de aportación significativa al conocimiento científico.

Sin embargo, todo investigador conoce también lo que la experiencia ofrece y los manuales de investigación al uso no recogen (habitualmente) en sus páginas. Una programación demasiado rígida puede ser tan perniciosa para el buen desarrollo de una investigación como la ausencia de la misma, pues tiende a esclerotizar la intuición investigadora y deja al doctorando indefenso frente a los múltiples imponderables que hallará (a buen seguro) durante el proceso de investigación. A fin de cuentas, se investiga para conocer, estando una cosa supeditada a la otra.

Con estos mimbres, que pueden parecer exigüos, comencé a plantearme una estrategia de investigación que debía convertirse, a la postre, en mi tesis doctoral. Decidí, por tanto, formular un diseño de investigación en el que incluí elementos eventuales, supeditados a la marcha de la investigación y los recursos con los que contaba para ella, y otros que denominé para mí mismo como innegociables, por considerarlos absolutamente centrales en tal diseño de investigación. Entre estos últimos, me comprometí a realizar una tesis doctoral orientada a la mejora de las herramientas sociológicas de las que disponemos para conocer la realidad social de la infancia; una tesis que debería incluir a los menores como unidades de observación, lo que me obligaba a algo poco habitual en el terreno de la sociología: interaccionar con los niños como sujetos investigados, pero también con el marco institucional en el que se inserta la infancia como momento de vida; y finalmente, una tesis que produjera algún tipo de aportación que fuera fácilmente traducible en términos de conocimiento y mejora de las condiciones de vida de la población infantil.

El resultado de este delicado equilibrio entre elementos contingentes e inamovibles es el que tienen en sus manos. El diseño de un sistema de indicadores sociales que debe aportar

algo al conocimiento de las condiciones de vida de los menores, en relación al impacto producido por la entrada en escena de las nuevas tecnologías de la información y comunicación (TIC). Ahora esta tesis debe ser sometida al consabido proceso de revisión experta y defensa frente a un tribunal cualificado, que actúa como garante de que la aportación científica que les propongo es tal. Sin embargo, este doctorando se siente en la obligación de confesar que el resultado del trabajo diario con los niños y niñas que se sometieron a esta investigación y la riqueza que supone el conocimiento, si quiera parcial e incompleto, de la naturaleza social de la infancia, le hacen sentir como si ya hubiera ganado algo importante por el camino, y lo único que lamenta es la posibilidad de no ser capaz de expresar con las palabras más adecuadas esta inmensa satisfacción por lo conocido y, desde luego, por lo que queda por conocer.

En el texto que sigue procedo, por este mismo orden, al análisis de la perspectiva sociológica sobre la infancia; la exploración en términos empíricos y conceptuales de eso que llamamos sociedad de la información; la caracterización de los indicadores sociales en tanto instrumentos de observación y medición; y, finalmente, la propuesta de un sistema de indicadores aplicado al estudio de las condiciones de vida de los menores en el contexto de la sociedad de la información, aportando también una prueba de los instrumentos que suministran información al sistema.

Lo primero es importante porque, debido a una cierta especialización de nuestra disciplina en el estudio de las formas de vida “adultas”, ha surgido un discurso pseudosociológico que poco ha contribuido al esclarecimiento de las fuerzas sociales que conforman las condiciones de vida de los niños en nuestra sociedad, esclarecimiento que forma parte indispensable de un conocimiento científico de la infancia (como espacio social) y la población infantil (como colectivo dentro de una estructura social dada). Este análisis del niño como agente social es aplicado, posteriormente, al diagnóstico en torno a las posibles consecuencias del advenimiento de la sociedad de la información y forma parte de la preconcepción de la sociedad sobre la que se ha formulado el sistema de indicadores propuesto.



De otro lado, también ha resultado muy útil la caracterización de los indicadores sociales como instrumentos de observación de la realidad social, ya que constituyen hoy día parte indispensable del conjunto de herramientas metodológicas empleadas por la sociología pero subsiste cierta confusión en torno a la diversidad paradigmática desde la que éstos son diseñados y aplicados. Esperamos contribuir también al relanzamiento de un nuevo interés por el desarrollo de sistemas de indicadores encaminados a obtener información precisa sobre las condiciones de vida de los menores, dado que ésta parece ser una de las líneas de trabajo planteadas a nivel internacional coincidiendo con la demanda de un mejor conocimiento de la infancia que ya expresara la Convención de Derechos del Niño ratificada por las Naciones Unidas en 1989. En nuestro propósito subyace la idea de que los indicadores sociales proporcionan un medio plausible para romper una de las circunstancias que más negativamente estaban afectando a los niños, la de su invisibilidad estadística.

En la segunda parte de este trabajo doctoral emprendemos la tarea de proponer un sistema de indicadores sociales orientado a un mejor conocimiento de la manera en que la presencia de las nuevas tecnologías de la comunicación y la información están contribuyendo a transformar la vida cotidiana de los niños y niñas españoles. Proponemos un sistema con base teórica, pero considerado en tanto esquema provisional que debe ser continuamente revisado y actualizado, sobre la base de una traslación desde áreas conceptualmente significativas de la realidad social de la infancia a indicadores ideales, representados éstos a su vez por indicadores

operativos que tienen la difícil misión de ejercer de indicios válidos de las distintas dimensiones del problema. Toda vez que este sistema necesita de instrumentos diseñados ad hoc para obtener información, ofrecemos también una prueba de dichos instrumentos que incluye un análisis de fiabilidad y validez de los mismos.

Además, quisiéramos añadir que otro de los caracteres particulares de toda tesis doctoral es que se presenta como el fruto de un trabajo individual, cuando en realidad es siempre el fruto del concurso de los esfuerzos de muchas personas. Quiero con ello comenzar una ronda de agradecimientos que sería indecoroso no ofrecer. Desde luego, vaya uno para mis directores, que cargan (para lo bueno y lo malo, supongo) con una importante cuota de responsabilidad en el hecho de que esta tesis haya llegado a su fin. Pero también para todos los que me han animado en los momentos más difíciles del proceso y que, al mismo tiempo, me recordaron mis propias limitaciones en los de euforia, especialmente familia y amigos. Y sobre todo, un agradecimiento especial y sentido a los maestros y maestras que permitieron, con su colaboración, que esta tesis se completara, y muy especialmente a los equipos directivos de los colegios Juan Luis Vives y Naranjo Moreno personificados en las personas de María Flor Ortiz Castilla, María Gracia Rodríguez, Manuel Silvero Asensio y José Medero Martín. Y con más razón a los niños y niñas que prestaron a un adulto obsesionado por los incomprensibles problemas de la ciencia y sus vericuetos -sin pedir nada a cambio- algunos momentos importantes de esa especie de regalo nunca suficientemente apreciado que llamamos infancia.

# Índice

Introducción.....	7
<b>1. Sobre la sociología y la infancia .....</b>	<b>13</b>
1.1. ¿Es posible una sociología de la infancia? .....	13
1.2. La génesis de la aproximación sociológica a la infancia.....	15
1.2.1. El descubrimiento de la infancia .....	15
1.2.2. La infancia en la teoría sociológica .....	18
1.3. La nueva sociología de la infancia.....	25
1.3.1. El abordaje conceptual de la infancia como fenómeno social .....	26
1.3.2. Los desafíos metodológicos .....	32
1.3.3. La infancia y la sociedad (pos)moderna.....	36
<b>2. La sociedad de la información y el impacto de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación sobre la vida infantil.....</b>	<b>39</b>
2.1. ¿Sociedad de la Información? Un concepto para una sociedad emergente, 87.....	39
2.1.1. El impacto de las tecnologías de la información y la comunicación: luces y sombras de la sociedad de la información.....	45
2.1.2. ¿Es la sociedad española una Sociedad de la Información? .....	50
2.2. La Sociedad de la Información y su impacto sobre las condiciones de vida de la población infantil.....	58
2.2.1. ¿Cuál es el efecto que tienen las nuevas tecnologías de la información y la comunicación sobre la vida de los menores?.....	60
2.2.2. ¿Es Internet un lugar peligroso para los niños? .....	62
2.2.3. ¿Son los videojuegos perjudiciales para los niños? .....	65
2.2.4. ¿Son las nuevas tecnologías “cosa de chicos”? .....	66
2.2.5. ¿Cuáles son los beneficios para la infancia de las TIC? .....	69
2.3. A modo de conclusión .....	74
<b>3. Los Indicadores sociales. Aspectos teóricos y metodológicos.....</b>	<b>75</b>
3.1. Los indicadores sociales: problemas de definición y estatus epistemológico.....	75
3.2. Elementos relevantes en la construcción de la relación entre teoría y observación en el campo de los indicadores .....	85
3.3. Ventajas e inconvenientes del acceso a los fenómenos sociales a través de los indicadores.....	91
3.4. Tipología y funciones de los indicadores sociales.....	93
3.5. Formulación de sistemas de indicadores sociales: aspectos generales y criterios de integración de indicadores en esquemas teóricos .....	97
3.6. Del concepto a la práctica: antecedentes y desarrollo de los indicadores sociales .....	102
3.6.1. El origen de los indicadores sociales .....	102
3.6.2. Las fases de desarrollo del movimiento de indicadores sociales .....	105
3.7. El estudio de la infancia a través de indicadores sociales .....	113
3.7.1. Los menores “invisibles”: consideraciones previas en torno al estudio de la infancia.....	113

3.7.2. Los indicadores sociales aplicados a la infancia: contextos e iniciativas .....	119
3.7.3. La investigación de la situación social de la infancia a través de los indicadores sociales: conquistas presentes, retos para el futuro. ....	126
<b>4. Diseño del sistema de indicadores .....</b>	<b>131</b>
4.1. Sobre el diseño del sistema de indicadores sociales .....	131
4.2. El sistema de indicadores: elementos formales de su diseño .....	132
4.2.1. Objetivos generales y específicos. ....	132
4.2.2. Dominios y áreas constituyentes del sistema de indicadores. ....	134
4.2.3. Elección de los indicadores del sistema .....	136
4.2.4. Índices o medidas sintéticas del sistema. ....	146
<b>5. Diseño metodológico de la prueba del sistema de indicadores .....</b>	<b>149</b>
5.1. Diseño cualitativo. ....	149
5.2. Diseño cuantitativo .....	153
5.3. Cronograma .....	155
<b>6. Prueba de los instrumentos del sistema, notas metodológicas y diagnóstico sobre la fiabilidad y validez de los mismos .....</b>	<b>157</b>
6.1. Desarrollo del instrumento cuantitativo. ....	157
6.2. Desarrollo del instrumento cualitativo .....	158
6.3. Análisis de resultados y dictamen sobre la fiabilidad y validez del sistema, 419. ....	161
6.3.1. Consistencia metodológica .....	161
6.3.2. Consistencia interna de los datos: fiabilidad y validez. ....	166
6.4. Conclusiones sobre los resultados de la aplicación de los instrumentos cuantitativos y cualitativos: incidencias metodológicas y diagnóstico sobre la fiabilidad y validez del sistema .....	177
<b>7. Conclusiones .....</b>	<b>179</b>
<b>Referencias Bibliográficas .....</b>	<b>185</b>
<b>Anexos (I) .....</b>	<b>197</b>
Cuestionario. ....	197

**Primera parte: Fundamentación teórica de la pertinencia del estudio sociológico de las condiciones de vida de la población infantil y de los indicadores sociales como instrumentos de medición**



# 1. Sobre la sociología y la infancia

El propósito de elaborar un instrumento metodológico que sirva de herramienta de aproximación al estudio de la situación social de los menores bajo determinadas circunstancias vitales, exige una aclaración previa en la medida que dicha aproximación se compromete a estar construida a través del prisma de la mirada sociológica y no meramente estadística. Será, pues, el propósito de estas páginas el aclarar en qué medida la sociología ha prestado atención a los menores y a todos aquellos aspectos que son susceptibles –como lo es, de hecho, la significación del propio concepto de infancia- de someterse al análisis sociológico. Por de pronto, puede parecer una temeridad el afirmar que existe algo parecido a una “sociología de la infancia” si no existe una justificación teórica previa en dicho sentido, por más que sea éste ya un término que circula en el ámbito de lo académico, figura en los planes de estudios y es contenido en numerosas publicaciones. Trataremos aquí y ahora de construir dicha justificación, para posteriormente abordar los aspectos más concretos relacionados con los problemas teóricos y prácticos que rodean la generación de un sistema de indicadores sociales tal como el que se propone este doctorando.

## 1.1. ¿Es posible una sociología de la infancia?

La pregunta es pertinente en la medida que, y es justo reconocerlo, es éste un campo de estudio emergente y (por ahora) minoritario. Ya he expuesto en otro lugar (Rodríguez, 2000), quizás de una manera demasiado somera y poco ambiciosa, ajustada por otra parte a las limitaciones de tiempo y espacio, algunas de las consideraciones que vienen al caso para ofrecer una respuesta a la cuestión que da pie a este epígrafe.

Será conveniente, para comenzar, plantear al problema en pretérito: ¿ha sido posible algo parecido a una sociología de la infancia? o lo que es lo mismo, ¿cuál ha sido el interés por la sociología por esclarecer los factores sociales relacionados con la situación social de los menores, o que afectan a su desarrollo, o que delimitan la manera en que la sociedad representa o define lo que entiendo por *infancia*? ¿De qué manera han abordado los sociólogos el estudio de la conexión entre la estructura social y la vida de los niños y niñas que la habitan? ¿Cómo ha afectado el cambio social a las condiciones de vida de los menores? La lista de cuestiones implicadas en el estudio sociológico de la infancia<sup>1</sup> podría volverse irritablemente larga a medida que fuéramos profundizando en todos estos aspectos, lo cual es, sin duda, buena prueba de que podemos suponer a priori la pertinencia de una aproximación sociológica que desvelara aquellos interrogantes que otras disciplinas no pueden resolver. El estudio de la aportación de la sociología a la consecución de tal tarea nos lleva, por contra, a una conclusión dispar, toda vez que la presencia de un campo abierto a nuestra ciencia de lo social no parece haber sido aliciente suficiente para los sociólogos. La tesis interpretativa no puede ser otra más que la sociología ha ignorado, o al menos no ha considerado en toda su extensión, la trascendencia de un análisis sociológico de la infancia.

En la práctica esto significa que se ha investigado poco sobre los menores desde una perspectiva sociológica, que se ha escrito escasa y limitadamente, y que faltan teorías de referencia –no ya a gran escala, ausentes en muchos otros

---

1. No podemos dejar de hacer notar que el término “infancia” se aplica a realidades diferentes, por ejemplo al grupo que forman los niños de una determinada sociedad o a un parte determinada del ciclo vital del ser humano; Ferrán Casas (1992) se ha hecho eco del carácter polisémico que el término tiene en castellano, dado que con él se puede aludir: a) a un período determinado de la vida de un niño o niña cuyas lindes, por otra parte, son completamente arbitrarias, b) al conjunto de la población que tiene una edad comprendida en el intervalo de edades aludido en el punto “a”, c) o al conjunto de características psicosociobiológicas de unos sujetos en estado de desarrollo y d) a una representación colectiva que evoluciona históricamente. Aquí trataremos de sortear este problema utilizando el término “población infantil” o simplemente el de “niños” o “menores” para referirnos a la infancia como colectividad y el de “concepto de infancia” para referirnos a la representación social que existe sobre estos menores, reservando la palabra “infancia” para cuando nos refiramos a un momento concreto del ciclo vital considerando éste en abstracto. La cuestión se complica aún más si tenemos en cuenta que cuando hablamos de la construcción social de la infancia o de la representación social que a ésta se asocia, deberíamos hablar en realidad de las “infancias”, puesto que las representaciones sociales y las actitudes hacia los menores presentan variaciones dentro y fuera de una sociedad dada.

casos- sino incluso de corto alcance. Uno de los pocos intentos de la sociología española por acercarse al estudio sociológico de la infancia comenzaba con estas palabras (Aguinaga y Comas, 1991: 3):

*El análisis de los procesos sociales en los que se desarrolla, y transcurre, la evolución de la vida infantil hacia la condición de adulto apenas ha sido considerado desde la sociología. No aparecen referencias bibliográficas, ni mucho menos una teoría establecida o un marco de referencia mínimo. Parecería, y éste es ya un dato de partida, que el espacio previo a la vida del adulto no es un espacio social o al menos no ha sido analizado nunca como tal.*

Y ni tan siquiera era una idea original, en la medida que ya ha sido apuntada en el ámbito de la sociología en lengua inglesa -más dada a estos temas- como puede comprobarse en Jenks (1982b; 1996), donde el autor explica que la constitución del campo de la infancia resulta problemática para la sociología en la medida en que la teorización producida sobre los sistemas sociales descansa en modelos sobre lo que hay de “racional”, “normal” y “natural” en la conducta humana, esto es, que la sociología se escribe con las palabras de los adultos. Por otro lado, a la pregunta de dónde están los menores en el pensamiento sociológico habremos de responder que “cuando se les estudia se ha enclaustrado sus vidas y experiencias en unos pocos subcampos sociológicos -la familia, la educación y la socialización- y son pocos los estudiosos de la organización social, el trabajo, la sociología política y urbana o la estratificación que prestan alguna atención a la existencia de los menores o la cualidad de la infancia. La teoría sociológica muestra un particular adultocentrismo, lo cual la lleva a considerar a los menores sólo desde la perspectiva de la reproducción del orden social” (Neustadter, 1989: 200)

Sin embargo, la ausencia de un marco teórico consistente no puede ocultar el hecho de que el estudio de las condiciones de vida de los menores y de su desarrollo en tanto agentes sociales no debe resultar indiferente a la sociología. Está en juego el conocimiento de algunos aspectos fundamentales de la vida social: los condicionantes de la socialización, la comprensión misma de este fenómeno y del papel que en él juegan los propios niños junto con los adultos; la manera en que la estructura social condiciona las oportunidades vitales de los individuos; la relativa permeabilidad de normas y valores entre generaciones; el significado de la infancia en el marco general del ciclo de vida familiar; la relación entre la estratificación social y las prácticas educativas; el estudio de las actitudes culturales hacia la infancia y la educación y la relación de éstas con fenómenos como el maltrato infantil; y a buen seguro muchos otros que escapan a la prontitud con que todos los anteriores se muestran a la mirada del sociólogo, si bien pueden ser igualmente relevantes. Que la infancia haya

faltado en la mirada sociológica no tiene justificación teórica alguna, máxime cuando esto ha permitido la eclosión de un cierto pensamiento pseudosociológico, a menudo impreciso y desprovisto de contrastación empírica, facturado desde posiciones periféricas a nuestra disciplina (Aguinaga y Comas, 1991).

Buena prueba de que la sociología cometió un error al relegar el estudio de la infancia y de los menores a un segundo plano es que ahora trata de enmendarlo. Si verdaderamente la disciplina no tuviera nada que añadir a este respecto resultaría del todo inexplicable el nuevo interés que está surgiendo desde los últimos años a esta parte, en muy diversos ámbitos geográficos, por la investigación sociológica con y para los menores, como atestigua la progresión de grupos de investigación, comités y asociaciones que incluyen la “sociología de la infancia” en sus organigramas, publicaciones y reuniones científicas.

Así, hemos asistido desde la segunda mitad de los años ochenta a una cierta eclosión de nuevos grupos, centros e instituciones que en el marco de la sociología se dedican al estudio de la infancia. La iniciativa en este sentido correspondió en 1984 a la *Nordic Sociological Association*, iniciativa pronto extendida a otros ámbitos y otras asociaciones representativas del quehacer sociológico. Ocurre así cuando se establece en 1990 una sección dentro de la *American Sociological Association* denominada “Sociology of Children” (“sociología de los menores” o “de los niños”, en contraposición a otra de las denominaciones corrientes, la “sociología de la infancia” [Childhood / Kindheit]). También en 1990, aunque constituido a finales de los ochenta, se presenta por vez primera en Madrid, en el contexto del decimosegundo congreso mundial de sociología y de la Asociación Internacional de Sociología (ISA), el comité de investigación dedicado a la sociología de la infancia (“Sociology of Childhood”). En 1995 se reproduce el fenómeno en el marco de la Sociedad Alemana de Sociología [*Deutschen Gesellschaft für Soziologie*], en el que aparece un grupo denominado “Soziologie der Kindheit”. Igualmente, fuera del ámbito estrictamente sociológico, se ha multiplicado el número de instituciones de muy diverso signo que se autocalifican como de “estudios de infancia”, “de los derechos de los menores”, o “de la situación social de los menores”<sup>2</sup>. De esta forma queda también configurado el desigual panorama del interés por la infancia en el conjunto de las distintas asociaciones sociológicas, coincidiendo de manera bastante exacta con las distintas iniciativas de desarrollo de sistemas de indicadores sociales para la infancia y políticas sociales específicas para esta grupo de población: de un lado, Estados Unidos y los países de la órbita escandinava, centro y norte de Europa<sup>3</sup>, donde se desarrolla un creciente interés político y científico en torno al tema, del otro aquellos lugares donde, por muy diversas razones, no existe un interés explícito por mejorar los sistemas de información sobre la infancia o éste se muestra insuficiente (entre ellos España).

Cuando acaba de comenzar el siglo XXI, contamos con una suerte de paradigma asentado cuyos contenidos son variables, pero que puede ser caracterizado ya como tal, en la medida que engloba una serie de características típicas como: a) se propugna que los menores sean objeto de estudio per se; b) que constituyan, además, las unidades de observación; c) que puedan hablar con su propia voz sobre sus experiencias;

2. En el sitio web de *Childwatch International Research Network* (Oslo), organización creada con el objetivo de responder al reto planteado por la Convención de Derechos del Niño y que se plantea la necesidad “de cambiar el foco de la investigación y asegurarse de que las voces de los menores sean oídas”, se recoge un directorio básico de este tipo de instituciones. A fecha de octubre del 2001 el número de éstas ascendía a más de 36, repartidas a lo largo y ancho del planeta, tanto en países en vías de desarrollo y el tercer mundo como en aquellos que llamamos “desarrollados” ([www.childwatch.uio.no](http://www.childwatch.uio.no)).

3. Aunque probablemente Australia, Israel y Japón podrían igualmente formar parte de este grupo.

d) que se contemple la infancia como parte de una estructura social dada; e) que se estudie a los menores desde una dimensión presente, y no sólo en tanto que futuros adultos; f) que sea la infancia contemplada desde una perspectiva intergeneracional (Brannen y O'Brien, 1996). Allison James y Alan Prout (1997) añaden a éstas las de f) caracterizar la infancia como construcción social o componente estructural y cultural de las sociedades (no negándose al tiempo su carácter biológico y natural), g) el reconocimiento de la relación existente entre la infancia y otras categorías sociológicas como el género o las clases sociales, h) la consideración de los menores como agentes activos en la construcción de su vida social, i) la idoneidad del método etnográfico para el estudio de la misma y, finalmente, j) la presencia de una “doble hermenéutica” que vincula este nuevo paradigma con la tarea de reconstrucción de la infancia en las sociedades modernas. Por otra parte, no debe entenderse que la sociología de la infancia es una rama plenamente madura del conocimiento sociológico. De acuerdo con Oakley (1994) ésta ha superado los primeros estadios de su desarrollo denunciando la total invisibilidad de los niños en la teoría sociológica, así como estableciendo un principio de crítica a los paradigmas tradicionales de interpretación de la misma, pero restan otras tareas: sobre todo la de ser capaces de complementar el vacío que la infancia supone en la teoría hasta lograr su integración en las cuestiones centrales de la disciplina; esto supone, a decir de la autora, evitar caer en la visión de la infancia como grupo homogéneo, la generación de una genuina teoría sociológica sobre los niños y sobre la infancia, así como el afianzamiento de los vínculos entre la necesidad del estudio de los menores y su aplicación, evitando convertir a los niños en meros “objetos” de estudio y, por último, afrontando la complejidad inherente a su papel en el proceso de investigación.

Precisamente, por ser el de la propia constitución del rango de fenómenos observables uno de los principales problemas de cualquier intento de hacer sociología de la infancia, abordaremos en este capítulo la manera en que se ha realizado en nuestra disciplina la aproximación conceptual a la misma y el estado actual de su desarrollo, persiguiendo delimitar también algunos de los problemas metodológicos con que nos enfrentamos, como paso previo antes de plantear aquellas cuestiones que enlazan de manera más directa y pragmática con el diseño de un sistema de indicadores sociales para la infancia.

## **1.2. La génesis de la sociología de la infancia: una aproximación conceptual y metodológica**

“Descubrir” a los menores puede parecer una expresión absurda, pero no lo es cuando se aplica a la caracterización del proceso por el cual determinados agentes sociales que habían sido cubiertos por un manto de “invisibilidad” histórica y social pasan a formar parte de la agenda de los investigadores. Como se ha afirmado antes, la sociología (como la ciencia en general) se ha escrito con la palabra de los adultos (de los adultos varones, como seguramente matizaría la teoría feminista) y esto hace que hoy nos expliquemos por qué el interés por

esclarecer la situación social de los menores sea tan reciente. Por otra parte, la configuración de la infancia como un momento pre-social ayuda a que los menores nos parezcan, al mismo tiempo, seres cercanos pero lejanos en la medida que habitan un mundo conceptualmente desgajado del de los adultos. Por esta razón, analizaremos aquí el proceso a través del cual se ha producido tal “descubrimiento”, incluyendo la mención a los intentos producidos desde la sociología clásica y contemporánea de ofrecer un marco teórico, por angosto que éste pueda ser, para el análisis de la infancia.

### **1.2.1. El “descubrimiento de la infancia”**

Arriesgamos ciertamente poco al afirmar que la sociología ha contraído una enorme deuda con la investigación histórica de las condiciones de vida de los menores, en el conjunto de la explicación del proceso de conformación de una representación social particular de lo que significa la infancia. Efectivamente, la ruptura epistemológica que se produce a raíz de la constatación de que la situación social de los menores ha sufrido una radical transformación en la Europa Occidental en los últimos siglos, es un hecho importante por dos razones: en primer lugar por lo que aporta de contenido al escaso corpus teórico preexistente en torno a la infancia pero, sobre todo, porque rompe definitivamente con el problema de la “invisibilidad” de los menores, que parecían quedar fuera del rango de fenómenos bajo la mirada de los investigadores. No por sobradamente conocida ha resultado menos significativa la afirmación, compartida por muchos historiadores y sociólogos, de que se ha descuidado sistemáticamente el estudio de los aspectos relevantes de la relación entre infancia y familia desde una perspectiva sociohistórica (Harris, 1986) y éste es ya, al menos, un punto de partida.

Asimilada la aseveración anterior, quedaba a la historiografía la asignatura pendiente de arrojar alguna luz sobre la manera en que los niños han sido socializados en el contexto de diferentes sociedades y en diferentes momentos históricos, desvelando aquellos detalles que nos permitieran esclarecer cómo era su relación con sus padres, sus condiciones de vida o cuándo dejaban de ser niños y eran identificados como adultos, por poner sólo algunos ejemplos. En el último tercio del siglo XX aparecen varias respuestas a este tipo de interrogantes que, como veremos, serán el detonante de un nuevo interés por emprender el estudio sociológico de la infancia.

La más conocida, y quizás también la que haya generado un mayor impacto de entre estas respuestas, es la que propone Philippe Ariès en un texto ya clásico: *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Aquí aparece planteada ya de manera distintiva la hipótesis del descubrimiento de la “infancia” como proceso de construcción social del significado moderno del término. El núcleo argumental de la obra de Ariès es claro: tomando como base un exhaustivo análisis de documentos iconográficos el autor concluye que el sentimiento de infancia, esto es, la conciencia de la particularidad infantil, no existe en la Edad Media, y es el resultado por tanto de un proceso de cambio histórico que comienza en los días oscuros de la Europa medieval y se extiende a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII para desembocar en la sociedad industrial. El resultado general del proceso es claro: nuestra sociedad está



obsesionada con los problemas físicos, morales y sexuales de la infancia (Ariès, 1987: 540). Esta tesis ha sido ampliamente discutida desde el mismo momento de su formulación, pero ha sido tal su atractivo para los científicos embarcados en el análisis de la situación social de la infancia que hoy sigue siendo lugar teórico obligado y Ariès continúa figurando como uno de los referentes inexcusables para la sociología de la infancia.

El autor aclara cuál es exactamente el sentido de sus palabras al afirmar que el sentimiento de la infancia no existe en la sociedad medieval (Ariès, 1987: 178):

*En cuanto el niño podía pasarse sin la solicitud constante de la madre, de su nodriza o de su nana, pertenecía a la sociedad de los adultos y no se distinguía ya de ellos.*

Así, la hipótesis de Ariès podría reformularse de la siguiente forma: en la sociedad medieval no existía la radical separación de la vida de los niños y los adultos que en nuestra sociedad se reafirma, sin embargo, como expresión de la existencia de necesidades que son propias a mundo infantil y distintas de las del adulto. Por supuesto, no podría entenderse tal interpretación de la vida de los menores si ésta no fuera puesta en el marco de un análisis general de la vida familiar y social de las sociedades preindustriales<sup>4</sup>. Precisamente, a este respecto introduce Ariès la idea de que la existencia de una intersección plena entre la vida de los niños y la de los adultos se debe a la presencia de un principio de sociabilidad amplia, en la que el mundo de lo privado y lo público se confunden y distan mucho de representar compartimentos estancos, como parece que es norma en las sociedades modernas. Dirá el autor (Ariès, 1987: 536):

*El historiador que examina los documentos iconográficos (...) se sorprende de la escasez, al menos hasta el siglo XVI, de escenas de interior y familia. (...) el historiador conoce inmediatamente al principal personaje de esta imaginería tan esencial como lo era el coro en el teatro antiguo: la multitud, no la masiva y anónima de nuestras ciudades superpobladas, sino la asamblea, en la calle o en los lugares públicos (como las iglesias), de los vecinos, las mujeres y los niños, ciertamente numerosos pero no mutuamente ajenos.*

El problema no es que la familia no existiera, sino que ésta se veía envuelta por una densidad social que primaba sobre ella al no ser prioritario el sentimiento de la vida familiar como intimidad y refugio de privacidad. Era esto lo que permitía el que los menores habitaran un espacio social amplio y heterogéneo y que, desde la perspectiva de la necesidad de control sobre la infancia tan típica de nuestras sociedades, hoy nos parecerían simplemente asombrosos. Las conclusiones que sobre la privacidad, la intimidad y el desarrollo del nuevo sentimiento del individualismo han vertido otros autores después de Ariès parecen darle la razón al señalar la permeabilidad de la frontera entre el mundo público y privado, en contraposición con la sociedad burguesa y su obsesión por

fijar adecuadamente dicha frontera (Béjar, 1990; 1993; Sennet, 1978). Será al producirse la transformación social que trae a la Europa occidental la modernidad y la sociedad industrial, con la burguesía como nuevo grupo social dominante, cuando las tornas cambien y se produzca un giro copernicano en la manera de entender la posición de la infancia en la familia pero también en el conjunto de los modernos estados nacionales. Se hará necesario el control sobre los movimientos de la infancia, la presión sobre su naturaleza maleable para conseguir controlar adecuadamente el proceso de reproducción social que comienza con el nacimiento de un nuevo individuo. Aquí surge la moderna concepción de la infancia (Ariès, 1987: 541):

*En lo sucesivo, se reconoce que el niño no está preparado para afrontar la vida, que es preciso someterlo a un régimen especial, a una cuarentena, antes de dejarle ir a vivir con los adultos.*

La elección de los términos es suficientemente explícita: “someter”, “cuarentena”, etc. En estas condiciones dos son las instituciones que van a asumir dicha tarea: la familia, que se convertirá en la garante de la función moral e espiritual de formar los cuerpos y las almas, y la escuela como instrumento de disciplina y normalización política. El surgimiento de ese nuevo sentimiento hacia la infancia responde a un interés por la satisfacción de las necesidades particulares de los menores, pero también a la necesidad social de controlar, a través de la socialización familiar e institucional, el contenido y el producto de la reproducción social. No es extraño que a lo largo del camino recorrido hasta la conformación del sentido moderno de eso que llamamos “infancia” se haya caracterizado a los menores de manera variable, en función de la imagen ideológica sobre la naturaleza del niño y su desarrollo que ha fundamentado tal caracterización; los constructores de ese concepto moderno de lo que es la infancia han visto diferentes amenazas y potencialidades en la tarea de convertir un ser infantil en un sujeto integrado en la sociedad y esto les ha llevado a identificar a los niños como “pequeños ángeles” o “pequeños diablos” alternativamente (Synnott, 1983). En última instancia, la opción por una u otra modalidad de representación de la infancia responde a la necesidad de encontrar una justificación a la manera particular en que cada sociedad ejerce una presión determinada sobre los niños para que devengan adultos. Vemos como el historiador ha entrado en el espacio personal, en la vida interior de las familias del pasado, proponiendo una interpretación del mismo en el contexto de un marco de desarrollo o evolución histórica; la conjunción de ambas características será lo que haga esta obra particularmente atractiva para todos aquellos interesados en la construcción de una historia de la familia en términos humanos (Wilson, 1980).

Con posterioridad a la publicación de la obra de Ariès otros autores han abundado en una línea de trabajo similar, destinada a esclarecer el desarrollo del proceso de generación de una manera diferente de entender la infancia en las sociedades modernas. El más conocido acaso sea el de la Historia de la infancia de Lloyd De Mause, que sin embargo presenta una perspectiva que es sólo superficialmente similar a la de Ariès. De Mause critica explícitamente la visión de Ariès, que juzga excesivamente condescendiente con la realidad de la situación de la infancia en la Europa preindustrial, proponiendo como

4. Tal y como Adrian Wilson (1980) sugiere, la obra de Ariès parece incluir dos grandes bloques o ámbitos de análisis, conceptualmente distintos pero a menudo interconectados e incluso imperfectamente separados en términos cronológicos: por un lado la demostración de que hubo un período histórico en que las actitudes modernas hacia la infancia no pueden ser detectadas, por el otro la descripción del proceso histórico por el que las antiguas pautas de sociabilidad y trato hacia los menores se transforman hasta un modelo “moderno”.

punto de partida para su historia de la infancia la siguiente afirmación: la historia de la infancia es una pesadilla de la que acabamos de despertar, cuanto más retrocedemos en la historia menor es la atención a los menores y más probable es que estos sean asesinados, abandonados, golpeados, aterrorizados o agredidos sexualmente (De Mause, 1982). Desde este punto de vista, la evolución de la atención a los menores habría atravesado, según el autor seis fases que corresponden con otros tantos períodos históricos<sup>5</sup>:

- Infanticidio (de la Antigüedad al siglo IV): referido a la práctica común de la que toma nombre que tiene como resultado la escasa supervivencia de los recién nacidos.

- Abandono (siglos IV-XIII): una vez que se admite que el niño posee un alma, el único modo de escapar de él es el abandono (frecuentemente a familias adoptivas, monasterios, casas de familias nobles, etc.).

- Ambivalencia (siglos XIV-XVIII): al entrar el niño en la vida emocional de los padres, se hace necesario su moldeado, para lo que aparecen los primeros manuales.

- Intrusión (siglo XVIII): se produce una aproximación aún más cercana que la característica de la fase anterior, toda vez que el niño ya no es visto como una fuente de peligrosas proyecciones parentales. Aquí la clave no es tanto el modelo de su cuerpo, como la invasión y control de su mente y sus necesidades. Aparece la pediatría y se produce la transición demográfica, característica del siglo.

- Socialización (siglos XIX-XX): aparece la idea del guiado del niño a través del camino recto, su socialización. Los padres comienzan a mostrar por sus hijos un interés más que ocasional.

- Ayuda (mediados siglo XX): se acepta la idea de que el menor conoce mejor sus necesidades que sus propios padres, reforzando el trabajo empático de los mismos.

Paradójicamente, pese a proponer un método supuestamente innovador de interpretación del cambio social que el autor denomina teoría de la psicogénesis, basado en la acción sobre el intercambio generacional a lo largo de la historia y la necesidad por parte de los adultos de superar su ansiedad infantil, el resultado en líneas generales no difiere tanto del que expusiera Ariès; finalmente se concluye que la moderna actitud de la infancia, más responsable y comprometida con las necesidades de los menores, es el fruto de una tendencia de cambio histórico y, por tanto, una construcción social. La diferencia es valorativa: De Mause carga las tintas sobre los aspectos negativos de la situación social de la infancia en las sociedades preindustriales, mientras que a Ariès comúnmente se le reprocha una idealización de las condiciones de vida de ésta durante el Antiguo Régimen. En lo que concierne a la sociología, ambos representan una prueba de la manera en que los procesos de cambio social afectan a la representación social de la infancia.

5. La consistencia histórica de las fases señaladas, el etnocentrismo con el que están formuladas y el hecho de que se basen en el limitado presupuesto de que el cambio histórico se produce por la manera en que los padres tratan de reducir la proyección de sus ansiedades infantiles sobre sus hijos convierten esta tipología en materia discutible, al menos tanto como la afirmación de Ariès de que la "infancia" tal y como la conocemos no existía antes del siglo XVII.

6. Que podría corresponder incluso a un prerrequisito de la supervivencia cultural del ser humano al posibilitar la socialización y la reproducción social, como se señala en Corsaro (1997).

La obra de Ariès, como decíamos, ha encontrado frecuentes detractores. De modo general, las críticas a *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen* se han centrado en varios aspectos; se ha mencionado el modo en que Ariès subestima el control presente en el núcleo familiar (Segale, 1992; Hufton, 1992); También ha sido frecuente el atribuirle una actitud renuente a la contemplación de los aspectos negativos (infanticidio, maltrato, etc.) presentes en las condiciones de vida de los menores en la Europa medieval, además de extraer conclusiones sin evidencias históricas completas (De Mause, 1982); más consistente ha sido la crítica que ha aludido a la debilidad de sus fuentes y el problema de la inferencia de procesos históricos complejos a partir de dichas fuentes; en este sentido Wilson (1980) afirma que Ariès comete varios errores importantes: trabaja con documentos iconográficos sin poner en cuestión dichas fuentes y obviando el hecho de que las obras artísticas representan, es decir, interpretan una realidad social sin reproducirla en su exactitud –olvidando que la historia no se extrae directamente de sus fuentes–, además Ariès mira el mundo familiar del pasado con los ojos del presente y al detectar que falta una concepción moderna de la infancia se detiene aquí, sin considerar en detalle qué existe en su lugar (identifica la ausencia de dicho moderno sentir hacia los menores, pero nada más), presenta una imagen idealizada de las condiciones de vida durante el Antiguo Régimen, ignora la posible división de grupos de edad presente en la época al concluir que la vida de los niños simplemente se “mezclaba” con los adultos y, finalmente, presenta una concepción del cambio histórico y social marcada por la inevitabilidad y la continuidad cronológica.

No obstante quizás haya sido la obra de Linda Pollock (1983) la que más se ha acercado a la obtención de evidencias históricas (aunque, nuevamente, de manera indirecta) que parecen desmentir, al menos en parte, la tesis de Ariès. De acuerdo con la información extraída de diarios personales, autobiografías y obras literarias y otros documentos escritos, la autora describe un paisaje mucho más positivo de la infancia que aquella “pesadilla” de la que hablaba De Mause, al tiempo que observa, en contra de la suposición de Ariès de una cierta indiferencia en el trato al menor por parte de sus padres, una fuerte implicación afectiva y personal en la crianza de los hijos<sup>6</sup>. Sin embargo, la obra de Pollock merece también ser criticada; como afirma Corsaro (1997: 52), el problema de las fuentes vuelve a estar presente: los diarios y las autobiografías son productos que se identifican con las clases privilegiadas y desde luego no tienen por qué representar una imagen completa –sin omisiones– de la realidad de la infancia de la época.

A pesar de todas estas consideraciones, ha sido el carácter ineludiblemente pionero de la obra de Ariès, así como su valor en tanto que punto de partida para el estudio de la familia y la infancia a través de la historia –condenadas hasta entonces a la “invisibilidad” por las crónicas al uso– lo que ha provocado que se siga escribiendo en torno a ella y, sobre todo, que todos los que aspiran a retratar las condiciones de vida de la infancia recurran sistemáticamente a su mención para señalar un punto de partida en este nuevo interés por los menores y su situación social. Al fin y al cabo, el propósito de obtener una imagen que describa con absoluta fiabilidad el mundo de los menores en épocas pasadas está afectado por

una serie de dificultades que son propias al estudio de la infancia y que son producto de (Jordanova, 1990: 79):

- En primer lugar, el hecho de que la infancia es un estado temporal que no posee fronteras naturales. Las definiciones de la misma se forjan en un contexto local, no biológico, y pueden no tener un carácter estable.

- En segundo lugar, la infancia es un estado que los historiadores han experimentado por lo que todos ellos están, sin excepción, implicados directa y personalmente en su conocimiento.

- En tercer lugar, los propios historiadores son el producto de sociedades que sostienen complejos puntos de vista sobre los menores, en ocasiones profundamente contradictorios, no siempre articulados globalmente. Esto significa que nuestra capacidad para sentimentalizar, identificarnos, proyectar y reificar la infancia es casi infinita. Lo que dota a su trabajo de una particular densidad moral<sup>7</sup>.

Sin embargo, la constatación de la actitud moderna hacia la infancia como un producto social no ha venido sólo a través de la obra de Ariès y De Mause. En múltiples campos se realiza un serio esfuerzo por estudiar la manera en que los cambios sociales (aunque mayormente el que conduce a la irrupción de la sociedad industrial en el contexto de la Europa Occidental) afectan a los menores y a las instituciones sociales que se ven implicadas en su protección y socialización. En este sentido, son notorias algunas aportaciones.

En términos generales, conforme se ha multiplicado el esfuerzo investigador han ido apareciendo evidencias que señalan fases concretas en este proceso de construcción de la moderna representación social de la infancia y características que lo identifican. Se ha observado la relación entre la emergencia de los sistemas modernos de protección social a la infancia (y las agencias que contienen) y el interés, fundamentalmente en un sentido utilitario aunque también humanitario, por controlar la infancia marginal a partir sobre todo del siglo XVIII (Dingwall et al, 1984<sup>8</sup>), en lo que se ha dado en llamar una “acción civilizadora” que esconde un propósito cuasi-religioso de moralización y normalización (Colectivo IOE, 1989)<sup>9</sup>. El propio Foucault, en su descripción de la sociedad disciplinaria hace notar la manera en que se sitúa a los menores en una posición escindida del mundo adulto como un ser individualizado (sometido), menos capaz o “discapacitado”, posición que comparte con los enfermos mentales (a los que

se trata como niños) (Foucault, 1975; 1976). Igualmente hay quien se ha preocupado de señalar el hecho de que, aunque los primeros intentos de regulación legal de la infancia son tempranos (a partir del siglo XVI), éstos no responden verdaderamente a un concepto moderno de la misma ni sirven a las necesidades de los niños, sino al interés de otras figuras distintas a las del menor, fundamentalmente el padre o tutor (Eekelaar, 1986). De otro lado, albergamos ejemplos sobre cómo la profundización en la distintiva separación entre el mundo de los adultos y de los menores, ha producido un conjunto peculiar de normas “de protocolo” para la interacción con los menores en espacios públicos que no hacen sino reafirmar la idea de que éstos no pueden ser considerados agentes sociales plenos, sino dependientes de los adultos (Cahill, 1990). En el contexto de la sociología española destacan con voz propia los trabajos de Julia Varela en torno a la genealogía de la percepción social de los niños y el estudio crítico de la génesis de la escuela primaria (Varela, 1978;1986)

Estas ideas sobre la conformación del moderno concepto de infancia tendrán un papel determinante en la sustentación teórica de lo que hemos venido llamando hasta ahora la “nueva sociología de la infancia”, incluso con una preeminencia mayor que la de las aportaciones de la sociología clásica, que abordaremos a continuación.

### 1.2.2. La infancia en la teoría sociológica

Hemos vertido aquí la afirmación de que el estudio de la infancia en tanto que parte del objeto material de la sociología no ha sido abordado desde nuestra disciplina. Ello no debe conducirnos a la impresión de que los sociólogos no se han ocupado en absoluto de estudiar los fenómenos que conciernen al desarrollo de los menores, las representaciones sociales de la infancia, etc. El problema, más bien, es de otra índole. En realidad hubiera sido muy difícil plantear una sociología que estudiara el proceso de socialización y la reproducción social ignorando por completo a los menores, por poner sólo un ejemplo. A pesar de ello, ya hemos señalado que no existe un desarrollo teórico que explique el desarrollo infantil en sus condicionantes sociales, al menos no comparable al corpus teórico producido sobre otros fenómenos sociales. ¿Cómo se explica esto? Una posible respuesta, que parece ser la aceptada en mayor medida por la sociología actual, es la siguiente: lo que ha ocurrido es que la infancia no ha constituido dentro de la teoría sociológica un campo de estudio *per se*, sino siempre subordinado a intereses distintos al de esclarecer las implicaciones sociales de la misma. Los sociólogos se han interesado por la infancia, por poner un caso, al estudiar el proceso de socialización o los cambios en la institución familiar, pero considerando el estudio de ésta desde una finalidad instrumental. Es obvio que esto lleva a ofrecer visiones parciales del fenómeno, e incluso distorsionadas en función de aquello que el sociólogo quiere demostrar. Uno de los pioneros de la sociología de la infancia, por ejemplo, alude a la siguiente circunstancia (Jenks, 1982b): Talcott Parsons está interesado en elaborar una teoría integradora del sistema social que dé cuenta de cómo la sociedad socializa a los individuos reproduciendo el consenso normativo básico que sustenta el orden social, por ello enfatiza el aspecto de continuidad que implica el proceso de

7. La lectura atenta de estas líneas sólo puede conducirnos, por otra parte, a la conclusión de que es ésta una característica que concierne en la práctica a cualquier científico social implicado en el estudio de la infancia (por más que éste presente su trabajo como un producto objetivista). Reflexiónese sobre esto en relación a las consideraciones que introduciré en el capítulo dedicado al análisis de los indicadores sociales como instrumento metodológico y el problema de los valores y preconcepciones de la sociedad presentes en los sistemas de indicadores sociales.

8. Para el caso de la sociedad española ver también: Davila (1991).

9. Si bien también hay quien ha llegado a conclusiones que difieren de este modelo interpretativo. El profesor Robert Van Krieken, sobre la base del análisis de la formación del sistema de bienestar infantil en Australia sugiere una hipótesis que hace extensible a otras sociedades occidentales: es conveniente evitar una interpretación simplista del proceso de construcción de los sistemas de atención a la infancia, dado que el control social, con ser elemento constitutivo determinante de dicho proceso, no es suficiente ni se encuentra aislado. El aumento general de la intervención del Estado en la infancia fue parte de un amplio abanico de desarrollos sociales, políticos y económicos, en el que la pieza central es el desarrollo de un consenso ideológico en torno al Estado como terreno apropiado para la realización de objetivos políticos y en el que, siendo el control y el poder disciplinario parte invariante del discurso social, puede que en la práctica se ejerciese de forma difusa o defectuosa (Van Krieken, 1992).

socialización entre generaciones y por ello la infancia se presenta exclusivamente como una receptora pasiva de dicho consenso normativo. Así que el problema radica tanto en el escaso desarrollo teórico sobre la infancia como en la finalidad puramente instrumental con que éste se ha abordado.

No obstante, el propósito de esta sección es el de mostrar algunas de esas aportaciones teóricas dentro de lo que podríamos llamar la teoría sociológica clásica<sup>10</sup> (aunque esto incluya a los clásicos “contemporáneos” como Norbert Elias). Diversos autores han ofrecido esquemas con los que caracterizar dichas aportaciones teóricas<sup>11</sup>: Jenks (1982b) propone dos vertientes que se han desarrollado paralelamente en la teoría sociológica, la del determinismo cultural y las del acercamiento con base en la obra de Piaget; por su parte, Corsaro (1997) propone también una doble categorización que coincide grosso modo con la de aquel, la de la sociedad que se apropia del menor (determinismo cultural) y la del menor que se apropia de la sociedad (constructivismo y acercamiento psicologicista)<sup>12</sup>. Aquí utilizaremos la nomenclatura propuesta por éste último añadiendo una tercera categoría, con lo que caracterizaremos tres grandes vías o modelos para entender la infancia tal y como han sido presentados hasta ahora en el contexto de la teoría sociológica: 1) la vía de la apropiación del menor por la sociedad, 2) la vía de la apropiación de la sociedad por parte del menor y 3) la vía de la vinculación de la psicogénesis y la sociogénesis.

a) La sociedad se apropia del menor:

Al decir que la sociedad se apropia del menor nos estamos refiriendo a la tendencia mostrada por algunos sociólogos a describir el momento de la infancia como una situación pre-social habitada por agentes discapaces o menos capaces en términos sociales, a los que sólo la presión de los adultos para que adecuen su conducta a la de los patrones considerados normales por una sociedad dada los convierte en agentes

---

10. Dado que no es el objetivo de estas líneas facilitar una exposición exhaustiva de todas las teorías sociológicas que se han ocupado, en mayor o menor medida, de la niñez, se nos consentirá que busquemos, más bien, la ejemplificación a través de las que nombramos sin que esto suponga indicio alguno de desprecio o indiferencia hacia las que no nombramos. Por imperativos de coherencia y sometimiento a tal principio de ejemplificación y limitaciones de tiempo y espacio, habida cuenta que el problema del estudio de la infancia en la teoría sociológica es constituyente de una tesis doctoral en sí mismo, hemos dejado en el tintero productos teóricos tan valiosos como la Teoría de las generaciones de K. Mannheim, las observaciones que sobre el desarrollo infantil y cultural se contienen en la llamada escuela de Cultura y Personalidad, o las bellas páginas que el ya desaparecido Pierre Bourdieu dedica, en el contexto de su estructuralismo genético, a la interiorización del hábitus a través de la lectura simbólica por parte del niño del mundo socialmente estructurado que le rodea. Consideramos justificadas éstas y otras omisiones en la medida que no desvirtúan la afirmación de que hasta tiempos recientes la sociología ha prestado poco interés a la infancia o éste ha gozado de un carácter fundamentalmente instrumental.

11. Una clasificación alternativa podría ser la propuesta por Neustadter (1989) en la que se distinguen dos grandes corrientes de interpretación de la infancia: modernistas y antimodernistas. Lo que les diferencia es que los primeros abrazan la idea del progreso científico-tecnológico y cultural, lo que les lleva a conceptualizar la infancia como un estado inferior de la vida humana cuya necesaria superación conduce al desarrollo del adulto. Para los segundos, en cambio, la vida en las sociedades modernas está aquejada de un estado de “sobrecivilización”, que les lleva a considerar la infancia en términos de espontaneidad y liberación y a plantear la conveniencia de la recuperación de la experiencia de la vida infantil para los adultos. En el primer grupo caerían autores como Parsons, Piaget o Freud. En el segundo Benjamin o Horkheimer. Hemos obviado esta distinción en el proceso de nuestra argumentación por no ajustarse a las lindes de la teoría sociológica propiamente dicha.

12. Sin embargo, la nomenclatura es lo único que retendremos de la clasificación propuesta por este autor, dado que el criterio escogido por el mismo para llenar de contenido las dos categorías presentadas nos parece harto discutible; Corsaro olvida tratar las aportaciones de algunos nombres consagrados de la teoría sociológica como E. Durkheim o G.H. Mead, cuya relación con el estudio sociológico de la infancia es innegable.

sociales plenos. Visión propia de todos los autores que se han posicionado cerca de lo que damos en llamar “determinismo cultural” (Ritzer, 1993), conduce ésta de manera inexorable a la caracterización de los menores en términos de receptores de socialización, habitualmente desempeñando un papel pasivo y subordinado en la misma. Por supuesto, sería engañoso suponer que tal condición de subordinación no existe (que los menores dependen de los adultos parece ser, de hecho, el punto de partida para el análisis sociológico de la infancia), pero es igualmente falso suponer que es lo único que existe. Ésta será la crítica principal dirigida contra esta vía de acercamiento a la infancia. La obra de dos de los más conocidos representantes de nuestra disciplina, E. Durkheim y T. Parsons, parece encajar en esta categoría.

El estudio de la obra de Emile Durkheim, quizás el sociólogo que, en conexión con su preocupación por la educación como fenómeno social, más tempranamente mostró interés formal por la infancia, desvela algunas de las características comunes de este acercamiento que hemos denominado “de la sociedad que se apropia del menor”. En un autor cuya sociología se califica a veces con el apelativo de “moral” el problema de la reproducción del orden social resulta el eje alrededor del cual gira su sociología de la educación y, por ende, de la infancia. Uno de los máximos especialistas en la obra del autor francés identifica la sociología producida por el mismo con la presencia de varias dicotomías conceptuales - paired concepts, como algunos los llaman- que proporcionan la estructura sobre la que se escribe la teoría, a saber: la distinción entre sociología-psicología, social-individual, moral-apetitos sensoriales, conceptos-sensaciones y lo sagrado-profano (Lukes, 1984). Este apunte no es gratuito, en la medida que la distinción de lo social como un orden moral que se superpone a los apetitos individuales constituye la base de la interacción social y tendrá un reflejo nítido en la manera de entender la importancia de la infancia y la presión generacional sobre ella aplicada. De este modo, Durkheim contempla la manera en que filogénesis y ontogénesis son el resultado de un amplio proceso de aprendizaje basado en el control social del comportamiento instintivo y espontáneo, de tal manera que al acercarse a problemas tales como la definición de los hechos sociales o las causas generales de la anomia, observa la naturaleza de este proceso desde el punto de vista ontogenético (Jerez, 1990). Veamos las palabras del propio Durkheim (1975: 53-54):

*Se puede decir que en cada uno de nosotros existen dos seres que, aun cuando inseparables a no ser por abstracción, no dejan de ser distintos. El uno, está constituido por todos los estados mentales que no se refieren más que a nosotros mismos y a los acontecimientos de nuestra vida privada: es lo que se podría muy bien denominar el ser individual. El otro, es un sistema de ideas de sentimientos y de costumbres que expresan en nosotros, no nuestra personalidad, sino el grupo o los grupos diferentes en los que estamos integrados; tales son las creencias religiosas, las opiniones y las prácticas morales, las tradiciones nacionales o profesionales, las opiniones colectivas de todo tipo. Su conjunto constituye el ser social. El formar ese ser en todos nosotros, tal es el fin de la educación.*

La existencia de tal escisión en los seres humanos: ser social e individual, es consecuencia de la existencia de una necesidad propia a éste, el aprendizaje social de cuanto no



aparece determinado innatamente. Los niños se convierten así en el campo de acción de las instituciones sociales, que tienen como misión el posibilitar la aparición de tal ser social. Encontramos en Durkheim, en consonancia con esta conceptualización de la naturaleza humana, una visión ambientalista de la primera infancia, donde el menor es descrito como una criatura indefensa y desprovista de los suficientes elementos innatos o heredados para garantizar su supervivencia, sometido, pues, a la dependencia de la sociedad que le rodea para garantizar su subsistencia y la posterior mutación de la "tabula rasa" en un adulto. La presión social sobre el niño queda bien ejemplificada con la imagen del "modelado" de la arcilla, de la materia virgen a la existencia moral (Durkheim, 1975: 54):

*La sociedad se encuentra en presencia de un terreno casi virgen sobre el que se ve obligada a edificar partiendo de la nada. Es necesario que, por las vías más rápidas, al ser egoísta y asocial que acaba de nacer, superponga ella otro, capaz de llevar una vida moral y social.*

Las disposiciones innatas en el hombre, además de generales y muy vagas, son escasas. Sobre esta idea cimenta Durkheim su concepto de la infancia, que vendrá incardinado de manera ineludible en el estudio de la educación y la acción pedagógica y que no se extiende más allá de lo que a ella resulta instrumental y conveniente. No encontramos en el pensador francés una sociología de la infancia, sino un concepto general de la naturaleza infantil desarrollado al hilo de un discurso pedagógico y moral. Esta acción pedagógica tiene como objeto, de hecho, la superación de tal naturaleza infantil, confusa e indeterminada, demasiado lejana a la rectitud moral que acompaña a los adultos. Llegará así a la definición de la educación como una presión generacional para el niño interiorice ciertos estados físicos, intelectuales y morales, y describirá el papel del menor en la interacción durante el proceso educativo como "un estado de pasividad similar al trance hipnótico" (Durkheim, 1975).

La sociología de Durkheim aparece marcada por el papel preponderante de la socialización sobre la naturaleza, si bien su interés por enfatizar la necesidad de este proceso de aprendizaje le lleva a bosquejar la interacción social a lo largo del mismo de forma sesgada: recalando los efectos que la presión social provoca en el desarrollo del menor, despreciando los aspectos conflictivos o no pasivos de tal aprendizaje (aquellos que confieren al menor, precisamente, su condición de agente social). Por ello afirma Lukes (1984: 133) que "no llega nunca a explorar las contradicciones que pesan sobre la educación. Tampoco se planteó jamás la cuestión de las influencias socializadoras competitivas sufridas por el niño; y el grado en que el contexto social y las instituciones exteriores a la escuela podían afectar a su significación". Al poner el acento de manera casi exclusiva en la pasividad y la receptividad del mismo construye una relación de dominación del adulto sobre el menor, más que una relación social de otro tipo. Curiosamente, es la afirmación de un psicólogo la que mejor expresa el problema (Piaget, citado en Lukes, 1984: 134):

*Por más flexible que sea en un principio, la pedagogía de Durkheim, carente de una información suficiente en sociología*

*infantil, da lugar a una simple defensa del método de la autoridad.*

Si se recuerda que buena parte de las ideas de Durkheim llegaron a la sociología contemporánea a través de la obra temprana de Talcott Parsons y acabaron formando parte del andamiaje del funcionalismo, no será sorprendente citar al propio Parsons como el autor moderno que más claramente representa la visión de la infancia sometida a los designios del proceso de la reproducción social. No ha faltado quien acuse a Parsons de producir una descripción del mundo social caracterizada por la ausencia de autonomía para los individuos, cuyo papel parece no ir más allá que la reproducción de roles asignados socialmente. Medida por este rasero, la infancia resulta un período de la vida humana poco menos que prescindible, dado que para Parsons la infancia constituye, a grandes rasgos, un período transitorio, inferior desde el punto de vista adulto. La emancipación de dicho período es un prerequisite de la madurez (Neustadter, 1989). Tanto él como Durkheim comparten una visión de la socialización que toma como variable independiente la estructura normativa y conductual del mundo adulto, lo cual coloca al niño en una posición inferior -definido como menos competente socialmente hablando- y produce una manipulación unilateral de la experiencia vital de los menores, condenados a ser una "presencia ausente" (Jenks, 1982b: 13).

La crítica general a la interpretación parsoniana sobre el desarrollo infantil es que ésta conduce a la violencia teórica sobre el niño, en la medida en que ignora la especificidad de su experiencia social, al tiempo que anula los aspectos de diversidad y no conformidad con valores que nunca son cuestionados y que, indudablemente, están presentes en el proceso de socialización. Es cierto que Parsons permite más flexibilidad en su descripción del proceso de socialización de la que admiten sus detractores, rechazando explícitamente que éste determine la conducta individual. Sin embargo, la impresión general que deriva de la lectura de *El Sistema Social* es la de una historia narrada desde un único punto de vista, el del adulto, y con una única finalidad, la reproducción del orden social (que, por otra parte, nunca es cuestionado). Por otra parte, aunque resulte oscurecido por varias capas de enrevesado (y vago) lenguaje funcionalista, el principio que anima la teoría de Parsons no es muy diferente a el modelo de acción moral sobre el niño propuesto por Durkheim. Según él, al proceso de aprendizaje de las orientaciones precisas para funcionar satisfactoriamente en un rol y al proceso motivacional en virtud del cual tiene lugar lo llamamos, respectivamente, socialización y mecanismos de socialización, y en ellos corresponde al niño el rol de socializado, marcado por ciertos rasgos distintivos (Parsons, 1982: 207):

*En este último entran tres atributos esenciales clásicos del niño: su plasticidad, que es simplemente una forma de denominar su capacidad de aprendizaje de pautas alternativas; su sensibilidad, que puede interpretarse como un nombre para su capacidad de vinculación en el sentido antes expuesto [la interiorización de pautas de orientación de valor a través de la vinculación de roles recíprocos y complementarios]; y su dependencia.*

No es difícil observar en estos rasgos la huella de la idea del "modelado", presente ya en Durkheim. Plasticidad, sensibilidad y dependencia conducen fácilmente a la idea de

un proceso en que la conformidad es norma y la posibilidad de los menores de efectuar algún tipo de filtrado y reinterpretación de las orientaciones de valor propuestas socialmente es nula. De hecho, la desviación ni siquiera es para Parsons uno de los elementos presentes en el proceso de socialización, sino un producto defectuoso de la misma que no cabe tener en consideración sino al final del proceso y en referencia a los mecanismos de control social (Parsons, 1982). Aunque el autor reconoce que la relación entre socializador y socializado es bilateral y complementaria dirige su interés unilateralmente hacia el efecto del primero sobre el segundo, ejemplificando lo que caracteriza tal relación a través de la idea de la “palanca” (Parsons, 1982: 208):

*Dados los dos primeros [plasticidad y sensibilidad], este último [dependencia] constituye el <<punto de apoyo>> fundamental para la aplicación de la palanca de la socialización. Como organismo, el niño está indefenso, dependiendo de otros para sus más elementales gratificaciones de alimento, calor y otros elementos de protección.*

A Parsons le interesa exponer así la relación entre socializador y socializado porque le ayuda a construir la idea de la interiorización de pautas de orientación de valor en la infancia, que define como inusualmente estables e inmutables, como denominador común entre el sistema de la personalidad y la estructura de roles del sistema social. La infancia constituye en el pensamiento funcionalista parsoniano la “bisagra” de la integración de dos sistemas separados: personalidad y sociedad, y a este papel queda reducida irremediablemente. Se ha destacado que la interpretación parsoniana de la socialización supuso el importar un modelo psicológico a la sociología, con lo que entraron en colisión dos definiciones distintas del sujeto: el individuo como miembro de una especie y como miembro de una sociedad; en este sentido, se omite el proceso por el cual, durante el proceso de socialización, el individuo adquiere la condición de persona, facilitando la biologización y psicologización de la infancia (James y Prout, 1997: 13). No obstante, Parsons dio un paso adelante al caracterizar la infancia como el momento de las primeras vinculaciones sociales, algo importante para la sociología, frente a la imagen más “individualista” que la psicología evolutiva había construido sobre el desarrollo infantil; en este sentido, el niño es un ser social (aunque inserto en una etapa pre-social de su vida) desde el mismo momento en que deja de ser objeto de cuidados para desempeñar un rol como socializado. La madurez sobrevendrá cuando el adulto sea capaz de superar las primeras identificaciones de la niñez, trascender las primeras vinculaciones de afecto difuso para ingresar en el mundo, más flexible pero también más complicado, de la realidad social de los adultos.

La debilidad del enfoque funcionalista representado por Parsons es la de su acento en la construcción de la relación de socialización desde un punto de vista unilateral -por más que se manifieste lo contrario-, al tiempo que es también discutible la pretendida asepsia con que se acepta que ciertas pautas de orientación sean necesariamente adquiridas sin poner en cuestión su procedencia y naturaleza. Incluso la expresión que se refiere a la “integración del niño en la sociedad” a través del proceso de socialización resulta, en sí misma, una contradicción en

tanto en cuanto tal integración coincide, precisamente, con el abandono de la condición de la niñez; la afirmación de tal idea conduce, ineluctablemente, a la exclusión de la infancia, dado que si la sociedad consiste en individuos “integrados” los menores sólo pueden ser observados como seres “en tránsito” hacia la integración, esto es, pre-sociales o no-sociales (Qvortrup, 1987). Por ello, Chris Jenks (1982b: 18) ha comparado el sistema social descrito por Parsons con una gran maquinaria alimentada por la conformidad de sus miembros que tiende a “consumir” a la infancia en aras de la reproducción del orden social:

*Essentially, the Social System is dependent upon capturing total personalities, thus leaving no space for divergence, dissolution or difference. The System machine is fed by its compliant member personalities and must, per force, consume children.*

b) El menor se apropia de la sociedad

Un enfoque muy distinto del “moldeado” social de la infancia y la búsqueda prioritaria de la conformidad, es el que presenta la segunda vía de interpretación del papel de la infancia en la vida social. Incluimos aquí el intento de construir una imagen de la infancia que tiende a acercarse a una perspectiva más cercana al punto de vista de los individuos y su subjetividad, en contraposición a la retórica parsoniana, construida desde el punto de vista de los prerequisites funcionales y las necesidades del sistema social. Tal vez deberíamos concluir que constituye una imagen invertida del proceso de socialización que los teóricos del determinismo social proponen. De hecho, ha sido su crítica más frecuente el ignorar los aspectos prefijados de la vida social y la presión de la estructura institucional de la sociedad en la socialización de los menores. Por contra, resulta su principal aportación la ilustración de los principios subjetivos del desarrollo de la conciencia humana y la indeterminación del proceso de ajuste al orden social, en la medida que se reconoce a los sujetos una autonomía que no está presente (más que como realización de papeles) en la versión funcionalista. El interaccionismo simbólico, el constructivismo, la etnometodología o la fenomenología podrían caer dentro de esta categoría, pero por la particular transcendencia de su legado para la sociología de la infancia, trataremos aquí fundamentalmente sobre el interaccionismo simbólico como ejemplo de esta vía de aproximación conceptual al problema del desarrollo infantil y su vinculación con la estructura social.

Término acuñado por Herbert Blumer (1982) en la década de los treinta, sin embargo tiene su más viva expresión como elaboración conceptual en la obra de George H. Mead, autor extrañamente poco prolífico en sus publicaciones del que conocemos sólo testimonio indirecto a través de la recopilación de su pensamiento que hicieron sus alumnos (entre ellos, el propio Blumer). Del Interaccionismo Simbólico se ha dicho que constituye el enfoque directamente inverso al gran desarrollo funcionalista del interés por el estudio de funciones y estructuras, presentándose como una corriente subjetivista y de orientación microsociológica. Frente a la reducción que algunos enfoques objetivistas realizan desde los fenómenos sociales a los datos y hechos de conocimiento, el Interaccionismo propone el estudio de la conducta humana subjetivamente determinada en su contexto social específico (Pino, 1990), para lo que incluirá, como veremos, un refinado

análisis del proceso de maduración de lo social en el individuo durante la infancia<sup>13</sup>.

Es característico del interaccionismo simbólico, bajo la influencia tanto del pragmatismo como del conductismo, el concebir lo humano como el resultado de una combinación de conducta observable e introspección de la experiencia, esto es, añadiendo al interés clásico del conductismo por la conducta observable desde una perspectiva asociacionista el análisis de la conciencia como elemento reflexivo en la vida de los individuos. Es importante esta toma de postura en la medida que conduce directamente a la pregunta de qué es lo que somos y cómo surge eso que llamamos persona, cuestión que impone la visita a los tiempos de la infancia y la génesis de la identidad social. Mead (1982: 167) afirmará:

*La persona posee un carácter distinto del organismo fisiológico propiamente dicho. La persona es algo que tiene desarrollo; no está presente inicialmente, en el nacimiento, sino que surge en el proceso de la experiencia y la actividad sociales, es decir, se desarrolla en el individuo dado de resultados de sus relaciones con ese proceso como un todo y con los otros individuos que se encuentran dentro de este proceso.*

La dimensión procesual, como puede deducirse de estas palabras de Mead, está presente de manera recurrente en su visión del desarrollo del individuo. Como bien señala su discípulo, para llegar a este punto era preciso invertir parte de los principios comúnmente aceptados tanto por la psicología conductista como por los enfoques macroestructurales de la sociología, esto es, rechazar la visión del individuo como organismo “respondiente”, atravesado por factores influyentes, y sustituirla por un organismo “activo” que participa del proceso de desarrollo en lugar de verse meramente contenido en él. “Mediante el mecanismo de la interacción consigo mismo, el ser humano deja de ser un organismo que responde y cuya conducta es producto de lo que influye sobre él desde fuera, desde dentro o desde ambas partes. Antes bien, actúa en relación con su mundo, interpretando lo que se le presenta y organizando su acción sobre la base de dicha interpretación” (Blumer, 1982: 47). Esto no evita la “palanca” parsoniana pues no se excluye la influencia externa, pero la matiza y desdobra, en la medida que el proceso deja de ser de simple ajuste a un orden consensuado y entra en juego la significación y la incertidumbre en su desarrollo.

¿En qué medida afecta esto a la infancia? El interaccionismo propone un esquema abierto de socialización en que las acciones sociales contienen trayectorias variables de naturaleza mucho más diversificadas y complejas que la simple alternativa entre conformidad y desviación. Más interesante, si cabe, resulta la explicación de Mead sobre el proceso en sí, donde los menores juegan un papel determinante: sin ser agentes sociales comparables a los adultos lo son en un sentido procesual, como manipuladores del acervo social del grupo en su proceso de aprendizaje hacia la vida social (Mead, 1982: 188):

*El niño es una cosa en un momento y otra en otro, y lo que es en un momento dado no determina lo que será en el siguiente. Eso constituye, a la vez, el encanto de la niñez y su imperfección. No se puede contar con el niño; no se puede suponer que todas las cosas que él haga determinarán lo que hará en un momento dado. No está organizado en un todo. El niño no tiene carácter definido, personalidad definida.*

Como señala muy acertadamente Sánchez de la Yncera (1994: 255), lo que encontramos en el pensamiento de Mead es una analogía “entre el proceso que permite al sujeto cobrar conciencia unitaria de su yo y el proceso que otorga al niño el sentido unitario de su corporalidad”. Es por ello que la conciencia física del propio cuerpo y la conciencia del sí mismo cobran sentido en una etapa relativamente avanzada del desarrollo infantil, en la que el niño es capaz de experimentarse como experimenta a otros, para lo que ha de referir su conducta a un objeto social.

Mead propone una explicación a tal proceso de surgimiento del self, la capacidad para mirarnos como objeto, que encuentra en la infancia un momento clave del mismo. Es parte de su mérito el haber destacado que, prácticamente desde el mismo momento del nacimiento, la naturaleza del ser humano es social y no se corresponde exclusivamente con un desarrollo biológico, que en nada sirve si no es activado con la experiencia de la interacción. La persona es estructura social y surge en la experiencia: ésta es la razón de que podamos imaginar una persona solitaria después de que ha surgido, pero nunca una persona surgida sin la concurrencia de la experiencia social. La prolongada dependencia infantil es el terreno para que esa primera experiencia facilite el surgimiento del self y de la persona, si bien rechaza Mead que esto se alcance simplemente a través de un proceso de imitación de la conducta. El desarrollo es más complejo e incluye, según el autor, dos etapas bien diferenciadas: el juego [play] y el juego organizado o deporte [game].

En la etapa del juego (Mead, 1982: 181):

*El niño dice algo en un papel y responde en otro papel, y entonces su reacción en el otro papel constituye un estímulo para él en el primer papel, y así continúa la conversación. Surgen en él y en su otra personificación ciertas estructuras organizadas que se replican y mantienen entre sí la conversación de gestos.*

En esta etapa el niño establece una especie de diálogo interior en el que adopta los roles de los adultos que le rodean, interviniendo éstos como elementos de control en el proceso de formación de su personalidad y ayudándole a familiarizarse, siquiera parcialmente, con las actividades básicas de su grupo social (Sánchez, 1994). Sin embargo, será más adelante, cuando el juego deje de ser consigo mismo y se haga grupal y organizado, cuando el niño aprenda a tener presentes los imperativos del grupo y la actitud del resto de los jugadores, conformando así una personalidad definida que le capacita como individuo autónomo, como persona, involucrada plenamente en la corriente de la vida social, arrastrada por ella pero capaz de flotar y desplazarse por la misma y, por tanto, con suficiente margen de autonomía para no responder pasivamente a los requerimientos de la sociedad que lo acoge. “la diferencia esencial es que el niño que interviene en un deporte tiene que estar preparado para adoptar la actitud de todos los que están involucrados en dicho deporte, y que esos

13. Tampoco debe parecernos sorprendente a estas alturas que una de las principales aportaciones al conocimiento sociológico de la infancia la haya efectuado un nosociólogo y siempre desde la perspectiva de la redefinición del campo psicológico, de tradición notoriamente más dilatada en el estudio de los menores.

diferentes papeles deben tener una relación definida unos con otros” (Mead, 1982: 181). El resultado será la internalización de lo social, la incorporación al propio sujeto del control social, de la mirada de los otros, en forma de “otro generalizado” (Mead, 1982: 184-185):

*La comunidad o grupo social organizado que proporciona al individuo su unidad de persona puede ser llamado el “otro generalizado”. La actitud del otro generalizado es la actitud de toda la comunidad. (...) Es en la forma de otro generalizado que los procesos sociales influyen en la conducta de los individuos involucrados en ellos y que los llevan a cabo, es decir, que es en esa forma que la comunidad ejerce su control sobre el comportamiento de sus miembros individuales; porque de esa manera el proceso o comunidad social entra, como factor determinante, en el pensamiento del individuo.*

Vemos cómo la interpretación de Mead del desarrollo infantil no es renuente a la idea del control social y el ajuste al orden social, pero en un sentido radicalmente diferente al de Parsons. Aún así, no ha faltado la crítica en el sentido de atribuir un exceso de autonomía al individuo y subestimar el poder coercitivo de la estructura.

Por otra parte, la idea de la internalización de lo social será retomada por el constructivismo para explicar cómo la sociedad es un producto humano y al mismo tiempo el ser humano un producto social: “no sólo la supervivencia de la criatura humana depende de ciertos ordenamientos sociales: también la dirección del desarrollo de su organismo está socialmente determinada. Desde su nacimiento al desarrollo de éste, y en realidad gran parte de su ser en cuanto tal, está sujeto a una continua interferencia socialmente determinada” (Berger y Luckmann, 1968: 68). Los mismos autores recurren de nuevo a la metáfora del juego para explicar cómo se objetivan e institucionalizan los productos de la interacción humana, y de nuevo será el niño el portador, por efecto de su dependencia del contexto social que los envuelve, de la llave para el proceso de la reproducción social y la externalización (Berger y Luckman, 1968: 171):

*aunque el niño no sea un mero espectador pasivo en el proceso de su socialización, son los adultos quienes disponen las reglas del juego. El niño puede intervenir en el juego con entusiasmo o con hosca resistencia, pero por desgracia no existe ningún otro juego a mano. Esto tiene un corolario importante. Como el niño no interviene en la elección de sus otros significantes, se identifica con ellos casi automáticamente. El niño no internaliza el mundo de sus otros significantes como uno de tantos mundos posibles: lo internaliza como el mundo, el único que existe y que se puede concebir, el mundo tout court.*

14. Ver Bradley (1992).

15. La imagen invertida de tal tesis la encontramos en la definición que articula Freud (1970: 33) de la “cultura”, la suma de las producciones e instituciones que distancian nuestra vida de la de nuestros antecesores animales y nos sirven para dos fines: proteger al hombre contra la naturaleza y regular las relaciones de los hombres entre sí. Se hace buena la clásica definición victoriana de la cultura como la “distancia que media entre el hombre y sus excrementos”.

16. La permeabilidad del pensamiento freudiano respecto a la sociología ha sido relativamente escasa. Esto pudiera sorprender en la medida que Freud contó siempre con el aspecto fundamental de la naturaleza social del ser humano en sus teorías. De hecho, visiones como las de Durkheim, empeñadas en desvelar la identidad social de los seres humanos construida sobre la superposición de las predisposiciones biológicas del mismo, son claramente afines con algunos de los presupuestos de la teoría freudiana. El carácter hermético y un tanto oscuro de la obra del autor vienés, así como el posterior desarrollo que de su teoría realizaron algunos de sus discípulos, han podido contribuir a que esto ocurra. Quizás la más clara aportación de Freud a la sociología haya sido, precisamente, a través de la obra de Norbert Elias, que aquí analizamos.

Podemos concluir que la principal aportación del interaccionismo simbólico, tanto directamente a través del pensamiento de Mead como por la acción indirecta de su influencia sobre otras teorías de corte subjetivista, es la de subrayar la importancia de la experiencia social -sobre todo cuando ésta tiene lugar en la infancia- como fuente para el surgimiento del agente social capaz y autónomo, alejado de la imagen del organismo respondiente. La consideración de los menores es aquí abordada con más profusión que en el resto de las teorías sociológicas, precisamente porque lo que se pretende explicar es el principio genético de construcción de lo social, el proceso de la (re)producción social en tanto que proceso complejo y continuo en el que persona y sociedad se vinculan indeleblemente para siempre a través de las vivencias de los niños a lo largo de su desarrollo en el seno del grupo.

c) La vinculación de psicogénesis y sociogénesis

*Podemos examinar incontables textos de historia, sociología y moral sin encontrar mayor referencia al hecho de que todos los seres humanos comienzan siendo niños y que todos los pueblos comienzan en sus guarderías. Es un rasgo humano tener una infancia prolongada; es civilizado que la infancia sea cada vez más prolongada. Esa duración de la infancia hace del hombre un virtuoso técnico y mental, pero también deja en él un permanente residuo de inmadurez emocional.*

La cita es de Erik H. Erikson (1993:12) y ha sido escogida por el poder de evocación que contiene alrededor del problema fundamental que se trata en estas páginas: el del olvido de la infancia por parte de la sociología. Sin embargo, refleja también con asombrosa exactitud el problema central de la que hemos dado en llamar la tercera vía de acercamiento a la infancia: la de la vinculación de la génesis de los sistemas sociales a la génesis de la personalidad de los individuos, a los individuos, en fin, en el contexto de los cambios sociales que se producen a lo largo de la historia a través de la interacción entre generaciones. Vista así, es ésta la vía de la visión dinámica y procesual de la configuración de la estructura social a través de la maduración de los seres humanos. De otra parte, el elemento que confiere a esta peculiar modalidad de acercamiento a la situación social de los menores su rasgo distintivo es el anclaje que presenta en la visión freudiana de la infancia. La caracterización de ésta como un período ambivalente en que una forma de control externo de origen social es interiorizada, con una misión represiva sobre los impulsos perentorios del individuo inmaduro<sup>14</sup>, marcará la forma en que se expliquen los lazos invisibles -pero firmes- que anudan el individuo a la sociedad y la sociedad al individuo, teniendo a la infancia como un momento central de desarrollo de tales lazos. Es éste y no otro el bosquejo de la sociabilidad que Freud (1970) presentara en *El malestar en la cultura*; los seres humanos pagamos un precio muy alto por nuestra natural integración en comunidades, de la que depende nuestra supervivencia: la renuncia a la satisfacción de aquellos deseos espontáneos que la sociedad califica de “incivilizados”<sup>15</sup>. Mediante la presión sobre las crías para que adopten una forma de autoacción que Freud calificó de super-yo (más eficaz que cualquier control o vigilancia externa) se consigue el desarrollo de un “individuo civilizado”, que no obstante tendrá que enfrentarse a menudo con los restos que la particular batalla librada en la infancia ha dejado en su vida<sup>16</sup>.



En este marco teórico, la infancia toma un protagonismo nítido y necesario, pues en ella se construye el vínculo entre las formas sociales y las formas de la sociabilidad, la sociogénesis y la psicogénesis, como las denominará Elias. Se llegará a afirmar que la historia de la humanidad es un metabolismo gigantesco de ciclos de vida individuales (Erikson, 1993). El desarrollo histórico y el desarrollo individual son, por tanto, los dos pivotes sobre los que descansa la infancia como momento genésico de ambos. El carácter transitorio de este momento no anula su centralidad.

Frente a la interpretación simplista del legado de Freud, que pasa por el bosquejo de un retrato instintivo de la naturaleza humana, se afirmará una distinta realidad: es la presión cultural la que conforma esta naturaleza (Erikson, 1993: 83):

*Carece de sentido hablar de una criatura humana como si fuera un animal en el proceso de domesticación, o de los instintos como patrones fijos impuestos o modelados por el medio ambiente autocrático. Los "instintos innatos" del hombre son fragmentos de impulsos a los que es necesario reunir, otorgar sentido y organizar durante una infancia prolongada, a través de métodos de educación e instrucción infantiles que varían de una cultura a otra y están determinados por la tradición. De ellos dependen sus posibilidades como organismo, como miembro de la sociedad, como individuo.*

Afirmado esto, la idea conduce de manera casi natural a la conclusión de que toda sociedad está formada por hombres que se encuentran en el proceso de dejar de ser niños para convertirse en progenitores. El anclaje que vincula psicogénesis y sociogénesis opera en forma de acción cíclica de unas acciones sobre otras: una pauta recurrente que no puede ser eludida en la medida que la propia supervivencia de los seres humanos –y, lo que es más importante, la supervivencia de la sociedad– depende de ello.

Sin embargo, la aproximación más clara de la sociología a esta vía de interpretación de la realidad de la infancia y la sociedad, liberada ya del enfoque netamente psicoanalítico de Erikson, es la de Norbert Elias. El oscurecimiento de la trascendencia de la obra de Elias en la teoría sociológica, autor ausente en la inmensa mayoría de los manuales que dan cuenta del pensamiento social, y la propia peculiaridad de ésta han contribuido a que su aportación haya sido frecuentemente subestimada. De acuerdo con una de las especialistas en la obra de Elias (Béjar, 1993) su sociología, desde un enfoque procesual opuesto decididamente al estatismo del funcionalismo, quiere dar cuenta de la transformación de tres dominios básicos y de su progresivo control. Primero, el control sobre la naturaleza, segundo, la transformación de los seres humanos en individuos a través del arduo camino de la contención y, tercero, la mudanza de los individuos en el curso de la formación de las sociedades estatalizadas, para lo cual construirá su mirada sobre los procesos históricos con los materiales que toma (no siempre reconociéndolo de forma explícita) de la sociología del poder y el Estado de Max Weber,

la teoría de la diferenciación de Durkheim y la tesis del malestar en la cultura de Freud. Su cometido: analizar el proceso de desarrollo de las modernas sociedades europeas desde el mundo violento y abierto de la sociedad medieval, a través del análisis sociológico de las formas de instrucción de la infancia. La hipótesis central de tal trabajo será que el cambio social en la dirección de exigir mayores niveles de autoacción a los menores (y una interiorización más profunda, por tanto, de los principios culturales que conducen a la contención de las pulsiones individuales), corre parejo al cambio histórico que supone la sustitución del poder disperso del medievo por sociedades en las que el Estado protagoniza el uso de la violencia y la coacción, una sociedad, en suma, "civilizada". En este contexto, la principal lucha de Elias será contra la tendencia de la sociología a prescindir de la naturaleza biológica del hombre, dato relevante en la medida que es ésta la que obliga al paso por la infancia si se quiere explicar el cambio sociohistórico. El autor afirmará en su *Sociología Fundamental*<sup>17</sup> (Elias, 1995: 164-165) que "hay pocos motivos para considerar la constitución biológica del hombre como algo que se refiere sólo al "individuo", pero no a la "sociedad" y que, en consecuencia, no precisa atención en el estudio de la sociología". El olvido de la naturaleza biológica de los seres humanos por parte de la sociología constituye un hurto conceptual de tal magnitud que conduce a una visión deformada de la realidad humana, a la vez otro de los frentes significativos en los que lucha Elias: la de la presentación del hombre como *homo clausus*, ser cerrado, que puede ser contemplado como realidad prefijada y autónoma, muy distinto a aquella otra visión que lo hace producto social y, por tanto, individuo que ha afrontado un proceso concreto de maduración que tiene su comienzo en una infancia sometida a las presiones de un medio cultural determinado y que se vincula definitivamente a otros hombres para garantizar su supervivencia. Sus palabras al respecto en *El proceso de la civilización* son suficientemente nítidas (Elias, 1989: 43):

*Es imprescindible una crítica de la imagen moderna del hombre para comprender el proceso civilizatorio; puesto que la estructura de los hombres concretos se transforma en el curso de este proceso, los hombres se hacen "más civilizados". Y mientras sigamos imaginando a los hombres como unos contenedores cerrados por naturaleza, con una cáscara externa y un núcleo escondido en su interior, seguiremos sin entender cómo es posible un proceso civilizatorio que abarca a muchas generaciones de seres humanos, en cuyo curso cambia la estructura de la personalidad de los hombres, sin que cambie su naturaleza.*

¿En qué consiste tal "proceso de civilización"? Precisamente en un cambio operado a dos niveles: en la psicogénesis de los individuos y en la sociogénesis de la moderna sociedad occidental. Cambian las "configuraciones"<sup>18</sup> que encierran en lazos mutuos de dependencia a los individuos de la sociedad medieval a medida que se pacifica su entorno y nuevos grupos sociales se arraciman en torno al naciente poder estatal, se imponen las normas de educación como elemento distintivo que traza las fronteras entre dichos grupos, pero éstas deben ser transmitidas a través de la presión generacional sobre las conciencias infantiles: el mundo se pacifica, pero sólo a costa de instalar la guerra en nuestro interior (Elias, 1989: 225).

17. Bárbara traducción de un título original mucho más explícito y sugerente: *Was ist Soziologie? (¿qué es la sociología?)*.

18. Un concepto típicamente eliasiano, referido a la visión de las sociedades humanas como redes de individuos vinculados a través de lazos de interdependencia que experimentan cierta mutabilidad a lo largo del tiempo; a este respecto véase Elias (1991; 1995).

*Las coacciones, que surgían de modo inmediato de la amenaza con las armas, con la fuerza corporal y guerrera, van reduciéndose paulatinamente, al tiempo que se fortalecen las formas de la dependencia y de la vinculación que conducen a una regulación o administración de la vida afectiva bajo la forma de la autoeducación, del self control, en una sola palabra, bajo la forma de la autoacción.*

Será la represión de las pulsiones espontáneas del niño la vía de formación de la nueva sociedad civilizada, represión que adopta formas diferentes en función del grupo social que la instigue –ver Elias (1995)–. El resultado conduce a una conclusión parecida a la que formulara Ariès al constatar la escisión del mundo de los niños y los adultos al final del Antiguo Régimen: se incrementa la distancia psíquica entre menores y adultos. Así, “la civilización se caracteriza por incluir una enorme distancia entre el comportamiento de los llamados “adultos” y el de los niños. En unos pocos años, los niños están obligados a alcanzar la pauta muy avanzada de sentimientos de pudor y escrúpulo que ha ido constituyéndose a lo largo de los siglos” (Elias, 1989: 181). El desarrollo conocido de la familia moderna, el triunfo de la intimidad, la privacidad y el individualismo, la aparición de los sistemas de escolarización obligatoria, los sistemas de protección a la infancia, son elementos vinculados a este proceso de aproximación creciente al ideal de la “civilización”, que bajo el supuesto de que una regulación sistemática de las funciones y los impulsos en la más temprana infancia constituye la más segura protección para un funcionamiento posterior eficaz en la sociedad, instalarán el metrónomo permanente de la rutina en el niño para regular sus primeras experiencias con su cuerpo y con su ambiente físico inmediato, para luego alentarle a convertirse en un individualista acérrimo<sup>19</sup> (Erikson, 1993: 139).

La riqueza de la obra de Elias radica en que, sin olvidar la tesis principal del anidamiento entre la presión generacional ejercida sobre los menores para que repriman sus pulsiones perentorias y adopten una pauta de conducta “civilizada” a través de la autoacción, apuntada ya por Freud, la obliga a trascender las fronteras limitadas de la teoría psicoanalítica para explicar fenómenos sociales aparentemente distantes del funcionamiento psíquico y biológico de los seres humanos. Mediante el estudio del cambio histórico en las maneras de educar a la infancia se retrata también la transformación social de la Europa occidental en una sociedad civilizada, pacificada, buscando la vinculación entre psico y sociogénesis y haciendo buena la vieja idea del paralelismo entre filo y sociogénesis, según la cual las sociedades humanas atraviesan similares estadios de desarrollo que los de la cría de la especie en su camino hacia la madurez. Buena parte de las páginas escritas recientemente sobre la separación del mundo de los niños y los adultos y el control que los segundos ejercen sobre los primeros son deudoras –en ocasiones sin saberlo– del trabajo sociológico de Norbert Elias.

19. Sobre la orientación generalizada de la socialización en la sociedad occidental hacia el individualismo puede consultarse el estudio comparativo de Boocock (1991) sobre las pautas de crianza y socialización de los niños en Estados Unidos y Japón.

### 1.3. La nueva sociología de la infancia

Hemos de destacar, por tanto, el carácter instrumental con que la sociología ha dirigido su mirada cualificada a la infancia, lo cual, si bien no es lo mismo que afirmar que la ha ignorado por completo, produce un efecto similar. Incluso es difícil encontrar en el tratamiento de un concepto tan ligado a la infancia como es la socialización, mención alguna que nos haga suponer que la supervivencia de las comunidades de seres humanos depende o se encuentra íntimamente ligada a la reproducción biológica y al desarrollo de un momento biográfico que llamamos infancia. Salvo notorias excepciones, pareciera que la sociedad es un ente que gravita en torno a un proceso de interiorización de patrones de conducta culturalmente designados que tiene lugar en abstracto, en algún punto (suficientemente) alejado del ciclo vital de los individuos y teniendo como protagonistas a unos seres pre-sociales, sin rostro, en la medida que se esquematizan sólo aquellos rasgos de su existencia que dan cuenta de tal proceso, pero asumiendo que la temporalidad de su condición como niños es sólo interesante en la medida que dejan de serlo, esto es, que se convierten en adultos.

Lo que caracterizará a la así llamada “nueva sociología de la infancia” será el rechazo explícito a tal posicionamiento paradigmático. No es tanto nueva la sociología como su orientación, que pretende un giro copernicano en la definición de su objeto de estudio y los intereses que animan su análisis. Puede que no cambien las tradiciones intelectuales ni la herencia teórica, pero se reconoce abiertamente la necesidad de aplicarlas de manera distinta, evitando el ya mencionado interés instrumental sobre la infancia y definiendo a ésta, per se, como objeto formal. La infancia es un fenómeno social, y no presocial o asocial, y como tal merece que recaiga sobre él la acción del investigador. En la práctica, pudiera parecer que no estamos tanto ante un descubrimiento como ante un “rescate”. Efectivamente, la lucha de la sociología de la infancia ha estado orientada primordialmente a despojar a ésta de su papel secundario dentro de la teoría sociológica, para lo cual ha sido necesario trascender en muchas ocasiones la división intradisciplinar de la propia sociología y, sobre todo, sortear definitivamente el fenómeno de la “invisibilidad” de los menores.

Desde luego, parte de este esfuerzo por acotar, definir y consolidar un campo de estudio propio pasa por el enfrentamiento con otras disciplinas, o más exactamente, con la manera en que otras disciplinas construyen e interpretan el significado de eso que llamamos “infancia”, pero también –aunque no menos significativo– con la propia ortodoxia sociológica. Atendamos a las palabras de Alan Prout (1997: 91) sobre el tema:

*It is now a commonplace observation that the last decade has seen the gathering of a new momentum in the study of childhood by social scientist, forming what it is not too fanciful to label the “new social studies of childhood”. “New” because what these studies have in common (though perhaps to different degrees) is a certain challenge to the previous mid-century orthodoxies about childhood: the reductionism that could assume childhood as a universal biological phenomenon has been eroded by historical scholarship and anthropological*

*deconstruction of the nature/culture divide; the apprehension of children as the mere objects of socialization has fallen to the critiques of interpretative sociology; and "the child" as unfolding mind in a given developmental process has been dissolved by the theory and empirical unsustainability of the distinction between the individual and the social.*

Llamamos a esta sociología "nueva" en la medida que supone un desafío a dos formas diferentes de reduccionismo en la interpretación de la red de fenómenos que afectan a las vidas de los niños: por un lado la reducción de lo infantil a su sustento biológico (incluyendo la interpretación evolutiva del mismo) -a todas luces necesario pero no suficiente-, por otro la reducción de la infancia al papel de receptores pasivos de socialización, más típica de la propia sociología.

¿Cómo se ha reconquistado la infancia para la sociología? O, dicho de otra forma, ¿cuáles han sido los argumentos para demostrar que es pertinente una nueva orientación en el estudio sociológico de la infancia como fenómeno social? La respuesta, a grandes rasgos, pasa por la afirmación, nada simple a pesar de su aparente obviedad, de que la infancia es una construcción social. A continuación detallamos el significado conceptual que ésta tiene para la sociología de la infancia y sus implicaciones metodológicas, al tiempo que se ofrece una breve caracterización de la situación social de la infancia en las sociedades modernas, de acuerdo con las aportaciones de esta nueva mirada sociológica sobre los menores.

### **1.3.1. El abordaje conceptual de la infancia como fenómeno social**

Caracterizar la infancia en tanto que construcción social implica ubicarla en el universo de fenómenos que exigen un análisis sociológico para ser comprendidos en su complejidad. Tal caracterización no es un desafío a lo que sobre los menores se ha dicho desde otras disciplinas, sino una revisión de dicho discurso extrasociológico que persigue señalar las posibles lagunas existentes en el mismo desde una perspectiva netamente social. Por ello, la principal labor de los autores que podemos incluir en la denominada sociología de la infancia no es negar la presencia, por poner un caso, de un proceso biológico de desarrollo o de un esquema evolutivo de desarrollo de las capacidades cognitivas del niño, sino, por un lado, renunciar a que la infancia sea un producto simple de tal proceso de desarrollo infantil –evidenciando un reduccionismo intolerable desde el punto de vista sociológico- y por otro, iluminando con las herramientas conceptuales y metodológicas de nuestra disciplina los factores sociales, o con filiación en características estructurales e institucionales de las sociedades humanas, que influyen sobre ese proceso

característico de la especie humana por el que mediante el transcurso de una dependencia infantil de duración variable, dejamos de ser niños para convertirnos en adultos.

Por tanto, que la infancia es una construcción social y las vidas de los niños son, al menos en parte, resultado de la experiencia en el marco de tal construcción que les sirve de espacio vital y social, es la condición previa a la afirmación de la pertinencia del análisis sociológico de la vida de los menores. Es un movimiento común a la sociología, que ha tenido que demostrar frecuentemente a lo largo de su breve historia que los pretendidos fenómenos naturales son, en realidad, consecuencia de determinados procesos sociales. Imaginemos por un momento que aceptáramos de buen grado que las formas familiares son la consecuencia simple del proceso de reproducción biológica de los individuos y que la mediación cultural en este sentido es despreciable: ¿sería posible una sociología de la familia en tal caso? En este sentido, no hay nada nuevo en este intento de reivindicar el carácter social de la infancia, salvo la presteza con que se reconoce la necesidad de hacerlo.

¿Pero qué significa exactamente que la infancia es una construcción social? Responder a esta pregunta ha ocupado gran parte del tiempo de los autores que reconocemos explícitamente bajo la etiqueta de "sociología de la infancia". Implica, sobre todo, negar el pretendido carácter estrictamente "natural" de la misma, en la medida que la transformación social que sucede en la transición del niño al adulto no deriva directamente de la maduración biológica, sino que lleva asociada ineluctablemente una marca social y es, por otra parte, consecuencia de la existencia social de los menores en tanto agentes sociales. La infancia, entonces, debe ser comprendida como construcción social al hacer referencia a un estatus social definido dentro de las lindes de una estructura social concreta y manifestado a través de ciertas formas típicas de conducta, todas ellas relacionadas con un bagaje cultural particular (Jenks, 1982b: 12). La infancia, como tal, no es sino una forma estructuralmente delimitada en la que los niños viven sus vidas, esto es: el estatus que se les reconoce y habilita a los menores de manera diferente en cada sociedad, en su trato con los adultos. Es, por tanto, una categoría o parte de la sociedad, al menos en un sentido sociológico tan pleno como puedan serlo las clases sociales u otros grupos de edad. En este sentido, para ahondar en la idea de la infancia como construcción social, diremos que los niños son miembros u ocupantes de su infancia<sup>20</sup> (Corsaro, 1997: 4). Como consecuencia de esta articulación del objeto de estudio, la sociología desarrolla no tanto un estudio sociológico de los niños (dado que éstos representan más claramente esa visión biologicista que se pretende evitar) como un estudio sociológico de la infancia, esto es, del espacio socialmente construido en el que se produce el desarrollo infantil, así como de la forma en que los adultos y los menores interactúan en tal marco estructuralmente delimitado<sup>21</sup>.

Sin embargo, el trabajo de acercamiento conceptual a tal concepto de infancia no se ha realizado con independencia de los aciertos y fracasos de la teoría sociológica precedente, sino en parte reproduciendo las escisiones teóricas presentes previamente en dicha teoría sociológica. Por ello, el acercamiento a la infancia ha venido marcado por una distintiva bifurcación teórica de la que daremos cuenta en estas líneas:

20. Lo cual constituye, sin duda, una afirmación desde una perspectiva estructural, como se verá al tratar la obra de Jens Qvortrup.

21. La sociología española ha producido sus propios intentos de generar una teoría sociológica sobre la infancia; han sido escasos y el balance de la atención a la infancia debe ser, necesariamente, insatisfactorio, pero su calidad y originalidad es innegable; desde el esfuerzo pionero de Enrique Gastón (1978) al acierto de la publicación colectiva que Aranguren editara a principios de los ochenta (1983) o, más recientemente, la obra ya citada de Josune Aguinaga y Domingo Comas. En el momento de escribir estas líneas se gesta, en el marco de colegio nacional de Sociología, una iniciativa para constituir un grupo de trabajo sobre sociología de la infancia.

por un lado el estudio constructivista, que entronca nitidamente con la perspectiva del Interaccionismo Simbólico, y en el que la afirmación de la agencia de los menores es el leitmotiv de la investigación, habitualmente de corte microsociológico; por otro la perspectiva estructural-objetivista, embarcada en el empeño de sacar a la luz las tendencias y fuerzas estructurales que conducen a cada particular arquitectura –por seguir las palabras de Jens Qvortrup, uno de sus representantes- de ese campo de interacción que llamamos infancia. Como expondremos finalmente, ambas representan maneras válidas de acercarse a la infancia que deben ser contempladas como complementarias.

En lo referente al estudio microsociológico y constructivista de la infancia, probablemente el primero en términos cronológicos, éste deriva de forma directa de las consideraciones vertidas por el Interaccionismo Simbólico sobre el proceso de socialización<sup>22</sup> y de otras aportaciones posteriores en una línea similar, como las del Análisis Dramatúrgico propuesto por E. Goffman y la Etnometodología. Siguiendo la estela de G.H. Mead en el análisis del proceso de socialización, se renunciará a la imagen que el funcionalismo estructural construyera de un proceso de ajuste a la conformidad en la que la capacidad real de los menores en tanto agentes es, si no inexistente, sí escasa o inoperante, afirmándose que tal proceso es tanto fuente de reproducción social como de re-creación y re-interpretación en la que las pautas culturales no son interiorizadas acríticamente, sino recreadas e interpretadas por los menores a través de un proceso abierto y complejo. Es éste el punto de partida que resulta de la formulación de algunas cuestiones que son fundamentales para el estudio sociológico de la infancia: ¿Cómo se transforman los niños en seres sociales? ¿Cuál es la naturaleza social del proceso a resultados del cual surge un self, una conciencia y una identidad y, sobre todo, la habilidad que permite a los seres humanos involucrarse en el curso de la interacción social? ¿Cómo se interioriza la cultura en las etapas tempranas de la vida? Hay quien ha visto en el enfoque constructivista el mismo germen de la sociología de la infancia, puesto que el acento puesto en la existencia de los menores en tanto agentes sociales y su capacidad para definir y recrear la interacción social ha servido a la sociología para desafiar la imagen –tan extendida, por otra parte- del niño como producto biológico, inaprensible si se trascienden las fronteras de lo estrictamente natural, lo que explicaría la buena acogida dispensada al mismo en el contexto del naciente interés por la interpretación sociológica de la infancia y la vida de los menores (Lange, 1999).

Será sobre todo a partir de los años 70 cuando distintos autores comiencen a acercarse a la infancia<sup>23</sup> para tratar algunas de estas cuestiones. Podemos destacar los trabajos de Spencer Cahill (1980; 1983; 1986a; 1986b; 1989; 1994), en

la línea del estudio de la adquisición de identidades de género en la infancia, Norman Denzin (1972; 1977; 1979; 1982) en lo referente a la emergencia del self y, en especial, William A. Corsaro (1979; 1985; 1986; 1992; 1997; Corsaro y Eder, 1990; Corsaro y Rizzo, 1990; Corsaro et al., 1992), a quien ya hemos citado aquí recurrentemente y cuya principal aportación será el análisis de los procesos de recreación de las pautas culturales en el contexto de los grupos de pares y la formulación del principio de la “reproducción interpretativa”, con objeto de dar cuenta a través de un esquema teórico de las posibilidades de filtrado y reconstrucción de la cultura de los adultos por parte de los niños. Pese a las diferentes líneas de investigación que los tres autores han sostenido, parece existir un principio de convergencia que podemos identificar, a grandes rasgos, con la principal aportación crítica de esta perspectiva constructivista al conocimiento de la infancia. Estaríamos hablando, en primer lugar, del rechazo del modelo evolutivo del desarrollo infantil y su vinculación necesaria a etapas pre-determinadas de maduración y por otra parte, de la afirmación de la idea de que los menores juegan un papel activo en su socialización que va más allá de ser un vehículo de interiorización del sistema normativo de los adultos, así como la visión de la socialización como un proceso colectivo marcado por la interacción social de sus participantes (Musolf, 1996).

Destacaremos aquí, por su trascendencia para la construcción del objeto de estudio que denominamos infancia y su tratamiento conceptual, el concepto ya apuntado de “reproducción interpretativa”, que William Corsaro (1992; 1997) presenta y que constituye el más firme producto intelectual contra la visión reduccionista del determinismo cultural sobre la infancia. La teoría de la “reproducción interpretativa” ejemplifica bien la toma de postura (epistemológica y metodológica, además de teórica) que caracteriza al enfoque constructivista dentro del campo de los estudios sociales de la infancia. En última instancia, representa ante todo un desafío a la concepción del desarrollo de los menores con arreglo a un modelo lineal simple pautado a lo largo de etapas bien definidas, que plantea tal desarrollo como un proceso abstraído, al menos parcialmente, del contexto social en el que se produce, e ignora el papel de los menores en tanto que agentes sociales<sup>24</sup>. Por contra, puede postularse la necesidad de romper una visión individualista que identifica el desarrollo infantil exclusivamente con la interiorización de las habilidades y conocimientos de los adultos; desde el punto de vista que ofrece el prisma sociológico, la socialización no representa sólo un problema de adaptación e interiorización sino, también, un proceso de apropiación, reinvencción y reproducción, en el que ocupa un lugar preferente la actividad grupal o comunal. Supone, por otra parte, la práctica de la investigación etnográfica con menores, teniendo en cuenta que ésta es: a) sostenida e implicada en los contextos culturales en los que se produce, b) microscópica y holística, así como c) flexible y autocorrectiva (Corsaro et al., 1992: 15). El concepto de reproducción interpretativa [interpretative reproduction] debe, por tanto, ser capaz de capturar los aspectos creativos e innovadores de la participación de los menores en la sociedad, y no sólo aquellos involucrados en la reproducción del orden social. En términos más precisos, esto significa (Corsaro, 1997: 18):

22. Véase, en este mismo capítulo, el apartado dedicado a la teoría de G.H. Mead sobre la infancia: “el menor se apropia de la sociedad”.

23. Y aquí “acercarse” no tiene un significado simplemente metafórico sino incluso físico, en tanto que es la observación participante el método escogido para el estudio de los menores, un gesto prácticamente inédito en la sociología, que ha sido muy reacia al trabajo directo con los niños.

24. Sobre la posible relación entre el carácter asocial del modelo de desarrollo evolutivo propuesto por la psicología y los métodos experimentales de dicha disciplina puede consultarse, una vez más, la obra de Bradley (1992).



*The term reproduction captures the idea that children are not simply internalizing society and culture, but are actively contributing to cultural production and change. The term also implies that children are, by their very participation in society, constrained by the existing social structure and by societal reproduction. That is, children and their childhoods are affected by the societies and cultures of which they are members.*

De especial importancia en este recorrido por los aspectos creativos –dentro del marco limitado que impone la estructura de la vida social de los menores y su implicación en la tarea de la (re)producción social, será la participación de los menores en rutinas culturales (a lo largo de las cuales un amplio rango de conocimiento social es puesto en juego e interpretado, sirviendo a los agentes sociales para sortear la ambigüedad en la interacción social).

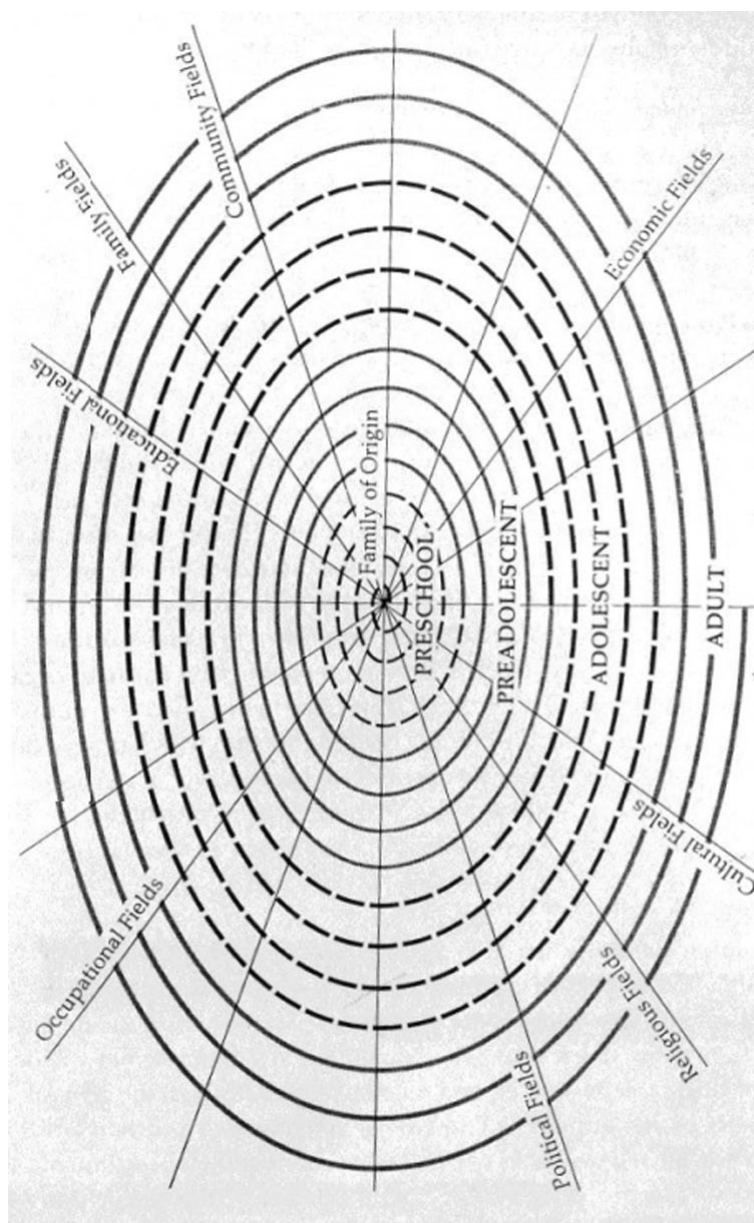
En última instancia, la teoría de la reproducción interpretativa ofrece una imagen circular de la vida social de los menores y su papel en el proceso de reproducción social, frente al modelo lineal del desarrollo evolutivo. Corsaro lo denomina, en realidad, el modelo “reticular”, “circular”, “de tela de araña” o “radial” [Orb Web Model] (ver figura), por constituir una red densa en la que el diseño elíptico o espiral representa la presencia recurrente de nuestras experiencias a lo largo de nuestra vida social, y en particular desde que nacemos hasta que alcanzamos el estatus que cada sociedad identifica con el

término “adulto”. La preferencia por el modelo circular se debe, por un lado, al interés de Corsaro por trascender la visión lineal del desarrollo infantil, por otro a la necesidad de reflejar que la reproducción social se produce de manera continua en el terreno de la praxis social. Por tanto, las experiencias que tienen lugar en los grupos de pares en la infancia no constituyen etapas que los niños atraviesan individualmente, dejándolas atrás. Al contrario, el autor señala la manera en que los niños producen y participan en estas “culturas de iguales” o “culturas del grupo de pares” en su infancia, y cómo esta participación queda irremediabilmente anclada en la red de experiencias que los niños tejen con otros agentes a lo largo de sus vidas. Por tanto, las experiencias de los menores en los grupos de pares no son dejadas atrás con la madurez, sino que permanecen como parte de su historia viva siendo miembros activos de una cultura determinada. Por ello, el desarrollo individual se inserta en la producción colectiva de una serie de culturas de iguales<sup>25</sup> que, a su vez, contribuyen a la reproducción y el cambio de la cultura y sociedad más amplia de los adultos (Corsaro, 1997: 26). El modelo circular o reticular se sostiene sobre la base de la afirmación de que los niños, en tanto agentes sociales, participan simultáneamente de dos marcos culturales distintos: el de los adultos y el que es producido en el contexto de los grupos de pares, ambos ineludiblemente entrelazados.

---

25. Con el término “cultura de iguales” parece estar refiriéndose el autor tanto a los conocidos como peer-groups o grupos de pares o de iguales como a la interacción que en ellos tiene lugar y que produce una suerte de subcultura infantil que funciona sobre la base de una recreación de la cultura de la sociedad adulta.

**Figura 1. modelo radial o reticular de la reproducción interpretativa**



FUENTE: Corsaro (1997: 25)

Los hallazgos de la investigación etnográfica con menores parecen apoyar la idea de la competencia social de los niños en tanto agentes sociales, dado que podemos afirmar que lo que la realidad demuestra es que éstos son más capaces y maduros de lo que cabría esperar, así como más resistentes o rebeldes ante la acción normativa de los adultos e involucrados grupalmente en su propio proceso de desarrollo (Fine y Sandstrom, 1988: 72). Sin embargo, será precisamente el énfasis puesto sobre los aspectos creativos e indeterminados del desarrollo infantil el objeto principal de las críticas que,

desde un enfoque netamente estructural, recibirá la aportación constructivista. En general, se alaba el esfuerzo por dotar a los menores de una identidad como agentes sociales que no poseían, pero se echa en falta un análisis más firme del tipo de constricciones estructurales que marcan la vida de los niños, dado que ésta se contempla contenida en una forma cristalizada, un estatus que cada sociedad define para los niños y que es, propiamente, lo que llamamos "infancia" (Qvortrup, 1999).

Tal enfoque estructural se propone completar la otra cara de la naturaleza social de la infancia: la manera en que la sociedad define el tipo de atributos que deben caracterizar la relación entre adultos y menores, afectando así al desarrollo infantil y contribuyendo a reproducir un orden social determinado. Desde este punto de vista, la infancia es un producto social, y más concretamente un producto de la propia institucionalización y externalización de la sociedad y de los cambios sociales que ésta registra. La capacidad de los menores como agentes queda entonces ensombrecida por el hecho de que su interacción con el mundo adulto no se produce sino sobre la base de un cierto modelo de dominación; algo advertido por el constructivismo pero no suficientemente desarrollado. La tesis apuntada es que la infancia se desarrolla como forma estructural incluso independientemente de los propios menores (Qvortrup, 1993; 1994; 1997a; 1997b; 1999). El interés ya no radica tanto en lograr describir la forma particular de agencia de los menores, sino el marco estructurado (y estructurante) de tal agencia, resultante de las mismas fuerzas sociales que encontramos presentes en otros procesos sociales que ya han sido abordados por la sociología, como la estratificación o la división social del trabajo. Será precisamente ésta una de las tesis de Qvortrup sobre la infancia como fenómeno social: los niños no quedan libres de sufrir la influencia de los mismos procesos políticos, económicos, culturales, etc. que afectan a los adultos, lo cual prueba su incardinación en lo que llamamos la estructura social. El autor danés, quizás el más claro representante de esta perspectiva, afirma (Qvortrup, 1999: 5):

*Childhood is constructed by a number of social forces, economic interests, technological determinants, cultural phenomena etc., inclusive of course the discourse about it. In this construction work childhood has mostly been a reactive rather than an active part.*

La caracterización de la infancia como un grupo minoritario sometido (incluso más que otras minorías, por su incapacidad para participar plenamente de la vida social) a una estructura concreta de poder, se aleja bastante del modelo constructivista de comprensión de la vida infantil. La tarea de la sociología, desde este punto de vista, conducirá al análisis empírico de las tendencias macro-estructurales de cambio que tienen un impacto profundo sobre las condiciones de vida de los menores<sup>26</sup>, o lo que es lo mismo, la verificación de la correlación existente entre los cambios macro-estructurales y los cambios en la infancia, contemplando éstos últimos más como consecuencia que como causa de los primeros. Así, el primer y gran cambio del que hay que dar cuenta es el de la conformación de la infancia en su sentido moderno. Ésta aparece definida como la gran “arquitectura” que habitan los niños, esto es, el espacio sociocultural construido por grandes fuerzas sociales –aunque lo económico y material tendrá un papel preponderante en este sentido- designado para que se

produzca en su interior paralelamente el desarrollo infantil y la reproducción estructural.

El poder y el problema de las estructuras de autoridad y dominación será también central en este enfoque estructural. Por supuesto, la línea de dominación más básica de cuantas afectan a la infancia es la que se produce entre los adultos y los niños. Una aseveración incontestable es que los niños vienen a un mundo social previamente moldeado por los adultos: no es posible para ellos la elección de otro mundo posible, ni su modificación acorde con sus deseos, mientras que en el caso de los adultos tenemos la situación opuesta: en la medida en que éstos disponen planes sobre las vidas de los niños, son libres de modificar las condiciones de vida de éstos y, en suma, interferir de muchas y muy diferentes maneras en su experiencia vital, incluso (re)organizándola (Saporiti, 1997). Se objetará que esto es necesario o inevitable, pero lo cierto es que ello no cambia tal distribución asimétrica de la situación, que tendrá efectos indudables sobre los futuros adultos. Por otra parte, no acaba aquí la experiencia del poder en relación a la vida social de los menores. Junto al poder detentado por los adultos, y más concretamente por los padres y la familia, el enfoque estructural señala al problema de la dimensión intergeneracional como una de las piedras de toque de la moderna sociología de la infancia. Ya no estamos hablando del campo reducido de la vida privada y la familia, ni tan siquiera del enrolamiento del menor en el marco normalizado e institucionalizado de la escuela, sino de algo que transcurre a nivel societal y macro-estructural y que alude al eje central de toda reproducción social, de toda política de infancia (si es que existe tal cosa), de toda infancia y de todo desarrollo infantil, en suma, pues alrededor de él se articula nuestra concepción de la vida y naturaleza de los niños. La cuestión del eje generacional de la vida social aparece desde el mismo momento en que se contempla la infancia en tanto que categoría social al uso, siquiera con fines analíticos. Desde este punto de vista, el término “infancia” adquiere un significado estrictamente sociológico, similar al que ya poseen otras categorías asentadas de nuestra disciplina como la de “clase social”, “mujer” o “joven”. Sobre la base de este argumento, Qvortrup (1997a) encuentra razones que: a) le sirven para identificar a la infancia en tanto que elemento estructural y b) le conducen a la idea de que dicho eje intergeneracional se sustenta sobre una concepción constrictiva de la infancia que, pese a ser bienintencionada, puede estar perjudicando las condiciones de vida de los menores; así, el autor encuentra en las sociedades modernas que los menores son un grupo con un peso demográfico escaso, expuestos en mayor medida que otros grupos de la población al fenómeno de pobreza, con una tendencia clara a vivir vidas institucionalizadas y organizadas conforme a intereses distintos a los de los propios niños, en las que se incrementa significativamente el control de los adultos; una descripción de las condiciones de vida de los menores y sus limitaciones estructurales, que conduce al autor a la consideración de éstos en tanto que “minoría” social marcada por un principio objetivo de discriminación (Qvortrup, 1987). Qvortrup deduce que si esto ocurre no es consecuencia de la capacidad de agencia de los propios menores, sino de la evolución del concepto de “infancia” en el transcurso de las modernas sociedades industrializadas y la particular configuración estructural que esto supone.

26. Y entre ellas, por supuesto, irrumpiendo con fuerza en el marco de los estudios estructurales sobre la infancia, la implantación de la llamada sociedad de la información.

La formulación teórica más elaborada del enfoque estructural la encontramos en las denominadas nueve tesis sobre la infancia como fenómeno social (Qvortrup, 1993: 12 y ss.), que sirven de prólogo a las conclusiones sobre un proyecto internacional pionero de análisis sociológico de la infancia, y figuran pronto en el marco de la nueva sociología de la infancia como una fórmula seminal de la cual derivar un conjunto de investigaciones empíricas alrededor del problema central de la infancia y su lugar en las sociedades modernas. La infancia es un concepto que podemos contemplar como vinculado a una estructura social determinada, o hablando en términos más precisos, formando parte de una estructura social, y no se corresponde con los menores en la medida que sobrevive a éstos y a su maduración biológica y social, es decir, posee una dimensión institucional y supraindividual, de ahí la pertinencia de la perspectiva estructural en el análisis de la misma. Más concretamente:

I. La infancia es una forma particular y distintiva de la estructura social de cada sociedad.

II. La infancia es, en términos sociológicos, una categoría social permanente, y no meramente una fase transitoria.

III. La idea del “niño” es problemática, pues la infancia es una categoría histórica, intercultural y variable.

IV. La infancia es parte integrante de la sociedad y su división del trabajo.

V. Los niños son ellos mismos co-constructores de la infancia y de la sociedad.

VI. La infancia se encuentra, en principio, expuesta a las mismas fuerzas sociales que los adultos, aunque de una manera particular.

VII. La dependencia de los niños tiene consecuencia en su invisibilidad en las descripciones sociales e históricas, así como en sus derechos a la provisión del bienestar.

VIII. La ideología sobre la familia, y no tanto los padres, constituyen una barrera contra los intereses y el bienestar de los niños.

IX. La infancia es una categoría minoritaria clásica, sujeta tanto a una tendencia a la marginación como a la paternalización.

Cada una de las nueve tesis merecería un estudio en sí misma que aquí no podemos abordar, aunque nos ha parecido

interesante traerlas a colación pues ejemplifican de manera precisa los presupuestos de trabajo del enfoque estructural. Podrían resumirse en un conjunto de ideas más básico, aunque igualmente sugerente: la infancia es una categoría estructural producto del cambio social y la influencia de las fuerzas sociales que caracterizan las sociedades modernas, no se identifica necesariamente con los niños sino con el espacio sociocultural que éstos habitan y recrean como co-constructores de la sociedad, y se caracteriza por colocar al menor en una posición de dependencia, asociada a la vida doméstica y al ejercicio privado de la autoridad familiar, que conduce a la exclusión (al menos parcial) de los menores de la vida social y la paternalización de su cuidado.

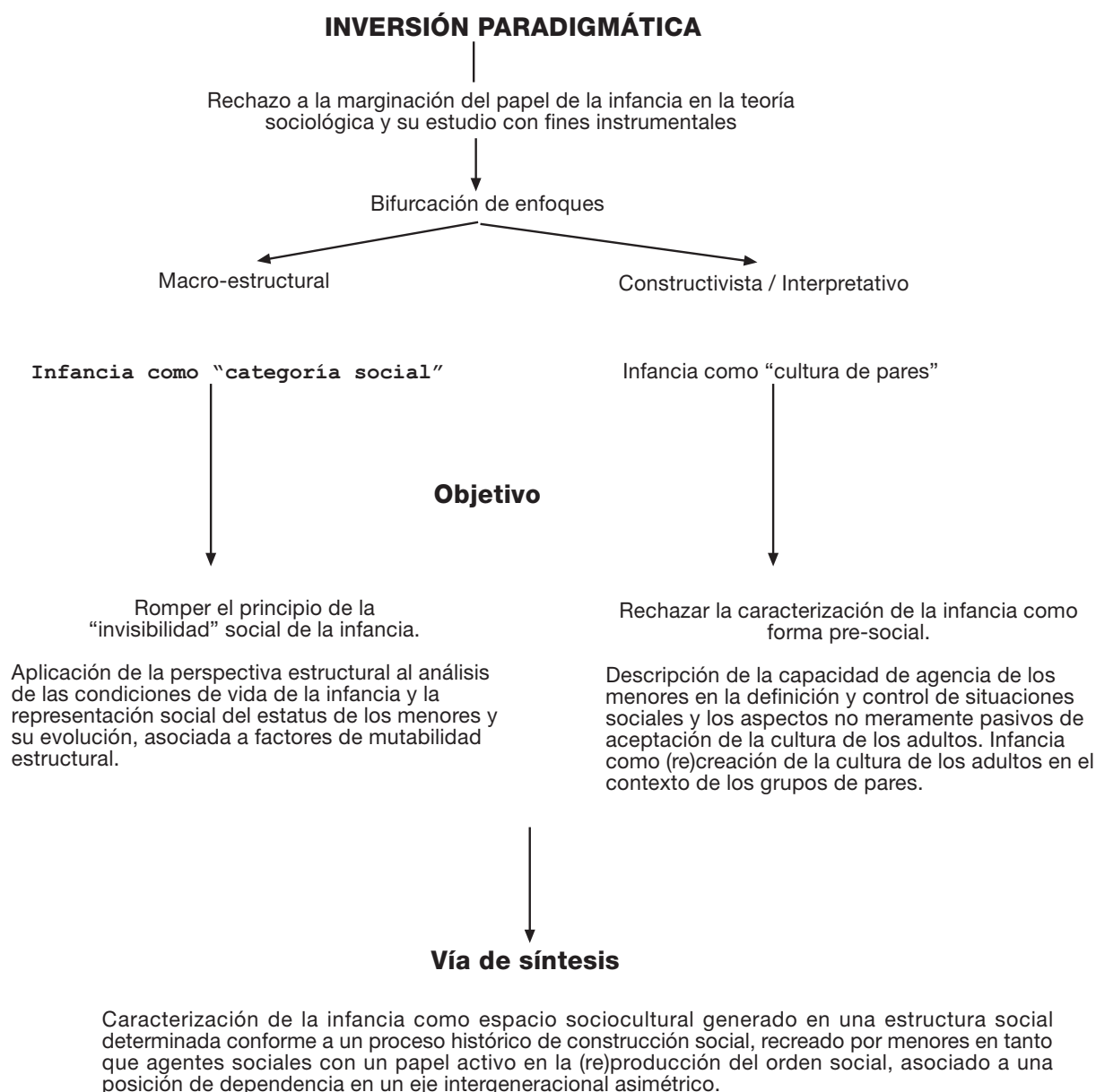
Como se verá, el enfoque constructivista y el estructural difieren notablemente en la imagen que ofrecen de la vida infantil. Mientras en el primero se recalcan las posibilidades creativas de los menores a lo largo del proceso de socialización, en el segundo se recuerda que la capacidad para definir las situaciones sociales de los menores como agentes sólo es posible sobre la base de un constreñimiento estructural, impuesto por la particular concepción de la infancia (como categoría social) que cada sociedad sostiene, y sobre un eje generacional caracterizado por la posición de dependencia ocupada por los menores. En última instancia, los dos enfoques parecen reproducir de manera bastante aproximada la ya conocida bifurcación presente en la teoría sociológica entre el estudio de la estructura y la acción<sup>27</sup>. Sin embargo, es plausible pensar en una combinación complementaria de ambos que no niegue las aportaciones de cada rama, constituyendo un valioso punto de partida para el futuro desarrollo del trabajo de investigación empírica en torno a la infancia y los menores. Desde este punto de vista sintético, habrá que admitir que los menores son seres sociales, con un papel más activo en la (re)creación de la cultura de los adultos que el que les supone la teoría sociológica clásica, papel que desarrollan, sin embargo, en un marco limitado y reglado de experiencia social, aquél que deriva de una estructura social determinada y un concepto concreto de infancia incluido en tal estructura, y unas condiciones de vida que no vienen determinadas por ningún proceso biológico de maduración sino que son producto de factores sociales.

---

27. Ver Ritzer (1993).



**Figura 2. Esquema general de la conceptualización de la infancia en la nueva sociología de la infancia**



FUENTE: Elaboración propia

### 1.3.2. Los desafíos metodológicos

El objetivo de estas páginas ha pasado por desvelar cuál ha sido el trato que los menores han recibido, en términos teóricos o conceptuales, por parte de la sociología, así como ilustrar el cambio paradigmático que ha supuesto la reciente entrada en escena de la sociología de la infancia. Lo hacemos así en la medida que estimamos que es necesario practicar el diseño de un sistema de indicadores sociales para la infancia desde un punto de vista sociológico, y no simplemente estadístico. Sin embargo, habríamos ofrecido un tratamiento únicamente

parcial de la cuestión si no hubiéramos abordado el problema de las dificultades que, desde un punto de vista metodológico, esto supone. Por otra parte, dicho problema se encuentra en estrecha conexión con la investigación empírica de las condiciones de vida de los menores y su cultura, por un lado, y con el deseo de construir herramientas suficientemente precisas que permitan la consecución de tal meta, por otro. Los indicadores sociales no escapan a esta cuestión, más bien se encuentran de lleno implicados en ella. Dado que la imagen mayoritariamente extendida de lo que es un sistema de

indicadores excluye (o excluía hasta hace poco más de una década) el acceso directo a los menores para recabar información, y teniendo en cuenta que la manipulación de datos administrativos ha sido la vía preferida en muchos sentidos para la elaboración de tales indicadores, el problema central del método y las técnicas a utilizar para realizar el acercamiento a la infancia ha sido desplazado a un segundo plano. Precisamente nuestra tesis camina en la dirección opuesta: dado que, como hemos señalado en el capítulo dedicado a la elaboración de indicadores sociales para la infancia, poseemos pocos datos administrativos que den cuenta directa de los menores, el planteamiento de cuáles son las técnicas idóneas y cuál el método para el estudio de la infancia deviene una cuestión inexcusable. Esto es así en la medida en que los investigadores se verán obligados a producir datos primarios que cubran las muchas lagunas que en este sentido existen en el contexto del conocimiento preciso de los niños y las características de su desarrollo y entorno social. Analizar los condicionantes, limitaciones y particularidades de la investigación con menores es, por tanto, una tarea importante para la sociología y necesaria e igualmente relevante desde un punto de vista teórico para todos aquellos que pretendan el acceso a la infancia a través del desarrollo de indicadores sociales.

En cierta medida, la profusión de literatura agrupada alrededor de este tema es un buen indicador de la vitalidad que presenta el análisis sociológico de la infancia. La investigación empírica con menores es, hoy por hoy, un campo emergente en el contexto de la práctica sociológica<sup>28</sup>. Existe ya un conjunto interesante de monografías en las que se aborda explícitamente la cuestión de cómo ha de conducirse la investigación sobre/con la infancia<sup>29</sup>, si bien hemos de lamentarnos que la mayor parte de ella no esté disponible en castellano, por proceder de los grandes ámbitos de desarrollo de este nuevo acercamiento a la infancia: la sociología de habla inglesa (Cook-Gunperz et al., 1986; Fine y Sandstrom, 1988; Graue y Walsh, 1998; Greig y Taylor, 1999; Holmes, 1998) y alemana (Honig et al., 1999a)<sup>30</sup>.

Tampoco es desdeñable la conexión existente entre este énfasis en la investigación con menores y el desarrollo de una nueva manera de entender la infancia en las sociedades modernas. No son pocos los que piensan que la

profesionalización creciente del conocimiento y cuidado de los menores, fenómeno característico de la modernidad, está abriendo paso a una transformación del propio concepto de infancia, en la medida que cada vez suena con más fuerza la expresión “la voz de los menores” para hacer referencia al derecho de éstos a expresar libremente sus intereses (Honig et al., 1999b). El reconocimiento de la autonomía de los menores corre parejo al desarrollo de esta nueva sociología de la infancia y de la metodología que permite acceder al conocimiento de las condiciones de vida de los mismos y la percepción infantil de éstas, no siendo los indicadores sociales una excepción en este desarrollo. Por más que sean actividades diferentes, vislumbramos una vinculación expresa entre la actividad de los investigadores y el compromiso de lograr mayores cotas de participación social de los menores y luchar por el reconocimiento de los derechos de la infancia. Por supuesto, los investigadores han encontrado también un cierto rechazo a la idea de tomar a los niños como unidades de observación y acceder directamente a ellos a la hora de recabar datos. Se ha argumentado que los niños tienen problemas para distinguir lo que es real de lo que no lo es; carecen de experiencia o conocimientos suficientes para opinar; o que lo que dicen al investigador es, en realidad, una versión de la realidad inculcada por los adultos y construida socialmente. La respuesta a estas argumentaciones es que, siendo objetivos, lo mismo puede afirmarse respecto de los adultos (Mayall, 1994: 11). Se subestima, por otra parte, la diversidad de técnicas existentes y la pericia de los investigadores a la hora de salvar las posibles limitaciones de los niños para contar con ellos en el trabajo de campo.

La conclusión derivada de las aportaciones de este campo emergente es que la aplicación de técnicas de investigación sobre los menores, ya sean cualitativas o cuantitativas, debe observar las diferencias existentes en relación a las características propias de los niños y su interacción social con el investigador<sup>31</sup>, aparte de administrar aquellas cuestiones comunes a toda práctica investigadora, generalmente referidas al respeto a la privacidad, la libre decisión de tomar parte en el proceso de investigación y la cuestión de la asimetría en las relaciones de poder entre investigador e investigado (Oakley, 1994: 26). El problema no es meramente técnico, sino también teórico, en la medida que la cualificación del investigador como “adulto” supone un escollo que debe salvarse a través de una reconstrucción general de la perspectiva del análisis. Hablamos, por tanto, de una labor que va más allá de la simple “adaptación” y se adentra en el replanteamiento, siquiera parcial, de muchas de estas técnicas que son comunes a los procedimientos sociológicos. Por otra parte, la aproximación metodológica a la infancia no se realiza desde la abstracción, sino partiendo de marcos teóricos concretos y preconcepciones sobre lo que la infancia es y significa en el conjunto de la sociedad. Dicho de otra forma, investigadores involucrados en distintas corrientes teóricas tenderán a desarrollar estrategias diversas de acercamiento al problema general de cómo aproximarse a la infancia, a través de las técnicas de investigación de las que el sociólogo dispone. Al analizar esta cuestión, Andreas Lange (1999) ha desarrollado un esquema explicativo que da cuenta de esta diversidad estratégica. Según el autor, para cada tipo de argumentación en relación al problema de la caracterización social de la

28. Y precisamente, el advenimiento de las nuevas tecnologías de la información y la alarma social que ha desatado este evento, por la dificultad de controlar el acceso de los menores a las mismas y a los contenidos que por ellas fluyen (por ejemplo, el caso de Internet o las nuevas formas de ocio electrónico) será un motor importante en el despegue de nuevos sondeos, encuestas, proyectos de investigación, etc. que tienen a la infancia en su punto de mira. Paradójicamente, podría parecer que los adultos no han comenzado a generar un claro interés en el conocimiento directo de la situación social de los menores hasta que no se han enfrentado al hecho de que es posible que estén viendo mermado su control sobre los niños y sobre el entorno en que son socializados, esto es, *hasta que no se ha conceptualizado la infancia como problema social*.

29. El hecho de que aumente el cuerpo de publicaciones sobre el tema no es una cuestión anecdótica, desde el mismo momento en que la mayor parte de los manuales de investigación al uso sencillamente lo omiten. Tal hecho es prueba de hasta qué punto el mundo de la sociología, así como sus técnicas y sus métodos, ha sido un mundo “adulto”.

30. La observación de estas referencias proporcionará también una valiosa pista sobre cuál está siendo la manera preferida por parte de los investigadores de acercarse a la infancia: son mayoría los textos dedicados a la investigación con menores desde un punto de vista cualitativo.

31. Un planteamiento de este mismo problema aplicado al caso de la sociología española y desarrollado en virtud a un ejemplo concreto puede consultarse en Gualda y Rodríguez (2001).

infancia encontramos un conjunto relevante de elementos dentro de dicha argumentación, y esto nos conduce a cada particular aproximación metodológica a la infancia (ver figura). De esta manera se explica que la sociología de la infancia recree la ya vieja división sociológica entre la vía cuantitativa y cualitativa de estudio de la realidad, por más que también se haya señalado en otras ocasiones la conveniencia de sintetizar ambas para ofrecer un mejor conocimiento de los menores y su entorno (Andrews, 1997). En cualquier caso, el esquema de Lange nos introduce en algunas de las grandes cuestiones que, a modo de piezas centrales de un andamio conceptual, marcan el trabajo de los investigadores y sostienen sus argumentos teóricos; se trata fundamentalmente de tres:

- el argumento de la *Exclusión Temática*, en el que se trata de romper el acento excesivo que la teoría de la socialización ha puesto sobre la maleabilidad de los menores, conduciéndolos paradójicamente a un punto de exclusión o

marginación, para lo cual ha sido necesario desarrollar y demostrar la idea de la “agencia” de los menores.

- el argumento de la Incorporación Selectiva, en el que se recalca la utilidad del estudio etnográfico de la sociedad de los menores, y la necesidad de conceder y respetar un margen de autonomía para los informantes que, sin embargo, no debe derivar en una acentuación de la diferencia de percepción entre el mundo de los adultos y el de los niños, sino en una comprensión basada en la participación del adulto en la realidad de la infancia.

- el argumento de la *Analogía y la Alianza*, que ha servido para enfocar el estudio de la infancia desde el punto de vista general del estudio de una “minoría” –en un sentido plenamente sociológico–, principalmente estableciendo una analogía entre éste y el estudio de otras minorías, principalmente la mujer<sup>32</sup>.

**Tabla 1. Tipos de argumentación teórica, elementos de la nueva sociología de la infancia y consecuencias metodológicas derivadas**

Argumentación	Elementos de la argumentación	Consecuencias metodológicas
Exclusión Temática	Socialización, desarrollo como instrumento equívoco de observación. Familia como velo o barrera (Cocoon).	Concentración en el “aquí” y “Ahora”; énfasis en la percepción y la perspectiva de los niños.
Incorporación selectiva	Niños como portadores de una etnia o cultura especial.	Acentuación del acercamiento cualitativo, reflexión sobre el rol del investigador adulto.
Analogía y alianza	Niños como grupo minoritario. Niños y mujeres perjudicados por su posición en la estructura social.	Fomento de la investigación desde el punto de vista de las minorías.

FUENTE: Lange (1999: 67)

Salvo el último, que parece conducir en mayor medida a los investigadores hacia el uso de técnicas estructuradas de tipo cuantitativo, el resto guardan afinidad más que evidente con el repertorio de técnicas cualitativas habituales de los sociólogos, aunque específicamente con la observación (preferentemente participante), la entrevista, y el análisis del discurso infantil y el lenguaje. Efectivamente, el uso de las técnicas cualitativas ha sido la tónica dominante en el acercamiento a la población infantil, quizás por haber sido las primeras en aparecer en escena en relación a los menores, si bien asistimos en los últimos años a un desarrollo creciente de iniciativas de corte cuantitativo –por ejemplo, los propios indicadores sociales–.

Nos parece especialmente importante el señalar, más allá de los problemas detallados que surgen con la aplicación de cada técnica, el rango común de dificultades que presenta la investigación de la infancia, si bien podemos considerar que en su variante cuantitativa la principal barrera a considerar es la de la “invisibilidad estadística” de los menores, que no suelen tomarse como unidades de observación dificultando el acceso a los mismos (Ben-Arieh y Wintersberger, 1997; Ben-Arieh, 2000; Qvortrup, 1997a; 1997b) mientras que en la cualitativa las complicaciones parecen resultar de la complejidad del acceso personal a los menores, la interpretación de la conducta y el discurso, así como de las implicaciones éticas de tal acceso (Fine y Sandstrom, 1988; Honig et al., 1999a).

Creemos que Fuhs (1999) tiene razón al plantear la cuestión de la brecha generacional como un determinante de la investigación con menores, por ejemplo. De acuerdo con el autor, es éste un problema que puede tener ramificaciones, de entre las cuales destacamos las siguientes:

- El eje generacional resulta insalvable, en la medida en que marca toda iniciativa teórica o metodológica. Incluso cuando se plantea la investigación “desde el punto de vista de la infancia”, lo que se ofrece en realidad es una reconstrucción adulta de la perspectiva de los menores –ver Honig (1999b)–

32. Una interesante argumentación en torno a lo que tienen en común el estudio de la situación de la mujer y la de los niños en el contexto de la sociología la encontramos en Oakley (1994), donde la autora parte de la consideración de ambos en tanto que minorías sociales definidas por: a) experimentar una suerte de discriminación colectiva, b) ser definidos en términos sociales como “menos que adultos”, c) estar sometidos a una política proteccionista que esconde grandes dosis de control social, fruto de la cual otros individuos deciden por ellos mismos aquello que responde a “sus” intereses, por último, d) en ambos casos atendemos a la consideración de ambos sujetos en tanto que problemas sociales en sí mismos.

sujeta a múltiples interferencias radicadas en la propia experiencia de la infancia de los investigadores.

- Por otra parte, la afirmación de las capacidades de los menores en tanto agentes sociales (la “agencia” de los menores) no puede hacernos perder de vista que los niños viven su infancia involucrados en una red de relaciones sociales adultas, constituidas en un proceso de socialización y desarrollo personal.

- Los menores que son sometidos a algún tipo de dispositivo de investigación empírica son, a su vez, ubicados en una nueva relación generacional, pues la investigación es, también, una actividad controlada por los adultos. De otro lado, el contacto directo con los niños no es posible para los investigadores, pues está condicionado a la petición de permisos a la autoridad indicada (padres, personal escolar, autoridades públicas, etc.) en virtud de un sistema de protección sobre la infancia anclado, así mismo, a un eje generacional. Con frecuencia será esta circunstancia la detonante de posibles interferencias de figuras adultas en el proceso de investigación, una circunstancia poco probable cuando se trabaja con adultos.

- En cada situación de investigación, pues, tiende a construirse o a recrearse una relación generacional entre el investigador (adulto) y el niño. Sin embargo, no basta con el establecimiento de tal relación, pues ha de ser también interpretada por ambas partes, habitualmente de manera asimétrica desde la perspectiva de los niños.

- Por último, no es despreciable el efecto que tiene en la práctica investigadora la presencia en el investigador de un recuerdo de la propia infancia, que puede entrar a formar parte del análisis de la parcela de la realidad que estudia. La confluencia de una infancia recreada y una infancia observada es una de las más agudas fuentes de complejidad en la investigación sobre los menores, y tiende a convertir la infancia en algo extraño o difícil de interpretar para el adulto que la investiga.

Como vemos, la mayor parte de la complejidad a la que se refiere Fuhs emana de una circunstancia insoslayable en la práctica investigadora: todo adulto ocupa un estatus establecido sobre la base de una relación asimétrica que los menores conocen. En este sentido, por más que sea obvio señalarlo, no es por ello menos importante recordar que dicha asimetría, que puede salvarse en el caso de trabajar con adultos (puede escogerse una investigadora si se considera que esto beneficia el acceso a un grupo de mujeres, por ejemplo), radica de forma permanente en posiciones o estatus que ni el investigador ni el menor pueden evitar.

Este tipo de consideraciones se hace especialmente importante en el desarrollo de técnicas cualitativas de investigación aplicadas a los menores (por ser, lógicamente, las que producen un contacto más directo con los sujetos estudiados). Por ejemplo, en el terreno de la observación participante, Gary Fine y Kent Sandstrom (1988) destacan los siguientes problemas prácticos relacionados con el carácter asimétrico de la relación niño-adulto; primeramente la cuestión de los roles del adulto, que pueden variar desde una posición de mera supervisión (sin relaciones afectivas establecidas) a la de un amigo (falta de autoridad sancionadora así como establecimiento de relaciones afectivas); en segundo lugar el problema de la “cobertura”, definido también como el grado de

desvelamiento que el observador hace de su papel como investigador al grupo de menores; en tercer lugar la cuestión de la “confianza”, que será necesario ganar antes de que el menor se convierta en un informante útil, donde será inexcusable alcanzar un compromiso que respete la intimidad del niño y sirva, simultáneamente, a los intereses del investigador; finalmente, aunque no por ello menos importante, será necesario contemplar los aspectos éticos que derivan de la posición del adulto en el trabajo con menores y que incluyen un principio de responsabilidad que asegure la intervención de éste si es necesario para proteger a éstos últimos, la definición clara del papel disciplinario que ocupa el adulto en el contexto de la investigación, así como la posibilidad de que el menor cuente con su derecho a negarse a participar en la investigación. El análisis de los dos autores concluye con una advertencia que deberá sonar familiar a la luz de lo que se ha dicho en estas páginas (Fine y Sandstrom, 1988: 34):

*What makes the research challenging is that adults have passed through childhood, and, as a result, may believe that they have a greater knowledge of children's culture than they actually do. This sense of déjà vu may be deceptive, presenting an obstacle to successful research—in that children's behavior may be interpreted through old frames of reference. (...) In addition, because children live within the mainstream of society, there is a tendency to believe that their culture is highly similar to adult culture.*

Efectivamente, una constatación fundamental del trabajo con menores es que éste es siempre susceptible de caer en el error del etnocentrismo, o más particularmente, del “adultocentrismo”, alimentado por el efecto de entreverado de la realidad de la infancia con la experiencia personal de la infancia del investigador del que hemos dado cuenta anteriormente. Esto obliga al ejercicio de una prudente distancia que nos mantenga alerta sobre la manera en que se reflejan en nuestro conocimiento de esta realidad las distintas vías de conceptualización de la infancia y de los menores (Solberg, 1996).

En resumen, pensamos que, aunque el rango de técnicas empleadas en el estudio de los menores y de la infancia como grupo y como representación social sea variado, siempre que nos planteemos el acceso directo a los niños es probable que nos encontremos con un conjunto de particularidades que pueden complicar seriamente la tarea del investigador. En nuestra opinión, son tres las grandes dificultades que es necesario afrontar en el tratamiento metodológico de la infancia: la inevitabilidad del eje generacional, la complejidad del acceso a la población infantil y la interferencia de las prenociones adultas. Más concretamente:

- *Inevitabilidad del eje generacional*: todo adulto ocupa, por el mero hecho de serlo, una posición o estatus definida en el marco de una relación asimétrica con los menores. Dicho estatus parece ineludible, por cuanto un adulto puede aproximarse a la condición de niño (imitando su conducta, compartiendo sus valores, o simplemente sentándose en el suelo para estar a su misma altura) pero esto no lo convierte en niño y tiende a marcar la interacción del investigador con los menores. Incluso en las técnicas cuantitativas, donde el contacto parece ser menor o menos continuado entre el investigador y el niño, es posible que se produzcan interferencias en este sentido, dado que la

naturaleza de esta relación asimétrica debe ser interpretada y esto puede dar lugar a una mala comprensión del rol del investigador, lo que se reflejará, por poner un caso, en la aplicación de un cuestionario.

- *Complejidad del acceso a los menores:* A diferencia de lo que ocurre con otros sujetos de investigación, el acceso a los menores se ve afectado por toda una serie de barreras destinadas a facilitar la protección de este colectivo, que pueden afectar seriamente el desarrollo de una investigación. El investigador debe tener en cuenta estas barreras, así como no debe olvidar que, incluso con consentimiento de las autoridades o de los padres, se recomienda respetar el derecho del menor a no participar en la investigación.

- *Interferencias de las pre-nociones de los adultos:* Ningún adulto puede escapar al recuerdo de su propia infancia, de la misma manera que toda comprensión de la infancia arranca de un marco cultural concreto; lejos de ser anecdótico, es éste un riesgo potencial de derivación hacia una interpretación etnocéntrica (o adultocéntrica) de la realidad de la infancia, si no se tienen en cuenta las posibles pre-nociones o conceptualizaciones sobre los niños que pueden estar interfiriendo en la investigación. Es ésta circunstancia lo que convierte la tarea de la interpretación de la vida social de la infancia en un problema complejo.

Aunque desde luego no son los únicos, creemos que estos tres condicionantes son los que marcan el planteamiento general de la investigación dirigida a los menores, generándose en momentos posteriores toda una serie de problemas concretos que surgen de los propios diseños operativos y de la aplicación de técnicas concretas de investigación que, dicho sea de paso, necesitan en la mayor parte de los casos ser reinterpretadas (que no simplemente adaptadas) para poder constituir una herramienta eficaz en el trabajo sociológico con los niños. En cualquier caso, lejos de existir una única receta en torno al problema de las técnicas y su elección, podemos hacer valer aquí el principio fundamental del pluralismo metodológico: dejar que sea el propio objeto de estudio el que marque la pertinencia de la técnica de investigación aplicada.

### 1.3.3. La infancia y la sociedad (pos)moderna

Finalizaremos este recorrido sintético por la naturaleza de lo que hemos llamado “nueva sociología de la infancia” haciendo alusión al retrato que emerge de la vida de los menores en las sociedades modernas. Este bosquejo de la infancia que ofrece la sociología es fundamental para entender muchos de los cambios que están sucediendo en el mundo de los niños (y también el de los adultos), y guardan una relación estrecha con la afirmación seminal de que la infancia es una construcción social: es precisamente por esto que se la considera un concepto cambiante, sujeto a las mismas fuerzas sociales que sacuden a las sociedades y promueven el cambio social. Esto nos llevará al siguiente capítulo, en el que analizaremos con más detenimiento una de esas tendencias de mutación que más recientemente ha venido a suscitar el interés de los sociólogos y otros científicos sociales: el advenimiento de eso que conocemos como “sociedad de la información”, y su impacto sobre las condiciones de vida de los menores.

Algo se ha dicho ya, siquiera parcialmente, sobre cuáles son los rasgos característicos de la infancia en la sociedad

moderna. Al hablar del proceso de construcción del moderno concepto de infancia no hemos querido dar cuenta de un proceso cerrado o acabado, sino de una corriente de cambios sociohistóricos que conduce hasta el día de hoy la concepción de lo que los adultos entienden por ser “niño”, en consonancia con los cambios acaecidos en la propia sociedad. Sabiendo lo que ya se ha dicho sobre el creciente interés por la infancia, la profesionalización del cuidado a la misma, el incremento de la presión “civilizadora” sobre los menores, su institucionalización a través de la educación formal, etc. podemos hacernos una idea de lo que ha ocurrido con la infancia en tiempos recientes. La expresión de Zelizer (1985) resume portentosamente tal transformación del concepto de infancia en el transcurso de la modernidad: el niño ha perdido su valor económico al tiempo que ha crecido su valoración en términos afectivos; la consecuencia de esto ha sido la sentimentalización de la infancia. Otros han señalado la aparición en el primer discurso científico de una connotación de “inocencia” muy acorde con tal proceso de sentimentalización y sacralización de la infancia, que ha llevado a describirla en términos idealizados, asimilándola a un “paraíso” (Bradley, 1992). Por otra parte, la revisión de algunos indicadores referidos a la esperanza de vida, la mortalidad infantil o la salud de los niños, parecen apoyar la idea de una mejora generalizada en las condiciones de vida de la población infantil que resulta todavía desigual, pues buena parte de ella, aquella que habita países subdesarrollados o en vías de desarrollo, no se beneficia en los mismos términos de dicha mejora. La primera impresión en torno a las consecuencias que ha tenido para los niños la irrupción del concepto moderno de infancia y el imperativo de protección de los mismos que contiene debiera ser positiva.

Sin embargo, la sociología de la infancia tiende a destacar las fisuras de esta primera impresión. No ha sido extraño escuchar en el último cuarto del siglo XX voces que denuncian una supuesta erosión, liquidación, desaparición o incluso una “muerte” de la infancia (Polakow, 1982; Hengst, 1987; Postman, 1984; Jenks, 1996a), aludiendo a un proceso de regresión en el terreno ganado para el cuidado y la protección de la infancia. El estatus tradicional de la infancia en las sociedades modernas, aquél que derivaba de la estricta separación entre el mundo de los adultos y el de los menores –la imagen invertida de aquel paisaje del Antiguo Régimen que dibujaba Ariès - parece tambalearse. Una de las tendencias que han contribuido a la situación social de los niños en la actualidad ha sido una creciente profesionalización e institucionalización de ese período del ciclo vital que llamamos infancia. Al fin y al cabo, es ésta la consecuencia lógica de una sociedad que ha “descubierto” la particularidad de ser niño y la trascendencia que esto tiene en el desarrollo y maduración de los individuos. La separación de los niños y los adultos como expresión del reconocimiento de su especificidad no ha sido sólo conceptual, también espacial, temporal e institucional. Como bien señala Polakow (1982) los menores se encuentran en las sociedades modernas sometidos a la creciente presión de la institucionalización y compartimentalización de sus vidas; expresión de esta presión es la reconfiguración del juego, antaño la vía de exploración de su existencia y su entorno, que cada vez en mayor medida es organizado y estructuralmente jerarquizado, “curriculizado” y normalizado e instrumentalmente definido, cercano ya a los propósitos de la



socialización para el trabajo adulto; también el tiempo de los niños, cuyo fluir se ha desnaturalizado como efecto de la subordinación de la existencia infantil a un calendario o una agenda; ser un niño “normal” significa hoy más que nunca mostrar conformidad y ajuste con criterios definidos institucionalmente, como ocurre de manera prototípica en los centros escolares, que pretenden la normalización de la experiencia infantil desde la perspectiva de los intereses de los adultos; en condiciones normales, consideraríamos la pasividad y el comportamiento dócil y excesivamente conforme una forma “desviada” de conducta infantil, pero la institucionalización de la infancia ha hecho de éstas las características centrales de la socialización de los niños, no por que interese más a éstos, sino a las instituciones y a su dinámica de funcionamiento. En definitiva, la autora se pregunta: ¿sigue existiendo en nuestra era tecnológica un espacio social para la infancia en el que el niño sea el sujeto de su experiencia, y no un objeto de la misma? Puede que el diagnóstico sea discutible, pero la pregunta formulada acaba produciendo desasosiego.

Qvortrup (1999; 1997a) ha visto en este tipo de razonamiento una prueba de la exclusión a la que estamos sometiendo a los niños, cuya única finalidad es servir a los intereses de los adultos. El autor ofrece un ejemplo: como resultado del incremento del tráfico rodado y el desarrollo de las ciudades, el entorno urbano se ha convertido en un espacio peligroso para los niños. Ante esta situación cabría la posibilidad de rediseñarlo o modificarlo para hacerlo habitable, en su lugar tendemos a encerrar a éstos en casa o incrementamos el control sobre sus movimientos, estrechando el cerco a sus actividades de juego. ¿Cuál es el interés que prima aquí, el de los adultos, que buscan un diseño urbanístico que les permitan desplazamientos más rápidos, o el de los niños, que necesitan de una ciudad habitable para sus juegos? La conclusión que se ofrece es que hemos ubicado la población infantil en una posición contradictoria en relación a la estructura social, dado que por un lado la consideramos y tratamos como integrada en tal sociedad, pero por otro les otorgamos tratamiento de extraños o excluidos, fuera del marco vital definido por los adultos. Esta circunstancia nos recuerda la bella metáfora empleada por Georg Simmel en su descripción de la figura del pobre como extraño a la sociedad; desde esta perspectiva, el niño también sería como el arroyo que es canalizado por una fuerza mayor (el Estado) en aras del bien público: es el objeto del deber, pero no el titular del derecho correspondiente (Simmel, 1972).

Esta conclusión ha sido apoyada por otros autores (Dencik, 1992), que han señalado cómo este movimiento de desplazamiento hacia la periferia de los intereses de los niños se ha revestido de los ropajes amables del conocimiento científico de las necesidades de los menores y su protección, que demasiado a menudo se hace sinónimo de su control. Encontraríamos así la paradoja de una sociedad obsesionada por los problemas de la infancia (y aquí el eco de las palabras de Ariès no es casual) que sin embargo acaba perjudicando la vida de los niños en su afán por protegerlos (Dencik, 1992: 87):

*En la terminología sociológica se podría decir que los desarrollos de los estados de bienestar modernos han hecho que el niño se convierta en el objeto de un proceso combinado de integración y segregación. Simultáneamente el niño se*

*encuentra más incluido en la sociedad y separado a la vez de la misma (...). Se despliega todo un mundo maravilloso de ositos de peluche, libros de imágenes pedagógicas y animales blandos, escondidos de la dura jungla de asfalto del mundo adulto. Un mundo maravilloso donde siempre brilla la bondad humana; y donde los niños del estado del bienestar viven sus vidas segregadas tras puertas que no pueden pillar los dedos y ventanas con cerraduras a prueba de niños.*

La sentimentalización de la infancia y la creciente segregación de la vida de los niños de la de los adultos conduce, parece, a la sobreprotección de la infancia y, como corolario, a la pedagogización, psicologización, etc. de la vida social de los niños. Por contra, se detecta un movimiento en el sentido contrario en tanto en cuanto se favorece, principalmente por imperativos de la sociedad de consumo, que ha descubierto en los menores nutridos y sobreprotegidos de nuestras sociedades un público rentable, la maduración prematura de los niños y el acceso temprano de éstos al mundo de los adultos a través de los medios de comunicación y la tecnología (obviando, en muchos casos, el filtro protector de las familias y el control socializador de los padres) (Postman, 1984).

Precisamente, en alusión a esta difuminación de las fronteras entre el mundo adulto y el infantil, se refiere Heinz Hengst (1987) a la “liquidación” de la infancia. De acuerdo con Hengst, la industrialización de todas las áreas de la vida ha alcanzado un punto en el que la separación entre ambos mundos, el de los niños y el de los adultos, es cada vez menos importante como criterio para medir la distancia entre generaciones desde el mismo momento en que los distintos grupos de edad tienden a converger en sus experiencias y necesidades. El autor no explicita suficientemente si está dando cuenta de una “maduración” de la infancia o una “infantilización” de la madurez, o ambas a la vez, pero en cualquier caso sí deja claro el resultado: las tradicionales fases del ciclo vital, la infancia, la juventud y la madurez están siendo desmembradas y alienadas respecto de sus espacios sociales. De nuevo encontramos una tendencia contradictoria en la que los niños ocupan una posición social ambivalente: siguen siendo segregados pero cada vez en mayor medida tienden a difuminarse las fronteras que los separan de otras fases de la vida, al tiempo que los adultos descubren el placer de una cierta “infantilización”. La progresiva mimetización de la actividad escolar en una preparación para el trabajo adulto; la penetración en el antaño recinto de privacidad que representaba la familia de la mirada institucional y de la sociedad de consumo; la creciente insatisfacción que genera para los adultos un mundo laboral fragmentado y desvalorizado y el desarrollo de formas de ocio preponderantemente pasivas, marcadas por la superabundancia tecnológica. Son fuerzas de cambio que explican la manera en que se ha complicado la transición entre el ámbito de la infancia y los adultos, desde el mismo momento en que los niños ya no pueden mirarse en el espejo de los mayores porque sólo encuentran una imagen fragmentaria, al tiempo que éstos pretenden, cada vez en mayor medida, reencontrarse en la condición infantil ante la evidente confusión que parece generar un mundo cambiante. La tesis de la infantilización de la vida adulta parece guardar relación con una transformación en la propia representación social de la infancia,

de manera que ésta refleja mayormente las expectativas de los propios adultos sobre sus vidas y los cambios que ésta sufre. Así, en el contexto de individualización y desarraigo respecto de las formas tradicionales de definición de la identidad social que representa la sociedad posmoderna, sería plausible pensar en una transformación del concepto o la representación social de la infancia (Jenks, 1996b) desde una visión “futurista”, aquella que caracterizara la modernidad, radicada en el surgimiento de una mayor sensibilidad hacia las necesidades de los niños y expresada a través de la noción del “desarrollo” o la “maduración”, a otra que podríamos denominar “nostálgica”, deudora de la experiencia de la discontinuidad y el proyecto de un self reflexivo en el marco confuso y transitorio de un modelo de sociedad que es, hoy por hoy, emergente, una nueva concepción de la infancia en la que los adultos se miran como en un espejo y esperan encontrar la seguridad afectiva que parecen haber perdido en relación a su comunidad. La transformación de la infancia, supone (Jenks, 1996b: 19)<sup>33</sup>:

*Late-modern society has re-adopted the child. The child in the setting of what are now conceptualized as a postmodern cultural configurations, has become the site of the relocation of discourses concerning stability, integration and the social bond. The child is now envisioned as a form of 'nostalgia', a longing for times past, not as a 'futurity'. Children are now seen not so much as a 'promise' but as a primary and unequivocal sources of love, but also partners in the most fundamental, unchosen and unegotiated form of relationship. The trust that was previously anticipated from marriage, partnership, friendship, class, solidarity and so on, is now invested more generally in the child.*

La caracterización de la infancia desde una perspectiva netamente nostálgica puede estar relacionada con la evidencia empírica que señala cómo la imagen que las distintas generaciones de adultos sostienen sobre el mundo en que se crían los hijos tiende a deteriorarse. Carecemos de datos aplicables al contexto de la sociedad española, pero el estudio de este problema en otras sociedades industrializadas desde la perspectiva generacional revela un resultado pesimista a la pregunta: ¿es este mundo diferente al que tú te criaste? El desempleo, la inseguridad, la falta de disciplina, las drogas, los problemas medioambientales y la ruptura de la familia son algunas de los aspectos más frecuentados por los adultos en sus respuestas (Scott, 2000).

Un conjunto de tendencias, aparentemente contradictorias, pero sólo aparentemente desde el mismo momento en que la propia ubicación de la infancia en las sociedades modernas se define en términos ambivalentes entre la exclusión y la integración, que tienden a socavar la imagen idealizada que sobre la misma muchos individuos todavía albergan.

Por supuesto, tales tendencias no se producen al margen de los profundos cambios sociales que han venido afectando a las sociedades que denominamos postindustriales, posmodernas o simplemente “desarrolladas” durante los últimos años. Haciendo buena la perspectiva estructural citada en páginas precedentes, debemos concluir que la situación social de los menores en las sociedades modernas, así como

las variaciones en la representación social de la infancia, son en parte un reflejo de los nuevos condicionantes estructurales aparecidos en los últimos años. Sin duda, el cambio demográfico, que ha convertido a los menores en un grupo escaso de población; pero también la transformación de las estructuras familiares y su contenido con la erosión del patriarcado y la desinstitucionalización de muchos aspectos de la vida familiar; la introducción de una marcada diversidad familiar y de contextos de socialización diversos; el problema del “tiempo” en la articulación de los rituales familiares y la incorporación de la mujer al mercado laboral, son tendencias centrales que deben ser tenidas en cuenta en esta transformación de la infancia (Therborn, 2002; Clarke, 1996; Dencik, 1992; Gillis, 1997; Jensen, 1998). No son las únicas. También la idea de una creciente “moratoria” educativa de la infancia, referida a la dilatación de los períodos de dependencia y reclusión institucional de los menores (Honig et al., 1999b). Igualmente, la presencia de un alarmismo generalizado que lleva a enfatizar desproporcionadamente los aspectos de vulnerabilidad de los menores y el temor a la figura de los “extraños”, que William Corsaro califica como el síndrome Bogueyman (Corsaro, 1997) y cuya consecuencia podría ser la del incremento en el control social de los menores y una mayor restricción en sus movimientos y su competencia social (James y James, 2001; Qvortrup, 1997b). A éstas habría que sumar el problema, antes enunciado parcialmente, de la creciente fragmentación de la vida social producida en el contexto de la posmodernidad, que afecta a adultos y menores; en este sentido se nos informa de la posible presencia de un nuevo contexto sociocultural para la socialización infantil caracterizado por una fuerte inclinación a la desestructuración moral y afectiva, así como por un fuerte déficit de estabilidad y de relación sostenida con el niño. Tal situación implica, necesariamente, la ruptura de una relación fluida entre el mundo adulto e infantil, al tiempo que una entronización de la cultura de los iguales y la influencia de los medios; en este estado de cosas asistimos a la aparición de “una nueva actividad específica del niño que es la del consumo y la de la utilización de modelos culturales generados para el consumo para atribuir sentido a la realidad y construir su identidad y conciencia de ella”, viviendo éste en un ghetto de actividades no productivas y no reales (Del Río, 1992: 67).

Serán estas consideraciones sobre la infancia en las sociedades modernas y las fuerzas que la están convirtiendo en un concepto y un grupo de población cambiante, las que nos ayuden a plantear el tema, más concreto aunque igualmente complejo, de las condiciones de vida de los menores en relación al advenimiento de eso que hemos convenido en llamar la “sociedad de la información”, aunque puede adivinarse ya el punto de partida de tal planteamiento: para entender la situación social de la infancia y el posible impacto que sobre la misma tiene la revolución tecnológica será necesario contemplarla desde una perspectiva estructural, esto es, como elemento resultante de una determinada estructura social y afectada por los cambios y ajustes que en ella se produzcan, como espacio socialmente construido y delimitado de la vida de los niños y constantemente recreado por los mismos.

33. La cursiva es nuestra.

## 2. La sociedad de la información y el impacto de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación en la vida infantil

El objetivo de este trabajo doctoral es el de elaborar un sistema de indicadores sociales que mida las condiciones de vida de los niños y niñas en el contexto de lo que comúnmente llamamos “sociedad de la información”, a la luz de lo que sabemos –y hemos expuesto en páginas precedentes- sobre la infancia en tanto que categoría social. Al enunciar tal propósito, sin embargo, estamos dando por supuesta una realidad, la de la sociedad de la información, que bien podría ser –y de hecho lo es- discutible. Empezaremos, por tanto, la tarea de clarificar previamente algunos de estos conceptos, al tiempo que expondremos las principales aportaciones de la sociología en torno al problema de la relación entre la tecnología, la sociedad y la población infantil; haremos especial hincapié en el esclarecimiento de lo que la literatura científica conoce como “sociedad de la información” y sus rasgos más característicos, incluyendo la cuantificación concisa del fenómeno en el contexto de la sociedad española.

### 2.1. ¿Sociedad de la información? Un concepto para una sociedad emergente

Desde que en los años setenta Daniel Bell (1976; 1985) proclamara el advenimiento de una transformación estructural en las sociedades industrializadas, caracterizada por la terciarización de la economía y el crecimiento de la importancia de la información y el conocimiento, así como por el papel jugado por la tecnología en la evolución reciente de las sociedades capitalistas hacia lo que podemos considerar un nuevo estadio de su desarrollo, y llamara a tal mutación social con el nombre de sociedad post-industrial, la sociología parece haberse embarcado en la difícil tarea de identificar los rasgos sobresalientes de esta nueva (¿?) sociedad y proponer una denominación acorde a las estructuras sociales que han surgido durante el transcurso del último tercio del siglo XX. Ha sido en esta coyuntura intelectual cuando hemos oído hablar de la sociedad de la tercera ola (Toffler, 1987) o de los objetos nómadas (Attali, 1991), de la sociedad red (Castells) y de la sociedad informatizada de Masuda (1984) o del mundo digital de Negroponte (1996); también, con un acento grave que recae sobre una visión más crítica de las circunstancias que rodean al progreso y la innovación tecnológica del siglo XXI, se ha

alertado sobre la formación de una sociedad de la vigilancia avivada por el desarrollo de la tecnología y nuevas formas sutiles de control social (Foucault, 1989; Lyon, 1995), o de una sociedad del riesgo (Beck, 1993) y de la modernización reflexiva (Beck, Giddens y Lash, 1997; Giddens, 1993); e incluso hay quien se ha cuestionado la inevitabilidad del proceso de racionalización en las sociedades modernas y ha acuñado la denominación de sociedad mcdonalizada (Ritzer, 1996). El catálogo es tan amplio que desconcierta el que todas estas denominaciones estén dirigidas hacia la caracterización de una misma formación social. Lo reciente del fenómeno y la desigual distribución del mismo explican, en parte, la falta de precisión de los conceptos, resultando una amalgama de estudios en los que se resaltan rasgos diferentes pero que pueden todos ellos coexistir en una misma sociedad y ser expresión de una transformación social en proceso. Por otra parte, tiende a ser un lugar común en el trabajo de estos autores la adjudicación de un papel preponderante en las calderas del cambio social a la innovación tecnológica, y más concretamente a las llamadas nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC). Al fin y al cabo, en el cauce revuelto de la prognosis social se mezclan la tecnoutopía y lo neoludita, la confianza naïve en la capacidad benefactora de las nuevas tecnologías, el fatalismo y el escepticismo ante el progreso tecnológico o el simple y puro rechazo ante un concepto difuso y esquivo como es el de “sociedad de la información”, pero difícilmente se niega la posibilidad de que en el mundo futuro (que es también el mundo de hoy, del ahora) las TIC tengan un serio impacto sobre la vida social de las personas que va mucho más allá de su mera trascendencia económica o productiva.

Para describir esta realidad cambiante, en muchos casos tan sólo incipiente, se ha utilizado –preferentemente en el contexto europeo- el término Sociedad de la Información, y así lo hemos recogido al plantear la cuestión del impacto de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación sin que esto signifique que resulta un concepto asentado y bien delimitado, fácilmente traducible en términos empíricos. Precisamente, es ésta una de las dificultades presentes en el análisis de las consecuencias para la sociedad de la innovación tecnológica: su carácter cambiante e indeterminado, al tiempo



que insuficientemente explorado. Cabe preguntarse, pues, parafraseando a Raymond Carver: ¿de qué hablamos cuando hablamos de la “sociedad de la información”?

Dado que existe ya en la propia sociología española un cuerpo teórico más que evidente alrededor de este problema de la sociedad de la información y sus correlatos teóricos, tales como la “cibersociedad” y la “cibercultura”<sup>34</sup> (Bericat, 1996; Caridad, 1999; 2001; Díaz, 1998; Joyanes, 1997a; 1997b; 1998; Lorente, 1997; Ortiz, 1996; Rodríguez, 1998; Solé, 1987) sorprende, sin embargo, que prácticamente el único vínculo común presente entre los distintos enfoques y autores sea el de reconocer que no existe una delimitación precisa de lo que podemos identificar como la “sociedad de la información”. Por supuesto, podemos intuir que una “sociedad de la información” es una sociedad en la que la posesión y/o procesamiento de información constituye un proceso económico relevante y en la que, por esto mismo y a tenor de lo que ya se ha dicho sobre la creciente innovación tecnológica, las nuevas tecnologías de la información y la comunicación desempeñan un papel protagonista. Pero ésta es una idea todavía vaga en exceso. ¿Acaso no es la comunicación una actividad básica de toda sociedad humana? ¿Dónde está la diferencia? En algunos casos se busca definir esta nueva sociedad a través de la enumeración de sus componentes esenciales o rasgos morfológicos característicos; así, se comenta de la sociedad de la información que ésta es el producto de la intersección de dos grandes factores: la aparición de la información en tanto que materia prima y la revolución acaecida en su soporte y medio de transporte, esto es, en las comunicaciones, al tiempo que se menciona su vinculación al proceso socioeconómico que conocemos con el nombre de globalización (Joyanes, 1998; 1997b). Sin embargo, dicha definición esconde la trascendencia de las transformaciones sociales tras la constatación aparatosa del progreso tecnológico y económico. Más concretos se muestran los que han tenido que habérselas con el problema operativo de su medición en la práctica, como hace el Instituto Nacional de Estadística, que recoge las indicaciones de la Comisión Europea y la define como “aquella que hace un uso generalizado de las redes de información que proporcionan

grandes cantidades de datos, de bienes y servicios de la información y de la comunicación y de contenidos de la información” (INE, 2001: 7). Podemos hallar otro ejemplo de caracterización de la sociedad de la información en el conocido Informe Foessa (FOESSA, 1994: 2087), en el que se la identifica con unas “coordenadas concretas, de tiempo y espacios sociales, en que parece que se da una habilidad especial para captar, transportar, procesar y difundir mensajes de todo tipo, pero fundamentalmente mediante el recurso de estas técnicas electrofotónicas mencionadas en el apartado anterior [TIC]”. De otra parte, cabe también el ejercicio crítico a la hora de contar con el nuevo fenómeno; Santiago Lorente (1997), por ejemplo, identifica una superposición de diferentes realidades conceptuales en lo que comúnmente llamamos “sociedad de la información” al tiempo que descarta el papel revolucionario y rupturista que muchos atribuyen a la innovación en las tecnologías de la información y la comunicación. De acuerdo con el autor, llamamos “sociedad de la información” al producto de la fusión operacional entre telecomunicaciones e informática, que irrumpe con fuerza en las sociedades modernas desde finales de los años 70 y da lugar a la llamada telemática, que a su vez confluye con la industria de los contenidos (sobre todo audiovisuales y multimedia), pero erramos al considerar este proceso una suerte de “revolución” social o tecnológica. Cuando hablamos de las TIC nos referimos a una amalgama de cosas en la que no todo es actividad con soporte electrónico; en última instancia, televisión, radio e industrias de contenidos, por poner un caso, no constituyen en sí revolución alguna, ya que (Lorente, 1997: 161):

*Es hacer un poco más de lo mismo y, en todo caso, hacer con más rapidez y más potencia, lo mismo. Es hacer lo que la Humanidad empezó a hacer, desde que desarrolló el cerebro, hace centenas de miles de años, esto es, captar-elaborar-obtener-adquirir, transportar, almacenar, procesar y distribuir datos (sobre todo), información (algo menos) y conocimiento (bastante menos). No hay más novedades que la novación de los soportes (desde la cerámica, la piedra, el papiro, el papel y el celuloide, a los soportes electro-magnéticos y fotónicos de hoy), la velocidad de transmisión, almacenamiento y procesamiento (a velocidades cercanas a la luz) y la capacidad de transmisión, almacenamiento y procesamiento.*

Puede objetarse que incluso un cambio cuantitativo en la capacidad de procesamiento de la información o una novación de los soportes representa, en este caso, una ruptura con el pasado tecnológico de gran magnitud y previsiblemente, por tanto, una profunda transformación social. Tanto más en una sociedad en la que, utilizando la conocida expresión de McLuhan, “el medio es el mensaje”. De otra índole, más cercana al espacio conceptual y teórico de la actividad sociológica, es la mirada crítica con que Eduardo Bericat (1996) contempla las fisuras de la representación intelectual de la “sociedad de la información”. De acuerdo con el autor, dando por bueno el advenimiento de tal tipo social (de la información), quedan sin embargo por dilucidar aspectos esenciales en cuanto a su tipificación y al análisis de sus componentes principales, dado que las definiciones teóricas ofrecidas hasta el momento resultan demasiado vagas y esto conduce fácilmente al tratamiento pseudosociológico de la cuestión y a la mistificación de sus rasgos y dinámicas<sup>35</sup>. Una mistificación

34. Cibercultura y cibersociedad aparecen aquí por ser de uso frecuente y aceptado por la generalidad de los investigadores pero, como bien señala Fernando Ballesteros (2002: 52), hay quien ha llegado a contabilizar hasta 76 formas diferentes de denominar el fenómeno de la sociedad de la información y sus consecuencias.

35. La crítica a la manera en que se conceptualiza el fenómeno conocido como “sociedad de la información” no es exclusiva de la literatura sociológica española. En el ámbito de la sociología sajona no cesan las voces de los que afirman, por ejemplo, que cualesquiera sea la definición que se articule sobre el surgimiento de este nuevo tipo social –tecnológica, espacial, económica o cultural– peca de un exceso de vaguedad y ambigüedad, al tiempo que trabaja sobre un criterio puramente cuantitativo, olvidando los aspectos cualitativos (referidos a la transformación de las estructuras sociales) que debe contemplar la identificación de un cambio social (Webster, 1994). Desde otro punto de vista, Forester (1992) ha resaltado lo desafortunado de la mayor parte de las predicciones proyectadas por los visionarios de la sociedad de la información, dado que la evidencia tiende a señalar que la mayor parte de la vida social de las sociedades modernas sigue desenvolviéndose en un contexto similar al de hace décadas –obviando la anunciada llegada del hogar automatizado, las oficinas electrónicas, la expansión de la robótica o el ocio virtual– sin duda por la subestimación en dichas predicciones del factor humano y de la resistencia de los consumidores a adoptar nuevas tecnologías cuando éstas no suponen una ventaja cualitativamente significativa para sus vidas. Incluso Amitai Etzioni (1984) ha sugerido que lo que llamamos “sociedad de la información” sería, en realidad, una sociedad de dos niveles o dos trayectorias: el de la industria básica, que seguirá siendo parte fundamental de nuestras comunidades, y el de la industria de la alta tecnología; sólo la vasta exageración de algunas tendencias de cambio y el sobredimensionamiento de un fenómeno que hoy continúa siendo rotundamente minoritario, han permitido a los científicos sociales anunciar el advenimiento de la nueva era de la información y la comunicación.

atribuible al hecho de que el término “sociedad de la información” sea usado en la arena política más como un mantra que justifique apuestas políticas que como análisis substancial del fenómeno (Garnham, 1998)<sup>36</sup>. La sociedad de la información necesita de una Teoría Social de la Infocomunicación para interpretar correctamente su desarrollo y efectos. A falta de ésta, puede definirse como aquella sociedad que utiliza tanto intensiva como extensivamente, los ordenadores informáticos y las redes telemáticas, definición bajo la cual subyacen vectores de cambio que identifica con (Bericat, 1996: 100):

*El vector tecnológico, constituido por el impacto conjunto e integrado de los ordenadores informáticos y de las redes telemáticas; el vector cultural, mediante el que se transforman tanto el Conocimiento (información instrumental) como la Expresión (información simbólica); y el vector social, mediante el que va emergiendo una nueva Sociedad de la Información.*

Quizás haya sido Manuel Castells (1995; 1997; 1998; 2000) el autor del análisis más exhaustivo de la (nueva) sociedad de las nuevas tecnologías, si bien ha rehuído frecuentemente el término “sociedad de la información” en favor del de “sociedad red” (1997) o “ciudad informacional” (1995). Sobre la base de una amplia gama de datos empíricos Castells advierte del advenimiento de una nueva sociedad que identifica, sin embargo, con un proceso de reestructuración de la sociedad capitalista. La llegada del nuevo paradigma tecnológico, identificado no sólo con las tecnologías de la información y la comunicación sino también con la biotecnología y la ingeniería genética, produce un nuevo escenario caracterizado por estar basado en la capacidad aumentada para almacenar, extraer y analizar información y promover la interacción entre los distintos campos de conocimiento e innovación científica y tecnológica; dicho paradigma tecnológico se sustenta sobre dos rasgos fundamentales: a) la concentración de las nuevas tecnologías en el procesamiento de la información y b) el impacto de las innovaciones, que recae sobre los procesos más que sobre los productos (Castells, 1995). Este nuevo paradigma tecnológico aparece vinculado a una nueva economía, un nuevo modo de producción, caracterizado por la distinción espacial del trabajo dentro de la industria, así como por procesos intensos de descentralización y flexibilización geográfica que permiten, merced a las tecnologías de la información y la comunicación, el funcionamiento en tiempo real a escala planetaria (Castells, 1995; 1997; 2000). Finalmente, asistimos a la sustitución de una formación social basada en el espacio por otra basada en los flujos y las configuraciones reticulares. Dirá el autor (Castells, 1995: 483):

*Constatamos una importante tendencia social que destaca de todas nuestras observaciones: el surgimiento histórico del espacio de los flujos, superando el significado del espacio de lugares. Con esta expresión nos referimos al despliegue de la lógica funcional de las organizaciones detentadoras del poder en redes de intercambio asimétricas que no dependen de las características de ninguna localización específica para el cumplimiento de sus metas fundamentales. El nuevo espacio industrial y la nueva economía de servicios organizan sus operaciones en torno a las dinámicas de sus unidades generadoras de información, mientras conectan sus diferentes funciones en espacios diversos asignados para cada tarea; el proceso general es entonces reintegrado mediante sistemas de comunicación.*

Las consecuencias de la instauración del espacio de los flujos van mucho más allá de una reorganización de la producción, ya que suponen una nueva articulación de los centros de poder social y de la actividad social misma, que ve como se diluye la figura de un “centro de poder” y es sustituida por flujos de información (de aquí el significado revelador del impacto tecnológico de las tecnologías de la comunicación y la información, pues son el soporte de tal “espacio de flujos”, aunque no su causa), como describe Castells (1995: 484)<sup>37</sup>:

*El surgimiento del espacio de flujos expresa la desarticulación de sociedades y culturas con base local de las organizaciones de poder y producción que siguen dominando la sociedad sin someterse a su control. Al final, hasta las democracias pierden poder frente a la habilidad del capital para circular globalmente, de la información para transferirse secretamente, de los mercados para ser penetrados o abandonados, de las estrategias planetarias de poder político-militar para ser decididas sin el conocimiento de las naciones y de los mensajes culturales para ser comercializados, empaquetados, grabados y difundidos en las mentes de la gente.*

El espacio de los flujos, que no se reduce al ámbito de lo económico sino que tiende a constituir una nueva sociedad entreverada por la comunicación directa e instantánea que achica los espacios y lugares geográficos precedentes, se define así como el rasgo central de la “sociedad de la información”. Sus consecuencias sociales comienzan a observarse, pero son todavía emergentes. Un mejor conocimiento de éstas será necesario si pretendemos comprender (e incluso encauzar) la dinámica de la transformación social y tecnológica que sacude a las sociedades humanas de fin de siglo.

Por otro lado, hasta ahora hemos tratado de manera genérica la cuestión de la sociedad y el impacto de la innovación tecnológica, pero podemos cuestionarnos cuál es la expresión concreta de tal innovación, cuáles son los productos y los procesos tecnológicos que transforman nuestro mundo y contribuyen a modelar lo que llamamos una “sociedad de la información. Al fin y al cabo, hablar de tecnologías de la información y de la comunicación es designar un ámbito complejo de innovaciones tecnológicas que adoptan formas diversas y que tienden a provocar un impacto diferente sobre nuestras vidas. Por otra parte, corremos el riesgo de englobar en este grupo adelantos que no lo son tanto, o de dejar fuera algunos productos tecnológicos que consideramos “viejos” pero que están viendo transformadas profundamente

36. La razón de tal insistencia podría encontrarse en la necesidad de la aún joven Unión Europea por superar lo que ha sido denominada como la paradoja europea (Kofler, 1998), que no es más que la constatación a partir de los primeros años 90 de que el viejo continente había perdido su tradicional posición de supremacía tecnológica -pese a realizar un considerable esfuerzo investigador- a manos de algunos de sus más directos competidores (Estados Unidos y Japón). De aquí probablemente el énfasis depositado en incorporarse a la nueva revolución de las tecnologías de la comunicación y la información y, por ende, a la sociedad de la información; énfasis que bien podría revelarse como la antesala de un proceso de desmantelamiento o deconstrucción del Estado del Bienestar, sustentada en la necesidad de asimilar las nuevas exigencias (económicas, pero también sociales) de esta nueva sociedad (Calabresse, 1997).

37. La cursiva es nuestra.

sus prestaciones y características por estas nuevas tecnologías, como es el caso de la televisión.

En general utilizamos el término “nuevas tecnologías de la información y de la comunicación” para designar un conjunto heterogéneo de innovaciones tecnológicas entre las cuales se incluyen desde el ya familiar para todos ordenador personal (PC) y el continuo crecimiento de su capacidad para procesar información, a los periféricos a él conectados como el modem o las webcam, así como la tecnología (tarjetas de red, protocolos de transferencia, servidores etc.) que hace posible la existencia de una extensa red de intercomunicación reticular (la World Wide Web) que, lejos de convertirse en un simple medio de comunicación, constituye ya para muchos un auténtico espacio de comunicación o ciberespacio. Puede admitirse, por otra parte, que dicha innovación tecnológica está conectada con el desarrollo histórico de la comunicación en las sociedades humanas y viene a ser, quizás, la expresión más

radical de las potencialidades que inventos como la telegrafía sin hilos, la televisión o la radio apuntaban al ser introducidos en la vida cotidiana de los seres humanos; potencialidades que fueron señaladas mucho antes de aparecer en algunos textos clásicos de la ciencia-ficción<sup>38</sup>. Una relación resumida de los principales hitos en el desarrollo de la tecnología de la información y de la comunicación puede encontrarse en la tabla nº 2, así como un avance de posibles desarrollos futuros. No obstante, la propia construcción del discurso público en torno al advenimiento de la sociedad de la información ha reducido la complejidad del fenómeno al impacto de innovaciones concretas: es el caso de Internet y los servicios vinculados a la red (correo electrónico, mensajería instantánea, intercambio de archivos, salas de chat, etc.), pero también de la telefonía móvil (sobre toda la de última generación) y de la realidad virtual y el ciberespacio.

---

38. La relación entre el terreno de la innovación tecnológica y las consecuencias sociales de la misma ha sido, de hecho, uno de los ejes temáticos de este género literario. La capacidad de prognosis del mismo no puede menos que calificarse como fructífera, hasta el punto de que muchos de los diagnósticos en torno a la previsible evolución de las sociedades modernas que los científicos apuntan (la fragmentación de las comunidades, los problemas de la vigilancia en la red, la atomización y el aislamiento, el surgimiento del ciberespacio y de la realidad virtual, etc.) son ya viejos conocidos de todos los que han tomado contacto con la obra de George Orwell, Phillip K. Dick, Ray Bradbury o William Gibson.

**Tabla 2. Evolución de la innovación tecnológica en el campo de la información y la comunicación**

Tecnologías de la información	Tecnologías de la comunicación
<b>3000 A.C</b> Desarrollo del ábaco	<b>1833</b> Desarrollo del código Morse por Samuel Morse, en 1837 se introduce el primer telégrafo
<b>1823-40</b> Máquina calculadora de Charles Babbage.	<b>1876</b> Alexander Graham Bell inventa el teléfono
<b>1946</b> Primer ordenador electrónico (ENIAC)	<b>1895</b> Guglielmo Marconi demuestra la posibilidad de la transmisión sin hilos.
<b>1947</b> Invención de transistor por Gordon Bell.	<b>1920s</b> Desarrollo experimental de la televisión.
<b>1959</b> Invención del circuito integrado por Robert Noyce	<b>1947</b> Desarrollo de la Teoría Matemática de las Comunicaciones por Claude Shannon, básica para la moderna comunicación digital.
<b>1966</b> Primer sistema de almacenamiento en disco desarrollado por IBM	<b>1966</b> Desarrollada la comunicación por satélite (Telestar).
<b>1971</b> Invención del microprocesador por Marcian Hoft	<b>1977</b> Ericsson establece la primera red móvil de telecomunicación en Arabia Saudita.
<b>1975</b> Primer ordenador personal	<b>1977</b> AT&T y GTE instalan el primer sistema de comunicación basado en la fibra óptica.
<b>1980</b> Seattle Computer Products (más tarde Microsoft) introduce el sistema operativo DOS.	<b>1979</b> Hayes introduce el primer modem para ordenador.
<b>1984</b> Apple introduce el Mcintosh y su novedosa interfaz gráfica. En 1985 le sigue Microsoft con MS Windows.	<b>1982</b> Se adopta el Protocolo Básico de la Red, previo a Internet.
<b>1980s</b> Se introducen los ordenadores portátiles.	<b>1989</b> El CERN desarrolla el concepto de World Wide Web (malla máxima mundial o WWW).
<b>1993</b> Desarrollado el Palm Pilot, emergen nuevas formas móviles de ordenador.	<b>1993</b> Aparece Mosaic, el primer navegador o interfaz gráfica para Internet.
<b>1994</b> Seagate introduce unidades de disco con velocidades de transferencia superiores a 100 megabytes por segundo.	<b>1995</b> El US National Science Fundation ofrece el servicio de acceso público a Internet de gran velocidad.
<b>1995</b> Aparece el DVD (Digital Versatile Disk), con capacidad para almacenar más de ocho veces más información que un CD.	<b>1995</b> Desarrollados MP3, Real Audio y MPEG, facilitando la difusión por Internet de contenidos de audio y vídeo y servicios como Napster o Real Player.
<b>2000</b> Introducido el procesador AMD	<b>1997</b> Desarrollado el protocolo de aplicación de la comunicación sin hilos (WAP-Wireless Application Protocol)
<b>Posibles desarrollos futuros:</b> lenguaje como vía de comunicación con el ordenador, inteligencia artificial, ordenadores integrados en la ropa o el organismo, nanoordenadores, etc.	<b>Posibles desarrollos futuros:</b> mejorar la velocidad de la conexión a la red en todos los hogares, nuevos teléfonos celulares y diseño de asistentes personales digitales, integración de Internet y desarrollos en red (juegos, etc.).

FUENTE: Informe sobre el desarrollo humano 2001 (Naciones Unidas, 2001)

Entre las innovaciones surgidas a raíz de la implantación de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación destacan, a decir de algunos autores, el desarrollo del lenguaje hipertextual (HTML), el entorno multimedia, la realidad virtual y la interactividad en la relación con el ordenador y los contenidos de la red (Joyanes, 1997a; 1997b; Rodríguez, 1997). El lenguaje basado en el vínculo hipertextual vendría a sustituir la estructura física del libro, que obliga a una lectura secuencial, mientras que la estructura multinivel desarrollada en la red y sus aplicaciones no es solamente innovadora, sino que parece asemejarse más a la propia dinámica de trabajo del cerebro humano<sup>39</sup>. Por su parte, el soporte multimedia ofrece posibilidades nuevas al mezclar texto, gráficos, animaciones, audio, etc. (Rodríguez, 1997). Más confusa parece la definición del fenómeno conocido como ciberespacio y su correlato, la cibercultura. No es infrecuente encontrar, en la literatura concerniente a la sociedad de la información, farragosas descripciones de fenómenos que, por su carácter incipiente, se resisten a ser delimitados con precisión (Joyanes, 1997a):

*Ciberespacio es el modo en que muchos pensadores y autores denominan al espacio libre donde nos movemos y nos moveremos cada día más a través de las redes de telecomunicaciones, hoy esencialmente Internet; es la extraordinaria capacidad del ser humano para adaptarse a toda circunstancia y, muy en particular, a las que genera su propio ingenio.*

Más afortunada es la aproximación de Rodríguez (1997: 107), que identifica el ciberespacio con el “espacio que se crea cuando se establece una conexión telemática entre dos o más máquinas”, que no sólo abarca el ámbito de Internet, sino también el espacio telefónico o el espacio de la información circulante en bases de datos. La cibercultura sería, entonces, la cultura desarrollada dentro de las nuevas tecnologías de la

información y las comunicaciones, la cultura desarrollada en el ciberespacio. Como veremos más adelante, buena parte del discurso político en torno al impacto de las TIC sobre la sociedad se articula en torno al problema de la construcción de tal ciberespacio: la posible restricción del libre flujo de información, el cuándo y cómo de la vigilancia de la red, los usos positivos de del mismo, así como sus amenazas potenciales para el ser humano, etc.

No obstante, tampoco cabe olvidar que lo que hoy consideramos la punta de lanza de la innovación tecnológica guarda estrecha relación con desarrollos anteriores, muchos de los cuales han sido ya integrados en nuestra vida cotidiana. En estos casos, la mutua relación entre productos tecnológicos ha de ser estudiada. Así ha sucedido, por ejemplo, con el ordenador personal y el desarrollo de los servicios en red e Internet. Resultaría difícil hoy entender una cosa sin la otra. Como se aprecia en la tabla nº 3, el PC y la red se han desarrollado paralelamente, en estricta dependencia el uno del otro. El aumento de la potencia y las prestaciones de los PCs ha producido un fuerte tirón de la demanda de servicios asociados a la red, en la supresión de la multiplicidad de estándares, así como en torno a la necesidad de mejorar la infraestructura de la red y la velocidad de transmisión de la información. La clave en el desarrollo de la sociedad de la información puede haber sido el salto cualitativo que supuso la expansión del ordenador desde el ámbito estrictamente científico o profesional al terreno de los hogares y los usuarios masivos. Sin descartar la integración de nuevos elementos –como el teléfono móvil, por ejemplo- en este desarrollo, merced a nuevas innovaciones que prometen ser (de nuevo) decisivas, como ocurre en el caso del estándar WAP y su impacto sobre la movilidad y el control distante de múltiples accesorios electrónicos (Yen y Chou, 2001).

---

39. Obsérvese esta última tesis en consonancia con la que exponen McLuhan y Powers (1993) en torno al advenimiento del espacio acústico (dinámico, cambiante, holístico) que propagan los adelantos de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, frente al espacio visual (lineal, cuantitativo) característico del medio impreso.



**Tabla 3. Ciclo de vida relacional entre el PC y las Tecnologías de la Información (TI)**

	Fase de introducción	Fase de desarrollo	Fase de expansión	Fase de madurez
Período	Hasta los primeros años 90	Hasta mitad de los 90	segunda mitad de los 90	A partir de la segunda mitad de los 90
Tipo de innovación	Avance tecnológico	Avance tecnológico	Avance tecnológico	Avance tecnológico y Tirón de la demanda
Objeto de innovación	Ordenador personal	Ordenador personal	Ordenador personal	Red
Propósito de la innovación	Mejora de la ejecución técnica	Mejora de la ejecución técnica	Reducción de los precios	Mejora de la ejecución en red
Innovadores	Productores de Hardware (Apple, IBM)	Productores de Hardware y de software (Apple, IBM, Intel, Microsoft, Motorola)	Productores de software (Microsoft)	Productores de software, desarrolladores de la red y usuarios (Linux, Microsoft, SUN)
Problemas de estandarización	Definición del estándar de hardware	Definición del estándar de software	Demasiados estándares de red: IBM, Microsoft, Novell, TCP/IP	Definición del estándar para la red
Barreras a la difusión de TI	Disponibilidad de software técnico	Coste elevado, software orientado a la aplicación en ámbito laboral	Competencia entre estándares de red	La red forma un "cuello de botella"
Campo de aplicación de las TI	Entorno informático y científico	Entorno laboral y de connoisseur	Entretenimiento	Internet, World Wide Web
Usuarios	Profesionales de la informática y la ciencia	Usuarios de ofimática y connoisseur	Acceso masivo de usuarios	Acceso masivo de usuarios conectados

FUENTE: Esposito y Mastroianni (2002: 48)

### 2.1.1. El impacto de las Tecnologías de la Información y de la Comunicación: luces y sombras de la sociedad de la información

Tal y como hemos adelantado, la sociedad de la información no debe ser conceptualizada exclusivamente en torno al problema de la innovación tecnológica, sino en virtud del impacto de estas innovaciones y de las nuevas formas de organización social sustentadoras y sustentadas por éstas, que afectan tanto al ámbito productivo –recuérdese la caracterización del espacio de los flujos que propone Castells- como al doméstico, al tiempo de trabajo y al de ocio. Desde la sociología, es el viejo anhelo de comprensión del marco social que envuelve y posibilita la existencia de las comunidades humanas el determinante básico de la curiosidad investigadora. Sin duda alguna, una visión reduccionista del desarrollo tecnológico no nos ayudaría a comprender la extrema variabilidad de conductas y usos individuales asociadas a la tecnología, o la relación entre la construcción de papeles de género y el uso de la red, por poner sólo dos ejemplos. La interacción entre innovación tecnológica y estructuras sociales es, ciertamente, tan intensa e impredecible, que en muchos casos el conocimiento riguroso del cambio social y las transformaciones sociales ha sido sustituido por el discurso alarmista de corte tecnofóbico o la interpretación ingenuamente utópica de los

visionarios de la sociedad futura. Afortunadamente, la literatura que glosa los efectos –positivos y negativos- del uso de las nuevas tecnologías en el contexto de la vida social crece sostenidamente, si bien lo hace de manera discreta si la comparamos con el ritmo endiablado de la propia innovación tecnológica.

Cabe destacar, no obstante, que un núcleo definido de preocupaciones o inquietudes en torno a la consolidación de lo que hemos dado en llamar “sociedad de la información”, contribuye a dar forma al discurso político y social generado en torno a los retos de la sociedad del siglo XXI; aparecen recurrentemente en los medios de comunicación y en el discurso político, pero sobre todo han encontrado también un eco en las publicaciones científicas: de un lado, la cuestión de las amenazas potenciales de las nuevas tecnologías y más concretamente el problema del abuso de las mismas y la cuestión de la adicción, el uso de Internet para difundir información peligrosa o lesiva para los ciudadanos, la relación entre nuevas tecnologías y comportamiento desviado y el estudio de la relación entre el desarrollo de una sociedad crecientemente individualista y atomizada y el uso de las TIC (Amichai-Hamburger, 2002; Baruch, 2001; Castells, 1996; Chua et al., 1999; Cronin y Davenport, 2001; Fitzpatrick, 2000; Gandy, 1989; Havick, 2000; Lamb, 1998; Lievrouw, 2001; Dean,

1999; Richter et al., 2000; Schlechtweg-Jahn, 1997; Walker, 2000; Whitty, 2002;), al igual que la cuestión de la desigualdad y el acceso a las nuevas tecnologías (Cakwell, 1998; Castells, 2000; Garnham, 1998; Campbell, 2001; Nurmela, 2000; Patterson y Wilson, 2000; Rai y Lal, 2000; Steinbicker, 2001; Naciones Unidas, 2001) y el problema del género y la innovación tecnológica<sup>40</sup> (Fletcher-Finn y Suddendorf, 1996; Jansen, 1989; Soukup, 1999; Schumacher y Morahan-Martin, 2001; Whitley, 1997).

¿Qué puede decirse, por tanto, del impacto social de las TIC?

Quizás haya sido la cuestión de las nuevas amenazas para la cohesión social que anidan en la innovación tecnológica la que haya recabado más atención por parte del mundo científico (y político). Es corriente encontrar ya, en los medios de comunicación y en todo tipo de ámbitos sociales, referencias en torno al problema del control de la información contenida en la red o las posibles consecuencias negativas del uso de Internet y otros productos tecnológicos como la telefonía móvil o los videojuegos. Los sucesos del 11-S sólo han servido para avivar aún más este debate, y así hemos visto nacer en el discurso político referencias cruzadas en torno al “terrorismo cibernético” o las ventajas que ofrece la red como refugio de grupos anti-sistema de uno u otro color político. De igual manera, son mayoría los textos publicados en el terreno de las ciencias sociales y del comportamiento (aunque fundamentalmente desde un punto de vista psicológico o sociológico) que se ocupan del impacto de las nuevas tecnologías sobre la personalidad y la conducta, de los problemas de abuso y/o adicción de las mismas, o de las posibles consecuencias negativas de éstas para el orden social y la vida comunitaria de los individuos.

Así, desde un punto de vista psicológico, se ha destacado la potencialidad de la red y las computadoras como fuentes de ansiedad (véase, por ejemplo: Chua et al., 1999 y Richter et al., 2000), que parece afectar más frecuentemente a las mujeres y guardar una relación inversamente proporcional al grado de experiencia en el trabajo con ordenadores. También hay quien se ha ocupado de establecer correlación teórica entre tipos de personalidad e impacto individual de las TIC, dado que existe un divorcio patente entre los objetivos de los diseñadores de contenidos de la red y las necesidades psicológicas de sus consumidores (Amichai-Hamburger, 2002); tipos que incluyen: 1) *necesitados de certeza y evitación de información contradictoria* (rechazo de la multiplicidad presente en la masa de hipervínculos que ofrece la red), 2) *Innovadores* (sentimiento de atracción por el carácter desestructurado y cambiante de la red), 3) Individuos caracterizados por el locus del control (locus

exterior relacionado con la falta de control del tiempo pasado en la red, podría constituir principio de adicción), 4) Individuos caracterizados por el apego/desapego (la superficialidad del contacto social en la red puede estar relacionada con una conducta de evitación de la formación de contactos firmes), 5) *el perfil de intereses* (preferencia por entornos desestructurados o por la manipulación de datos concretos en entornos constantes) y, finalmente, 6) *la asunción de riesgos* (individuos predispuestos a asumir mayores riesgos son probables consumidores de servicios innovadores en la red). El mismo autor reconoce que la psicología sólo ha empezado recientemente a interesarse por estas cuestiones, aunque ciertamente la visión predominante que ofrecen los primeros estudios sobre el tema pasa por ser nítidamente negativa: Internet constituiría un pobre sustituto del mundo real y una causa demostrada de soledad y estados depresivos, al tiempo que podría interferir con otras actividades personales y conducir a situaciones cercanas a la adicción (Brenner, 1997; Kraut et al., 1999). Otros autores han mencionado otro tipo de amenazas: la saturación de información, la aparición de un deseo obsesivo por asegurar la conectividad a través del teléfono móvil o el fax, o la irrupción en el lenguaje de los individuos de la jerga informática hasta el punto de dificultar la comunicación entre iguales (Forester, 1992).

A este diagnóstico debe seguir, probablemente, una nota de advertencia en torno al posible sesgo negativo de dichos estudios, al tiempo que señalar algunas de sus contradicciones. La “interferencia” con actividades personales puede ser, en realidad, un principio de cambio social que no está siendo conceptualizado como tal; también la televisión, por poner un caso, contribuyó en su momento a desplazar otro tipo de actividades y a reestructurar el tiempo de ocio de los núcleos familiares de manera radicalmente diferente a como venía siendo, sin que constituya hoy día motivo de alarma. La impresión de credibilidad de estos estudios, por otra parte, se debilita por las múltiples inconsistencias metodológicas que presentan, aspectos que suelen soslayarse buscando, quizás, el impacto científico que genera el “descubrimiento” de nuevas patologías relacionadas con el uso de la red, tal y como parece haber sido el caso del ya popular IAD [Internet Addiction Disorder] o adicción a Internet (Estallo, 2001). Igualmente, la aparición de efectos negativos asociados al uso de la red es innegable, pero es dudoso que se hayan buscado con el mismo ahínco los posibles usos beneficiosos de la misma –por ejemplo, la búsqueda de apoyo social a través de la red– que son los que más frecuentemente describen los usuarios (Moral, 2001; Whitty, 2002), probablemente por influencia del creciente alarmismo instalado en el discurso político y de los medios.

40. En realidad, por las características propias de lo que se ha denominado ya en este trabajo el “concepto” de infancia o la representación social de la infancia, la cuestión del impacto tecnológico sobre las condiciones de vida de los niños y el desarrollo infantil es uno de los temas centrales que han aparecido en el debate en torno a las TIC y su implantación. Dado que más adelante abordamos esta cuestión en detalle, hemos preferido desgajarla de las demás, si bien esto responde exclusivamente a una tarea de reorganización conceptual.

**Tabla 4. ¿Cómo distinguir a un adicto a Internet? Características del IAD (Desorden de Adicción a Internet)**

- a) Tolerancia, definida por cualquiera de las siguientes:  
Notable disminución de los efectos con el uso continuado de la misma cantidad de tiempo en Internet.
- b) Abstinencia, manifestada por cualquiera de las siguientes:  
-El característico síndrome de abstinencia: cesación o reducción de un uso de Internet que ha sido grande y prolongado. Dos o más de los siguientes, desarrollados algunos días durante un mes antes:  
-Agitación psicomotora.  
-Ansiedad.  
-Pensamientos obsesivos acerca de lo que estará sucediendo en Internet.  
-Fantasías o sueños acerca de Internet.  
-Movimientos de tecleo voluntarios o involuntarios.  
Los síntomas causan malestar o deterioro en las áreas social, laboral u otra área importante de funcionamiento.  
-El uso de Internet o un servicio similar está dirigido a aliviar o evitar los síntomas de la abstinencia.
- c) Se accede a Internet con más frecuencia o por períodos más largos de lo que inicialmente se pretendía.
- d) Deseo persistente o esfuerzos infructuosos de controlar o interrumpir el uso de Internet.
- e) Se emplea mucho tiempo en actividades relacionadas con el uso de Internet (p.ej. comprando libros sobre Internet, probando nuevos navegadores, indagando proveedores de Internet, organizando ficheros o descargando materiales).
- f) Actividades sociales, ocupacionales o recreativas se dejan o reducen a causa del uso de Internet.
- g) Internet se continúa usando a pesar de saber que se tiene un persistente o recurrente problema físico, social, ocupacional o psicológico, que parece ser causado o exacerbado por el uso de Internet (privación de sueño, dificultades maritales, llegar tarde a las citas por las mañanas, abandono de los deberes profesionales, o sentimiento de abandono de personas significativas).

FUENTE: Goldberg (1995), citado en Pedrera (2002)

No obstante, también desde una perspectiva sociológica se han señalado algunas de las posibles amenazas de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. La mayor parte de ellas tienen que ver con la probable tendencia a la fragmentación social, la atomización de la comunidad y, en general, la construcción de una sociedad comunicada en tiempo real<sup>41</sup> en la que se produce, paradójicamente, un aislamiento creciente de sus unidades individuales<sup>42</sup> (Castells, 1996). Otros diagnósticos son mucho más obvios: una sociedad computerizada es también una sociedad vulnerable, desde el mismo momento en que los ordenadores constituyen una tecnología relativamente falible (desde un corte en el suministro eléctrico a un ataque de un cracker o la propagación de un virus informático) (Forester, 1992). En esta línea, se ha revisado la vieja tesis de la creciente diversificación y complejidad de las sociedades modernas a lo largo de su desarrollo, planteando paralelamente desde un punto de vista neofuncionalista la cuestión de si las TIC contribuyen o reducen

la complejidad social; y si su influencia se mueve entre la diferenciación o la integración; o, más generalmente, si estos nuevos medios alientan la creciente ramificación de la sensibilidad a la diferencia –que apuntaría al conflicto- o la sensibilidad hacia la similitud –que apuntaría, por contra, a la cohesión social- (Lievrouw, 2001: 11). Siguiendo al autor, parece claro que las propias características de las TIC, a saber: el uso competitivo de la información en tanto mercancía; la resistencia ante la vigilancia y el control; el desarrollo de un localismo intenso subyaciendo a una sensibilidad global; la presencia del simulacro y la emulación, antes que la experiencia real; los estilos exhibicionistas y/o voyeuristas de la comunicación y la expresión cultural; la desigualdad en la comunicación (lateral y vertical); y los conceptos de “público” y “privado” como estrategias para la interacción social, más que como categorías espaciales, conducen irremediabilmente hacia un principio de complejidad y fragmentación social. El problema es que no está claro que este proceso derive en una tendencia definida ni a la integración ni a la desintegración del cuerpo social. Otros autores, más centrados en el análisis del impacto social de tecnologías concretas, han alcanzado conclusiones similares. En su estudio sobre el impacto de Internet sobre una audiencia tradicionalmente televisiva, John Havick (2000) establece las diferencias entre la red y la televisión: la primera ofrece a una audiencia más limitada el acceso prácticamente ilimitado a todo tipo de información y con un papel más destacado del individuo en todo el proceso, si bien presenta problemas relativos a la velocidad de transmisión de dicha información, así como un menor

41. El problema de la mutación en el sentido socialmente construido del tiempo es uno de los aspectos más interesantes en el intento de anticipar el impacto de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación en la vida social. La tesis más aceptada es la del “tiempo sin tiempo” [timeless time] o sociedad del tiempo real, en la que conocemos los hechos en el instante en que suceden, modificando el sentido lineal del suceso que imperaba en la modernidad. Para una discusión de esta tesis y otros argumentos en torno al problema del tiempo en la sociedad de la información ver: Kampinen (2000).

42. Atomización de los centros de poder, también, constituyendo lo que Ortiz (1996: 108) denomina “sociedad multifocal”.



anonimato<sup>43</sup>. Basándose en estos parámetros que marcan la diferencia, Havick pronostica, como efecto de la implantación de Internet: 1) la disminución del anonimato en el proceso de comunicación, 2) la creciente capacidad para almacenar y acceder a la información y 3) la posibilidad para los individuos de controlar la recuperación y distribución de dicha información. El lado oscuro de la extensión de la capacidad individual para acceder a las nuevas redes de comunicación lo encuentra en otro tipo de impactos: principalmente el incremento de la especialización, la fragmentación, la individualización y descentralización de la actividad social, causas más que probables de estrés desde el punto de vista político e institucional. Finalmente, hay quien ha querido establecer un paralelismo entre el diagnóstico individual del trastorno conocido como “autismo” (caracterizado por la falta de contacto emocional normal, el desarrollo de rutinas repetitivas, o la dificultad para hablar y comunicarse, entre otros aspectos) y el advenimiento de esta nueva sociedad de la información y la masiva implantación de las TIC, generando así la hipótesis de que cada vez en mayor medida es probable que la sociedad del futuro sea una sociedad autista (Baruch, 2001). Al decir esto, Baruch retrata la sociedad de la información como aquella en la que los individuos han elegido aislarse de las instituciones y en la que la naturaleza de los nuevos medios de comunicación favorece un contacto pobre entre las personas, falto de interacción cara a cara, donde éstos se ven inmersos en rutinas tecnológicas que ocupan (en ocasiones hasta constituir un claro “abuso”) su tiempo. El autor señala varios ejemplos: la desaparición de la comunicación no-verbal y el incremento de la despersonalización de la comunicación, el desplazamiento de actividades cotidianas por un uso abusivo de la red, problemas de adicción, empobrecimiento e individualización de las actividades culturales, etc. Incluso se ha querido buscar una relación entre el tipo de comunicación ofrecida por la red (dispersa, múltiple, anónima, fragmentada) y el carácter fragmentado del self, aspecto típicamente señalado como característico de la posmodernidad (Walker, 2000). Cabe objetar, no obstante, que quizás estemos atribuyendo a la

innovación tecnológica transformaciones sociales que, en realidad, forman parte del desarrollo previsible de las sociedades modernas tal y como las conocemos; al fin y al cabo, nuestra sociedad es intensamente individualista –en el sentido que Tocqueville (1980, e.o. 1840) diera a la palabra, esto es, el sentimiento que nos lleva a retirarnos del medio público y crear una microsociedad a nuestro alrededor- y privada desde mucho antes de que aparecieran las TIC (véase, por ejemplo: Bellah (1989) o Sennet (1978)); tal vez, el impacto de las nuevas tecnologías tan sólo haya acelerado el ritmo de un cambio social hacia un mayor aislamiento individual que era, en todo caso, previsible<sup>44</sup>. Por otra parte, estos diagnósticos dejan fuera algunos de los efectos indudablemente positivos de la red (y que funcionan, por cierto, en sentido contrario al de la generación de aislamiento e incomunicación), como es el de contribuir a reunir y mantener la identidad cultural de comunidades dispersas geográficamente, también conocidas como “comunidades de la diáspora” [diasporic communities] (Mittra, 1996; Rai, 1995).

Una especial atención han conseguido los aspectos que aúnan la alarma ante la transformación social que impulsa la innovación tecnológica y el carácter desviado de ciertas conductas humanas. Es el caso de la pornografía<sup>45</sup> o el cibersexo, amén de otras prácticas igualmente distantes de la conducta conformista. Significativamente, son sin embargo estos aspectos de la revolución tecnológica los menos estudiados desde un punto de vista científico. Aún así, contamos con algunas referencias relevantes que nos informan de cómo la aparición de Internet no sólo ha disparado la demanda de sexo (en cualquiera de sus formas y presentaciones, de la cual el “cibersexo” o establecimiento de relaciones sexuales en un entorno telemático es sólo una manifestación), sino que ha contribuido a generar un espacio en el que las grandes compañías que mercadean con él intentan construir un ámbito de legitimación para sus negocios –Playboy ya no ofrece pornografía, ofrece entretenimiento- a través de la renovación de su imagen de marca (Cronin y Davenport, 2001). Igualmente, han proliferado los encuentros sexuales entre internautas y los mensajes y grupos de noticias en torno a prácticas sexuales que en muchos casos son consideradas como denigrantes u ofensivas por el público general, como nos informan Lamb (1998) y Rosemberg (1993), la mayor parte de las veces sustentados sobre identidades falsas y fantasías sexuales que ocasionalmente derivan hacia contactos personales fuera del ciberespacio, terreno en el que nos enfrentamos a la creciente amenaza de la pornografía infantil y las redes de pederastia. Sin embargo, aunque el grado de acuerdo alrededor de la necesidad de establecer algún tipo de control sobre los contenidos que alberga la red y el acceso a los mismos de los menores parece relativamente alto, queda planteada la incógnita de cómo lograr tal control sin menoscabar la libertad individual y el flujo incesante de información “beneficiosa”<sup>46</sup>. El argumento de la protección de los menores o la guerra contra la criminalidad en la red, bien podría convertirse en la lanzadera de nuevas formas de totalitarismo y censura, por lo que la cuestión del control de la información aparece planteada en términos ciertamente complejos. Ante la realidad de un área de nuestra vida que nos convierte en ciudadanos desencarnados, sin masa, de importancia creciente, hay quien plantea que es necesario

43. El problema del anonimato en la red es una de las cuestiones más contradictorias de la implantación de Internet; mientras que en algunos casos se denuncia que éste favorece la criminalidad (por ejemplo, la distribución de pornografía infantil o la agrupación de pederastas), lo cierto es que la red no es un medio seguro, sino un gigantesco panóptico tecnológico en el que el anonimato es siempre relativo, a decir de los grupos que luchan por la protección de los derechos civiles, y está amenazado por el control subrepticio de software de vigilancia como Carnivore. ¿Cuál de las dos versiones se aproxima más a la realidad? Probablemente ambas son ciertas, pero referidas a aspectos diversos del uso de la red en contextos también diferentes.

44. Probablemente sea más razonable plantearlo a la inversa: no es que el individualismo y el aislamiento de la vida social e institucional sean producto del progreso tecnológico (por más que éste pueda facilitarlos), sino que los nuevos artefactos de la sociedad de la información sólo podrían aparecer en el contexto de una sociedad que ha vinculado el desarrollo científico y la innovación tecnológica a una interpretación individualista del mundo, tal y como nos advierte Arunoday Saha (1998) en su análisis de los valores culturales de occidente y la tecnología como producto de éstos.

45. De la cual la pornografía infantil es una importante derivación, cuyo análisis viene a insertarse ineludiblemente en el contexto de la representación social de la infancia y constituye uno de los argumentos esgrimidos desde las instituciones políticas para abogar por un mayor control de la red y sus contenidos.

46. De nuevo, el terreno de la contradicción. Mientras se discute si es necesario un control estatal o de otro tipo sobre los contenidos de Internet y sobre la red misma, dicho control está teniendo, de hecho, lugar: en forma de espionaje industrial entre grandes bloques económicos (Estados Unidos y la UE, por ejemplo) o rastreo de los servicios de inteligencia de los mensajes cruzados entre usuarios. El escenario no parece el más adecuado si lo que se quiere es crear un espacio transparente de intercambio de información.

repensar las tareas de la política social y avanzar hacia la consecución de “derechos virtuales” (Fitzpatrick, 2000). El problema es que resulta muy discutible que el grado de alarma planteado por estos nuevos “miedos virtuales” corresponda a sus proporciones reales<sup>47</sup>, sobre todo si tenemos en cuenta que la lucha por el control de la información vertida en los medios de comunicación no es nueva, sino que ha venido asociada prácticamente a cada innovación tecnológica desde la generalización de las líneas telefónicas, la radio o la televisión (Fogelman, 1994). Se ha argumentado que la caracterización de Internet como un terreno de criminalidad y anarquía en el control de los contenidos es una versión extremadamente simplista de un medio extraordinariamente diverso y heterogéneo, en el que la autocensura funciona relativamente bien (aunque eficaz, en tanto que ha servido para generar una preocupación en la opinión pública). Podríamos cuestionarnos a quién sirve tal elogio del alarmismo. Surge así la sospecha de que la popularización de la imagen amenazante o negativa de los nuevos medios está siendo moneda de cambio para legitimar un creciente intervencionismo autoritario por parte del poder político; dicho con otras palabras: es necesario sembrar la alarma antes de ofrecerse como la solución del problema. Así, no es extraño que ante tal ofrecimiento sean muchos los que se preguntan: ¿quién va a rescatarnos?, y ¿en qué condiciones y con qué criterios restaurarán las “autoridades relevantes” nuestra seguridad?, tal y como propone Dean (1999: 1073)<sup>48</sup>:

*I suspect that some discussions of new technologies have less to do with technology than they do with a larger politics of repression and authority that works through the evocation of fear and a nostalgic longing for a security that never was as it seeks to inscribe the need for foundational truth as an antidote to the infectious pluralization of realities in the contemporary age.*

Efectivamente, la cuestión del control ha sido presentada como uno de los caballos de batalla de la implantación de las TIC en el mundo moderno. Tal es así, que aparece la idea de que la auténtica “desigualdad” presente en la sociedad de la información no está entre los que gozan de conexión o no a la red u otros productos tecnológicos, sino en la extensión y perfeccionamiento de los mecanismos y en el abismo que media entre el individuo (de quien se recoge información, incluso sin su consentimiento) y las organizaciones burocráticas (que almacenan y manipulan tal información), constituyendo esta brecha el esqueleto de un gigantesco panóptico electrónico, que bien pudiera encontrarse con

espacios de resistencia dentro de su propia red de vigilancia que favorecieran la aparición de nuevas formas democráticas más allá de las tradicionales estructuras de poder (Gandy, 1989; Green, 1999).

De otra parte, hablar de la sociedad de la información y del uso de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación no debe hacernos creer que ésta es una realidad tangible para todos. Aunque el número de usuarios de la red ha crecido exponencialmente en los últimos años, en el año 2000 apenas representaba un 7% del total de la población mundial y un 28% en los países de la OCDE, y la diferencia entre los que representan la punta de lanza de la innovación y los que se encuentran en el furgón de cola, lejos de disminuir, podría aumentar en el futuro (Naciones Unidas, 2001). Medida unos años después, la penetración de Internet a nivel mundial ronda el 9% de la población del planeta y se mantienen las diferencias entre un acceso creciente en los países más desarrollados e importantes zonas del planeta que quedan prácticamente aisladas de este proceso de innovación tecnológica (Ballesteros, 2002). A la diferencia que representa el que las TIC sean todavía un asunto minoritario, al alcance de unos pocos privilegiados, la llamamos la “brecha” o “frontera” digital<sup>49</sup> [digital divide/digital gap] y no cabe duda de que, según casi todos los indicadores (número de usuarios de Internet, número de servidores, porcentajes regionales de uso de Internet, etc.) las disparidades entre los países industrializados y en desarrollo en cuanto a los productos de las TIC, acceso a Internet y disponibilidad de los insumos esenciales para proseguir el cambio y la innovación tecnológica son ya grandes y cada vez se ahondan más, dando lugar a un escenario de polarización y concentración de los servicios de la red que es, sin duda, un reflejo de la desigualdad y los criterios de estratificación a nivel mundial (Campbell, 2001; Bas y Mateo, 1998; Patterson y Wilson, 2000; Cakwell, 1998). Por contra, también se ha abogado por la utilización de estas nuevas tecnologías como vía o instrumento de superación de tal desigualdad; es el caso de lo que Manuel Castells (2000) denomina el “infodesarrollo”, una vez aceptado que la clásica división entre Norte y Sur podría haber dado paso a una separación entre los que están conectados (y participan) de la red y los que no, consistente en una masiva inversión en tecnología y recursos humanos en escala suficiente y en varios lugares del mundo para impulsar el proceso de desarrollo de la información, permitiendo así la vinculación de las economías y comunidades locales al espacio de los flujos (al fin y al cabo, como afirma el autor “la gente vive en lugares, pero el poder domina mediante flujos”): nodos y redes que crecen e incorporan gente. De otra parte, no es ésta una labor que pueda realizarse atendiendo exclusivamente a parámetros tecnológicos: Rai y Kal (2000) han demostrado que el desarrollo de una sociedad de la información depende, en gran medida, del desarrollo de otro tipo de sectores socioeconómicos, tales como la educación, las telecomunicaciones y los medios de comunicación.

Por último, podríamos considerar una forma particular de desigualdad a aquella que afecta a las distintas actitudes y usos de la tecnología que hacen hombres y mujeres; una de las advertencias importantes en torno al proceso de implantación de las TIC es que éstas, si no se remedia, pueden acabar reproduciendo un esquema sexista en su distribución y uso,

47. En parte porque muchos de ellos no tienen nada de “nuevos”, sino que son preexistentes a este mundo tecnológico que analizamos; Dean (1999: 1071) ofrece un ejemplo: la mayor parte de los contenidos pornográficos que se ofrecen en la red son meras digitalizaciones de publicaciones impresas, al alcance desde hace mucho tiempo para millones de consumidores en cualquier quiosco de prensa.

48. La cursiva es nuestra.

49. Estamos de acuerdo con Ballesteros (2002: 73) cuando afirma que la “brecha digital” no debe ser considerada únicamente como la diferencia en el acceso a la tecnología, sino que contiene aspectos diversos y complejos que se identifican mayormente con: a) la disponibilidad de un ordenador u otro elemento de hardware que permite al ciudadano conectarse a Internet, b) la posibilidad de conectarse y poder acceder a la red desde el hogar, trabajo u oficina, c) el conocimiento de las herramientas básicas para poder acceder y “navegar” en la red y d) la capacidad adecuada para poder hacer que la información accesible en la red pueda ser convertida en “conocimiento” por el usuario.

dado que las mujeres aparecen frecuentemente asociadas con un menor acceso a los ordenadores así como actitudes ligeramente más negativas frente a su uso y menor experiencia (Fletcher-Flinn y Suddendorf, 1996; Schumacher y Morahan-Martin, 2001; Whitley, 1997); al tiempo que Internet se revela como un lugar virtual donde, sin embargo, tienden a reproducirse los estereotipos de género (Jansen, 1989; Soukup, 1999). Como contrapartida, resulta satisfactorio comprobar que el acceso de las mujeres a la red es creciente, siendo éste un aspecto en el que son ya pequeñas las diferencias porcentuales con los hombres<sup>50</sup>.

La ambivalencia de los productos tecnológicos y sus aplicaciones viene a ser, por tanto, el carácter más acusado de su impacto, como suele ocurrir cuando éstos son analizados en el contexto social en que se introducen. Así como el teléfono, el automóvil o la electricidad introdujeron un importante elemento de progreso al poner en contacto a individuos distantes, facilitar su movilidad o alargar la duración del día, produjeron también nuevos problemas y amenazas, muchas de ellas no previstas originalmente<sup>51</sup>. ¿Son las nuevas tecnologías de la información y la comunicación diferentes en este sentido? No parece haber razón para contestar afirmativamente a esta pregunta, pero precisamente por ello un seguimiento exhaustivo de su influencia sobre la vida social de las comunidades humanas es necesario, con objeto de prevenir tales problemas y consecuencias no deseadas de su uso.

### **2.1.2. ¿Es la sociedad española una “sociedad de la información”?**

Como ya se ha anticipado, hablar de la sociedad de la información es, en cierto sentido, un extraño error, si tenemos en cuenta que sólo una minoría de población tiene acceso a muchas de estas nuevas tecnologías y que la mayor parte de la vida social remite a los viejos esquemas de las sociedades capitalistas occidentales del siglo XX. La sociedad de la información sería, pues, más un futurible con cierta implantación real que otra cosa. EL problema es que este

futurible revela cada día un rostro más nítido, por más que siga siendo sólo una tendencia emergente.

¿En qué medida encaja el retrato de la sociedad española en el concepto “sociedad de la información”? Ésta es, sin duda, una buena pregunta que necesariamente habremos de responder si queremos avanzar hacia el objetivo propuesto: el diseño de un sistema de indicadores que describa y analice tal tipo social (en relación a la infancia y sus condiciones de vida). En realidad, los hay que han intentado dilucidar esta cuestión antes que nosotros; la impresión general es que puede afirmarse que España comienza a presentar los rasgos propios de una sociedad de la información, pero de manera más reducida o minoritaria que muchas sociedades de su entorno socioeconómico<sup>52</sup>; en parte por la tímida formulación y el relativo fracaso de algunas de las políticas gubernamentales destinadas a apoyar la implantación y desarrollo de las TIC en la sociedad española, aunque parece que alcanzamos poco a poco la masa crítica necesaria, en términos de tecnología, que facilite el cambio anunciado (Caridad, 2001; INE, 1997; FOESSA, 1994).

No obstante, cabe señalar que el desarrollo de un cuerpo coherente de indicadores de uso internacional referidos a la sociedad de la información es, hoy por hoy, un objetivo deseable pero no una realidad. De hecho, salvo en el caso de los Estados Unidos, donde la estadística es rica en este sentido la mayor parte de las naciones industrializadas no publica con suficiente regularidad informes suficientemente exhaustivos sobre el desarrollo de la nueva sociedad de la información, aunque son muchos los esfuerzos realizados para que este orden de cosas cambie en el futuro. Reproducimos, a título informativo, el listado correspondiente al conjunto de indicadores de la sociedad de la información que aprobó recientemente el Consejo Europeo (Noviembre de 2002) como parte de su estrategia de impulsar la iniciativa eEurope, dado que contiene algunos de los aspectos más significativos de cuantos aparecen recogidos en otros sistemas de indicadores similares.

---

50. Sin embargo, una encuesta reciente del Instituto Europeo de Computación en el Hogar (organismo dependiente de Packard-Bell) realizada a más de 860 propietarios de PCs en 1999 arrojó un nítido resultado: el perfil del usuario de la red es el de un varón maduro, que utiliza el ordenador principalmente para darle un uso creativo (<http://es.packardbell.com>, acceso el 15 de mayo de 2002)

51. Una vez más, habremos de dar la razón a McLuhan y Powers (1993), cuando nos presenta el modelo del “tétrade” para interpretar el cambio tecnológico, ante la necesidad de incluir tanto el propio producto tecnológico como las consecuencias no queridas de su uso.

52. De acuerdo con los datos del Informe de Desarrollo Humano (Naciones Unidas, 2001), los resultados del índice agregado de progreso tecnológico colocan a la sociedad española fuera del grupo de “líderes tecnológicos”, ocupado por países como: Finlandia, Estados Unidos, Suecia, Japón y Corea (los cinco primeros por ese orden), amén de otros miembros de la UE como Reino Unido, Alemania o Francia, pero dentro del de “líderes potenciales”, junto a Italia, la República Checa, Hungría, Eslovenia, Hong Kong y otros países mediterráneos como Grecia y Portugal.

**Tabla 5. Indicadores recogidos en la iniciativa de Europa**

1. Porcentaje de población que utiliza regularmente Internet. Dentro de esta rúbrica deben distinguirse los usuarios por categorías: hogares, puestos de trabajo, colegios, accesos públicos, cibercafés, móvil, etc.; frecuencia de uso; datos por edad, sexo, renta y ocupación, así como tipo de uso, esto es, correo electrónico, compra, etc.
2. Porcentaje de hogares con acceso a Internet, indicando también los sistemas de acceso a banda ancha.
3. Coste de acceso a Internet, diferenciando las distintas tarifas según modalidad de acceso.
4. Velocidad de conexión y servicios disponibles de conexión con las redes de educación e investigación.
5. Número de servidores que utilizan aplicaciones para hacer seguras las transacciones, por millón de habitantes.
6. Porcentaje de usuarios que han tenido problemas de seguridad.
7. Número de PC por 100 alumnos en escuela primaria, secundaria y bachillerato.
8. Número de PC conectados a Internet por 100 alumnos en centros escolares.
9. Número de PC conectados con alta velocidad (banda ancha) por 100 alumnos.
10. Porcentaje de profesores que utilizan Internet en enseñanza presencial normal.
11. Porcentaje de trabajadores con al menos una formación básica en nuevas tecnologías.  
Debe incluir datos por edad, renta, sexo, etc.
12. Número de estudiantes y graduados en nuevas tecnologías.
13. Porcentaje de trabajadores que utilizan teletrabajo.
14. Número de accesos públicos a Internet por 1000 habitantes.  
No sólo incluye puestos de acceso público, sino también porcentaje de bibliotecas con acceso a través de la red.
15. Porcentaje de páginas web de la Administración Central que cubren los requisitos de accesibilidad.
16. Porcentaje de compañías que compran o venden a través de Internet.
17. Porcentaje de servicios provistos por las Administraciones Públicas disponibles on-line.
18. Utilización de los servicios on-line de la Administración para acceder a información y presentar formularios.
19. Porcentaje de compras públicas que se llevan a cabo a través de la red.
20. Porcentaje de profesionales de la medicina con acceso a Internet.  
Debe distinguir entre médicos de atención primaria, farmacias, clínicas...
21. Utilización de diferentes categorías de páginas web relacionadas con la salud.
22. Porcentaje de páginas web de la UE en el ranking de las 50 páginas más visitadas en el país.
23. Porcentaje de las redes del país equipadas con sistemas de gestión de la información

FUENTE: Comisión de la Unión Europea, citado en Ballesteros (2002: 111)

Se ha recopilado información referida a distintos indicadores comúnmente utilizados para señalar el advenimiento de la sociedad de la información<sup>53</sup> con el objetivo de ubicar la sociedad española en tal proceso de cambio social. En parte, el diagnóstico ya está hecho; no en vano la sociedad española aparece caracterizada en el Informe de Desarrollo Humano como un "líder potencial" (Naciones Unidas, 2001) en lo que al desarrollo tecnológico se refiere, y esto sugiere una aproximación clara al modelo de la sociedad

de la información. Cabe estudiar la cuestión con más detalle, por supuesto. Las tres tablas siguientes resumen la información referida a la implantación de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación en la sociedad española y a la ubicación de ésta en el contexto del entorno europeo y otros países industrializados.

Dentro de los países caracterizados por un alto desarrollo humano, entre los que España ocupa un puesto preferente (21) por delante de algunos de sus vecinos mediterráneos como Grecia y Portugal, e inmediatamente detrás de Italia, parece clara la tendencia a desarrollar infraestructuras vinculadas a lo que hemos denominado sociedad de la información. Hablamos de infraestructuras necesarias para el desarrollo de la red, como servidores y líneas de telefonía, pero también de la implantación de nuevos productos tecnológicos como la telefonía móvil y de la generación de los insumos necesarios para apoyar todo esta acelerada mutación social y tecnológica, principalmente a través de la inversión en Investigación y Desarrollo. Aquí aparece, no obstante, la primera nota discordante del análisis. Si bien, como ya hemos afirmado, España parece una sociedad anclada en ese grupo de líderes

53. Para una revisión más detallada (y crítica) de las distintas baterías de indicadores que se han utilizado hasta ahora para medir la implantación de la sociedad de la información véase: Menou (1985), Echeverría (2001) y Ballesteros (2002). Por otra parte, el estudio de la métrica de la sociedad de la información nos lleva a insistir en la idea de que ésta perpetúa la ya mencionada "invisibilidad estadística" de los menores. Por poner un caso, la más reciente aportación a la medición del fenómeno en el contexto de la sociedad española, la *Encuesta a hogares españoles sobre tecnologías de la información y la comunicación*, realizada conjuntamente por la Comisión del Mercado de las Telecomunicaciones y el INE y presentada en diciembre de 2002, toma como base de su estudio a la población mayor de 16 años. Y esto se justifica no por razones teóricas o metodológicas, sino meramente prácticas: se ha aprovechado el diseño muestral de la Encuesta de Población Activa.

potenciales, con magnitudes de innovación tecnológica muy significativas y similares a las de los líderes de su entorno (exportaciones de alta tecnologías, líneas telefónicas), pero que puntúa muy bajo en algunos otros indicadores<sup>54</sup>. Así, nuestro país se acerca más en las cifras relativas al gasto en I+D o en las de científicos e ingenieros enrolados en investigación y desarrollo al bloque de sociedades que las Naciones Unidas denominan de “desarrollo humano medio”; por otra parte, la infraestructura que posibilita la red parece débil, habida cuenta de que 21 servidores por cada 1000 habitantes es la cifra más baja del grupo salvando Grecia y Portugal. Al pasar al detalle de lo que sucede en el contexto de la Unión Europea, un diagnóstico similar parece el que mejor se ajusta a la situación descrita por los indicadores. La llegada de la sociedad de la información ha sido incontestable, pero incompleta y minoritaria (al menos más de lo que ya es en el resto del mundo desarrollado). No cabe concluir otra cosa, observando que el acceso a Internet y otros consumos tecnológicos es bajo: el gasto per cápita en tecnologías de la información y la comunicación se encuentra unos 400 euros por debajo de la media europea; apenas 20 de cada 100 hogares españoles tiene acceso a la red, al igual que no pasan de 16 los PCs por cada 100 habitantes (el país con menor acceso doméstico a la red y menor número de ordenadores personales, con la excepción de Portugal); También por debajo de la media europea la proporción de población mayor de 14 años con acceso a Internet, los hogares abonados a servicios de cable o televisión por satélite, servidores web por cada 1000 habitantes (ni siquiera 1 por cada 1000, frente a los casi 20 de Alemania,

por ejemplo), o la proporción de usuarios de Internet sobre la población total<sup>55</sup>. Por otra parte, son ciertamente contradictorias las pistas que ofrecen los datos sobre el coste de los servicios de la red: hay más hogares que disponen de ADSL, pese a ser este servicio mucho más caro que en el resto de Europa (¿expresión de un servicio deficiente y lento en el acceso por modem, quizás?); de otro lado, navegar por Internet en España resulta más barato que en el resto de Europa si se hace en horario normal pero sensiblemente más caro si se hace en hora punta (la tarifa, a decir de los datos, llega casi a doblar la de Alemania o el Reino Unido). Podemos suponer que el coste de los servicios se encuentra ligado a la propagación de la tecnología; la cuestión es: ¿en qué dirección? Si es el abaratamiento del acceso a la red, por ejemplo, lo que lleva a que más hogares se incorporen a ella, tendremos que concluir que existen importantes barreras en la sociedad española a la extensión de las TIC, en forma de costes de acceso prohibitivos para muchas economías domésticas. Si aceptamos la hipótesis inversa, que es necesaria la implantación masiva de TIC antes de abaratar los servicios, habremos de plantearnos a dónde nos llevan políticas de alfabetización informática y popularización de las nuevas tecnologías que, como ya hemos anotado con anterioridad, son escasas y tímidas. Ambas proposiciones podrían explicar el por qué de esta lenta incorporación de nuestra sociedad a la dinámica propia de la sociedad de la información. Por contra, resulta significativa la propagación masiva de ciertos productos tecnológicos, como la telefonía móvil, que resulta similar a la de muchos países de nuestro entorno<sup>56</sup>.

---

57. Sin embargo, la conceptualización de los indicadores que señalan la llegada de la sociedad de la información revela con nitidez en qué medida tal elección está marcada por una pre-noción de la sociedad: todos los indicadores están referidos a tecnologías, infraestructuras, etc. directa o indirectamente involucradas con el ámbito productivo y desde el punto de vista de los adultos. Aquí no aparecen los datos referidos a los equipamientos tecnológicos puramente lúdicos que, paradójicamente, son unos de los de mayor extensión en la sociedad española. Lo que revela tal elección es un criterio adultocentrista, si se me permite expresarlo así, por cuanto son los niños los principales usuarios de estos artilugios. Si incluyéramos este último dato, por otra parte, el diagnóstico debería cambiar forzosamente: precisamente es en los equipamientos lúdicos (principalmente consolas de videojuegos) donde la sociedad española muestra una penetración notablemente superior a la de muchos países de su entorno. Noticias recientes en torno a la pugna de las principales compañías informan de que en el año 2001 se vendieron en nuestro país más de 33.000 unidades de videoconsolas de las principales marcas fabricantes (Nintendo, Sony, Sega y Microsoft), y son ya aproximadamente un 18% de los hogares españoles los que poseen consola de videojuegos y PC o bien uno de los dos (Fernández, 2002).

58. No son pocos los que suscribirían, vistos los datos, las afirmaciones que Jordi Adell manifestaba para un conocido semanario dedicado a la informática y las telecomunicaciones a finales de este mismo año; según el investigador y pionero del fenómeno Internet en nuestro país, “España ya ha perdido varios trenes y el de la sociedad de la información es el último” (Ciberp@is, 26 de diciembre de 2002).

59. Una hipótesis interesante en este sentido, vincularía la aceptación popular del teléfono móvil a la existencia de un volumen todavía grande de población infantil y juvenil en el contexto de una sociedad que no ha facilitado su emancipación. Sabemos que parte del éxito de la telefonía móvil entre los más jóvenes responde a que la han convertido en un medio de obtener independencia y establecer relaciones al margen del uso familiar del teléfono fijo. Al mismo tiempo, para los padres el teléfono móvil se convierte en un elemento de control a distancia, que permite una “libertad bajo supervisión” de estos jóvenes (Gualda y Rodríguez, 2001b).



**Tabla 6. Posición de España en relación a la tecnología y el desarrollo conforme a los indicadores del Informe de Desarrollo Humano**

	Puesto en el índice de desarrollo humano	% de productos exportados de alta tecnología (1999)	Servidores de Internet x1000 h. (2000)	Gasto en I+D en % del PNB (1987-97)	Científicos e ingenieros en I+D x10.000 h. (1987-97)	Líneas telefónicas x1000 h. (1999)	Usuarios de telefonía móvil x1000 h. (1999)
<b>Alto desarrollo humano</b>							
Alemania	17	18	41,2	2,4	2,831	588	286
España	21	10	21	0,9	1,305	418	312
E. Unidos	6	32	179,1	2,6	3,676	682	312
Francia	13	22	36,4	2,3	2,659	579	364
Grecia	23	5	16,4	5	0,773	528	311
Italia	20	11	30,4	2,2	1,318	462	528
Noruega	1	5	193,6	1,6	3,664	712	617
Portugal	28	7	17,7	0,6	1,182	424	468
Reino Unido	14	29	57,4	2	2,448	575	463
<b>Desarrollo humano medio</b>							
Bulgaria	57	6	3,7	0,6	1,747	354	42
China	87	21	0,1	0,7	0,454	86	34
Fed. Rusa	55	3	3,5	0,9	3,587	210	9
México	51	28	9,2	0,3	0,214	112	79
Panamá	52	2	1,9	-	-	164	86
Rumania	58	4	2,7	0,7	1,387	167	61
<b>Bajo desarrollo humano</b>							
Haití	134	3	0	-	-	9	3
Nepal	129	-	0,1	-	-	11	-
Pakistán	127	1	0,1	0,9	0,072	22	2
Togo	128	-	0,1	0,5	0,098	8	4
Yemen	133	-	-	-	-	17	2

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos del Informe de Desarrollo Humano(Naciones Unidas, 2001)



**Tabla 7. Evolución de la implantación de las TIC en la sociedad española 1996-2001**

	1996	1997	1998	1999	2000	2001	2002
Gasto en TIC per. cápita (euros)	419	596	695	826	973	979	-
Líneas digitales de telefonía fija	10.388	12.847	14.059	14.446	15.827	17.340	-
Abonados a telefonía móvil por 100 h.	7,6	10,9	17,5	36,8	59	71	-
% hogares con acceso doméstico a Internet	-	-	5	6	15,7	20	17,4*
% hogares con acceso ADSL a la red	-	-	-	-	0,8	2,9	3,9***
% hogares con acceso cable modem a la red	-	-	-	-	1,3	3,4	4
PCs por 100 h.	10,4	9,5	10,8	11,19	14,3	16,8	-
% población >14 años que dispone de PC en el hogar	-	-	-	40,7	-	-	36,1**
% hogares abonados a servicios de cable	-	1,2	3,3	1,9	2,4	4	6,9**
% hogares abonados a TV satélite	-	9,6	9,4	11,17	15,1	15,2	18
Servidores web por 1000 h.	-	-	0,2	-	0,6	-	-
% Usuarios con acceso a Internet sobre pob. total	-	2,8	4,4	7,2	13,3	18,3	18,7**
% Usuarios que efectúan compras por Internet	-	-	-	-	-	26,2	14
Ordenadores conectados a Internet por 100 alumnos (todos niveles)	-	-	-	-	-	3,3	7,3
Precios acceso Internet (20 horas semanales en horario normal, Dólares PPA)	-	-	-	-	28,32	27,73	-
Precios acceso Internet (40 horas semanales en hora punta, Dólares PPA)	-	-	-	-	77,02	68,1	-
ADSL, coste mensual , más bajo de 1 megabit/segundo (euros PPA, excluidos impuestos)	-	-	-	-	-	90,73	-
Cable, coste mensual , más bajo de 1 megabit/segundo (euros PPA, excluidos impuestos)	-	-	-	-	-	11,31	-

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos proporcionados por el Ministerio de Ciencia y Tecnología sobre indicadores de la sociedad de la información (www.mcyt.es, acceso 26-12-2002)

\*Estimación

\*\* Datos extraídos del informe preliminar de la Encuesta a hogares españoles sobre tecnologías de la información y la comunicación (CMT-INE, Diciembre 2002), por lo que se refiere a la población mayor de 16 años.

\*\*\* La cifra incluye a todos los hogares con acceso de banda ancha (ADSL+RDSI).

**Tabla 8. La sociedad de la información en el entorno de la Unión Europea, 2001/2002**

	España	Alemania	Francia	Irlanda	Italia	Portugal	Reino Unido	UE
Gasto en TIC per. cápita (euros)	979	1.665	1.640	1.625	1.222	880	1.212	1.655
Líneas digitales de telefonía fija**	17.340	52.280	34.033	1.860	27.303	4.370	34.710	216.639
Abonados a telefonía móvil por 100 h.	71	68,4	60,7	73,1	85	79,6	78,3	72,9
% hogares con acceso doméstico a Internet	20	35	22	46	34	-	46	37,7
% hogares con acceso ADSL a la red #	14	17	11	--	6	1	2	10
% hogares con acceso cable modem a la red #	4	9	3	3	1	19	4	7
PCs por 100 h.	16,8	33,6	33,7	39,1	19,5	11,7	36,6	30
% población >14 años que dispone de PC en el hogar***	40,7	52,2	31,1	40,9	37,6	-	44,3	44,4
% hogares abonados a servicios de cable	4	57	13	54	--	24	16	31
% hogares abonados a TV satélite*	18	36	20	-	12	9	23	19
Servidores web por 1000 h.*	0,6	19,6	1,1	-	3,2	1,3	15,8	9,2
% Usuarios que efectúan compras por Internet #	14	47	32	31	14	15	54	35
% Usuarios con acceso a Internet sobre pob. total**	18,3	36,4	26,4	23,3	27,6	34,9	40	38
Ordenadores conectados a Internet por 100 alumnos (todos niveles) #	7,3	4,3	6,3	5	3,1	5,4	10,7	6,3
Precios acceso Internet (20 horas semanales en horario normal, Dólares PPA)	27,73	25,4	26,49	30,37	28,14	31,59	24,23	28,95
Precios acceso Internet (40 horas semanales en hora punta, Dólares PPA)	68,1	37,87	-	71,97	62,39	75,86	34,21	62,5
ADSL, coste mensual, más bajo de 1 megabit/segundo (euros PPA, excluidos impuestos)	90,73	24,08	38,65	-	63,7	106,4	67,18	-
Cable, coste mensual, más bajo de 1 megabit/segundo (euros PPA, excluidos impuestos)	11,31	33,63	38,84	52,83	-	55,95	40,3	-

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos proporcionados por el Ministerio de Ciencia y Tecnología sobre indicadores de la sociedad de la información ([www.mcyt.es](http://www.mcyt.es), acceso 6-5-2002)

# Datos correspondientes al año 2002

\* Datos correspondientes al año 2000

\*\* Estimación

\*\*\* Datos correspondientes al año 1999

¿Qué podemos decir de la llegada del ciberespacio y la red de redes a la sociedad española? Por lo novedoso de su naturaleza, pero también por su utilidad en el acceso y manipulación de la información (a la par que por sus peligros potenciales: cibercriminos, difusión de información comprometida, vigilancia, adicción, etc.), Internet se ha convertido en el buque insignia de la nueva sociedad de la información. La evolución del número de usuarios o de los hogares conectados se utiliza corrientemente como indicador de la consolidación del nuevo modelo social, y hasta las administraciones públicas se han apresurado a ofrecer sus servicios en la red, siquiera de modo experimental y aunque esto no ahorre las gestiones personales al ciudadano (igualmente, cabe preguntarse la pertinencia de tal medida en un país donde no más de un 18% de los ciudadanos tienen acceso a Internet).

Ya hemos dicho que las infraestructuras de la red en España son ciertamente débiles, con menos servidores, costes de acceso más altos y menos hogares equipados para poder conectarse; no obstante, el estudio de la tendencia de implantación de la red en la sociedad española revela un movimiento distintivo hacia una mayor difusión de Internet y sus distintos servicios. Como puede apreciarse en las tablas siguientes, Internet no ha llegado como producto de consumo para la población hasta la segunda mitad de los noventa, pero parece haber llegado para quedarse. El número de usuarios ha venido incrementándose progresivamente desde 1996, año en que el Estudio General de Medios (EGM) estimaba en apenas un 0,7% la proporción de individuos que habían accedido a la red en el último mes. Tal cifra rondaba ya el 6% al finalizar la década, y casi se había multiplicado por cuatro en febrero de 2002, cuando son ya más de un 22% los entrevistados que habían accedido a la red (ver gráfico)<sup>57</sup>. En número de usuarios estamos hablando de unos 242.000 en 1996, frente a los más de siete millones apenas seis años más tarde. El perfil de los usuarios también es fácilmente identificable: mayormente varones (un 73% de los mismos en 2002), si bien tienden a mermar las diferencias entre géneros conforme la red se extiende; con una presencia creciente de los usuarios que el EGM califica de clase media y media baja, que han pasado de

57. Sin embargo, no son pocas las voces que siguen alzándose para denunciar la existencia de una brecha digital fuertemente consolidada en la sociedad española. Es la opinión de José Ignacio Wert que, sobre la base de los datos ofrecidos por el EGM y otras encuestas de uso de Internet, afirma la existencia de una barrera de entrada constituida preferentemente por la variable edad: mientras que el sexo y la clase social han perdido buena parte de su capacidad para explicar quién está conectado y quién no, la edad sigue presentando una fuerte correlación negativa con el uso de la red, dado que los individuos más maduros apenas se han incorporado al fenómeno (Wert, 2003).

representar poco más de un tercio del total de navegantes en 1996 a un 54% en 2002; y también con un fuerte crecimiento de la población infantil y juvenil en la red, como revela el hecho de que éstos representen ya más de 18 de cada 100 internautas (en 1996 sólo eran 10 de cada 100).

También en este orden de cosas, parece haberse perfilado un uso concreto de la red a lo largo del proceso de implantación de las TIC en la sociedad española. Hay que tener en cuenta que cuando decimos Internet denominamos un instrumento complejo y versátil, que admite por tanto un marcada diversidad en su uso y una manifestación del mismo claramente polimórfica. Una de las razones que hacen atractiva a la red es que ofrece servicios diversos y puede resultar igualmente satisfactoria para un/a trabajador/a, un/a científico/a, un/a ama/o de casa, o un/a niño/a. En este sentido, con el paso del tiempo, como muestra la tabla nº 9, se ha

consolidado Internet como instrumento de comunicación vía correo electrónico que usan ya más del 90% de los usuarios (como bien saben los diseñadores de virus informáticos y los distribuidores del spam o correo no solicitado) y de navegación en la red mundial (World Wide Web), mientras que cada vez son menos comunes los usos relacionados con la transferencia de ficheros. Sin duda, parte de esta evolución del uso de Internet tiene que ver con la transformación de los lugares de acceso a la red. Tal y como era de esperar, contemplando algunas de las cifras que se han comentado en páginas precedentes, la llegada de Internet a los hogares (por más que ésta siga siendo minoritaria) ha variado la topografía de la conexión a la red. Los internautas del año 2002, de acuerdo con los datos del EGM, se conectan cada vez más desde sus propios hogares<sup>58</sup> (un 60% frente a un 36,4% en 1997), en detrimento del acceso que se efectúa desde el centro de trabajo o el centro de estudios.

**Tabla 9. Evolución de los usuarios de Internet y su perfil en España, 1996-2002**

	Usuarios de Internet (último mes)	% usuarios varones	% usuarios mujeres	% usuarios de 14 a 19 años	% usuarios de clase media y media baja
1996	0,7	-	-	-	-
1997	2,3	72,5	27,5	10,1	37,9
1998	4	66,5	33,5	14,1	35,9
1999	5,8	70,8	29,2	11,3	34,7
2000	10,5	64,8	35,2	13,1	43,8
2001	19,8	61,5	38,5	18,1	51,9
2002	22,2	61,2	38,8	18,1	54,7
2002*	22,6	56,7	43,3	16,9	70,3

FUENTE: Estudio General de Medios (1ª Ola 2002-febrero/marzo)

\*datos referidos a los meses de octubre/noviembre (3ª ola)

58. Un aspecto interesante que justifica, una vez más, el estudio del tipo de acceso, el uso del tiempo y otras cuestiones relacionados con el empleo de TIC por parte de los niños y niñas, toda vez que el ordenador y la conexión a Internet son ya equipamientos relativamente corrientes en los hogares españoles.

**Tabla 10. Evolución de los Servicios utilizados y lugar de acceso en el último mes**

	WWW	Correo electrónico	Chat-IRC	Transferencia de ficheros	otros	Casa	Trabajo	Universidad/Centro de estudios	Otros y NS/NC
1997	61,6	75,8	31,8	34	27,1	36,4	43	22,4	6,5
1998	74,7	80,9	34	33,7	27,6	54,7	39,1	20,7	4,2
1999	78,5	84,1	33,1	34,7	28,2	56,7	42	17,2	2,9
2000	79,3	88,2	31,6	35,8	27,7	55,2	45,3	16,4	4,5
2001	75	89,8	31,1	29,3	43,6	56,5	33,6	15,6	17,6
2002	75,8	91,4	31,6	30,8	42,9	60,3	29	13,9	19,7
2002*	88,5	78	30,4	26,4	15,8	60,5	29,5	12	19

FUENTE: Estudio General de Medios (1ª Ola 2002)

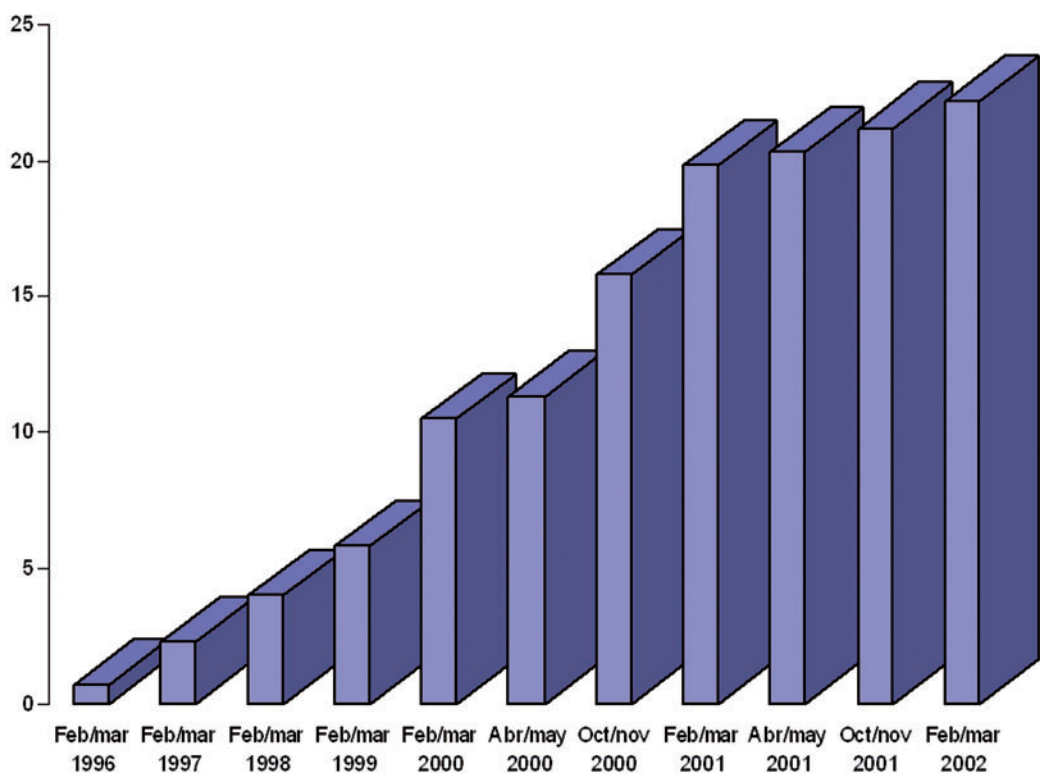
\*datos referidos a los meses de octubre/noviembre (3ª ola)

**Tabla 2. Evolución de la innovación tecnológica en el campo de la información y la comunicación**

Tecnologías de la información

Tecnologías de la comunicación

**% usuarios de Internet en el mes anterior 1996-2002**



**Tabla 11. Perfil del usuario de Internet en España<sup>59</sup>**

Varones (73,9%)

Menores de 34 años (71,8%)-un 12% tiene menos de 20 años

Cualificado (el 47% tiene estudios superiores)

Solteros (60%)

No suele comprar por Internet (43%)

**Preferentemente:**

Utiliza los buscadores (92,3%), lee noticias de actualidad (82%) o descarga archivos MP3 (46,7%)

Autoclasificados como usuarios: medios (38%) o avanzados (33,9%)

**Para conectarse a Internet han dejado de:**

Ver TV (64,4%) o estar sin hacer nada (62,1%)

**Tiempo de conexión:**

10-30 horas semanales (33,8%), más de 30 horas semanales (29,2%)

Antigüedad como usuario: más de 3 años (60,8%)

FUENTE: AIMC (2003), Quinta encuesta AIMC a usuarios de Internet

No obstante, muchas de las consecuencias del impacto de las TIC en la vida cotidiana de los hogares permanecen aún inexploradas; en parte por la novedad del fenómeno, pero también porque la atención que se presta a las aplicaciones productivas de los mismos y sus consecuencias para la vida económica tiende a eclipsar otros aspectos igualmente relevantes desde un punto de vista sociológico. Esto es tanto más cierto si consideramos el problema del estudio del uso que hacen los menores de la red y otros productos tecnológicos, problema que remite a toda una suerte de ramificaciones interesantes que afectan al uso del tiempo en la familia, la supervisión parental, los estereotipos de género, el control de la información, los usos terapéuticos, etc., debido a esa "invisibilidad" estadística y social que sufre la población infantil.

En las próximas páginas intentaremos profundizar en las aportaciones teóricas que han perseguido el aproximarse al fenómeno de la interacción entre la revolución tecnológica de la sociedad de la información y la infancia, como paso previo (e ineludible) ante la elaboración de un sistema de indicadores

sociales sobre las condiciones de vida de los menores en el contexto de la sociedad de la información.

## **2.2. La sociedad de la información y su impacto sobre las condiciones de vida de la población infantil**

Un estudio encargado por el INJUVE y realizado por la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción en el año 2002 estimaba en uno de cada cuatro la proporción de adolescentes españoles que usan videojuegos a diario (ABC, 2002); En ese mismo año, con motivo de la celebración del día sin juegos de azar, se lanzaba a la prensa nacional la noticia de que un centenar de menores andaluces de entre 11 y 15 años había tenido que ser atendido por su adicción a Internet y los videojuegos (El País, 2002); Al tiempo, en el sitio de Internet de Netvalue en Inglaterra, conocida fuente de datos sobre el uso y la implantación de las nuevas tecnologías, se afirmaba que el número de menores de 17 años conectados a Internet desde casa en el Reino Unido llegaba ya al millón y medio (esto es, uno de cada nueve, de los cuales aproximadamente 250.000 son menores de 11 años), habiéndose incrementado la proporción en un 44% en los seis meses anteriores a marzo de 2001 (NetValue, 2001); La misma fuente citada resaltaba en su informe electrónico que más de un cuarto de estos menores visitaba asiduamente páginas de casinos y juegos de apuestas y un quinto de los mismos, sitios pornográficos, siendo el tiempo medio de conexión de casi seis horas mensuales<sup>60</sup>; Pautas similares aparecen también en otras sociedades donde la implantación de las TIC es creciente, como en Estados Unidos, donde el número de niños entre 2 y 17 años usuarios de Internet se triplicó desde 1997 y ahora ronda los veinticinco millones (Grunwald Associates, 2001); de otra parte, el Instituto

59. En realidad, el estudio de la AIMC se duele de una fuerte inconsistencia metodológica derivada de la estrategia escogida para la recolección de los datos. El método empleado ha sido el de la colocación de un cuestionario autoadministrado en Internet entre octubre y diciembre de 2002 que llevaba asociado un incentivo a la colaboración (sorteo de premios). Sin embargo, allí donde se ha utilizado, esta técnica de recogida de datos ha producido muestras sesgadas, dado que tiende a sobrerrepresentar a los usuarios intensivos de la red, aquellos que pasan más tiempo conectados y tienen un grado de experiencia y conocimiento más alto sobre la misma. Los datos, por tanto, son válidos para caracterizar a este tipo de usuario pero nos parece que no constituyen una imagen acertada del usuario "medio". Estos mismos problemas metodológicos han sido el argumento crítico más poderoso frente al llamado IAD (Síndrome de adicción a Internet).

60. De acuerdo con estos mismos datos, los menores de edad españoles empleaban una media de 5.6 horas de conexión al mes (frente a las 10.9 de los alemanes o las 5.9 de los estadounidenses), es decir, dentro de la media de la UE, aunque se encontraban muy por debajo en cuanto al acceso a Internet: sólo el 6.7% eran usuarios de la red, frente al más del 18% de los noruegos o el aproximadamente 11% de los británicos, daneses y estadounidenses.

Europeo de Computación en el Hogar se hacía eco, en su último estudio sobre las nuevas necesidades de consumo generadas por las nuevas tecnologías, de la presencia de un 84% de europeos que afirmaban encontrar una utilidad especial a éstas en el área de la seguridad del hogar y muy particularmente “para estar informados de cualquier cosa que pudiera haber sucedido a sus hijos o de si éstos están en peligro” (European Institute of Home Computing, 2001).

¿Qué pueden tener que ver todos estos datos entre sí? Desde un punto de vista estrictamente tecnológico o desde las posiciones del determinismo concreto que hace depender el impacto de las nuevas formas tecnológicas de las características de las innovaciones que aparecen en nuestra vida cotidiana, difícilmente puede encontrarse relación alguna entre ellos. Considerados los datos de forma que éstos encajen en una ecuación de impacto donde la tecnología es únicamente una variable independiente, muchos de los aspectos de las transformaciones recientemente acaecidas en los hogares de la mayor parte de las sociedades industrializadas (y por qué no, también de muchas en desarrollo) quedarían inexplicados o sólo parcialmente desvelados. No es ése el propósito de este trabajo. Aplicando, sin embargo, las consideraciones que hemos vertido en capítulos anteriores sobre el análisis sociológico del proceso de construcción de ese concepto complejo y polisémico que denominamos “infancia”, y la existencia de una forma concreta (y cambiante) de representación social de la infancia que responde al desarrollo de determinadas estructuras sociales, pueden comprenderse adecuadamente muchos de los fenómenos que las estadísticas de la sociedad de la información reflejan en sus datos (e igualmente de los que no han tratado, por ser igualmente significativo el que éstos permanezcan ocultos). Tomando como criterio analítico esta visión contextual de los efectos del cambio tecnológico, donde la innovación tecnológica puede ser igualmente variable independiente o dependiente, no resulta extraño que muchos padres interpreten la aparición de Internet como un medio de reforzar el control sobre las actividades de sus hijos cuando ellos no están presentes en casa; o que se muestren con preocupación los datos sobre el acceso de los menores a contenidos considerados de antemano como “peligrosos” o “nocivos” para los niños; o que se construya un discurso contradictorio en el que se señala la necesidad de extender el uso de la red de redes y facilitar el acceso de la misma a la población al tiempo que se busca excluir a los menores de este acceso, o al menos limitarlo parcialmente. Si no se atiende a la representación social de la infancia y a la manera en que cada sociedad construye un espacio social para ser habitado por los niños, resulta extremadamente complicado interpretar la naturaleza y dirección del cambio tecnológico y sus efectos sobre las condiciones de vida de la población infantil. Este tipo de visión propiamente sociológica ya ha sido aplicada al análisis de la negociación doméstica del uso de los medios de comunicación que llamamos “tradicionales”, como es el caso de la televisión –véase, por ejemplo, la excelente y pionera monografía de Medrich et al. (1982), o ya más recientemente

las referencias de Mayall (1994), Livingstone (1998) y Davies (2001)-, donde suele rechazarse la interpretación determinista en favor de una comprensión más fina del menor como agente social y el hogar como núcleo y contexto de una construcción progresiva del uso de la tecnología. Tal ejercicio de contextualización no es sólo una opción epistemológica, sino un serio intento de evitar la culpabilización de los menores o la entrada en escena de una interpretación maniqueísta que no sea capaz de responder a la complejidad que el propio objeto de estudio plantea. Tal planteamiento es recogido por Sonia Livingstone (1998: 440) al presentar las conclusiones de un conocido estudio internacional sobre el entorno mediático cambiante de los jóvenes europeos<sup>61</sup>:

*Without such contextualization, research on children and young people tends to transform the positives and negatives of their lives into positive and negative children or young people, particularly negatives ones (the Internet addict, the screen-zombie, the social isolate). Similarly, without contextualization researchs tends to pit the ‘old media’ against ‘new’ media, failing to recognize the complex ways in which they are mutually entangled in everyday life. Futhermore, contextualization counters the tendency towards technological determinism evident within the literature on new media.*

En el proceso de la generación de nuestro sistema de indicadores para analizar las condiciones de vida de los niños en el contexto de la sociedad de la información, intentaremos igualmente ofrecer una visión compleja del impacto de las TIC, lo cual incluye la consideración del menor en tanto agente social, consideración que busca poner distancia con el modelo -tan asumido en el discurso político en torno a las consecuencias de la tecnología para la infancia- del niño como recipiente vacío o receptor pasivo de la tecnología y sus efectos. En parte, éste ha sido (es, de hecho) el problema de muchos de los intentos por comprender la relación entre la sociedad de la información y la infancia; como afirma Meyrowitz (1985), independientemente de los factores intervinientes que entren a formar parte de los modelos interpretativos, lo cierto es que la inmensa mayoría de los estudios que tratan el problema de los medios siguen radicados en la idea de que los medios “inyectan” algo en las personas. No se trata de negar la influencia de los medios sobre los individuos (de los nuevos medios, en este caso), sino de devolver a los individuos y su contexto al escenario de la investigación. Para abordar esta tarea, realizaremos un breve recorrido por la literatura científica que ha analizado la relación entre las TIC y la vida de los niños, recorrido que hemos estructurado en torno a algunas de las cuestiones centrales planteadas en la opinión pública y la agenda de los medios de comunicación sobre el tema, así como en la propia literatura revisada, intentado dar cuenta del tema genérico del impacto de la innovación tecnológica sobre la infancia pero también de la construcción misma de esa representación social de la infancia y su relación con la implantación, uso y articulación cotidiana de dicha tecnología. Los temas tratados responden a las cuestiones genéricas de cómo afectará la implantación de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación a la infancia, la definición de Internet como un espacio peligroso para los niños, así como la relación entre las nuevas formas de ocio computerizado sobre los menores y la cuestión –ineludible, por otra parte- de la tecnología y las diferencias de

---

61. La cursiva es nuestra.



género. Hemos querido introducir también una breve llamada a los posibles efectos beneficiosos y positivos que el cambio tecnológico ofrece a la infancia.

### **2.2.1. ¿Cuál es el efecto que tienen las nuevas tecnologías de la información y la comunicación sobre la vida de los menores?**

Como ya hemos señalado, la llegada de las nuevas tecnologías de la comunicación y la información, y muy en especial de Internet, ha supuesto una generación creciente de literatura especializada revisando los pros y contras del nuevo escenario tecnológico<sup>62</sup> -literatura que sigue siendo, no obstante, notoriamente escasa-. La ambivalencia parece ser el rasgo más marcado en la caracterización que esta literatura hace del impacto de las TIC sobre la vida social. En este sentido, productos tecnológicos como la red de redes, la telefonía móvil, la televisión por cable, etc. han contribuido a ensanchar el campo de consumo y ha generado un caudal inmenso de información en teoría fácilmente accesible por todos, aunque ya hemos comprobado que algunos desarrollos tecnológicos son hoy todavía claramente minoritarios (como es el caso de la propia Internet). A cambio, se nos ha recordado el peligro de la fragmentación y el aislamiento social que aparece asociado a las TIC, así como de la aparición de nuevos trastornos de la psique como el IAD [Internet Addiction Disorder] o “desorden de adicción a Internet”, y nuevas formas de criminalidad alentadas en el ciberespacio. Por si el escenario no pareciera suficientemente complicado, a esto se ha sumado la constatación de que en muchos casos pudiera ser peor el remedio que la enfermedad, ya que en su interés por controlar parte de la información circulante en el ciberespacio distintos gobiernos han tomado iniciativas que inciden claramente en la restricción de las libertades individuales a cambio de seguridad, algo fuertemente criticado por amplios sectores de *connoisseurs*. La razón de traer aquí de nuevo estas consideraciones es que constituyen también argumentos recurrentes en el análisis de la relación presente entre las TIC y las condiciones de vida de la infancia.

Al contemplar la cuestión de la construcción del concepto moderno de infancia, ya incidimos en que éste parecía caracterizar a los menores desde la perspectiva de la vulnerabilidad y la ausencia de autonomía individual, lo cual los convertía en asunto privativo de los núcleos domésticos. De la misma manera, algunos autores habían señalado lo que, en cierto modo, podríamos caracterizar como el “fin” de la infancia: la desaparición de la separación rígida entre el mundo de los niños y el de los adultos<sup>63</sup>. En esta denuncia, las nuevas pantallas, la innovación tecnológica, han jugado un papel destacado. La televisión, el ocio tecnificado, la red..., aparecen en el discurso de finales del siglo XX sobre la infancia como las fuerzas que horadaron la burbuja familiar e institucional que

protegía a los niños y les impuso una maduración prematura, al exponerlos a ciertos contenidos y convertirlos en consumidores –véase, por ejemplo, Postman (1984)-. Aunque algunos autores han apostado por una consideración como mínimo ingenua sobre la integración de los niños en la sociedad de la información, al afirmar que éstos simplemente son usuarios naturales de las nuevas tecnologías y acabarán apropiándose de la información, hasta que sean los adultos los que pidan permiso para aprender (Joyanes, 1997a; 1998), la discusión sobre el impacto del cambio tecnológico en la vida de los menores tiende a apropiarse de los mismos argumentos presentes en un nivel más amplio, el de la sociedad de la información, pero los combina y recrea siguiendo el núcleo de las preocupaciones preexistentes sobre la situación social de la población infantil, que son a su vez fiel reflejo que esa construcción social que hemos identificado con la representación social de la infancia. Por eso no es de extrañar que la irrupción de Internet o la telefonía móvil haya suscitado una preocupación particular en torno a su posible uso por parte de los niños, ergo un discurso propio y distintivo respecto de aquél que trata de las consecuencias del advenimiento de la sociedad de la información en el contexto del mundo adulto. Es la vulnerabilidad de la infancia lo que está en juego, la propia existencia de la misma la que se ve amenazada por la incógnita que representan las nuevas tecnologías y su impacto sobre los menores.

En este sentido, el conjunto de cuestiones planteadas ha sido singularmente amplio: del problema del acceso por parte de los menores a contenidos reservados a los adultos, al del control de las redes de pornografía infantil que han surgido al calor del nuevo medio; de la preocupación por el desigual acceso de los niños de distinto origen social, a la red a la cuestión del género y el uso de la tecnología; del análisis del uso cotidiano de los ordenadores en contextos educativos y domésticos, a la detección de usos patológicos de Internet o el teléfono móvil, etc. Este rango disperso alberga una serie diversa de cuestiones que mantienen, evidentemente, una estrecha vinculación con la imagen proyectada de la infancia, como veremos más adelante al tratar de aspectos como la pornografía infantil.

Parece razonable empezar por los aspectos esenciales, el primero de los cuales quizás sea el propio acceso a la nueva sociedad de la información. Recordemos que una de las críticas generalizadas al planteamiento de la sociedad de la información es que se ha identificado un tipo social que, en realidad, resulta hoy por hoy sólo incipiente y en modo alguno consolidado. Esto se traduce en que, en el mejor de los casos, esto es, en los lugares del planeta donde las TIC han logrado una presencia mayor, hablamos quizás de un 20 ó 25% de la población usuaria de la red, si bien es cierto que otros productos tecnológicos han logrado más amplia difusión, como es el caso del teléfono móvil. Cuando abandonamos el discurso generalista y nos adentramos en el análisis de la población infantil la argumentación no varía: en todo caso tiende a agudizarse. En la sociedad española, concretamente, no son más de un 7% los menores con acceso a Internet y apenas un 40% los hogares equipados con un PC. No parece descabellado, por tanto, abordar la cuestión de la tantas veces nombrada “brecha digital”. Cabe suponer que ni todos los menores tienen acceso a muchos de estos adelantos que nos

62. Adelantaremos que tal revisión no ha sido fortuita, sino marcada por lo que hemos llamado aquí la representación social de la infancia, que tiende a transformarse en el mapa conceptual de las principales cuestiones percibidas como problemáticas en torno a la relación entre la nueva sociedad de la información y los menores.

63. Ver los argumentos expuestos a este respecto en el capítulo primero de esta tesis doctoral.

brindan las TIC, ni todos los que tienen acceso lo usan en las mismas condiciones. Los datos parecen apoyar la tesis de que la desigualdad de acceso opera en primer lugar en términos absolutos, esto es, son todavía un colectivo voluminoso localizado fundamentalmente en las familias con menores recursos económicos, los niños y niñas que no disponen de PC ni conexión a Internet; y al mismo tiempo, en términos relativos, ya que de entre los que sí disponen de un PC, son sólo una minoría los que poseen uno completamente funcional (es decir, equipado con todos los accesorios que permiten el uso y disfrute pleno de los servicios de última tecnología), tal y como queda reflejado en Shields y Behrman (2000). Al intentar responder a la cuestión de quién está conectado y quién no, Henry Jay Becker (2000) sugiere que los factores que explican para el caso de los Estados Unidos el desigual acceso a la tecnología pasan por las desigualdades en los ingresos de las familias, el diferente capital educativo de los padres, y la composición étnica de la población; esto no sólo significa que los menores no dispongan de un ordenador, sino que su uso esté más limitado. Como señala el autor, la diferencia es ciertamente perversa, dado que las escuelas situadas en barriadas deprimidas no sólo tienen menos ordenadores y/o peor conexión a Internet, sino que además tienden a reproducir un uso más mecánico y rutinario de la tecnología frente a la orientación creativa de otros centros escolares mejor equipados, reforzando la idea de que la innovación podría estar actuando no tanto como antídoto para la desigualdad educativa sino como instrumento para la misma (Attewell y Battle (1999). Los datos referidos a la sociedad española son escasos, aunque teniendo en cuenta el diagnóstico previo, en el que hemos podido comprobar hasta qué punto la implantación de la así llamada sociedad de la información es minoritaria en nuestro país, cabe suponer que muchas de estas diferencias tienden a reproducirse (Gualda y Rodríguez, 2001b). La cuestión del acceso aparece, por tanto, como una de las incógnitas manifiestas de la implantación de las TIC en el contexto del espacio social de la infancia. La transformación de la tecnología en un bien escaso distribuido de manera muy desigual entre la población infantil tendría, sin duda, un efecto potenciador de desigualdades preexistentes, incidiendo por tanto de manera muy negativa sobre las condiciones de vida de los niños.

Sin embargo, la cuestión del acceso representa tan sólo un pequeño punto de entre los que tejen el debate en torno al impacto de la sociedad de la información sobre la vida infantil. Con la llegada de las TIC hemos visto saltar las alarmas en torno al aislamiento de los menores y su dependencia de formas tecnificadas de ocio, la denuncia de la manipulación de la infancia a través de los contenidos de los videojuegos o la publicidad recibida por correo electrónico, e incluso el supuesto efecto de socavamiento de las relaciones de autoridad en el seno de la familia que producen las nuevas tecnologías (Karger, 1987). En este sentido, una de las cuestiones que más ha preocupado ha sido la del uso de la tecnología que tiene lugar en un entorno relativamente libre de control como es el hogar, por contraposición a la escuela y otros ambientes institucionales. La imagen que aparece en el discurso de los medios de comunicación sobre la infancia es la de un menor que permanece solo en casa o libre de la supervisión paternal, y que tiene acceso ilimitado a todo tipo

de contenidos a través de la red, de las salas de chat o del e-mail, o bien que disfruta de una generosa ración de violencia practicando durante demasiadas horas su videojuego favorito. Puede que esta imagen se ajuste a casos concretos, pero lo que la literatura sociológica deja entrever es que no puede generalizarse al conjunto de la población infantil.

Es cierto, no obstante, que conforme el PC y sus diversos periféricos se han convertido en un equipamiento relativamente común en los hogares, hemos visto afianzarse sobre todo un uso lúdico del mismo. Incluso en algunos lugares, como ocurre de hecho en la sociedad española, el PC es un bien de equipo menos probable de encontrar en los hogares donde hay menores que otro tipo de aparatos relacionados más directamente con el ocio, tales como las consolas de videojuegos o el teléfono móvil (EGM, 2002; Garitaonandia et al., 1999; Gualda y Rodríguez, 2001). Las previsiones iniciales, que contaban con que el PC se convirtiera principalmente en una herramienta educativa, parecen haberse topado con esta realidad. EL problema es que tales previsiones probablemente se formularon desde la perspectiva del interés de los adultos y las comunidades escolares, y no tanto de los menores, que se enfrentan a la posibilidad de tiempos dilatados de ocio que no siempre pueden ser disfrutados en entornos urbanos aptos para el juego y de períodos de supervisión y apoyo parental sujetos a cambiantes horarios laborales, así como a la necesidad de compatibilizar un haz de actividades que, en muchos casos, son mutuamente excluyentes. Aún así, parece existir una relación clara entre el tipo de uso que se da a la tecnología y ciertas variables como el nivel de estudios de los padres, la presión parental o la existencia de programas de apoyo en las escuelas: la carencia de éstos, así como una falta adecuada de formación de los padres y de presión por su parte, tiende a producir usos casi exclusivamente lúdicos del equipamiento tecnológico (Giacquinta y Lane, 1990).

Respecto del problema de la tendencia al aislamiento del menor y otros efectos de la implantación de la tecnología en el espacio doméstico, la escasa literatura que se refiere a los mismos tiende a describir un panorama que se decanta hacia un diagnóstico ciertamente pesimista. Kaveri Subrahmanyam y otros célebres pioneros de la psicología de Internet, como Robert E. Kraut, escriben a propósito de esta cuestión que el tener acceso al ordenador implica normalmente el que se incremente el número de horas que el menor pasa ante una pantalla, en muchos casos a expensas de otras actividades y colocando a éste en riesgo de sufrir obesidad y otros problemas fisiológicos, al tiempo que se alerta sobre el hecho de que el uso creciente de Internet puede derivar en una tendencia a la depresión y la soledad; por contra, se mencionan aspectos positivos, como la relación existente entre el uso doméstico responsable del PC y la mejora del rendimiento académico, así como entre la prácticas de juegos de ordenador y el desarrollo adecuado de habilidades referidas a la lectura o la visualización del espacio tridimensional (Subrahmanyam et al., 2000). En otro orden de cosas, la denuncia de los males que acompañan a la innovación tecnológica cuando alcanza los hogares, y muy en especial la posibilidad de que ésta produzca aislamiento entre los menores, ha venido acompañada por un resurgir de los temores referentes a la “deshumanización” de la vida social y la educación como consecuencia de dicha innovación tecnológica, cerrando así el círculo del argumento

que sostiene que el ordenador y otros productos de última tecnología como la telefonía móvil o la televisión por cable, merced a su capacidad para adaptarse a un uso individualizado, tienden a fragmentar los procesos de comunicación social y a atomizar la existencia de los individuos (en este caso los niños) operando a través del debilitamiento de los vínculos sociales (Moll, 1998; Nissenbaum y Walker, 1998).

Sin embargo, otro tipo de literatura más cercana al paradigma sociológico se ha encargado de cuestionar este tipo de diagnósticos; en parte aludiendo a su trasfondo, dado que no plantea la cuestión de la contextualización a la que hicimos alusión anteriormente y que pasa por averiguar qué tipo de cambios han tenido lugar en el entorno físico y social de los niños, para explicar cómo construyen su relación con la tecnología; pero en parte también porque los estudios de corte psicológico tienden a despreciar la sociabilidad de los menores y la riqueza de la cultura de pares que habitualmente acompaña al ocio en la infancia, sustituyendo ésta por los diseños experimentales y la cuantificación. Así, desde una perspectiva completamente diferente a la de Kraut y sus colegas, Orleans y Laney (2000) plantean el estudio de la relación entre los menores y el uso de la tecnología desde un modelo naturalista y utilizando técnicas cualitativas de investigación, alcanzando también conclusiones diferentes. Su estudio revela que la hipótesis del aislamiento parece tener sentido con los menores que hacen un uso más intensivo de la tecnología, pero es poco útil para ser aplicada a la población infantil en general. Lejos de admitirla, por tanto, generan una hipótesis alternativa: en el contexto de los grupos de pares y también en el contexto de los núcleos domésticos, la tecnología puede estar reforzando las pautas tradicionales de sociabilidad infantil e, incluso, generando otras nuevas. Los juegos de ordenador y otras actividades on-line parecen promover la sociabilidad cuando ocurren en red y se convierten en objeto de conversación dentro de los grupos de menores, de la misma manera que los menores cuyos padres se implican activamente en las actividades de ocio de sus hijos tienden a favorecer el comportamiento social de éstos. Igualmente, el problema del aislamiento social aparece más frecuentemente en el caso de las chicas. Curiosamente, los autores detectaron problemas de aislamiento precisamente en aquellos menores que habían quedado fuera del juego de la tecnología, dado que no podían integrarse adecuadamente junto a otros niños. Los resultados de esta investigación remiten a una idea ya apuntada desde la sociología de la infancia: los menores no asimilan acríticamente el contexto cultural, sino que tienden a (re)producirlo en el marco de los grupos pares, preferentemente fuera del control de los adultos –véase, de nuevo, Corsaro (1992; 1997)–. Parecidas conclusiones encontramos en otros estudios que han seguido este mismo patrón, donde el resultado habitual es el de recalcar que los menores procuran hacer un uso social incluso de aquellos equipamientos que han sido originalmente diseñados para ser objeto de un uso individual, como las pequeñas videoconsolas portátiles o las mascotas virtuales (Jessen, 1999; Garitaonandia et al., 1999). La complejidad del análisis, lo escaso de la literatura, y el lugar todavía minoritario que ocupa la tecnología en buena parte de los hogares y en la vida de muchos niños, obligan a la prudencia, cuando no al escepticismo. En última instancia, la hipótesis del aislamiento social como consecuencia de las nuevas tecnologías necesita

de contrastación empírica más firme, al tiempo que nos conduce a un nuevo interrogante, resultado de invertir los términos de la misma: ¿hasta que punto no es el propio aislamiento y confinamiento en el núcleo doméstico del tiempo de ocio de los menores, consecuencia de los cambios habidos en el entorno urbano y la propia familia, el que explica la rápida asimilación de muchos de estos productos tecnológicos?

### **2.2.2. ¿Es Internet un lugar peligroso para los niños?**

Si el discurso tiende a ensombrecerse al abordar la cuestión del uso de las nuevas tecnologías en el hogar, acaba por adoptar un sesgo claramente negativo al tratar otro tipo de aspectos más peliagudos, y preferentemente al intentar dilucidar si Internet, en tanto que medio de comunicación y acceso a la información, constituye una amenaza para la población infantil. En realidad, no es ésta una característica propia de la literatura especializada sobre la infancia, sino una pauta que ya anunciamos al tratar el tema genérico de los pros y los contras de la sociedad de la información. Quizás por la novedad del medio, el discurso político en torno a la aparición de la red de redes y otros avatares tecnológicos del fin del milenio se ha construido desde posiciones defensivas, que tienden a recalcar los matices más sombríos y conflictivos del proceso de innovación tecnológica. En este sentido, han sido la cuestión de la seguridad, por un lado, y la de la idoneidad de los contenidos, por otro, los temas centrales del debate. Y dentro de éste, algunos aspectos han brillado con luz propia. Problemas tales como la regulación de los contenidos pornográficos en la red, el acceso al tráfico de sustancias ilegales, la difusión de propaganda racista o xenófoba, etc., agravados por el carácter fuertemente descentralizado de la red y, por tanto, escurridizo desde el punto de vista de medidas policiales y judiciales, se han convertido en la punta de lanza de los defensores de un mayor control sobre las nuevas tecnologías y sus productos. La investigación sobre las TIC parece haber acusado también el impacto del pesimismo con el que ha sido acogido el ritmo de la innovación tecnológica, aunque en el terreno de la literatura científica en torno a la población infantil y su relación con la tecnología ha sido la cuestión del acceso a los contenidos la que ha catalizado los principales temores de la comunidad científica, y muy especialmente el problema de los contenidos pornográficos. No es de extrañar el que, en un campo de por sí reducido en cuanto a volumen de publicaciones, destaquen por su cuantía y variedad las dedicadas a esta cuestión de la pornografía (Freeman-Longo, 2000; Hicks y Halpin, 2001; Mc Cabe, 2000; Oswell, 1998; Stanley, 2001; Tien, 1994). Es cierto que Internet ha propiciado el auge del negocio, reconvertido ahora en “entretenimiento y ocio para adultos”, y que el carácter descentralizado de la red hace difícil el control de muchos de los sitios que ofrecen pornografía, incluyendo los de pornografía infantil (Cronin y Davenport, 2001; Lamb, 1998; Rosemberg, 1993; Stanley, 2001). Esto ha generado una importante corriente de preocupación en torno a la posibilidad de que los menores accedan a este tipo de contenidos pornográficos y, lo que es más grave, que ellos mismos se conviertan en objeto de tráfico, como sucede en el caso de la pornografía infantil o los contactos sexuales amparados al calor del anonimato propiciado por las salas de chat, donde

cualquier adulto puede disimular fácilmente su verdadera identidad. Los datos resultan francamente alarmantes: un 19% de menores entre 10 y 17 años en Estados Unidos afirmaban haber sido contactados al menos una vez al año en Internet para mantener relaciones sexuales; de otra parte, el número de sitios que ofrecen pornografía se estima en alrededor de 14 millones, conteniendo un número aproximado de un millón de imágenes de pornografía infantil (Stanley, 2001). De acuerdo con otros autores, lo que estas cifras encubren es un auténtico problema de adicción al sexo en muchos menores, que tienden a utilizar el ciberespacio, por su anonimato y la facilidad para entablar contactos que tienen como único propósito el establecimiento de relaciones sexuales, como lugar para canalizar un problema de sexualidad compulsiva (Freeman-Longo, 2000). De otra parte, parece claro que Internet se ha convertido en un espacio propicio para que las comunidades de paidófilos encuentren común expresión a sus intereses e incluso promuevan la circulación de pornografía infantil como vía de legitimación de las relaciones sexuales con menores (Hicks y Halping, 2001; Stanley, 2001; Freeman-Longo, 2000; Mc Cabe, 2000). Desde este punto de vista, Internet resulta claramente un lugar poco recomendable para la población infantil en el que aparece resucitado el miedo al extraño, a la par que promotor de ciertas actividades ilegales en las que aparecen menores involucrados. Lo es más todavía si añadimos las consideraciones que se han vertido sobre otro tipo de contenidos peligrosos que no están directamente relacionados con la pornografía; tal es el caso de la violencia y los mensajes racistas o xenófobos, presentes también en el terreno de los videojuegos, y que han derivado hacia el desarrollo de diferentes sistemas de filtrado de los contenidos como el chip-V o software específico como NetNanny (Boyatzis, 1997; Karger, 1987; Samoriski et al., 1997); o aquellas que se refieren a un uso patológico de Internet (generalmente de tipo compulsivo o adictivo), como puede apreciarse en Morahan-Martin y Schumacher (2000)

Sin desdeñar la gravedad del problema, resulta provechoso hilar un poco más fino y analizar el proceso de construcción del propio discurso sobre la amenaza de la pornografía en Internet. Ya hemos hecho hincapié en los aspectos más conflictivos de éste, en particular en el de la “seguridad” cuando ésta se entiende como derecho incompatible con el de la libertad de acceso a la información, al tiempo que se ha hecho notar la posibilidad de que exista un uso interesado del alarmismo por parte de los poderes políticos tradicionales, que ven en Internet una vía de socavamiento de la autoridad que representan. Este tipo de consideraciones no son tampoco ajenas al problema de las amenazas que la red representa para la población infantil. En realidad, como nos informan Wartella y Jennings (2000), la alarma por los supuestos efectos negativos de los nuevos medios sobre la

vida de los menores, y muy en especial aquella que se refiere a la exposición a contenidos “indecentes”, es una vieja constante al menos desde la invención y popularización del cinematógrafo y la radio en los albores del siglo XX; o lo que es lo mismo, es nueva la tecnología pero no el discurso. Léase, si no, el siguiente párrafo (Mitchell, 1929: citado en Wartella y Jennings, 2000: 33):

*The sweetness, the hopefulness, the joyousness, the crude, the morbid, the grotesque of life are mixed in a huge bowl, sometimes not proportioned to reality but convincing, nevertheless, and tasty. Youth, because of youth, does not have the wisdom of years to weight the real with the unreal, the usual with the occasional. To him, it is all life. And if it does not fit within his own life, then his life is not real.*

Podría haber sido escrito haciendo alusión a Internet, pero lo cierto es que fue concebido a comienzos del siglo pasado para denunciar el peligro para los más jóvenes que suponía la introducción del cine, por lo que a exposición a contenidos indecentes y peligro de confundir la fantasía con la vida real se refiere. Discursos parecidos han sido articulados para referirse a la llegada de la televisión o la radio, y últimamente a las TIC. El problema del acceso de los menores a este tipo de contenidos es, ciertamente, preexistente a la llegada de Internet. Por otra parte, afirmar que los menores pueden tener acceso a contenidos pornográficos en la red no es lo mismo, aunque en la urgencia del discurso pueda interpretarse así, que afirmar que tales contenidos son inaccesibles fuera del espacio virtual. En realidad, lo que la mayor parte de los sitios pornográficos de Internet ofrecen son digitalizaciones de fotografías obtenidas en cualquiera de las muchas publicaciones legales sobre pornografía que pueden obtenerse prácticamente en cualquier quiosco, o fragmentos de las mismas películas pornográficas que pueden alquilarse en las secciones para adultos de muchos videoclubes, o comprarse en la televisión por cable a través de los sistemas de pay-per-view, si bien es cierto que Internet complica el control del acceso, en la medida que es extremadamente difícil comprobar si el usuario es verdaderamente mayor de edad, e introduce nuevos factores de riesgo como la interactividad o el anonimato (Tien, 1994).

Desde la sociología de la infancia se ha aventurado una hipótesis explicativa del posible sobredimensionamiento de la amenaza que Internet representa para la población infantil. Al posibilitar este tipo de comportamientos, la difusión de pornografía infantil o el libre acceso de los menores a contenidos pornográficos, Internet se ha convertido rápidamente en un símbolo de lo que en páginas precedentes hemos denominado como la “desaparición” de la infancia. Así, la representación social de la infancia, marcada tanto por la vulnerabilidad y la dependencia, como por el pretendido carácter asexual de la vida infantil, choca frontalmente con la difusión de las nuevas tecnologías y la posibilidad de que los menores escapen a través de ellas del control de los adultos y su supervisión sobre los contenidos a los que acceden. De especial relevancia es el caso de las comunidades paidófilas y la pornografía infantil, no tanto por el crimen que suponen contra los menores en tanto individuos, de por sí suficientemente grave, como por el desafío frontal que representan para el concepto de infancia antes nombrado y el crimen que también cometen contra éste<sup>64</sup>. Aspectos que hoy

64. Buena prueba de ello es el debate suscitado en torno a las nuevas formas de pornografía infantil. La tecnología permite hoy día generar imágenes pornográficas en las que no hayan participado menores a través de técnicas como las del “morphing” o tratado digital de dichas imágenes (Mc Cabe, 2000). La cuestión es, ¿estaríamos dispuestos a tolerar este tipo de desviación, aún sabiendo que no ha supuesto daño alguno para los niños? El argumento para perseguirla sería no tanto ya el crimen contra los menores como la ofensa a la propia idea de la infancia, contaminada por los deseos sexuales de los adultos. No es descartable que este tipo de debates entren en escena en un futuro no muy lejano.



nos sorprenden y desagradan, como éste de la pornografía, pero también otros como la criminalidad ejercida por menores o el maltrato infantil, están en la raíz de lo que Jenks (1996a) ha bautizado como la “muerte” de la infancia tal y como la conocemos, y es por ello comprensible que recaben nuestra atención. De acuerdo con Tien (1994) estaríamos asistiendo no más que a la revisión del paradigma, ya descrito por Foucault, de la medicalización, pedagogización y control adulto de la sexualidad infantil, por ser ésta peligrosa e incómoda a la hora de encajarla en la visión de la infancia como “cuarentena” antes de la vida adulta

De otra parte, nuestras sociedades parecen haberse encontrado con un serio dilema al tener que conjugar dos líneas de acción muy diferentes: por un lado, qué duda cabe, el interés por superar este temor a la desaparición de la infancia controlando el tipo de relación de los menores con los nuevos productos tecnológicos, y por otro la asimilación de los beneficios de las nuevas tecnologías, que parecen ya instrumentos insustituibles por su especial relevancia desde el punto de vista del crecimiento económico y el progreso. Esto da lugar a dos posturas aparentemente irreconciliables: la que aboga por mantener a los niños alejados de muchos de estos productos tecnológicos o permitir su uso bajo estricta supervisión adulta, y la que reconoce que el adiestramiento libre de los menores en las nuevas tecnologías es parte fundamental del ciclo de innovación tecnológica, así como necesidad irreductible de los propios menores si quieren tener posibilidades de integración como futuros adultos en un mundo radicalmente tecnificado. De acuerdo con Fager y otros (2001), tales posturas divergentes -o aparentemente divergentes- han originado un par de fuerzas que está en la raíz de la construcción de un discurso claramente ambiguo, cuando no paradójico, sobre los riesgos y beneficios del uso de la tecnología en la infancia. De esta manera, se coloca indistintamente a los niños y a los jóvenes en la vanguardia de las nuevas tecnologías (en tanto consumidores competentes de las mismas), o en su cola (en la medida que son incapaces de reconocer la significación de estas nuevas tecnologías para una sociedad que es definida por los adultos). Puede que esta construcción paradójica del discurso sobre los riesgos presentes para la infancia en las nuevas tecnologías esté en la raíz del sesgo negativista que arrojan la mayor parte de los diagnósticos sobre las consecuencias de las TIC para el desarrollo infantil; en realidad, el niño en tanto usuario responsable y creativo de esta tecnología, ha desaparecido del mismo, afectado del conocido fenómeno (del que ya hemos dado cuenta aquí) de la “invisibilidad de la infancia” (Fager et al., 2001: 98):

*The child who creates an online magazine, who designs cards for friends, who programs the computer to see how it works in other words, the child who defines pleasurable activity in relation to current purposeful activity is effectively invisible in public constructions of children as computers users. This discursive construction of children as ‘non-producers’ serves to reproduce the construct of childhood as, effectively, a state of quarantine from adult life.*

El problema, por tanto, radica en que la denuncia de los riesgos de las nuevas tecnologías para la infancia se construye no desde el estudio detallado de la relación entre la población infantil y las TIC, sino desde la contemplación de tal relación a

priori, desde una representación social concreta de la infancia, actuando ésta a modo de pre-noción de la sociedad y de la ubicación de los niños en ella, pre-noción que incluye la caracterización de los menores como usuarios no totalmente competentes, fácilmente manipulables, y por lo común víctimas pasivas de la tecnología. Han surgido, así, imágenes de la infancia en contacto con la tecnología que han servido para la ilustración de los aspectos más negativos de ésta última (Oswell, 1998): el niño víctima, que aparece comúnmente en el discurso sobre la pornografía infantil, seducido en virtud de su dependencia y vulnerabilidad y cuya contrapartida es el incremento del control que los adultos ejercen sobre la vida infantil para evitar la contaminación de la infancia; el niño en peligro, aquél que podría entrar en contacto con el material reservado para los adultos; finalmente, el niño peligroso, que busca activamente contenidos pornográficos y que es estigmatizado por cuanto su conducta se desvía de aquella que atribuimos a la infancia. La realidad, sin embargo, tiende a revelarse de manera distinta cuando los investigadores se aproximan a ella, desvelando usuarios competentes y autónomos que han desarrollado sus propios sistemas de gestión del riesgo (Olesen, 1999), lo cual es decir mucho si consideramos que dicha representación social de la infancia ha convertido el riesgo en un elemento exclusivo del mundo de los adultos.

No cabe duda que los nuevos medios asociados a la innovación tecnológica, tales como Internet, la telefonía móvil o la mensajería instantánea y las salas de chat, e incluso que aquellos que no son nuevos pero están siendo fuertemente afectados por el proceso de novación de los soportes, como es el caso de la televisión, representan también nuevas amenazas y problemas que habrán de ser abordados tarde o temprano, pero de una forma u otra hemos reconocido la importancia estratégica de esta nueva tecnología y la posibilidad de que los niños formen parte de ella. En realidad, los múltiples procesos de cambio que han afectado a la infancia en la modernidad han planteado cuestiones semejantes; escolarizar masivamente a la población implicó -implica, de hecho, hoy día- un riesgo: surgen problemas de integración en el aula, desigualdad de acceso a las oportunidades educativas, existe un riesgo de maltrato institucional o de sufrir intimidación violenta por parte de los compañeros, el asunto de la discriminación de género en la escuela, incluso contagios masivos facilitados por la proximidad y la masificación de los espacios educativos; sin embargo, no hemos renunciado a las escuelas, por considerarlas un factor relevante de progreso social tanto como una institución fundamental para el funcionamiento de nuestro sistema económico. Quizás sea esta inevitabilidad del contacto de los niños con la tecnología el más convincente argumento, aunque tal vez no el más satisfactorio para todos los padres y maestros, para conocer mejor los fundamentos y los derroteros de dicha relación y preparar las bases que permitan minimizar los riesgos (por más que éstos sigan presentes) y maximizar los beneficios que emanan de la misma. Para ello, no obstante, será necesario desdeñar la imagen oscurantista del niño-víctima o el niño-peligroso, para situar en un mismo plano la del niño-agente o niño-constructor, porque es ésta la que desvela el estudio próximo y detallado de los niños en interacción con su entorno mediático. Más adelante

ofrecemos unas breves líneas en la que tratamos de enumerar los posibles beneficios de los nuevos productos tecnológicos, a la par que se describen las principales líneas de intervención diseñadas para hacer de la tecnología un instrumento más seguro, al tiempo que provechoso y gratificante, para los menores.

### 2.2.3. ¿Son los videojuegos perjudiciales para los niños?

Desde que Atari popularizara, a comienzos de los años setenta, su célebre Pong (Ping-Pong) electrónico, los videojuegos han irrumpido en el tiempo de ocio de los niños (y no tan niños) progresivamente. Actualmente, las consolas de videojuegos son uno de los equipamientos tecnológicos más frecuentes de los hogares, y la probabilidad de encontrarlas en ellos se dispara cuando consideramos únicamente los hogares en los que habitan niños. De la misma manera, el desarrollo tecnológico nos ha traído las mascotas virtuales, tales como el Tamagochi, y las videoconsolas portátiles y conectables en red. Es difícil ya ignorar que los videojuegos, también ejecutables en un simple PC, son uno de los principales instrumentos de ocio de la infancia del mundo desarrollado, incluyendo la sociedad española, donde la penetración de éstos es muy elevada. Al tiempo que se han convertido en un objeto de consumo masivo, han surgido las cuestiones sobre su idoneidad. Nos planteamos la naturaleza de sus contenidos, de sus efectos sobre los menores, también la utilización de los mismos en el contexto del uso del tiempo por parte de los niños. Con frecuencia nos hemos vistos sorprendidos por el contenido extremadamente violento o discriminatorio de muchos de estos videojuegos, o por el número excesivo de horas que los niños pasan frente a la pantalla del ordenador o de la televisión mientras disfrutan jugando con ellos. No cabe duda, por otra parte, que lo que comenzó siendo un medio individual o, en todo caso, familiar, ha acabado imbricándose en el desarrollo de las TIC y muy especialmente de Internet, con lo que accedemos a la última generación de videojuegos: escenarios virtuales de gran verosimilitud, argumentos cambiantes y narraciones complejas que pueden flexibilizarse a gusto del jugador, y, sobre todo, redes de juego que permiten la competencia, no ya con la máquina, sino con otro individuo anónimo en la red. Jugar nunca ha sido cosa tan seria.

Sin embargo, resulta cuanto menos desconcertante comprobar que la creciente preocupación por los videojuegos y su uso por parte de la población infantil no ha generado una respuesta equivalente en el mundo de las ciencias sociales, y más en particular en el estudio de la relación entre la infancia y la tecnología. Quizás por ser un bien de equipamiento que se encuentra desligado de las actividades productivas, a diferencia de lo que ocurre con el PC o la red, o por pertenecer

principalmente al ámbito privado del hogar y la vida doméstica, o incluso por constituir una forma específicamente infantil de uso de la tecnología, desconocemos muchos de los aspectos implicados en su uso. No obstante, existe un desarrollo incipiente de la literatura en este sentido que pasa por el estudio de las consecuencias del uso de videojuegos, preferentemente aquellos que contienen mensajes violentos (Buchman y Funk, 1996; Funk, 1993a; 1993b; Funk y Buchman, 1995; 1996a; 1996b; Funk et al., 1997; 2000; Kirsh, 1998; Munné y Codina, 1992; Provenzo, 1991), así como las formas de interacción de los menores con este tipo de tecnología o el análisis de la vida infantil y el ocio tecnificado desde el punto de vista de la cibercultura y el consumo grupal (Garitaonandia, et al., 1999; Jessen, 1999; Montgomery, 2000; Yates y Littleton, 1999).

Respecto a los estudios, preferentemente de corte psicológico, que han explorado el problema de los contenidos violentos y su impacto sobre los menores, podemos afirmar que son escasos, aunque aportan información muy valiosa. Parece claro que tras el contacto con este tipo de videojuegos los niños reproducen conductas violentas con más frecuencia (Kirsh, 1998), al tiempo que se señala cómo son los juegos en los que interviene algún tipo de contenido violento los preferidos por niños y jóvenes (Buchman y Funk, 1996a; Provenzo, 1991)<sup>65</sup>. La hipótesis de que los videojuegos producen violencia podría ser plausible. Sin embargo, otros autores también se han encargado de recordar que en muchas ocasiones este efecto se produce como consecuencia de una disposición previa por parte del jugador; esto es, los menores son más vulnerables ante el impacto de la violencia cuando existe un problema de ajuste emocional previo, lo cual nos lleva a la consideración de que puede existir una población de riesgo dentro del propio colectivo infantil caracterizada por niveles más bajos de autoestima y una visión más negativa de sus propias capacidades y competencia en determinadas áreas críticas (Funk et al, 2000). Desde otro punto de vista, Munné y Codina (1992) califican a éstos como “superjuguetes”, protagonistas del ocio tecnificado e hiperocupado de la infancia, y nos informan de ciertas características que explican el por qué son tan populares entre los niños: por un lado por el reto o desafío que representan, pero también porque desarrollan la fantasía y estimulan la curiosidad del sujeto<sup>66</sup>, a lo que hay que unir el hecho de que permitan satisfacer la necesidad de ser competente, pues proporcionan tanto refuerzos extrínsecos (admiración entre pares, por ejemplo) como intrínsecos (satisfacción en la interacción con la máquina), y de que estén inmersos en el ritmo de la innovación tecnológica, con lo que son constantemente renovados y adaptados a los nuevos gustos de sus consumidores. Su uso podría, por otra parte, producir adicción, aunque este último extremo es una posibilidad teórica escasamente analizada empíricamente y de la que carecemos todavía de suficientes evidencias científicas; precisamente, aunque sea éste un argumento que se ha incorporado con fuerza al discurso sobre los nuevos medios, ni siquiera existe consenso alguno entre la comunidad científica sobre lo que implica el término “adicción” aplicado a la tecnología, dado que con frecuencia se confunden las conductas de abuso con las propiamente adictivas, a lo que habrá que añadir las múltiples limitaciones metodológicas presentes en muchos de los estudios que han

65. Una preferencia por la violencia y por los propios videojuegos, por cierto, que como puede comprobarse en las referencias citadas en el texto, posee una marcada distinción de géneros: los videojuegos siguen siendo, en gran medida, un producto consumido preferentemente por los chicos.

66. Una hipótesis alternativa, pero relacionada con ésta que ve en las posibilidades imaginativas de los videojuegos la razón de su éxito entre los menores, se refiere a la naturaleza del contenido y la estructura de los mismos, en la medida que éstos parecen satisfacer la necesidad presente en nuestras sociedades de construir un sentido narrativo que dote de sentido a la experiencia cotidiana, sentido que no es nuevo, sino arcaico, por cuanto reproduce los lugares comunes de muchos mitos preexistentes a la propia sociedad industrial y de la información (Wessely, 1995).



analizado la cuestión así como las lagunas que existen aún en el conocimiento teórico de la naturaleza del problema y sus derivaciones, si bien puede identificarse un sector (habitualmente minoritario) de la población infantil que manifiesta haber experimentado los síntomas de este tipo de patologías (Tejeiro, 2001). Por contra, no han faltado tampoco los comentarios en torno a los posibles usos beneficiosos o, al menos, no dañinos de los videojuegos, que se han glosado haciendo referencia a sus posibilidades en tanto herramienta de aprendizaje y socialización (Munné y Codina, 1992), por su utilidad como instrumento para la transmisión de valores en el proceso educativo (Sherer, 1998) o bien por su capacidad para estimular la sociabilidad entre los menores a través del uso social de los mismos (Orleans y Laney 2000), o incluso por el hecho de que parece que ayudan al desarrollo de determinadas capacidades cognitivas como la coordinación, la visión espacial o los reflejos (Klein et al., 2000; Subrahmanyam et al., 2000; Shields y Bergman, 2000).

Como se ve, el diagnóstico en torno a la conveniencia de los videojuegos resulta contradictorio, a la par que un tanto ambivalente. Por un lado se destacan los problemas de la violencia y otros contenidos perjudiciales, su marcado carácter sexista y el peligro de adicción. Por otro, se constata un uso positivo en términos de disfrute del tiempo de ocio y de aprendizaje y socialización. Debe de ser así, por cuanto éstos son sólo un instrumento o un medio para canalizar determinadas actividades, como ocurre con tantos otros productos tecnológicos, y de ello deriva su flexibilidad y la doble posibilidad de hacer un uso positivo o negativo de los mismos. De nuevo, parece que la variable clave radica en el contexto de socialización del menor: cuando se escoge el videojuego por sus contenidos violentos o discriminatorios y se le da un uso aislado, prolongado y libre de supervisión parental, parece que nos encontramos ante un uso peligroso de los mismos. Determinados menores, como los que sufren problemas de autoestima, soledad, y otro tipo de desajustes emocionales, constituirían la población de riesgo en este caso. Cuando se utilizan en un contexto controlado, y tras la verificación de que sus contenidos resultan apropiados, podrían constituir un rico y polivalente instrumento de aprendizaje y diversión. No puede descartarse, por tanto, que los videojuegos induzcan la conducta violenta o que provoquen adicción y otro tipo de patologías, pero no es menos cierto que su estudio en clave experimental y la simplificación de la relación entre estos y los menores para ajustarla a los modelos interpretativos propios de la psicología, ha tendido a distorsionar la representación de dicha relación compleja.

Desde la sociología, se ha criticado insistentemente la preponderancia teórica de lo que se ha dado en llamar el modelo HCI [Human Computer Interaction] o de “interacción

entre humano y computador”, por constituir éste un intento reduccionista de comprensión de la cultura infantil y de la construcción del sentido del juego y el uso social de los videojuegos (Jessen, 1999; Yates y Littleton, 1999; Holloway y Valentine, 2001). Jessen (1999) propone el rechazo de la interpretación determinista y/o reduccionista que convierte al niño en un receptor pasivo y aislado de tecnología, ya que éste tiende a incorporar cualquier producto tecnológico en un uso grupal y compartido, de tal manera que los videojuegos son reconstruidos en cuanto a su significado desde el punto de vista de la cultura infantil y eso los convierte en un factor interviniente en el desarrollo del niño como agente social, cuyos efectos no han de ser necesariamente negativos. De la misma manera, Holloway y Valentine (2001) se encargan de recordarnos que el uso de este tipo de artefactos se realiza de forma negociada, e incluso grupal o compartida dentro del núcleo doméstico y que en éste entran en juego no sólo las apetencias y necesidades de los niños, sino también su competencia técnica o las actividades de control propias de los padres, constituyendo un escenario ciertamente complejo<sup>67</sup>. Para Yates y Littleton (1999) este escenario aparece tan claramente imbricado con el espacio social de la infancia y las formas de reproducción cultural, así como con la construcción de los papeles de género, que no puede ser entendido sino como “nicho cultural”. En última instancia, el problema es siempre el mismo y ya ha aparecido reseñado en estas páginas: necesitamos más investigación que rescate de su invisibilidad social a los menores y que de cuenta de los aspectos sociales y culturales implicados en el desarrollo infantil, y en este caso concreto los que afectan a la recepción y uso de la tecnología por parte de los menores. En cuanto a los contenidos, debemos ser precavidos al generalizar la idoneidad o no idoneidad de los mismos, dado que la gama de videojuegos crece a gran velocidad y de forma diversa. Podemos preguntarnos, no obstante, si el problema, más que en el artefacto en sí, no está en haber dejado en manos de la industria mediática la decisión sobre el diseño de estos videojuegos, en lugar de proponer criterios de calidad mínimos que se adapten a las necesidades de la población infantil o establecer un control más riguroso sobre los contenidos y la difusión de estos videojuegos, tal y como ocurre en otros productos.

#### **2.2.4. ¿Son las nuevas tecnologías una “cosa de chicos”?**

El asunto del género ha suscitado desde un primer momento la atención de los investigadores. Al problema fundamental de si la nueva sociedad de la información se caracterizaría por una marcada dominación masculina se han sumado otros muchos: la existencia de una “brecha de género” [gender gap]; la configuración de los contenidos en la red en base a los intereses de los hombres y la reproducción, a través del e-mail o las salas de chat, de los patrones de dominación masculina; la diferencia de actitudes frente al ordenador de hombres y mujeres; la desigual prevalencia de patologías asociadas al uso del ordenador y de Internet como la adicción a la red o la tecnofobia; el uso sexista de la educación informática en las escuelas, y un largo etcétera de cuestiones similares. Como ya se ha dicho aquí, existen indicios razonables para pensar que la innovación tecnológica que supone la sociedad de la

67. Para evitar el reduccionismo propio del modelo HCI, Yates y Littleton (1999) proponen una lista de tareas a abordar para conocer el contexto complejo en el que se hace uso de los videojuegos: a) las posibilidades inherentes a los juegos, tanto tecnológicas como culturales, b) la efectividad de los jugadores, derivada de sus experiencias cotidianas, c) los propios juegos considerados como textos mediáticos, d) los jugadores como poseedores de competencias culturales a través de los cuales interpretan o leen los juegos, e) la manera en que tal lectura sustenta determinadas posibilidades, f) la manera en que tal lectura afecta a la posición subjetiva de los jugadores y, por último, g) cómo ésta posición subjetiva del sujeto modifica la efectividad del jugador.

información no está siendo asimilada de igual manera por hombres y mujeres, ahora que sabemos que éstas tienen menos experiencia previa y menos posibilidades de acceso a los ordenadores, o que desarrollan actitudes más negativas ante el uso de computadoras y tienden a incorporar la visión estereotipada de que los ordenadores son una “cosa de chicos”.

Con esta disposición de las cosas, parece lógico que la atención, en el área de los estudios sobre la infancia, se haya volcado en el aprendizaje temprano de los papeles de género en relación a la tecnología. Más allá de posibles argumentos biológicos que postulan la posibilidad de que las diferencias de género sean producidas por factores innatos, la mayor parte de los investigadores han asumido muy pronto que la clave para explicar estas diferencias radica en la infancia y en los momentos tempranos del proceso de socialización en el contexto de una sociedad altamente tecnificada. La investigación sobre la infancia, por tanto, cobra de nuevo un matiz de relevancia por la suposición de que el conocimiento de las variables que intervienen en el desarrollo infantil y la construcción de los papeles de género puede aportar la llave para intervenciones futuras que permitan un acceso y un uso más igualitario de las TIC y sus beneficios, al tiempo que tratan de evitar los evidentes perjuicios que para las mujeres suponen los estereotipos y actitudes sexistas que las alejan de las nuevas tecnologías. Pero, toda vez que parece un lugar común el reconocer que el género está produciendo una implantación desigual de éstas entre hombres y mujeres o niños y niñas, queda ahora la labor de explicar los pormenores del proceso que (re)produce dicha desigualdad.

De nuevo, uno de los principales aspectos de dicho proceso de construcción de papeles de género en relación a la tecnología es identificado con la cuestión del acceso: parece claro que las niñas y jóvenes tienen un acceso más restringido a los PCs, y también que son usuarias ocasionales de la tecnología, acumulando menos experiencia en este campo en comparación con sus compañeros varones (Wilder et al., 1985). Las diferencias, no obstante, no acaban aquí; los chicos muestran mayor autoestima y seguridad en su relación con el ordenador, al tiempo que más interés y actitudes más positivas ante la tecnología que las chicas (Krendl et al., 1989). Cabría preguntarse: ¿Cuáles son los mecanismos que permiten la reproducción sexista del uso y disfrute de la tecnología?

Teniendo en cuenta la naturaleza privada del consumo tecnológico en los hogares y el hecho de que, desde muy temprano, es en el sistema educativo donde los menores tienen un contacto más regular con los ordenadores, no es de extrañar que los investigadores se hayan volcado en el estudio del uso sexista de la tecnología en el contexto institucional de los centros educativos. Sabemos, gracias a ello, que son varios los factores que intervienen en la construcción de una percepción muy diferente de la tecnología y sus beneficios entre niños y niñas y también la manera en que, dentro del sistema educativo, se enseña a los menores a familiarizarse con ella. Desde un punto de vista psicológico, se nos aporta la valiosa información de que chicos y chicas desarrollan conductas y respuestas diferentes frente al PC, de tal manera que la actitud de las chicas suele ser más negativa y menos entusiasta que la de los varones al tiempo que ellos tienden a desarrollar una mayor seguridad y confianza en sí mismos en

relación a los instrumentos tecnológicos (Elkjaer, 1992; Krendl, 1989; Hawkins, 1985). De la misma manera, parece que ellas reaccionan de manera muy distinta a la de los chicos ante las dificultades que plantea la programación y la utilización de computadoras: habitualmente, y desde edades muy tempranas, las niñas proporcionan atribuciones inestables cuando han tenido éxito en determinadas tareas computerizadas (por ejemplo: el programa era fácil/asequible), mientras que ellos tienden a mostrar este tipo de atribuciones en el caso contrario, esto es, cuando no han tenido éxito (el disco no funciona, no me he esforzado, he tenido mala suerte), de lo que se deduce que los chicos desarrollan un estilo atributivo más basado en la confianza en sus propias competencias y la seguridad en sí mismos como usuarios (Nelson y Cooper, 1997). De la misma forma, ciertos campos del desarrollo tecnológico siguen siendo un coto predominantemente masculino, y de entre ellos quizás el más rotundo el de los videojuegos, siendo pocas las chicas que ven éstos como una actividad adecuada para ellas (Funk y Buchman, 1996b; Funk et al., 2000; Jessen, 1999; Yates y Littleton, 1999).

Otros estudios, sin embargo, desvelan aspectos que pueden considerarse, al menos, relativamente positivos. Así, podríamos considerar que la desigualdad presente entre los sexos en el trato diario con la tecnología tenderá a derivar en fuertes problemas de adaptación al ritmo de la innovación tecnológica, lo que muy probablemente produciría una mayor incidencia de tecnofobia y ansiedad ante el ordenador entre las niñas y las jóvenes. Sin embargo, los datos parecen ser contradictorios. De acuerdo con la reciente investigación de North y Noyes (2002), sobre la base de la aplicación de un cuestionario a más de un centenar de niños y niñas de entre 11 y 12 años, la brecha de género no parece haber llegado tan lejos; muy al contrario, la prevalencia de la tecnofobia, o actitud de rechazo a la tecnología, no parece muy distinta entre los niños de estas edades, lo cual lleva a los autores a concluir que quizás en un futuro no sea éste un aspecto problemático. De otra parte, los estudios referidos a la ansiedad ante el ordenador, otro de los problemas frecuentes de los usuarios, han encontrado datos poco concluyentes: chicos y chicas tienden a presentar el fenómeno en proporciones similares con pequeñas oscilaciones, concluyendo que el género no constituye una variable relevante en la distribución de este tipo concreto de ansiedad (King et al., 2002).

Otro tipo de explicaciones han preferido centrarse en los aspectos meso y macrosociales de la reproducción de la desigualdad, esbozando un esbozo que va desde la investigación de la relación entre persona y ordenador a la del análisis de las actitudes grupales y la configuración del espacio institucional en el que se mueve la infancia desde el punto de vista del género. Aquí aparecen preferentemente las respuestas a la cuestión de cómo se socializa diferencialmente a niños y niñas en el uso de las nuevas tecnologías planteadas en términos de aceptación/rechazo grupal, configuración del currículum educativo, o vivencia cotidiana de la tecnología en contextos domésticos.

Desde este punto de vista, las diferencias de género presentes en la infancia respecto al problema de la asimilación de la tecnología, que constituirán la base sobre las que se

asienten posteriormente otras formas de discriminación en el mundo de los adultos, son consecuencia del tipo de conceptualización que se establece en torno a las distintas innovaciones tecnológicas y de las formas en que se orienta a niños y niñas en su uso, así como la correspondencia de ésta con la visión estereotipada de los papeles de género. El problema del género en la infancia quizás sea uno de los ejemplos más claros de por qué la perspectiva del determinismo tecnológico resulta claramente errónea, a la par que insuficiente, en términos sociológicos. Se afirma así la polivalencia de los productos tecnológicos, que sólo se convierten en artefactos sociales en tanto son asimilados en y por la práctica grupal, y designados y categorizados como pertenecientes a una determinada cultura material. Diría Bourdieu (1991: 130) que “el grupo entero se interpone entre el niño y el mundo”, en este caso el mundo de la tecnología y su uso cotidiano, a través de las prácticas rituales y discursos que lo dotan de un significado simbólico.

Tal parece ser la naturaleza del proceso por el que el aprendizaje y utilización de la tecnología se encuentra anidado en el conjunto de unas relaciones de género preexistentes a la propia tecnología, y que tienen como principales escenarios (interconectados) el universo privado y particular de la familia y el institucional de las escuelas. Por ello, podemos preguntarnos cómo se comportan las niñas frente al PC o por qué utilizan en menor medida videojuegos violentos, pero también será necesario cuestionarnos cómo perciben tales objetos, o cómo son percibidas ellas mismas por los maestros, o sus padres, en su relación con la tecnología. Un ejemplo de tal proceder lo proporciona Jan Hawkins cuando pone en duda que las diferencias de género sean consecuencia de la propia tecnología, afirmando que el problema radica en la cuestión de la conceptualización de los objetos y sus funcionalidades; a propósito del PC y su implantación en el sistema educativo como herramienta pedagógica (Hawkins, 1985: pg. 178):

*As the new technology is introduced into more and more educational settings, it is important to consider the computer as a universal symbolic machine that can be designed and used for a variety of purposes. However, in the absence of a broader perspective, computers tend to be subsumed under math or science curricula and thus take on the already existing stigma of sex differences.*

La impresión es que la polivalencia de los productos tecnológicos es tratada en el mundo social a través del embudo de las categorías de género y los papeles asociados a ella, lo que construye un uso cultural y socialmente orientado de éstos. En el caso de los ordenadores, su categorización como herramientas educativas en áreas tradicionalmente dominadas por los hombres produce una segregación temprana entre los niños y niñas, que bien podría constituir la primera piedra sobre la que se apoya la ya mencionada brecha de género (Hawkins, 1985: 167)<sup>68</sup>:

*The designation of computers as a curriculum topic, and their prominent membership in the math/science category, leads to a particular kind of treatment in educational settings*

*[...] This treatment of computers as a topic subsumed under science/ math/ technology has serious educational consequences for girls. Because they are most often linked with an area that has long been dominated by males, computers typically enter the classroom with an aura of sex-related inequities that has an impact on both learners and teachers.*

Contemplado así, el problema de las diferencias de género arroja dos nuevos factores a estudiar en la relación a la asimilación de la tecnología por niños y niñas: por un lado la función que se da a cada objeto tecnológico, en este caso el PC, y por otro la manera en que éste se inserta en el contexto organizacional y de trabajo de los más pequeños. En este sentido, cabe formular preguntas como las de por qué, si las niñas parecen mostrar habilidades expresivas y lingüísticas mayores que las de los varones, el ordenador se encuentra prácticamente ausente de las clases de lengua, y cuáles pueden ser las consecuencias de tal disposición de las cosas.

La cuestión grupal también ha sido observada. No es un aspecto secundario, dado que ya hemos visto que para entender la infancia es necesario aproximarse a la cultura de los grupos de pares en la que ésta se desenvuelve. Por otro lado, ya se ha hecho mención del hecho de que el equipamiento tecnológico parece promover la sociabilidad entre los chicos en mayor medida que entre las chicas, consecuencia al mismo tiempo de las estructuras más restringidas y minoritarias de los grupos de niñas (Orleans y Laney 2000; Jessen, 1999). Igualmente, se ha destacado la perversión de un discurso que, siendo bienintencionado, estigmatiza a las niñas como “problemáticas” en el área de la tecnología, evitando la consideración alternativa de que quizás sea la conducta de los varones la responsable de la exclusión de éstas del consumo grupal de la misma. Quizás no se ha prestado suficiente atención a un aspecto que puede pasar inadvertido a los ejercicios de medición de la realidad escolar, por ser propio de la dinámica de pequeños grupos y de naturaleza difícilmente cuantificable; nos estamos refiriendo a las estrategias colectivas que los propios niños ponen en juego para evitar la intrusión del sexo opuesto en sus grupos de clase o de juego. Willen Corsaro (1997) ya ha descrito cómo uno de los primeros objetivos de los grupos de pares es sentar las fronteras del mismo a través de rígidos criterios de pertenencia, tarea de la que difícilmente el género podía quedar fuera. Elkjaer (1992) reconoce que no es suficiente con admitir que las niñas tienden a identificar los ordenadores con áreas referidas a las matemáticas o la ciencia y que esto las hace rechazarlos por considerarlos “cosa de chicos”; es necesario explicar cuáles son los procesos que intervienen en tal categorización sexista de la tecnología. Para ello será necesario, según la autora, admitir que los chicos encuentran problemática la presencia de chicas en un área que consideran “masculina”, especialmente cuando la coexistencia se produce en la esfera pública, por ejemplo en el contexto de una clase, puesto que se ven obligados a ocultar los posibles errores que cometan o a no revelar determinadas lagunas en su competencia técnica en cuanto al uso de ordenadores y otros artefactos. Por ello, no podemos descartar que éstos pongan en práctica estrategias colectivas de rechazo a las niñas, consideradas “intrusas” en un campo que debería ser de índole masculino, estrategias que bien podrían adoptar la forma de una represión colectiva cuyo

68. La cursiva es nuestra.

objeto último es impedir el acceso al conocimiento y la técnica a los miembros del sexo opuesto, y poder seguir así prolongando la visión del varón “no problemático” y siempre competente en los terrenos de la tecnología. Por último, cabe hacer notar que faltan muchos estudios sobre este tipo de prácticas de construcción de roles de género en el ámbito puramente doméstico. A tenor de lo escrito aquí sobre la importancia del ocio tecnificado y la presencia de equipamiento tecnológico en los hogares, no será ésta una cuestión secundaria o desdeñable. Podemos suponer, no obstante, que en el hogar tienden a reproducirse similares prácticas segregadoras, suposición alentada por cuanto sabemos sobre la distribución de papeles sociales en el marco de las relaciones familiares. Debe ser así si tenemos en cuenta que el papel de la mujer en relación al resto de los miembros de la familia no es tanto el de consumidora como el de facilitadora de ocio, lo cual limita seriamente sus posibilidades de acceso a la tecnología y la constancia de su uso (Green y Adam, 1998). Las niñas podrían verse envueltas en un discurso aparentemente contradictorio: el del libre acceso a la tecnología y el de los usos diferenciados que puede interiorizar en el contexto doméstico. La reproducción de tal esquema segregador en el tejido de la cotidianeidad nos habla de la constitución de las niñas y las mujeres en tanto usuarias de tecnología, de la construcción de una identidad que no es poseída o albergada, sino negociada y desarrollada desde las primeras experiencias de la infancia y que viene a ser la vía a través de la cual se percibe y usa la tecnología (Stepulevage, 1999).

Debe ser, por tanto, el balance de este apartado necesariamente complejo. Por un lado, encontramos evidencias consistentes que demuestran la implicación de la construcción de los papeles de género en el proceso de asimilación de las TIC por parte de las generaciones más jóvenes; evidencias que nos hablan de cómo la visión estereotipada de estos papeles de género hacen concebir, también a las propias niñas, la tecnología como un asunto más propio de los chicos. Determinadas prácticas educativas parecen estar involucradas en la configuración de las chicas como usuarias ocasionales, con menos experiencia previa y peores niveles de seguridad y confianza en sus propias capacidades al frente de un PC. De otro, los datos parecen mostrar que la brecha de género en este sentido no es aún tan profunda como para abocar a las niñas y las jóvenes hacia conductas consideradas patológicas, como la ansiedad o la tecnofobia.

Estas conclusiones no son contradictorias con algunos de los aspectos referidos al uso de la tecnología por parte de las mujeres que hemos citado en páginas anteriores: de nuevo encontramos sustento a la hipótesis de que los hombres y las mujeres hacen un uso diferencial –que resulta discriminatorio– de la tecnología, si bien las diferencias parecen estar

recortándose conforme ellas se incorporan a áreas de tradicional dominio masculino.

Entendemos que las aportaciones vertidas en este campo justifican el que uno de los objetivos de un sistema de indicadores sobre las condiciones de vida de la población infantil en el contexto de la sociedad de la información sea, precisamente, el de arrojar alguna luz sobre la manera en que evoluciona este uso diferencial, así como el de cuantificar la posible magnitud de tal brecha de género entre la población infantil, si partimos de la proposición de que un acceso más equitativo a las posibilidades de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación resulta beneficioso a la sociedad en su conjunto.

### **2.2.5. ¿Cuáles son los beneficios para la infancia de las TIC?**

Habíamos expresado en este mismo capítulo el compromiso de tratar de enumerar los posibles beneficios o ventajas de las nuevas tecnologías para la población infantil, una tarea que, sorprendentemente, ha sido abordada en muy contadas ocasiones. La gravitación del discurso sobre las consecuencias de la innovación tecnológica alrededor de un núcleo ciertamente pesimista de estimaciones y escenarios de futuro, propiciado a nuestro juicio por la propia concepción de la infancia y la visión de los menores casi exclusivamente en tanto población de riesgo o colectivo vulnerable, parece ser la responsable de esta escasez de trabajos en torno a los efectos beneficiosos que las TIC podrían producir para la infancia. En el mejor de los casos, el discurso se ha movido entre posiciones contradictorias, cuando no directamente excluyentes: recalándose por un lado la importancia de la rápida asimilación de la tecnología por parte de los más pequeños, pero señalándose al tiempo la importancia de limitar, controlar o impedir el acceso a la misma bajo el argumento de que son usuarios inmaduros, vulnerables o insuficientemente competentes. Esto significa que se niega para los menores lo que se recomienda para los adultos. Puede que haya razones teóricas suficientes que justifiquen esta estrategia, pero en todo caso es claro que nuestros sistemas educativos, por poner un ejemplo, rechazan tal posibilidad. De otro modo que no sea atendiendo a la conceptualización de las nuevas tecnologías como vías de progreso socioeconómico, no se explica la rapidez con que la mayor parte de los centros escolares han integrado la informática y los ordenadores en sus currícula. Difícil es ya pensar en un mundo futuro que no aproveche la potencialidad educativa y recreativa de las nuevas tecnologías, en el que los niños no participen de la revolución tecnológica servida por los adultos, aquella que abre el conocimiento del mundo a un clic del ratón (Feil y Keddi, 2000)<sup>69</sup>. Habrá que deducir que el “aislamiento” de los menores de las nuevas tecnologías, la pretensión de que éstos no sean “contaminados”, resulta una idea poco realista por la extensión de su diseminación por los hogares y el peso que éstas cobran en el escenario económico y del empleo. Precisamente, la ubicuidad de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, es decir, su capacidad para integrarse en el espacio social de la infancia y tocar todos los aspectos de la vida cotidiana de los niños, es una de las características destacadas de la sociedad de la información y

69. Por cierto, no podemos pasar por alto que fue precisamente la necesidad de establecer la medición de las consecuencias sociales de la innovación tecnológica, y más en concreto de los programas de la NASA, la que dio lugar a lo que hoy conocemos como “indicadores sociales”. Más adelante abundaremos en esta cuestión.



de las TIC, amén de su interactividad y de la tendencia a la convergencia de los distintos desarrollos tecnológicos presentes en un futuro no muy lejano (Montgomery, 2000)

Podría argumentarse que tal cuestión de los posibles perjuicios y beneficios asociados al uso de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación por parte de la población infantil resulta banal, por cuanto la creciente penetración de la tecnología en nuestra vida cotidiana obligará a los niños a integrarse en estos espacios sociales tecnificados y los convertirá en usuarios naturales de la misma. Sin embargo, a la luz de la literatura revisada para elaborar este trabajo, si hay una característica distintiva de la innovación tecnológica en términos de riesgo social es su ambivalencia, entendida al modo del diccionario como cualidad que provoca interpretaciones contrapuestas de una misma cosa. De las TIC y de las profundas transformaciones que suponen en la vida de los miembros más pequeños de nuestra sociedad se han dicho, como ya hemos visto, muchas cosas, y son también cuantiosos los problemas que preceden a la tarea de interpretar la dirección en la que camina la sociedad de la información y cuáles serán las consecuencias de ésta en las condiciones de vida de los niños. Conviene, por tanto, asumir que parte de la naturalidad con que éstos parecen enfrentarse a los nuevos productos tecnológicos resulta socialmente construida y tiene mucho que ver con el acceso a la tecnología, el entorno familiar, el género de los usuarios u otras variables y factores. Recabar más información sobre ese proceso de integración de los menores en el mundo tecnificado que les rodea, objeto del sistema de indicadores sociales que buscamos desarrollar, parece una condición sine qua non para poder extraer conclusiones sólidas sobre las consecuencias positivas y negativas que tiene, para la población infantil y para el período concreto de la vida que llamamos infancia, la implantación de la sociedad de la información.

No obstante, también hallamos en dicha literatura especializada, apuntes en torno a los beneficios de las TIC para los niños así como posibles escenarios de futuro que parecen más halagüeños que muchos de los descritos hasta ahora. Incluso en ocasiones, son las mismas características de la red que han sido señaladas como fuente de problemas, tales como su carácter fuertemente descentralizado o su anonimato, las que devienen aspectos positivos y beneficiosos para la población infantil; lo cual no hace sino poner de manifiesto, una

vez más, el problema de la ambivalencia del proceso de innovación tecnológica, conduciéndonos a considerar la dificultad de efectuar un diagnóstico preciso en torno a las consecuencias de ésta.

Una de las cuestiones abordadas con más frecuencia es la del desarrollo cognitivo de los niños y el impacto que sobre el mismo tienen las TIC. Ya se han señalado los posibles problemas de aislamiento y soledad, las carencias de la comunicación interpersonal en entornos computerizados o los efectos nocivos de los contenidos de muchos videojuegos y páginas de Internet para el desarrollo de los menores. Pero éste no es un diagnóstico firme, ni tan siquiera compartido por todos los investigadores. Existen evidencias de otro tipo de efectos de las TIC sobre los niños que dejan entrever consecuencias más positivas para tal proceso de desarrollo<sup>70</sup>. Sobre la base del estudio de una muestra de niños en edad preescolar (5-6 años) y las distintas formas de interacción con el ordenador en un contexto educativo en el que aparecen las figuras de los adultos frente a la tecnología en tanto mediadores<sup>71</sup>, Klein y Darom (2000) concluyen que los niños que reciben apoyo en la mediación entre ellos y el ordenador tienden a mostrar mayores niveles de respuestas positivas en distintas pruebas efectuados para medir capacidades cognitivas, así como respuestas más reflexivas. Concretamente, parece que la interacción con el ordenador les ayuda a enfocar problemas, a buscar y recibir información precisa, así como a comparar y contrastar percepciones y a planificar su conducta antes de actuar. En este caso, la figura del adulto que acompaña al menor mientras éste interactúa con el ordenador parece ser una variable clave que explica parte de este efecto beneficioso, por lo que quizás habríamos de preguntarnos si los supuestos efectos negativos de la introducción de la informática en las escuelas (tales como la “deshumanización” de la educación) no son, en realidad, un indicador de la falta de preparación de los adultos encargados de hacer accesible la tecnología a los niños, o del deficiente diseño de los entornos educativos para esta labor. De otro lado, la simulación de situaciones reales por ordenador a edades más avanzadas, que no es otra cosa que la aplicación intencionada de un videojuego diseñado para encajar en un plan de aprendizaje computerizado, parece haberse mostrado muy útil en el desarrollo de nociones morales entre los niños y jóvenes (Sherer, 1998). Siguiendo con la cuestión de los videojuegos y las aplicaciones lúdicas de la tecnología, con frecuencia se señalan sus posibles efectos beneficiosos a renglón seguido de los perjudiciales. En general, se hace hincapié en que los videojuegos constituyen un potente instrumento de aprendizaje, por la facilidad con que son asimilados por los menores tanto en entornos escolares como domésticos y su carácter eminentemente lúdico, lo que los hace muy atractivos a sus ojos y los convierte en instrumentos que pueden ayudar a desarrollar determinadas habilidades cognitivas relacionadas con la percepción visual y los reflejos, o simplemente estimular la imaginación y la inventiva (Munné, 1992; Subrahmanyam et al., 2000).

Hay que hacer notar que muchas de las amenazas que provienen de los videojuegos y de los ordenadores en este terreno tienen su causa no tanto en la tecnología misma como en el uso que se hace de ella; así, un mismo videojuego puede ser perjudicial o beneficioso dependiendo del tiempo que se

---

70. Entre las más obvias, que la posibilidad de acceso a un ordenador en el hogar parece estar asociada a una mejora del rendimiento académico (Hewell y Battle, 1999). Aquí hemos preferido explorar otro tipo de efectos beneficiosos que, de antemano, resultan menos previsibles.

71. Una de las piezas centrales del estudio la constituía, precisamente, la definición del papel del adulto en relación a la tecnología y su uso por parte de los niños. En este sentido los autores han distinguido la tarea de mediación, que incluye la adaptación del entorno escolar y de aprendizaje a las necesidades de éstos, al tiempo que se estimulan las conductas del adulto asociadas a la intencionalidad y la reciprocidad verbal entre niño y adulto, la expresión afectiva tanto de origen verbal como gestual, la trascendencia de las meras necesidades inmediatas del niño con objeto de despertar la atención del mismo, así como el apoyo a las acciones del niño que resultan satisfactorias desde el punto de vista del adulto y la regulación de la conducta del menor para adecuarla a la tarea prevista. Frente a este papel complejo de mediación, los autores del estudio consideraron otras dos posibilidades: la no ingerencia del adulto o, en todo caso, la provisión de la mínima asistencia técnica necesaria a los niños, y el acompañamiento, que suma a ésta la respuesta del adulto a las preguntas suscitadas por los niños. Lo que el estudio sugiere entre líneas es que tal vez la variable clave no sea el niño ni la tecnología, sino el modo en que los adultos nos involucramos en la relación entre ambos.

empleo o de la naturaleza de sus contenidos, y otro tanto puede decirse de la red, por ejemplo. Deberíamos, por tanto, prestar más atención a las variables que explican tales usos perjudiciales de la tecnología.

Por otra parte, los estudios psicológicos han pecado de un cierto reduccionismo al intentar subsumir la relación entre la población infantil y la tecnología en un esquema analítico ciertamente angosto. Han sido pocos los autores que han querido trascender la visión del modelo de Interacción Humano-Computador (HCI), lo cual nos ha proporcionado una información valiosa pero incompleta sobre los efectos de la tecnología en los menores. Con frecuencia, por ejemplo, se ha hablado de aislamiento y soledad, fenómenos reales que aparecen cuando analizamos el uso de los productos tecnológicos de última generación por parte de los menores, pero se han dejado de lado o se han colocado en un discretísimo segundo plano otro tipo de efectos que vienen precisamente a contrarrestar el problema del aislamiento social producido por la tecnología. Cuando es analizada en un marco teórico más amplio y desde una perspectiva naturalista, fuera de diseños experimentales, la vida cotidiana de los niños y su relación con la tecnología parece menos determinada por la cuestión del aislamiento. Esta perspectiva, que encaja mejor en la visión del sociólogo, tiende a considerar el uso de la tecnología por parte de los niños desde la perspectiva de los grupos de pares y las culturas interpretativas en que éstos habitan, además de considerar a éstos en tanto agentes sociales competentes que tienden a apropiarse de dicha tecnología y a (re)construir su significado en el seno de estos grupos de pares, en lugar de conceptualizarlos como receptores pasivos de la misma. Jessen (1999: 20) advierte al respecto:

*it is the rule more than the exception that the children fluctuate back and forth between what could be called exploration and what could be called pure play. It is characteristic of this "computer play" that is productive, in the sense that the children use their imagination and produce games and "stories", which is typical of this age, when role-playing games and the play of the imagination dominate play culture (...) Construction, manipulation, experiment and problem-solving are all present during the game, but they are subordinate to creating play or a "playing space" together.*

Así, hemos descubierto que, frente al problema del aislamiento de los menores, que probablemente tiene su base en problemas preexistentes de ajuste o integración social, la tecnología provoca frecuentemente el efecto contrario: estimula y promueve el establecimiento de relaciones sociales. Esto es así, desde luego, porque los menores tienden a hacer un uso social de estos productos tecnológicos, incluso aunque éstos no hayan sido diseñados para ello, pero también porque muchas de las posibilidades de las TIC pasan por el establecimiento de vínculos sociales y la generación de redes

de apoyo e intercambio entre individuos (Holloway y Valentine, 2001; Jessen, 1999; Orleans y Laney, 2000; Yates y Littleton, 1999)<sup>72</sup>. Sucede así en el espacio lúdico, ya que los videojuegos constituyen una forma distintiva de aprendizaje cooperativo caracterizada por la exploración conjunta de contextos simulados, en la que los menores participan en términos grupales, pero también en el espacio educativo en la medida en que el ordenador estimula la cooperación grupal y la interacción, y una mayor competencia en este campo ayuda a los menores a ganar estatus dentro de los grupos de pares y mejorar su autoestima (Jessen, 1999; Montgomery, 2000). La interactividad como rasgo principal de las nuevas tecnologías, frente a otros medios más pasivos como la televisión, parece tener mucho que ver con todo esto.

Igualmente, cuando se advierte de que las relaciones establecidas en el espacio virtual son débiles o pobres en relación a las que pueden establecerse en el mundo real, se olvida que éste presenta fuertes problemas de integración para muchos niños y niñas. Precisamente, es fácil deducir que el anonimato como característica definitoria de muchas interacciones en la red, así como la posibilidad de que los problemas físicos o el aspecto personal de los menores no constituyan traba alguna para entablar contacto con otros niños, puede facilitar el acceso al apoyo social y a la construcción de nuevas relaciones sociales a todos aquellos chicos que vean mermadas sus posibilidades en este sentido en el mundo real, bien por problemas físicos, psicológicos, por sufrir algún tipo de discapacidad o limitación de la movilidad, o simplemente facilitar el contacto social entre individuos distantes geográficamente. Como señala Freeman-Longo (2000), el establecimiento de contactos sociales a través de Internet también sirve para aprender a expresar y comunicar sentimientos, dudas o reflexiones a través del lenguaje escrito, obteniéndose al mismo tiempo una fuente importante de apoyo social. Incluso podríamos plantearnos si las nuevas tecnologías de la información y la comunicación no están produciendo tal efecto de estimulación del contacto social entre los adultos y los niños, por ejemplo a nivel familiar. Muchos equipamientos, como las consolas de videojuegos, son compartidas por niños y adultos y tienen vocación de convertirse en centro del ocio familiar al incorporar DVD o posibilidad de conexión a Internet, y el propio ordenador resulta una herramienta polivalente que fácilmente pueden compartir menores y adultos; sin descartar un uso que ya ha sido reseñado en estas páginas: el control a distancia de los menores cuando los padres no están en casa o cuando éstos han salido, control que tecnologías como la telefonía móvil, o la videoconferencia hacen posible (y deseable, a tenor de lo que los propios padres manifiestan<sup>73</sup>).

Más importante ha sido la crítica basada en la denuncia del peligro inherente a ciertos contenidos que circulan en la red de redes. Ciertamente, es éste uno de los aspectos más espinosos de la nueva sociedad de la información. Por su carácter fuertemente descentralizado y lo problemático de identificar y controlar el acceso de los niños a determinados sitios del ciberespacio, el riesgo de que éstos entren en contacto con páginas de naturaleza pornográfica, racista o violenta, por poner sólo tres ejemplos, existe y es necesario tomar medidas para reducirlo. La posibilidad de que los menores se encuentren con desconocidos en el espacio anónimo de la red o que caigan en manos de algunas de las

72. Será esta una de las conclusiones que deriven del análisis del discurso infantil, como puede comprobarse en el último capítulo de esta tesis doctoral, en el apartado dedicado a la triangulación metodológica.

73. Véase el párrafo con el que hemos iniciado la sección de este capítulo en la que nos ocupamos de la sociedad de la información y la población infantil.



organizaciones informales dedicadas a la paidofilia que operan en Internet, también ha sido uno de los temores presentes en el discurso sobre los riesgos del acceso de los niños a la tecnología. Sin embargo, pensamos que la fuerza con que estos elementos han entrado a formar parte de la representación social de las nuevas tecnologías, y muy particularmente de Internet, ha oscurecido otros aspectos que sólo podemos calificar como beneficiosos<sup>74</sup>. Por paradójico que pudiera parecer, las mismas características que parecen sustentar ciertos tipos de criminalidad contra la infancia que se ejerce en el espacio virtual, tales como la pornografía infantil y otro tipo de abusos a menores, podrían facilitar simultáneamente el trabajo de las agencias no gubernamentales y organizaciones nacionales e internacionales de todo tipo en su labor de lucha contra las violaciones de los derechos de los niños. El anonimato y la naturaleza descentralizada y difícil de controlar de los distintos nodos y redes que constituyen eso que llamamos la autopista de la información, constituyen un buen acicate para que este tipo de organizaciones extiendan su control, venciendo muchas barreras existentes en el mundo real y haciendo más fácil el objetivo de diseminar globalmente la reivindicación del respeto por los derechos de la infancia. Esto es lo mismo que afirmar que Internet se ha convertido en un medio muy eficaz para obtener, comunicar y diseminar información relevante

para la mejora de las condiciones de vida de los niños, haciendo más rápida la respuesta contra la violación de tales derechos. A ello contribuyen las páginas web que informan sobre causas concretas, el e-mail como medio casi instantáneo de comunicación y diseminación de alarmas, o los grupos de discusión, de tal manera que ha aumentado la visibilidad de los menores en tanto colectivo social y los recursos movilizados en torno a ellos. Así lo creen Hicks y Halping (2001: 65), que vinculan la aparición de la red de redes con:

- un fuerte estímulo del crecimiento de organizaciones formales e informales dedicadas a esta tarea.
- El desarrollo de coaliciones y redes de trabajo amplias que permanecen, no obstante, descentralizadas.
- Permiten la circulación de grandes cantidades de información y estimula la co-producción de la misma.
- Y limitan la capacidad de ingerencia gubernamental de los estados nacionales, así como el monopolio de la información y el conocimiento por parte de determinadas agencias o grupos de presión.

Por otra parte, Internet no es sólo un escenario de lucha entre los defensores de los derechos de la infancia y los que intentan atentar contra ellos, como a veces parece deducirse de la literatura especializada. Aparece también como una gigantesca fuente de información y recursos muchos de los cuales son perfectamente susceptibles de ser usados por la población infantil. Estamos de acuerdo con Montgomery (2000) cuando señala que Internet ofrece multitud de recursos para integrar a los niños en el mundo de la cultura, el arte o la ciencia, frente a otros contenidos menos deseables; por otra parte, por el monto gigantesco de información puesta a disposición de los usuarios y la confidencialidad con que ésta se presenta en la red, Internet parece haberse convertido en un medio privilegiado por los niños y jóvenes a la hora de consultar temas relacionados con la salud: frecuentemente aspectos relacionados con la sexualidad o las enfermedades de transmisión sexual, control del peso, entrenamiento deportivo, o la planificación familiar (Borzekowski y Rickert, 2001). A modo de prueba, el autor de estas líneas realizó un rastreo sencillo con la única condición previa de que fuera en sitios web en castellano en uno de los más populares motores de búsqueda de la red ([www.google.com](http://www.google.com), acceso el 20/7/2002), al que se le pidió que encontrara la cadena de palabras “web para niños” en estos sitios. En poco más de 17 décimas de segundo el buscador devolvió informe de resultados con más de 149.000 páginas web que contenían dichas palabras<sup>75</sup>. Como vemos, abundan los sitios pretendidamente diseñados para ofrecer a los niños información, juegos, pasatiempos o enlaces a otros lugares del ciberespacio. Por supuesto, esto genera siempre la duda de qué es un web para niños o, más específicamente, cómo podemos reconocer un sitio web apropiado para ser visitado por niños. La cuestión es complicada por cuanto intervienen aquí las pre-nociones de los propios adultos sobre el tipo de necesidades que caracterizan la infancia y lo apropiado de que los menores entren en contacto con determinados contenidos. Algunas cuestiones suscitan mayor recelo: las compras, por ejemplo. ¿Es razonable que se acuda al niño como consumidor también en Internet? No existen, en todo caso, criterios unánimes para decidir qué páginas y sitios web son adecuados y cuáles no para la población infantil, pero sí buenos intentos de lograrlos. Wartella y Jennings (2000)

74. En el momento de escribir estas líneas aparece en la prensa una mención a la presentación, por parte del Defensor del Menor de la Comunidad de Madrid y con la participación de la ACPI (Asociación Contra la Pornografía Infantil), de un informe sobre el acceso a contenidos de riesgo y otras pautas de riesgo de los menores internautas. Se afirma en este informe que un 11% de los menores que usan Internet pueden considerarse adictos al medio, un 28% de ellos son usuarios de páginas pornográficas o un 38% de violentas, así como un 30% ha facilitado su número en alguna ocasión y un 14,5% ha concertado una cita con un desconocido. Los datos son significativos y en la línea de lo que ya hemos comentado que ocurre en otras sociedades industrializadas, sin embargo es destacable el escaso rigor con que se traslada dicha información a la opinión pública: no se hace mención alguna a si se han medido conductas de abuso o adicción, cómo se han definido éstas o cuáles han sido los criterios empleados en la medición; por otra parte, se ha tomado como referencia de la condición de menores a todos los individuos entre los 10 y los 17 años, formando así un grupo extremadamente heterogéneo difícil de describir a través de indicadores aislados; por último, sólo a modo de información tangencial se nos informa de que apenas un 25% de los menores de 18 años es usuario de Internet, cuando es éste un dato muy relevante a la hora de evaluar la incidencia de las cifras anteriores. El tratamiento que los medios hacen de este tipo de datos contribuye a que la cuestión de los riesgos y beneficios de las TIC se enturbie y se magnifiquen algunos aspectos que, siendo importantes, no contribuyen a la tarea de formarse una imagen clara de la situación.

75. Una brevisima muestra de algunas de las páginas más significativas encontradas: buscadores o secciones de buscadores o páginas de enlaces dedicados en exclusiva a los niños ([http://es.dir.yahoo.com/Sociedad/Culturas\\_y\\_grupos/Ninos/Paginas\\_para\\_ninos/](http://es.dir.yahoo.com/Sociedad/Culturas_y_grupos/Ninos/Paginas_para_ninos/); <http://www.uklatino.co.uk/children/ninos.html>; <http://www.coroweb.com/rincon2.htm>); páginas dirigidas a los padres, habitualmente con contenido e intención formativa sobre el uso responsable de las nuevas tecnologías (<http://www.learnthenet.com/spanish/html/10kids.htm>; <http://pbskids.org/arthur/grownups/parentguides/web.spanish.tips.html>; [http://www.conficare.cl/pro\\_ninos.htm](http://www.conficare.cl/pro_ninos.htm)); sitios de organizaciones no gubernamentales o de ayuda a la infancia (<http://www.unicef.cl/derecho/ley1.htm>; <http://www.derechosinfancia.org.mx/>); páginas educativas o de divulgación científica (<http://www.geocities.com/CapeCanaveral/Hangar/2346/>; <http://www.mundolatino.org/rinconcito/>; <http://www.inbio.ac.cr/es/ninos/Ninos.html>; <http://www.epa.gov/airnow/aqikids/spanish/actions1.html>; [http://www.izar.net/fpn-argentina/esp\\_enlaces.htm](http://www.izar.net/fpn-argentina/esp_enlaces.htm); <http://www.niehs.nih.gov/kidspan/home.htm>); guías y bases de datos sobre la población infantil (<http://www.childtrendsdatbank.org/>; <http://www.leanet.com/kids/>; <http://cursos.orbitas.com/html/kid/index.shtml>; <http://www.nichcy.org/spanish.htm>); y otras con un propósito fundamentalmente lúdico (<http://www.tercera.cl/diario/2000/05/14/r-14.29.3a.CRO.SITIOS.html>; <http://www.enredos.org/>).

proponen unos<sup>76</sup>, que recogemos en este trabajo, y que pasan por el estudio detallado de las características de estas páginas web respondiendo a cuestiones como, por ejemplo, si el sitio ha sido diseñado atendiendo a las posibilidades de acceso de niños con necesidades especiales, si reclama datos personales a los niños, o si es simplemente divertido o pretende, además, aportar algún tipo de valor educacional. Los criterios centrales, no obstante, serían los de: diversidad, accesibilidad, interactividad, valor educativo, valor lúdico, habilidad artística y seguridad. De esta manera hemos dado un paso importante en la consideración de la utilidad de la red para los menores, así

como planteamos un objetivo que constituye en sí mismo una de las líneas de intervención que se barajan como soluciones al problema del riesgo del acceso de los niños a Internet. Nos referimos al cambio cualitativo que supone sustituir la simple preocupación de alejar a éstos de las páginas que contienen información inapropiada para crear un espacio “seguro” para la infancia en la red, por la de generar recursos de calidad que respondan a un objetivo más ambicioso que el de “proteger” a los menores de la información no deseada, esto es, que alienten su desarrollo personal o mejoren su calidad de vida.

## Tabla 12. Criterios a considerar en el diseño de contenidos para niños

### Diversidad

- ¿El contenido es relevante para niños de diferentes grupos raciales?
- ¿El contenido propone modelos sólidos de papeles de género para las niñas?
- ¿El contenido crea o reproduce los estereotipos étnicos, raciales o de género?

### Accesibilidad

- ¿Tiene en cuenta la tecnología el problema del acceso para niños con necesidades especiales?

### Interactividad

- ¿Es el mejor medio para el contenido (o sería más apropiado otro soporte –libros, revistas, radio, televisión, etc.-)?
- ¿Se utiliza de manera beneficiosa el potencial de interactividad?
- ¿Ayuda a crear una comunidad de menores o jóvenes?
- ¿Proporciona a los menores un acceso único a la información, las ideas o las personas?
- ¿La interactividad ofrece a los menores oportunidades reales integradas con el contenido y con resultados o consecuencias?
- ¿Tiene el niño oportunidad de crear algo? EDUCACIÓN
- ¿El contenido es educativo o informativo?
- ¿Los proveedores del contenido conocen su audiencia o público y ofrecen contenidos apropiados para los niños de esta edad? VALOR
- ¿Es divertido?
- ¿Ocupa al niño de tal manera que éste quiera seguir explorando?
- ¿Tiene el contenido algo que comunicar, aparte de algo que vender?

### Aspectos Artísticos

- ¿Es el diseño artístico del contenido de la calidad que esperarían los adultos?
- ¿Los elementos del diseño sustentan correctamente la información y el juego o la esconden y distraen la atención?
- ¿Es la interfaz rápidamente comprensible, de manera que los niños puedan navegar solos?

### Seguridad

- ¿Se pide a los niños algún tipo de información personal, aparte de la que pueda ser necesaria para el uso del sitio web? ¿Es un web cerrado o conduce mediante enlaces a otros sitios? ¿En caso negativo, han sido estos enlaces escogidos cuidadosamente y garantizada su seguridad para los niños?
- ¿Se emplea violencia gratuita o contenidos sexuales?

FUENTE: Wartella y Jennings (2000: 40)

76. Por supuesto, no son los únicos; Harbeck y Sherman (2000: 33-35) aportan también un conjunto de criterios que no hemos introducido aquí por ser más reducidos que los anteriores y vincularse en mayor medida a la literalidad del paradigma evolutivo del desarrollo infantil. En concreto, los autores abogan porque los sitios web para niños respeten, al menos, las siguientes características: a) simplicidad, limpieza y diseño concreto, de modo que la interfaz propuesta sea accesible a menores de corta edad y evite la confusión; b) presencia de adultos, conminando así a que los sitios web para la infancia involucren también a los adultos a través de actividades compartidas, c) progresión e individualidad, con objeto de que las distintas actividades propuestas se ajusten a los diferentes momentos del proceso evolutivo de desarrollo del niño, respetando la situación concreta de cada niño a lo largo de dicho proceso, d) relevancia, evitando la propuesta de contenidos o actividades descontextualizadas o que carecen de interés para los menores; e) integración, de las distintas habilidades y recursos de los que consta el desarrollo (físicos, psíquicos, emocionales, etc.); f) actividad y diversión, dado que los contenidos del sitio web deben evitar la participación pasiva de los menores, al tiempo que facilitar el que los niños los asuman como algo divertido; y, finalmente, g) con opciones de exploración, promoviendo aquellos contenidos de final abierto y múltiples posibilidades narrativas.

En este sentido, uno de los problemas visibles de la implantación de las TIC en la vida cotidiana de los niños es el de que las amplias posibilidades de comunicación que éstas presentan entran muchas veces en colisión con la ideología familiar imperante, que convierte a los menores, como ya se ha visto en capítulos anteriores, en un asunto privativo de la autoridad paterna. En muchos casos, la tarea de controlar el acceso a la tecnología o la educación en un uso responsable de la misma ha recaído casi exclusivamente sobre los padres. Sin embargo, la preocupación por los contenidos que ofrece la red, el efecto de los videojuegos o el uso de la telefonía móvil, son aspectos que necesitan de una visión más amplia. Es necesario lograr un compromiso de calidad en el equipamiento y los contenidos que se diseñan para los menores, tal y como se ha exigido en muchas ocasiones para otros medios, como la televisión. De otra manera, nos encontramos con que el niño no es tanto usuario como consumidor de la tecnología, al haber convertido el problema del acceso de la población infantil a la tecnología en una cuestión de segmentación de mercados, más que en un reto social<sup>77</sup>. Los riesgos, por tanto, parecen derivar no tanto de la naturaleza de la innovación tecnológica como de una falta de control sobre la producción, el uso y la implantación de la misma. Esta ha sido una de las propuestas sobre las que han abundado los autores que se han encargado de estudiar posibles vías de intervención sobre el ciberespacio para conseguir que éste sea mejor y más seguro para los niños, junto con la de crear “zonas libres de riesgo”, de uso específico por parte de los menores, y adiestrar a los padres en el uso competente de las TIC (Montgomery, 2000; Oswell, 1998; Shields y Behrman, 2000; Stanley, 2001; Wartella y Jennings, 2000).

Hemos querido destacar en este apartado que los riesgos y amenazas de las nuevas tecnologías en relación a las condiciones de vida de los niños constituyen una realidad que debe ser contemplada en toda su extensión, dado que como contrapeso las TIC ofrecen toda una serie de posibilidades técnicas que pueden –y deben– ser utilizadas para la mejora de la situación social de la infancia. Probablemente, poseer más y mejor información en torno al tipo de asimilación de estas nuevas tecnologías por parte de la población infantil es tarea inexcusable para poder minimizar los riesgos y optimizar los beneficios de las mismas, demostrándose por otra parte la ambivalencia que caracteriza todo proceso de innovación tecnológica. Con frecuencia han sido las mismas características de los nuevos artefactos del siglo XXI que se

han citado como constituyentes de una fuente de riesgo para la infancia, las que nos han servido para abogar por su uso como instrumento de mejora de las condiciones de vida de los menores.

### 2.3. A modo de conclusión

Un repaso por una muestra significativa de la literatura producida al calor de la llegada de la sociedad de la información y sus interrogantes ha servido, sin duda, para sacar a la luz nuestras propias lagunas y carencias a la hora de decidir sobre los efectos de las TIC en el espacio social ocupado por los menores y en sus condiciones de vida. Una ambivalencia característica parece ser la nota dominante cuando se trasciende el discurso propiamente alarmista y se analizan en profundidad las consecuencias de la innovación tecnológica. Lo es en el caso de los adultos, pero más en el de los niños, en la medida en que el diagnóstico se complica por la especial caracterización de ese momento del ciclo vital que llamamos infancia en las sociedades modernas, coincidiendo con la percepción de que asistimos a una cierta liquidación o fragmentación de la concepción tradicional de lo que significa ser niño y comportarse como tal, de la que culpamos en muchas ocasiones precisamente a tal proceso de introducción de las nuevas tecnologías.

Es obvio que no tenemos respuestas para todas las preguntas, como lo es que la así llamada sociedad de la información es un tipo social emergente de contornos aún borrosos, por lo que habremos de contar con nuevos desarrollos tecnológicos y nuevas tendencias sociales en su consolidación. Razón de más para recabar con urgencia información suficiente sobre un colectivo de la población que ha permanecido hasta tiempos relativamente recientes en un cierto estado de “invisibilidad” social y estadística, y propiciar así la merma de la incertidumbre en torno al impacto real que sobre la vida cotidiana de los menores está teniendo la popularización y uso de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación.

Así, el sistema de indicadores que pretendemos desarrollar persigue el arrojar alguna luz sobre este tipo de consideraciones relativas a la relación entre la situación social e la infancia y la sociedad de la información, con lo que empeñamos nuestros esfuerzos en dos tareas complementarias e igualmente necesarias: rescatar a los menores de esta invisibilidad social y contribuir al desarrollo de un conocimiento en términos sociológicos de la infancia que, como se ha argumentado con anterioridad, es plausible y perentorio si queremos conocer con exhaustividad la naturaleza del desarrollo infantil; pero también, sin menoscabo de lo anterior, reunir la información que nos permita acercarnos, si no al diagnóstico normativo completo de la situación por estimar éste demasiado complejo como para resolverse con nitidez, al conocimiento detallado de la misma, de su tendencia de cambio y desarrollo y la anticipación de buena parte de los problemas sociales que podrían derivar de la dirección de estas tendencias de cambio.

77. El profesor Friedrich Krotz (2000), investigador de la universidad de Hamburgo, lanza un diagnóstico similar: al analizar el cambio social hacia la sociedad de la información y el impacto de la innovación tecnológica en el mismo, hemos olvidado que en él confluyen, en puridad, dos procesos que deben ser distinguidos: por un lado un proceso de progresiva tecnificación y mediatización social, que corresponde propiamente a la difusión de las nuevas tecnologías de la comunicación y la información; por otro, un proceso de economización de las relaciones sociales y los valores que ve la necesidad de la implantación de éstas únicamente desde la óptica del progreso económico. Al haber anulado o no abordado suficientemente el debate público sobre éste último, se ha desprovisto a ciertas instituciones fundamentales como la escuela o la familia de recursos para construir un uso de la tecnología desde la visión de las necesidades de la infancia, provocando un desfase entre las necesidades de la industria y la de los menores. De resultados de todo esto, quizás debamos suponer que un diagnóstico pesimista sobre el impacto de las nuevas tecnologías sobre la infancia sea, en realidad, un diagnóstico preocupante sobre la falta de mecanismos de la sociedad, más allá de los meramente económicos o industriales, para garantizar mejores condiciones de vida en el contexto de la futura sociedad de la información para la población infantil.

### 3. Los indicadores sociales: Aspectos teóricos y metodológicos

#### 3.1. Los indicadores sociales: problemas de definición y estatus epistemológico

Un intento de formulación de indicadores sociales o de sistemas de indicadores sociales conlleva, necesariamente, una labor de clarificación destinada a mostrar la ubicación metodológica y epistemológica del instrumento elegido para la investigación de la realidad social. No cabe duda de que, como tal instrumento, los indicadores sociales (y las múltiples formas en que estos pueden agruparse, relacionarse, aplicarse o, simplemente, elegirse de entre múltiples alternativas) comparten un mismo lugar junto al conjunto de técnicas de investigación social y herramientas metodológicas que son comunes a la investigación sociológica (y a la de otras disciplinas contiguas), y más concretamente, en la categoría específica de la vía cuantitativa de indagación de la realidad social<sup>78</sup>. Sucede, sin embargo, que no es fácil localizar con precisión y menos aún definir con total nitidez cuál es ese lugar. Esto es así en la medida que la literatura sobre indicadores sociales, sobre sus presupuestos epistemológicos y sobre las limitaciones metodológicas de su uso, sobre su elección y presentación en forma sistémica o simplemente agregada, o más concretamente sobre los resultados que arrojan en tanto que técnica de investigación de la realidad social, es profusa pero igualmente diversa y poco esclarecedora. Significa esto que no existe una única manera de entender lo que son los indicadores sociales, de la misma manera que existen muchas y muy diferentes prescripciones para su uso, y por supuesto,

---

78. Por supuesto, el hecho de que el trabajo con indicadores sea de naturaleza casi exclusivamente cuantitativa es una importante limitación, ya que debemos concluir que no todo lo que está presente en la realidad social es cuantificable, y sin duda cometeríamos un grave error al suponer simplemente que lo no cuantificable es sinónimo de lo poco relevante de cara a la explicación de los fenómenos sociales. Sin embargo, la entrada en un debate de esta naturaleza nos alejaría del núcleo de nuestra tarea de ilustración de los sistemas de indicadores sociales como instrumentos metodológicos. El problema de las distintas vías de acercamiento a la realidad y la superación del falso dilema cuantitativo-cualitativo se encuentra nitidamente expuesto en la obra clásica de Miguel Beltrán, *La realidad social*, a la cual me remito, especialmente cuando se afirma en ella (Beltrán, 1991: 122) que “los indicadores no han conquistado hegemonía alguna en la investigación sociológica, y se limitan a constituir una herramienta de interés entre las muchas que se incluyen en el método cuantitativo”.

es difícil encontrar también un consenso en cuanto a su valor evaluativo y/o predictivo y los límites que presenta su interpretación.

Esta idea, que encontramos de manera recurrente a lo largo de la tarea de esclarecimiento destinada a encontrar respuesta a preguntas básicas como “qué son” y “para qué sirven”, se manifiesta más claramente aún cuando lo que se pretende es partir del que se considera el elemento más básico para el profano en la materia: su definición. Resulta significativo que exista una multiplicidad de definiciones de lo que es un indicador social y, lo que es más significativo todavía, que todas ellas revelen elementos de veracidad, pero también atribuciones más que discutibles en torno al tema de los indicadores sociales.

Podríamos preguntarnos si existe algo parecido a una idea básica o seminal a partir de la cual pudiera derivarse una definición explícita y precisa de lo que es eso que llamamos un “indicador social”. Nos preguntaremos, en este caso, cuál es el significado atribuible al término “indicador”, esperando encontrar un puente entre el lenguaje vulgar y el científico que pueda arrojar alguna luz sobre lo que podemos entender inequívocamente al hablar de “indicadores sociales”. El significado de lo que un indicador es y la función que realiza en el contexto de la vida cotidiana parece suficientemente claro. Podemos recabar múltiples ejemplos extraídos del contexto de la vida de los seres humanos en los que se utilizan indicadores. Pensemos, por ejemplo, en el maestro que utiliza los datos relativos al rendimiento académico de alguno de sus alumnos (su trayectoria a lo largo de un curso, o un brusco descenso de los mismos, etc.) como indicador de la existencia de problemas personales en el entorno familiar del alumno en cuestión. Pensemos también en el analista de bolsa que utiliza los valores de las cotizaciones bursátiles de distintas empresas para estimar la existencia de un determinado grado de confianza por parte de los inversores en un determinado sector de la economía. Leonardo Cannavò (1995) ofrece otros ejemplos igualmente ilustrativos: el del químico que usa una sustancia reactiva que ofrece información sobre la presencia de otras sustancias a través de un mecanismo de viraje cromático, o el médico que confiere a los síntomas que le son descritos por un enfermo el estatus de indicadores de la



presencia/ausencia de una patología o enfermedad determinada. En todos estos casos, la funcionalidad del indicador reside en que toma el papel de elemento que permite establecer algún tipo de relación (descriptiva, al menos) entre lo directamente observable (una calificación en un examen, la descripción de un síntoma concreto, un valor bursátil, o un cambio de color en una tira reactiva) y aquello que se supone oculto a la inmediata aprehensión por parte del individuo. Lo que todos los ejemplos anteriormente citados tienen en común es la existencia de una ligazón entre lo observado y lo estimado o deducido a partir de lo observado, es decir, entre aquel elemento empíricamente contrastado que sirve de indicador y algún otro fenómeno que pertenece a una dimensión no directamente observable, bien por su mayor nivel de abstracción o generalidad, bien por la imposibilidad de efectuar su medición de manera directa por no contar con los instrumentos adecuados o por existir algún tipo de barrera que nos impide acceder directamente a ella. Lo que los separa, en cambio, es el grado de certeza con el que pueden contar a la hora de tomar determinadas observaciones como indicadores de la existencia de dichos fenómenos ocultos, en virtud del tipo de relación teórica establecida entre el indicador y lo indicado. El químico corre un riesgo muy pequeño de equivocarse al afirmar que un viraje cromático en la tira reactiva revela la presencia de un cambio en el PH de un líquido, por continuar con el ejemplo, aunque éste existe (la tira puede estar en malas condiciones, la manipulación de la misma puede ser incorrecta, pueden existir variables intervinientes que confunden al diagnóstico, etc.), y esto es posible porque el sustento teórico que permite el funcionamiento del mecanismo del viraje cromático es preciso, y responde a la existencia de regularidades del mundo natural que han sido suficientemente clarificadas. El maestro, en cambio, como el médico, albergará conclusiones sobre aquello que le es indicado por sus observaciones y correrá un riesgo mayor de aceptar la presencia/ausencia de determinados fenómenos, en la medida que carece de instrumentos de observación tan precisos como la tira reactiva y de supuestos teóricos tan consistentes como aquellas regularidades del mundo natural que hemos citado con anterioridad.

¿Qué es lo que queda, pues? Una relación de significación que es común a todos y que une, como si de un signo o indicio se tratase, una porción de realidad observada con una dimensión no directamente observable. Ésta y no otra viene a ser la acepción comúnmente aceptada de la palabra “indicador” en el lenguaje vulgar: lo que “indica o sirve para indicar, en el sentido de mostrar una cosa con indicios y

señales” (RAE, 1992: 1157), también con el sentido de “denotar, significar, servir para hacer saber o conocer cierta cosa” (Moliner, 1991: 118). Algo alejada de las anteriores, aunque igualmente pertinente, como veremos más adelante, resulta la acepción de la voz “indicador” que recogen otras obras lexicográficas (Seco et al., 2000: 986) en las que se la hace equivaler al “dato que sirve para conocer el estado o la evolución de algo”. Vemos, por tanto, que ya en el lenguaje no propiamente científico queda establecida la naturaleza y función de los indicadores: servir como indicios o signos que remiten a alguna “cosa” (que podemos suponer hace las veces de “significado” o de “elemento conceptual” complejo o abstracto no directamente observable, de ahí el uso de un indicador) que permanece oculta en un plano distinto o, simplemente, fuera de la capacidad de observación del sujeto.

¿Podemos extrapolar esta sencilla conclusión al diseño y uso de lo que llamamos “indicadores sociales”? Para determinados autores, es un hecho claro que también en el mundo de las ciencias sociales la función del indicador es la de poner en contacto determinadas observaciones empíricas con la dimensión conceptual y teórica que es común a las distintas disciplinas que conforman la actividad científica. Un valioso punto de partida para entender qué son los indicadores sociales y cuál es su papel en el conjunto de la investigación de la realidad social lo proporciona Critto (1979) desde un punto de vista netamente epistemológico, al afirmar que los indicadores son aquellos elementos que permiten el contacto entre dos mundos separados: el de la observación empírica y la dimensión conceptual, estableciendo un puente entre el orden de los sucesos que pueden ser empíricamente observados, contrastados o medidos, y devienen por tanto en “datos”, y el orden de la comprensión de los fenómenos sociales, animado por el trabajo conceptual y teórico. En una primera interpretación el sentido de los indicadores sociales muestra un anclaje fundamental en el esquema que ya habíamos avanzado: una relación compleja de tipo significativo-significado o indicio-revelación, que va desde lo empíricamente observable a lo conceptualmente relevante. Nótese que esto no implica necesariamente que la relación entre indicador-indicado (o entre signo y significativo) diste de ser compleja, o pueda asumirse en términos fácilmente abarcables. Como el propio Critto señala, parte de la complejidad reside en el hecho de que el obstáculo a remontar en la búsqueda de la relación entre conceptos y observaciones, viene en el intento de establecer una relación entre dos mundos de naturaleza muy diferente: por una parte la dimensión, universal por su contenido, donde teóricamente se puede hacer entrar un número infinito de hechos concretos observables y, por otra parte, el hecho observable, único por su contenido, que es susceptible de entrar en un número ilimitado de dimensiones, de tal manera que la aparente incoherencia –o complejidad- de los hechos observables obedece a un orden general subyacente, aquel que trata de identificarse a través de la actividad teórica.

Sin embargo, podemos ir poco más allá antes de encontrarnos con profundas disensiones en torno al tema de la definición<sup>79</sup> de lo que es un indicador social. Efectivamente, viene a ser una constante el señalar que no existe una definición precisa, compartida al menos, de lo que es exactamente un indicador social<sup>80</sup>. El análisis de la literatura

79. Entendemos aquí que el análisis de las definiciones de un determinado concepto va mucho más allá que la simple recopilación de descripciones sobre el mismo y el resultado, desde luego, es mucho más significativo para entender la imagen que los científicos construyen de su campo de estudio. Parece razonable recordar aquí las palabras de Mario Bunge (1985: 139) cuando afirma que con la definición “se introduce formalmente un nuevo término en algún sistema de signos (como el lenguaje de una teoría) y se especifica en alguna medida la significación del término introducido”. Definiendo conceptos, por tanto, no se describe el mundo real, o no sólo, se construye así la ciencia y se producen elementos más o menos innovadores en el contexto de las teorías científicas.

80. Si bien para algunos autores esto no es un inconveniente, sino un acicate para la reflexión teórica y la permanente actualización de los distintos paradigmas que sostienen la investigación social. Puede consultarse a este respecto la argumentación de Carley (1981) alrededor de la idea de que el proceso “definicional” causa un ciclo de examen crítico de los conceptos esenciales que afectan a la ciencia social, generando de esta manera un avance del conocimiento científico.

sobre indicadores sociales arroja una cierta disimilitud a la hora de entender qué es un indicador social, lo que se traduce en múltiples definiciones. Ante este panorama no es extraño que José Antonio Carmona, uno de los primeros autores en escribir sobre el tema en la sociología española, afirme que no ha existido una preocupación por definir en términos de rigor científico lo que se entiende por “indicador social”, dado que ha sido preferible sustituir este esfuerzo por una labor de adaptación flexible a las necesidades y finalidades perseguidas por los que los han utilizado, favoreciendo lo que él llama una mentalidad de “un autor, una definición”, sobre todo en los primeros momentos de desarrollo del instrumento (Carmona, 1977: 27). Ciertamente, la variedad en las definiciones de indicador social es amplia, pero no tan diversa como parece sugerir la afirmación de Carmona, dado que podemos asumir que la diversidad es un reflejo de los diferentes paradigmas que actúan tras la práctica investigadora, orientando ésta a través de la definición de conceptos, el marco de interpretación, la metodología y el uso que se hace de los indicadores sociales (Stafford, 1978).

Parece existir un criterio latente bajo estas diferencias que nos lleva a identificar dos grandes grupos de definiciones: el de las definiciones “normativistas”, que como veremos ocupó un lugar central en lo que hoy conocemos como “el movimiento de indicadores sociales”, y el de aquellos autores que, partiendo de una concepción más limitada, formulan definiciones más cercanas al polo de lo puramente metodológico y/o técnico identificando los indicadores sociales meramente como instrumentos de conocimiento de la realidad social. Retendremos la denominación de *evaluativa*<sup>81</sup> para hacer referencia al primer grupo de autores y nos referiremos al segundo como explicativa, para poder agrupar las distintas definiciones y crear así un esquema coherente que nos lleve a identificar los criterios latentes que subyacen a las distintas concepciones de la naturaleza, uso y función de los indicadores sociales. La idea es que la diversidad de maneras de concebirlos no es tanto fruto del carácter azaroso o caprichoso de los distintos autores, sino de la existencia de distintos paradigmas subyacentes que explican aspectos diversos como el papel del científico social en el problema del progreso social, la naturaleza de los indicadores sociales y su lugar en el conjunto de técnicas de investigación social o el debate en torno a su imbricación con la acción política, a la par que otros muchos.

---

81. Ciertamente, lo conveniente sería aplicar la denominación de “normativista” a esta forma de atender los indicadores sociales, puesto que esta aplicación normativa está en la raíz misma de su formulación. Sin embargo, como se verá más adelante, existe consenso en torno a la denominación de “normativista” para cierto paradigma dentro del propio movimiento de indicadores sociales. Para evitar la confusión, por tanto, y ofrecer un criterio claro y distintivo, hemos optado por el calificativo que se menciona en el texto, que no obstante hace referencia a ese mismo carácter normativista y valorativo que se asocia al uso de indicadores sociales.

82. El mismo autor parece sugerir que, lo que en apariencia serían dos concepciones metodológicas diferentes sobre los indicadores sociales, son en realidad dos puntos de vista encontrados en torno a la utilidad de los mismos y su papel en proceso del conocimiento científico y las tareas propias del gobierno de la sociedad. En última instancia, se comparte una misma identificación del instrumento como vía indirecta de acceso a los fenómenos sociales, si bien se adoptan posturas diferentes a partir de este punto: el énfasis en la necesidad de recopilar información estadística destinada a objetivos políticos de ingeniería social conduce a una interpretación normativa de los indicadores, mientras que si se pretende incrementar el conocimiento sobre las condiciones de vida, el cambio social y otros aspectos sociales el enfoque será predominante descriptivo y/o explicativo (Land, 1983: 10-11). A parecidas conclusiones llega Carley (1981: 32) al diferenciar los términos: “contabilidad social” e “informe social”.

83. La cursiva es nuestra.

De alguna manera, esto supone aceptar la existencia de una divergencia profunda en torno al tema, lo que ha llevado al profesor Casas (1997: 15) a colegir que el concepto de indicador hace referencia a “una manera de aprehender la realidad, o aún más, a un estilo epistémico que ha interesado y ha sido estimulado tanto por responsables de grupos humanos (políticos, técnicos de administraciones públicas y tecnólogos sociales en general) como por investigadores y teóricos de la ciencia, pero de forma diferente y, a menudo, ignorándose recíprocamente”. En última instancia, las diferencias existentes entre la visión evaluativa y explicativa referida al campo de los indicadores sociales constituyen una trasposición en el terreno de la actividad científica de las que se entiende son las dos grandes motivaciones que subyacen al uso de dichos indicadores, esto es, el deseo de disponer de un conocimiento científico más preciso de la sociedad al tiempo que se propugna una acción más racional sobre las estructuras y la dinámica del sistema social (Cazes, 1970). Aunque resulta obviamente discutible la manera en que ambas motivaciones se relacionan, el peso de cada una de ellas en el conjunto del trabajo con indicadores sociales y, sobre todo, la medida en que son parte constituyente de todo sistema de indicadores sociales o, más bien, aplicaciones de los mismos que pueden ser ubicadas en momentos distintos del proceso integrado que lleva desde el diseño de los indicadores a su aplicación y posterior uso como guía de la acción política. En este punto radica, como veremos más adelante, el origen de la confusión terminológica que afecta a los indicadores sociales en el conjunto de la investigación sociológica. De una manera parecida, y subrayando de nuevo esta doble vertiente (acción política/conocimiento científico), se expresa uno de los mayores representantes del desarrollo de los indicadores sociales en los Estados Unidos, indicando la existencia de dos usos diferenciados: por un lado el sentido de análisis de políticas concretas, por otro, el de la mejora del conocimiento y descripción de la realidad social<sup>82</sup> (Land, 1983: 1).

*Two conceptions of how social indicators are to be interpreted and used are discussed: one, which emphasizes the policy-analytic uses of social indicators, presumes that the proper relationship of social indicators to social policy occurs at the level of operating or managing organizations; the other which emphasizes the uses of social indicators in social reporting, presumes that the proper role of social indicators is public enlightenment and the formation of general as opposed to operational policy<sup>83</sup>.*



**Tabla 13. Concepciones principales en el campo de los indicadores sociales**

Evaluativa	Explicativa
<ul style="list-style-type: none"><li>-Añade carácter normativo.</li><li>-Macroscópica o macrosocial.</li><li>-Estudio preferente del problema del progreso social, la calidad de vida y el bienestar.</li><li>-Orientada a la intervención política y la planificación social.</li><li>-Basada en la suposición de la existencia de un consenso social en torno objetivos sociales deseados.</li><li>-Carácter dinámico / función de anticipación de problemas sociales (pronosis).</li><li>-Presentación preferente alrededor de series temporales en variables institucionales y/o demográficas.</li><li>-Estudio preferente de la consecución de objetivos sociales y políticos (output) sobre el estudio de los medios (input).</li></ul>	<ul style="list-style-type: none"><li>-Analítico-descriptiva</li><li>-Micro / Macrosocial</li><li>-Aplicada a aspectos diversos de la realidad social y grupos sociales.</li><li>-Función de mejora del conocimiento de la realidad social, secundariamente aplicación política.</li><li>-Énfasis en el proceso técnico de operacionalización de dimensiones teóricas o conceptuales complejas.</li><li>-Función de descripción de los sistemas sociales, parcelas concretas de la realidad social y condiciones de vida de grupos y colectividades.</li><li>-También función analítica e interpretativa</li></ul>

FUENTE: Elaboración propia

En lo que respecta al bloque de definiciones que hemos llamado *evaluativas*, estaría constituido por un conjunto de apreciaciones sobre los indicadores sociales que tiende a elevar su rango más allá de los procedimientos puramente metodológicos, atribuyendo a éstos, desde el mismo momento de su formulación, un carácter normativo –evaluativo o valorativo en torno a conceptos como “progreso”, “bienestar” o “calidad de vida”- e incluso predictivo. Esto redundaría en una conexión “fuerte” con los mecanismos de intervención política sobre la sociedad, hasta el punto de que puede ser complicado averiguar dónde se sitúa la frontera entre la labor del político y la del científico social. Resulta frecuente, desde este punto de vista, que se ofrezca una visión muy restrictiva de los indicadores sociales en la medida que: a) se limita el tratamiento de la información, que en según qué autores debe estar siempre referida, por poner un caso, a resultados de objetivos políticamente definidos (más que a recursos empleados en alcanzarlos) o bien presentada siempre en series temporales que permitan la aseveración en torno a la idea de dónde se está y hacia dónde se va, y por otro lado b) se limita el uso de los indicadores sociales de manera casi exclusiva al tratamiento y medición de problemas sociales relacionados con el bienestar social y la calidad de vida, vinculando éstos a los indicadores desde el momento mismo de su definición. Se combina esta visión limitada del uso de indicadores sociales como instrumento de análisis de la realidad social con una atribución muy generosa de capacidades de pronosis y de guía racional para la acción política. Tenemos, por tanto, un esquema claramente evaluativo o normativo con vocación macroscópica o macrosociológica (una cualidad no siempre

advertida pero igualmente significativa), en el que los indicadores son sólo instrumentos de análisis sociológico en la medida que contienen el carácter instrumental que posibilita su uso como “brújula” de progreso y bienestar (responden a las preguntas: ¿dónde estamos? y ¿hacia dónde vamos?) y como guía en la formulación de políticas concretas y grandes líneas programáticas de intervención social, dirigidas nuevamente a la consecución del bienestar social. En definitiva, como describe María Luisa Setién (1993: 39), podríamos incluir aquí las definiciones que identifican a los indicadores sociales con las medidas que indican la dirección correcta-incorrecta sobre algún aspecto sobre el que, de antemano, existe consenso<sup>84</sup> respecto de su bondad para el bienestar de la sociedad. Igualmente, a aquéllas que comparten alguna de las características restrictivas mencionadas anteriormente.

La definición seminal de la que proviene esta corriente parece ser aquella de Raymond Bauer que está en el origen mismo del así llamado “movimiento de indicadores sociales”, y que aquí es citada en su literalidad (Bauer, 1966: 1):

*social indicators –statistics, statistical series, and all other forms of evidence- that enable us to assess where we stand and are going with respect to our values and goals, and to evaluate specific programs and determine their impact.*

Vemos cómo el aspecto determinante en la definición de lo que son los indicadores sociales viene dado por su capacidad para informar de “dónde estamos” en relación a valores y objetivos predefinidos, de ahí el interés normativo y su conexión con el terreno de la acción política. Es obvio que tal definición enraza en una visión tecnocrática del bienestar y de la relación del científico con el progreso social. La sociedad es una nave en marcha que tiene en la acción política su piloto, pero que sólo mantiene el rumbo prefijado si se pone en marcha un sistema de oteadores (científicos sociales) que informen de la posición y la dirección de ésta en relación al lugar que se ha fijado como destino. No resulta extraño, por tanto, que se nos informe de que (Bauer, 1966b: 19):

84. El hecho de que verdaderamente exista un “consenso” sobre cuestiones como la “calidad de vida” o el “bienestar” es, de por sí, discutible, por la ambigüedad que supone interpretar como “consenso” lo que, desde una perspectiva crítica, puede ser entendido como un reflejo de las preconcepciones de la sociedad características de los grupos dominantes de la misma –véase Nectoux et al. (1980)-. Igualmente, se desliza la idea de que son entidades equivalentes hablar de “consenso social” y “consenso político” ya que es este último al que se refieren, en realidad, los autores involucrados en la perspectiva normativista de los indicadores sociales.

*The purpose of social indicators is not primarily to record historical events but to provide the basis of planning for future policies (...) Data series then become the basis for reassessment of these anticipations.*

Cerrando así el círculo que va desde la formulación de objetivos políticamente prefijados al diseño de indicadores que midan el grado de consecución de dichos objetivos y que, en una última fase de prognosis, contribuyan a establecer escenarios de futuro en torno a los mismos, puesto que son la base de la planificación de las políticas futuras que pretenden anticiparse a los problemas sociales generados por el cambio social.

Algunas de las características antes citadas están presentes también en otra de las definiciones que, con el paso del tiempo, se han convertido en uno de los lugares comunes de la literatura sobre indicadores sociales, la del proyecto DORIS, que define los indicadores sociales como “la medida estadística de un concepto o de una dimensión de un concepto o de una parte de aquélla, basado en un análisis teórico previo, que sirva para describir el estado de la sociedad y la eficacia de las políticas sociales” -citado en Carmona (1977: 30).

Otros autores retoman esta línea evaluativa en la definición de los indicadores sociales. Así, podemos citar dentro de esta misma tendencia generalizada a atribuir poder normativo y/o predictivo a los indicadores sociales a Jura (1979: 10) cuando afirma que los indicadores sociales para un terreno particular son estadísticas sociales que responden a tres objetivos: medir el estado de evolución de los elementos característicos de un campo o dominio, medir la eficacia de las políticas sociales llevadas a cabo por gobiernos y servicios establecidos por las administraciones y, por último, determinar los factores claves que son el origen de los cambios en el campo o dominio social, esto es, “la mesure statistique d’un concept, reposant sur une analyse théorique préalable, qui sert à décrire l’état de la société et l’efficacité des politiques sociales”.

También Bernard Cazes (1972: 14) define los indicadores sociales como una medida de un fenómeno social de carácter transeconómico –esto es, no equiparable a una medida indirecta de fenómenos sociales a través de magnitudes meramente económicas- siendo ésta normativa (ajustada a fines) e integrada en un sistema consistente de información.

De manera mucho más escueta y también más difusa se han definido los indicadores sociales simplemente como “series temporales de variables demográficas o institucionales”, de tal manera que el indicador aparece asociado, fundamentalmente, a la representación e indexación del grado de desarrollo institucional de una comunidad y de sus condiciones de vida, o simplemente constituye una variable en un modelo temporal (Spilerman, 1975: 382).

Más recientemente Wolfgang Zapf (2000), otro de los destacados representantes del así denominado “movimiento de indicadores sociales”, escribe que los indicadores sociales no son más que estadísticas sociales que difieren de la estadística normal en que: deben medir productos o resultados [outputs] más que recursos o entradas del sistema [inputs]; deben referirse al bienestar individual y no a la actividad burocrática; deben informar sobre el cambio, siendo presentados en forma de series temporales; y deben ser formulados dentro de un contexto teórico, existiendo una relación causal clara entre el indicador y lo indicado.

La sociología española no ha permanecido ajena a esta corriente que vincula el uso de indicadores sociales con la medición de las condiciones de vida de la sociedad en un sentido normativo, estrechamente ligado a la formulación de políticas sociales basadas en objetivos políticamente prefijados. Así, no es extraño encontrar en una de las primeras publicaciones que aparecieron en nuestro país en torno al tema, el tomo que recoge las distintas propuestas que la Fundación FOESSA escogió para la formulación de un sistema de indicadores sociales aplicable a la sociedad española (FOESSA, 1967), afirmaciones como las de Amando De Miguel (1967: 18):

*Es justamente el tema del cambio y el conflicto en una sociedad, la preocupación por controlar esos procesos y reducir al mínimo sus costes lo que hace que la cuestión de los indicadores deje de ser un puro juego teórico. Deja paso a la idea de “indicadores sociales”, es decir, aquellos aspectos de la observación de una sociedad global, cuya medición incide significativamente en la toma de decisiones de los planificadores (...) Se trata, en otras palabras, de la utilización científica de datos observables con un fin aplicado.*

Diez años después, prendida ya la mecha de la interpretación normativa y evaluativa de los indicadores sociales en el conjunto de la teoría sociológica española, encontramos la definición de los indicadores sociales como meros objetos instrumentales. Pero no en el sentido de la instrumentalidad de las herramientas metodológicas, sujetas a la finalidad última de conocer un objeto de estudio, sino referido a la instrumentalidad que produce la sujeción a un determinado sistema político y a la práctica institucional de la puesta en marcha de políticas sociales que se plantean desde un punto de referencia normativo con el objetivo de intervenir guiando, o al menos anticipando, las transformaciones sociales. Así, Carmona (1977: 84) describe los indicadores como:

*La redes que se tienden para coger los pescados que se necesitan. Pero valen lo que vale el sistema socio-político que los utiliza. Siendo instrumentales dependen del uso que se haga de ellos. Incluso convertidos en normas, seguirán subordinados a la norma fundamental que constituye el proyecto político global de una sociedad*

Curiosa identificación de un instrumento metodológico que hace depender la validez del mismo no de su adecuación a la misión que se le encomienda, que es la de describir o medir determinados fenómenos sociales, sino del punto de referencia normativo del que emanan y del uso aplicado que finalmente tienen los indicadores, no ya como medios de conocer la realidad social, sino como fuentes de información que legitiman la intervención política sobre dicha realidad social. Como vemos, en ocasiones es difícil romper el nudo gordiano que se esconde tras esa doble ramificación del uso de los indicadores sociales, la de su aplicación política y la de su valor como instrumento científico de análisis de la realidad social, tanto que puede ser tarea irresoluble el intentar distinguirlas.

Con frecuencia es ese mismo valor normativo no una consecuencia de la formulación de indicadores, sino la cualidad misma que convierte al simple “dato” estadístico en indicador. Así al menos lo expone el profesor Salustiano Del Campo (1972: 17) cuando afirma que la propia selección de los indicadores se realiza atendiendo, en líneas generales, a los

objetivos de la sociedad, de tal manera que “las estadísticas no se cualifican como indicadores sino cuando tienen interés normativo directo”<sup>89</sup>.

No es ningún secreto que esta concepción evaluativa de los indicadores sociales ha sido la preponderante en el conjunto de la sociología y que a esta preponderancia se debe el hecho de que las publicaciones, seminarios y encuentros dedicados al tema genérico de los indicadores se hayan multiplicado, otorgando a los indicadores sociales el estatus, un tanto irreal, de instrumentos metodológicos privilegiados para el conocimiento de determinadas parcelas de la realidad social, en especial aquéllas relacionadas con los contextos sociales del progreso, el bienestar, y la calidad de vida y el cambio social. El interés concedido desde los años sesenta a los problemas relacionados con el desarrollo de los Estados del Bienestar y su correspondiente acción política sobre el bienestar de los ciudadanos, puede estar en la base de la rápida expansión de esta forma concreta de entender qué son y para qué sirven los indicadores sociales. Esto hace que existan dos grandes puntos de énfasis que distinguen esta visión de todas las demás: el acento que se pone en la necesidad de un dinamismo en la medida descriptiva de la sociedad, muy superior al que de hecho las ciencias sociales presentan y, por otra parte, la importancia que recae sobre la relevancia política de los indicadores sociales (Campbell et al., 1972).

Por otra parte, es justo señalar que, paralelamente a este proceso de consolidación del uso de los indicadores sociales con un interés normativo y global, no han sido pocas las voces que se han alzado para criticar una manera de entender el estudio de la realidad social que, a su juicio, podría sentar sus bases sobre una confusión de partida que afecta a la propia concepción del instrumento, esto es, los indicadores. Parte de esta reacción crítica se ha centrado en denunciar un falso objetivismo y cuantitativismo que deja fuera parcelas importantes de la vida social por analizar, como si todo aquello que no pudiera ser cuantificado e indexado simplemente no fuera relevante. En otros casos, la crítica ha sido la de la sustitución del debate teórico, fundamental en el desarrollo de la disciplina, por una serie de consideraciones que no van más allá de problemas técnicos en la selección, formulación y posterior interpretación de indicadores e índices. Por último, parece claro que el interés normativo de los indicadores no es ni una condición necesaria ni suficiente para formular indicadores sociales que permitan la descripción y el análisis

de la realidad social, de la misma manera que, como herramientas útiles a la investigación, los indicadores son susceptibles de ser utilizados para el análisis de múltiples parcelas de la realidad social y no sólo aquéllas que tienen un interés directo en el ámbito de la acción política, de la misma manera que pueden adoptar formas diferentes en lugar del rígido corsé que las primeras definiciones evaluativas proponen (series temporales, referidos a productos u objetivos, variables institucionales o demográficas, etc.).

Más concretamente, la crítica principal se dirige hacia el supuesto carácter eminentemente normativo de los indicadores sociales, así como hacia la idea de que éste deriva de la propia naturaleza del instrumento y su aplicación a la sociedad. Desde un punto de vista más contenido, pero también más riguroso, es conveniente reconocer que en realidad no hay nada en la definición técnica de un indicador social que conduzca forzosamente a relacionarlo con la expresión de un aspecto de la buena o mala salud de una sociedad, lo cual nos lleva a asumir que los indicadores sociales no son, por naturaleza, normativos, sino que adoptan esta cualidad por la existencia de un deseo o una demanda expresa de medición e intervención sobre determinadas situaciones sociales (Cazes, 1972)<sup>83</sup>. De este modo, lo que en principio parecía ser un elemento constituyente situado en el núcleo mismo de la construcción de la definición del instrumento, en realidad puede ser considerado el reflejo de su adecuación a un objeto de estudio concreto –la medición del bienestar y la calidad de vida–, en modo alguno el único. Objeto en cuya delimitación entran importantes consideraciones referidas a las preconcepciones sobre la sociedad “deseable”, aquélla que sirve de guía a la intervención política, que se alejan mucho de la pretendida objetividad y neutralidad axiológica que parece insinuarse en algunas de las definiciones de indicadores sociales que hasta ahora hemos traído a este texto<sup>84</sup>. A todo ello deberíamos añadir, sin duda, una importante limitación. Lo cierto es que la interpretación del resultado de índices e indicadores, por más que éstos hayan sido el resultado de una exhaustiva selección objetiva y se hayan aplicado con el mayor rigor metodológico, deviene siempre un ejercicio arriesgado por la ambigüedad que se asocia a dicho resultado. Dicho de otra manera, una de las principales limitaciones en el uso de indicadores sociales es la ambigüedad de su significado, lo cual impide una interpretación unívoca (Delors, 1971; INE, 1991). Conviene, por tanto, no confundir el resultado de aplicar un instrumento metodológico a la realidad social con la realidad social misma, o de atribuir un carácter de inmanencia y estabilidad a lo que es, por definición, inestable y sujeto a interpretaciones alternativas. Puede objetarse, qué duda cabe, en qué medida puede atribuirse un carácter normativo firme a un instrumento que resulta, inevitablemente, ambiguo en su interpretación.

De este modo, podemos estar de acuerdo con el profesor Torregrosa (1972: 162) cuando afirma que toda propuesta de indicadores sociales radica, en última instancia, en algún tipo de esquema conceptual (incluyendo éste los presupuestos teóricos de partida sobre los que se formulan los indicadores y alguna predefinición de la realidad). De ello se desprende que el conocimiento de la realidad social a través de indicadores sociales no es una aplicación “fría” de un instrumento de medición sobre un objeto en el que el investigador no aparece

83. La cursiva es nuestra.

84. Nótese que la afirmación, de hecho, procede de uno de los autores que se sitúan dentro de la perspectiva evaluativa de los indicadores sociales (la cursiva es nuestra). Por otra parte, no ha sido Bernard Cazes el único autor inscrito en el “movimiento de indicadores sociales” en señalar el problema de la aquiescencia en torno a la atribución de un valor normativo a lo que no lo posee en sí mismo. También otro de los nombres conocidos en el campo de la investigación sobre indicadores sociales, Sir Claus Moser (1973: 135), afirma en el momento de auge del movimiento que dicho carácter normativo no es un producto de los indicadores como tal, sino del contexto político en el que se utilizan, así: “it is often argued that a major distinguishing feature of social indicators is that they should be normative, in the sense that a move in a particular direction could be said to be ‘good’ or ‘bad’. Here it is necessary to distinguish between the indicator as a statistic and the context of its use. It is the latter which confers upon the indicator any normative character” (la cursiva es nuestra).

91. En ocasiones, el debate en torno a la posible interpretación normativa de los indicadores parece una reedición, tan sólo, de aquel viejo dilema que Weber (1993) planteara en El político y el científico, referido al tipo de vínculo complejo que caracteriza la relación entre conocimiento y acción política.

implicado, sino un ejercicio de preconcepción de lo social. Es por ello que “los indicadores no sólo descubren lo que es la realidad social, sino también, y en gran medida, una preconcepción de lo que la realidad social es”, una manera, en suma, escogida de entre todas las posibles, de mirar a la sociedad. Esto, que no invalida la investigación sociológica mediante indicadores como tal, sí supone un importante aviso en torno a las pretensiones de establecer sistemas objetivos de “contabilidad social” que se conviertan en hegemónicos por pretender ser de naturaleza más objetiva o científica.

Igualmente podríamos preguntarnos, toda vez que sabemos que desde una perspectiva evaluativa la calidad de vida y el bienestar parecen ser los temas centrales de investigación a través de los indicadores sociales, si éstos son conceptos que puedan definirse fácilmente de manera objetiva, o al menos sobre los que pueda lograrse un consenso suficiente en torno a la conveniencia de tomarlos como guía teórica de la investigación. Sin desmerecer el objetivo general de contribuir al bienestar de las poblaciones humanas, algunos autores parecen desconfiar de que esto sea posible, en la medida que nuestro concepto del progreso social y de la mejora del bienestar no ha sido formulado in abstracto, sino sobre las bases de un sistema económico y social concreto que no se pone en cuestión. Así, se plantea crudamente el ya viejo problema en las ciencias sociales de la neutralidad axiológica del conocimiento, dado que no ha faltado quien denuncie que “los indicadores sociales, frecuentemente promocionados como un registro neutral de la situación de individuos y grupos, reflejan de hecho ideologías y visiones particulares del mundo” –en nuestro caso, los sistemas de “contabilidad social” basados en indicadores sociales describirían la realidad social desde un punto de referencia ideológico concreto, y no desde un postura basada en la ausencia de pre-nociones a la hora de formular los objetivos sociales, aquél que se relaciona con las demandas de un sistema económico de mercado (capitalista)-. Un hecho que tiene una consecuencia directa que afecta a la relación entre investigación y acción política: al tiempo que medidas más eficaces que los datos meramente económicos del progreso y bienestar social, los indicadores sociales pueden convertirse también en instrumento de planificación y, por tanto, de control social (Nectoux et al., 1980). La imbricación de la planificación con los valores particulares que animan la acción política es demasiado estrecha como para considerar que ésta se desenvuelve exclusivamente en el terreno de la intervención aséptica y avalorativa. Volvemos, de este manera, al problema epistemológico de las condiciones de producción del conocimiento, del que no escapan los indicadores sociales. Es justo conceder, por tanto, que sin las ideas de valor del investigador no existiría ningún principio de selección temática ni un conocimiento sensato de la realidad individual, Weber dixit (1984: 153). De esta manera, todo conocimiento científico-cultural podría estar ligado, en última instancia, a premisas de carácter subjetivo (por ejemplo, incrustadas en los criterios de selección de los indicadores sociales o en el número de dimensiones relevantes en que se descompone un concepto para hacerlo operativo), y esto constituye una seria limitación a las pretensiones de constituir un núcleo de ciencia “fuerte” y objetiva, a los intentos de imponer los indicadores sociales como herramienta metodológica privilegiada.

Por último, no ha faltado quien ha objetado que la excesiva importancia atribuida a las posibilidades de la medición de fenómenos sociales y la reducción del análisis de la realidad social al estudio de aquellos fenómenos de la misma que son susceptibles de cuantificación, representa en realidad una seria limitación a la profundización y el desarrollo de la sociología, en tanto en cuanto tiende a hurtar el debate teórico sustituyéndolo por otro de carácter meramente técnico y operativo. Expresa así Carlos Moya (1972: 180) una nueva crítica a los indicadores sociales en su vertiente evaluativa, la de hacer posible “la reducción metodológica de la teoría sociológica a la teoría de las unidades de observación y las pseudovariables definibles en términos de índices numéricamente ponderables”. Se olvida, o se arrincona en el proceso de operacionalización de conceptos y variables, que los indicadores sólo tienen sentido en función de un principio de significatividad –el mismo del que hemos hablado al comenzar este capítulo- que establece una relación acorde entre el indicio y lo que es indicado y los convierte, por tanto, en contingentes desde el mismo momento en que esa relación ha de ser demostrada. Un indicador es, básicamente, el fruto de una operación de reducción desde la magnitud general del concepto a la construcción del indicio observable, la variable empírica que lo señala. En la investigación con indicadores sociales, dirá el autor, no se respeta este principio desde el mismo momento en que tiende a descuidarse el marco teórico de la investigación en favor de la replicación de estudios y la búsqueda de continuidad con hipótesis previas, así, “lo que se cuestiona, en principio, es la precisión del indicador y, sólo secundariamente, su grado de representatividad, descuidándose prácticamente el problema de su representatividad”.

Entendemos, por tanto, que en la visión evaluativa de los indicadores sociales, que viene a constituir el grueso de la investigación sociológica en indicadores sociales por su magnitud y difusión, se produce un problema al definir o tratar de definir objetivamente el propio instrumento. Dicho problema consiste en situar en el mismo punto de arranque de la investigación una definición de los indicadores sociales que ha sido construida sobre el solapamiento de dos dimensiones diferentes: aquélla que se refiere a las condiciones y prescripciones metodológicas del instrumento o herramienta de acceso a la realidad social, el/los indicador/es, y la que corresponde, más bien, a la definición del rango funcional de los indicadores sociales que establece la utilidad de su uso y su aplicación potencial en el estudio de la realidad social, incluyendo la vertiente de acción política y de planificación social. Esto supone una superposición continua de la visión científico/metodológica con la pragmática, ajustada a fines políticos, que en nuestra opinión induce a confusión desde el mismo momento en que deberían contemplarse separadamente. Obviamente, deriva o se deduce de esto que no existe una definición consolidada de lo que son los indicadores sociales (lo hemos visto al comienzo: “un autor, una definición”), siendo esta carencia sustituida por el desarrollo de una metodología ad-hoc, de carácter eminentemente pragmático; como consecuencia se produce un fondo teórico diverso que no apunta respuestas unívocas a preguntas importantes que aluden tanto a la naturaleza de los indicadores como a la utilidad de su aplicación .



En estas condiciones, surge pronto un cierto descontento con este paradigma dominante de los indicadores sociales que acabará provocando una cierta reacción dentro del mundo de la sociología y disciplinas afines. El profesor Ferrán Casas denomina a este giro en el uso de los indicadores sociales, de manera un tanto hiperbólica, un “activismo sociológico” (Casas, 1989: 38):

*Captamos un cambio “implícitamente consensuado” en el sentido atribuido originariamente a los “indicadores sociales”: dejan de ser exclusivamente “indicadores macrosociales”, para empezar a referirse también a fenómenos sociales de alcance más reducido o parcial (...) la reflexión sobre el concepto de “calidad de vida” había tenido que ceder ante un verdadero “activismo sociológico”.*

Habrá que reconocer que el eco de esta nueva orientación teórico-metodológica en la investigación con indicadores sociales ha sido muy reducido si la comparamos con la perspectiva evaluativa, pero es significativa su irrupción en la literatura sociológica, en la medida que abre paso a lo que hemos denominado la perspectiva explicativa de los indicadores sociales. A diferencia de la anterior, no podemos identificar esta perspectiva con un “movimiento” o “colectivo” que asuma tal etiqueta, sino con la aparición esporádica en las publicaciones del género de intentos de aportar una visión diferente al problema de los indicadores sociales.

Desde este punto de vista, la caracterización del indicador es breve: “un instrumento útil para aproximarnos al conocimiento de algún fenómeno empírico” (Casas, 1997: 114). La razón de su uso radica en la multitud de conceptos teóricamente relevantes pero no directamente observables o contrastables empíricamente que los científicos sociales usan en la investigación de la realidad social. Así, la naturaleza y función del indicador radican en las propias características que definen el problema de la medición en el contexto de las ciencias sociales, entendida ésta como la transformación de las observaciones empíricas en resultados cuantitativos con objeto de usar estas cifras resultantes bien en un cálculo simple, bien como indicios de conceptos subyacentes, buscando así desvelar: 1) la presencia o ausencia de alguna cualidad del objeto sobre el que se realiza la medición, 2) reflejando el orden del objeto en función de la magnitud de alguna cualidad o también 3) reflejando directamente la cantidad de estas cualidades (Rossi, 1998: 149). Los indicadores sólo pueden ser abordados en tanto que medidas indirectas de dimensiones conceptuales a las que no se puede acceder directamente, atribuyendo un significado teórico a la observación que tiene como referente último dichas dimensiones.

Cabe preguntarse entonces cuál es el papel que queda para los indicadores en el esquema general de la actividad científica y la acción política. Si desde la perspectiva evaluativa parecía existir una cierta confusión en torno al carácter normativo y de guía a la decisión política y la función de los indicadores como instrumentos de conocimiento científico, que aparecían estrechamente unidos, en este caso el énfasis se va a poner en la adecuada distinción entre estas dos vertientes de aplicación del instrumento. Como afirma Kenneth Land (1983: 10) podemos considerar a ésta una perspectiva alternativa que asume que el papel de los indicadores es el de esclarecer o ilustrar (enlightenment) las condiciones en las que se

desenvuelve la vida social y la comprensión del cambio social, a) contribuyendo a describir las tendencias sociales, b) explicando los cambios en las series temporales de indicadores y cómo esto debe afectar a su interpretación, y c) sugiriendo las posibles consecuencias atribuibles a estos cambios. Esto ha posibilitado el planteamiento de objetivos más modestos en lo que a la investigación se refiere, en la medida que se antepone el momento de producción de conocimiento al de la aplicación del mismo en la previsión y anticipación de las consecuencias del cambio social, pero sobre todo ha arrojado definiciones más precisas del instrumento. Por ejemplo, se ha prescindido de las alusiones a la normatividad de los indicadores, no porque ya no se confíe en ellos como herramientas de la decisión política, sino precisamente porque se reconoce su carácter puramente instrumental. Se sigue reconociendo, no obstante, que los indicadores sociales tienen un papel primordial al proveer elementos cifrados (cuantificados) objetivamente que permiten describir la realidad social de una colectividad, permitiendo el resumen de un conjunto de fenómenos complejos en cifras comparables en el espacio y en el tiempo (Antoine, 1970).

En esta línea, Critto (1979: 368) entiende por indicadores sociales aquéllos que establecen una relación entre las observaciones y las dimensiones apropiadas para favorecer la comprensión de los fenómenos sociales, o que unen entre ellas las dimensiones de este tipo. Más preciso resulta Cannavó (1995: 13): según este autor puede construirse una definición “léxica” del indicador social, entendido éste como “un costrutto, operato su fenomeni o comportamenti osservabili o rilevabili, o indirettamente apprezzabili mediante simbolizzazioni o misure standardizzate, singole o aggregate, che dall’assenza, presenza o intensità di tali fenomeni o comportamenti registri la dimensione di un concetto”, en suma, un modelo simple de la dimensión conceptual que, por vía probabilística, representan. El indicador aparece, así, como “la dimensión observable de una variable teórica” (INE, 1991: 13).

Más conocida resulta la definición aportada por Elaine Carlisle (1972: 25), que reproducimos:

*A social indicator is defined as the operational definition or part of the operational definition of anyone of the concepts central to the generation of an information system descriptive of the social system.*

Al carácter descriptivo de los indicadores se añade aquí una conexión con el propio proceso técnico de operacionalización de conceptos teóricamente relevantes aunque no directamente observables ni mensurables, o lo que es lo mismo, la actividad central que plantea la investigación de la realidad social, siendo el indicador tan sólo un eslabón más en la cadena que va desde la dimensión conceptual o teórica a la observación sobre el terreno. La dimensión teórica, la imagen conceptual de los fenómenos sobre los que se investiga, aparece aquí ordenada en torno al concepto de “sistema social”, lo cual facilita la labor de operacionalización en indicadores temáticos o agrupados en función de los componentes o partes de dicho sistema. Debe ser recalcado el carácter de “significación” o de “referente significativo” con respecto a la teoría que aporta esta visión de los indicadores, estrechamente relacionado con la imagen básica del indicador –como indicio o revelación del fenómeno no directamente observable- que presentábamos al comienzo de este apartado.

Es precisamente la caracterización como medida indirecta de los indicadores lo que define la naturaleza de su producción y uso (Carley, 1981).

Así ha sido entendido también por no pocos autores en el campo de la sociología española. Incluso desde el momento mismo de la génesis de la aplicación de sistemas de indicadores sociales al estudio de la realidad social española, aparece ya la discusión sobre la pretendida normatividad de los mismos en el contexto de los problemas técnicos que representa para el sociólogo la cuestión general de la operacionalización de conceptos teóricos complejos. Díez Nicolás (1967: 194) alude a los indicadores como la “parte de un concepto, concepto que no podemos medir directamente, al menos por el momento”, asumiendo que “ningún indicador refleja total y exhaustivamente todas las dimensiones de un concepto”. En términos parecidos se expresa Antonio Medina (1967: 286), al definir los indicadores sociales como el indicio o la señal que constituye “la medida indirecta de aquello que no es directamente medible”. Más de treinta años después del primer estudio con indicadores sociales, en 1998, Lamo de Espinosa (1998: 373) aporta en la voz “indicador social” en el Diccionario de Sociología, que él mismo codirige junto a Salvador Giner y Cristóbal Torres, una definición que se acerca a una vertiente puramente técnica de la comprensión del trabajo con indicadores sociales:

*Hecho o conjunto de hechos, empíricamente observables (y usualmente cuantificables) cuya presencia /ausencia permite deducir la presencia /ausencia de algún fenómeno conceptualmente relevante (es decir, integrado en alguna teoría) y usualmente medir su grado de presencia y/o evolución en el tiempo.*

Llegados a este punto no cabe menos que preguntarnos si merece la pena sostener una escisión tan clara en cuanto a los métodos de trabajo y los presupuestos teóricos que subyacen a los mismos o si, por el contrario, será conveniente preparar una vía de integración conceptual que aúne ambas concepciones. Entendemos que, como ocurre otras tantas veces en la teoría sociológica, las distintas estrategias metodológicas y los diferentes puntos de vista teóricos que se aplican al análisis de un objeto de estudio revelan verdades parciales, es decir, aportan un conocimiento valioso de la realidad estudiada desde un ángulo concreto. Tendremos que reconocer, por tanto, refiriéndonos a las vertientes evaluativa y explicativa de los indicadores sociales, que ambas presentan ventajas e inconvenientes. El problema central, no obstante, parece ser el de la normatividad. Por un lado, parece obvio que no podemos descartar del todo los aspectos normativos asociados al contexto social en el que el propio científico trabaja y al que va destinado, en última instancia, el producto de su trabajo. Difícil será ofrecer un análisis radicalmente objetivo y/o descriptivo de la realidad social que no refleje, de alguna manera, una pre-noción a cerca de la constitución de

dicha realidad social que puede afectar, en nuestro caso, a la designación de metas u objetivos sociales, a los criterios de selección de indicadores y, qué duda cabe, a la interpretación de los mismos. Esto, en última instancia, no es algo que pertenezca exclusivamente al campo de los indicadores sociales, sino más bien uno de los problemas centrales que afectan a la actividad de los científicos sociales. Sin embargo, de otro lado podemos ver cuán dudosa es la afirmación de que los datos estadísticos sean normativos en sí mismos y la interpretación de esta cualidad sea fácil, como hemos visto que señalan incluso aquellos que la defienden, de la misma manera que será necesario subrayar el peligro de mostrar demasiado ahínco en un aspecto evaluativo que es fundamentalmente ambiguo y depende de la interpretación de estos datos<sup>85</sup>. También hemos visto a autores que señalan el escaso desarrollo de la teoría sociológica como un impedimento para estas pretensiones de normatividad, que rebajan las expectativas iniciales en cuanto a la posibilidad de que los indicadores sociales constituyan una guía objetiva para la acción política. Probablemente tengamos que concluir que no puede descartarse el aspecto normativo y evaluativo del uso de indicadores sociales, ni las implicaciones de éste en la planificación social, pero sí asumir modestamente que esté sujeto siempre a ciertas limitaciones (los problemas relacionados con la ambigüedad en la interpretación de los datos, las pre-nociones que afectan al diseño y aplicación de los indicadores, el escaso desarrollo de la teoría y el alcance limitado de las posibilidades de pronóstico de la misma, etc.).

A este respecto, encontramos, al menos, los siguientes límites a la interpretación estrictamente normativa de los indicadores:

- No todos los indicadores poseen un sentido normativo, o éste es tan reducido o difícil de interpretar que bien merecerían el calificativo de “descriptivos”, dado que básicamente resultan significativos en la descripción de fenómenos sociales y en el conjunto complejo de un sistema de indicadores sociales.

- Por otra parte, el sentido normativo no deriva del dato o indicador propiamente dichos sino de: a) las metas y objetivos definidos para un área de preocupación social, b) de la pre-concepción valorativa y/o axiológica que subyace a la delimitación de estas áreas de preocupación social y sus metas (la cual puede ser, por supuesto, discutible) y c) de la propia interpretación del dato.

- Precisamente, uno de los mayores problemas referidos al uso de indicadores sociales es su interpretación. El sentido normativo de un dato puede ser ambiguo o difícilmente interpretable.

- Por último, la normatividad debe construirse sobre un principio ineludible de fiabilidad y validez del instrumento y depende, como tal, de la calidad de los indicadores elegidos y del propio armazón teórico que explica (o debería explicar) la relación de significación entre el indicador y la dimensión conceptual –no directamente medible– a la que se refiere. No puede anteponerse ésta al rigor metodológico empleado en la elección de indicadores y construcción de índices, por más que exista un interés social evidente en recabar información sobre ciertas áreas de la vida social; de otra manera correríamos el riesgo de atribuir un sentido normativo a una apreciación errónea o no suficientemente contrastada.

85. “Interpretación”, referida a los indicadores sociales, es una palabra que denota un proceso complejo. De acuerdo con Darling-Hammond (1994) al enfrentarnos a la interpretación del resultado de la aplicación sobre la población de un sistema de indicadores sociales tenemos que tener en cuenta cuatro niveles de análisis: a) entender qué significa el valor del indicador, en qué consiste el mismo y qué diferencias en valores connota, b) entender la relación existente entre variables en un sistema de indicadores, c) atribuir causalidad y, finalmente d) extraer inferencias políticas adecuadas. Se comprende así que sea ésta una tarea extremadamente dificultosa.



En última instancia, lo que hemos venido llamando el problema de la normatividad remite a una característica contenida en el contexto social en que han nacido los sistemas de indicadores sociales tal y como los conocemos: su estrecha conexión con la dimensión política y el gobierno de la sociedad. El interés por el valor normativo de los mismos no es un aspecto desligado de la función para la que han sido concebidos, y dicha función guarda una íntima vinculación con las necesidades de planificación social e intervención política de las modernas sociedades industrializadas, como se verá al tratar la historia de su aplicación. En parte, la raíz del problema podría provenir de una sobreestimación del poder informativo de los indicadores (o de una subestimación de otros factores que tienden a reducir la importancia del papel de la información producida por los investigadores). A decir de Alan Ruby (1994):

*In the hearts of policy-makers and statisticians there is a belief that information changes things for the better. It is a belief that underpins the social sciences, Platonic conceptions of government and models of rational decision making. The improvement comes because information enhances the capacity to control, monitor and evaluate and, as a consequence, make better decisions and produce better outcomes.*

Al sobreestimar el papel preponderante de los indicadores (y la información por ellos, o a través de ellos, generada) se acentúa inevitablemente la necesidad de recalcar su valor normativo. El curso del tiempo se encargó de relativizar dicho valor, hasta el punto de que muchos vieron seriamente defraudadas sus expectativas al ver como la relación entre investigación y decisión política se distanciaba y convertía en problemática. Conforme han madurado las diferentes líneas de investigación y la experiencia de los investigadores en este campo se ha ensanchado, no ha faltado quien ha hablado de un cambio en la manera de entender el propósito final de los sistemas de indicadores sociales (Bryk y Hermannson, 1994): una mutación relevante que identifica actualmente su uso con la necesidad de contribuir a la “ilustración” [enlightenment] o esclarecimiento de las condiciones de vida presentes en la sociedad y otros aspectos de la vida social que afectan la existencia de los individuos, dejando atrás aquella primera concepción –en consonancia, por otra parte, con el optimismo vital de los años sesenta– que los hacía partícipes de una suerte de “ingeniería social” y, en última instancia, “una celebración de la racionalidad” (Ruby, 1994) aplicada al buen gobierno de la sociedad. Se relativiza así el papel de los indicadores, orientados a la detección de problemas, definición de áreas prioritarias de intervención, estimulación del debate público y, en general, a la mejora de la información destinada a un público amplio.

Nos parecen sumamente interesantes las consideraciones introducidas por Darling-Hammond (1994: 357 y ss.) a modo de guía de la relación entre el interés político y las necesidades del investigador, en la medida que, aun estando diseñadas para

el objetivo concreto de la interpretación de indicadores educativos, establecen un protocolo útil a la hora de evitar el fenómeno del solapamiento que hemos venido detectando en el análisis de las distintas concepciones de los indicadores sociales, tarea a la que hemos dedicado este primer epígrafe. La autora señala cinco grandes principios para un uso constructivo de los indicadores:

- “Los números no son suficientes”: la interpretación de los indicadores de cara a la formulación de políticas concretas debe tener presente que la información cuantitativa tiende a enmascarar la importancia de otro tipo de información, no necesariamente irrelevante. El diseño de un sistema de indicadores debería ser acompañado de una instrucción a sus usuarios sobre la importancia de tener en cuenta distintos tipos de información, especialmente cualitativa, necesaria para generar una interpretación adecuada de los fenómenos.

- “Se necesitan múltiples indicadores”: el énfasis sobre indicadores aislados conduce a la preocupación por soluciones de corto alcance o a corto plazo. Mejores políticas derivan del análisis de una gran cantidad de variables, de tal manera que se genere una imagen más comprehensiva de la situación.

- “Los sistemas de indicadores sociales deben ser, al mismo tiempo, redundantes y continuamente revisados”: si se utilizan los indicadores con el propósito de informar decisiones políticas, los individuos y las organizaciones pueden intentar modificar su conducta para tratar de influir en el resultado de dichos indicadores. Como consecuencia de este comportamiento, debemos estar preparados ante la posibilidad de que el indicador o los indicadores seleccionados devengan, con el paso del tiempo, en una medida imprecisa o no válida del fenómeno que se espera que representen.

- “Las políticas deben estar basadas en la comprensión de los cambios que afectan a los individuos y las organizaciones”: estrechamente conectada con la anterior, se afirma que los indicadores no pueden, por sí solos, resolver cuestiones estratégicas de la decisión política. Enfocar las soluciones sobre un conjunto limitado de indicadores produce soluciones a corto plazo, pero no ayuda a comprender como cambian los individuos sus respuestas o cómo les afectan las decisiones políticas, para lo cual es necesario otro tipo de información.

- “Los indicadores deben ser usados para generar una evaluación posterior, no como detonantes para la acción potencialmente contraproducentes”: deben contemplarse como el ingrediente de una formulación reflexiva de políticas y no tanto como sustitutos de una evaluación profunda y un proceso complejo de decisión política.

Será por tanto la concepción del indicador como herramienta metodológica de acceso indirecto a la realidad social, al servicio del estudio de fenómenos teóricamente relevantes –sin que esto suponga descartar la posterior aplicación del conocimiento así obtenido en la toma de decisiones políticas y en el desarrollo de líneas de intervención política–, susceptible de ser aplicado de manera flexible sobre colectivos y objetos de estudio diversos, a nivel micro y macrosocial, la que más se acerque a la propuesta de indicadores sociales que anima este trabajo doctoral<sup>86</sup>.

A lo largo de estas líneas, que han servido para mostrar la diversidad subyacente al campo de la investigación sociológica

86. Recientemente, desde similares coordenadas han aparecido varios estudios en el marco de la sociología española, como son, entre otros: Casas (1989); Instituto de la Mujer (1989), Álvarez Page (1996); Elejabeitia et al. (1999); Galante et al. (2000); Aguiar et al. (1995).

con indicadores sociales<sup>87</sup>, diversidad que se sustenta sobre una disparidad paradigmática que no siempre se muestra explícitamente, hemos presentado dos formas distintas de entender la naturaleza de los indicadores sociales a través de la propia definición del instrumento. Esta distinción constituye un hecho recurrente en lo que a los indicadores sociales se refiere, por lo que se encontrará presente de nuevo al tratar los restantes aspectos del tema que interesa aclarar, y más concretamente aquellos que se refieren a la enumeración de las funciones de los indicadores sociales, la naturaleza de la relación entre observación y teoría, la tipología de los indicadores, o sus limitaciones como vías de acceso al conocimiento preciso de la realidad social.

### 3.2. Elementos relevantes en la construcción de la relación entre teoría y observación en el campo de los indicadores

Podemos retener, pues, la idea del indicador como instrumento que señala la significación de una relación del tipo teoría-observación-teoría. Tal y como se ha señalado anteriormente, parece que, reducido a su mínima complejidad, el indicador se refiere, ante todo, a la constatación de la presencia/ausencia y evolución de una propiedad observable de la que es posible inferir el comportamiento de una determinada variable o dimensión teórica no directamente observable. Se ha dicho también que dicha relación que vincula lo observado con lo no observable, adopta la forma de la relación que se establece entre signo y significado, de tal manera que el desarrollo y aplicación de indicadores sociales podría considerarse una tarea similar a la búsqueda en el terreno de la realidad social de indicios o signos a través de los cuales obtener información significativa en relación a dimensiones más complejas o abstractas, no directamente accesibles. Parecen existir pocas dudas en torno a esto. Sin embargo, la naturaleza de la ligazón entre indicador e indicado, signo y significado, no siempre es conocida ni determinada, y puede variar desde la certeza de la ley construida en términos determinísticos a la simple suposición, tomando sólo los extremos. Significa esto que, más allá de la afirmación de la vinculación del indicador social con la dimensión a la que apunta, con frecuencia sabemos relativamente poco sobre la manera en que esta relación se

construye o su grado de precisión. Trataremos en este apartado de los elementos relevantes que deben ser tomados en consideración al analizar estas cuestiones, recogiendo algunos de los puntos de vista consolidados sobre la cuestión, planteada en términos muy generales, de la relación entre observación y teoría.

Por más que la idea señalada de que existe una relación susceptible de interpretación entre el indicio (o indicador) y lo indicado parezca sencilla, no lo es. El vínculo se establece, más bien, en términos de cierta complejidad y sin que sepamos con certeza en muchos casos la naturaleza del mismo. Las más de las veces, no es extraño que la elección de indicador venga marcada por una imagen intuitiva de esta relación, más que por un conocimiento exhaustivo de las variables que intervienen en la misma. En el mundo de las ciencias sociales, el ejemplo citado del viraje cromático en la tira reactiva parece ser más una excepción que otra cosa<sup>88</sup>. El reconocimiento de la incertidumbre que rodea el mundo de los indicadores sociales, sin embargo, no excluye un fuerte consenso en la comunidad científica en torno a la necesidad de demostrar la pertinencia teórica de los indicadores para ser considerados como tales. Parece ser la opinión de Carmona (1977) cuando afirma que, tratándose la elección de indicadores básicamente de un proceso de cuantificación indirecta destinado a identificar variables cualitativas por medio de variables cuantitativas, lo que caracteriza a éstos propiamente como indicadores es el valor explicativo de los mismos, sobre la base de una reflexión teórica. No es el único que se expresa en esta línea; tenemos también la idea de que el indicador es, ante todo, un elemento que proporciona un principio de significatividad, entendiendo que “es una relación o incluso un efecto de la propiedad de que se trata, a la cual lo unen leyes peculiares, adquiriendo su plena significatividad en un contexto relacional” (Martínez, 1972: 138). Este aspecto relacional de los indicadores es el que permite su doble naturaleza, en los términos en que lo señala Carley (1981): los indicadores sociales son, ante todo, medidas (concernientes a información que posee la particularidad de ser mensurable) con carácter indirecto (tienen sentido sólo en la medida que ayudan a “traducir” u operacionalizar conceptos sociales no directamente mensurables).

Por supuesto, el primer problema que debemos abordar es el del proceso que habilita a los datos como indicadores; dicho de otra forma, la manera en que convertimos determinados hechos o fenómenos constatables empíricamente en referentes de algún tipo de dimensión teórica o abstracta no mensurable directamente. Siendo estrictos, podríamos suponer que buena parte de la actividad que desarrollan los sociólogos caería dentro de esta categoría de medición indirecta, si bien al hablar de “indicadores sociales” tendemos a acotar –quizás erróneamente– en gran medida la acepción del término.

Se han propuesto diversas soluciones al problema de la formalización de la relación, en clave de operacionalización, entre el indicador y lo indicado. La más simple de todas es aquella que parte de la suposición de que se llega al indicador a través de un proceso simple de descomposición de la dimensión abstracta o demasiado compleja para manejarla en términos empíricos, en fragmentos de significado más simples, hasta alcanzar aquellos que posibilitan la cuantificación. Bertram Gross, uno de los pioneros de los indicadores sociales,

---

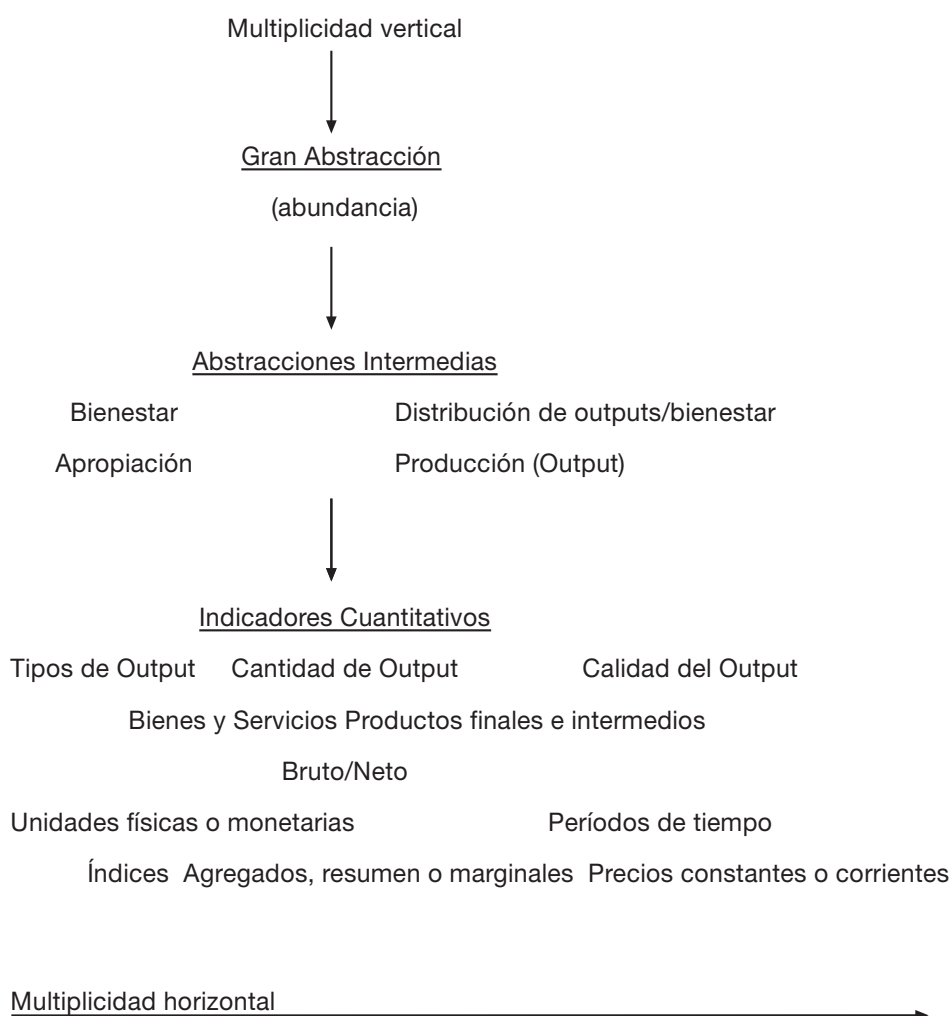
87. De hecho, esta diversidad paradigmática se corresponde a su vez con una fuerte variabilidad en la forma de su aplicación, así como en el sentido aplicado a los propios indicadores como instrumentos de indagación sobre el funcionamiento de la realidad social. Carley (1981), citando la clasificación de la Conferencia Europea de Estadística distingue los siguientes usos, al haber sido estos clasificados alguna vez bajo la etiqueta “indicadores sociales”: a) series estadísticas claves, al estilo de las que aparecen en los informes sociales nacionales, b) sistemas estadísticos comprensivos, como el Sistema de Estadísticas Demográficas y Sociales de las Naciones Unidas, c) índices compuestos derivados de la combinación de series individuales, d) series con valor sintético-representativo obtenidas a través de técnicas multivariantes y e) finalmente, series que encajan explícitamente en modelos sociales.

88. De hecho, puede ser dudoso incluso el que estemos en el camino hacia lograr un grado semejante de certeza en la relación entre lo observado y lo inferido. Véase si no, la larga lista de obstáculos que, en opinión de Cannavò (1995: 15), impedirán un proceso de estandarización en las ciencias políticas y sociales similar al operado en las ciencias naturales, entre ellas: el elevado número de variables independientes, su oblicuidad recíproca, el indeterminismo sustancial de los sistemas, la supervivencia de conceptualizaciones disposicionales y legados del “common sense”, la inevitabilidad del enfoque global, la multidimensionalidad y la falta de certeza de las reglas que ligan las variaciones del indicador en función de aquello que es indicado, en definitiva la extrema complejidad del objeto de estudio, que abre un margen muy amplio a la interpretación y la valoración del significado del indicador.

proporciona un ejemplo de este tipo de argumentación. De acuerdo con Gross (1966) es posible mirar todo el proceso de operacionalización como si de una “escalera” se tratase, cuyo recorrido bajaría desde la vaga abstracción a la información específica; a medida que descendemos, encontramos que decrece también la relevancia de los indicadores, por lo que debemos evitar concentrar nuestra atención en un único indicador, reconociendo la evidencia de la multiplicidad dimensional de los fenómenos. Éste es el precio a pagar por la posibilidad de tener un referente indirecto de las grandes dimensiones teóricas, de la misma manera que hay que

respetar un doble proceso de “multiplicidad vertical” (vinculada al movimiento ascendente hacia un mayor grado de abstracción) y “multiplicidad horizontal” (vinculada a un movimiento horizontal para cubrir adecuadamente, a través de una multiplicidad de indicadores, una dimensión teórica) para asegurarnos que la relación entre lo observado y lo indirectamente medido es correcta. El modelo completo queda esquematizado en la figura que sigue, tomando como ejemplo la medición de un concepto abstracto y complejo como es el bienestar.

**Figura 4. Modelo de Gross de “escalera de abstracción-especificidad”**



FUENTE: Adaptado de Gross (1966)

Sin embargo, no es el modelo de Gross el más conocido de cuantos intentan explicar ese proceso particular del descenso desde la abstracción a la concreción, fundamento de la construcción de la relación que permite recorrer el camino inverso, esto es: de la observación del fenómeno concreto a la inferencia teórica. Desarrollaremos aquí los dos modelos teóricos más frecuentemente citados en este sentido: a) el de la “estructura latente” y el desarrollo de indicadores de Paul Lazarsfeld<sup>89</sup> y el de b) la “teoría auxiliar” de Hubert M. Blalock, complementados en parte por la “teoría de la objetivación” de Mario Bunge.

Las primeras referencias formales al tema de los indicadores y a la tarea de la medición de dimensiones teóricas a través de propiedades observables –tan propia de la sociología, como ya se ha argumentado– datan de fecha temprana en la obra de Paul Lazarsfeld. En los años cincuenta el autor no duda en afirmar que, lejos de convertirse en un avatar excepcional en el conjunto del trabajo científico, todas las ciencias sociales se encuentran con el problema de la formulación de inferencias sobre “cosas” complejas a partir de observaciones simples, interviniendo en el proceso la idea de que obtenemos así información de ítems observados que nos conducen a un concepto “subyacente” (Lazarsfeld, 1954: 350-351). La consecuencia de este planteamiento va a plasmarse en la conocida teoría de Lazarsfeld de la “estructura latente” (Lazarsfeld, 1954: 353-354):

*On the one hand we have empirical observations of some kind. Their selection has been decided upon by the investigator, who was guided by theoretical considerations, or hunches, or previous experiences. These observations we shall call manifest data. From these manifest data inferences are to be made to a latent structure. By these terms we try to indicate what the main purpose of ‘underlying’ concepts seems to be.*

El problema reside, por tanto, en extraer información teóricamente relevante de los datos manifiestos (observación) para conocer, a través de un proceso de inferencia, la estructura latente no directamente observable. Una vez establecido el principio central de la teoría de la estructura latente, esto es, que ésta no es directamente accesible y debe ser conocida en tanto que cualidad teórica compleja y no operativa a través de la observación de rasgos de la misma, será necesario interrogarse sobre el proceso que nos lleva a identificar dichos rasgos<sup>90</sup>. Sin una identificación adecuada de éstos y de los ítem susceptibles de proporcionar información sobre dichos rasgos, difícilmente podremos completar el proceso de la inferencia y conocer la estructura latente que permanece oculta. Aquí radica una primera explicación al proceso a través del cual se construye una relación de significación entre una dimensión teórica abstracta o compleja

y un conjunto más o menos extenso de observaciones que sirven para explicarla. Afirmará Lazarsfeld (Lazarsfeld y Rosenberg, 1955: 15):

*The first step seems to be the creation of a rather vague image or construct that results from the author’s immersion in all the detail of a theoretical problem (...) in any case, the concept, when first created, is some vaguely conceived entity that makes the observed relations meaningful. Next comes a stage in which the concept is specified by elaborate discussions of the phenomena out of which it emerged. We develop ‘aspects’, ‘components’, ‘dimensions’ or similar specifications (...) The concept is shown to consist of a complex combination of phenomena, rather than a simple and directly observable item. In order to incorporate the concept into a research design, observable indicators of it must be selected (...) The next phase in the process is the construction of an index to summarize the observations made on the indicators.*

Vemos que el movimiento desde la abstracción, que resulta “latente” o no directamente observable, a la observación, es básicamente un desplazamiento operado en virtud de un escrupuloso estudio teórico desde una idea o concepto vago a la identificación de los “componentes” teóricos principales de dicho concepto, que también llamamos “dimensiones” o “aspectos”, para proceder a identificar indicadores de los mismos que posteriormente puedan ser resumidos en medidas sintéticas o índices. El último paso es la vuelta desde los indicadores e índices, previa contrastación de su validez, al trabajo teórico de interpretación y, si es necesario, reconstrucción del concepto abstracto que dio origen a los indicadores. La teoría de la estructura latente de Lazarsfeld y su esquema de desarrollo de indicadores e índices a partir de conceptos teóricos abstractos resulta un ejemplo de lo que hemos llamado descomposición. Por su parte, los indicadores que resulten de la fragmentación del concepto teórico en sus componentes observables han de reunir dos requisitos básicos: a) ser fácilmente determinables, es decir, que sea sencillo detectar su presencia o ausencia así como jerarquizarlos, y b) que correspondan razonablemente bien al gran universo de características que tenemos en mente cuando usamos el concepto teórico original del que provienen (Lazarsfeld y Barton, 1951: 180).

Queda por determinar, por supuesto, el propio problema de la inferencia. Afirmar que es posible obtener información sobre una dimensión o concepto “latente” o no observable en base a sus manifestaciones observadas abre la puerta al terreno de la medición indirecta, pero nos coloca también frente a un nuevo obstáculo. Lazarsfeld (1966: 163-164) trata de responder a este nuevo desafío especificando las posibles estrategias de inferencia:

*We can distinguish at least four ways in which our inferential classification can make use of indicators: 1) it could be that independent laws are known that link the observed properties with those the investigator really wants to know about (...) 2) a second type of procedure, while such laws are not known, they are at least temporarily –and often in a vague form– assumed (...) 3) For the third type (intervening variable) is called the S-R type: for while is conjetural, it is derived from previous experiments where stimuli were varied and the consequent variation of responses were observed. 4) In distinction from the S-R model, Spence introduced the R-R*

89. Que es, por orden cronológico, no sólo el primero de estos modelos, sino muy anterior a la popularización de los indicadores sociales, en parte debido a una conceptualización diferente de lo que entendemos por indicador social.

90. El propio Lazarsfeld (1966: 185) se encargará de aclarar que los términos “manifiesto” y “latente” no tienen otra connotación que la de la distinción entre los datos que son directamente accesibles al investigador (manifiestos) y aquellos que, de algún modo, sólo pueden ser conocidos si son inferidos a partir de los primeros (latentes).



*kind (...) Here inferences are drawn from the fact that a variety of responses are sometimes likely to vary together. If a trait is expressed by a variety of indicators, than these indicators are bound to be related to each other in a variety of ways.*

Descartadas por improbables en la sociología las leyes de tipo determinista que permiten establecer un grado alto de certeza en la relación entre indicador e indicado, las tres opciones restantes dependen de cierta combinación de intuición teórica y observación sistemática de los hechos. En los dos últimos casos lo que tenemos son modelos teóricos contruidos con visos de provisionalidad, pero basados en el comportamiento real observado de las propias mediciones. En la tercera forma de inferencia se extraen conclusiones teóricas a partir de la observación del comportamiento de los datos en otras ocasiones. En la cuarta se infiere a partir del supuesto de que los distintos indicadores de un mismo rasgo o aspecto de la estructura latente variarán conjuntamente.

El aspecto de incertidumbre que parece rodear el trabajo con indicadores hace que sea más propio hablar de un “esquema explicativo” más que de un sustento teórico firme y definido, al menos tal y como lo entiende Carmona siguiendo a Hempel (1977: 63): “aquél en el que la ley general no es conocida, donde los parámetros de la situación concreta son vagos y donde todo análisis de la situación se encuentra más o menos alejado de un análisis riguroso. Por consiguiente, son formas incompletas de explicación que van a servir de intermediarios, de eslabones entre una teoría general y los datos empíricos”. Este tipo de esquemas explicativos sugiere una dirección de investigación, pero es al mismo tiempo producto de ella, en la medida que la investigación empírica tienda a confirmar –o no– su validez teórica.

Nótese que tanto la noción de Lazarsfeld de “indicador” como su esquema teórico parecen estar dirigidos hacia una acepción más amplia de la que habitualmente se maneja cuando se hace uso de la palabra. Todavía no ha entrado en escena el “movimiento de indicadores sociales”, ni la vinculación de éstos con los estudios de corte macrosocial y encaminados a la medición del bienestar social o el progreso del sistema social en la consecución de objetivos programáticos. “Indicadores” son, para Lazarsfeld, los datos manifiestos que conducen, mediante un resorte de inferencia, a la indagación en conceptos teóricos o “latentes”, y esto abarca buena parte de la actividad sociológica que tiene que ver con la cuantificación. No será hasta después de los años sesenta cuando los indicadores sociales se amolden a un nuevo significado, más restringido y vinculado a estudios de perfil más concreto.

Toda vez que el primero en un sentido cronológico, será también el modelo de la estructura latente de Lazarsfeld el primero en ser criticado. La idea de la descomposición o fragmentación de conceptos teóricos en rasgos observables que permitan la inferencia parece poco adecuada para algunos autores, siendo la crítica general que el esquema es demasiado simple como para recoger los matices de complejidad del proceso y la proporción de incertidumbre que el mismo contiene, a la par que se señala que los conceptos no “poseen” rasgo o subdimensión alguna, sino que éstos son, a su vez, construcciones hipotéticas a las que se atribuye un carácter natural.

Cannavó, uno de los autores más críticos con el

modelo lazarsfeldiano, achaca al mismo un exceso de vaguedad al no señalar el fuerte componente de arbitrariedad que se introduce en la fragmentación de los conceptos teóricos en dimensiones, operación también conocida como “análisis dimensional”. En palabras del propio Cannavó (1995: 10), “el paradigma lazarsfeldiano, lejos de ser una “descomposición ordenada y deductivista de los conceptos” es un paradigma teóricamente pobre, en la medida que trata de escapar de las tradiciones culturales, los paradigmas teóricos y los modelos internos y externos al campo de estudio; pobre, en definitiva, porque de lo que se trata en realidad es de procesos clasificatorios reunidos mediante procesos implícitos (no expresados) en base a una no mejor operacionalizada afinidad. Se trata de hacer ver (Cannavó, 1995: 11-12) que “la proyección de los indicadores y las variables está totalmente implicada en la fase de formación de los conceptos y sobre todo en la individualización de sus dimensiones. Un concepto no tiene dimensiones: éstas vienen atribuidas por parte del sujeto”. De hecho, “el número y las características de las dimensiones están conectados al sistema de intereses y finalidades de los actores sociales, cuyos criterios son convencionales e instrumentales, y obviamente dirigidas a conseguir el dominio práctico y conceptual del objeto de estudio”. “El proceso de articulación de los conceptos en dimensiones y de éstas en indicadores e índices está revestido con un carácter de arbitrariedad, arbitrariedad en el sentido no de la incongruencia lógica, sino de la opcionalidad de los criterios de articulación”. Ya hemos visto esto antes: toda configuración de un sistema de indicadores revela, en última instancia, una preconcepción determinada de lo social, o en su caso, del objeto de estudio, tanto si ésta se hace explícita como si permanece oculta.

Una postura semejante es la que sostiene M. Bunge, formalizada en la afirmación de que toda configuración ideal de indicadores representa, en última instancia, un acto de objetivación de suposiciones, conjeturas o, más claramente, hipótesis sobre el funcionamiento de los fenómenos que se pretende estudiar. Literalmente (Bunge, 1969: 72):

*Lo observable suele ser una pequeña fracción de los hechos que constituyen el objeto de una investigación; los hechos o fenómenos observables no son más que documentos que sugieren o confirman la existencia tras de ellos de hechos más interesantes. Los hechos son como los icebergs; su mayor parte está oculta bajo la superficie de la experiencia inmediata, la cual es a menudo muy diversa de los hechos que apunta (...) la porción sumergida de los hechos tiene que ponerse hipotéticamente y, para poder contrastar tales hipótesis, hay que añadirles relaciones determinadas entre lo observado y lo inobservado, relaciones por las cuales lo observado pueda considerarse como evidencia a favor o en contra de lo hipotético o no visto, de modo que lo no-visto pueda explicar lo que vemos.*

Sin embargo, en el movimiento peculiar que va desde la observación a la teoría, desde los hechos observables a aquellos que lo son sólo en un sentido vicario, se comete un error atribuible a la suposición de un atributo de realidad a algo que es, si acaso, sólo una conjetura (Bunge, 1969: 737):



Lo que hacemos es “objetivar” un hecho inobservable sentando su relación según leyes con algún hecho perceptible (o conjunto de hechos perceptibles) que sirven como “indicador” del primero. Dicho de otro modo, hacemos hipótesis sobre hechos no percibidos y los contrastamos por medio de evidencias que consisten en datos acerca de hechos directamente observables, partiendo de la suposición de que estos últimos son concomitantes de/o efectos de los primeros. La afirmación o supuesto de que efectivamente se cumple esa relación legal entre los observables y los inobservables es, naturalmente, una “hipótesis”, aunque, por cierta misteriosa razón, suele decirse que es una definición operativa u operacional.

Se comprende entonces la crítica al modelo de Lazarsfeld de interpretación de la relación entre lo observado y lo no directamente observable, en la medida que tiende a esconder o relegar a un segundo plano un elemento que, sin embargo, es parte constituyente y reveladora del proceso. La observación - y el diseño de indicadores sociales y su aplicación a la realidad social no es más que un ejercicio (indirecto) de la misma- se caracteriza siempre por ser una “percepción intencionada” o “ilustrada”, en la medida que se hace con un objetivo determinado y guiada por un cuerpo de conocimiento, y no un simple acto de volcado o traducción de lo teórico en lo empírico vía operacionalización<sup>91</sup>.

Precisamente, de la traducción del lenguaje teórico va a hablar Blalock al proponer, en sustitución de este esquema simple de descomposición, fragmentación y/o operacionalización, su principio de la “teoría auxiliar de medición”. El autor tampoco cree en la posibilidad de una descomposición de un concepto teórico complejo en fragmentos más simples hasta llegar a su operacionalización en términos empíricos. Tal cosa requeriría una equivalencia directa entre el lenguaje teórico y la realidad; a falta de ésta, la relación entre ambas debe establecerse en términos convencionales e hipotéticos. Las razones que podrían explicar este fenómeno son dos (Carmona, 1977: 68):

1. Los conceptos son instrumentos para comprender la realidad, en forma de hipótesis de esta realidad, que ayudan de manera sencilla a resumir las manifestaciones de un concreto siempre modificado.

2. La realidad social es el lugar común de una causalidad compleja dentro de la cual no existen elementos completamente puros, sino una profunda heterogeneidad que no puede ser asimilada por el método analítico. Se puede conocer esta realidad pero no se puede comprender empíricamente.

La teoría auxiliar de medición, introducida por Blalock a finales de los años sesenta (Blalock, 1968), pone énfasis en la idea de que el proceso de medición requiere un conjunto de asunciones teóricas, muchas de las cuales deben permanecer sin contrastar, y que a lo largo de los procesos de construcción teórica y medición no parecen distintivamente diferentes; dicha teoría auxiliar contendrá, por lo general, una serie de

proposiciones causales que sirven de nexo entre los conceptos teóricamente definidos y sus indicadores, de tal manera que se necesita una teoría causal que una las propiedades postuladas (en el plano teórico) con algún indicador observado, sucediendo que esta relación aparece ante nuestros ojos como “directa” (Blalock, 1982). Como expondrá el autor, en parte esta circunstancia deriva de la propia complejidad del mundo social y de la necesidad, propia de cualquier trabajo cuyo objetivo sea la inferencia teórica a partir de propiedades observadas, de resumir dicha complejidad en forma de modelos teóricos y de asumir el posible error que esto supone (Blalock, 1982: 22):

*The considerable indeterminacy and multivariate nature of our “laws” in the social sciences means that our predictions will be much less precise, the conditions under which they are expected to hold will be much more difficult to specify, and our measurement procedures much more to subject errors than occur in the physical sciences.*

Este punto añadido de complejidad implica también la necesidad de multiplicar las medidas con objeto de minimizar el error (Blalock, 1975: 377):

*The more complex our models and less sure we are of our a priori assumptions, the greater our reliance must be on multiple measures. Therefore to the degree that we are modest about the adequacy of our theories and realistic about the complexity of our models, the more careful we must be about our measurement procedures and the more we must rely on the kind of insurance provided by multiple measures.*

El problema que preocupa a Blalock es que es precisamente el carácter indeterminado, de relación construida en función de asunciones “indirectas”, no sujetas a verificación previa, pero que parece una conexión directa y necesaria, el que parece sugerir en algunos casos la estrategia contraria a la deseable. Si bien desde la óptica del autor es precisamente esta característica la que debe poner en guardia a los investigadores y garantizar procedimientos escrupulosos de contraste de la validez de los indicadores escogidos (replicación, triangulación, etc.), en algunos casos se llega a la conclusión opuesta: ante la tensión entre tener que escoger entre indicadores teóricamente válidos e indicadores posibles se olvida que la diferencia entre ambos es más que de un simple grado de operacionalización, y que el riesgo que se corre de cometer un error va mucho más allá del de una pequeña desviación asumible, en la medida en que la propia relación entre el indicador ideal y dimensión teórica a que apunta está definida en términos provisionales e hipotéticos. Dicho de otra manera, con frecuencia las conjeturas que se formulan en el proceso que va de la construcción teórica a la medición operacional no son explicitadas, asumiendo que cualquier indicador disponible es mejor que la ausencia de éstos; llevada esta suposición demasiado lejos coloca al oportunismo y la conveniencia en un primer plano, dificultando la mejora de los procesos de medición (Blalock, 1982: 19).

La teoría auxiliar de medición y su aplicación al mundo de los indicadores implica, por tanto, reconocer el carácter siempre indirecto -y, por tanto, sujeto a errores que conviene tener siempre presentes- de la medición, su sujeción a una serie de asunciones con carácter hipotético que son las que facilitan la operacionalización de los conceptos teóricos. En la figura que proponemos a continuación, se observa, siguiendo el esquema de Blalock, cómo sólo a través de variables que

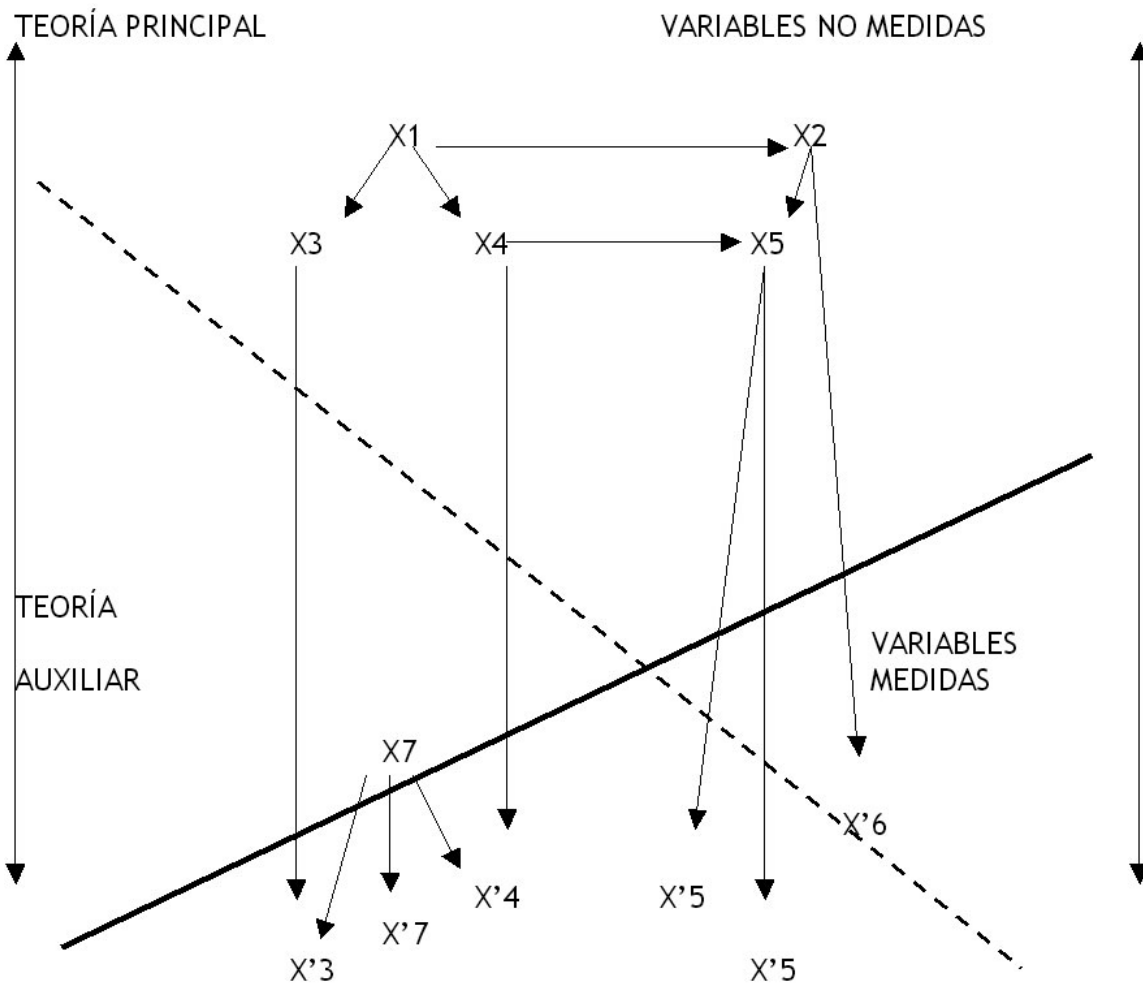
91. Lo que, a su vez, nos conduce a una duda razonable: ¿es posible que los indicadores no aporten información sobre la realidad social misma, sino sobre la manera hipotética en que la hemos conceptualizado? Resultaría, así, que de lo que verdaderamente nos informan los indicadores es de la validez de los modelos teóricos con que tratamos de aprehender dicha realidad, en una especie de ejercicio continuado de contrastación empírica de hipótesis teóricas.

intervienen de manera auxiliar en el proceso de medición (X7) es posible obtener una imagen operacionalizada y contrastable empíricamente (X1', X2' y X3') de variables teóricas (X1, X2, y X3), a través de hipótesis causales que, al menos en un primer momento, hay que asumir sin que puedan ser contrastadas empíricamente, sino sólo a través de su combinación con la teoría principal con objeto de prescindir de las teorías no satisfactorias para explicar el rango de fenómenos que nos ocupa. La línea discontinua distingue el ámbito de la teoría auxiliar de la principal, mientras que la línea de trazo más grueso representa la frontera entre las variables medidas empíricamente y aquéllas a las que éstas se refieren, ya en el plano teórico. En última instancia, la tarea designada para tal teoría auxiliar es la de reducir el posible error, mediante la

formulación de un conjunto de hipótesis que permitan dar cuenta de las variables olvidadas que producen errores.

El modelo de Blalock asume una cantidad relativamente alta de incertidumbre en la relación entre el indicador y la variable indicada, definiendo esta relación en términos indirectos vinculados a la existencia de un conjunto de hipótesis o conjeturas que hace las veces de intermediario entre teoría e indicador, al tiempo que señala los inconvenientes de trabajar con indicadores que no han sido diseñados como tales (cuando se escogen datos que resultan de procesos administrativos, por ejemplo), en la medida que tienden a introducir en un esquema de por sí complejo una posibilidad alta de estar cometiendo un error de medición no despreciable.

**Figura 5. Esquema del papel de la Teoría Auxiliar de Medición de Blalock**



FUENTE: Carmona (1977)

La pertinencia del trabajo de modelización y de trazado de esquemas teóricos que puedan explicar la manera en que los datos se relacionan con las variables teóricas y éstas, a su vez, forman parte de una pre-visión de lo que los fenómenos sociales son, ha conducido a otros autores a la consideración bifurcada de los indicadores. Así, deberíamos hablar de indicadores que se mueven a dos niveles: uno puramente empírico y otro teórico o conceptual. Critto (1979), se adhiere a la postura de considerar el dato como una “observación interpretada”, y rechaza por tanto el conferir a la tarea del diseño de indicadores sociales un carácter meramente operativo. Para el autor, los datos son la cristalización de observaciones empíricas, susceptibles de interpretaciones diversas y, por esto mismo, cada interpretación que une el dato a una variable o dimensión determinada transforma éste en un indicador de la variable o dimensión; pero lo es –un indicador– en la medida en que supone ya una interpretación previa. Sin embargo, el autor postula la necesidad de un elemento intermedio, a un nivel conceptual, que permita construir una relación entre la observación y una dimensión teórica concreta. Por esta razón, se emplea también el término de indicador para designar un concepto (variable o dimensión que no es directamente observable pero que se le puede llamar observación) que revela alguna cosa o propósito de una cuestión que nos interesa, denominando indicador conceptual a la dimensión dada a partir de la cual se deduce el comportamiento de otra dimensión que presenta un interés particular para la investigación. Frente al elemento empírico (observación) encontramos, a modo de escalón intermedio, un elemento conceptual (unión entre dimensiones) que sin ser equivalente a la teoría auxiliar de medición de la que habla Blalock redundando en una conclusión similar: no existe una conexión directa, una suerte de camino privilegiado y nítido en términos teóricos que vincule cada observación con la dimensión teórica a la que señala, sino que llegamos a ella desde el dato a través de la pre-concepción –hágase ésta explícita o no– del fenómeno, para lo cual nos ayudamos de conjeturas, hipótesis y esquemas explicativos que están en un continuo proceso de contrastación y renovación.

El análisis de los factores diversos que intervienen en el proceso de construcción de la relación entre los elementos del plano teórico no mensurables directamente y sus correlatos –o supuestos correlatos– en el plano empírico, con el que guardan relación de significación nos ha servido para destacar la complejidad de la misma, así como el papel relevante de la arbitrariedad o convención en el trabajo con indicadores. Esto, que no invalida el hecho de que buena parte de nuestra actividad como científicos sociales está fundamentada en la medición indirecta de fenómenos a los que no nos es posible acceder directamente, nos hace ser extremadamente cautelosos en dicha tarea en todo lo concerniente a la operacionalización de variables teóricas abstractas, la elección y diseño de indicadores, su aplicación y, por último, su interpretación.

### **3.3. Las ventajas e inconvenientes del acceso a los fenómenos sociales a través de los indicadores**

Aunque pueda parecer obvio, resulta indispensable explicitar el conjunto de ventajas e inconvenientes que, desde una perspectiva científica, supone operar con indicadores sociales, en la medida que éstos guardan una estrecha afinidad con el estudio de los elementos formales que intervienen en el proceso de operacionalización de conceptos teóricos que hemos analizado en el apartado anterior.

Resulta a priori una obviedad señalar que la principal ventaja de los indicadores sociales como instrumentos de acceso a la realidad social es la de permitir la cuantificación y la medición allí donde aparentemente ésta no es posible, o al menos no lo es en un sentido directo. Se ha abundado ya en esta idea: los indicadores sólo tienen sentido en el terreno metodológico en tanto en cuanto medidas indirectas de conceptos teóricos no directamente mensurables. De aquí deriva una de sus principales aplicaciones; frente a la multiplicidad y complejidad de los conceptos teóricos, los indicadores proporcionan una información reducida a aspectos esenciales. Por supuesto, esta capacidad para despojar al conjunto heterogéneo de sucesos que componen el todo complejo que llamamos realidad social de sus elementos superfluos, subrayando en cambio aquellos aspectos que nos permiten acercarnos a las dimensiones teóricas que nos interesan, se sostiene no sobre un esquema aditivo (más información) sino sobre un esquema teórico previo que guía la recogida de los datos (más información significativa). Expresado en otros términos: el indicador no es simplemente un dato estadístico, sino un dato insertado en un esquema explicativo del que describe un aspecto importante (Jura, 1979: 8).

De aquí derivan –qué duda cabe– sus ventajas principales. Podemos señalar, con carácter general, las siguientes (INE, 1991: 16-17):

- *Por las características de la técnica de elaboración, la información recogida en el indicador es, por lo general, más concisa, pues un solo indicador suele reunir en sí información procedente de varias series estadísticas. En segundo lugar, la información contenida en los indicadores es comparable en el tiempo o en el espacio.*

- *Por las características metodológicas de los indicadores sociales, la información que contienen es, generalmente: 1) más selectiva, 2) más expresiva o significativa y 3) más sistemática.*

Vemos, por tanto, que es el poder de significación del indicador, en el contexto de la asunción de una relación hipotética entre éste y la dimensión teórica a la que apunta, el que delimita la principal ventaja del uso de indicadores: información teóricamente relevante en unidades comparables y manejables en términos operativos. Jacques Antoine (1970: 19) habla de los indicadores en este sentido, refiriéndose a la posibilidad de obtener “elementos cifrados (cuantificados) objetivamente que permiten describir la realidad social de una

colectividad” con lo que: a) es posible resumir en un número limitado de cifras fácilmente manejables un conjunto de fenómenos complejos y b) es posible proceder a comparaciones en el espacio y el tiempo.

Lo dicho, sin embargo, queda sometido de forma genérica al imperativo de la observación de la construcción de la relación de significación entre indicador e indicado, como hemos visto no siempre satisfactoria, y de forma más concreta a toda una serie de limitaciones y problemas que acompañan al proceso de medición indirecta para el que se diseñan los indicadores sociales, tal y como han señalado diversos autores.

Algunos se refieren, como principal limitación de los indicadores sociales en tanto que instrumentos para conocer la realidad social, a la ambigüedad de su significado y la imposibilidad de interpretarlos unívocamente (INE, 1991). Es éste un aspecto, por otra parte, al que ya nos hemos referido en estas páginas. Más habitual es referirse a la dificultad que representa cualquier trabajo de operacionalización de conceptos teóricos, máxime cuando ésta se atiene a datos producidos con anterioridad al mismo y con propósitos ajenos a los de la propia investigación, circunstancias todas ellas comunes al trabajo, por poner un caso, con datos de carácter administrativo. Se manifiesta así una de las fuentes de tensión en el uso de indicadores: su naturaleza bipolar, oscilante siempre entre la pertinencia y adecuación de los indicadores para usos específicos frente a su carácter eminentemente práctico (Naciones Unidas, 1989). Junto a esta circunstancia es también un lugar común referirse a la ausencia de una reflexión teórica suficiente previa a la elaboración de los indicadores o al caso inverso, la escasez de datos empíricos que apoyen los supuestos teóricos, al peso excesivo de los criterios intuitivos en la selección de indicadores, o la producción de datos carentes de suficiente significación.

En opinión de Helmut Klages (1973), es importante generar criterios rigurosos de asignación para el caso de los indicadores sociales. Riguroso significa que debemos evitar, en la medida de lo posible, que éstos no se ajusten al objeto de estudio, o que concedan a éste un papel “secundario” de una manera arrogante, evitando, sin embargo, que deriven directamente del objeto. Deben observarse, así mismo, otras cuestiones: que sean suficientemente diferenciados, susceptibles de ser sondeados [surveyability] y por tanto medidos empíricamente y que cubran todas las áreas importantes de estudio de manera uniforme e intensa.

Para Martínez (1972), la complejidad y en parte las limitaciones de los indicadores como instrumentos de medición viene marcada por tres rasgos fundamentales:

- *Lo interno-externo: siendo la sociedad, ante todo, un hecho interno, la sociología busca significados interiores, pero no perceptibles inmediatamente. Por ello nuestra aproximación a la realidad es siempre indirecta. El indicador es, entonces, el signo externo, controlable, por el cual realizamos esta aproximación.*

- *Lo simple-complejo: la ciencia trata de identificar las propiedades de la realidad y de establecer correlaciones entre ellas. Se trata de una aproximación paulatina y nunca definitiva.*

*El indicador señala una dimensión de esa realidad, que es de suyo compleja y, en cierto sentido, inferrable. El hecho de asumir un indicador es, en realidad, una simplificación de la realidad.*

- *Lo estático-dinámico: la realidad social está en continuo. El indicador, tomado en sí mismo, puede no ser sino una aproximación estática a la realidad, sea porque prescinde del tiempo, sea porque ignora la direccionalidad de los procesos.*

A las tres cuestiones que plantea el autor, el carácter forzosamente indirecto del indicador, la simplificación de un objeto complejo que supone y su relativa estaticidad, podemos sumar otros inconvenientes que, con carácter más específico o concreto han apuntado otros autores.

Etzioni (citado en Cazes, 1972: 15-16) expone una lista exhaustiva de los mismos, teniendo en cuenta que el error proviene de tres fuentes principales:

- *Por un lado, el carácter fraccional de la medición, en la medida que no hay una coincidencia total entre el concepto teórico y su definición operativa. Ocurre así que un único indicador es insuficiente para medir un concepto, y se hacen necesarios otros indicadores; también la dificultad que entraña la medición de los aspectos cualitativos de un concepto, a pesar de que éstos pueden ser tan pertinentes como aquellos que se prestan fácilmente a la cuantificación. Se trata de renunciar a la idea de que la definición de un concepto para su estudio es equiparable exclusivamente a sus dimensiones cuantificables o medibles.*

- *Por otro, la naturaleza indirecta de la medición. Encontramos una dificultad añadida en este sentido cuando los datos que se usan en las ciencias sociales son producidos con una finalidad distinta a la de la medición de los conceptos teóricos que nos ocupan.*

- *Finalmente, es necesario señalar el problema existente en la medición de atributos colectivos. Aparecen aquí dos grandes líneas de error: de una parte, el tratamiento de las unidades formales o administrativas como si fueran categorías sociológicas plenas de significado, de otra la necesidad de elección entre diferentes medidas de atributos colectivos, por ejemplo entre una medición de atributos agregados (promedio de ingresos) o globales (recursos del sistema).*

Carley (1981) propone una conceptualización diferente de las que son las principales dificultades en torno a la medición indirecta a través de indicadores. Según el autor, tendremos en cuenta, como limitaciones de nuestra herramienta metodológica:

- *La dificultad presente en la selección de un conjunto apropiado de indicadores, en la medida que pueden existir distintos inputs asociados con una variable dependiente particular, la asociación puede ser débil y la selección de más indicadores no garantiza que alguno de ellos no proporcione una información pobre; aspectos que responden a la complejidad y la multidimensionalidad de los fenómenos sociales.*

- *En segundo lugar, la operacionalización en un enfoque científico experimental requiere cuantificación, pero es ilógico pensar que la información no susceptible de ser cuantificada es simplemente menos importante que la que sí lo es.*



- Por otra parte, la contrastación de hipótesis requiere replicación.

- Por último, puede existir un problema con el horizonte temporal de los indicadores. Puede surgir un conflicto entre el deseo de obtener resultados válidos y fiables que exigen períodos prolongados de investigación, y la necesidad, igualmente perentoria, de obtener resultados rápidamente a bajo coste para su uso por parte de las administraciones.

Resulta significativo que este tema estuviera ya presente en las primeras publicaciones sobre los indicadores sociales, por más que la potencialidad asociada al instrumento y el creciente interés que las administraciones desarrollaron por su uso llevaran, como se ha visto en estas mismas páginas, a una cierta urgencia en su aplicación y una metodología ad hoc. En la publicación que muchos consideran el pistoletazo de partida para la investigación basada en indicadores sociales, aquella dirigida por Bauer (1966a), existe ya una seria consideración de todos los problemas relacionados con el uso de indicadores. Así, Biderman (1966: 97-98), señala el peso determinante que tienen en este campo: 1) la tecnología de medida y la susceptibilidad de los fenómenos sociales de ser medidos teniendo en cuenta el estado y los recursos de la ciencia estadística, 2) la posibilidad de que dichos fenómenos estén suficientemente organizados para permitir la medición y, 3) la perspectiva de las agencias, en la medida que el estadístico no es meramente un “técnico” sino que representa los intereses de la administración para la que trabaja. Derivados de estos tres grandes condicionantes, Biderman (1966: 80 y ss.) plantea los siguientes obstáculos técnicos o limitaciones al uso adecuado de los sistemas de indicadores sociales:

- La validez limitada de los indicadores como índices de las condiciones sociales que pretenden medir.

- La inexactitud, en la medida que están afectados por errores de muestreo, de medición, etc.

- La aparición de indicadores en conflicto, cuando existen datos contradictorios sobre un mismo fenómeno que exigen tener en cuenta perspectivas divergentes sobre el mismo.

- La falta de datos, que favorece las asunciones contradictorias al no existir una base estadística que pueda sustentar juicios críticos en torno al estado de la sociedad.

- La existencia de modelos incompatibles, en la medida que los sistemas conceptuales abstractos que aplican distintos individuos difieren en la significación que asocian a determinados elementos, en la manera en que reúnen éstos para formar conceptos y en las relaciones que afirman que existen entre estos fenómenos conceptualizados.

- Consenso valorativo: el acuerdo sobre las preferencias o los valores intelectuales de manera abstracta puede ser limitado. Esto limita a su vez el acuerdo que pueda extraerse de los indicadores sobre el análisis de las

condiciones de vida de la sociedad.

Podemos resumir todas estas perspectivas diversas en torno a los principales problemas que plantea el uso de indicadores sociales, haciendo hincapié en algunos aspectos fundamentales.

En primer lugar, en ningún momento del proceso debemos perder de vista que estamos tratando con una medida indirecta de una realidad social compleja y multidimensional, sujeta a un grado relativamente alto de imprecisión y que se presta a una interpretación no unívoca sino abierta. Como síntesis de información significativa cuantificada, los indicadores representan una visión simplificada de dicha complejidad y multidimensionalidad<sup>92</sup>.

Debemos asumir que el resultado empeora necesariamente cuando dependemos de datos que han sido producidos con un propósito diferente al de la medición, en la medida en que no responden a un proceso controlado de operacionalización de conceptos teóricos y pueden presentar una distribución sesgada en función de los intereses de la organización que los produce. Dado que los indicadores sociales, tal y como se vienen aplicando recientemente, presentan un grado alto de imbricación con las estrategias de intervención social y control político de la sociedad, será éste un escenario relativamente común. El error se incrementa igualmente en el tratamiento de datos agregados, donde el objetivo de obtener una imagen global puede encubrir procesos de agregación defectuosos.

Por otra parte, no es descartable que experimentemos un conflicto entre las exigencias del trabajo empírico y la necesidad de disponer de datos actualizados que puedan ser tomados en consideración a un nivel político, existiendo igualmente una cierta tensión entre los indicadores ideales y los indicadores posibles. Dicha tensión no debería sustentar una vía exclusivamente pragmática en la selección de indicadores, dado que podemos identificar como significativos datos que pueden inducir a producir una imagen errónea o sesgada de la realidad social.

### 3.4. Tipología y funciones de los indicadores sociales

Se ha desarrollado en estas páginas la idea de que la diversidad de posturas en torno a la cuestión fundamental de lo que son los indicadores sociales y para qué sirven, responde a una divergencia paradigmática no siempre explícita. El estudio de la tipología de los indicadores sociales y las funciones de los mismos en la literatura al uso tiende a apoyar esta afirmación, en la medida en que se ponen en evidencia muy distintas conceptualizaciones de los tipos de indicadores existentes y sus funciones en el conjunto de la investigación científica y la acción política.

En lo referente a los tipos de indicadores que podemos encontrar en la literatura sociológica, la variedad es grande. Se observa, por otra parte, una conexión estrecha entre la tipología desarrollada por cada autor y el papel que éste reserva a los indicadores en relación a la investigación y su aplicación. Existe algún punto de coincidencia, reservado generalmente a la distinción entre indicadores objetivos y subjetivos (Carmona, 1977; Jura, 1979; Carley, 1981), así como

92. Por ello, siendo un instrumento válido, esto no significa que esté libre de error o que la imagen de los fenómenos sociales obtenida esté libre de distorsión. Sólo un mejor conocimiento de las regularidades que vinculan al indicador con la dimensión teórica a la que apunta y la profundización en las tareas de modelización y contrastación de hipótesis en torno a nuestro esquema teórico explicativo, en el que se insertan los indicadores, puede reducir el error.



indicadores de medios y de resultados (Antoine 1970; Carmona, 1977; Jura, 1979), a los que Setién (1993: 42) añade los indicadores simples y los sintéticos o complejos. Efectivamente, parece que una primera distinción esencial en el terreno de los indicadores es la que corresponde a medidas objetivas que sirven de indicador (en la medida que no derivan de una percepción subjetiva y son verificables por terceros) y aquellos datos que representan, por contra, las percepciones de los individuos y son producto, por tanto, de su subjetividad (indicadores subjetivos). Igualmente, es usual distinguir entre los indicadores que miden recursos puestos a disposición de determinados objetivos (indicadores de medios o input) y los que miden el resultado o producto de determinado proceso (indicadores de resultados o output). Los indicadores simples y los complejos, por contra, se distinguen en que los primeros son datos simples o directamente accesibles, mientras que los segundos constituyen una medida agregada o sintética<sup>93</sup>.

La diversidad, sin embargo, es mayor que los aspectos comunes, y no podemos dejar pasar aquí la oportunidad de plasmar parte de ésta a través de las distintas tipologías presentes en la teoría sobre indicadores sociales.

Carmona (1977: 49 y ss.), por ejemplo, prefiere referirse a los siguientes tipos de indicadores sociales:

- *Indicador “cuantitativo” (medición objetiva) o “cualitativo” (medición de la percepción subjetiva).*
- *Indicador “simple” (constituido por estadísticas poco complejas y disponibles directamente) o “sintético” (agregado de medidas más simples).*
- *Indicador “absoluto” (condición para la que existe un umbral establecido científicamente) o “relativo” (posición relativa de grupos o comunidades).*
- *Indicador “autónomo” (hace referencia a condiciones específicas en una región determinada).*
- *Indicador “descriptivo” (sirve para describir la situación de la sociedad y la naturaleza de los cambios de la misma) o “analítico” (su cometido es identificar las relaciones entre los distintos indicadores descriptivos).*
- *Indicador de “objetivo” (cuantificación de lo que desea realizar el poder público).*
- *Indicador “interno” (trata sobre el producto de la actividad de un sistema) o “externo” (fenómenos complejos que resultan de la actividad de varios dominios).*
- *Indicador “de medio” (señala los medios o recursos de todo orden que son movilizados) o “de producto” (cuantifica las salidas del sistema de intervención).*

Por su parte Jura (1979: 10 y ss.) distingue entre:

- *Indicador “objetivo” frente a indicadores “de percepción”, para referirse a la distinción entre la medición de la realidad objetiva y la de la percepción de los hechos sociales por parte de los individuos.*
- *Indicadores “de objetivo” e indicadores “de medio”, para distinguir entre los indicadores de los recursos que se movilizan y el resultado de aplicar dichos recursos en determinados procesos institucionales. Se añade, con carácter informativo sobre las condiciones sociales y su evolución, un indicador “de cambio social”.*

*Desde un enfoque diferente, centrado en el propio proceso de medición indirecta que suponen los indicadores y sus implicaciones para el conocimiento teórico, Casas (1997: 110-111) distingue entre:*

- *Indicadores “descriptivos”: la función de los cuales es ser útiles en aplicaciones particulares o, meramente, ofrecer información de carácter genérico sobre aspectos de la dinámica social.*
- *Indicadores “tecnológicos”: configurados por cuantificaciones disponibles o viables sobre realidades observadas que, por derivaciones epistémicas justificadas en el marco de alguna teoría científica amplia o de alcance medio, se pueden vincular razonablemente a una dimensión de un concepto.*
- *Indicadores “conceptuales”: derivan del análisis conceptual y consecuente operacionalización del conjunto de dimensiones conocidas de un concepto científico ligado a una teoría, existiendo alguna formulación hipotética sobre las relaciones de los diferentes indicadores de un mismo concepto o dimensión entre sí y la manera de medirlos.*

También Land (1983: 4 y ss.) propone una clasificación un tanto distinta para los indicadores. Concretamente la siguiente:

- *Indicadores “normativos de bienestar”: medidas de objetivos o output relacionados con cambios dirigidos por algún tipo de política pública (programas o proyectos).*
  - *Indicadores “de satisfacción”: medidas de la satisfacción psicológica, la felicidad o la realización directamente vinculada a la “realidad subjetiva” en la que los individuos viven.*
  - *Indicadores “descriptivos”: índices de condiciones sociales y los cambios en ellas operadas referidos a varios segmentos de población y tanto a los aspectos externos (físico y social) como a los internos (subjetivo y percibido) del contexto de la existencia humana en una sociedad dada.*
- Para Carslile (1972: 26-27), los indicadores pueden clasificarse de la siguiente manera:
- *“Informativos”: en la medida en que son datos usados para describir el sistema social y los cambios que en él acontecen.*
  - *“Predictivos”: indicadores informativos que encajan dentro de modelos formales explícitos de subsistemas del sistema social.*
  - *“Orientados al problema”: dirigidos al estudio de situaciones o acciones políticas a emprender sobre problemas sociales concretos.*
  - *“De evaluación de programa”: medida de objetivos políticos operacionalizados para controlar el progreso y efectividad de políticas particulares.*

Más recientemente Carley (1981: 48 y ss.) ha propuesto una caracterización alternativa de los indicadores sociales referida no sólo a lo que miden, sino al propósito prospectivo o no de su uso, que viene a ser la siguiente:

- *Indicadores con “dimensión ex post” (estudio de series de datos con finalidad descriptiva) o dimensión ex ante (finalidad de prognosis).*
- *Indicadores “objetivos” (fenómenos medidos conforme a variables de escala o razón, tratables de acuerdo a los métodos de análisis usuales) y “subjetivos” (basados en el informe individual sobre los aspectos de significado de la*

93. Aunque comúnmente reservamos para ellos la denominación de “índices”.

realidad, consistentes en variables psicológicas presentadas habitualmente conforme a una escala ordinal)

- Indicadores "simples" (medida no agregada) o "compuestos" (agregación de varios indicadores en una cifra resumen).

- Indicadores "suficientes" (informan de condiciones sociales adversas o negativas) o "agravantes" (referidos al empeoramiento de dichas condiciones adversas).

Por último, en su manual sobre indicadores sociales, que pretende constituirse en herramienta de unificación de criterios de cara a la elaboración de indicadores comparables, las Naciones Unidas (1989: 28) distinguen entre:

- *Indicadores sociales simples: síntesis, series o selecciones de datos básicos tales como proporciones de individuos de una población que poseen una característica dada, tasas de frecuencia o de cambio, medidas de la intensidad, del tiempo transcurrido y otras parecidas.*

- *Números índices sintéticos: proporcionan procedimientos valiosos para sintetizar los datos y representar así tendencias en amplios aspectos del bienestar o de los servicios sociales. No obstante, ha de utilizarse, en general, para compilarlos, una combinación ponderada de indicadores de los componentes o factores subyacentes.*

- *Esperanza de vida: expectativas de alcanzar un determinado estado de bienestar en el transcurso de una vida o de una parte de ella que proporcionan una síntesis valiosa de los acontecimientos pertinentes (corrientes) en el transcurso del tiempo.*

Parecida variedad encontramos al tratar sus funciones, tal y como han sido reflejadas por algunos de los autores más representativos de este campo. Encontramos aquí de nuevo una distinción sutil entre las distintas visiones que animan el trabajo con indicadores. Los paradigmas más cercanos a lo que hemos convenido en llamar evaluativo conciben las funciones de los indicadores sociales orientadas fundamentalmente a la planificación e intervención sobre la realidad social, mientras que desde una postura más cercana a lo descriptivo y/o analítico los indicadores cumplen primordialmente una función informativa y de acercamiento a un mejor conocimiento de los cambios sociales y las condiciones de vida de los individuos –lo cual, dicho sea de paso, no excluye su aplicación en la puesta en práctica de políticas de intervención sobre la sociedad, aunque ubica ésta en un nivel distinto al propiamente científico-. Cabe pensar que, en realidad, nos encontramos ante dos visiones complementarias.

Algunos autores, de hecho, no dudan en vincular la funcionalidad de los indicadores a ambas perspectivas simultáneamente, de lo que resulta un bosquejo de éstos como instrumentos de conocimiento y acción. Desde esta perspectiva, puede entenderse que los indicadores cumplen un doble cometido (Carmona, 1977: 42): como fuente de conocimiento a la par que instrumento para la acción. En el

primer caso, proporcionando una descripción social del estado de los aspectos principales de la sociedad, en un ejercicio de "traducción" de la complejidad social, así como definiendo un conjunto integrado de indicadores que, a través de un lenguaje matemático, constituya un sistema de contabilidad social capaz de medir dichos aspectos. En el segundo, estableciendo los fines sociales y las prioridades sobre la medición de los objetivos del desarrollo social, evaluando la eficacia de las políticas y programas sociales y contribuyendo a la planificación del desarrollo y la anticipación de problemas sociales. Conocer para actuar sobre la realidad social, viene a ser la síntesis de esta doble vía funcional de los indicadores sociales.

También existen visiones más sintéticas del papel de los indicadores, aunque siguen esta misma línea. Girardeau (citado en Jura, 1979: 10), por ejemplo, contempla a los indicadores como el instrumento que permite describir la realidad social, comparar, explicar y prever. Así se expresa, en una fase germinal del movimiento de indicadores sociales, el propio Bauer (1966a: 21): los indicadores sociales son formas de evidencia estadística que nos ayudan en la función de responder a la cuestión fundamental de dónde estamos y hacia dónde vamos, en relación a nuestros valores y objetivos, así como en la de evaluar programas específicos -de acción política- y determinar su impacto. Para Moser (1973: 134) son funciones distintivas de los indicadores: proporcionar información resumida o sintética sobre determinados campos de la sociedad, cambios y problemas; ayudar en la formulación de políticas y en el proceso de acción de las mismas; igualmente, contribuir a la ilustración general del contexto en el que se producen este tipo de políticas más que en su formulación directa. Podríamos unir a éstas algunas otras; Carslile (1972: 23-24) ve a los indicadores en relación a la función principal de aportar una vía de racionalización de la estadística social existente y su lugar en el proceso de formulación de políticas, de tal manera que éstos son el medio de procurarnos una descripción más comprehensiva de la sociedad, sus cambios y problemas, y en términos secundarios también información a medida de las necesidades de los responsables del diseño político. Para las Naciones Unidas (1989: 1), los indicadores deben contribuir a la planificación y a la elaboración de políticas, así como a la investigación y la supervisión de las condiciones sociales de vida<sup>94</sup>.

En otros casos, la delimitación de la naturaleza funcional de los indicadores varía acorde con el paradigma dominante en el uso del instrumento. Así, la implicación de los autores en el diseño de sistemas de indicadores sociales viene a condicionar las funciones que éstos cumplen en un esquema teórico delimitado.

Zapf (1975: 241 y ss.), por ejemplo, realiza una distinción más elaborada de las funciones de los indicadores, aunque en última instancia ésta pueda sintetizarse acudiendo a los dos términos ya mencionados: conocimiento y acción. De acuerdo con él, cinco son las funciones principales de los indicadores sociales:

- *Función de medida: descripción de estructuras, prestaciones, y procesos de transformación de la sociedad.*

- *Función de evaluación: evaluación de estructuras, de prestaciones e informes de costes/utilidad.*

- *Función de contabilización: que incluye análisis de interacciones de estructuras y de prestaciones propias de*

94. En este caso la institución proporciona un buen ejemplo: El Índice de Desarrollo Humano, una medida compuesta del desarrollo que ha ganado popularidad en los últimos tiempos como cuantificación de las diferencias entre los niveles de desarrollo de distintas sociedades, y de los progresos efectuados en la tarea de garantizar mayores cotas de bienestar social.

ciertos sectores, por analogía con el sistema de contabilidad nacional.

- *Función de explicación: recogida y difusión de información explicativa para la búsqueda de conocimientos confirmados sobre relaciones causales.*

- *Función de innovación: institucionalización de los procesos de medida, evaluación, contabilización y explicación con vistas a sostener una política social activa.*

El propio Zapf resume en una función dominante o central este conjunto de usos que señala para los indicadores, que viene a coincidir con lo que él llama la función de medida, esto es: determinar el ritmo, la profundidad y la dirección del cambio social como elemento fundamental de la contabilidad social. Las funciones de los indicadores se insertan así en un esquema tecnológico de anticipación y control del cambio social, que reúne de un lado la actividad característica de descripción y análisis causal o explicativo y de otro la evaluación normativa y el diseño de políticas sociales en consecuencia.

De modo más concreto, y en esta misma línea, puede decirse que el indicador es el instrumento cuyo cometido, en términos funcionales, es el de sintetizar aspectos relevantes de algún proceso institucional o señalar alguna condición institucional, de manera que podamos evaluar la bondad de la actuación de las instituciones así como anticipar el cambio y prever una estrategia de adaptación al mismo; un tercer uso podría ser el de la construcción de modelos dinámicos apropiados que permitan la predicción (Spilerman, 1975: 382).

No deja de ser interesante, por la excepcionalidad de su formulación, lo que Cannavó llama una "tipología funcional del indicador" y que constituye, en realidad, una relación de la complejidad funcional del indicador en el contexto de la investigación. Es, por tanto, más un relato fragmentado de las funciones de los indicadores sociales que una tipología de los mismos. Distingue Cannavó (1995: 17) los siguientes tipos de indicadores de acuerdo a su aplicación funcional:

- *"Informadores": proporcionan elementos exploratorios, de valoración del sistema y de procesos complejos.*

- *"Clasificadores": permiten una clasificación exhaustiva de elementos en categorías o clases no superponibles.*

- *"Selectores": permiten la distinción selectiva de elementos indiferenciados respecto a un criterio.*

- *"Agregadores": permiten la agregación selectiva de elementos indiferenciados respecto a un criterio.*

- *"Descriptorios": permiten la descripción de elementos, sistemas y procesos, mediante caracteres diferenciados.*

- *"Estimadores/valoradores": permiten la estimación de magnitudes latentes y la valoración de hechos y trayectorias de los procesos.*

- *"Explicadores": representan variables necesarias para la construcción de modelos explicativos.*

- *"Predictores": representan variables necesarias para la constitución de modelos predictivos.*

- *"Simuladores": representan elementos necesarios en la constitución de modelos de simulación.*

No obstante, también hay quien ha señalado - juiciosamente, en nuestra opinión- el mal uso que se ha dado

en ocasiones a los indicadores sociales. Efectivamente, no es descabellado suponer que una interpretación errónea de la naturaleza del instrumento predispone a una aplicación torcida del mismo. Moore y otros (2003), por ejemplo, han apuntado a las siguientes formas de desvirtuar el uso correcto de los indicadores sociales:

- *Confundiendo la medición indirecta de las tendencias sociales con el análisis de la causalidad de los fenómenos sociales, algo fuera del alcance de los indicadores sociales, dado que necesita de otros instrumentos para su constatación.*

- *Para sustituir evidencias que deberían haber sido obtenidas a través de diseños experimentales o de otro tipo.*

- *Utilizándolos para evaluar el éxito o el fracaso de iniciativas concretas de intervención sobre la base de datos concretos sin tener en cuenta el contexto social en que éstos han sido producidos o las variables intervinientes en dicho contexto.*

Se observará que todos estos malos usos de los indicadores se refieren, básicamente, a una confusión general sobre el grado de precisión y alcance de su medición de los fenómenos sociales, así como al deseo de encontrar datos directamente normativos y de interpretación unívoca a la hora de tomar decisiones políticas. La evidencia a la que apuntan los indicadores sociales es, precisamente, la contraria: la medición de las tendencias sociales es siempre compleja y comprometida, y no admite simplificación.

En términos generales, se aprecia cómo ninguna de estas propuestas deja a un lado el aspecto de comunión o ligazón estrecha entre los dos grandes bloques de aplicaciones funcionales de los indicadores sociales: el de la descripción y análisis de la realidad social y el de provisión de información cuantificada para su valoración en términos normativos, paralelamente al diseño de estrategias de intervención consecuentes con dicha información. Parte de la complejidad que se ha señalado en el apartado dedicado al estudio de las distintas definiciones de los indicadores sociales, en este mismo capítulo, proviene del solapamiento de esta concepción funcional bifurcada y la necesidad de definir el instrumento en términos puramente técnicos, como ya se ha argumentado.

Después de haber incidido sobre las visiones de distintos autores en este campo, somos de la opinión de que descomponer en elementos más simples esta caracterización en bloques funcionales -función de conocimiento y acción- nos llevaría, probablemente, a identificar las siguientes subfunciones para los indicadores sociales:

1. *obtención de información-resumen de aspectos que se consideran significativos en un determinado esquema teórico sobre la realidad social o sobre aspectos concretos de ésta, a través de la medición rigurosa de los mismos.*

2. *permitir la elaboración y presentación de la información para que ésta sea accesible, bien a un público amplio, bien a una audiencia más restringida.*

3. *posibilitar la evaluación de los datos aportados en un sentido normativo, con objeto de que éstos sean incorporados al proceso político de toma de decisiones y al diseño de políticas sociales.*

4. *facilitar el diseño de la evaluación y el seguimiento de aquellas iniciativas políticas que pretenden intervenir sobre la realidad social estudiada.*

Conocimiento y acción aparecen aquí integrados en una visión dinámica del trabajo con indicadores, desde el aspecto más básico, referido a la operacionalización de los conceptos y la exposición del esquema teórico que va a guiar el trabajo (que permiten la cuantificación), a los que se suceden conforme madura la aplicación de los indicadores: procesamiento de la información, presentación de la misma, análisis normativo y formulación y seguimiento de propuestas de intervención asociadas a éste. La idea es que las distintas funciones de los indicadores se relacionan con el propio proceso de investigación o derivan de él y que desembocan en dos facetas distintas pero relacionadas: la descriptiva y la normativa.

### **3.5. Formulación de sistemas de indicadores sociales: Aspectos generales y criterios de integración de indicadores en esquemas teóricos**

Si bien ha sido práctica común en este trabajo el referirnos indistintamente a los “indicadores sociales” o a los “indicadores”, se desprende distintivamente del análisis de la literatura sobre éstos que lo normal es referirse a la forma que adoptan cuando no están aislados y se presentan, en cambio, conforme a un esquema teórico previo y estableciendo múltiples vínculos de significación. Es por ello que se ha impuesto, casi como sinónimo de la construcción “indicadores sociales”, la de “sistemas de indicadores sociales”. En virtud de este fenómeno, dedicaremos aquí un espacio al análisis de los aspectos más relevantes en lo concerniente a tales sistemas de indicadores.

La clarificación de lo que entienden los distintos autores por “sistema de indicadores sociales” parece ofrecer pocas dudas: un intento de sistematización de un rango más o menos amplio de indicadores en función de algún esquema teórico previo, comúnmente derivado de los propios objetivos perseguidos por la sociedad (cuando lo que se analiza es una concepción amplia del bienestar desde un punto de vista macrosocial). Expresado sintéticamente, se hace equivaler la expresión “sistema de indicadores sociales” a un “intento sistemático e integrado para conceptualizar, operacionalizar y medir, por medio de un conjunto de indicadores sociales, la diversidad de aspectos que conforman el bienestar” (Setién, 1993: 45).

Esta definición más o menos consensuada corresponde a una multiplicidad de visiones que tienden a coincidir en lo fundamental. Para Zapf (1975: 507-508) los sistemas de indicadores sociales son tentativas que apuntan a una labor operacional y una medida de los componentes de un concepto del bienestar pluridimensional. De igual manera los sistemas de indicadores sociales (o sistemas de contabilidad social) son el instrumento encargado de resumir la información más importante referida a áreas particulares de la vida, o en su caso, al sistema social global de manera análoga a como funciona el sistema de cuentas nacionales (Zapf 2000: 8). En opinión de Medina (1967: 287) hablamos fundamentalmente de una colección de datos básicos que sea sistemática, armónica y de algún modo correlacionada cuando queremos significar el concepto de “sistemas de indicadores sociales”, sistema caracterizado por la coherencia: en la racionalidad del proceso

de elaboración y en la que ofrecen los distintos rasgos sociales propuestos para la observación. En otros casos puede entenderse el término “sistema de indicadores” como la referencia a un grupo de indicadores sociales organizado en torno a partes componentes del sistema social, caracterizando como “grupo o conjunto” de indicadores [social indicators set] a los indicadores agrupados con carácter menos comprensivo (Carley, 1981: 47). En suma, parece que nos encontramos con sistemas de indicadores sociales cuando realizamos el intento de considerar a los indicadores sociales como parte de una totalidad integrada caracterizada por grados diversos de coherencia, ante la falta de una teoría social de conjunto (OCDE, 1985: 23).

Cabe cuestionarse las razones por las que es necesario utilizar sistemas de indicadores sociales para el estudio de la realidad social. La principal ha sido ya apuntada: a medida que asignamos observaciones a la medición indirecta de conceptos teóricos complejos corremos un error de imprecisión al intentar contener un fenómeno complejo en una medida más o menos simple. Por ello, la asunción de la necesidad de múltiples indicadores para la medición de fenómenos que son multidimensionales y complejos, nos lleva a plantearnos la manera en que éstas observaciones múltiples pueden agregarse y formar parte de un todo integrado. Caso de no lograrlo, podríamos obtener información redundante, solapada y probablemente en gran cantidad, pero difícil de clasificar e interpretar.

En efecto, el carácter deficiente que presentan los indicadores como medida aislada de fenómenos sociales, conduce al planteamiento de esquemas integrados de recolección e interpretación de los datos, que constituyen el núcleo de lo que llamamos “sistemas de indicadores sociales”.

Por sí solo, un indicador social (o una batería de indicadores sociales) puede revelar la existencia de un problema social, pero no precisar detalladamente su naturaleza; utilizado aisladamente, no aporta un conocimiento del problema lo bastante amplio (OCDE, 1985: 23). Así, el indicador aislado debe ser considerado una simplificación de una realidad compleja, por ello adquiere su plena significatividad respecto a todo un contexto interrelacional (Martínez, 1972: 136). Esto no significa que los hechos que describen los indicadores no sean significativos, es más bien una advertencia en el sentido de apostar por su integración en un sistema tal que se aclaren unos a otros, es decir, que mediante una información multiplicada se llegue a describir la dinámica del fenómeno estudiado (Jura, 1979: 12). La clave reside, por tanto, en el valor explicativo que aúnan los sistemas de indicadores, ya que de otra manera tendríamos, en el mejor de los casos –como apunta Carmona (1977: 59)– una serie de estadísticas agrupadas en torno a temas con valor descriptivo. El estrecho vínculo establecido entre indicadores y sistemas de indicadores no es, por tanto, casual, ni deriva simplemente de los métodos de trabajo de los investigadores. Parece plantearse, más bien, como una relación necesaria que deriva de la propia naturaleza de los indicadores como instrumentos de medida indirecta. Como afirma M. Luisa Setién (1993: 44-46), consideramos que “las estadísticas se convierten en indicadores cuando forman parte de un conjunto coherente y explícito, un conjunto sistemático de medidas, relacionadas con el objetivo que deben mostrar”; es por ello que todo



“sistema de indicadores sociales supone una <<solución>> sistemática y coherente de los problemas de selección, ponderación y operacionalización de las dimensiones pertinentes”, a lo que añadiríamos también la posibilidad de la interpretación teórica de los resultados.

Michalos (citado en Setién, 1993: 48) confecciona una lista exhaustiva de las funciones que desempeñan los sistemas de indicadores sociales que coincide, a grosso modo, con las que hemos adjudicado ya a los indicadores sociales en términos generales, y que incluyen:

1. *Predecir o anticipar tendencias sociales y futuras.*
2. *Poner de manifiesto los problemas y las desigualdades sociales.*
3. *Facilitar la planificación a largo plazo y un mayor control sobre nuestro mundo social.*
4. *Llegar a un balance sobre las condiciones sociales al modo de los cálculos económicos como los reflejados en el PNB.*
5. *Evaluar políticas y programas sociales.*
6. *Ayudar a determinar alternativas y prioridades para las políticas y programas públicos.*
7. *Facilitar las comparaciones entre naciones, regiones, ciudades y otros grupos.*
8. *Sugerir áreas de investigación en las que llegar a teorías sociales y a un mayor conocimiento sobre las funciones y estructuras de la sociedad.*
9. *Proporcionar un marco coherente para reflexionar sobre la sociedad y para la organización de una base de información para aquellos que se ocupan del asesoramiento, toma de decisiones y de evaluación.*
10. *Contribuir a la cohesión social a través del incremento de conocimiento sobre los estratos sociales.*
11. *Estimular nuevas políticas y programas sociales.*
12. *Proporcionar una <<barrera frente a errores irrevocables>>.*
13. *Desarrollar un <<clima de autocorrección continuo>>.*
14. *Hacer más visibles al público en general los inputs de las decisiones gubernamentales.*
15. *<<Proporcionar más igualdad>> permitiendo a todos los sectores de la sociedad disponer de un conjunto común de conocimientos.*

El esquema de Michalos no se aparta sustancialmente, al enumerar las funciones de los indicadores sociales, de las dos grandes líneas señaladas en las páginas precedentes: instrumentos de conocimiento e instrumentos de acción. El primer término engloba aquellas funciones que podríamos denominar de manera general “científicas”, referidas comúnmente a la obtención y tratamiento de información teóricamente relevante que nos ayuda a comprender la manera en que está estructurada la sociedad y las transformaciones que en ella se producen, incluyendo la posibilidad de utilizar los sistemas de indicadores sociales para realizar análisis explicativos sobre la base de modelos complejos y generar explicaciones teóricas sobre la realidad social. Merece la pena destacar que éste, que es probablemente el uso más valioso del instrumento para el científico social, sin embargo ha sido relativamente poco frecuentado y presenta un balance claramente deficitario. En cuanto al segundo término, instrumento de acción, incluye aquellas aplicaciones de los

sistemas de indicadores sociales que tienen que ver con la formulación de políticas destinadas a incidir sobre la sociedad con el objetivo general de incrementar el bienestar, y las tareas de seguimiento, evaluación y comparación transnacional que se le asocian. Contemplados así, los indicadores sociales parecen desempeñar en el contexto científico un papel muy semejante al del “canario de los mineros”, es decir, el pájaro que avisaba con su muerte de la existencia de gas letal, puesto que sirven como sistema de detección temprana de problemas sociales sobre los que es necesaria algún tipo de intervención social (Moore et al., 2003). Entre sus usos más frecuentes como instrumento para la acción destacan la descripción de las condiciones de vida de la sociedad, el seguimiento de tendencias sociales, la cuantificación de objetivos sociales o la evaluación del éxito o fracaso de programas de intervención social.

El problema clave, una vez visto el consenso existente alrededor de su definición y la necesidad de uso provocada por la complejidad de los fenómenos sociales, reside en los aspectos referidos a su construcción, los criterios utilizados en la selección e inserción en un esquema teórico común de los distintos indicadores, y las dificultades de su aplicación. Consideramos que es éste un aspecto especialmente importante de la utilización de sistemas de indicadores sociales en la medida que afecta a dominios fundamentales de tales sistemas. Hemos concretado estos aspectos en tres grandes cuestiones implícitas en el trabajo con indicadores, como ya se ha apuntado en las páginas precedentes:

- *en primer lugar, tenemos que considerar el proceso que conduce a la identificación de las observaciones que van a servir de soporte para el sistema, las claves de la operacionalización de los contenidos teóricos y sus fases.*

- *En segundo lugar cabe considerar los sistemas de indicadores sociales como un ejercicio sistemático de elección, con lo cual nos referimos a la cuestión fundamental de la selección de la batería de indicadores que van a formar el sistema.*

- *Por último, será importante considerar las formas de presentación y aplicación de los sistemas, por más que éste constituya un aspecto en alguna medida secundario, o no revestido de la centralidad de los dos anteriores.*

a) Los sistemas de indicadores sociales como proceso de operacionalización:

Tal y como es posible deducir de las consideraciones vertidas en estas páginas, los sistemas de indicadores son intentos de integrar baterías de indicadores conforme a algún esquema o modelo teórico, pero éstos no escapan de las características que identifican de manera distintiva aquello que hemos llamado la “medición indirecta”. Lo cual significa que también un sistema de indicadores es, básicamente, un intento de acceder a una realidad compleja a través de un trabajo previo de operacionalización de conceptos teóricos y de identificación y selección de observaciones, destinadas a llenar de contenido las parcelas o dimensiones que hemos identificado como componentes de esos conceptos teóricos no directamente mensurables y permitir su interpretación. Es en virtud de esto último por lo que los sistemas de indicadores sociales pueden considerarse en su variante dinámica y procesual, aquélla que se refiere a las fases que recorren los contenidos teóricos antes de poder ser vinculados con datos concretos.



Expresado de otra manera: debemos evitar, en la medida de lo posible, que los sistemas de indicadores constituyan procesos opacos en los que no sea posible observar el camino seguido desde la contemplación de los conceptos teóricos relevantes a la selección y aplicación de indicadores concretos; caso de no conseguirlo tal vez estemos hablando de dichos sistemas de indicadores sociales como “cajas negras” (Jura, 1979). Continuando en esta línea, podríamos considerar la elaboración de un sistema de indicadores sociales como un proceso dividido en etapas que coinciden, grosso modo, con aquéllas que señalan las Naciones Unidas (1989: 20) y que se refieren a: el establecimiento del marco temático y estadístico, la selección preliminar y definición de los indicadores, y finalmente la compilación de estadísticas y la selección final y cálculo de los indicadores.

Para evitar la opacidad se explicitan con frecuencia las distintas fases por las que atraviesa el diseño de los sistemas de indicadores sociales. Desde la perspectiva del estudio de la calidad de vida y el bienestar, por ejemplo, Zapf (1975: 507) señala como un aspecto fundamental de la construcción de sistemas sociales la justificación teórica y/o pragmática de su estructura, en particular la elección y ponderación de sus componentes. Cumpliendo con este propósito, el autor explicará más tarde las distintas fases de la construcción del conocido sistema SPES de medida del bienestar, a saber:

- *En primer lugar el análisis de las dimensiones-objetivos y los valores-objetivos que son de importancia en la selección de las distintas áreas seleccionadas.*

- *Seguidamente, la construcción de dimensiones-objetivos y subdimensiones.*

- *Los pasos tercero y cuarto constituyen el desarrollo de indicadores “ideales” para medir el cambio social respecto a los objetivos definidos, al tiempo que se proponen indicadores “operativos” para cada subdimensión. En esta fase reside un movimiento de aproximación entre el mundo de los indicadores deseables y estadísticamente idóneos y el de los indicadores posibles.*

- *Por último, la propia recolección de los datos conforme al esquema previo.*

- *Y la interpretación detallada de los mismos.*

Hemos escogido el esquema de Zapf en la medida que nos parece un buen modelo a seguir. Nótese la operación registrada en los pasos tercero y cuarto, cuando se produce la fractura, en términos de operacionalización, entre la región enteramente teórica y los imperativos que impone a la investigación el mundo de la realidad. Son muchos los autores que se refieren a la tensión existente entre indicadores deseables e indicadores posibles, pero pocos los que explicitan el procedimiento a través del cual se salva este escollo, las más de las veces sustituido por criterios intuitivos o, en el peor de los casos, sencillamente ignorado. De este modo se evita el convertir el proceso de construcción de sistemas de indicadores en la mencionada “caja negra”.

Un ejemplo diferente, aunque igualmente válido en la medida que contribuye a eliminar el problema de la opacidad en la operacionalización de los conceptos teóricos, nos lo proporciona Casas (1997) en su intento de elaborar un sistema de indicadores de riesgo psicosocial. De acuerdo con el autor, la construcción de un sistema de indicadores sociales implica un proceso complejo que incluye nueve fases o etapas:

- *Comprender la definición del concepto de estudio y la tarea de perfilar su contenido en relación a una realidad descrita.*

- *Especificación de las dimensiones teóricas de este concepto, detallando la articulación entre ellas con ayuda de microteorías y sintetizándolas en un modelo teórico.*

- *Perfilar una aproximación al universo de indicadores teóricos de cada dimensión.*

- *Derivar posibilidades operacionales de cada dimensión teórica utilizando teorías auxiliares de medición que sean pertinentes.*

- *Muestreo del universo de indicadores empíricos, incorporando criterios de viabilidad y haciendo explícitos, en lo posible, los sesgos que comportan las posibilidades prácticas de conseguir datos fiables sobre cada indicador.*

- *Construir un modelo de trabajo ilustrativo de la articulación entre los indicadores empíricos disponibles y de las relaciones esperadas.*

- *Poner a prueba la capacidad descriptiva del modelo*

- *Poner a prueba este mismo modelo en lo que se refiere a su capacidad predictiva, es decir, en la medida que posibilita la planificación del cambio psicosocial.*

- *Por último, perfeccionar el modelo de trabajo a través de la revisión de cada una de las ocho etapas anteriores.*

En nuestra opinión, la bondad del proceso descrito por Casas descansa en la insistencia en el trabajo de modelización, sin el que es poco probable que alcancemos a vislumbrar una funcionalidad para nuestro sistema de indicadores sociales que vaya más allá de la meramente descriptiva. Puesto que un sistema de indicadores es, fundamentalmente, un conjunto de medidas indirectas articulado mediante relaciones significativas, parece lógico pensar que será mayor su rendimiento en la medida que vayamos conociendo la naturaleza de estas relaciones. Por otra parte, resulta interesante también el aspecto circular del proceso: las etapas del mismo se someten a constante revisión, evidenciando que los sistemas de indicadores raramente se construyen sobre teorías consolidadas, sino más bien sobre un esquema teórico que debe ser continuamente revisado. Más escépticos nos mostramos en relación a la capacidad predictiva del sistema, aunque es posible que aquí el autor quiera sugerir con el término “predictivo” una idea distinta, más acorde con la de facilitar el seguimiento del cambio social.

En síntesis, la consideración de los sistemas de indicadores sociales como productos de un proceso nos lleva a la importante conclusión de que hay que evitar presentar éste como una “caja negra”, afectado por una opacidad que nos impide contemplar los distintos momentos del mismo. Por contra, será beneficioso para garantizar la adecuación del sistema a la realidad que se quiere medir, que se expliciten las distintas etapas de las que ha constado la operacionalización de los conceptos teóricos hasta llegar a los indicadores empíricos. Igualmente, es conveniente incluir un trabajo previo de modelización y la revisión constante del proceso, en la medida que el sistema debe ser una entidad dinámica, suficientemente elástico para responder a cambios en la realidad social que demanden nuevos indicadores o transformaciones en los presupuestos teóricos que animaron su formulación.

b) Los sistemas de indicadores sociales como ejercicio de selección de indicadores:

Tal y como se ha anticipado en líneas precedentes, la selección de los indicadores que van a constituir el correlato empírico de los conceptos teóricos que deseamos medir forma parte, en realidad, del proceso de construcción del sistema como una etapa más del mismo. Sin embargo, siendo éste un momento crítico en el desarrollo de cualquier sistema de indicadores sociales, entendemos que puede y debe ser considerado de manera autónoma.

Resulta curioso, dicho sea de paso, que en la extensa literatura referida a los indicadores sociales se dedique relativamente poco espacio a esta cuestión. Esto es, en realidad, expresión del mismo problema antes señalado: la opacidad que caracteriza en muchos casos el trabajo de los investigadores en este campo, rasgo que obedece en múltiples ocasiones a un exceso de pragmatismo; no es necesario poner de manifiesto el criterio (o los criterios) utilizados en la selección de indicadores porque éste es puramente intuitivo o no existe como tal: se escogen los indicadores que aparecen disponibles al investigador y de esa manera se resuelve la tensión entre indicadores deseables y posibles.

Sin embargo, como puede evidenciarse en los dos ejemplos anteriores, todo sistema de indicadores sociales deberá plantear como un momento clave en la formulación del mismo aquél en el que se produce el descenso desde el planteamiento teórico a la elección de las medidas empíricas que van a funcionar como indicios del concepto a medir. Se produce aquí las más de las veces una fractura inevitable, en la medida que es raro el caso en que existe una equivalencia exacta entre indicadores posibles (esto es, los que son susceptibles de ser usados operativamente) y deseables (aquellos que querríamos utilizar en términos operativos, por representar mejor el concepto estudiado o sus dimensiones).

Por esta razón debe prestarse una atención especial al problema de los criterios que permiten la selección de entre el universo de indicadores posibles de los que finalmente figurarán en el sistema. Si tenemos en cuenta que la construcción de un sistema de indicadores sociales no es una simple recopilación de datos estadísticos, sino que dichos datos deben ser seleccionados teniendo en cuenta su poder de evocación y los presupuestos mentales implícitos en la definición de la variable teórica significada (INE, 1991), se observará que un error en la elección de los mismos implicaría una merma o distorsión importante en el resultado, la imagen generada de la realidad social. Nótese que esto es posible incluso aunque el proceso de operacionalización haya sido satisfactorio: la identificación certera de los indicadores deseables para designar un concepto o dimensión teórica no es garantía de validez del sistema, puesto que puede desvirtuarse al no poder identificar correctamente el rango de medidas o datos empíricos que corresponden a la representación de la conceptos teóricos previamente operacionalizados.

Por supuesto, esta fase del proceso de construcción de

los sistemas de indicadores guarda una estrecha relación con una de las principales funciones de éstos: la reducción de la información de una realidad compleja hasta sus aspectos nucleares significativos, posibilitando así su representación analítica. De esta manera, se opera, al elegir y construir indicadores e índices, eligiendo a su vez la información que consideramos significativa de cara a la aplicación del sistema. Según Cazés, esto responde a la agrupación de indicadores sociales conforme a tres estrategias:

- *La agregación, o adición de cantidades elementales que resultan homogéneas por su naturaleza o por construcción.*
- *La representación o enfoque reduccionista, cuyo punto de partida es la idea de que a la hora de diagnosticar una situación compleja es posible tomar en consideración aspectos relevantes de dicha situación y tratarlos como representativos de otros aspectos.*
- *La clasificación, o descripción de la realidad social a través de categorías conceptuales (homogéneas, excluyentes o colectivamente exhaustivas).*

Estos criterios, con ser útiles y dar una idea aproximada de la complejidad del momento de la selección de los indicadores, no concretan suficientemente el proceso. Gross (1966) incide de manera certera en el problema general que dota a esta fase del proceso de construcción de sistemas de indicadores sociales de su singularidad, al señalar que la selección del conjunto de indicadores que conformarán el sistema no es simplemente un ejercicio técnico de elección: implica otro tipo de condicionantes. El autor llama a esta circunstancia la "Paradoja de la Comprensividad", al tiempo que aprovecha para resaltar el hecho de que ésta no es abordada explícitamente ni discutida abiertamente durante el proceso de investigación<sup>95</sup>; consiste, en suma, en la tensión existente entre, por un lado, la necesidad de los planificadores y evaluadores de concentrar su atención sobre un número seleccionado de variables estratégicas en lugar de dispersar la atención en términos globales, por otro la necesidad de ofrecer una visión comprensiva como escenario para una selección estratégica.

Aludiendo a este problema Carley (1981: 166) señala como criterios relevantes a la hora de seleccionar indicadores: su validez y apropiación para los objetivos perseguidos, su exhaustividad, precisión y fiabilidad, dado que no deben solaparse ni promover la redundabilidad en el sistema, su grado de comprensividad, en la medida que cubren las áreas y objetivos designados, que sean susceptibles de control (político) y finalmente, su coste y el tiempo necesario para su aplicación y la obtención de información útil. Otros autores han simplificado estos criterios reduciéndolos a (Nutall, 1994: 94):

- *Que sean relevantes para la formulación de políticas.*
- *Que proporcionen información actualizada, comprensible y abarcable.*
- *Que se desprendan de un marco de investigación que incluya variables orientadas a la acción.*
- *Que sean válidos y fiables.*
- *Que sean susceptibles de ser obtenidos a un coste razonable.*

Por otra parte, también encontramos, como en el caso anterior, ejemplos de construcción de sistemas de indicadores

95. Añádase esta consideración a todo lo dicho con anterioridad sobre el problema de la opacidad interna de los sistemas de indicadores sociales, y se comprenderá por qué el trabajo con indicadores se resiente en ocasiones de un exceso de pragmatismo o arbitrariedad a la hora de definir el instrumento que permitirá la representación de la realidad social.

sociales en los que se desarrolla un esfuerzo importante por manifestar de manera explícita los criterios que han llevado a la selección de unos indicadores en detrimento de otros. Éste es el caso de la conocida lista OCDE de indicadores sociales (OCDE, 1985: 20), donde se señalan como criterios de asignación de indicadores:

- *Que estén centrados en los productos finales o concebidos de tal manera que describan un resultado social final.*
- *Ser significativos desde el punto de vista de la acción, es decir, describir condiciones sociales susceptibles de ser mejoradas mediante una acción colectiva o una determinada política gubernamental.*
- *Ser aplicables durante un período de tiempo considerable y en un número relativamente alto de países miembros.*
- *Aplicarse a condiciones de bienestar individuales, con exclusión de una serie de “bienes públicos indivisibles”.*
- *Ser independientes de las peculiaridades institucionales concretas, con el fin de que resulten comparables.*
- *Formar parte de una retícula que cubra el conjunto de las preocupaciones sociales.*
- *Corresponder estrechamente a la preocupación social a la que se aplican y, no obstante, ser algo más que una descripción de un fenómeno social.*
- *Constituir un cuadro bien integrado de definiciones, especificaciones, directrices estadísticas y categorías clasificatorias compatibles con los otros grandes grupos de estadísticas sociales y demográficas.*

Es fácil concluir que estos criterios de asignación no son intercambiables, sino que están ajustados al objetivo concreto que se plantea, en este caso, la OCDE. En realidad, salvo los requisitos obvios de carácter metodológico, normalmente referidos a la validez y fiabilidad de los indicadores, el resto responden a la propia finalidad del sistema y a la parcela de la realidad social para cuya representación se diseña. Por ello, los criterios escogidos por la OCDE hacen hincapié en las funciones de compatibilidad y comparabilidad de los indicadores, en la medida que se pretende establecer un marco general que facilite la comparación de datos de varias sociedades.

De otra parte, por más que parezca una cuestión de sentido común, la elección de los indicadores presenta un grado de complejidad considerable en muchos sentidos; desde luego, por las limitaciones materiales de los investigadores, que no siempre pueden acceder a los datos que desean; pero también por la situación social de los colectivos a los que se refieren los datos y su presencia en las estadísticas oficiales<sup>96</sup>; la necesidad política de obtener resultados a corto plazo; la variabilidad de las fuentes, y otros. No resulta extraño que algunos autores, en su empeño por detallar todo el proceso hayan llegado a identificar más de treinta y cinco cuestiones centrales que deben ser observadas al seleccionar los indicadores que no reproduciremos aquí en su totalidad (Klages, 1973: 251-243), pero entre las que se

encuentran: la verificación de que las variables con las que se opera han sido clarificadas conceptualmente de manera no ambigua, cuáles son los principios que intervienen en la selección e inclusión de indicadores y variables, hasta qué punto estos principios se han sometido a discusión, si la elección se ha guiado por criterios de carácter económico en la selección de indicadores, si se han discutido suficientemente los problemas de operacionalización de las variables teóricas, el nivel de análisis estadístico de los datos que componen los indicadores, la discusión sobre el valor evaluativo e interpretativo de los datos a recoger, etc.

En suma, la selección de un conjunto de medidas del universo de los indicadores posibles, una vez considerada la relación entre indicadores ideales y operativos, es un momento clave del proceso de construcción de sistemas de indicadores sociales. Por ello, toma aquí también especial relevancia la necesidad de hacer explícitos los criterios utilizados a la hora de realizar esta selección, siendo aconsejable la observación de todos los posibles factores que pueden influir sobre ésta. De otro modo, si la selección de los indicadores es defectuosa lo será también el producto final, afectando a la representación de la realidad social que buscamos bosquejar a través de la medición indirecta.

c) Presentación y estructuración de los sistemas de indicadores:

Si bien puede ser una cuestión menor en comparación con la centralidad de los dos aspectos anteriores, convendría plantearse el problema de la estructuración de los sistemas de indicadores y su presentación final, dado que influye sobre la legibilidad y utilidad de los datos.

No debe olvidarse que los sistemas de indicadores sociales cuentan entre sus funciones principales con la de constituir un instrumento informativo, similar en muchos casos al de las cuentas económicas, accesible a un público muy amplio. Deben conjugarse aquí, por tanto, dos aspectos fundamentales: la visión teórica que anima la construcción del sistema de indicadores, es decir, su estructura formal ajustada al objetivo definido por los investigadores, y la necesidad de proporcionar datos legibles e interpretables que puedan apoyar u orientar el proceso político de toma de decisiones. En definitiva, por más que un producto científico, los sistemas de indicadores son también un instrumento al servicio de una audiencia amplia, no necesariamente compuesta de manera exclusiva por investigadores. Esto ha hecho que algunos autores hayan enfatizado, a la hora de elaborar formalmente la presentación de los datos, el valor de la simplicidad. Parece recomendable la síntesis de los mismos y su clasificación en un rango razonable de categorías que resuman adecuadamente una visión global de los aspectos de la realidad social estudiados. Esta máxima cobra un valor especial cuando hablamos de elaborar indicadores sobre la base de fuentes muy diversas y muy distintos grados de desarrollo de la estadística pública, como ocurre cuando se pretende la comparación de indicadores que pertenecen a ámbitos geográficos y sociales distantes. Siendo éste el caso de la ONU, no es extraño que ésta recomiende, como objetivo principal, la obtención de coherencia a través de la identificación de un núcleo de datos básicos, facilitándose a quienes elaboran o usan indicadores la utilización de

96. Éste sería, dicho sea de paso, el caso de la infancia, que demanda un tratamiento metodológico diverso, como se argumentará más adelante.

cuadros básicos o bien como perfil o bien como herramientas para seleccionar y calcular indicadores, en cada caso según sus propios intereses y necesidades particulares (Naciones Unidas, 1989).

Recogemos aquí la clasificación que nos parece que ordena más claramente los distintos tipos de estructuras de agrupación de los sistemas de indicadores, habida cuenta de su enorme diversidad<sup>97</sup>. Se comprenderá que, en realidad, son muchos los sistemas que no pueden incluirse de manera tajante en una u otra categorías, sino que participan de manera mixta en varias de ellas. Distinguiremos, siguiendo a Carley (1981: 48-64), las siguientes:

- *Desarrollados programáticamente: organizados con arreglo a las propias áreas institucionalmente designadas por la sociedad, tales como: vivienda, salud, religión, etc.*

- *Desarrollados de acuerdo a áreas de metas sociales: parten de lo general hacia lo específico, identificando metas sociales y refinando éstos para obtener submetas y objetivos, llegando finalmente a la elección de indicadores que den cuenta de la consecución de estos objetivos o metas. Los indicadores resultantes pueden parecer similares a los de los sistemas programáticos, pero existe una diferencia importante, presente en la explicitación consistente de la propia lógica interna que lleva al desarrollo de los indicadores.*

- *Desarrollados en función del ciclo de vida: se utilizan las fases del ciclo de vida, o estadios en el desarrollo del nacimiento a la muerte de un individuo como base para la organización del sistema. Los indicadores como tal surgen de la interacción del individuo con las instituciones durante su ciclo vital y su logro en términos normativos y de autorrealización.*

- *Desarrollados sobre una base teórica: modelos sociales de tipo causal que interrelacionan variables y explican así unas en base a las otras. Este tipo de estructuración se refiere a la secuenciación de eventos sociales y su análisis en términos cuantitativos, usualmente a través de sistemas de ecuaciones y relaciones estimadas entre las variables especificadas teóricamente.*

La idea importante a retener es la de que la estructura de los sistemas de indicadores y la manera en que ésta determina la presentación de sus resultados depende claramente de su adecuación a un objetivo concreto. La medición del bienestar social en términos de contabilidad social o la medición del grado de integración social de un colectivo, requerirá formas diferentes de presentación de la información y de estructuración y organización de los indicadores (a la par que indicadores diferentes, por supuesto). Los tipos programáticos y por metas sociales se ajustan muy bien al trabajo del “movimiento de indicadores sociales”, destinado al estudio del bienestar y la calidad de vida, generalmente desde una perspectiva macroscópica,

mientras que un sistema que busque generar capacidad predictiva o explicativa en relación a un determinado fenómeno social, tenderá más bien a estructurarse sobre una base teórica que facilite el estudio de la causalidad. En última instancia, no debe olvidarse que todos aquellos sistemas de indicadores sociales que pretendan poner de manifiesto aspectos de la sociedad y su dinámica para una audiencia amplia, deberá presentar la información, independientemente de cuál haya sido su lógica interna de procedimiento, de manera que ésta facilite la legibilidad en lugar de obstaculizarla, implicando esto también como contrapartida un cierto riesgo de simplificación.

### **3.6. Del concepto a la práctica: antecedentes y desarrollo de los indicadores sociales**

#### **3.6.1. El origen de los indicadores sociales**

Existe un elevado grado de acuerdo por parte de muchos de los autores citados en el apartado anterior en señalar dos ideas importantes para la comprensión de la evolución histórica de la investigación asociada a los indicadores sociales (Andorka, 1984; Jura, 1979; Abrams, 1973; Andrews, 1990; Nectoux et al, 1980; Stafford, 1978; Cazes, 1970; 1972; Carley, 1981): la primera es que los indicadores sociales, tal y como hoy los conocemos, hacen su aparición como consecuencia del encargo que en 1962 la NASA<sup>98</sup> hace a la Academia de las Artes y las Ciencias norteamericana para que sean investigadas las consecuencias sociales (indirectas o de segundo orden) del cambio tecnológico, lo que desembocará en el año 1966 en la publicación del clásico de Raymond Bauer, *Social Indicators*; la segunda es que el impulso que reciben en un primer momento es fruto del descontento existente a la hora de vincular el estudio y análisis de los fenómenos sociales con las cifras referidas al desarrollo económico, por lo que en su punto de arranque los indicadores sociales suponen un intento de consolidación de las ciencias sociales frente a la reducción de la realidad social al campo de lo económico<sup>99</sup>. Estas nociones sobre el nacimiento de los indicadores sociales como instrumento de análisis y planificación pueden aceptarse en líneas generales, pero necesitan ser matizadas.

En primer lugar, la atribución de un momento temporal de partida para la investigación social basada en indicadores sugiere la idea de una ruptura o de la introducción de una metodología radicalmente nueva en el terreno de la sociología. Algunos autores se han ocupado de lanzar una hipótesis de trabajo muy diferente. Por ejemplo Cazes (1972: 13)

The construction of social indicators is not a radically new activity, but lies in the direct descent of quantitative methods in social sciences, the construction of social indicators raises exactly the same difficulties as any measurement of social facts.

Dicha hipótesis consiste en señalar que la construcción de indicadores sociales es fruto de la maduración de la propia disciplina sociológica, así como de la necesidad, presente de manera ineluctable en la práctica investigadora de los

97. Para consulta de otras clasificaciones véase: Setién (1993: 49 y ss.).

98. National Aeronautics and Space Administration.

99. Aunque este intento no oculte su intención de mimetizarse con dichos indicadores económicos, dado que aunque los critique pronto comenzará hablarse de conceptos como el de “contabilidad social” y cobrarán sentido las medidas sintéticas (o índices) a la imagen y semejanza de las que ya existen y son de uso habitual en el terreno de lo económico. Por ello quizás sea correcto decir que los indicadores sociales surgen para complementar o enriquecer la información económica, no contra ella.



científicos sociales, de operacionalizar y medir conceptos no directamente observables.

Tomando dicha idea como punto de partida, y sin negar la importancia que, como se analizará más adelante, tiene el contexto de crecimiento y desarrollo de la aplicación de indicadores sociales a la investigación y planificación política a partir de la publicación del libro que Bauer edita, estimamos necesario señalar de manera más exhaustiva los antecedentes sociales, económicos y propiamente teóricos en el mundo de las ciencias sociales que desembocan en lo que hoy conocemos como “indicadores sociales” o “sistemas de indicadores sociales”. En última instancia, el desarrollo de sistemas de indicadores sociales como una vía indirecta de análisis de la realidad social entronca con los problemas metodológicos comunes a la sociología y es, sin duda, la consecuencia directa de la necesidad presente en la disciplina de trabajar con conceptos teóricamente relevantes pero no directamente mensurables, que necesitan ser operacionalizados en mayor o menor medida; de esta forma, el problema de la formulación de indicadores sociales es, a grandes rasgos, el problema de la conexión entre el trabajo teórico y su correlato empírico a través de un lenguaje cuantitativo.

El problema de la operacionalización y la medida indirecta, desde luego, no arranca en los años 60, sino mucho antes. Las dificultades presentes en la constatación empírica de dimensiones teóricas abstractas nacen con la propia actividad sociológica y están presentes, explícita e implícitamente, en la obra de los que han sido considerados “padres fundadores” de la disciplina<sup>100</sup>. Cobra así un posible sentido la afirmación que Diez Nicolás vierte en su propuesta de un sistema de indicadores sociales para la sociedad española, en el que señala que hacer un resumen de todos los estudios sobre indicadores sociales “puede considerarse una tarea equivalente a resumir todos los estudios sociológicos desde Durkheim y otros pioneros hasta ahora” (Diez Nicolás, 1967: 195). Así, Weber señalaba, con su agudeza habitual, la manera en que esta doble dimensión teórico-empírica puede llegar a producir, también, dos “trabajos” diferentes en la práctica sociológica (Weber, 1984: 190):

*Si utilizamos los términos de F.T. Vischer resulta que en nuestra disciplina también existen “empollones de la materia” y “empollones del sentido”. Las fauces de los primeros, ávidas de hechos, sólo se ceban con mamotretos de documentos, estadísticas y encuestas, pero se muestran insensibles a las fuerzas de la idea nueva. La gula de los segundos llega a perder el gusto por los hechos mediante destilaciones de pensamientos cada vez más nuevos.*

La propia noción de Tipo Ideal que Weber (1984: 163) popularizara, entendida como cuadro homogéneo de ideas no presente en la realidad resultante de la reunión de gran cantidad de fenómenos individuales, difusos y discretos desde

la acentuación unilateral de uno o varios puntos de vista, constituye un intento de establecer un puente que permita el trabajo a ambos niveles, teórico y empírico, y descansa, por ejemplo, en una distinción de las fuentes cuantitativas de datos en función de su capacidad para aportar una base de sentido a la comprensión de los fenómenos sociales (Weber, 1993: 11).

Sin embargo, si en Weber encontramos un planteamiento concreto que responde a la necesidad de conectar el avance de lo teórico con su medición empírica<sup>101</sup>, parece claro que es en la obra de Emile Durkheim donde se plantea de manera explícita el problema de la aceptación de indicadores de conceptos teóricos como vía indirecta de medición (Lazarsfeld, 1966; Casas, 1989). Cuando aparece *El Suicidio* no estamos ante una investigación sociológica, sino ante un modelo metodológico de investigación sociológica que se plantea, precisamente, la plausibilidad de una medición cuantitativa de un fenómeno no directamente observable. El problema que Durkheim plantea no difiere en nada de la cuestión inicial asociada a la formulación de indicadores sociales desde que Bauer popularizara esta denominación: ¿qué tipo de hechos observables deben ser registrados para posibilitar el estudio de una dimensión teórica no directamente observable? La posibilidad del estudio indirecto de los fenómenos sociales deriva, según el autor francés, de la objetividad presente en la naturaleza misma de los por él así llamados “hechos sociales” (Durkheim, 1976: 339):

De tal modo son cosas *sui generis* y no entidades verbales que se les puede medir y hasta comparar en su magnitud relativa, como se hace con la intensidad de las corrientes eléctricas o de los focos luminosos. Así, esta proposición fundamental de que los hechos sociales son objetivos, proposición que hemos tenido ocasión de sentar en otra obra, y que consideramos el principio del método sociológico, encuentra en la estadística moral, y sobre todo en la del suicidio, una prueba nueva y particularmente demostrativa.

El problema consiste, en última instancia, en la necesidad, presente en la práctica investigadora, de sustituir “lo exterior por lo interior”, el concepto teórico por el dato aparentemente superficial, pero referido a él en virtud de una relación significativa (Durkheim, 1976: 346):

*Creemos que después de esta explicación no se nos reprochará más de querer, en sociología, sustituir lo exterior por lo interior. Partimos de lo exterior, porque es lo único inmediatamente conocido para alcanzar el interior. El procedimiento es, sin duda, complicado, pero no hay otro.*

No es casualidad que el siguiente nombre que es necesario reintroducir en el estudio de los antecedentes sociológicos a la aparición de los indicadores sociales, sea el de un autor cuya relación con Durkheim sólo puede calificarse de estrecha. Nos referimos a R. K. Merton, que retoma en *Teoría y Estructura Sociales* (cuya edición original data de 1949, siendo revisada en 1957) el concepto de anomia del autor francés, planteando la necesidad de la elaboración de un sistema de indicadores sociales para el estudio del grado de anomia presente en comunidades humanas (Merton, 1964: 243).

*Como muchos de los que tratamos de seguir sus grandes huellas y en consecuencia vacilamos un poco en estas zonas excesivamente espaciales, Durkheim no ofreció una guía explícita y metódica de las diferentes señales de anomia, de los*

100. Sobre la aportación de dos clásicos del pensamiento sociológico como son Emile Durkheim y Max Weber al campo de la operacionalización y la investigación empírica de conceptos teóricos véase el texto de Lazarsfeld (1966).

101. De acuerdo con Lazarsfeld (1966) la principal aportación del autor alemán sería la de haber esclarecido que la relación que se establece entre el concepto teórico y el dato empírico que parece señalarlo es, fundamentalmente, de carácter probabilístico y no totalmente determinada.



*fenómenos observables relativos a la carencia de normas y relaciones sociales venidas a menos. Pero es evidente que hay que establecer indicadores si el concepto de anomia ha de utilizarse en investigaciones empíricas.*

Tras señalar, adelantándose en varios años a debates posteriores en torno al problema de los indicadores sociales, que un sistema de indicadores sociales debería incluir tanto los componentes objetivos como subjetivos del fenómeno (en este caso, la anomia), Merton apunta una primera limitación de los indicadores sociales: de nada sirven si las fuentes de datos no son receptivas a las necesidades del trabajo teórico-práctico del sociólogo (Merton, 1964: 244-245):

*Su decisiva limitación proviene de una circunstancia con la que suelen tropezar los sociólogos que tratan de investigar medidas de conceptos teóricos valiéndose de los datos sociales que por casualidad están registrados en las series estadísticas hechas por agentes de la sociedad; a saber, la circunstancia de que esos datos de contabilidad social que se tienen a mano no son necesariamente los datos que mejor miden el concepto (...) Consideraciones pragmáticas de este tipo no son, desde luego, una alternativa adecuada a indicadores del concepto teóricamente derivadas (...) La utilización de los datos de contabilidad de que se dispone no es más que un sustituto prácticamente impuesto y provisional.*

Si tenemos en cuenta que el libro de R.K. Merton en su edición original (1949) es casi diecisiete años anterior al de Bauer y en él se menciona explícitamente a los indicadores sociales, así como otros conceptos relacionados como el de la contabilidad social y los de validez de los indicadores para el estudio de conceptos teóricos como el de anomia, la ausencia de Merton en la práctica totalidad de los análisis que tratan de elucidar las condiciones del surgimiento de la investigación basada en indicadores es del todo sorprendente. Una posible explicación remite al hecho de que lo que se presenta comúnmente como un recorrido por la historia de los indicadores sociales y su aplicación al estudio de la realidad social es, en realidad, una exposición cronológica del surgimiento y desarrollo de lo que se ha dado en llamar el “movimiento de indicadores sociales”<sup>102</sup>, lo cual hace aparecer a los indicadores desligados de la propia teoría sociológica

clásica, irrumpiendo de manera repentina en el panorama de la investigación social.

Por último, también dentro del campo de la epistemología y la metodología, otros autores habían sugerido ya la noción de indicador, asociándola al problema de la inferencia y la medición indirecta de conceptos teóricos, así como a la cuestión seminal de la relación compleja entre la actividad teórica, la observación y la recolección de datos que verifiquen la teoría. Concretamente Paul Lazarsfeld<sup>103</sup>, ya en los años cincuenta, utiliza el término indicador (Lazarsfeld y Barton, 1951), aunque no será sino posteriormente cuando explicita que lo hace en el sentido de “expresión empírica de un concepto”, reservando por su parte el término índice para “la síntesis de indicadores” (Boudon y Lazarsfeld, 1973: 36), relacionado con su teoría de la “estructura latente” (Lazarsfeld, 1954; Lazarsfeld y Rosenbeg, 1955; Lazarsfeld, 1966).

Más frecuentemente aparecen en la literatura consultada otro tipo de antecedentes al uso de los indicadores sociales que podemos resumir en dos grandes grupos: por un lado aquellos referidos a los cambios en el contexto social y científico y al crecimiento progresivo de la labor de recopilación de información estadística adecuada a las nuevas necesidades de los Estados occidentales, y por otro los que apuntan, más bien, al trabajo de ciertos teóricos que les sitúa en un punto muy cercano al de la formulación de indicadores, a modo de precursores.

Los nombres que aparecen relacionados con este segundo grupo de antecedentes son básicamente dos<sup>104</sup> (Carley, 1981; Stafford, 1978; Setien, 1993): Arthur Cecil Pigou (1912), y en los años treinta William Ogburn. Concretamente, en lo referente a Pigou cabe mencionar, sobre todo, la aportación realizada a la crítica de la teoría económica neoclásica, al señalar la importancia del concepto de “coste social” asociado al bienestar público en su obra *Wealth and Welfare* (posteriormente *The Economics of Welfare*). En cuanto a Ogburn, más precisa y cercana parece haber sido su contribución al nacimiento y expansión del uso de indicadores sociales. Sobre un marco teórico arraigado en el estudio del cambio cultural y empeñado en la elaboración de medidas refinadas del mismo con objeto de anticipar el cambio social y sus consecuencias<sup>105</sup>, Ogburn participa desde la Universidad de Chicago, uno de los centros indiscutibles de la teoría sociológica norteamericana, en los primeros intentos de descripción estadística de la dinámica social. El punto de vista de Ogburn es fundamentalmente cuantitativo y descriptivo<sup>106</sup>, por lo que algunos autores, como Stafford (1978), señalan aquí el comienzo de un primer paradigma o interpretación dominante dentro de la investigación con indicadores sociales, lo que denomina el paradigma empírico o estadístico. A Ogburn debemos, en primer lugar, un papel preponderante en la elaboración de una de las primeras publicaciones que pueden citarse ya como pertenecientes al campo que nos ocupa, titulada *Recent Social Trends [Tendencias Sociales Recientes]* (President's Research Committee on Social Trends, 1933), que responde al compromiso que el presidente Hoover expresara en 1929. En segundo lugar, durante el período de 1928 a 1934, William Ogburn editó el volumen anual del *American Journal of Sociology* dedicado al estudio del cambio social. El carácter de la obra de Ogburn, su énfasis en el cambio social, la posibilidad de anticipación de sus

102. Para una breve caracterización del “movimiento de indicadores sociales” véase: Moser (1973).

103. La razón de citar en este apartado a Merton y a Lazarsfeld responde a algo más que a una casualidad de la redacción. De hecho, ambos coincidieron en la Universidad de Columbia, así como en el Bureau of Applied Social Research, que estuvo bajo dirección del primero hasta el año 1971, desarrollando una interesante colaboración académica.

104. Aunque se citan también otros nombres, como los de William Petty, Alfredo Niceforo o el propio Quételet, como puede comprobarse en: Nectoux et al., 1980; Setien, 1993.

105. Recuérdese lo ya señalado sobre el acento puesto en la prognosis y prevención del cambio social de las primeras definiciones e interpretaciones de los indicadores sociales, tal y como han sido expuestas en el primer apartado de este capítulo.

106. A este respecto es muy recomendable la consulta de la breve pero esclarecedora presentación de la vida y la obra de W. F. Ogburn que realiza el profesor Salustiano del Campo (2000), en la que sitúa la obra de Ogburn en su contexto histórico y académico y señala las múltiples influencias y posteriores ramificaciones de la misma, habidas sobre lo que llamamos el “movimiento de indicadores sociales”. Entre otras cuestiones, defiende el autor la idea de que Ogburn no fue, como se supone, un “empiricista a ultranza” sino más bien “un sociólogo de vastos intereses intelectuales” (Del Campo, 2000: 191). Puede complementarse esta referencia acudiendo al bosquejo que presenta Ross (1991: 394) de un Ogburn conservador, atormentado por conflictos de índole sexual, buscando en la estadística un principio de autoridad en un sentido cuasi religioso.

consecuencias para la medición sociedad y la confianza en la cuantificación de la dinámica social y la mejora de los datos de contabilidad social, será una marca importante que identificará el optimismo reinante en los primeros años del movimiento de los indicadores sociales, que como sabemos coinciden con la expansión y el desarrollo económico que sacuden a Estados Unidos durante los años cincuenta y sesenta.

Así mismo suele señalarse una constelación de factores actuando sobre el surgimiento de los indicadores sociales: por un lado, es inevitable referirse al propio crecimiento de los Estados como organizaciones y la demanda asociada de recopilación de datos cuantitativos y planificación económica y social, crecimiento que tiene lugar principalmente durante los siglos XIX y principios del XX, pero que tendrá un fuerte impulso con los objetivos de planificación económica y social tras la Segunda Guerra Mundial (Nectoux et al., 1980; Andorka, 1984), a lo que hay que añadir la propia dinámica de crecimiento de las ciencias sociales y la mejora de las técnicas de conocimiento de la realidad social (Jura, 1979; Cazes, 1972; 1970), junto al creciente descontento que surgió por la reducción del estudio de lo social a la generación de una contabilidad económica que no era capaz de reflejar en el concepto reducido de desarrollo económico, algún otro paralelo que diera cuenta del pretendido desarrollo social y/o de las posibles consecuencias que el cambio social que caracterizó las décadas de los cincuenta y sesenta tendría en este sentido (Álvarez Page, 1996; Carmona, 1977; Andorka, 1984; Jura, 1979; Carley, 1981)<sup>107</sup>.

Por otra parte, se ha afirmado con anterioridad que la historia de los indicadores sociales ha sido narrada desde la perspectiva de la historia del movimiento de indicadores sociales, y si esto ha sido así en parte puede deberse a la peculiar caracterización del movimiento y el papel que jugó en el progreso de las ciencias sociales y el conocimiento científico de la realidad social. No cabe obviar que la buena acogida que tuvo la iniciativa del desarrollo de indicadores sociales se sustentó sobre la apariencia de núcleo de “ciencia fuerte” (Klages, 1973), de orientación positivista y con potencialidad predictiva, orientada a la planificación del cambio social y el control tecnológico y/o tecnocrático de la sociedad<sup>108</sup>,

107. Como indica Álvarez Page (1996: 82), puede citarse como un antecedente directo de la explosión de indicadores sociales de los sesenta, la honda preocupación sobre la medida del desarrollo y sus consecuencias que tiene lugar en los años cincuenta.

108. Resulta un objetivo excesivo para este trabajo, pero no cabe duda de que un análisis desde la perspectiva de la sociología de la ciencia del contexto en el que nacen los indicadores sociales desvelaría aspectos muy interesantes de éstos: sobre todo en relación a su conexión con los deseos de una sociedad estrechamente comprometida con la pervivencia de sus instituciones y el control tecnológico de la dinámica social. Algo parecido, aunque referido a las propias ciencias sociales en los Estados Unidos, es lo que hace Dorothy Ross en su *Origins of American Social Science*. La tesis de Ross (1991) parte de la afirmación de un hecho singular en el contexto de la sociedad estadounidense: durante los años veinte la autoridad cultural y el poder social del cientifismo desplazó el centro de gravedad de la ciencia social hacia una concepción más tecnocrática de la misma y de su papel en dicho contexto. Desde esta premisa, la estadística, como medio superior o más riguroso, vinculado a las ciencias naturales, es la marca visible del carácter científico de esta nueva ciencia social. A la combinación de la pretensión de construir un papel tecnocrático para la ciencia social con una metodología propiamente objetivista, rigurosamente científica y pretendidamente neutral desde un punto de vista axiológico, así como cuantitativa y emparentada con aquella de las ciencias naturales, es a lo que Dorothy Ross llama un “positivismo instrumental” [instrumental positivism]. Es fácil, y por ello se cita aquí, encontrar el rastro de este positivismo instrumental en el surgimiento del movimiento de indicadores sociales.

109. En cuanto a la literatura sociológica española son especialmente recomendables los textos de Carmona (1977), Casas (1989) y Setién (1993).

claramente desligada de la caracterización de la sociología como una ciencia meramente descriptiva, ocupada en describir el desarrollo de la sociedad pasada y presente pero no en analizar las relaciones subyacentes que determinan los aspectos del comportamiento de las sociedades -la apreciación es de John D. Bernal en su *Historia social de la ciencia* (1967: 244)-.

Con estas credenciales, el movimiento de indicadores sociales pronto generó una fuerte dinámica de expansión, multiplicándose las publicaciones, las investigaciones y los fondos que las sustentaban, y extendiéndose al otro lado del océano, hacia las democracias europeas.

### 3.6.2. Las fases de desarrollo del movimiento de indicadores sociales

Son varios los autores que han expuesto diferentes itinerarios por la historia reciente de los indicadores sociales, tales como A. Biderman (1966) y B. Gross (1966) –ambos en el volumen clásico editado por Bauer-, también J. Stafford (1978) y C. Moser (1973), más recientemente M. Carley (1981), F. Andrews (1990) y W. Zapf (2000) y desde una perspectiva crítica F. Nectoux et al. (1980)<sup>109</sup> aunque puede encontrarse un cierto denominador común en todos ellos, dado que si bien existen algunas diferencias en la interpretación de los hechos, identificamos también una notable coincidencia en algunas ideas principales:

- En primer lugar, parece existir una fase previa a la configuración del propio movimiento, después de la Segunda Guerra Mundial, en la que se hace evidente una honda preocupación en las ciencias sociales por la medida del desarrollo, así como de las posibilidades de anticipación de las consecuencias del mismo con objeto de lograr cotas más altas de bienestar y evitar la aparición de conflictos sociales. La carencia de un sistema preciso de medición de conceptos muy abstractos, como el de “bienestar” o “progreso”, y la ineficacia de los sistemas de contabilidad económica para dar cuenta de fenómenos sociales complejos, como ya se ha señalado, son un importante acicate a la puesta en marcha de una actividad investigadora dirigida a este propósito.

- Durante los años sesenta asistimos a la aparición en escena de los indicadores sociales como tal, acompañados de un ilimitado entusiasmo en sus posibilidades como medidas de los fenómenos sociales, asociadas a nuevas perspectivas en el campo de la planificación del desarrollo y la intervención política sobre la dinámica social. Aparecen las primeras publicaciones sobre indicadores sociales, se producen los primeros intentos de construir los modelos sobre los habrían de edificarse los sistemas de contabilidad social, y se incorporan de manera explícita las nociones relativas al bienestar y su planificación al discurso político y científico. Hasta el año 75 aproximadamente, crecerían las reuniones y seminarios, así como las publicaciones que, de un modo u otro, abordaban el tema de los indicadores sociales.

- Como afirma Wolfgang Zapf (2000: 10) a mediados de la década de los setenta el movimiento de indicadores sociales alcanzó su cenit. Desde ese momento y durante todos los ochenta, el rendimiento de la investigación fue decreciente. En definitiva, un claro escepticismo vino a sustituir al optimismo que acompañó su gestación, decreciendo los fondos

dedicados a la investigación y las publicaciones sobre el tema. De acuerdo con Carley (1981: 15 y ss.) las razones para este viraje se resumen en una: las promesas de mejora en la medición de lo social y su contribución al bienestar que se asociaban a los indicadores sociales fueron incumplidas. En parte por no conseguir datos suficientes o de suficiente calidad, así como por las dificultades metodológicas que esto entrañaba, pero también por la escasa repercusión sobre la toma de decisiones en la esfera política o el hecho de que buena parte de la información que albergaba la etiqueta “indicadores sociales” era simplemente ambigua, poco útil o redundante.

- Tras la ralentización forzosa de los años ochenta, durante la década de los noventa la investigación con indicadores sociales aportó más interrogantes que tendencias claras hacia una dirección concreta. Es necesario constatar, como hace Beltrán (1991), que desde la perspectiva de finales del siglo XX los indicadores han pasado a figurar como un instrumento metodológico entre otros tantos, desapareciendo buena parte de las expectativas que los acompañaron desde los años sesenta. Se sigue publicando e investigando, aunque es también reseñable una clara inclinación a la diversificación hacia nuevos colectivos y nuevos objetos de estudio –entre ellos, la infancia.

De entre todos los autores que se han citado con anterioridad es Stafford (1978) quien propone una periodización más exhaustiva de la historia de los indicadores sociales, por lo que, al igual que hace M. Luisa Setien (1993) lo tomaremos como guía para exponer con más detalle el proceso de gestación, consolidación y madurez del movimiento de indicadores sociales. De acuerdo con este autor, encontramos tres grandes momentos en dicho proceso: a) un primer momento que corresponde a la “prehistoria” de los indicadores sociales (entre 1930 y los años 50), b) su momento de gestación (1955-65), y finalmente c) el período de cristalización (1966-75), a los que añadiremos un cuarto momento (d) que, siguiendo igualmente al autor denominaremos de “madurez o ciencia normal”, desde la segunda mitad de los setenta hasta la fecha. A este desarrollo pautado corresponde también la gestación de los distintos paradigmas presentes en los indicadores sociales, a saber: a) el paradigma empírico o estadístico, b) paradigma normativista, c) paradigma del cambio social y d) el paradigma culturalista.

a) La prehistoria de los indicadores sociales:

Corresponde la palabra “prehistoria” en la periodización de Stafford a lo que en estas páginas hemos llamado “antecedentes” de los indicadores sociales, en especial aquellos sucesos políticos y académicos que, ya en el siglo XX, preparan el terreno de la aparición de los indicadores.

Hemos dedicado ya suficiente atención a estos antecedentes de los indicadores sociales en páginas precedentes. Aquí se enmarca el trabajo de William Ogburn y el primero de los paradigmas de los indicadores sociales, el Empírico o Estadístico, según el cual el cambio cultural y social puede ser analizado a través de la acumulación de datos cuantitativos ordenados en estadísticas, que proveerán de la información necesaria de los distintos componentes del sistema social para interpretar la dirección del cambio<sup>110</sup>.

b) El período de gestación (1955-65):

Señala Stafford que es éste un período marcado por la definición de los problemas a resolver más que por la elaboración de soluciones posibles, por lo que parece que estaríamos ante una fase de problematización del campo de estudio y abordaje de posibles líneas de actuación sobre las principales cuestiones y dificultades planteadas en torno a los objetivos fijados. Por otra parte, cabe destacar que los años cincuenta y comienzos de los sesenta son, en definitiva, un momento de replantearse las consecuencias del desarrollo económico y las posibilidades de planificación del mismo. La combinación de un planteamiento metodológico novedoso a la búsqueda de una manera indirecta de medición de fenómenos sociales y la ambiciosa meta fijada de la anticipación del cambio social y sus consecuencias para actuar políticamente sobre el mismo, marcarán con tinta indeleble los primeros intentos de formular sistemas de indicadores sociales e imprimirán un vigor inusitado a los mismos. Parte de las consideraciones que se han expuesto en el primer epígrafe de este capítulo, referidas al problema de la normatividad de los indicadores sociales, sólo pueden ser entendidas si se observan las circunstancias que arrojaron la gestación de estos primeros intentos de formulación de indicadores.

Por supuesto, el hito fundamental de este período es el encargo que recibe la American Academy of Arts and Sciences en el año 62 para investigar las consecuencias sociales de segundo orden del programa de exploración espacial de la NASA. Casi podríamos afirmar que el origen de los indicadores sociales aparece vinculado ineludiblemente a la tecnología y la preocupación existente por las posibles consecuencias de la misma sobre la vida social. Será a raíz de este encargo como se hile la historia del movimiento de indicadores sociales, como veremos al tratar el siguiente período.

María Luisa Setién (1993) señala otras contribuciones importantes que aparecen también en el mismo período, entre ellas:

- El trabajo realizado, en el plano transnacional, por las Naciones Unidas, relacionado con el objetivo de desarrollar una medición precisa del “desarrollo efectivo” en sustitución de las medidas basadas en el PNB, cuyo resultado son sendos informes en torno a la medición del “nivel de vida”, el “Informe sobre la definición y evaluación de los niveles de vida desde el punto de vista internacional” (1954) y “Definición y evaluación de los niveles de vida desde el punto de vista internacional” (1961).

127. Las intenciones de Ogburn y su concepción del estudio del cambio social y las implicaciones del mismo para la previsión del desarrollo y la evolución social, son muy significativas a la hora de entender el posterior desarrollo de la investigación con indicadores sociales, así como el interés del mismo por desarrollar las habilidades de pronóstico y control del cambio social basadas en el uso de indicadores sociales. Al caracterizar las “tendencias sociales” el autor afirma (Ogburn, 2000: 216): “Concluimos nuestros comentarios con dos pensamientos sobre el significado que tiene para nosotros el conocimiento de las tendencias sociales. El primer mensaje general es que el conocimiento de las tendencias sociales nos sugiere la idea de que hay mucha estabilidad en la sociedad, aun cuando existan periodos de gran y rápido cambio social. Nos proporciona el sentimiento de seguridad de que nuestras instituciones no están construidas sobre arenas movedizas. Significa la seguridad de que las revoluciones son infrecuentes y de que la evolución es la norma. Con este conocimiento debería disiparse el temor de que en cualquier momento se puede romper la base. Las tendencias sociales no nos dan la misma sensación de seguridad que tiene el devoto en la Roca de los Tiempos, pero hay cierto bienestar en saber que las instituciones sociales son esencialmente estables, como lo es, por ejemplo, el clima; aunque a largo plazo cambian, como nos sugiere la historia”.

- La aparición de publicaciones que ofrecen análisis de las condiciones de vida de distintas sociedades sobre la base de la recopilación de indicadores sociales, como el trabajo de Russett et al (1964): *World Handbook of Political and Social Indicators* (del cual existe traducción española de 1968).

- La publicación, tras la creación a instancias de la orden del presidente Eisenhower de una comisión presidencial con el fin de definir metas que sirvieran para coordinar la política nacional, del informe titulado "Report of the US President's Commission on National Goals" (1960), que se encuentra con el problema de la carencia de indicadores a través de los que medir el concepto de "progreso social" en áreas concretas de la vida social.

- La participación de Daniel Bell, uno de los nombres destacados de la sociología americana, especialmente aquella dedicada a la labor de prognosis social, en la Comisión Nacional sobre Tecnología, Automatización y Progreso Económico (creada en 1964), que alerta sobre el hecho de que se carece de información referida a aspectos sociales, frente al mayor perfeccionamiento del sistema de información económica, sugiriéndose la creación de un sistema de contabilidad social que supla esta carencia de cara a la planificación política.

Como ya se ha señalado, se produce en este momento del siglo XX una demanda clara encaminada a un mejor conocimiento de los fenómenos sociales y al estudio del cambio social, cuya comprensión no es completa si se ejerce desde las coordenadas reducidas de las cifras de contabilidad económica. Se produce, diríamos, una convergencia o encuentro entre la necesidad política de disponer de mejores sistemas de información que posibiliten la toma de decisiones, y la formulación de políticas de intervención social ante un desarrollo económico y social acelerado del que se desconocen sus consecuencias, y la disposición de las ciencias sociales, y muy especialmente de la sociología, por encontrar y desarrollar nuevas herramientas de acceso a la realidad social que permitan un conocimiento más fino y preciso de los fenómenos sociales, aunque éstos no puedan ser medidos directamente. No cabe olvidar que, como afirma Stafford (1978: 70), el origen es problemático: motivado por la necesidad de corregir los desajustes y problemas provocados por un crecimiento económico algo desordenado. En palabras de Setien (1993: 9):

*Existe una demanda general de información social que describa el estado en que se encuentra la sociedad, que permita determinar las necesidades para encarar una respuesta a las mismas, que posibilite la formulación de metas y políticas sociales y una valoración del logro de los objetivos perseguidos. El terreno está abonado para que estalle una constelación de estudios en la búsqueda de nuevos instrumentos de observación e información.*

Este orden de cosas desembocará en el siguiente período, en el que los indicadores sociales ocupan un puesto preferente en las agendas investigadoras de los científicos sociales y crece progresivamente el interés y las publicaciones sobre el tema.

c) Período de cristalización (1966-75):

En el llamado por Stafford período de "cristalización" asistimos al florecimiento a todos los niveles de la producción

investigadora relacionada con el uso de indicadores sociales. Como el mismo autor se encarga de señalar, será éste un momento de búsqueda de soluciones prácticas con objeto de cambiar o mejorar las condiciones sociales, siendo uno de los principales objetivos el de tener un conocimiento más exacto de los problemas, lo cual responde a la demanda por parte de los investigadores y planificadores de mejores datos disponibles para evaluar la situación, vinculada a la necesidad de información sobre el conjunto de los grupos sociales y de estadísticas uniformes y resumidas que sean más accesibles al gran público. Bernard Cazes (1972: 13) nos habla de "la aparición de una necesidad común de datos sociales recogidos regularmente, cuya diversidad haga posible el evaluar una gran cantidad de programas y cuya regularidad permita la comparación en el tiempo y la proyección hacia el futuro". Asistimos, por tanto, a diferentes intentos de consolidación de una nueva herramienta metodológica que tiene como objetivo la creación de algún tipo de "cuentas sociales" o "sistema de contabilidad social", con objeto no sólo de conocer mejor los fenómenos sociales, sino de proveer de una medición continua de los mismos que permita el diseño de programas políticos de intervención adecuados e incluso la anticipación de las consecuencias futuras del cambio social. Un planteamiento ambicioso que ignoraba una de sus principales limitaciones: el hecho de que la teorización sobre lo social se encontraba aún –y se encuentra, de hecho– en un momento muy temprano de su desarrollo (Carley, 1981: 20), lo cual constituye un serio obstáculo para las posibilidades de éxito del mismo.

Resulta difícil resumir en unas pocas líneas el conjunto de aportaciones, -diversas y cuantiosas, desde luego- que tienen lugar en apenas una década, ni siquiera refiriéndonos a las más sobresalientes. Un balance somero del desarrollo del movimiento de indicadores sociales y de la investigación en torno a él hasta el final de la primera mitad de los años setenta señalaría, entre otros, los siguientes aspectos:

- En primer lugar, se concentra en el período no sólo buena parte de la producción referida a los indicadores sociales sino también la más significativa, por ser la base sobre la que se construyen los distintos paradigmas que guían la investigación posterior.

- La manera en que crecen las publicaciones, aumentan los fondos destinados a la investigación y los seminarios y encuentros, o se editan nuevas revistas y monográficos sobre el tema, atestigua lo intenso de la actividad que tiene lugar en la década y es lo que confiere al conjunto de esta producción el aspecto de un "movimiento" con identidad diferenciada y reconocible.

- Por otra parte, es en este momento cuando la chispa de los indicadores sociales se extiende a otros países, teniendo lugar múltiples aportaciones que ya no pertenecen exclusivamente al mundo académico norteamericano, de la misma manera que se publican los primeros informes nacionales que hacen uso de esta herramienta.

- Por último, el interés por los indicadores sociales y la honda preocupación por el problema del desarrollo y sus consecuencias se conjugan también a nivel internacional, y se instala pronto en el ámbito de organizaciones como las Naciones Unidas, la UNESCO, la OCDE, etc. produciendo



interesantes debates en torno a la posibilidad de diseñar sistemas de indicadores válidos en distintos contextos nacionales que cuajan en propuestas concretas.

En lo que respecta a los hitos teóricos de la década, es lugar obligado de paso en este breve recorrido histórico por el uso de los indicadores sociales en el contexto de la sociología la obra editada por Raymond Bauer, titulada *On Social Indicators* (1966a). El libro de Bauer es una compilación de textos de diferentes autores, vinculada al trabajo de prospección de las consecuencias de segundo orden de la innovación tecnológica encargado por la NASA que hemos comentado anteriormente, los cuales analizan la plausibilidad de la medición de lo social a través de los indicadores sociales al tiempo que aparece buena parte de la terminología asociada a los mismos y se plantean ya los primeros problemas de medición, junto con expectativas muy optimistas sobre futuras aplicaciones al estudio de la dinámica y el cambio social. El propio Bauer aclara el propósito del libro (Bauer, 1966a: 1):

*This volume is a whole devoted to the topic of social indicators –statistics, statistical series and all other forms of evidence- that enable us to asses where we stand and are going with respect to our values and goals, and to evaluate specific programmes and determinate their impact.*

Aparece así el segundo de los paradigmas presentes en el campo de los indicadores sociales, el Paradigma Normativista<sup>111</sup>, cuya pretensión es justamente la que expone el autor: determinar, tomando como referente los valores presentes en la sociedad y los objetivos que ésta persigue en su conjunto, el momento de desarrollo en que se encuentra y facilitar así el diseño de programas de intervención política y evaluar su impacto.

Sin embargo, conjuntamente con la obra de Bauer, aparecen otros volúmenes que van a influir decisivamente sobre la perspectiva del estudio de lo social a través de indicadores sociales. Apenas dos años después de la publicación de *On Social Indicators*, los paradigmas comienzan a diversificarse con la aparición de la obra de Eleanor B. Sheldon y Wilbert Moore (1968); los autores en *Indicators of Social Change: Concepts and Measurement* plantean una interpretación diferente a la del paradigma normativista, en la que los elementos determinantes son los aspectos objetivos de la estructura social y la manera en que estos mutan dentro de

un esquema de cambio social. La realidad social es demasiado compleja y difícilmente es posible, contando con el estado actual de desarrollo de la teoría social, cumplir con los propósitos normativos que expresara Bauer. Los indicadores sociales son, desde este punto de vista, las mediciones estadísticas con carácter temporal –lo que conocemos como “series estadísticas”- que permiten conocer la evolución de las condiciones sociales y el estudio del entramado de relaciones sociales sobre las que se produce el cambio social de las estructuras objetivas de la sociedad. Ligado a estos aspectos, la visión de los autores que escriben en el libro de Sheldon y Moore (entre ellos, el propio Daniel Bell, por ejemplo) apuesta por el perfeccionamiento de los datos y los sistemas de recogida de información de los mismos<sup>112</sup>. Nos encontramos ante lo que Stafford llama el Paradigma del Cambio Social.

Todavía dentro de la década de los sesenta se va a producir una nueva aportación; nos referimos a la publicación, a cargo del Departamento de Salud, Educación y Bienestar (Department of Health, Education and Welfare) de *Toward a Social Report* (Olson, 1969). Como señala Setien (1993: 12) la principal novedad de este informe es la de señalar la necesidad de “realizar informes sociales periódicos que proporcionen información descriptiva sobre las condiciones de la sociedad”, amén de volver a insistir sobre el carácter normativo de los indicadores sociales al expresar una medida del bienestar social y del grado de su consecución.

Surge entonces un importante debate relacionado con el desarrollo vigoroso pero todavía incipiente de los indicadores sociales como medio de conocer la realidad social, debate en el que se plantea la cuestión de si es suficiente con conocer la dimensión “objetiva” de dicha realidad. La diversidad paradigmática en el campo de la investigación social con indicadores sociales se va a completar en 1972, cuando Campbell y Converse publiquen una obra que se plantea como complementaria a la de Sheldon y Moore y que también publica la fundación Russel Sage, activa promotora de la actividad relacionada con los indicadores sociales<sup>113</sup>. Hablamos de otro de los clásicos de la época, *The Human Meaning of Social Change*. El propósito de la obra probablemente quede bien expresado en el título: ¿cuál es el significado que tiene para los seres humanos el cambio social?, lo cual retrotrae la cuestión al viejo problema que plantea Merton sobre la necesidad de elaborar indicadores objetivos y subjetivos sobre un mismo fenómeno o rango de fenómenos sociales, vinculado a su vez a la conocida escisión presente en la propia teoría sociológica entre los autores que ponen el acento en los aspectos objetivos de las relaciones humanas (objetivistas) o los subjetivos (subjetivistas)<sup>114</sup>. El problema de la dimensión subjetiva de la vida social y su medición a través de indicadores lo expresa con maestría Michalos (1980: 385) cuando afirma con rotundidad que “nadie necesita los indicadores sociales para entender que gentes diferentes tienen también percepciones diferentes sobre las mismas cosas” o realidad objetiva. El mismo autor habla de la existencia de un dilema dentro del movimiento de los indicadores sociales concerniente al problema de la primacía de uno de los polos (objetivo/subjetivo) sobre el otro (Michalos, 1980: 387):

*Non-uniform, unexpected, unplanned phenomena confront us as anomalies (...) The social indicators movement has generated its own anomalies (...) The “dilema” of social*

111. Hemos realizado un análisis más detallado sobre esta cuestión en el primer apartado de este capítulo, por lo que no nos extenderemos más en este sentido.

112. Este paradigma no ha quedado tampoco exento de crítica. El ejemplo más representativo (y quizás también más duro) de la misma lo encontramos en Helmut Klages (1973: 260) cuando afirma del libro de Sheldon y Moore que “lo que debemos aprender de este libro es, esencialmente, cómo no proceder” respecto al desarrollo de los indicadores sociales. Para el autor, es cuestionable que el perfeccionamiento de los datos en sí mismo pueda constituir un método de ayudar a la ciencia social a acercarse a la realidad social, de la misma manera que la complejidad de los fenómenos sociales no invalida un análisis cuyo objetivo sea el de anticipar las consecuencias del cambio social y el impacto de los programas políticos de intervención sobre dicha realidad.

113. Sobre el papel del capital privado en el desarrollo de la ciencia social americana desde principios de siglo merece la pena acudir a Ross (1991).

114. Un acercamiento detallado al problema de la relación entre objetivismo y subjetivismo en la teoría sociológica escapa por completo al objeto de este trabajo doctoral, por más que tenga una vinculación tangencial con el mismo al plantearse los problemas metodológicos relacionados con el uso de indicadores sociales. Sobre la relación conflictiva entre estas dos alternativas epistemológicas y su virtual superación puede consultarse, por ejemplo, la propuesta de Paradigma Sociológico Integrado de George Ritzer (Ritzer, 1993).



*indicators research, namely that: when subjective assessment come into conflict with objective situation.*

Dicho dilema, producto de la falta de concordancia entre los aspectos objetivos de la vida social y su percepción subjetiva por los seres humanos, supone un reto para los indicadores sociales, en la medida que complica aún más la ya de por sí conflictiva cuestión de la medición indirecta. Ante esto, los autores de *The Human Meaning of Social Change* declaran sentirse “impresionados por la manera en que los estados subjetivos se apartan de lo que podría deducirse sobre la base de la comprensión de las situaciones objetivas” (Campbell y Converse, 1972: 8). Tomando como punto de partida este “dilema” producido por la disonancia entre la realidad objetiva medida o constatada por los científicos y su vivencia y expresión subjetiva por parte de los seres humanos Campbell y Converse (1972: 6) plantearán así la naturaleza de su trabajo:

*We are intensely interested in what sense people make of them, as well as the way these changes shape and determinate the fine grane of human lives and gratification: in sum, the human meaning that these changes may be said to have.*

Para posteriormente explicitar en qué sentido afirman que existe un sentido subjetivo en el contexto de los cambios estructurales habidos en una determinada sociedad (Campbell y Converse, 1972: 10):

*Firstly we are interested in the human meaning which humans attribute to complex and multifactorious social environment in which they find themselves enmeshed: their communities; their live at work and leisure; their understanding of group relations, the political process, and the consumer economy in which they participate; and so on. Second, we are interested in the impact that the various alternatives offered by the environment have on the nature of their lives, and the fulfillment of their lives.*

La aportación de los autores nos parece de primer orden, dado que no se limita a interesarse por el problema de la percepción de la realidad objetiva, sino que se extiende al análisis (y medición, en la medida de lo posible) del impacto que tiene sobre los sujetos y sobre su grado de satisfacción dicha realidad objetiva. Quedará así planteado el cuarto y último de los paradigmas presentes en el movimiento de indicadores sociales: el Paradigma Culturalista, caracterizado por el énfasis en aspectos referidos a la percepción y

valoración de los sujetos dentro del rango de los fenómenos sociales a los que se aplican los indicadores, entre ellos: su integración en la comunidad, la vida de los sujetos en el ámbito laboral y de ocio, la comprensión de sus relaciones grupales, su participación en los procesos políticos de toma de decisiones y en la dinámica de consumo, etc.

Sirva como un ejemplo sencillo para ilustrar la intensidad con que se produce la investigación con indicadores sociales, el hecho de que comienzan a aparecer muy pronto las primeras recopilaciones bibliográficas y selecciones de lecturas, y el contenido de éstas es altamente significativo. En 1970, una fecha relativamente temprana si tenemos en cuenta que sólo han pasado cuatro años desde que Bauer edita *On Social Indicators*, Carol Agoocs presenta una de las primeras en *Annals of The American Academy of Political and Social Sciences* (Agoocs, 1970). En ella están contenidas aproximadamente 60 referencias bibliográficas en relación a los indicadores sociales, incluyendo ya muchos de los nombres que se harán familiares a lo largo de la década (por supuesto, el propio Bauer, pero también Wilbur Cohen, Daniel Bell, James Coleman, Bertram Gross y Wilbert Moore y Eleanor Sheldon, entre otros). La autora afirma que la razón de incluir sobre todo referencias a partir de 1965 es consecuencia del rápido crecimiento de las publicaciones relacionadas con la contabilidad social [social accounting], de la misma manera que identifica este campo de estudio como “interdisciplinar”. Apenas un año después de ésta, en enero de 1971, George M. Beal y otros autores presentan un primer tomo de una nueva selección de referencias bibliográficas dedicada a los indicadores sociales y publicada por el Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad de Iowa<sup>115</sup>. Los autores explican en el prefacio que “La preocupación reciente sobre los efectos en el hombre en áreas como la polución ambiental, la congestión en las grandes ciudades, la evaluación de programas sociales, el progreso en la salud, la educación y el bienestar y en otros numerosos campos de “calidad de vida” han generado un renovado interés en el desarrollo de indicadores sociales para controlar los cambios en la sociedad” (Beal et al., 1971: 1) y para dar cuenta del mismo recogen ya varios cientos de publicaciones relacionadas con dicho campo de estudio. Es difícil no apoyar la idea que lanza Andrews (1990: 402) cuando afirma que “los setenta produjeron un progreso sustancial en lo institucional, conceptual y metodológico con respecto al campo de los indicadores sociales”<sup>116</sup>. En esta misma línea, se edita por primera vez en el año 1974 la revista *Social Indicators Research*, que pronto se convertirá en uno de los puntos de referencia de la literatura sobre indicadores sociales a nivel internacional.

En lo que respecta a la literatura sociológica española, es en este período también cuando aparecen los primeros títulos dedicados al tema. Resulta absolutamente pionera en este sentido la labor de la Fundación FOESSA, cuando tras convocar un concurso para el diseño de un sistema de indicadores sociales aplicable a la sociedad española publica tres de los trabajos finalistas (FOESSA, 1967), firmados por

115. Dicha selección y recopilación bibliográfica no se presenta aislada, sino al hilo de un informe preliminar sobre un proyecto de elaboración de indicadores sociales (Iowa State University Social Indicator Project) que codirigen el propio Beal y Gerarid E. Klongan y que coordinan Ralph M. Brooks y Leslie D. Wilcox.

116. Esta afirmación, sin embargo, podría encontrar también sus detractores. No ha faltado quien ha señalado que detrás de la febril producción investigadora de la época dorada de los indicadores se encuentra un gigante con pies de barro, en la medida que era promovida más por un interés político que por un avance sustancial en el desarrollo científico. De hecho, una cierta desestructuración del campo de estudio y la creación de una falsa imagen sobre el consenso científico en torno a las particularidades del uso de indicadores habrían sido el precio a pagar por este impulso político. Lo expresa Casas (1989: 39) cuando explica el carácter ad-hoc de la investigación del momento: “hay que insistir sobre el hecho de que los intereses políticos que se pusieron en juego alrededor de sus primeros pasos forzaron un ritmo de investigación tan acelerada que hacían muy difícil una adecuada reflexión teórica (...) La consecuencia fue que el corpus científico relativo a los indicadores creció, como ya hemos apuntado, en la <<ad-hocidad>>, cosa que está en la base de la confusión sobre qué son y para qué se supone que se han de utilizar estos indicadores”.

Amando de Miguel, Juan Díez Nicolás y Antonio Medina<sup>117</sup>. A esta publicación le siguen los profesores Salustiano del Campo y Manuel Navarro, que publican en 1972 un libro que recopila los textos de distintos autores que habían participado en un encuentro sobre los indicadores sociales, algunos de ellos, por cierto, muy críticos con este nuevo instrumento metodológico (Campo y Navarro, 1972). A éste seguirá, también a cargo de los mismos autores, un análisis crítico de la planificación social española en el que echan en falta el papel de los indicadores sociales como guía de dicha planificación (Campo y Navarro, 1976). Por otra parte, y aunque cronológicamente podamos incluirla en otro período, por su naturaleza y objetivos podemos citar aquí uno de los textos de referencia sobre el tema. Nos referimos a la monografía que el Centro de Investigaciones Sociológicas publicara en 1977 firmada por José Antonio Carmona, en la que el autor intenta responder a algunas de las preguntas comunes que suscitaban los indicadores sociales realizando un somero recorrido por sus características, los problemas que afectan a su definición o la importancia de su conexión con el trabajo teórico (Carmona, 1977).

En otro orden de cosas, ya en el ecuador de los setenta también tenemos ejemplos del interés existente en las dimensiones teóricas del desarrollo de sistemas de indicadores sociales. Un buen ejemplo del mismo es el texto de Land y Spilerman (1975) o el de Schonfield y Shaw (1972), pero también el que Karl Fox publicase en 1974, en el que afirma que “en el campo de los indicadores sociales, nos enfrentamos al problema de integrar la teoría y los datos con la ayuda de los métodos cuantitativos” (Fox, 1974: 257). Aparecen igualmente propuestas de indicadores aplicables a distintas sociedades y múltiples reflexiones sobre los mismos en conexión con su implicación en la intervención política: en Francia cabe destacar el trabajo de Delors (1971), así como Cazes (1970;

1972) y Antoine (1970), o en Inglaterra el de Claus Moser (1973) y en la conocida anteriormente como República Federal Alemana el de Wolfgang Zapf (1975), que tendrá continuidad en las dos décadas siguientes, convirtiéndose en uno de los nombres europeos imprescindibles en el diseño de sistemas de indicadores sociales aplicados a la medición de la calidad de vida.

Otro de los eventos significativos del período es la aparición de los primeros “Informes Nacionales” en torno al uso de indicadores sociales. La aparición de los mismos no hizo sino avivar la escena de la investigación con indicadores sociales y hacerlos accesibles a un gran público<sup>118</sup>. Johnston (1976: 357) señala a la publicación en el Reino Unido de Social Trends en 1970 como el pistoletazo de salida a la actividad recopiladora por parte de los oficinas estadísticas nacionales de diferentes países. A éste le siguen varios informes nacionales cuya periodicidad es muy variable<sup>119</sup>. Entre otros (por orden cronológico), en 1974 se publica en Estados Unidos Social Indicators 1973 y en la República Federal de Alemania Gesellschaftliche Daten 1973; También en Francia aparece Données sociales 1974; en 1975 en Canadá Perspective Canada I. Compendium of Social Statistics; ese mismo año aparece en España, a cargo del Instituto Nacional de Estadística, Panorámica Social (INE, 1975).

Es en este momento cuando la preocupación a nivel transnacional sobre el tema de los indicadores, que ya había dado muestras de su existencia con anterioridad, produce una serie de interesantes aportaciones desde el ámbito de organizaciones que dominan la esfera internacional. La preocupación común de muchos de estos trabajos es el de la medición del nivel de vida y su relación con el desarrollo en un marco internacional, intentando en la medida de lo posible establecer sistemas de indicadores sociales susceptibles de ser aplicados con un carácter global y no exclusivamente local. Hablamos de la UNESCO, las Naciones Unidas, la OCDE, etc. En conexión con las Naciones Unidas, por ejemplo, surge el UNRISD o Instituto de Investigación de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social centrado en la medición del nivel de vida y el desarrollo. También la UNESCO presenta una clara actividad alrededor de los indicadores sociales y su relación con el desarrollo económico y social, a partir sobre todo de la segunda mitad de la década de los sesenta, que fructificará durante los años setenta en publicaciones como The Use of Socio-economic Indicators in Development Planning (UNESCO, 1976). Por su parte, asumiendo que el crecimiento no debe ser un fin en sí mismo, sino un medio para crear condiciones de vida mejores, la OCDE publica en 1973 un volumen en el que recoge una lista de preocupaciones sociales comunes a los países desarrollados (OCDE, 1973). Tomando las áreas de preocupación social y los objetivos marcados por la organización como punto de partida, y después de varias reuniones de trabajo, en la sesión del 3 de abril de 1979 el Consejo de la OCDE solicita que el Comité de Mano de Obra y Asuntos Sociales proponga indicadores específicos elaborados en cada uno de estos ámbitos de preocupación social. La respuesta a esta demanda es la lista de indicadores sociales publicada en su edición original en 1982 y traducida al castellano unos años después (OCDE, 1985), con vocación de convertirse en un marco de referencia que los países miembros deben tratar de implantar gradualmente para posibilitar la

---

117. Uno de los finalistas en dicho concurso, el profesor A. De Miguel, sostiene en una obra de la época que el temprano interés por los indicadores sociales en el ámbito académico español no es tanto un síntoma de la madurez de la producción sociológica española sino de lo contrario: “quizás se entienda ahora el desfase cultural que representa el que el notorio atraso de la Sociología, digamos sustantiva [en contraposición a lo que él llama la ‘sociología empírica’, obsesionada por las cuestiones metodológicas], en España congenie con ser uno de los países en que primero se ha planteado la moderna discusión sobre los <<indicadores sociales>>. Se ha traducido muy pronto la más moderna literatura sobre el tema, y se ha realizado un costoso esfuerzo de investigación local tan loable como desproporcionado” (De Miguel, 1973: 84-85). La pregunta obligada es la siguiente: ¿Por qué ese interés en desarrollar indicadores? Para el autor responde a la necesidad de conceder un estatus científico a la sociología que la potencie en el mundo académico.

118. Sin embargo, desde un primer momento se asocia este crecimiento en publicaciones con una necesidad por discernir en qué medida la recopilación de datos estadísticos se aleja de lo que debemos considerar un sistema de indicadores sociales. Es obvio que la idea de un informe estadístico es muy vaga e incluye desde la recopilación indiscriminada de datos de fuentes diversas a la elaboración de monografías en torno a un aspecto concreto de la vida social utilizando indicadores sociales, todo ello vinculado a los diferentes niveles de complejidad y refinamiento en el tratamiento y selección de los datos, así como su análisis e interpretación. Aquí hemos utilizado el término “informes nacionales” pero algunos autores piensan que sólo debe atribuirse este carácter a aquellos trabajos que aportan algún tipo de análisis y evaluación compleja de los datos que ofrecen, ya que de otro modo podríamos estar hablando de algún tipo de “compendio estadístico” (Johnston, 1976: 350). Volveremos a este problema al tratar las diferentes aproximaciones realizadas en torno a la formulación de sistemas de indicadores sociales y la relación de éstos con la correspondiente dimensión teórica.

119. La lista completa de países que comienzan a editar este tipo de informes es demasiado extensa para poder recogerla aquí, abarcando un ámbito geográfico que va desde el continente asiático a la Europa continental, pasando por la península escandinava y las islas británicas. Puede consultarse una clasificación exhaustiva de los mismos, con indicación de la periodicidad con que se han editado, en la Lista OCDE de indicadores sociales (OCDE, 1985: 194-195).

medición internacional del fenómeno del desarrollo y las condiciones de vida de la población. Sin embargo, acaso uno de los principales puntos de referencia del trabajo internacional con indicadores sociales será sin duda el conocido como SSDS (Sistema de Estadísticas Demográficas y Sociales) (Naciones Unidas, 1973; 1975), elaborado en el marco de la ONU<sup>120</sup> con el propósito de establecer un modelo de sistema global de estadísticas sociales para medir los niveles de vida, cuya finalidad última es la de servir de guía a los servicios de estadística nacionales para la sistematización del conjunto de estadísticas sociales en un sistema integrado (Setien, 1993: 26). El SSDS es, básicamente, un sistema de indicadores sociales “desarrollado en función del ciclo de vida: esto es, los indicadores surgen como consecuencia de la interacción de los individuos con las instituciones durante su ciclo de vida” (Carley, 1981: 48).

Como vemos, la aceleración de la investigación y la producción científica relacionada con los indicadores sociales es nítidamente perceptible durante los años setenta, por lo que no es de extrañar que buena parte de las referencias bibliográficas que se consideran relevantes hoy día daten de esta fecha. Precisamente, durante el siguiente período se va a producir una cierta “normalización” de la investigación en el marco de los paradigmas señalados, así como se asistirá al declinar de la misma, si bien existen también múltiples aportaciones interesantes sobre el tema que nos ocupa y una cierta tendencia a la diversificación.

#### d) Período de madurez o “ciencia normal” (1976-)

Después de la eclosión investigadora que representaron los años sesenta y setenta y el crecimiento de las expectativas asociadas a los indicadores sociales, parece que los últimos años de la década de los setenta y los siguientes representan un período de maduración. Maduración significa entrar, como señala Stafford, en un período de “ciencia normal”, adoptando la conocida denominación de Kuhn, en el que los investigadores tienden a encuadrarse dentro de los paradigmas existentes y a perfeccionar los instrumentos diseñados con anterioridad. Sin embargo, maduración bien podría significar también un cierto retroceso en la investigación y el lógico desencanto producido al ver que las expectativas ciertamente optimistas de los sesenta están muy por encima de la realidad del momento. Si los sesenta y la primera mitad de los setenta fueron el momento de la caracterización de los indicadores sociales como medio privilegiado de acceso a la realidad social, parece que es en esta última etapa cuando esta visión se rompe y produce un nuevo escepticismo: ante el verdadero alcance de los indicadores sociales, su utilidad y las posibilidades de uso, pero sobre todo, sobre las limitaciones de su interpretación y su difícil convivencia con el segundo

término de la ecuación que los investigadores pioneros habían propuesto: la esfera política y el ámbito de la planificación social del desarrollo.

Resulta ilustrativo observar retrospectivamente las previsiones que los teóricos del movimiento de indicadores sociales formularon a partir del primer desarrollo del mismo. Por ejemplo, Moser (1973: 137 y ss), consideraba prioritarios para su maduración aspectos tales como la mejora de la “infraestructura” estadística, el desarrollo de medidas de resultado (output) para identificar objetivos en diferentes áreas de programación política, así como de sistemas de contabilidad social; también el perfeccionamiento de los sistemas de selección y presentación de resultados y, por último, el desarrollo de modelos teóricos de “alcance medio”. Sin embargo, los objetivos más ambiciosos, referidos a la normalización del sistema de información social para construir un principio de contabilidad social de similar aplicación a la contabilidad económica o el de ganar en profundidad teórica y producir, en la medida de lo posible, teorías sobre el cambio social, distan mucho de haber sido alcanzados.

Desde el punto de vista actual, son varios los autores que resumen la evolución de la investigación con indicadores sociales. Entre ellos encontramos a W. Zapf (2000: 10), en su opinión hemos asistido a ciertas aportaciones recientes en el campo de los indicadores sociales; por un lado, la proliferación de informes nacionales, por otro la actividad centrada en un nivel supra-nacional, por ejemplo aquella referida a los informes sobre el desarrollo mundial y el trabajo del Banco Mundial en el desarrollo de indicadores de desarrollo, sin olvidar el que, en nuestra opinión, es un hecho fundamental: la extensión del uso de indicadores sociales al estudio de colectivos concretos y áreas específicas de la vida social, lo cual incluye a la infancia<sup>121</sup>. Por su parte Andrews (1990: 403) señala como característico de los años ochenta la discontinuidad en la publicación de informes nacionales (lo cual incluye a Estados Unidos) -compensada por el mantenimiento de los mecanismos de comunicación que habían permitido la existencia de un movimiento de indicadores sociales-, el hecho de que se sigue avanzando en la dirección de la recolección de series temporales de indicadores, tanto en su vertiente objetiva como subjetiva, así como desarrollos concretos de sistemas de indicadores sociales (la Encuesta de Nivel de Vida de Suecia, el sistema SPES en la antigua RFA, el Eurobarómetro en la CEE o el estudio de panel sobre la calidad de vida en Australia, por ejemplo). Setián (1993: 33 y ss) también hace un recorrido, ciertamente exhaustivo, en torno al desarrollo reciente de la investigación con indicadores sociales, concluyendo que a partir de la segunda mitad de los años setenta, entre otros aspectos: a) se incrementan los trabajos que pueden considerarse específicamente de Calidad de Vida, constituyéndose en un campo diferenciado dentro del marco general de los indicadores sociales, b) existe un desarrollo más acusado de trabajos orientados desde el paradigma culturalista, c) aparecen nuevos informes nacionales y se consolidan en el tiempo los que habían sido publicados con anterioridad, d) aumenta el interés por plasmar los distintos paradigmas en sistemas de indicadores sociales, fundamentalmente aquellos que se diseñan para medir la Calidad de Vida, sin olvidar el estudio de las condiciones de vida y por último e) se evidencian dos tendencias distintas en el

120. Las Naciones Unidas mantienen hoy día una división estadística dependiente del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, ocupada en actualizar y ofrecer una lista de indicadores sociales basados en los objetivos marcados por las distintas conferencias de la ONU (infancia, población y desarrollo, mujer, etc.) referidos a distintas áreas y procedentes de fuentes nacionales e internacionales. Sobre esta labor de compilación de indicadores sociales puede consultarse la siguiente referencia: Report of the Expert Group on the Statistical Implications of Recent Major United Nations Conferences (Naciones Unidas, 1996).

121. Precisamente ha sido el campo de los estudios sobre la medición del bienestar y las condiciones de vida de la infancia y la juventud uno de los que más se ha desarrollado en la década de los noventa. Dado que es de especial interés en el marco de este trabajo doctoral, abundaremos en ello en próximas líneas.

campo de los estudios con indicadores sociales, una macro-orientada y otra micro-orientada.

Desde nuestro punto de vista, nos gustaría señalar algunas aportaciones que nos parecen destacables y que se sitúan ya plenamente en el contexto de los años ochenta, cuando no más recientemente en los noventa.

Primeramente, en el ámbito de la sociología española, se publica, tras la excepción que supuso la Panorámica Social de 1975 un nuevo estudio de indicadores sociales a cargo del Instituto Nacional de Estadística (1991) titulado precisamente Indicadores Sociales. Posterior a éste aparece Indicadores sociales de España (INE, 1997) que incluye, además de la consabida recopilación de datos sociales sobre las condiciones de vida de la sociedad española, un ambicioso estudio monográfico sobre disparidades provinciales que trata de profundizar en el proceso de tratamiento, resumen e indexación de la información recogida. También a cargo del INE aparece en una fecha anterior a éste último una nueva Panorámica Social (INE, 1994), más centrada en la información social y no tanto en la sistematización de ésta, con cabida para el dato cualitativo o no estadístico (González-Conde, 1999). El interés del INE por los indicadores sociales durante los noventa, por otra parte, abarca incluso al continente americano, como puede comprobarse en INE (1999). El panorama se completa con algunas publicaciones ineludibles en el campo de la formulación de sistemas de indicadores sociales: por orden cronológico aparece en primer lugar el texto de Ferrán Casas (1989), ya citado en este trabajo, en el que sobre la base del diseño de un sistema de indicadores psicosociales para el estudio de las condiciones de riesgo social en la infancia, se ofrece un trasfondo teórico destinado a la flexibilización del instrumento en comparación con la rígida conceptualización del mismo que había ofrecido el movimiento de indicadores sociales. Cuatro años después aparece otras de las referencias claves de la sociología española, desde posiciones teóricas y epistemológicas diversas al anterior, pero igualmente estimulante por el recorrido exhaustivo que realiza la autora a lo largo de la tradición de los indicadores sociales y su propuesta de aplicación al estudio de la calidad de vida. Se trata de: Indicadores sociales de Calidad de Vida. Un sistema de medición aplicado al País Vasco, de María Luisa Setién (1993). Con posterioridad a éste pueden consultarse también, como muestra de este interés renovado por los indicadores sociales los trabajos de: Álvarez Page (1996), Elejabeitia et al. (1999), Galante et al. (2000), Aguiar et al. (1995), González et al. (2000).

El plano internacional también aporta nuevos intentos de definir sistemas de indicadores sociales aplicables a grandes bloques geográficos o, si es posible, de manera extensiva a un conjunto muy amplio de sociedades. Ya se ha mencionado en

este texto la importante contribución que supuso la Lista de Indicadores Sociales de la OCDE (1985), pero no es la única. También las Naciones Unidas avanzan en su deseo de ofrecer un núcleo común de indicadores sociales que puedan usarse, a modo de contabilidad social, para extraer información relativa al bienestar de un conjunto amplio de sociedades, a menudo en niveles muy distintos de desarrollo. Dicho esfuerzo arranca del conjunto de directrices preliminares que la Comisión de Estadística de las Naciones Unidas aprueba en 1976 y que se publican dos años más tarde, en 1978, persiguiendo el objetivo del establecimiento de un marco común de selección y reunión de indicadores basado en la estructura propuesta por la ONU para la integración de estadísticas sociales y demográficas (EESD) (Naciones Unidas, 1989). Recientemente, en 1996, se publica el Informe del Grupo de Expertos sobre las Implicaciones Estadísticas de las Conferencias Recientes de las Naciones Unidas<sup>122</sup> (1996) [Report of the Expert Group on the Statistical Implications of Recent Major United Nations Conferences], resultado del compromiso que, ya durante los años setenta, manifiesta la institución por la medición del bienestar social y el desarrollo a escala planetaria. En él se argumenta en favor del desarrollo de más y mejor estadística social como vía de facilitación del desarrollo social (Naciones Unidas, 1996: 5):

*A sound system of social statistics is vital to effective development of social policy, to informed decision-making on policy issues, and to the evaluation of the impact of social and economic policy. For many countries, inadequate systems of social statistics constitute a major impediment to effective social development. Insufficient awareness of the importance of the linkages between policy development and social statistics, the need for more internationally agreed statistical standards and guidelines, and the need for improved frameworks in which to summarize policy outcomes all point the need for greater national and international priority to be given to social statistics.*

Con este objetivo se plantea una "lista mínima" de indicadores, llamados a constituir un conjunto mínimo de datos sociales nacionales (conocido como MNSDS: Minimum National Social Data Set), seleccionados a través de un doble objetivo: que además de relevantes para la planificación política sean accesibles en los distintos países con cierta regularidad (lo cual implica algún principio internacional de clasificación y definición) y que, además de servir para medir las condiciones de vida y el bienestar de la población, permitan la desagregación de datos para colectivos específicos en situación de riesgo social o de exclusión (niños, tercera edad, mujeres, etc.)<sup>123</sup>, aunque haciendo especial hincapié en la desagregación por género.

De otra parte, es obvio que el trabajo relacionado con indicadores a nivel Internacional alcanza cotas relevantes de desarrollo durante la década de los noventa con la aparición de los Informes de Desarrollo Humano publicados por la ONU, y que son un compendio de indicadores básicos referidos al desarrollo que finalmente se integran en un índice o medida sintética del fenómeno (índice de desarrollo humano). La posibilidad de que estos informes tengan rápida difusión online ([www.undp.org](http://www.undp.org)) a través de Internet los ha hecho extremadamente populares, de modo que constituyen hoy la medida del desarrollo a escala planetaria más observada por

122. En concreto hablamos del Encuentro Mundial sobre Desarrollo Social (Copenhague, 6-12 marzo, 1995), la Conferencia sobre Población y Desarrollo (El Cairo, 5-13 septiembre, 1994) y la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer (Pekín, 4-15 septiembre, 1995).

123. El listado completo de áreas de preocupación social que incluye el MNSDS es el siguiente: población y salud; bienestar material; educación; erradicación de la pobreza; recursos económicos; expansión del trabajo productivo y reducción del desempleo; formación y cualificación; integración social; trabajo; crimen y justicia; estatus de la mujer y el hombre.



parte no sólo de los científicos sociales, sino de la población general. Cumpliendo así dos de las funciones fundamentales de los sistemas de indicadores: representación precisa de fenómenos complejos y accesibilidad y difusión.

También nos parece remarcable el trabajo que, desde el estudio de la calidad de vida y el bienestar<sup>124</sup>, realiza durante los ochenta Wolfgang Zapf (1975; 1979; 2000) en el marco sociopolítico de la antigua República Federal Alemana y como parte de un proyecto que involucra a las universidades de Frankfurt y Mannheim. Nos estamos refiriendo al conocido como sistema de indicadores sociales SPES (Sozialpolitisches Entscheidungs und Indikatorenssystem für die Bundesrepublik Deutschland), basado en las áreas de preocupación social marcadas a nivel internacional por la OCDE<sup>125</sup> y que abarca datos de un arco temporal extenso, aproximadamente desde los años 50 hasta 1996 (Zapf, 2000: 9). Lo que resulta es, básicamente, un sistema de indicadores sociales cuyo principal objetivo es “medir empíricamente el desarrollo del bienestar de la sociedad alemana a través de un largo período de tiempo, añadiendo un balance evaluativo de cada indicador” (Setién, 1993: 88).

En suma, después de la efervescencia investigadora de los sesenta y setenta y el lenguaje netamente optimista que acompañaba a los primeros intentos de construcción de indicadores sociales, el panorama presenta un aspecto más modesto y las expectativas se han recortado, si bien parece que hemos entrado en ese período de “ciencia normal” que cita Stafford y es mayor hoy día el consenso en torno al uso de indicadores sociales habiéndose producido aportaciones significativas, especialmente dentro de las grandes corrientes de interés teórico como el estudio de la calidad de vida y el bienestar social (a nivel nacional e internacional). Por otra parte, ha sido una de las características del período la existencia de un proceso, ya mencionado en estas páginas, de flexibilización del instrumento y de aplicación del mismo a otros colectivos.

124. Si bien nos parece especialmente interesante desde un punto de vista teórico y metodológico, la propuesta de Zapf y su equipo no es la única. Para una revisión más exhaustiva de la investigación sobre Calidad de Vida y Bienestar usando indicadores sociales ver Setién (1993: 70 y ss).

125. Concretamente: I. Población, II. Estatus Social y Movilidad Social, III. Empleo y Condiciones de Trabajo, IV. Ingresos y distribución de la renta, V. Consumo, VI. Transporte, VII. Vivienda, VIII. Salud, IX. Educación y finalmente X. Participación. (Zapf, 1979)

126. Por supuesto, la razón de esta imagen especular anida en el proceso de construcción social del concepto de infancia, sobre el que tanto se ha escrito en los últimos años. Es un tema complejo en el que no insistiremos más, aunque represente uno de los virajes fundamentales que introduce la sociedad moderna en el ámbito de la vida social: la consideración del menor como una fuente de realización personal y familiar y como un ser necesitado de protección y control social, consecuencia más que probable del nuevo orden demográfico que introduce la sociedad industrial que convierte a la infancia en un colectivo escaso.

127. Entre ellos y a modo de ejemplo: esperanza de vida al nacer, tasa de mortalidad infantil, escolarización edades 3-5 años (Zapf, 1979); tasa de mortalidad perinatal, escolaridad regular, esperanza de vida al nacer (OCDE, 1985); mortalidad infantil (desagregada por sexo), porcentaje de niños que pesan menos de 2.500 gramos al nacimiento, indicadores de escolarización y resultado educativo, existencia de discriminación persistente y/o violación de los derechos de las niñas (Naciones Unidas, 1996); indicadores del porcentaje de escolarización de la población infantil en distintos niveles educativos, resultado educativo (nº de alumnos que superan los distintos niveles educativos, incluyendo la primaria), flujos educativos (nº de alumnos que continúan o abandonan los distintos niveles educativos), esperanza de vida al nacimiento, tasa de mortalidad infantil (Andorka, 1984); tasa de mortalidad por edades y mortalidad perinatal, relación peso/talla de los niños, tasa de escolarización, tasa de éxito en la titulación académica, tasa de repetición escolar, número ideal de hijos, elección del número de hijos, entendimiento entre padres e hijos, valores presentes en la socialización familiar (Setién, 1993).

Éste último es el caso del estudio de la infancia, por lo que señalaremos brevemente cuáles han sido algunas de las referencias relevantes en este sentido.

### 3.7. El estudio de la infancia a través de los indicadores sociales

#### 3.7.1. Los menores “invisibles”: consideraciones previas en torno al estudio de la infancia

*In an era of information, it is surprising to discover how little we know about the state of our children. (Ben-Arieh, 2000: 253)*

No cabe duda de que la infancia, los menores como grupo de edad y colectivo social, ha estado presente desde un primer momento en los primeros diseños de sistemas de indicadores sociales, si bien no ha sido hasta un momento relativamente reciente cuando se ha estimado conveniente su estudio específico, y aún más recientemente cuando se ha emprendido el estudio de las condiciones de vida de los menores en el contexto de la sociedad de la información.

Son pocos los sistemas (o baterías) de indicadores sociales que, en el análisis del desarrollo, el bienestar, el progreso social o la calidad de vida prescinden de recopilar datos que caracterizan directamente a los menores para dar cuenta de aspectos vitales en el conjunto de la vida social. Diríase que la “calidad” de la sociedad, o de la vida en sociedad, viene a reflejarse en la situación social de los menores, en sus condiciones de vida y en el estatus que éstos ocupan en la sociedad<sup>126</sup>. Medidas referidas a la mortalidad infantil, la natalidad, la escolarización de niños y niñas, etc., dan cuenta del estado de los menores de distintas sociedades y sirven, al mismo tiempo, como indicadores del funcionamiento de un sistema social complejo<sup>127</sup>.

Sin embargo, la evidencia señala al hecho de que, hasta fechas recientes, no ha existido un interés por generar indicadores sociales aplicados a los menores comparable al que hemos reseñado en las páginas anteriores. Los años noventa parecen ser el momento de inicio de una cierta tendencia a diseñar y aplicar indicadores sociales al estudio de las condiciones de vida de los menores, su bienestar y calidad de vida, y otros aspectos más específicos de la infancia, con distintos puntos focales repartidos por Europa y Estados Unidos (también a nivel nacional e internacional). Puede conjeturarse que la razón de este aparente retraso en el desarrollo de sistemas de indicadores sociales aplicados a la infancia, corre pareja al escaso desarrollo de la propia teoría sociológica referida a los menores, por un lado, y a las particularidades que rodean a un objeto de estudio como es la infancia; entre ellas: los problemas de accesibilidad a los menores, las dificultades metodológicas que presenta este acercamiento, el estado todavía incipiente de los sistemas de recolección de datos sobre menores, y otras.

Lo cierto es que existe ya en la sociología un afán claro para cubrir el hueco dejado por la falta de teoría e investigación sobre la infancia, si bien haya comenzado recientemente. Y no es menos cierto que esto se produce simultáneamente al desarrollo de los primeros intentos de aplicación sistemática y con periodicidades diversas de indicadores sociales sobre distintos aspectos de la vida de los niños. Salvando la excepción de los estudios que UNICEF viene publicando desde



el año 1979 bajo el título de “el estado de la infancia en el mundo” [The State of the World’s Children], en la práctica la labor de diseño de sistemas de indicadores sociales aplicables a la infancia apenas ha alcanzado la mayoría de edad, ya que el punto de inflexión de esta tendencia no es posible rastrearlo más allá de estos últimos diez o quince años. Significativamente, esto no es lo mismo que afirmar que no poseemos datos sobre los menores; de hecho la carencia en cuanto a conocimiento sobre la infancia es mayor que la propia carencia de datos e información, en la medida que éstos vienen siendo recogidos ya, aunque por otras razones y para otros propósitos (Ben-Arieh, 1997a; 2000).

Cabe preguntarse cuáles son los problemas asociados a la mejora de los sistemas de recogida y evaluación de la información relativos a la infancia. El más obvio, desde luego, es que debe existir un interés previo por que éstos existan y sean eficaces. El asunto, sin embargo, no es baladí, dado que la existencia de este interés es ya un indicador en sí mismo. Como ya hemos argumentado, la necesidad de generar políticas específicas de infancia y de obtener información rigurosa que pueda sustentar éstas, es un fiel reflejo de un cambio en torno a la configuración del propio concepto de infancia. Supone plantearse cuestiones relativas a qué es la infancia, cómo podemos protegerla o alentar su desarrollo, y en qué medida beneficia esto al conocimiento científico y a la propia sociedad. Algunas sociedades ni siquiera poseen algo parecido para instituciones que cuentan ya con una larga tradición de estudios sociológicos y que son altamente valoradas socialmente, pongamos por caso el problema de la familia en nuestro país<sup>128</sup>. Suponiendo que este interés exista y se dediquen recursos al mismo, podemos darnos cuenta de que el estudio de la infancia a través de los sistemas de indicadores sociales presenta ciertas dificultades añadidas a las que podemos deducir asociadas al trabajo propio con indicadores.

- Por un lado no podemos pasar por alto un primer condicionante, por más que éste parezca obvio. Desde un punto de vista estrictamente metodológico, la recopilación de información acerca de la infancia y el acceso a los menores desde un punto de vista sociológico riguroso no es, como podría suponerse, una mera adaptación a los menores de las estrategias de trabajo y los indicadores diseñados y empleados en el análisis de la población adulta, sino, cosa bien diferente, una tarea de naturaleza cualitativamente distinta que nos obliga a plantearnos, entre otras muchas cosas, el tipo de técnicas de investigación empleadas en la misma y la manera de su aplicación (Rodríguez, 2000).

128. Sobre la aparente contradicción de ser un país “familiar” que no atiende las necesidades de las familias véase: Iglesias de Ussel (1998a; 1998b) y Alberdi (1997).

129. Una interesante argumentación en torno a esta cuestión se encuentra, entre otros, en Corsaro (1997) y Qvortrup et al. (1994).

130. Por supuesto, en muchas ocasiones la tensión se disuelve cuando pensamos que la mejor forma de ayudar a los adultos del futuro es proporcionando una infancia adecuada a los niños del presente, pero esto puede no ocurrir siempre o no existir consenso social en torno a la definición que la sociedad aplica al concepto de “bienestar” del menor. Los múltiples interrogantes que en muchos campos de las ciencias sociales se nos plantean en torno a las cuestiones relativas al desarrollo infantil y su impacto sobre la organización de la vida social, en parte debidos a la falta de atención prestada a la infancia por la sociología y otras disciplinas afines, no hacen sino complicar aún más el problema.

- En un sentido afín, parece también evidente que hay que evitar el que es, quizás, el error más común en la investigación dirigida a los menores: nos referimos a la tendencia a anteponer la visión de los adultos, sus intereses, a la de los propios menores. A esto se lo conoce como “adultocentrismo” [adult-centred], y es parte constituyente del problema que genera la “invisibilidad” estadística de los menores, lo cual se combina con el hecho de que en muchas ocasiones la información referida a éstos sólo aparece subsumida bajo algún otro epígrafe (familia, por ejemplo) (Ben-Arieh y Wintersberger, 1997; Qvortrup, 1997a; 1997b).

- También son reseñables un conjunto de circunstancias que enumeramos siguiendo a Asher Ben-Arieh (2000), y que incluirían: a) por un lado la idea de que los menores son un grupo independiente que merece una política específica o separada y, por tanto, también un esfuerzo de medición y seguimiento de su estado, no es compartida por todas las sociedades, ni siquiera en el mundo desarrollado<sup>129</sup>, b) también será necesario, para evitar el problema de la “invisibilidad” estadística de los menores y acceder a ellos directamente, marcarlos como unidades de observación, en lugar de observarlos indirectamente a través de la información recogida en sus familias o desde sus progenitores, c) por último, el estudio de la situación social de los menores se ve afectado por una contradicción de base en la medida que pudiera ser incompatible atender simultáneamente al bienestar de los menores (well being) y a la demanda social de su desarrollo como futuros individuos adultos (well becoming), presente frente a futuro<sup>130</sup>.

Otros autores han señalado un rango diferente de problemas asociados al estudio y la medición de la situación social de los menores. Es el caso de Dolev y Habib (1997: 74), que después de analizar algunas de las principales publicaciones existentes sobre el tema concluyen:

- Se presta poca atención a la cuestión de las medidas relativas del bienestar de la infancia, a la medición a través de índices de la desigualdad entre los menores.

- Existe también poca atención al impacto de los menores sobre los demás, así como sobre su contribución y participación en el bienestar de otros (ni siquiera en términos negativos).

- Igualmente existe relativamente poca atención sobre los indicadores de aprendizaje por parte de los menores de habilidades sociales y cívicas.

- Se atiende a un rango amplio de factores protectores y de riesgo. Sin embargo el enfoque es principalmente estructural en contraste con la dimensión procesual y dinámica de los mismos.

- Por último, existe una concentración sobre indicadores orientados a la detección de problemas, con una escasa presencia de la medición de los aspectos más positivos.

En definitiva, concluimos que es necesario conjugar dos ideas centrales: por un lado, la necesidad de reconocer que los menores, como grupo social específico, demandan la mejora y puesta al día de los sistemas de información social que nos dan una idea de su situación, y por otro, el hecho de que el acceso a dicha información debe hacerse partiendo de una cuidadosa observación de las particularidades del objeto de estudio (la infancia) y asumiendo que debe existir una labor de producción

metodológica específica que trate de evitar el adultocentrismo en la selección y recogida de la información.

Sin embargo, estas consideraciones no deben hacernos olvidar que el desarrollo de sistemas de indicadores sociales destinados al estudio de las condiciones de vida de los menores está afectado de los mismos problemas y limitaciones que ya se han señalado con anterioridad, para las aportaciones realizadas por el “movimiento de indicadores sociales”. Éstos se refieren, de manera significativa, al problema de la normatividad del conocimiento científico, aunque también a la tensión entre indicadores óptimos e indicadores posibles, o la relación de adecuación entre los indicadores seleccionados y la realidad que nos proponemos estudiar, entre otros. En este sentido se manifiesta Aber (1997: 205) al proponer una lista de consideraciones que deben ser observadas a la hora de emprender la tarea de conceptualización y desarrollo de indicadores sociales para el estudio de la infancia:

- Usualmente existe más de una forma de conceptualizar de manera válida una dimensión referida a la situación social de los menores.

- La manera en que esta dimensión es conceptualizada debe mostrar consistencia con la vía escogida de cara a su operacionalización como medida.

- Ninguna operacionalización de la medida de la situación social de los menores será válida de manera indefinida.

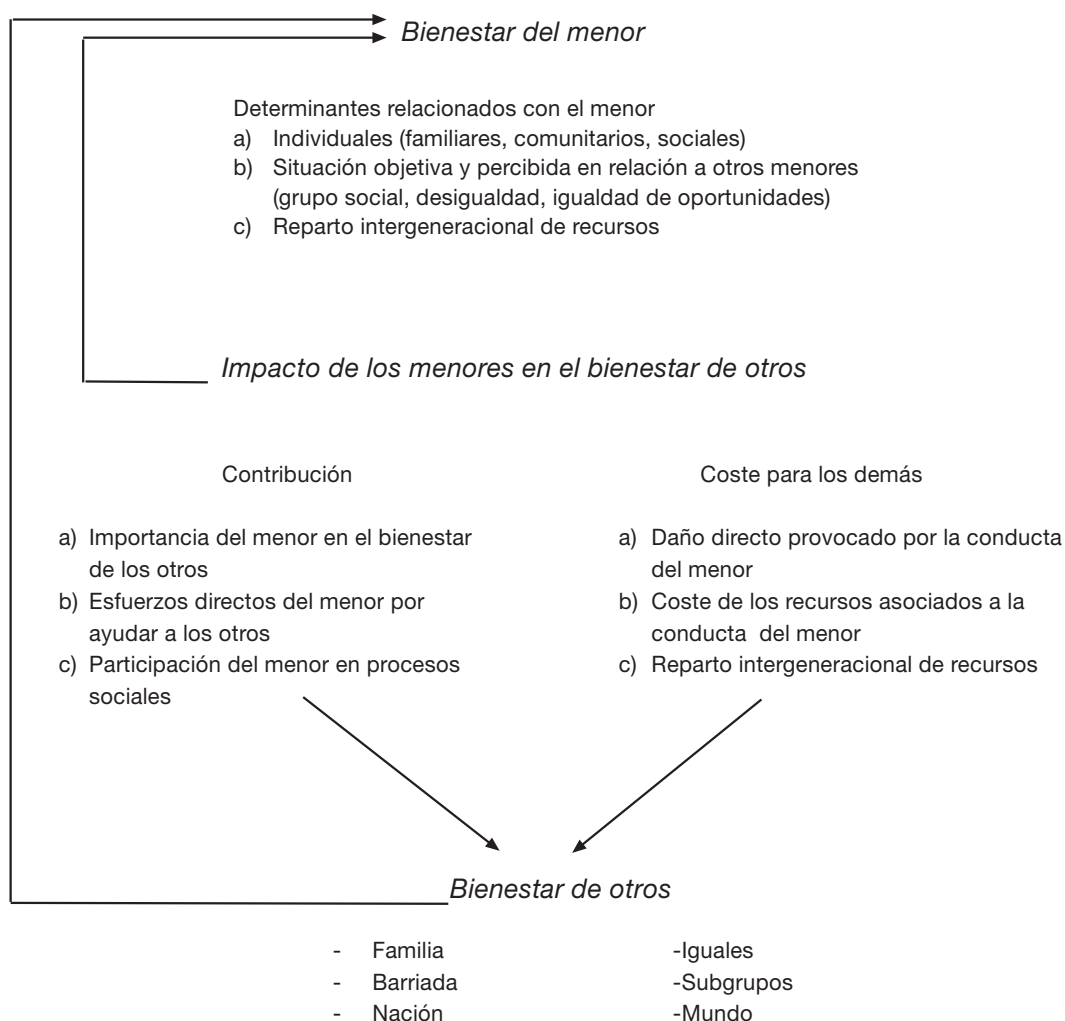
- Directamente relacionado con lo anterior, existe un significativo coste en términos políticos y científicos al mantener un indicador que ha quedado obsoleto (principalmente, la infraestimación de nuevos fenómenos), por lo que, además de generar el indicador, será necesario desarrollar vías para su revisión y actualización.

- Junto con los retos conceptuales, operacionales e históricos relacionados con el desarrollo de indicadores sociales para la infancia, hay otros desafíos de carácter técnico de los que también es necesario dar cuenta, por ejemplo: cómo generar medidas comparables fiables para unidades subnacionales, aunque también a nivel transnacional.

- Finalmente, aunque no menos importante, resulta esencial pensar en el uso potencial de cualquier sistema de indicadores sociales en el contexto político en el cual ha sido desarrollado.

También relacionado con esta cuestión y con el problema antes citado de conjugar la dimensión presente (Well Being) y futura (Well Becoming) de la infancia, Dolev y Habib (1997: 65 y ss.) presentan un marco conceptual destinado a facilitar el desarrollo de indicadores sociales para medir el estado de los menores en la sociedad. Dicho marco conceptual parte de la premisa de que el análisis de la situación social de la infancia ha sido abordado desde una perspectiva poliédrica, destacando aspectos diversos de la misma y desde distintos puntos de vista, si bien se hace necesaria una labor de integración de los mismos para obtener un marco conceptual general. Los autores citan, entre estos enfoques diversos (Dolev y Habib, 1997: 65), la posibilidad de analizar a los menores: 1) como un grupo de edad o una clase social, 2) como parte de una estructura familiar intergeneracional, 3) desde una perspectiva del desarrollo (como futuros adultos), 4) como futuros padres de nuevas generaciones de niños o más globalmente 5) como miembros de la sociedad. Teniendo en cuenta que es necesario producir un esquema de trabajo que sea capaz de integrar todas estas visiones y, al mismo tiempo, no descuidar algunos aspectos vitales que pueden influir en el estudio de la situación social de los menores (a saber, el interés tanto por las condiciones objetivas de vida como por la percepción subjetiva de las mismas, o la necesidad de integrar una dimensión longitudinal donde sea posible aunar bienestar presente y desarrollo futuro, entre otras), los autores proponen un marco de trabajo en el que quedan recogidas las distintas dimensiones que componen una visión ideal del bienestar de la infancia, entendiendo que éste es un concepto que funciona de manera bidireccional. Es decir, de la misma manera que podemos hablar de la contribución de los adultos al bienestar de los menores podemos plantear la relación inversa, por ejemplo la contribución del menor al bienestar del adulto. Reproducimos el esquema de este marco conceptual a continuación (Dolev y Habib, 1997: 68).

**Figura 6. Marco conceptual para la ubicación del menor en la sociedad**

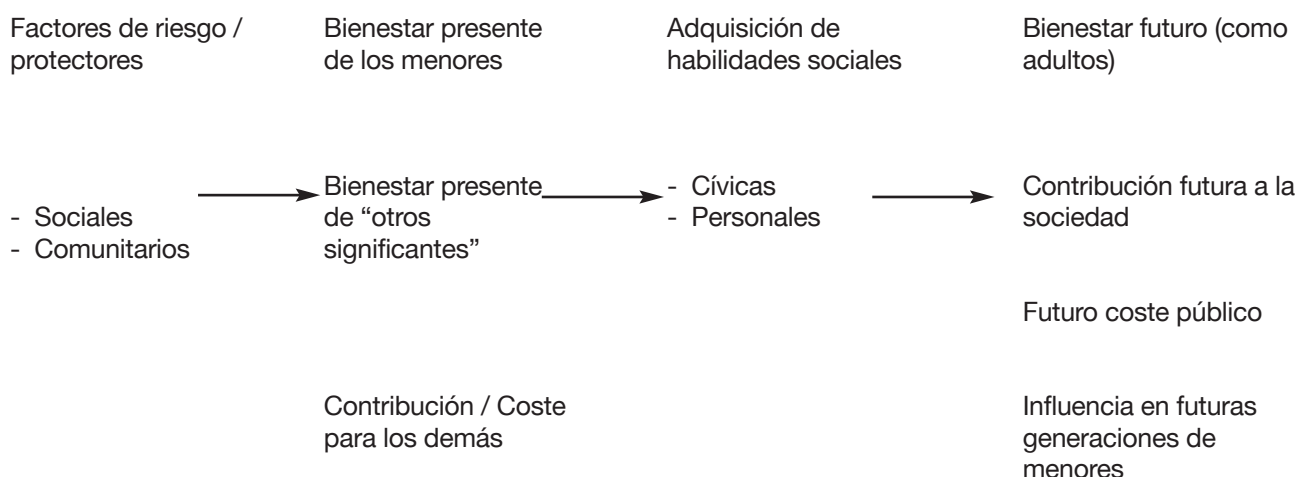


FUENTE: Adaptado de Delov y Habib (1997)

Resulta interesante la amplitud, en términos sociológicos, de este marco conceptual, que incluye: a) la contribución de los menores al bienestar de los demás, así como su participación en procesos sociales, b) el coste que éstos generan, c) el bienestar del resto de los miembros de la sociedad y su impacto sobre el de los menores y, finalmente, d) la consideración del propio bienestar del menor. Quedan por

considerar, sin embargo, las variables estáticas y dinámicas que afectan a la situación social de los menores, o como lo expresan los autores, las variables de estructura y las variables de proceso. Para ello desarrollan un esquema complementario, más cercano al análisis longitudinal o sincrónico y centrado en el problema, ya conocido, del bienestar frente al desarrollo futuro (Dalev y Habib, 1997: 70).

**Figura 7. Marco de desarrollo para el análisis del bienestar de la infancia**



FUENTE: Adaptado de Delov y Habib (1997)

La bondad del esquema presentado por los autores reside en su carácter dinámico, y resulta de una formalización de la vieja idea, expresada en el discurso político de fines del siglo XX, de que las condiciones de vida de la infancia tienen un impacto severo sobre el bienestar de los adultos y el propio orden social, en una cadena de acontecimientos que se extiende desde la infancia a la madurez social de los individuos.

A la hora de llevar a la práctica estas consideraciones teóricas, sin embargo, no resulta arriesgado aventurar que surgirán problemas de “traducción” desde las dimensiones teóricas a la práctica de la investigación, problemas que se ven agravados por las dificultades propias de cualquier proceso de operacionalización pero sobre todo por el hecho de que un trabajo adecuado en este sentido no garantiza, por ejemplo, que los datos estén disponibles o sean fácilmente accesibles, o que éstos respondan a un interés distinto al que motivó su identificación como indicadores (como ocurre tantas veces cuando se usan datos que provienen de procesos administrativos).

Por otro lado, se producen en la última década eventos altamente significativos relacionados con el propósito de allanar el camino a la elaboración de indicadores sociales para la infancia. Quizás sea el más relevante de estos eventos la conferencia nacional que tiene lugar en noviembre de 1994 en la sede del Instituto Nacional de Salud (Estados Unidos), auspiciado en parte por la Universidad de Wisconsin-Madison y una larga lista de organismos implicados en la medición del bienestar de los menores<sup>131</sup>, cuyo objetivo formal es el de

poner de manifiesto el conjunto de desafíos intelectuales y prácticos que supone la creación de un sistema de indicadores sociales capaz de posibilitar el seguimiento y análisis del bienestar de la infancia en Estados Unidos. El resultado será un volumen (Hauser, Brown y Prosser, 1997) conteniendo un rango amplio de sugerencias, operacionalizadas en mayor o menor medida, sobre las posibilidades de desarrollar un sistema de indicadores sociales para la infancia, junto con un conjunto ciertamente importante de consideraciones de relevancia en torno a los problemas prácticos que esta tarea plantea.

Una de las más valiosas aportaciones en este sentido, es la de la clarificación o intento de clarificación de los requisitos mínimos necesarios para construir tal sistema de indicadores sociales. Para algunos autores parece obvio que existe un prerrequisito que debe ser observado como indispensable o ineludible; nos referimos al de que la medida proporcionada por el indicador debe ser repetida en intervalos regulares con el fin de posibilitar el seguimiento de las condiciones de vida de los menores, dentro de un esquema temporal longitudinal (Brown, 1997: 3). Es obvio, sin embargo, que ésta es una visión demasiado restringida. Kristin A. Moore (1997: 37 y ss.) propone una lista más exhaustiva de criterios indispensables en el diseño de indicadores sociales para la infancia que reproducimos en la tabla siguiente y que en líneas generales, como se observará, gira en torno a la satisfacción de las necesidades propias de la medición en cualquier ámbito de las ciencias sociales (sobre todo en lo que se refiere a la validez del indicador, esto es, que el instrumento mida verdaderamente aquello que se propone medir, y otros aspectos contiguos o relacionados), lista que podríamos resumir siendo excesivamente sintéticos, diciendo que los indicadores deben ser: suficientemente comprensivos, no sesgados (incluyendo tanto aspectos positivos como negativos), consistentes en el tiempo y en relación a la propia composición de la población, así como sensibles a los propios cambios demográficos y sociales de la población estudiada.

131. Para más señas, y aparte de la ya mencionada Universidad: El Instituto para la investigación de la pobreza [Institute for Research on Poverty] de la propia Universidad de Wisconsin-Madison, el ASPE [Assistant Secretary for Planning and Evaluation], el Departamento de Salud y Servicios Sociales [U.S. Department of Health and Human Services], el Instituto Nacional de Desarrollo Humano y Salud Infantil [National Institute of Child Health and Human Development], la Fundación Annie. E. Casey y Child Trends Inc.

Una crítica más que interesante sobre la realidad de los indicadores sociales (no sólo aquellos aplicados a la infancia) la proporcionan Miringoff y Miringoff (1997), al destacar el hecho de que existe una evidente falta de contextualización de los mismos, a diferencia de lo que ocurre con los indicadores de tipo económico. ¿Qué significa esto exactamente? Los autores parecen referirse a la posición de los indicadores sociales en el conjunto de actividades de seguimiento y control de la información sobre el sistema socioeconómico que producen las sociedades modernas. Efectivamente, en comparación con los indicadores económicos<sup>132</sup>, los indicadores sociales se producen aisladamente, sin una frecuencia regular en muchos casos y cuando ésta existe raramente es menos que anual, en ocasiones con datos referidos a períodos de tiempo que no son propiamente recientes y sin que exista un contexto claro en que las distintas medidas puedan complementarse e interpretarse. El resultado va más allá de una queja sobre la falta de periodicidad de los datos referidos al bienestar social, como señalan los autores (Miringoff y Miringoff, 1997: 476):

*Economics indicators reflect a coherent whole which seems to affect us all and in which all of us are invested. The parts of the economy that we monitor so closely can be viewed as moving, dynamic, touching each other, and touching the whole. The economy is about "us". Social indicators and social problems seem more isolated and separate, with little connection to each other or to the whole. Indicators such as teenage suicide, child abuse, or children in poverty, seem disconnected, measuring only the populations inside of their definitions. They appear to be measures of "them".*

La finura del análisis nos permite descubrir el auténtico problema de estos indicadores. Su falta de preeminencia en el contexto social en el que se producen, así como el hecho –objeto de la denuncia– de su descontextualización conducen a su extrañamiento, resultando, por paradójico que pudiera parecer, más familiarizado el ciudadano de una sociedad occidental con el producto nacional bruto o el índice de confianza de los inversores que con la medida de la pobreza infantil, fenómeno que se antoja lejano y excepcional. Para contrarrestar este efecto proponen los autores (Miringoff y Miringoff, 479 y ss.): a) presentar los indicadores al público con tanta frecuencia como sea posible, b) aunar aquellos que puedan ser presentados al mismo tiempo por estar relacionados, proporcionando una imagen comprensiva del “todo”, c) desarrollar medidas compuestas o índices cuya

publicación sea regular y su distribución eficaz, y d) crear una base de datos que permita el análisis comparativo a nivel nacional y regional.

En otras ocasiones, la crítica al papel de los indicadores sociales en el análisis del bienestar de la infancia arranca de los aspectos puramente metodológicos. Así, Prosser y Stagner (1997) se han concentrado en la tarea de señalar las posibles limitaciones o barreras metodológicas relacionadas con el desarrollo de indicadores para la infancia<sup>133</sup>. Pueden resumirse estas limitaciones en un conjunto esquematizado de observaciones como sigue<sup>134</sup>:

- Medición directa: un indicador debe ser el resultado de una medición directa de las experiencias de un menor. Esto incluye:

- El problema de la fuente de información: es siempre preferible un autoinforme del menor (siempre que éste cuente con la edad adecuada).

- El problema de la medición del sistema: la información que se obtiene como resultado de la acción administrativa del sistema de atención al menor corre el riesgo de estar referida al reconocimiento y confirmación por parte de dicho sistema de algún tipo de problema psicosocial del niño, más que si verdaderamente se pone en juego o no el bienestar del menor. Por otra parte, la intermediación del sistema puede estar constreñida por problemas de tiempo, de recursos, de percepción, etc.

- Claridad de la dirección: debe evitarse la ambigüedad en la comparación entre distintos momentos de tiempo o espacios administrativos. Esto incluye:

- El enmascaramiento de tendencias opuestas: dado que debemos asegurarnos de que la mejora de un indicador no está encubriendo, en realidad, una situación de pérdida de bienestar manifestada en un indicador complementario.

- Rendimiento decreciente: algunos indicadores pueden mostrar una mejora en las condiciones de vida de los menores, hasta que alcanzan un punto en que cualquier movimiento en la misma dirección no garantizará una mejora en dichas condiciones de vida o ésta sólo podrá producirse a un coste excesivo.

- Posibilidad de cometer errores de “Falso Positivo” y “Falso Negativo”: asumiendo que pueden ocurrir dos grandes tipos de error relacionados con la aplicación de indicadores: el error de Tipo II o “Falso Positivo” cuando atribuimos a los menores un estatus o una condición que en realidad no poseen y el de Tipo I o “Falso Negativo”, cuando no atribuimos a los menores una condición o estatus que realmente poseen.

- Interpretación clara: los indicadores deberían proporcionar un sentido claro en relación a la acción correctiva a aplicar, a ser posible proporcionando una imagen nítida de las razones que conducen a la mejora o empeoramiento del indicador.

Como se verá, el terreno de los indicadores sociales aplicados a la infancia no está exento del mismo tipo de problemas referidos a la dificultad que presenta la interpretación de los mismos, tal y como se ha señalado al comienzo de este capítulo.

132. No deja de ser curioso que más de treinta años después del surgimiento del “movimiento de indicadores sociales” la cuestión esencial que da paso a los indicadores sociales en sus comienzos –la necesidad de superar la visión economicista de la vida social, ofreciendo un sistema de contabilidad social que pueda equipararse en eficacia y generalización al sistema de indicadores económicos– siga en pie. Puede éste, valga la redundancia, ser un indicador del relativo fracaso de la pretensión de los indicadores sociales de erigirse en un medio privilegiado de control y planificación, dado que no han resuelto esas expectativas primerizas en cuanto a su ubicación en el contexto de la recopilación de información sobre la vida social y su aplicación a la planificación política.

133. A los que definen como el conjunto selecto de datos que permiten informar a distintas audiencias sobre los problemas sociales del país, así como de sus logros principales, difiriendo los indicadores sociales de las estadísticas sociales en que éstas últimas pretenden describir, mientras que el objetivo de los primeros es propiamente el de informar (Prosser y Stagner, 1997: 483).

134. Por otra parte, el interés de los autores se centra en la medición del bienestar de los menores con problemas de conducta o integración social a través de indicadores psicosociales, por lo que se explican las frecuentes alusiones a los sistemas de servicios sociales y de atención al menor.



**Tabla 14. Criterios de elaboración de Indicadores Sociales para la medición del bienestar de la Infancia**

1. *Comprehensividad en la cobertura:* los indicadores deben medir el bienestar a lo largo de un conjunto amplio de procesos, resultados y comportamientos.
2. *Menores y edad:* Deben ajustarse en su aplicación a menores de todas las edades, incluyendo la adolescencia y el período de transición a la edad adulta.
3. *Claridad y comprensibilidad:* Los indicadores deben ser accesibles, claramente comprensibles por parte del público.
4. *Resultados positivos:* Los indicadores deben dar cuenta tanto de aspectos positivos como negativos relacionados con el bienestar.
5. *Profundidad, amplitud y duración:* Los indicadores deben ocuparse de la dispersión entre las medidas del bienestar de la infancia, la permanencia de los menores en un estatus determinado y los factores de riesgo acumulativos experimentados por éstos.
6. *Interpretación común:* Los indicadores deben tener un mismo significado en diferentes grupos de población.
7. *Consistencia en el tiempo:* Los indicadores deben tener un mismo significado en diferentes momentos de tiempo.
8. *Orientación al futuro:* Se deben recoger los indicadores que permitan analizar las tendencias y prever o anticipar situaciones futuras.
9. *Metodología rigurosa:* La cobertura de la población debe ser completa o muy alta, y los métodos de recogida de información rigurosos y consistentes en el tiempo.
10. *Detalle Geográfico:* Los indicadores serán desarrollados no sólo a nivel nacional, sino también estatal\* o local.
11. *Eficiencia y coste:* Las estrategias para expandir y mejorar el sistema de recogida de información necesitan ser meditadas, planificadas y económicamente eficientes.
12. *Reflejo de objetivos sociales:* Ciertos indicadores deben permitirnos evaluar si se hacen progresos en función de los objetivos nacionales, estatales o locales relacionados con el bienestar de la infancia.
13. *Ajustados a las tendencias demográficas:* Los indicadores o sistemas o subsistemas de indicadores sociales, deben ser desarrollados de tal manera que respondan a los cambios percibidos en la composición de la población; igualmente deben estar disponibles para subgrupos de población lo suficientemente concretos como para permitir establecer conclusiones referidas a dicho grupo.

FUENTE: Adaptado de Moore (1997: 37)

\*referido a los distintos estados federados de Estados Unidos, en contraposición a la iniciativa propiamente federal o nacional.

### **3.7.1. Los indicadores sociales aplicados a la infancia: contextos e iniciativas**

Existen, hoy por hoy, referencias concretas en las que se puede analizar de qué manera se aborda el estudio de los menores a través de los indicadores y la publicación de informes y estadísticas sociales. Son manifestaciones concretas de ese nuevo interés por la infancia que, como ya hemos anticipado, surgirá a finales de los años ochenta y cuajará en forma de red de investigadores, multiplicación de encuentros y seminarios y publicación de los correspondientes informes y análisis durante la década de los noventa. Hasta la fecha, pueden encontrarse huellas de este quehacer científico en torno a un mejor conocimiento de la situación social de la infancia prácticamente en todo el planeta, abarcando lugares tan distantes como la Europa de la península escandinava, Israel, Austria, Japón o Australia, sin olvidar al que debe ser considerado como el epicentro de la investigación basada en indicadores sociales: los Estados Unidos. De igual manera, no puede desligarse este interés de los esfuerzos realizados por la comunidad internacional por avanzar en el campo de la regulación de los derechos de la infancia; algunos han visto, desde un punto de vista sociológico y psicosocial, en la aprobación de la Convención de los Derechos del Niño por

parte de la asamblea general de las Naciones Unidas el 20 de noviembre de 1989, la puerta de entrada a una nueva “imagen” de la infancia que la equipara a un grupo o categoría social (Casas, 1997).

El eje central del trabajo de los investigadores de la infancia, sin embargo, sigue viéndose afectado por esa tensión de la que hemos dado cuenta en el epígrafe anterior y que nos obliga a escoger entre una dimensión temporal y teórica presente (Well being) y otra futura (Well becoming). Las palabras de Kofi Annan en la introducción a la edición del año 1998 del ya clásico informe sobre el estado mundial de la infancia, revelan el anudamiento que impide hacer una distinción severa entre ambas (UNICEF, 1998):

To look into some aspects of the future, we do not need projections by supercomputers. Much of the next millenium can be seen in how we care for our children today. Tomorrow's world may be influenced by science and technology; but more than anything, it is already taking shape in the bodies and minds of our children.

Sin embargo, la confianza en que un mejor conocimiento de la infancia de hoy es un “activo” para el futuro sólo tiene sentido si se aplican el talento y los recursos suficientes al diseño de sistemas de recogida, tratamiento y análisis de la

información que permitan un conocimiento exhaustivo del contexto social en el que se desenvuelven los menores y de su propio desarrollo, por estar esta tarea ligada al proceso de la modernización de los servicios sociales para la infancia<sup>135</sup>. A este fin se aplican ya varias instituciones y bajo sus auspicios se han desarrollado diversos proyectos de seguimiento de la infancia a través del uso de indicadores sociales. A la descripción somera de un conjunto de estas tentativas especialmente relevantes dedicaremos las líneas siguientes.

Precisamente, la iniciativa de Naciones Unidas a través de UNICEF de publicar un informe con periodicidad anual (1979) con el objetivo de posibilitar un análisis comparativo de las condiciones de vida de los menores en el mundo, resulta del todo pionera, y observada a la luz de los más de veinte años de su primera publicación no puede menos que ser destacada como uno de los motores principales que animan la investigación en torno a la infancia. La razón es sencilla, por primera vez la población infantil era colocada en el mapa de las estadísticas sociales como sujeto merecedor de un protagonismo propio, salvando el consabido fenómeno de su "invisibilidad" estadística, y lo era en el más difícil de los escenarios, el internacional, donde forzosamente la labor de recopilación de la información se dificulta extraordinariamente y la comparabilidad de la misma se estrecha. Se critica hoy que el enfoque de estos informes sea el de la "supervivencia" de la infancia, lo cual permite cumplir su función como sistema de alerta ante el deterioro de las condiciones de vida de los menores del así llamado "tercer mundo" y los países en vías de desarrollo, pero reduce su interés en el ámbito de las sociedades industrializadas donde los problemas de la infancia parecen ser otros bien distintos, toda vez que ciertos niveles mínimos de bienestar parecen haber sido garantizados (Ben-Arieh, 2000).

En el ámbito de la Unión Europea y su zona de influencia existen varios proyectos definidos que tienen como objetivo generar información específica sobre la situación de los menores, así como diversas instituciones que velan por el seguimiento de estos programas y la difusión de sus resultados. Éste parece ser el resultado de una conjunción de factores ya anunciada: los cambios económicos y sociales que afectan a niños y niñas en la Unión Europea, el énfasis creciente en los derechos humanos y en los de la infancia desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, así como el cambio en las perspectivas sobre los niños fruto de una nueva Sociología de la Infancia (Qvortrup, 1994).

En esta línea se manifiesta el propio Consejo de Europa a través de su asamblea parlamentaria en la Recomendación nº 1286 (1996), en la que propone a todos los Estados miembros la suscripción del principio de la "llamada a la infancia" [First call for children], en orden a reconocer los derechos de la infancia, su universalidad e indivisibilidad, así como satisfacer las

necesidades esenciales de los menores, tanto en el territorio europeo como en el resto del mundo. Sumándose al "descubrimiento" de la infancia que ejemplifican bien las palabras del Secretario General de la ONU que hemos citado en líneas anteriores, la recomendación advierte en su punto nº 5:

Children are citizens of the society of today and tomorrow. Society has a long term responsibility to support children and has to acknowledge the rights of the family in the interest of the child. Responding to children's rights, interests and needs must be a political priority. The Assembly is convinced that respect for children's rights and greater equality between children and adults will help preserve the pact between generations and will contribute towards democracy.

En el mismo documento, al profundizar en este principio de "llamada a la infancia", se menciona la necesidad ineludible de mejorar los sistemas de información referidos a los menores, ligando ésta al propio avance en el campo de la promoción y protección de los derechos universales de la infancia, y vinculando el objetivo de convertir los derechos de los menores en una prioridad política a la tarea de hacer a estos "visibles" estadísticamente (punto nº 7):

*Making children more visible through the systematic collection of information, in particular reliable, detailed (by age and gender), comparable statistics which will make it possible to identify their needs and the issues which require priority political action.*

Finalmente se señala al Comité de Ministros de la Unión Europea la conveniencia de generar, en el seno del propio Consejo de Europa, una estructura permanente intergubernamental y multidisciplinar que se ocupe de los asuntos relacionados con los menores, e instruir a ésta para un propósito concreto: producir un informe anual sobre el estado de la infancia en Europa (punto nº 10):

*Instruct it, as part of its terms of reference, to draw up an annual report on the state of Europe's children, giving a comprehensive account of the situation and an outline of positive achievements and serving as a measure of what else needs to be done to satisfy the requirements of the Conventions on the Rights of the Child, and to submit this report to the Parliamentary Assembly.*

Sobre la base de estas afirmaciones, un informe de 1998 financiado por la Dirección General V de la Comisión Europea y elaborado por EURONET (Red Europea para la Infancia)<sup>136</sup>, recomienda:

- Los informes del Observatorio Europeo sobre Políticas Nacionales de Familia deberían presentarse anualmente al Parlamento y ser empleados como punto de partida del debate, de modo que se pudiera tener en cuenta la situación real de los niños y niñas.

- La Comisión Europea debería ampliar las competencias actuales del Observatorio Europeo sobre Políticas Nacionales de Familia para fomentar una focalización en los temas de infancia. Esto podría lograrse con la sustitución del nombre por el de Observatorio Europeo de Políticas de Infancia y de Familia.

- La Comisión Europea debería extender el ámbito de Eurostat, al objeto de incluir un abanico mayor de datos a recabar sobre la infancia, yendo más allá de su propósito actual de recoger sólo los concernientes a abuso y explotación sexual infantil.

135. Véase si no las recomendación de elaborar indicadores sociales sobre la infancia que permitan la construcción de políticas sociales que incorporen el punto de vista de los menores en: Barty (1989: 40).

136. "A Children's Policy for 21st Century Europe. First Steps" by Sandy Ruxton. Accesible en la siguiente dirección de Internet: [www.europeanchildrensnetwork.gla.ac.uk](http://www.europeanchildrensnetwork.gla.ac.uk).

El marco político en el que surge el interés por profundizar en la información referente a la infancia es claro y aparece fuertemente vinculado a los distintos proyectos de esta índole que se realizan en territorio europeo. La situación no es muy diferente de la que animó las primeras investigaciones con indicadores sociales durante los años sesenta, si bien en la actualidad se juega con la ventaja que proporciona la experiencia acumulada y el perfeccionamiento del instrumento, en contraste con algunos de los errores cometidos en décadas pasadas y de los que hemos dado ya cuenta al analizar los distintos períodos por los que ha atravesado la investigación basada en indicadores sociales.

No obstante, el panorama del uso de indicadores sociales en la investigación de la infancia en el Europa es más disperso de lo que podría sugerir la claridad de los objetivos planteados en el texto citado del Consejo de Europa. Por otra parte, el hecho de que el propio espacio económico, político y social de la Unión Europea se encuentre aún en construcción y ampliado por la incorporación de nuevos miembros, dificulta la tarea de reunir y analizar la información que proviene de marcos sociales tan distintos.

Debemos señalar, en primer lugar, la actividad del “Centro para los niños de Europa” [Centre for Europe’s Children], fundado en 1997 con objeto de convertirse en el centro de documentación e información para la estrategia europea sobre los menores, en conexión con el Consejo de Europa (a su vez coordinado con UNICEF). El principal objetivo del centro es el de promover los derechos de la infancia en Europa a través del desarrollo de la información, la promoción de políticas y prácticas adecuadas, la estimulación de la investigación sobre la infancia y su evaluación, así como desarrollando redes de agentes políticos e instituciones interesadas en compartir ideas e información. En la práctica, la actividad principal del Centro para los Menores de Europa consiste en albergar una extensa base de datos que recoge información relativa al campo de los derechos de la infancia (textos legales, datos y documentos de UNICEF, directorio de actividades, datos del proyecto MONEE de seguimiento de la situación de los menores en los países del centro y este de Europa, herramientas de búsqueda en Internet de información relacionada con la infancia, etc.), configurándose como un instrumento dinámico de acceso a la información relativa a la infancia, a través de las nuevas tecnologías de la información, al que se accede desde su página web albergada por la Universidad de Glasgow ([www.eurochild.gla.ac.uk](http://www.eurochild.gla.ac.uk))

En otro orden de cosas, el citado proceso de construcción del espacio social europeo, afectado por el cambio drástico

sufrido en muchos países del centro y este de Europa, así como en la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, ha motivado la necesidad de efectuar un seguimiento de las condiciones de vida de los niños en este marco cambiante. En 1992 se constituye en Florencia para este fin el centro del proyecto MONEE (Monitoring in Central and Eastern Europe, the Commonwealth of Independent States and the Baltics), vinculado también a UNICEF y al desarrollo de proyectos similares en el Norte de África, Asia oriental y la región del Pacífico y Latinoamérica. Además de informes con carácter anual sobre las condiciones de vida de la población infantil y juvenil en el marco territorial definido por el proyecto, una de las aportaciones interesantes del proyecto MONEE es la creación de una base de datos donde se reúne información recopilada durante casi una década referente a tendencias económicas y sociales en un conjunto de unos veintisiete países diferentes ([www.eurochild.gla.ac.uk/documents/monee](http://www.eurochild.gla.ac.uk/documents/monee)).

Sin embargo, el grueso de la actividad referida a indicadores sociales aplicados a la infancia, sobre todo desde una perspectiva estrictamente sociológica, la desarrolla el así llamado “Centro Europeo para la Política de Bienestar y la Investigación” [European Centre for Social Welfare Policy and Research], con sede en Viena. Esta institución se define como un centro internacional para información, la política y la investigación en ciencias sociales, así como una asociación intergubernamental afiliada a las Naciones Unidas preocupada por el bienestar social. Una de las aportaciones significativas de ésta es su honda vinculación con el resto de los intentos de desarrollar indicadores sociales para la infancia a escala mundial, dado que no sólo asiste como institución afiliada a las Naciones Unidas y a buena parte de las instituciones políticas europeas en todo lo referido a los asuntos sociales y las políticas de bienestar, sino que además pretende generar una extensa red de organizaciones (nacionales e internacionales), investigadores particulares, administraciones públicas, oficinas estadísticas, etc. que facilite la recopilación de información y su análisis. Dentro de sus áreas programáticas encontramos mención expresa a la infancia y la juventud [Childhood and Youth]<sup>137</sup>, donde se afirma que ambas son entendidas como un “fenómeno social”. Aquí encontramos una de las primeras iniciativas europeas dedicadas al estudio sociológico de la infancia; se trata del proyecto “Infancia como fenómeno social” [Childhood as a social phenomenon], en marcha desde finales de los años ochenta (1987). Entre otras, destaca a cargo del Centro Europeo para la Política de Bienestar y la Investigación la publicación del Eurosocial Report, en cuya serie se han dado cita algunas de las principales aportaciones europeas a la sociología de la infancia, de entre las cuales cabe destacar el informe número 36 (Jensen y Saporiti, 1992) en el que se recogen los resultados del proyecto “Infancia como fenómeno social” y el 62, a cargo de Asher Ben-Arieh<sup>138</sup> y Helmut Wintersberger<sup>139</sup> (1997), titulado “Seguimiento y medición del estado de los menores- más allá de la supervivencia” [Monitoring and Measuring the State of Children- Beyond Survival], vinculado a uno de los proyectos internacionales de la institución: Monitoring and Measuring Children’s Well Being (2001-2004). Es desde el centro europeo para el estudio de la política del bienestar y la investigación desde donde parte una idea central en el nuevo impulso que tiene la investigación

137. En la práctica, el programa de la institución durante la década de los ochenta se asienta sobre dos pilares: la reestructuración de los sistemas de bienestar europeos y el estudio de las condiciones de vida de grupos específicos de población, tales como las mujeres o los mayores. Sólo a partir de 1986, cuando el comité director del centro así lo decide, se produce un vuelco hacia la incorporación del estudio de la infancia como parte de dichos colectivos de población en riesgo social. Una iniciativa, a decir de los implicados, que se revela a la luz del presente acertada (European Centre, 1989: 1).

138. Actualmente Director Asociado para la Investigación y el Desarrollo del Consejo Nacional Israelí del Menor y también investigador invitado en el Chaplin Hall Center for Children (Universidad de Chicago), y uno de los nombres más conocidos asociados a la investigación de la infancia a través de indicadores sociales.

139. Coordinador del Observatorio Europeo de Políticas Nacionales de Familia. Hasta 1997 director del programa de infancia en el Centro Europeo de Políticas de Bienestar Social e Investigación en Viena.

social sobre la infancia a finales del siglo XX: la investigación debe hacer lo posible porque las voces de los menores sean oídas. Así, se reivindica, como parte de una estrategia para conocer mejor el fenómeno de los riesgos sociales para la infancia en los países industrializados, la necesidad de prestar más atención a las competencias y capacidades de los niños como agentes sociales, fomentando si es necesario su participación en foros apropiados y generando un nuevo acervo de conocimiento sobre el mundo social que rodea a la infancia y su desarrollo a través de la elaboración de indicadores para la infancia en el contexto de la estadística e investigación (Bardy, 1989: 40).

A día de hoy, sin embargo, el balance no es del todo positivo si consideramos que son muy escasas las publicaciones que reúnen en un todo coherente un conjunto de indicadores sociales que pertenezcan al dominio de la infancia y nos den una idea relativamente precisa de las situación del menor en el contexto europeo. Algunas iniciativas son realmente prometedoras, como la ya citada del proyecto de seguimiento y medición del bienestar de los menores, que se plantea un arco temporal hasta el año 2004 para ofrecer resultados sólidos. Sin embargo, el panorama europeo parece adolecer de una cierta dispersión de recursos y resultados que hacen difícil su integración en un conjunto manejable de medidas significativas, requisito indispensable para establecer un principio de medición fiable y continua que permita hacer entrar de lleno a la infancia en el campo de la investigación con indicadores sociales.

Esto contrasta con la situación que se nos plantea en el otro polo de la investigación social de la infancia y de las condiciones de vida de los menores. Nos referimos a los Estados Unidos, donde la multiplicidad de agencias locales, estatales y federales interactuando sobre un mismo territorio y un mismo objeto de estudio ha producido, sin embargo, un resultado más uniforme, o al menos, si no completamente homogéneo, sí más útil de cara a la investigación futura en esta misma línea. Ciertamente es que las condiciones de inestabilidad del espacio social europeo que hemos citado antes no se dan en el contexto americano, y esto ha podido jugar en su favor. En cualquier caso, el análisis del mapa de centros, instituciones, universidades y departamentos de la administración que se encargan, de una u otra manera, de producir indicadores sociales referidos a los menores y sus condiciones de vida revela una actividad profusa y creciente. No en vano, ha sido la década de los noventa la que ha marcado el pistoletazo de salida en lo que a este campo se refiere, multiplicándose en pocos años los esfuerzos y también los resultados. Podría afirmarse que una idea nueva ha irrumpido en la vida política y social norteamericana: los indicadores sociales aplicados a la

infancia y la juventud se están convirtiendo ya en herramientas indispensables dentro de la política social a la hora de la planificación, la detección y consecución de determinados objetivos sociales, así como para facilitar a las agencias gubernamentales la tarea de mejorar el bienestar de estos menores y jóvenes (Brown, 1998)<sup>140</sup>. Por otra parte, no hay que olvidar la coexistencia de tres niveles de trabajo en un mismo marco político y social: local, estatal y federal. El impulso de esta actividad investigadora, por otra parte, proviene directamente del área gubernamental. Como botón de muestra sirva la obligación contraída por el gobierno federal de generar un informe anual que analice las condiciones de vida de los menores en América (informe que ya va por su tercera edición), como resultado de la Orden Ejecutiva número 13045, firmada a comienzos de la década de los noventa por el presidente Bill Clinton<sup>141</sup>.

De manera significativa podríamos citar algunos ejemplos claros de esta actividad de medición y seguimiento de las condiciones de vida de los menores. Todas ellas han producido ya documentos relevantes, habitualmente en forma de informes nacionales (en los que se combinan con frecuencia los enfoques descriptivos y evaluativos), aunque no son desdeñables las tentativas de generación de bases de datos de libre acceso y la promoción del uso de Internet para la difusión de resultados de la investigación y reforzar así los vínculos entre investigadores en el campo de los indicadores sociales aplicados a la infancia.

Señalaremos en primer lugar, puesto que ya la hemos citado al mencionar el impulso gubernamental a la investigación sobre la infancia, la actividad desempeñada por el Foro Federal de Estadísticas de la Familia y el Menor [Federal Interagency Forum on Child and Family Statistics]. Esta Institución viene trabajando desde 1994 (si bien su formalización como institución oficial data de 1997), siendo de naturaleza intergubernamental y colectiva, en la medida que surge de la agrupación de dieciocho relevantes agencias federales de recopilación de datos estadísticos referidos a los niños o las familias. El objetivo es el de coordinar sus respectivas actividades sobre estos campos, así como mejorar la eficiencia y la utilidad del sistema federal de estadísticas. El uso de indicadores sociales para ofrecer una imagen precisa de la sociedad americana figura como una de sus tareas principales, y así viene plasmándose en el informe anual que, desde 1997, el FIFCFS publica bajo el título, suficientemente explícito, de *America's Children: Key National Indicators of Well Being*. La edición de dicho informe del año 2001 incluía 24 indicadores referidos a áreas como: seguridad económica, salud, conducta y medio social y educación. Y en él se indicaba que los indicadores habían sido elegidos: a) por su fácil comprensión para un público amplio, b) por su fundamentación objetiva y fiable, c) por facilitar una visión equilibrada en la que ciertas áreas de la vida del menor no se imponen a las demás, d) por ser susceptibles de ser actualizados convenientemente a través de mediciones regulares y, finalmente, e) por su representatividad, que alcanza a segmentos muy amplios de la población (Federal Interagency Forum on Child and Family Statistics, 2001).

Sin embargo, no es ésta la única institución en asumir un proyecto de tal envergadura: la descripción, desde una perspectiva global y exhaustiva, de las condiciones de vida y

140. El marco de acción que aparece relacionado con esta nueva actividad del desarrollo de indicadores sociales para la infancia resulta, así, virtualmente idéntico al que propició el surgimiento mismo de los indicadores sociales, estrechamente ligado a la tarea de planificación del desarrollo y desde una postura de control tecnológico sobre el cambio social y sus consecuencias.

141. El hecho ineludible del adelanto de Estados Unidos en lo que a la elaboración de indicadores sociales para la infancia se refiere y la manifiesta preocupación de las autoridades de este país, que han impulsado activamente la investigación en este sentido, parece contradictorio con el empeño del gigante americano por apartarse de cuantas iniciativas internacionales intentan prosperar para extender este principio de mejora de las condiciones de vida de la infancia a escala mundial. Un buen ejemplo de ello: la renuncia de Estados Unidos a ratificar la Convención Internacional de los Derechos del Niño.

los niveles de bienestar del conjunto de los menores en la sociedad americana. El Departamento de Salud y Servicios Sociales [United States Department of Health and Human Services- DHHS], activamente implicado en la primera gran oleada de indicadores sociales durante los años sesenta, ha acometido también recientemente y fundamentalmente a través de su Secretaría de Planificación y Evaluación [Assistant Secretary for Planning and Evaluation- ASPE] una tarea similar<sup>142</sup>. Desde 1996 publica un informe de carácter general bajo el título de “Tendencias en el bienestar de los niños y jóvenes de América” [Trends in the Well-Being of America’s Children and Youth] que resume casi una centena de indicadores sociales aplicados a la población infantil y juvenil, habitualmente en un formato doble: por un lado se recoge la información referida a cada indicador, en su correspondiente área social, indicando en un breve comentario la relevancia de la medida o el detalle de ésta referida a algunos subgrupos de población y por otro se elabora un estudio monográfico de carácter más evaluativo sobre algún aspecto destacable en la evolución de la situación social del colectivo de menores y jóvenes<sup>143</sup>. El objetivo del informe es el de suministrar una descripción suficientemente exhaustiva y accesible a un público general de la situación social de la población infantil y juvenil. En él se menciona la existencia de deficiencias importantes en el sistema de estadísticas federales, que no permiten un estudio y seguimiento satisfactorio de la situación de los menores: ocurre así en las áreas de desarrollo social y análisis de los hábitos de conducta implicados en la salud física, agravadas por la tendencia a ofrecer casi exclusivamente indicadores negativos (aquellos que revelan carencias o

dificultades de la población o del sistema), señalando igualmente la tendencia a depender en gran medida de los datos que se obtienen sobre la población escolarizada (corriendo el riesgo de ignorar a los menores y jóvenes que han abandonado la escuela) (U.S. Department of Health and Human Services, 1996). La manera en que el informe reproduce las distintas áreas de preocupación social a las que se refiere la batería de indicadores y la naturaleza de éstos, concuerda exactamente con la estructura de los informes sociales que, a partir de los años setenta, comienzan a convertirse en la cara más visible de la actividad investigadora basada en el uso de indicadores sociales. En el caso del primero de los informes del DHHS se señalan cinco grandes áreas denominadas “sustantivas”<sup>144</sup>:

- Población, familia y vecindario.
- Seguridad económica.
- Cobertura sanitaria y condiciones de salud.
- Desarrollo social, conducta y salud, y fertilidad adolescente.
- Educación y logro.

En ellas se incluye una lista de varias decenas de indicadores referidos a aspectos muy diversos de la vida social de los menores y los jóvenes. Ofrecemos una traducción de la lista original por áreas sustantivas de preocupación social.

Como puede observarse, la lista es exhaustiva, aunque probablemente se echan de menos más indicadores en algunas áreas que pudieran complementar la información de los ya existentes<sup>145</sup> (Department of Health and Human Services, 1996).

---

142. Colabora también en la producción del informe Child Trends, una organización sin ánimo de lucro que, como veremos más adelante, juega también un papel importante en la investigación sobre indicadores sociales aplicables a la infancia.

143. En el primero de estos informes, por ejemplo, se ofrece una revisión de los datos históricos de carácter sociodemográfico sobre menores y jóvenes bajo el título: “Population Change and The Family Environment of Children”.

144. En el original: 1) population, family and neighborhood; 2) economic security; 3) health conditions and health care; 4) social development, behavioral health, and teen fertility; 5) education and achievement.

145. Tal vez resulte incompleto, por ejemplo, diseñar un campo como el de la convivencia familiar sin incluir indicadores –difícilmente accesibles, por otra parte– sobre la calidad de las relaciones familiares, lo cual descompensa el resultado final hacia el análisis casi exclusivo de las estructuras familiares y los tipos de hogar.



## **POBLACIÓN, FAMILIA Y VECINDARIO**

### **CARACTERÍSTICAS DE LA POBLACIÓN INFANTIL**

- 1.1- Número de menores
- 1.2- Porcentaje de menores sobre la población
- 1.3- Proporción de familias que albergan menores
- 1.4- Composición racial/ étnica
- 1.5- Menores inmigrantes

### **ESTRUCTURA FAMILIAR**

- 2.1- Estructura familiar: número de padres en el hogar
- 2.2- Porcentaje de nacimientos de madres solteras
- 2.3- Acogida

### **VECINDARIO**

- 3.1- Estabilidad residencial
- 3.2- Menores en vecindarios afectados de pobreza/ pobreza severa

## **SEGURIDAD ECONÓMICA**

### **POBREZA E INGRESOS**

- 1.1- Ingresos medios familiares
- 1.2- Distribución de los ingresos
- 1.3- Infancia en situación de pobreza
- 1.4- Pobreza infantil sostenida
- 1.5- Esperanza de vida de la infancia en situación de pobreza
- 1.6- Child Support Nonpayment\*

### **PROGRAMAS GUBERNAMENTALES DE APOYO**

- 2.1- Impacto de los programas gubernamentales de transferencias
- 2.2- current receipt of afdc or food stamps\*
- 2.3- Indicadores de dependencia de la ayuda gubernamental

### **EMPLEO PARENTAL**

- 3.1- Participación parental en la fuerza de trabajo
- 3.2- Empleo materno
- 3.3- Fuerza de trabajo parental independiente
- 3.4- Fuerza de trabajo parental combinada
- 3.5- Cuidado de los menores

### **VIVIENDA**

- 4.1- Vivienda inadecuada o en malas condiciones

## **COBERTURA SANITARIA Y CONDICIONES DE SALUD**

### **MORTALIDAD**

- 1.1- Mortalidad infantil
- 1.2- Mortalidad infantil y juvenil
- 1.3- Muertes violentas de adolescentes: vehículos de motor
- 1.4- Muertes violentas de adolescentes: homicidios
- 1.5- Muertes violentas de adolescentes: suicidios

### **CONDICIONES DE SALUD**

- 2.1- Nacimientos sanos
- 2.2- Falta de peso al nacer
- 2.3- Falta severa de peso al nacer
- 2.4- Condiciones generales de salud
- 2.5- Enfermedades crónicas
- 2.6- Adolescentes afectados de sobrepeso
- 2.7- Abusos y maltrato
- 2.8- Suicidio adolescente

### **COBERTURA SANITARIA**

- 3.1- Cobertura del seguro sanitario
- 3.2- Cuidados prenatales
- 3.3- Retardo o ausencia de cuidados prenatales
- 3.4- Cuidado prenatal inadecuado
- 3.5- Vacunación

## **DESARROLLO SOCIAL, CONDUCTA Y SALUD, FERTILIDAD ADOLESCENTE**

### **DESARROLLO SOCIAL**

- 1.1- Objetivos vitales
- 1.2- Influencias positivas del grupo de iguales
- 1.3- Participación religiosa
- 1.4- Ejercicio del voto
- 1.5- Exceso de visionado de televisión
- 1.6- Arrestos por crimen con violencia
- 1.7- Adolescentes en situación de riesgo moderado

### **CONDUCTA Y SALUD: SEGURIDAD E INTEGRIDAD FÍSICA**

- 2.1- Peleas
- 2.2- Posesión de armas
- 2.3- Scat Beat Use
- 2.4- Ejercicio físico regular

### **CONDUCTA Y SALUD: ABUSO DEL TABACO, ALCOHOL Y OTRAS SUSTANCIAS**

- 3.1- Consumo de cigarrillos
- 3.2- Uso de tabaco mascado
- 3.3- Consumo excesivo de alcohol
- 3.4- Conducción bajo los efectos del alcohol
- 3.5- Consumo de marihuana o cocaína
- 3.6- Actitud del grupo de iguales ante el alcohol, marihuana u otras drogas

### **CONDUCTA Y SALUD: ACTIVIDAD SEXUAL Y FERTILIDAD**

- 4.1- Adolescentes con experiencia sexual
- 4.2- Adolescentes con relaciones sexuales activas
- 4.3- Sexo sin precauciones
- 4.4- Número de compañeros sexuales
- 4.5- Embarazo en adolescentes
- 4.6- Ratio de abortos en adolescentes
- 4.7- Ratio de natalidad en adolescentes
- 4.8- Ratio de natalidad fuera del matrimonio en adolescentes
- 4.9- Nacimientos de segundo orden o superior en adolescentes

## **EDUCACIÓN Y LOGRO**

### **ESCOLARIZACIÓN/ASISTENCIA**

- 1.1- Escolarización pre-escolar
- 1.2- Repetición de grado / curso
- 1.3- Absentismo escolar
- 1.4- Abandono escolar
- 1.5- Conclusión de estudios secundarios
- 1.6- Escolarización en educación superior

### **LOGRO/CAPACIDAD**

- 2.1- Capacidad de lectura
- 2.2- Capacidad de escritura
- 2.3- Capacidad matemática
- 2.4- Capacidad en ciencias

### **CONDUCTA ASOCIADA**

- 3.1- Lectura de los padres a los hijos
- 3.2- Hábitos de lectura de los menores
- 3.3- Implicación parental en la escuela

\*programas de asistencia social suministrados por el Departamento de Salud y Servicios Sociales del gobierno federal.

En esta misma línea de informes sociales sobre las condiciones de vida y el bienestar de la infancia y la juventud, destacan otra serie de publicaciones. Entre ellas, la que edita, con periodicidad anual y desde el año 1997, el Departamento de Salud y Servicios Sociales [Department of Health and Human Service] bajo el título de Indicators of Welfare Dependence, en el que se da cuenta de la evolución del grado de dependencia de los programas asistenciales del gobierno, entre ellos la ayuda generada específicamente para familias con menores a cargo. El informe incluye dos líneas diferentes, aunque complementarias, en su elaboración: una referida al problema de la dependencia y las condiciones de vida en el entorno familiar y otra más centrada en el bienestar social que se refiere a los indicadores de desarrollo infantil, salud y otros aspectos relacionados. El mismo Departamento se encarga de publicar, desde 1998 y también con periodicidad anual Child Welfare Outcomes, destinado a proporcionar una imagen fiel de la posición de los menores en el conjunto del estado del bienestar y en el que se tratan de manera preeminente los temas relacionados con los casos de abuso y maltrato infantil y la situación de los menores en régimen de acogida o de internamiento institucional. Por otra parte, la actividad que tiene lugar fuera del ámbito estrictamente gubernamental, no es desdeñable. Ya se ha citado en este trabajo la importancia que el trabajo de fundaciones como la Russel Sage ha tenido en el desarrollo de la ciencia social norteamericana y, particularmente, de los indicadores sociales. Éste quizás sea el ejemplo más conocido pero no el único. El Fondo Para la Defensa de los Menores [Children's Defense Fund], por poner un caso, publica desde 1991 un anuario que reúne información sobre las grandes áreas de preocupación pública relacionadas con la infancia (a saber: salud infantil, escolarización, recursos familiares, pobreza infantil, dependencia, etc.) titulado The State of America's Children.

Mención aparte, por lo novedoso a la par que interesante, merecen las iniciativas que pretenden combinar la mejora en los sistemas de información social sobre la infancia con el desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y la gestión de bases de datos (en muchos casos on-line) aplicadas a proporcionar datos mejores y más actualizados a una amplia gama de públicos interesados. Son muchas, pero algunas brillan con luz propia. Podemos citar, por ejemplo, a Child Trends ([www.childtrends.org](http://www.childtrends.org)), una entidad sin ánimo de lucro, que recibe apoyo financiero de la fundación Annie E. Casey, dirigida a la mejora de la investigación sobre la infancia (sobre todo en lo referido a las actividades de coordinación entre investigadores, diseminación de resultados de investigación y constitución de un punto de encuentro a través de Internet para investigadores de cualquier procedencia geográfica). Entre sus

166. Kids Count es, en realidad, también el nombre que recibe la publicación que, durante los últimos diez años, edita la propia fundación y que da cuenta de un puñado escogido de indicadores de bienestar de la infancia. La totalidad de esta información, sin embargo, también es susceptible de ser consultada a través de la página web de la fundación.

167. En algunas de estas novedosas iniciativas encontramos a viejos nombres involucrados en la teoría y práctica de los indicadores sociales. Es el caso de Kenneth C. Land, que desde 1984 supervisa la publicación de un boletín sobre indicadores sociales (SINET) que incluye indicadores de la situación social de la infancia y la calidad de vida, boletín que publica la Universidad de Duke. Precisamente, Land es uno de los más activos investigadores en la tarea de desarrollar un índice complejo que refleje la multitud de factores que inciden en el bienestar y la calidad de vida de los menores (ver: The Child Indicator, Vol. 2, n° 4, 2000, "A Single Index of Child Well-Being")

actividades, la publicación con frecuencia trimestral, de un boletín electrónico (The Child Indicator. The Child Youth and Family Indicators Newsletter) que recoge buena parte de las novedades más importantes acaecidas en el terreno de la investigación de la infancia a través de indicadores sociales: directorio de investigadores, inventario de actividades, acceso a bases de datos on-line, publicaciones, convocatorias, etc. Otro ejemplo, prueba de que la actividad desarrollada por Child Trends no es un hecho aislado, es la base de datos accesible electrónicamente vía Internet de la Fundación Annie E. Casey, denominada Kids Counts<sup>166</sup> ([www.aecf.org/kidscount](http://www.aecf.org/kidscount)), en la que es posible acceder a datos referidos al bienestar de los menores tanto a nivel nacional y estatal, así como referidos a varias grandes ciudades de los Estados Unidos. Otras iniciativas en este sentido: la página en Internet de la Agencia Interfederativa para las Estadísticas de Infancia y Familia [Federal Interagency Forum on Child and Family Statistics] ([www.childstats.gov](http://www.childstats.gov)), desde la que es posible contactar con distintas agencias encargadas de producir información estadística sobre los menores, o el Centro de Documentación de la Universidad de Michigan [The University of Michigan Documents Center Web Site] ([www.lib.umich.edu/libhome/Documents.center/](http://www.lib.umich.edu/libhome/Documents.center/)), que constituye un gigantesco punto de referencia bibliográfica para investigadores nacionales y extranjeros en todo lo concerniente a la producción de estadísticas sociales en general, e indicadores sociales para los menores y la familia en particular<sup>167</sup>

### **3.7.2. La investigación de la situación social de la infancia a través de los indicadores sociales: conquistas presentes, retos para el futuro**

La lista de proyectos, instituciones e incluso investigadores, que se ocupan actualmente del desarrollo de indicadores sociales para dar cuenta de la situación social de los menores podría ser –de hecho, lo es– mucho más extensa de la que hemos mencionado aquí, después de recorrer algunos “lugares” significativos de la particular geografía de las ciencias sociales y del trabajo con indicadores. Ha sido nuestra intención, sin embargo, la de recoger una muestra significativa de todos ellos y ofrecer de paso un bosquejo inicial de esta actividad que permita hacerse una idea del conjunto de fuerzas implicadas en la misma.

Llegados a este punto, parece tarea obligada plantearnos la cuestión de cuál es exactamente el estado y grado de desarrollo de los indicadores sociales para la infancia. La respuesta a una pregunta tal no puede ser, por el momento, formulada en términos de certeza, sino más bien apuntada a través de múltiples matices que den cuenta de una situación cuanto menos compleja. Queremos decir con esto que el mundo de los indicadores sociales para la infancia está todavía teñido de luces y sombras, dado que contemplado desde cierto ángulo se hace evidente el progreso operado en el desarrollo de medidas que den cuenta de los problemas de los menores y de su bienestar, pero al cambiar éste la imagen plantea ciertas dudas que nos llevan a interrogarnos acerca de sus limitaciones.

Así, podemos observar en la última década del siglo XX y muy en especial de 1995 en adelante, una multiplicación de

esfuerzos significativos e iniciativas relevantes vinculadas al uso de indicadores sociales para la medición, seguimiento o simple descripción de las condiciones de vida de la infancia, incluyendo aquellos proyectos que pretenden medir, de una manera similar a como fue planteado en los años sesenta cuando surgió la primera oleada de indicadores sociales, el problema central para las sociedades desarrolladas del bienestar social y la calidad de vida. Pertenecen los indicadores sociales para la infancia a esa “segunda oleada” de indicadores sociales, consecuencia de una cierta flexibilización del instrumento que permite que éste se desligue del objetivo macrosocial de dar cuenta del estado de una sociedad en tanto que sistema social, para poder ser aplicado a colectivos más concretos –en este caso los menores–, si bien pudiera ser que el objetivo perseguido fuera el mismo. En este sentido, sólo podemos afirmar que el incremento de los esfuerzos debe ser interpretado muy positivamente. Efectivamente, cada vez son más y más repartidos y diversos esos intentos de aplicación de indicadores sociales a la infancia. Paralelamente, como ya hemos apuntado, la propia sociología ha manifestado un interés creciente por el estudio del desarrollo infantil y del papel de los menores en tanto que agentes sociales, lo cual, sin duda alguna, sólo puede ser un acicate para un mejor conocimiento del mundo de los menores. Por último, encontramos un grado relativamente alto de sistematización en lo referido a la elaboración de indicadores, habiendo surgido ya iniciativas explícitas en este sentido –véanse las referencias ya apuntadas a lo largo de estas líneas, en especial: Ben-Arieh y Wintersberger (1997); Hauser, Brown y Prosser (1997); Ben-Arieh (2000)-.

Sin embargo, quedan todavía muchos aspectos que permanecen en la sombra y que pueden ayudarnos a prever las que, con toda probabilidad, van a ser las limitaciones de los indicadores del mañana. Por ejemplo, resulta francamente decepcionante que las dudas de hoy sean, en muchos casos, las mismas que eran hace treinta años, lo cual significa que en ciertos campos de la actividad relacionada con los indicadores sociales el progreso ha sido escaso o nulo. Seguimos mirando, con una mezcla evidente de recelo y admiración, al grado de consolidación y desarrollo que han alcanzado los indicadores de naturaleza económica, mucho después de que esta cuestión fuera ya denunciada a finales de los años sesenta como consecuencia de una clara sobreestimación de las posibilidades de los indicadores sociales, que los aleja de ese papel de garantes de una “contabilidad social” que los primeros teóricos les habían asignado. Por otra parte, si bien es posible reconocer que se producen progresos, es lógico también señalar que éstos pertenecen todavía a un ámbito geográfico muy concreto: la mayor parte de la producción científica sobre indicadores sociales se concentra en los Estados Unidos, donde por otra parte existen ya abundantes materializaciones de este interés en forma de informes

nacionales y en menor medida en la Unión Europea y otros lugares. Esperamos, aunque es un extremo a día de hoy sin confirmar, que al igual que sucedió con esa primera oleada de indicadores sociales, el interés por desarrollar éstos aplicados a la medida de la situación social de los menores se extienda a otros países y otros ámbitos geográficos al tiempo que se potencia su dimensión internacional que es, como ya se ha visto, en parte pionera del fenómeno. Por último, una de las principales limitaciones de los indicadores sociales, tal y como quedó demostrado tras el parcial fracaso de esa primera oleada –ver Carley (1981)-, es la posibilidad de que existiendo sistemas de indicadores sociales para la infancia válidos y fiables, sin embargo éstos, por razones diversas que van desde el escaso desarrollo teórico a una limitada capacidad predictiva o al simple desinterés de los agentes de decisión política, no tengan la repercusión deseada en las instituciones políticas y en los organismos dedicados a la protección social de la infancia o a la planificación social. En última instancia, la mejora de los indicadores sociales para la infancia depende del concurso de las modernas administraciones y de los propios Estados, difícilmente previsible, si bien es necesario señalar que el crecimiento de los primeros indicadores sociales se hizo en un contexto socioeconómico diferente, primando en estos momentos una situación geopolítica nueva, la incipiente –y por tanto, aún poco definida- globalización, que parece aportar más interrogantes que certezas y teniendo en cuenta las presiones a las que los dos grandes bloques económicos del planeta están sometidos: en Europa el proceso de construcción del nuevo espacio económico y social europeo, cuyos problemas pueden dejar en un segundo plano la cuestión del bienestar de la infancia y, compartiendo esto con Estados Unidos, con la fuerza cambiante de los flujos migratorios y la reconstrucción de la idea del Estado Social o Estado del Bienestar –habitualmente, en términos de deconstrucción de los aspectos sociales del mismo, en virtud de un orden económico más competitivo-.

Por todo ello, hemos querido dejar entrever en el título del presente epígrafe esa imagen general que surge del análisis de la situación de los indicadores sociales para la infancia: conquistas presentes que sin embargo plantean nuevos retos para un futuro a corto y medio plazo, que sólo veremos resolverse conforme el tiempo nos indique cuáles de estos retos desaparecerán integrados en el quehacer de los investigadores y cuáles se convertirán en limitaciones que, por desgracia, pueden llegar a ser insalvables. En cualquier caso, los indicadores sociales para la infancia son un campo de actividad científica definitivamente en marcha, con objetivos formalmente designados, que por su trascendencia aventuramos que resultará, sin duda, uno de los más dinámicos dentro del estudio genérico de los indicadores sociales.





**Parte segunda: De la formulación del sistema de indicadores y la prueba del mismo**



## 4. Diseño del sistema de indicadores

Una vez que se ha expresado el objetivo de diseñar un sistema de indicadores sociales que informe sobre las condiciones de vida de la población infantil en el contexto de la sociedad de la información -lo cual implica desvelar los aspectos claves de la relación de ésta con la implantación de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, así como la evaluación, siquiera a grandes rasgos, de los riesgos y potencialidades presentes en el desarrollo de tal relación-, es hora de entrar en los pormenores del diseño de tal sistema, paso previo a su aplicación y prueba.

### 4.1. Sobre el diseño del sistema de indicadores sociales

Anteriormente se ha hecho un recorrido por el utillaje teórico acumulado tras más de tres décadas de diseño de indicadores sociales, aunque el balance haya resultado un tanto oscurecido por cuanto ha sido necesario reconocer que muchas de las expectativas creadas alrededor de las posibilidades que ofrecía este nuevo instrumento de cuantificación de la realidad social y sus transformaciones no han sido colmadas. También nos hemos hecho eco de un suceso trascendental relacionado con el estudio de la infancia desde la perspectiva del científico social, que tiene una doble vertiente: por un lado, el brote de una nueva línea teórica dentro de la sociología que reivindica la infancia como objeto de estudio netamente sociológico y que propone un giro epistemológico en la consideración de la misma, respecto a los esfuerzos que la sociología tradicional había empeñado en su análisis; por otro, la ruptura de la tendencia a desdeñar a los menores en tanto unidades de observación, tendencia que había provocado una cierta opacidad de los núcleos familiares y, consiguientemente, el fenómeno de la “invisibilidad estadística” de los niños, lo que ha propiciado que los indicadores sociales en tanto instrumentos de análisis de la realidad social hayan pasado a formar parte del conjunto de estrategias empleadas por los investigadores para esclarecer la situación social de la infancia y todos aquellos aspectos que le son afines.

La idea de desarrollar un sistema de indicadores sociales como el que aquí vamos a proponer, descansa en el intento de aunar ambas tendencias: la de reubicar a los niños en el mapa teórico de la sociología, así como mejorar los instrumentos metodológicos empleados en el análisis del espacio social de la infancia y los agentes sociales que lo habitan. El problema que convierte este propósito general en un esfuerzo dirigido a conseguir objetivos concretos lo pone la innovación tecnológica como proceso de transformación de tal espacio social de la infancia y el tipo de incertidumbre que plantea su extensión y popularización entre la población infantil. Por otra parte, hemos concluido que, si bien lo que llamamos “sociedad de la información” parece todavía un modelo social impreciso e incipiente, de fronteras poco nítidas, las transformaciones que en el orden económico y social se están produciendo, a la par que en el cotidiano y doméstico, nos permiten suponer que el impacto de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación no será pequeño ni intrascendente en nuestra sociedad.

Lo oportuno de la cuestión que se plantea debe quedar fuera de dudas, por afectar de manera especial a aquellos que se encuentran en el eje del cambio generacional y que se adiestran ya en el uso de computadoras, redes y otros artefactos de última generación, cuando aún no les consideramos miembros plenos de la sociedad. En este sentido, fue la preocupación por la existencia de consecuencias imprevistas de la innovación tecnológica lo que motivó que se acuñara y normalizara el uso del término “indicadores sociales” en el contexto de las ciencias sociales; nosotros no hacemos más que recoger el testigo de esta reflexión teórica y trasladarla al estudio del uso que los menores hacen de dicha tecnología y del tipo de impacto que ésta produce en su mundo, que a su vez ha sido construido por los adultos conforme a un concepto de infancia que contiene una representación social específica de lo que ésta es. El análisis detallado del mismo constituye un buen comienzo en el intento de desentrañar las consecuencias sociales del advenimiento y consolidación de esa (nueva o no tanto) sociedad de la información, que bien pudiera ser denominada de otras tantas formas como hemos citado al iniciar el segundo

capítulo de esta tesis doctoral, sin que se trastocara por ello el núcleo central de los interrogantes que plantea el rumbo del cambio social y tecnológico de nuestras sociedades en lo que algunos ya han dado por sentado que constituyen las postrimerías de la sociedad industrial.

## 4.2. El sistema de indicadores: elementos formales de su diseño

El propósito de este trabajo es desarrollar un sistema de indicadores sociales para la cuantificación y estudio de las condiciones de vida de la población infantil en el marco concreto de lo que hemos denominado la “sociedad de la información”, donde el elemento central viene determinado por la caracterización de tal tipo social en función del proceso de innovación tecnológica, que tiene a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, y las transformaciones sociales en torno a él producidas, como protagonistas.

Entendemos aquí el término “condiciones de vida” a la manera de Zapf (1975: 521), o lo que es lo mismo, identificando éstas con “el resultado o producto final de los procesos sociales”, habitualmente referidas a factores como la renta, la distribución de bienes y servicios o los recursos.

Sin embargo, hemos querido alejarnos un tanto conceptualmente de esta definición, por estar excesivamente vinculada a la medición del bienestar social desde una perspectiva macroscópica. Para nosotros, el proceso fundamental será el de la construcción del espacio social de la infancia<sup>148</sup> y dentro de él, el papel y significado que los adultos tratan de otorgar a la tecnología en relación a los niños y la manera en que ésta se integra en dicho espacio, lo cual nos lleva a identificar dichas condiciones de vida con el tipo de limitaciones estructurales y recursos que caracterizan a la infancia respecto del acceso a la tecnología y su uso. Hemos desechado la identificación del sistema de indicadores sociales más concretamente con el problema de la interacción de los menores con la tecnología, pues nos parecía que traicionábamos así el propósito adquirido desde un primer momento de ofrecer una visión contextual y compleja, dado que esta opción nos acercaba demasiado al modelo HCI que previamente habíamos criticado. La consideración de tales “condiciones de vida”, por otro lado, sugiere una concepción estructural de la infancia por cuanto la relación de los menores con la tecnología no es casual ni fortuita, sino que se encuentra incardinada en la propia sociedad que la engloba y sustenta y aparece, por tanto, como un rasgo estructural de la misma cuya interpretación y evaluación de sus aspectos positivos o negativos adquiere más sentido cuanto más se considera éste parte de un tipo social dado y se explican sus conexiones con el mismo. Esto constituye en sí mismo una hipótesis de trabajo que entendemos ha sido suficientemente justificada en páginas precedentes, incidiendo así en una idea ya apuntada también: al formular indicadores o

sistemas de indicadores sociales no hacemos sino asumir una concepción hipotética de la relación de tales indicadores con la realidad subyacente a los mismos y por ellos apuntada (o hipotéticamente apuntada) y, por tanto, desvelamos una preconcepción teórica de lo que la sociedad es.

Será necesario explicitar ahora los pormenores del diseño de tal sistema de indicadores, para posteriormente dar cuenta de los resultados de su prueba sobre el terreno y de los posibles ajustes que sea necesario efectuar en el mismo. Haremos referencia, ya desde un punto de vista más específico y práctico de lo que ha sido nuestro trabajo hasta el momento, a los siguientes aspectos:

1. Los objetivos generales y específicos del sistema.
2. Los dominios y áreas conceptuales constituyentes del sistema y su descomposición en apartados o elementos más concretos de las mismas.
3. Los criterios que han guiado el proceso de selección de los indicadores oportunos y el listado de los mismos.
4. Y finalmente, la especificación de la batería de índices y medidas sintéticas escogidos para formar parte de cada área concreta del sistema.

### 4.2.1 Objetivos generales y específicos

#### *Objetivo general:*

- Diseñar un sistema de indicadores sociales que permita conocer las condiciones de vida de la población infantil española en relación a su contacto con la sociedad de la información, entendidas tanto como recursos y limitaciones estructurales en el acceso a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, como patrones de uso asociados a dichas tecnologías.

#### *Objetivos específicos:*

- i. Planteamiento de áreas prioritarias de medición en relación al estudio de las condiciones de vida de los menores en el contexto de la sociedad de la información.
- ii. Desarrollo de un instrumento metodológico propio que posibilite la recogida de información primaria, condicionado a la consideración de los menores como unidades de observación.
- iii. Construcción del sistema de indicadores a partir de la combinación de dicha fuente primaria de datos y de fuentes secundarias; la pretensión del sistema es la de completar las carencias presentadas por las propias estadísticas sobre la sociedad de la información en torno al problema genérico del estudio del acceso a la tecnología y las condiciones de uso de la misma por parte del colectivo infantil.
- iv. Adaptación de indicadores aportados por otros investigadores al campo del menor y desarrollo de nuevos indicadores para la medición de fenómenos propios de la sociedad de la información en relación a este colectivo, dentro de cada área prioritaria definida con anterioridad.
- v. Cálculo de índices o medidas agregadas que permitan obtener información sintética sobre las áreas consideradas prioritarias dentro de la composición del sistema.
- vi. Establecimiento de diagnósticos sobre las condiciones de vida de los menores en el contexto de la

148. Entendido a la manera en que lo sugiere Qvortrup (1993) en sus nueve tesis sobre la infancia, es decir, como “forma particular y distintiva de la estructura social”, espacio diseñado por los adultos conforme a la representación social de la infancia y que los menores habitan en su proceso de desarrollo hacia la madurez, arquitectura de la infancia que es preexistente a los individuos y que presenta fronteras estructurales socialmente construidas que definen el marco de la agencia de los menores.

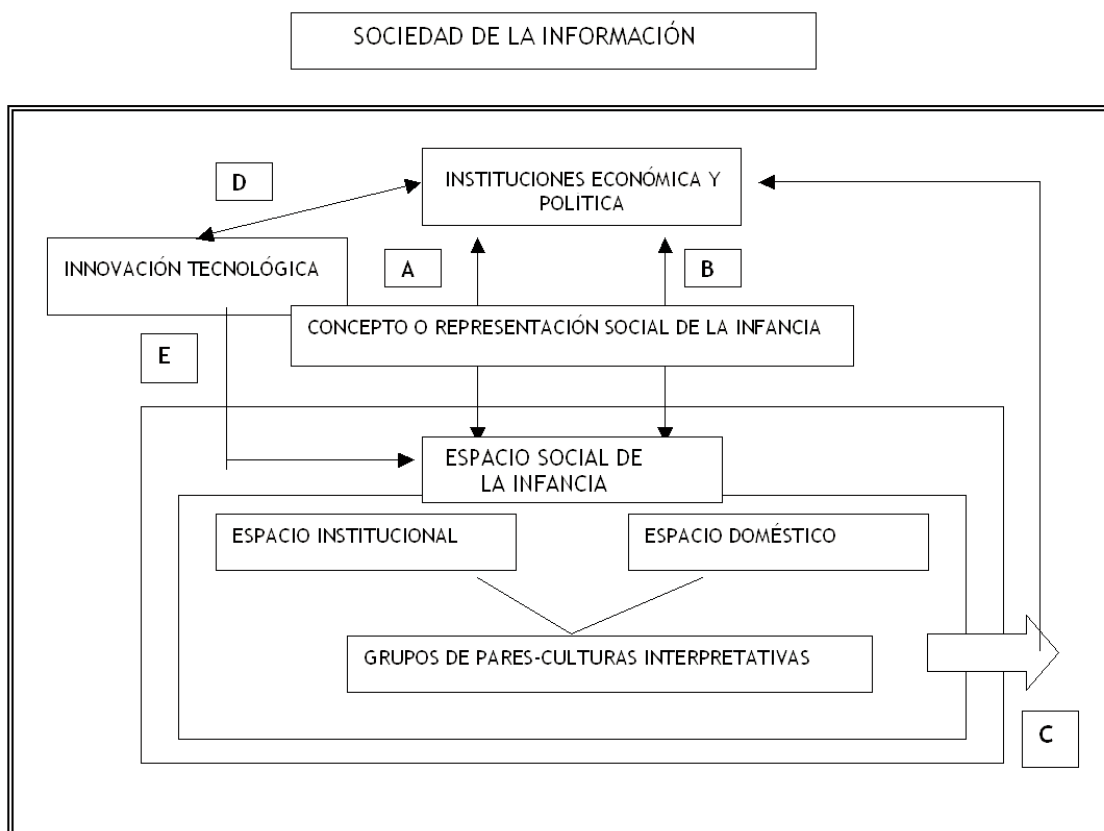
sociedad de la información o, en su defecto, si los datos no permiten la realización de tal diagnóstico, cubrir al menos la función descriptiva e informativa del sistema, proporcionando información suficiente sobre aspectos previamente inexplorados.

La elección de los objetivos generales y específicos a los que se dirige el diseño y aplicación del sistema de indicadores, resulta influida por la preconcepción de la infancia caracterizada como categoría social y rasgo estructural de la sociedad, y de la propia sociedad de la información como modelo social.

Dicha preconcepción abarca un espacio social amplio o macrosocial, como es la sociedad en su conjunto, pero también la caracterización de ésta como sociedad de la información. Dentro de este nivel, hemos incluido el espacio

social de la infancia y el propio concepto de infancia como partes constituyentes del todo o elementos concretos dentro de él (lo que correspondería a un nivel intermedio o mesosocial), y finalmente los elementos principales en los que dicho espacio social podría descomponerse en un nivel cercano a lo microsocia: el espacio institucional y el espacio doméstico, entreverados ambos por la dinámica (re)productora e interpretativa de los grupos de pares. De uno a otro nivel circula la información, así como distintos procesos sociales involucrados por un lado en la construcción de tal espacio social de la infancia y por otro la asimilación de la innovación tecnológica y la consolidación de la sociedad de la información. Hemos representado el esquema completo en el gráfico siguiente.

**Figura 8. Esquema representativo de la interrelación entre los procesos de construcción del espacio social de la infancia y de la asimilación de las TIC**



- A. Determinación de necesidades formativas y de cualificación de la población infantil conforme al grado de difusión de nuevas tecnologías.
- B. Articulación de las necesidades de protección de la infancia y control de la penetración tecnológica y su impacto.
- C. Una dimensión futura (potencial-human becoming): conforme se produce la maduración de la población infantil adiestrada en el uso de la tecnología y ésta se incorpora a otros ámbitos de la sociedad, como el empleo, posibilita la (re)producción del modelo de sociedad de la información.
- D. El impacto de la innovación tecnológica incide sobre la vida económica y social, forzando a un replanteamiento de las necesidades de cualificación de la población.
- E. También incide, a través de la difusión de los nuevos productos tecnológicos y su penetración en ámbitos institucionales y domésticos, sobre el espacio social ocupado por los niños y la representación social de la infancia.



El esquema, como vemos, trata de reflejar esa visión contextual de la que tanto hemos hablado. Por supuesto aparece el espacio social de la infancia, sobre el que se centrará la atención a la hora de elaborar el sistema de indicadores, pero al mismo tiempo aparecen también otros procesos e instituciones sociales involucrados en la construcción de dicho espacio y en la transformación hacia una sociedad de la información. Las flechas recíprocas dan idea de la complejidad. El desarrollo y difusión de nuevas tecnologías, como sería el caso de la telefonía móvil o Internet, provoca un impacto socioeconómico (D) que lleva a un replanteamiento de las necesidades de cualificación de la población, y en concreto de los niños (A), pero al mismo tiempo se admite que las labores de familiarización y adiestramiento de los niños en el uso de estas tecnologías no deben asumirse a cualquier precio, sino que se articulan los recursos con objeto de garantizar la protección social a la infancia y controlar los efectos adversos de la tecnología (B), lo que, como ya hemos visto, puede llevar a la formulación de discursos políticos contradictorios en torno a las bondades y riesgos de las TIC. El mismo proceso de innovación tecnológica ha contribuido a transformar el espacio social de la infancia a través de la penetración tecnológica en hogares y escuelas (E). Finalmente, no hemos querido olvidar la dimensión potencial (human becoming) que se encuentra presente siempre al analizar sociológicamente la infancia, por más que se reivindique la existencia presente de los menores (human being). Una dimensión potencial que hace referencia al proceso por el cual los menores adiestrados en la tecnología acaban por integrarse, fundamentalmente a través del empleo, en los usos productivos de las tecnologías y en el resto de las instituciones sociales propias de los adultos (C), contribuyendo a una reproducción del modelo representado que no resulta una mera réplica puesto que no habrá sido pasivamente interiorizado, sino sometido a la dinámica interpretativa distintiva de la cultura infantil y los grupos de pares.

El sistema de indicadores propuesto se sustenta sobre este modelo analítico de las relaciones entre la construcción del espacio social de la infancia y el proceso de transformación hacia una sociedad de la información. Sin embargo, no pretende ocuparse por igual de todos los elementos que lo conforman, sino de aquellos sobre los que existe un mayor desconocimiento, habitualmente los que guardan una relación más estrecha con la población infantil. Centraremos especialmente nuestra atención sobre el espacio social de la infancia, y dentro de él sobre el impacto de la innovación tecnológica en el mismo (penetración, equipamiento, infraestructuras, barreras al acceso a la tecnología, etc.) y el uso cotidiano de las TIC por parte de los menores (perfiles de uso, uso del tiempo, grado de supervisión parental, etc.).

Por otra parte, por lo complicado de su medición, algunos aspectos han debido colocarse en un segundo plano pese a ser muy interesantes desde este punto de vista, tal como las pautas de disfrute del ocio tecnificado en ámbitos que están fuera del espacio doméstico o escolar, si bien se recabará información sobre ellos indirectamente a través de los instrumentos de investigación diseñados.

#### 4.2.2. Dominios y Áreas constituyentes del sistema de indicadores

Retomamos aquí el clásico método de trabajo aplicado al diseño de sistemas de indicadores sociales, consistente en descomponer la unidad compleja del sistema en dominios y áreas más concretas. La condición es que las áreas deben erigirse ellas mismas en un tipo de “indicador conceptual”, esto es, su elección debe responder a un criterio de relevancia teórica, así como de significación respecto a la interpretación del sistema en su conjunto, en lugar de a un criterio meramente arbitrario o que responda a otro tipo de condicionantes ajenos al objetivo último del sistema: facilitar la medición, el análisis e interpretación del rango de fenómenos presentes en la realidad social.

Tras analizar la literatura científica relativa al campo de estudio y contrastar esta información con la obtenida mediante la aplicación de los instrumentos cualitativos antes mencionados, determinados aspectos del problema estudiado se han revelado como componentes especialmente significativos del mismo, actuando como categorías alrededor de las cuales gravitan buena parte de los asuntos puestos sobre el tapete por los investigadores y los sujetos entrevistados. La selección de tales asuntos o aspectos centrales permitió elaborar un listado que contenía los siguientes:

- a) La cuestión de la desigualdad en el acceso a las TIC y la medición de la magnitud de la llamada “brecha digital”
- b) La cuantificación de la infraestructura relacionada con la sociedad de la información.
- c) La cuantificación y descripción del equipamiento de los hogares.
- d) La posibilidad y frecuencia del acceso por parte de la población infantil a contenidos calificados “de riesgo”
- e) el problema general de la seguridad (protección información, contactos indeseados en la red, compras, etc.).
- f) Los posibles usos patológicos de las TIC (¿Adicción?).
- g) El grado de apoyo y control parental sobre el uso de la tecnología.
- h) El problema general del impacto de la tecnología sobre las pautas de sociabilidad de los menores.
- i) Las diferencias de género presentes en el acceso y uso de la tecnología y la medición de la magnitud de la llamada “brecha de género”.
- j) El uso del tiempo y su relación con las TIC.
- k) El perfil de uso de las TIC.
- l) El perfil de uso de Internet.

Este listado de aspectos centrales del estudio de las condiciones de vida de los menores en el contexto de la sociedad de la información puede ser contenido, a su vez, en un rango determinado de dominios y áreas que son las que formarán el esqueleto del sistema de indicadores sociales y guiarán la medición de los fenómenos presentes en la realidad social. Hemos identificado dichos dominios de la siguiente manera:

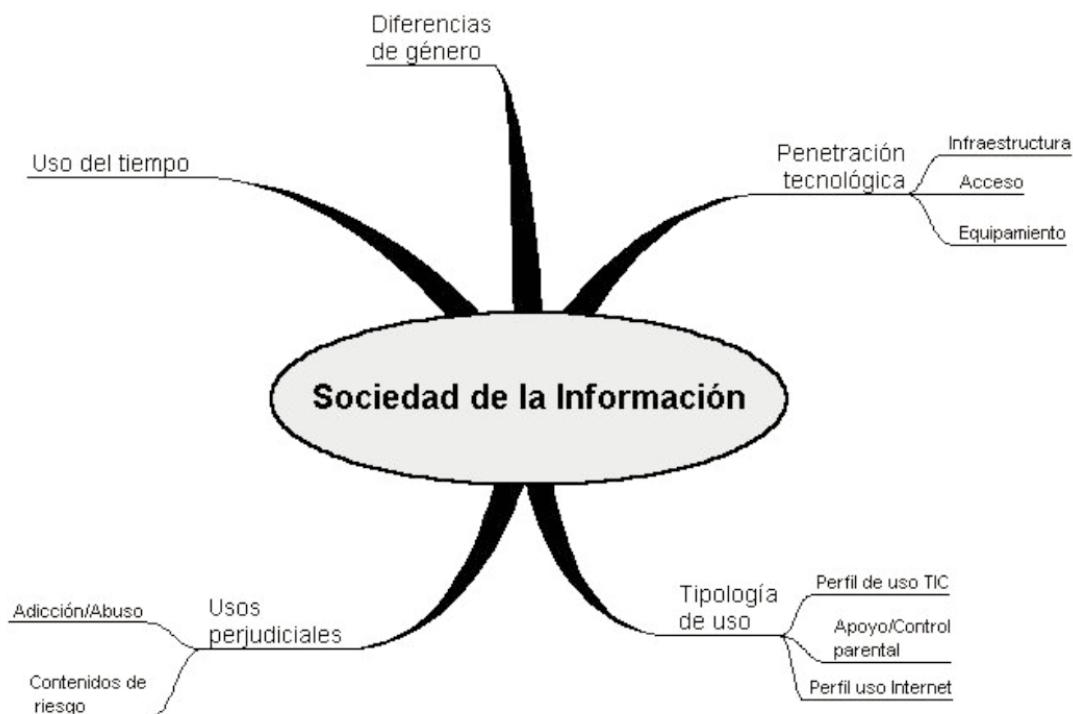
- a) Dominio de la penetración tecnológica y difusión de las TIC.
- b) Dominio del uso del tiempo.

- c) Dominio de la tipología del uso tecnológico.
- d) Dominio de las diferencias de género.
- e) Dominio de los usos perjudiciales de las TIC.

Cada uno de ellos contiene determinadas áreas, a modo de indicadores conceptuales, albergando los distintos aspectos relevantes más concretos que se han mencionado con anterioridad. De este modo, podemos identificar dentro de

cada dominio constituyente del sistema las áreas concretas bajo las cuáles podemos introducir estos aspectos relevantes. A continuación se representa el esquema del sistema gráficamente y se ofrece la información detallada concerniente a los dominios, las áreas, y los aspectos concretos del problema en ellos contenidos (tabla nº 14).

**Figura 9. Dominios y Áreas constituyentes del sistema de indicadores**



FUENTE: Elaboración propia

**Tabla 15. Relación de dominios, áreas y aspectos concretos del sistema de indicadores**

Dominio	Áreas	Aspectos concretos
A) PENETRACIÓN TECNOLÓGICA	a.1 Infraestructura a.2 Equipamiento de los hogares a.3 Acceso	a.1.1 Cuantificación de la infraestructura relacionada con la sociedad de la información. a.2.2 Cuantificación y descripción del equipamiento de los hogares. a.3.3 Desigualdad en el acceso a las TIC y medición de la magnitud de la llamada “brecha digital”
B) USO DEL TIEMPO	b.1 Uso del tiempo	b.1.1 Uso del tiempo en relación a las TIC.
C) TIPOLOGÍA DEL USO TECNOLÓGICO	c.1 Apoyo parental c.2 Perfil de uso del equipamiento c.3 Perfil de uso de Internet	c.1.1 Grado de apoyo y control parental sobre el uso de la tecnología. c.2.1 Impacto de la tecnología sobre las pautas de sociabilidad de los menores. c.2.2 Perfil de uso de las TIC.c.3.1 Perfil de uso de Internet.
D) DIFERENCIAS DE GÉNERO	d.1 Diferencias de género	d.1.1 Diferencias de género presentes en el acceso y uso de la tecnología.
E) USOS PERJUDICIALES	e.1 Acceso a contenidos de riesgo e.2 Adicción	e.1.1 Posibilidad y frecuencia del acceso por parte de la población infantil a contenidos calificados “de riesgo” e.1.2 Problema general de la seguridad. e.2.1 Posibles usos perjudiciales de las TIC (adicción/abuso).

FUENTE: Elaboración propia

Toda vez que han sido definidas las partes constituyentes del sistema de indicadores: sus dominios o grandes campos de medición, las áreas conceptuales que contienen, y los aspectos concretos relacionados con éstas, procede que nos adentremos en la tarea de escoger los indicadores específicos para cada uno de estos aspectos. Con esto, quedará completo el proceso de construcción del sistema que, como hemos sugerido, no ha consistido en una simple descomposición u operacionalización conceptual desde el problema de estudio hasta sus componentes específicos, sino que ha funcionado más bien como proceso bidireccional, por cuanto la investigación exploratoria de la propia realidad social que se pretende estudiar ha servido, junto a la revisión del acervo teórico acumulado sobre el tema, para formular los distintos elementos que componen el sistema.

#### 4.2.3. La elección de los indicadores del sistema

Una vez delimitados los rasgos del sistema, nos enfrentamos a una de las fases claves en el desarrollo del mismo. Nos referimos a la elección de los indicadores pertinentes, que nos permitirán efectuar esa peculiar labor de “traducción” desde el lenguaje teórico-conceptual al cuantitativo, característica de

los indicadores sociales como instrumento científico de conocimiento de la realidad social.

Constituye ésta una fase crítica, por cuanto una construcción satisfactoria del sistema de indicadores en abstracto no garantiza el éxito del mismo, pues éste puede verse inoperante si los indicadores son insuficientes, no responden a los objetivos del sistema, o no son fuentes fiables de información. Precisamente, ya hemos comentado cómo la ausencia de fuentes satisfactorias que traten la realidad de la población infantil ha conducido a la necesidad de contar simultáneamente con fuentes primarias y secundarias de datos, pues sólo así era posible acceder a un determinado número de indicadores necesarios para llevar a buen término nuestro propósito.

De otro lado, resulta también ineludible explicitar los criterios que han guiado el proceso de selección de los indicadores, para que esta fase de la construcción del sistema no resulte opaca. Concretamente, en la selección de los mismos, hemos intentado:

1. Trabajar, siempre que fuera posible, con indicadores que proporcionen una información directa sobre la población infantil, en detrimento de aquellos que aluden a la misma a través de una vía indirecta (subsumiéndola dentro del estudio

de las unidades familiares, por ejemplo) o que descartan el acceso a los niños como unidades de observación.

2. Seleccionar, cuando proceda, indicadores institucionales o que tienen su origen en procesos administrativos, estudios censales o encuestas de cobertura nacional, por su fiabilidad, generalidad y la posibilidad de establecer estudios comparativos.

3. Igualmente, la elección se ha decantado siempre por los indicadores institucionales que facilitaban el estudio de la dimensión sincrónica del cambio social a través de series temporales.

4. Escoger indicadores que ofrezcan información desagregada por sexo, de modo que esto facilite la profundización en el área conceptual denominada “diferencias de género”.

5. Buscar indicadores con un recorrido amplio, que puedan cubrir las distintas edades que conforman la infancia.

6. Que sean claros y comprensibles, es decir, que su interpretación sea relativamente accesible a un público no especializado.

7. Por otra parte, también se ha buscado un listado equilibrado de indicadores para eliminar el sesgo negativo que habitualmente acompaña la medición de la situación social de la infancia. Por este motivo hemos buscado incluir tanto indicadores negativos como positivos, en relación al problema estudiado.

8. Muchos de ellos han sido escogidos por constituir un claro reflejo de objetivos sociales, lo cual es mucho más evidente en áreas de medición como las de las diferencias de género o la desigualdad en el acceso a la tecnología.

9. Por último, se han escogido indicadores que se estima permitirán el ejercicio de la prospectiva en el análisis de la información, pues si bien dan cuenta de tendencias que a día de hoy pueden ser minoritarias en el conjunto de la población, la teoría las señala como conformadoras de los escenarios de futuro.

Hay que señalar que hemos adoptado aquí la metodología empleada por Zapf (1979) en la construcción del sistema SPES, consistente en llegar a una predefinición de los indicadores ideales de acuerdo con los objetivos del sistema y las áreas en él señaladas para efectuar con posterioridad una selección de indicadores operativos, es decir, aquellos que más se aproximan a los indicadores ideales pero que no necesariamente coincidirán literalmente con ellos. Es éste un procedimiento especialmente útil cuando se trabaja con fuentes secundarias y datos, por tanto, que no han sido recopilados conforme a la tarea del investigador, sino en el marco de algún tipo de proceso administrativo o estadístico ajeno al propio sistema de indicadores que se quiere aplicar.

A continuación, procedemos a señalar el listado de indicadores ideales presentes en cada área del sistema.

#### a.1) Infraestructura:

Será ésta el área en el que incluiremos un mayor número de indicadores institucionales, puesto que ha sido el aspecto de la sociedad de la información más tratado por las estadísticas oficiales. El objetivo es la caracterización de tal tipo social en el marco concreto de la sociedad española a través de las transformaciones ocurridas en el plano material;

concretamente aquellas referidas a la provisión de determinados bienes de equipo y servicios básicos que habitualmente se consideran componentes esenciales del núcleo de lo que llamamos la sociedad de la información. La medición se ha concretado específicamente sobre equipamientos generales, no necesariamente referidos al mundo infantil, al considerar que éstos son, en cualquier caso, esenciales, y en ellos hemos incluido algunos indicadores que apuntan directamente a la penetración tecnológica en el ámbito educativo. Por contra, por su trascendencia en relación a problema del uso de las nuevas tecnologías por parte de la población infantil, hemos preferido desgajar de este apartado el estudio de la medición de la penetración tecnológica en los hogares, que encontraremos un poco más adelante.

Los indicadores ideales, todos ellos referidos al marco de la sociedad española, que se han seleccionado para dar cuenta de esta área conceptual son los siguientes:

1. Cobertura telefónica.
2. Difusión de la telefonía móvil.
3. Presencia de ordenadores personales.
4. Presencia de ordenadores personales en el sistema educativo.
5. Presencia de servidores web.
6. Gasto en I+D.
7. Gasto en TIC por parte de la población.
8. Personal vinculado a actividades de I+D.
9. Coste de acceso a Internet
10. Difusión de Internet en función de la clase social

#### a.2) Equipamiento de los hogares:

Como ya hemos comentado, los núcleos domésticos no son un espacio social desdeñable en el contexto del problema de la relación entre la sociedad de la información y la infancia. Constituyen el lugar en el que, cada vez en mayor medida, se construye un uso tecnificado del ocio, al tiempo que la penetración de determinados productos tecnológicos ha contribuido a transformar sensiblemente las pautas de conducta entre sus miembros y la propia dinámica familiar. Por otra parte, el carácter privado que se atribuye tradicionalmente al ámbito de la convivencia familiar y el hecho de que los hogares aparezcan, al menos conceptualmente y en el terreno de la práctica estadística, como espacios desligados de muchas actividades productivas, ha conducido a una clara insuficiencia en la información de la que disponemos sobre ellos, insuficiencia que se agudiza cuando nos referimos al conocimiento exhaustivo de la población infantil. Por todo ello, el sistema recoge la cuestión de la penetración tecnológica en los hogares como un área autónoma cuando podría haberse incluido en el apartado anterior. Se pretende así obtener una visión más exacta del grado en que las TIC han hecho acto de presencia en los hogares y, por ende, en las vidas cotidianas de niños y adultos.

Se han seleccionado los siguientes indicadores:

11. Presencia de equipamientos básicos relacionados con la sociedad de la información.
12. Presencia de conexión a la red.
13. Tipo de conexión a la red (alta o baja velocidad).

### a.3) Acceso:

El tercer pilar de la caracterización de la sociedad de la información en relación al contexto de la sociedad española lo forma, a nuestro juicio, la cuestión del acceso a las nuevas tecnologías. Al analizar la literatura sobre el tema ya se ha hecho hincapié en que es ésta una de las cuestiones que más preocupan en el análisis general del advenimiento de la sociedad de la información. El interrogante a plantear sería: ¿Sociedad de la información para todos o para unos pocos? Es una pregunta que tiene una fuerte dimensión temporal, en la medida en que ya conocemos el hecho de que el acceso a muchas de éstas posibilidades que brindan las TIC es hoy minoritario, pero aceptamos que ésta es una tendencia que puede evolucionar de manera muy distinta en el futuro. La medición a través de indicadores de acceso debe incorporar, necesariamente, un análisis en series temporales que de cuenta de tal evolución. Igualmente, se vinculan en este apartado dos problemas encadenados pero que gozan de cierta autonomía el uno del otro, por razones que ya han sido fundamentadas en páginas anteriores: de un lado, la cuestión del acceso de la población a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, de otro, la del acceso de los niños a esas mismas tecnologías.

Hemos seleccionado los siguientes indicadores ideales para medir este apartado:

14. Población que dispone de acceso a la red.

15. Población menor de 14 años con acceso a la red desde el hogar

16. Población menor de 14 años con acceso a un PC en el hogar.

17. Población escolar menor de 14 años con acceso a un PC en el centro educativo

18. Población escolar menor de 14 años con acceso a la red en el centro educativo

### b.1) Uso del tiempo:

El estudio del uso del tiempo resulta especialmente relevante para todos aquellos colectivos que, o bien no participan de las actividades productivas o lo hacen de forma minoritaria, así como para conocer el patrón de distribución del tiempo presente, sobre todo en la vida en el hogar. Supone una información notoriamente relevante en el caso de la infancia, puesto que sabemos poco sobre los menores que vaya más allá de sus actividades en los centros educativos. Afortunadamente, la superación del problema de la invisibilidad estadística de este colectivo augura un mejor de conocimiento de estos aspectos que, hasta ahora, habían permanecido relativamente ocultos. El objetivo de este apartado es el de conocer la manera en que los menores distribuyen su tiempo en relación a las posibilidades tecnológicas que se le ofrecen. Por ello, los indicadores presentes en el mismo resultan arracimados en torno a la cuestión de cuánto tiempo emplean los niños interactuando con determinados productos tecnológicos. Son los siguientes:

19. Distribución del tiempo empleado en TIC por la población infantil durante una jornada laboral.

20. Distribución del tiempo empleado en TIC por la población infantil durante el fin de semana.

21. Tiempo empleado por los menores en el uso del PC.

22. Tiempo empleado por los menores en el uso de videojuegos.

23. Tiempo empleado por los menores en la conexión a la red.

### c.1) Apoyo parental:

Incluimos aquí un conjunto de indicadores relacionados con el tipo de relación que se establece entre los usuarios principales de la tecnología, los menores, y los adultos que ejercen las funciones de tutor. El sistema prevé el análisis general de dicha relación, principalmente a través de las dos dimensiones básicas del apoyo y el control.

Los indicadores seleccionados son:

24. Frecuencia de acompañamiento del menor en el uso de tecnología.

25. Presencia de labores de instrucción previa para el uso de tecnología.

26. Presencia de las dimensiones de apoyo y control.

### c.2) Perfil de uso del equipamiento:

Interesa conocer, además del tiempo empleado en el uso de las TIC o las posibilidades de acceso a las mismas en el hogar, cuál es la pauta de dicho uso, referida a la funcionalidad que los menores dan a la tecnología o a la manera en que acceden a la misma. Este apartado viene a complementar y matizar aquellos referidos al acceso, el uso del tiempo o la supervisión parental. Dado que la cuestión del uso de las TIC en el espacio doméstico pasa por ser compleja y negociada en el seno de las relaciones familiares, este área del sistema deviene fundamental en el conocimiento de las condiciones de uso de las nuevas tecnologías por parte de los niños en el contexto de la sociedad de la información.

Para ello se han escogido los siguientes indicadores:

27. Frecuencia de uso de las principales aplicaciones de software para el PC.

28. Uso principal del teléfono móvil

### c.3) Perfil de uso de Internet:

Por la importancia que la red de redes presenta dentro del modelo definido como sociedad de la información, así como por el peso específico que el uso de Internet por parte de los niños representa en la literatura científica sobre el tema y en el propio discurso político en torno a las necesidades de protección de la infancia, hemos optado por dotar a ésta de suficiente entidad como para constituir un área conceptual independiente, si bien podría haber sido incluida en la anterior. El objetivo de este proceder ha sido el de facilitar un conocimiento exhaustivo de uno de los desarrollos tecnológicos que más fuertemente se identifican –actuando como indicador en sí mismo– con la llegada de la sociedad de la información, al tiempo que es uno de los más temidos por el gigantesco abanico de posibilidades de utilización que representa para la población infantil. Incluimos aquí la medida de la distinta frecuencia con la que los menores usan distintos elementos integrados en la red, así como la finalidad de tal uso. Hemos dejado para más adelante la cuestión de la seguridad, dado que encaja mejor en el apartado dedicado a explorar las



posibles consecuencias negativas de la implantación de las TIC en el espacio social de la infancia.

Para efectuar la medición del tipo de uso de Internet hemos escogido los siguientes indicadores:

29. Usuarios que acceden a Internet desde el hogar.
30. Grado de familiarización de los menores con Internet.
31. Frecuencia de acceso a zonas de la red diseñadas para su uso por parte de la población infantil.
32. Frecuencia/Tipo de uso del navegador.
33. Frecuencia de uso del correo electrónico.
34. Grado de familiarización de los menores con el chat.
35. Frecuencia/Tipo de uso del chat.

#### d.1) Diferencias de género:

Creemos que la pertinencia del estudio del desarrollo de la sociedad de la información desde la perspectiva del género, ha quedado sólidamente apuntada en el análisis previo del conocimiento teórico acumulado sobre éste. Si tenemos en cuenta que la pretensión de este sistema de indicadores es que, siempre que sea posible y lo permita el nivel de desagregación de los datos, se ofrezca la información diferenciada para niños y niñas, fácilmente podríamos llegar a la conclusión de que los indicadores seleccionados hasta el momento bien podrían funcionar, a su vez, como indicadores de las diferencias de género. Sin embargo, la necesidad de sintetizar la información, y de generar una lista operativa de indicadores referidos a esta cuestión, nos lleva a escoger un núcleo fundamental de información que nos ayude a discernir en qué medida las diferencias de género están coadyuvando en una construcción discriminatoria de la nueva sociedad de la información a edades muy tempranas. Para ello seleccionamos los siguientes indicadores:

36. Niñas con acceso a un PC en el hogar.
37. Niñas con acceso a la red.
38. Niñas con acceso a un teléfono móvil.
39. Uso del tiempo de las niñas respecto de las TIC.
40. Dimensiones de apoyo y control parental sobre el uso de la tecnología.
41. Actitudes tecnofóbicas frente a las TIC
42. Niñas que han tenido contacto a través de Internet con contenidos de riesgo

#### e.1) Acceso a contenidos de riesgo:

Ha sido ésta una de las cuestiones que más atención ha generado a lo largo y ancho de la literatura dedicada a explorar el impacto de la innovación tecnológica en la vida de los niños. Internet como fuente de información perjudicial o lesiva para los menores o como refugio para realizar actividades delictivas que comprometen el bienestar de los mismos, ha sido la imagen que con mayor frecuencia se asocia a los perjuicios de la sociedad de la información en relación a la infancia. Por ello mismo, el objetivo de los indicadores seleccionados para ilustrar este área conceptual se encamina hacia la cuantificación aproximada de los riesgos presentes en la red, tal y como han sido descritos previamente. Así, se pretende recoger información sobre el tipo de contactos que establecen los niños en Internet, los sitios a los que acceden, la posibilidad de que usen sus datos personales, etc.

Se han seleccionado los siguientes indicadores ideales:

43. Menores que han tenido contacto a través de Internet con contenidos de riesgo.
44. Menores que han sido contactados por extraños en Internet.
45. Menores que han recibido correo no solicitado.
46. Menores a los que se ha solicitado que revelen sus datos personales.
47. Menores que realizan compras por Internet.

#### e.2) Adicción/Abuso:

Por último, se ha incluido en el sistema un área relacionada con los riesgos de las TIC referido a una de las cuestiones más comprometidas de cuantas han sido tratadas por la literatura especializada. Todavía hoy dudamos de si puede hablarse de adicción al referirse al uso abusivo de la tecnología, pero la cuestión ha sido claramente planteada y merece ser incluida en el sistema. En cualquier caso, aunque el término “adicción” pueda ser discutible, pretendemos acercarnos al fenómeno de la dependencia de los productos tecnológicos en el marco de la población infantil. Por ello, la variable referida al tiempo que se emplea diariamente en contacto con la red se utiliza como indicador de algún uso patológico o perjudicial por parte del niño. Junto a ésta, se realiza una breve medición de actitudes frente a la tecnología que pueda poner de relieve este tipo de conductas supuestamente adictivas. De otra parte, se incluye aquí el uso de videojuegos, dado que estos aparecen también frecuentemente asociados a ellas. Un intento de cuantificación de la incidencia de la llamada “tecnofobia” se incluye también en este área, que consta de los siguientes indicadores:

48. Menores que hacen un uso excesivo o abusivo de la red.
49. Menores que hacen un uso abusivo de los videojuegos.
50. Menores que encuentran más satisfactorio el mundo virtual que proporciona la tecnología que el mundo real.
51. Menores en situación de aislamiento social.
52. Presencia de adicción o dependencia de la red.
53. Menores que muestran actitudes tecnofóbicas.

No obstante, éste es sólo el primer paso hacia la conformación de la batería de indicadores que formará el sistema. Como ya hemos adelantado, todos ellos son indicadores teóricamente óptimos para realizar la función que les ha sido encomendada, pero no han sido sometidos a las inevitables consideraciones operativas derivadas de las limitaciones de la información disponible, de las técnicas utilizadas para recogerlas, de la disponibilidad de la población sobre la que serán aplicadas, y tantos otros condicionantes presentes en el desarrollo completo del sistema de indicadores. Por ello, reproducimos a continuación un listado completo de los indicadores operativos que serán utilizados en la labor de trasladar los indicadores ideales hasta el terreno, aclarando que varios indicadores operativos pueden corresponder a un mismo indicador ideal al descomponerse éste en varios fragmentos de información significativa.

Áreas	Indicadores Ideales	Indicadores Operativos
a.1) Infraestructura	Cobertura telefónica. Difusión de la telefonía móvil. Presencia de ordenadores personales. Presencia de ordenadores personales en el sistema educativo. Presencia de servidores web. Gasto en TIC por parte de la población. Gasto en I+D. Personal vinculado a actividades de I+D. Coste de acceso a Internet. Difusión de Internet en función de la clase social	Líneas telefónicas por cada 1000 h. Usuarios de telefonía móvil por cada 100 h. PCs por cada 100 h. Población >14 años que dispone de un PC en el hogar. Ordenadores conectados a Internet por cada 100 alumnos (todos niveles). Servidores por cada 1000 h. Gasto en TIC per cápita (euros). Gasto en I+D como porcentaje del PNB. Científicos e Ingenieros en I+D por cada 10.000 h. Precios de acceso a Internet (20 horas semanales en horario normal, Dólares PPA). Precios de acceso a Internet (40 horas semanales en hora punta, Dólares PPA). Porcentaje de usuarios de Internet de clase media y media baja.
a.2) Equipamiento de los hogares	Presencia de equipamientos básicos relacionados con la sociedad de la información. Presencia de conexión a la red.  Tipo de conexión a la red (alta o baja velocidad).	Porcentaje de hogares que disponen de: -PC -Telefonía móvi I-DVD-Videoconsola -TV por cable -Conexión a Internet Porcentaje de hogares con menores de 14 años que disponen de: -PC -Teléfono móvil -DVD-Videoconsola -TV por cable -Conexión a Internet. Porcentaje de menores que poseen un PC completamente funcional (CD+Disquetera+Impresora+Altavoces). Porcentaje de hogares con acceso ADSL a la red. Porcentaje de hogares con acceso cable módem a la red.
a.3) Acceso	Población con acceso a la red. Población menor de 14 años con acceso a la red (hogares). Población menor de 14 años con acceso a un PC (hogares). Población escolar menor de 14 años con acceso a un PC en el centro educativo. Población escolar menor de 14 años con acceso a la red en el centro educativo. Presencia de usuarios de la red de distintas clases sociales.	Porcentaje de usuarios con acceso a Internet sobre población total. Porcentaje de menores de 14 años que tienen acceso a Internet en el hogar. Porcentaje de menores de 14 años que tienen acceso a un PC en el hogar. Porcentaje de menores de 14 años que han utilizado el PC en el centro escolar durante el último mes. Porcentaje de menores de 14 años que han utilizado Internet desde el centro escolar durante el último mes. Porcentaje de menores en hogares clasificados como clase media-baja o clase-baja que tienen acceso a un PC en el hogar. Porcentaje de menores en hogares clasificados como clase media-baja o clase-baja que tienen acceso a Internet en el hogar.

CONTINÚA →

Áreas	Indicadores Ideales	Indicadores Operativos
c.1) Apoyo parental	Frecuencia de acompañamiento del menor en el uso de tecnología.	Porcentaje de menores que dicen estar solos mientras usan Internet o el ordenador.
	Presencia de labores de instrucción previa para el uso de tecnología.	Porcentaje de menores que han recibido instrucciones previamente al uso del PC.
		Porcentaje de menores que han recibido instrucciones previamente a la navegación por Internet.
		Porcentaje de menores que han recibido instrucciones previamente al uso de videojuegos.
	Presencia de la dimensión de apoyo y control.	Porcentaje de menores que afirman ser preguntados después de usar el PC o Internet sobre lo que han hecho.
c.2) Perfil de uso del equipamiento	Frecuencia de uso de las principales aplicaciones de software para el PC.	Porcentaje de menores que han usado procesadores de texto en el PC en el último mes.
		Porcentaje de menores que han usado enciclopedias multimedia en el PC en el último mes.
		Porcentaje de menores que han usado programas de diseño gráfico, dibujo o fotografía en el PC en el último mes.
		Porcentaje de menores que han usado hojas de cálculo en el PC en el último mes.
		Uso principal del teléfono móvil
		Porcentaje de menores que utilizan el teléfono móvil con más frecuencia para comunicarse con sus amigos.
		Porcentaje de menores que utilizan el teléfono móvil con más frecuencia para comunicarse con sus padres.
		Porcentaje de menores que envían mensajes de texto con el teléfono móvil.

CONTINÚA →

Áreas	Indicadores Ideales	Indicadores Operativos
c.3) Perfil de uso de Internet	<p>Usuarios que acceden a la red desde el hogar.</p> <p>Grado de familiarización de los menores con Internet.</p> <p>Frecuencia de acceso a zonas de la red diseñadas para su uso por parte de la población infantil.</p> <p>Frecuencia/Tipo de uso del navegador.</p> <p>Frecuencia/Tipo de uso del correo electrónico.</p> <p>Frecuencia/Tipo de uso del chat.</p>	<p>Porcentaje de menores de 14 años que han accedido a la red desde el hogar en el último mes.</p> <p>Porcentaje de menores que conocen y usan Internet.</p> <p>Porcentaje de menores que han visitado en el último mes sitios de Internet diseñados para niños.</p> <p>Frecuencia estimada de uso del navegador.</p> <p>Porcentaje de menores que tienen una dirección de correo electrónico independientemente de la de sus padres.</p> <p>Frecuencia estimada de uso del correo electrónico.</p> <p>Porcentaje de menores que conoce y usa chat.</p> <p>Porcentaje de menores que han accedido en Internet durante el último mes a una sala de chat.</p> <p>Frecuencia de acceso a las salas de chat).</p> <p>Porcentaje de menores que afirman que el chat es un buen lugar para hacer amigos.</p>
d.1) Diferencias de género	<p>Niñas con acceso a un PC en el hogar.</p> <p>Niñas con acceso a la red.Niñas con acceso a un teléfono móvil.</p> <p>Uso del tiempo de las niñas respecto de las TIC.</p> <p>Dimensiones de apoyo y control parental sobre el uso de la tecnología.</p> <p>Percepción subjetiva de las TIC.</p>	<p>Porcentaje de niñas que tienen acceso a un PC en el hogar.</p> <p>Porcentaje de niñas que tienen acceso a la red en el hogar.</p> <p>Porcentaje de niñas que tienen acceso a un teléfono móvil.</p> <p>Duración media estimada de la utilización de PC en día laborable.</p> <p>Duración media estimada de la utilización de videojuegos en día laborable.</p> <p>Duración media estimada de la utilización de Internet en día laborable.</p> <p>Duración media estimada de la utilización de PC en día festivo.</p> <p>Duración media estimada de la utilización de videojuegos en día festivo.</p> <p>Duración media estimada de la utilización de Internet en día festivo.</p> <p>Porcentaje de niñas que han recibido instrucción previa al manejo del PC.</p> <p>Porcentaje de niñas que han recibido instrucción previa a realizar una conexión a Internet.</p> <p>Porcentaje de niñas que afirman estar siempre solas mientras navegan y usan el PC.</p> <p>Porcentaje de niñas que afirman que Internet no sirve para nada.</p>

Áreas	Indicadores Ideales	Indicadores Operativos
e.1) Acceso a contenidos de riesgo	Menores que han tenido contacto a través de Internet con contenidos de riesgo.	Porcentaje de menores que han tenido contacto con contenidos de riesgo durante el último mes (visitaron páginas para + de 18 años).
	Menores que han sido contactados por extraños en Internet.	Porcentaje de menores que han conversado en un chat o a través de la mensajería instantánea con personas distintas de sus propios amigos o conocidos en el último mes.
	Menores que han recibido correo no solicitado.	Porcentaje de menores que han recibido la proposición de tener un encuentro fuera de red con algún extraño.
	Menores a los que se ha solicitado que revelen sus datos personales.	Porcentaje de menores que han recibido algún tipo de correo no solicitado en su dirección electrónica en el último mes.
	Menores que realizan compras por Internet.	Porcentaje de menores a los que les han sido solicitados sus datos personales, o los de sus padres, al visitar sitios de Internet en el último mes.  Porcentaje de menores que han realizado compras en Internet en el último mes.
e.2) Adicción/Abuso	Menores que hacen un uso excesivo o abusivo de la red.	Porcentaje de menores que superan las 20 horas semanales de acceso a Internet.
	Menores que hacen un uso abusivo de los videojuegos.	Porcentaje de menores que superan las 20 horas semanales de uso de videojuegos.
	Menores que encuentran más satisfactorio el mundo virtual que el real	Porcentaje de menores que dicen preferir el uso del PC a salir a jugar con los amigos.
	Presencia de adicción o dependencia de la red.	Porcentaje de menores con actitudes calificadas como adictivas o de dependencia (+ 4 síntomas de uso patológico).
	Menores que muestran actitudes tecnofóbicas.	Porcentaje de menores que afirman que Internet no sirve para nada.
	Menores en situación de aislamiento social.	Porcentaje de menores que dicen haberse conectado a Internet porque se sentía solo.



Siempre que esto fuera posible, se ha intentado trasladar de manera literal la formulación del indicador ideal hasta el terreno del trabajo de campo encontrando un indicador operativo que fuera susceptible de medición y respetuoso con tal literalidad. Naturalmente, esto ha sido factible especialmente en aquellos casos en los que el indicador ideal constituía ya una medida próxima a su correspondiente operativo, o lo que es lo mismo, cuando su grado de abstracción era lo suficientemente bajo como para permitir una “traducción” rápida y precisa en términos operativos.

No siempre ha ocurrido así. En ocasiones, el indicador ideal necesitaba mayor concreción, por lo que comúnmente se ha recurrido a su fragmentación en varios indicadores operativos, por ser éste todavía demasiado vago o no directamente medible. De otro lado, al recurrir a fuentes secundarias de datos, ganamos en cobertura y exhaustividad en la obtención de información comparable, pero perdemos precisión en el proceso de traslación de las medidas conceptuales a sus correlatos empíricos operativos.

Hay que señalar también que en ocasiones ha sido necesario recurrir al conocimiento teórico acumulado para decidir qué indicador operativo correspondía con su medida ideal. Esto ha sido así para las medidas de conceptos teóricamente relevantes, pero de difícil cuantificación. Podemos citar, por ejemplo, el caso de la medición de la conducta de abuso de la tecnología; hemos reconocido el estudio de este aspecto concreto del uso que los menores hacen de la tecnología como uno de los componentes significativos del problema, y resulta indiscutible que un

sistema de indicadores que no se interesara por este tipo de cuestiones referidas al “riesgo” presente en la innovación tecnológica para la población infantil quedaría incompleto. Sin embargo, a la hora de generar una medida concreta de éste surgen las dificultades. ¿Dónde está la frontera de la conducta patológica?, ¿Qué medida debe ser incluida dentro de la categoría “normal” o, por contra, en la de “uso patológico”?, ¿Cuál es el indicio que debe alertarnos sobre la presencia de conductas de riesgo? Así, hemos tomado como referencia en este caso la apreciación de Estallo (2001), que tras revisar los antecedentes del problema concluye que el límite de las 20 horas semanales de uso de la red parece ser una linde posible en la tarea –difícil tarea- de detectar conductas de riesgo en torno a la tecnología. Un criterio parecido, de relevancia teórica y factibilidad de uso en el terreno operativo, nos ha llevado a contar con las escalas de medición de actitudes de Morahan-Martin (2000) a la hora de cuantificar la incidencia de fenómenos como la “tecnofobia”, escalas que ha sido necesario adaptar para ser aplicadas en el estudio de los niños. En definitiva, cuanto más queremos afinar en la detección precisa de pautas concretas de conducta, más complicada se vuelve la tarea de hallar correlatos empíricos para nuestros conceptos e indicadores ideales.

Reproducimos a continuación la lista completa de indicadores operativos seleccionados, señalando aquellos rasgos que les caracterizan: tipo de fuente del que se obtienen y tipo de indicador (FP= fuente primaria; FS= fuente secundaria; O=objetivo; S=subjetivo).

Indicadores	Fuente	Tipo
Líneas telefónicas por cada 1000 h.	FS	0
Usuarios de telefonía móvil por cada 100 h.	FS	0
PCs por cada 100 h.	FS	0
Población >14 años que dispone de un PC en el hogar.	FS	0
Ordenadores conectados a Internet por cada 100 alumnos (todos niveles).	FS	0
Servidores por cada 1000 h.	FS	0
Gasto en TIC per cápita (euros)	FS	0
Gasto en I+D como porcentaje del PNB	FS	0
Científicos e Ingenieros en I+D por cada 10.000 h.	FS	0
Precios de acceso a Internet (20 horas semanales en horario normal, Dólares PPA)	FS	0
Precios de acceso a Internet (40 horas semanales en hora punta, Dólares PPA)	FS	0
Porcentaje de usuarios de Internet de clase media y media baja.	FS	0
Porcentaje de hogares que disponen de:	FS	0
-PC		
-Telefonía móvil		
-DVD		
-Videoconsola		
-TV por cable		
-Conexión a Internet		

CONTINÚA →

Indicadores	Fuente	Tipo
Porcentaje de hogares con menores de 14 años que disponen de:	FP	0
-PC		
-Teléfono móvil		
-DVD		
-Videoconsola		
-TV por cable		
-Conexión a Internet.		
Porcentaje de menores que poseen un PC completamente funcional.	FP	0
Porcentaje de hogares con acceso ADSL a la red.	FS	0
Porcentaje de hogares con acceso cable módem a la red.	FS	0
Porcentaje de usuarios con acceso a Internet sobre población total.	FS	0
Porcentaje de menores de 14 años que tienen acceso a Internet en el hogar.	FP	0
Porcentaje de menores de 14 años que tienen acceso a un PC en el hogar.	FP	0
Porcentaje de menores de 14 años que han utilizado el PC en el centro escolar durante el último mes.	FP	0
Porcentaje de menores de 14 años que han utilizado Internet desde el centro escolar durante el último mes.	FP	0
Porcentaje de menores en hogares clasificados como clase media-baja o clase-baja que tienen acceso a un PC en el hogar.	FP	0
Porcentaje de menores en hogares clasificados como clase media-baja o clase-baja que tienen acceso a Internet en el hogar.	FP	0
Franja horaria de mayor frecuencia de uso del PC en día laborable.	FP	0
Franja horaria de mayor frecuencia de uso de videojuegos en día laborable.	FP	0
Franja horaria de mayor frecuencia de uso de Internet en día laborable.	FP	0
Franja horaria de mayor frecuencia de uso del PC en día festivo.	FP	0
Franja horaria de mayor frecuencia de uso de videojuegos en día festivo.	FP	0
Franja horaria de mayor frecuencia de uso de Internet en día festivo.	FP	0
Duración media estimada de la utilización de PC en día laborable.	FP	0
Duración media estimada de la utilización de videojuegos en día laborable.	FP	0
Duración media estimada de la utilización de Internet en día laborable.	FP	0
Duración media estimada de la utilización de PC en día festivo.	FP	0
Duración media estimada de la utilización de videojuegos en día festivo.	FP	0
Duración media estimada de la utilización de Internet en día festivo.	FP	0
Porcentaje de menores que dicen estar solos mientras usan Internet o el ordenador.	FP	0
Porcentaje de menores que han recibido instrucciones previamente al uso del PC.	FP	0
Porcentaje de menores que han recibido instrucciones previamente a la navegación por Internet.	FP	0
Porcentaje de menores que han recibido instrucciones previamente al uso de videojuegos.	FP	0
Porcentaje de menores que afirman ser preguntados después de usar el PC o Internet sobre lo que han hecho.	FP	0
Porcentaje de menores que han usado procesadores de texto en el PC en el último mes.	FP	0
Porcentaje de menores que han usado enciclopedias multimedia en el PC en el último mes.	FP	0
Porcentaje de menores que han usado programas de diseño gráfico, dibujo o fotografía en el PC en el último mes.	FP	0
Porcentaje de menores que han usado hojas de cálculo en el PC en el último mes.	FP	0
Porcentaje de menores que han usado diccionarios electrónicos en el PC en el último mes.	FP	0
Porcentaje de menores que utilizan el teléfono móvil con más frecuencia para comunicarse con sus amigos.	FP	0
Porcentaje de menores que utilizan el teléfono móvil con más frecuencia para comunicarse con sus padres.	FP	0
Porcentaje de menores que envían mensajes de texto con el teléfono móvil.	FP	0
Porcentaje de menores de 14 años que han accedido a la red desde el hogar en el último mes.	FP	0
Porcentaje de menores que conocen y usan Internet.	FP	0
Porcentaje de menores que han visitado en el último mes sitios de Internet diseñados para niños.	FP	0
Frecuencia estimada de uso del navegador.	FP	0
Porcentaje de menores que tienen una dirección de correo electrónico independientemente de la de sus padres.	FP	0
Frecuencia estimada de uso del correo electrónico.	FP	0
Porcentaje de menores que conocen y usa chat.	FP	0
Porcentaje de menores que han accedido en Internet durante el último mes a una sala de chat.	FP	0
Frecuencia de acceso a las salas de chat	FP	0
Porcentaje de menores que afirman que el chat es un buen lugar para hacer amigos.	FP	S

CONTINÚA →

Indicadores	Fuente	Tipo
Porcentaje de niñas que tienen acceso a un PC en el hogar.	FP	0
Porcentaje de niñas que tienen acceso a la red en el hogar.	FP	0
Porcentaje de niñas que tienen acceso a un teléfono móvil.	FP	0
Duración media estimada de la utilización de PC en día laborable.	FP	0
Duración media estimada de la utilización de videojuegos en día laborable.	FP	0
Duración media estimada de la utilización de Internet en día laborable.	FP	0
Duración media estimada de la utilización de PC en día festivo.	FP	0
Duración media estimada de la utilización de videojuegos en día festivo.	FP	0
Duración media estimada de la utilización de Internet en día festivo.	FP	0
Porcentaje de niñas que han recibido instrucción previa al manejo del PC.	FP	0
Porcentaje de niñas que han recibido instrucción previa a realizar una conexión a Internet.	FP	0
Porcentaje de niñas que afirman estar siempre solas mientras navegan y usan el PC.	FP	0
Porcentaje de niñas que afirman que Internet no sirve para nada.	FP	S
Porcentaje de menores que han tenido contacto con contenidos de riesgo durante el último mes (visitaron páginas para + de 18 años).	FP	0
Porcentaje de menores que han conversado en un chat con personas distintas de sus propios amigos o conocidos en el último mes.	FP	0
Porcentaje de menores que han recibido la proposición de tener un encuentro fuera de red con algún extraño.	FP	0
Porcentaje de menores que han recibido algún tipo de correo no solicitado en su dirección electrónica en el último mes.	FP	0
Porcentaje de menores a los que les han sido solicitados sus datos personales, o los de sus padres, al visitar sitios de Internet en el último mes.	FP	0
Porcentaje de menores que han realizado compras en Internet en el último mes.	FP	0
	FP	0
Porcentaje de menores que superan las 20 horas semanales de acceso a Internet.	FP	0
Porcentaje de menores que superan las 20 horas semanales de uso de videojuegos.	FP	0
Porcentaje de menores que dicen preferir el uso del PC a salir a jugar con los amigos.	FP	0
Porcentaje de menores que dicen haberse conectado a Internet porque se sentía solo.	FP	0
Porcentaje de menores con actitudes calificadas como adictivas o de dependencia.	FP	S
Porcentaje de menores que afirman que Internet no sirve para nada.	FP	0

#### 4.2.4. Índices o medidas sintéticas del sistema

Si bien no resulta estrictamente necesario, suele ser habitual completar el diseño de los sistemas de indicadores sociales con medidas más complejas que los propios indicadores considerados éstos aisladamente. Se aprovechan así varias características de estos sistemas: por un lado, al constituir un intento de cuantificación de los fenómenos sociales, esto permite realizar múltiples operaciones numéricas para obtener información significativa, por otro, al estar basadas en un desarrollo teórico y un trabajo conceptual y de operacionalización de conceptos complejos, permiten la recombinación y agregación de indicadores y medidas para obtener nueva información.

Sin embargo, no existe un completo acuerdo sobre lo que es un índice, más allá de que constituye una medida agregada que implica algún tipo de manipulación matemática previa y más compleja que el indicador del que se obtiene. Aquí nos referimos indistintamente a índices o medidas sintéticas para referirnos al resultado de operar

matemáticamente con la información básica proporcionada por el sistema, si bien esto puede significar tanto el cálculo de un simple cociente como el de una medida agregada de gran complejidad.

La ventaja de los índices y medidas sintéticas o agregadas es clara: permiten resumir la información y ayudan al diagnóstico y a la cuantificación, instrumentos útiles cuando se trata de presentar el análisis de la realidad social a un público amplio. Sus inconvenientes también son conocidos: en la tarea de resumir la información también se pierden matices relevantes y ésta se simplifica, lo que puede dar lugar a diagnósticos aparentemente correctos que, sin embargo, no encajan en la realidad estudiada.

A continuación reproducimos algunos de los índices propuestos referidos a nuestro sistema de indicadores. Quisiéramos destacar, por ocupar un lugar central en el listado de medidas sintéticas propuestas, la presencia de los dos últimos: los índices de “condiciones y pautas de uso de riesgo de la tecnología” y de “condiciones y pautas de uso

beneficiosas de la tecnología”, en la medida que tratan de resumir buena parte de la información sensible en torno al problema de la relación entre la población infantil y las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, especialmente en aquellos aspectos que han suscitado más controversia en la literatura científica y en el discurso político sobre el tema<sup>149</sup>.

a) Infraestructura y acceso:

Los índices propuestos en este apartado, que generalmente toman la forma de ratios o tasas de cobertura, buscan ofrecer información sobre el grado de penetración de ciertas tecnologías consideradas básicas para la sociedad de la información en la población infantil, comparado éste tanto con la población total como la menor de 14 años<sup>150</sup>.

- Índice de cobertura del acceso a PC y red respecto de la población infantil: proporción de menores de 14 años con acceso a PC y conexión a Internet sobre población infantil.

(% menores 14 con acceso a PC + % menores 14 con acceso a Internet)

- Índice de peso relativo de la población infantil respecto a los usuarios adultos de tecnología: Proporción de menores de 14 con acceso a PC y conexión a Internet sobre población mayor de 14 años que dispone de PC y conexión a Internet.

(% menores 14 con acceso a PC + acceso a Internet)/% pob. >14 con acceso a PC + Internet

- Índice de penetración tecnológica en los hogares de la población infantil: peso relativo de los hogares donde viven menores de 14 años y que disponen de PC o conexión a Internet respecto al total de hogares donde viven menores de 14 años.

(hogares con población <14 años y acceso a PC + acceso a Internet)/ (hogares con <14 años sin acceso a PC o Internet)

b) Uso del tiempo:

- Duración media del tiempo dedicado a TIC (días laborales): sumatorio de la duración por término medio en día laborable del uso de Internet, Ordenador, Videojuegos y Televisión digital.

- Duración media del tiempo dedicado a TIC (días festivos): sumatorio de la duración por término medio en día laborable del uso de Internet, Ordenador, Videojuegos y Televisión digital.

- Índice de la proporción de incremento del tiempo empleado en el uso de las TIC durante los días festivos y fines de semana: El índice presenta el total de incremento de minutos que se dedican a TIC los fines de semana y festivos,

dividido entre la cantidad total de minutos dedicados los días laborables. Un valor superior a 1 implicaría que en los festivos se incrementa el uso de TIC (en detrimento de otras actividades de ocio de los menores) en una cantidad que supera incluso todo el uso que de éstas se hace en día laborable o lectivo.

$$\frac{(DMEPC_{\text{festivo}} - DMEPC_{\text{laborable}}) - (DMEI_{\text{festivo}} - DMEI_{\text{laborable}}) - (DMEV_{\text{festivo}} - DMEV_{\text{laborable}})}{(DMETD_{\text{festivo}} - DMETD_{\text{laborable}}) / (DMEPC_{\text{laborable}} + DMEI_{\text{laborable}} + DMEV_{\text{laborable}})}$$

DME=duración media estimada (PC, Internet, Videojuegos y Televisión Digital)

c) Perfil de uso del equipamiento:

- Índice de uso educativo del PC: proporción de menores que utilizan el PC para tareas distintas de las meramente lúdicas.

(% menores que usan procesador de texto + diccionarios o enciclopedias multimedia + hojas de cálculo)

-Índice de uso educativo de Internet: proporción de menores que utilizan Internet para tareas distintas de las meramente lúdicas.

% menores que buscan información concreta en Internet relacionada con las materias escolares/% menores que usan Internet como plataforma de videojuegos o buscan información relacionada con éstos.

d) Desigualdad de género:

- Índice de desigualdad de género en la cobertura tecnológica: proporción de niñas que tienen acceso al PC e Internet en el hogar sobre niños.

(% niñas con acceso a PC + acceso a Internet)/(% niños con acceso a PC + acceso a Internet).

- Índice de desigualdad de género en el acompañamiento adulto: proporción de niñas que afirman no recibir acompañamiento paterno sobre total de menores que reciben acompañamiento paterno.

% niñas que no reciben acompañamiento paterno/% menores que no reciben acompañamiento paterno.

- Índice de desigualdad de género en el uso del tiempo dedicado a la tecnología (días laborales): peso relativo del tiempo en minutos que las niñas utilizan en las TIC respecto al de los niños en días laborales.

$$\frac{DMEPC_{\text{niñas}} + DMEI_{\text{niñas}} + DMEV_{\text{niñas}}}{DMEPC_{\text{niños}} + DMEI_{\text{niños}} + DMEV_{\text{niños}}}$$

- Índice de desigualdad de género en el uso del tiempo dedicado a la tecnología (días festivos): peso relativo del tiempo en minutos que las niñas utilizan en las TIC respecto al de los niños en días festivos.

$$\frac{DMEPC_{\text{niñas}} + DMEI_{\text{niñas}} + DMEV_{\text{niñas}}}{DMEPC_{\text{niños}} + DMEI_{\text{niños}} + DMEV_{\text{niños}}}$$

e) Condiciones y pautas de uso de las TIC:

Se han diseñado dos índices con carácter complementario para medir: a) la condiciones y conductas de riesgo asociadas al uso de la tecnología y b) las asociadas al uso beneficioso o positivo de la tecnología. La mecánica del índice funciona sobre la base de una escala compuesta por seis variables, cada una de ellas con un valor “1”, de tal manera que el valor total del índice oscila entre 0 y 6 puntos. Cada menor que responde afirmativamente a una de estas variables puntúa 1 y suma sucesivamente este valor a cada una de las restantes variables

149. La elaboración de ambos índices se inspira, aunque se aparte un tanto de ella en su mecánica de cálculo e interpretación, de la medida de las conductas de riesgo en la infancia que propone Moore (1995: 55) y que denomina “índice de evitación del riesgo” e “índice de conducta positiva” respectivamente, enfocados hacia la construcción de un índice general que mida el bienestar en la infancia.

150. Aunque no se diga explícitamente, es obvio que buena parte de los índices diseñados para medir las condiciones de la infraestructura y el acceso a las TIC por parte de los menores son, en realidad, medidas parciales de la llamada “brecha digital”. En concreto, el ICAI (índice de cobertura del acceso a PC y red) y el IPTHPI (índice de penetración tecnológica en los hogares de la población infantil), así como el IDGCT (índice de desigualdad de género de la cobertura tecnológica), pueden combinarse junto con otros indicadores del sistema para producir un índice sintético que mida la existencia de brecha digital en el acceso a la tecnología por parte de la población infantil. Hemos preferido no construir tal índice para no aumentar la complejidad del sistema, reteniendo sólo las medidas más simples y directas del fenómeno a la espera de que el sistema sea aplicado regularmente y perfeccionado.

en que responda afirmativamente. Se calculará la frecuencia de menores que puntúan en, al menos, una de las variables, después en dos, tres, y así sucesivamente hasta calcular cuántos menores puntúan en las seis variables que componen el índice, para después calcular la media de todas las puntuaciones. El valor final del índice es el resultado de calcular la media estadística de la distribución de las puntuaciones individuales a lo largo de la dichas variables. De esta manera, este valor final viene a constituir una medida agregada del número de variables (o condiciones y conductas, perjudiciales o beneficiosas) que el colectivo entrevistado ha acumulado al responder a las distintos ítem que componen los índices. Así, puntuar 6 representa el máximo (entendido como máximas condiciones de riesgo o máximas condiciones beneficiosas en el uso y disfrute de la tecnología). La idea subyacente a este tipo de operación es la de que la acumulación de factores de riesgo (o de factores protectores) podría constituir un indicio significativo del tipo de pautas de conducta que los menores están poniendo en práctica respecto a la tecnología.

Las escalas son las siguientes:

Índice de riesgo:

- menores que afirman no ser preguntados por sus padres sobre lo que han hecho al usar el PC o Internet.
- menores que presentan conducta de abuso en Internet o en el uso de videojuegos (>20 horas semanales)
- menores que manifiestan conductas de dependencia (>4 síntomas).
- menores que manifiestan actitudes tecnofóbicas.
- menores que han sido contactados por extraños en Internet.
- menores que afirman encontrar más satisfactorio el mundo virtual que el real.

Índice de uso positivo de las TIC:

- menores que reciben instrucción previa al usar videojuegos
- menores que reciben instrucción previa antes de usar el PC
- menores que no presentan adicción o uso patológico (<4 síntomas)
- menores que frecuentan en Internet sitios para niños.

- menores que afirman buscar información concreta relacionada con las materias escolares en Internet.
- menores que encuentran amistades en el chat.

El índice se presentará en forma de tabla compuesta en el que se señalará la frecuencia y proporción de cada variable y el valor final de cada índice.

Puntuaciones acumuladas	Índice condiciones riesgo		Índice condiciones beneficiosas	
	Frecuencia	Porcentaje	Frecuencia	Porcentaje
1				
2				
3				
4				
5				
6				
Valor final				

La interpretación del valor del índice oscilará siempre entre un 0 y un 6, siendo su significado diferente en cada caso. En el índice que mide las circunstancias y conductas de riesgo asociadas a la tecnología serán deseables valores bajos, más próximos al 0, puesto que esto significaría que ningún menor (o muy pocos menores) han respondido afirmativamente a las preguntas en las que se inquiriere sobre dichas conductas de riesgo. Por contra, valores próximos al 6 serán deseables en el índice del uso beneficioso de las TIC, dado que esto significa que muchos menores acumulan varias de estas conductas o condiciones beneficiosas.



## 5. Diseño Metodológico de la prueba del sistema de indicadores

La prueba de los instrumentos que hemos diseñado para satisfacer las necesidades del sistema de indicadores propuesto forma parte necesaria y esencial de este trabajo doctoral. Detallamos aquí los distintos procedimientos que van a ser aplicados para recoger la información cuantitativa y cualitativa que requiere el sistema, así como los que cumplen la finalidad de comprobar la validez y fiabilidad de tales instrumentos.

Por supuesto, una de las características fundamentales de todo sistema de indicadores sociales, tal y como hemos pretendido argumentar en páginas precedentes, es la necesidad de llevar a cabo una tarea recurrente de revisión, corrección y actualización de dichos instrumentos, así como del propio sistema. El comienzo de todo debe ser, no obstante, el diseño de un conjunto de estrategias y herramientas metodológicas que permitan obtener datos válidos y fiables, para después emprender la mencionada tarea de seguimiento y actualización del mismo.

En este caso, proponemos una doble vía (cualitativa y cuantitativa) de acercamiento a la realidad social, que acabará constituyéndose también en un doble acercamiento a los requisitos exigibles en cuanto a la precisión de la medición y la consistencia de ésta, que exponemos a continuación.

### 5.1. Diseño cualitativo

La peculiar situación de semiexclusión que caracteriza a la población infantil hace necesario plantearse una estrategia metodológica plural y respetuosa con los principios de respeto a los niños como informantes y agentes sociales. Aquí, los problemas típicos del acercamiento metodológico a la realidad social de la infancia se desplazan hasta un primer plano. No es casualidad que uno de los objetivos que hemos explicitado en relación al diseño de nuestro sistema de indicadores pase por la ruptura del principio de "invisibilidad estadística" de los menores. Se busca así evitar algunas de las barreras que han venido obstaculizando el desarrollo de indicadores sociales aplicados al estudio de la infancia y la recopilación de información significativa sobre los niños y sus condiciones de

vida, tales como: la negación de los mismos como unidades de observación, su consideración exclusiva como miembros dependientes (e indiferenciados) de las propias unidades familiares, o el acceso indirecto a los mismos a través de la percepción de los adultos.

En otro orden de cosas, también nos hemos hecho eco del carácter exclusivamente cuantitativo de muchos de los sistemas de indicadores sociales empleados por los científicos sociales y planificadores. Por supuesto, la medición parece ser el objetivo final de tales sistemas, por lo que en principio no debería de extrañar el carácter predominantemente cuantitativo de los mismos. No obstante, pensamos que el proceso de diseño, aplicación e interpretación de indicadores sociales es lo suficientemente abierto como para, pese a perseguir la cuantificación, admitir con profusión el uso de técnicas cualitativas en el mismo.

De tal planteamiento ha resultado un sistema que se nutre de tres fuentes de información diferentes: a) fuentes cuantitativas secundarias de datos relacionadas con las estadísticas institucionales generadas con objeto de cuantificar el fenómeno de la sociedad de la información, b) fuentes primarias cuantitativas generadas ex profeso para el sistema y c) fuentes cualitativas generadas en el proceso de diseño del sistema de indicadores.

En el caso del estudio de la población infantil, por otra parte, la introducción de este tipo de técnicas deviene casi una tarea perentoria, por cuanto la experiencia investigadora sugiere su idoneidad cuando trabajamos con menores a edades tempranas, en las que otro tipo de instrumentos que operan sobre la base de la objetivación del lenguaje y la codificación de las respuestas posibles (como los cuestionarios, por ejemplo) chocan con las posibilidades de conceptualización y verbalización propias de dichos momentos tempranos de desarrollo infantil. Un eje implícitamente aceptado por buena parte de los investigadores de la infancia constaría de estudios de corte etnográfico para edades muy cortas (primera infancia), para pasar progresivamente a otro tipo de técnicas cualitativas y cuantitativas a medida que contamos con menores a partir de 5-6 años y pre-adolescentes (James y Prout, 1997). Todo ello sin descartar, siempre que sea posible, la integración de las vías interpretativa y cuantitativa y

el uso de la triangulación, o lo que es lo mismo, una estrategia de compromiso que busca difuminar las fronteras arbitrarias de las técnicas de investigación aplicando distintas orientaciones metodológicas a un mismo objeto de conocimiento para un mejor conocimiento de la realidad social (Bericat, 1998) –véanse respecto de la infancia: Gaskins (1994) y Lucchini (1996)–.

En nuestro caso, también hemos optado por una vía de integración de técnicas cuantitativas y cualitativas. Con objeto de obtener información enriquecida que permita un enfoque interpretativo dentro del propio desarrollo del sistema de indicadores y de la medición de los aspectos relevantes dentro de él definidos, hemos introducido durante el proceso de diseño siete reuniones de grupo a niños y niñas de diversas edades.

Nótese que hacemos referencia a “reuniones de grupo” más que un “grupo de discusión”, en la medida que el trabajo con niños, especialmente aquellos de corta edad, hace muy difícil el cumplimiento de los requisitos establecidos para que éstos últimos tengan lugar. Hay que tener en cuenta que aunque no exista definición precisa y aceptada exhaustivamente de lo que es un “grupo de discusión” y la variedad técnica y práctica sea la tónica (Callejo, 2001; Vallés, 1996), sí pueden señalarse diversos rasgos esenciales de los mismos: a) entre 5 y 10 participantes, b) que no se conozcan entre sí, c) que se sitúan cara a cara en un grupo artificial construido con fines de investigación y d) un moderador que conduce la discusión de manera abierta y flexible (Ibáñez, 1979; Canales y Peinado, 1994; Vallés, 1996; Callejo, 2001). Incluso algunos autores señalan que los grupos de discusión deben ser considerados como una modalidad particular de las entrevistas de grupo no estandarizadas o cerradas (Sierra, 1992; Vallés, 1997), mientras que otros utilizan indistintamente la denominación “entrevista de grupo”, “entrevista focalizada o focal”, “grupo de discusión” o “discusión de grupo” para referirse a la práctica de los grupos de discusión (Ortí, 1986). Por otra parte, sería absurdo no reconocer la importancia metodológica que el grupo de discusión ha adquirido como técnica dominante en el panorama de lo cualitativo, coincidiendo con la reciente expansión del uso de este tipo de técnicas en el contexto de la práctica sociológica española (Bericat, 1998; Sarabia y Zarco, 1997).

Sin embargo, los grupos compuestos por niños rompen en muchos casos con estos prerrequisitos desde el mismo

momento de su diseño: existen problemas de acceso y funcionamiento. El acceso a la población infantil no es libre, ni se puede convocar a los niños como si fueran adultos, existiendo múltiples filtros que controlan la disponibilidad de los menores. Por ello a veces resulta inevitable acudir a grupos preestablecidos de corte institucional (asociaciones, centros educativos, etc.) y de éstos escoger a los participantes, lo que dificulta en grado extremo, por ejemplo, el garantizar que éstos no se conozcan. Por otra parte, en cuanto a su funcionamiento, en estos grupos el discurso tiende a hacerse más disperso y con un mayor número de intervenciones del moderador, reproduciendo en muchos casos los niños los esquemas propuestos por la socialización escolar en el seno de la discusión (brazos en alto para hablar, preguntas al moderador, búsqueda de gratificaciones verbales, etc.) (Gualda y Rodríguez, 2001<sup>a</sup>; 2002). A todo ello hay que unir un hecho ineludible de la investigación con menores: el investigador es, en la mayor parte de los casos e independientemente de que sea consciente de ello o no, un adulto, lo cual lo identifica ante los niños como el ocupante de una posición social contrapuesta a la suya. En estas condiciones, las entrevistas de grupo, definidas como una extensión de la entrevista en profundidad a un grupo con cierta representatividad a través de la figura de un moderador (Balcells, 1994) y siendo más abiertas y flexibles en su estructura, se adaptan mejor a la práctica investigadora con la población infantil. Durante el transcurso de estas entrevistas o reuniones de grupo pueden alternarse las técnicas propias de los grupos focales desarrollados por Merton (véase Vallés, 1997 y Zarco y Sarabia, 1997), proponiendo al grupo el visionado de fotografías o videos, las de los grupos de discusión, propiciando que el grupo desarrolle su propio discurso en el marco de la interacción social que se produce mientras tiene lugar, o las de las entrevistas grupales semiestructuradas, ordenando la participación del grupo a través de un guión preestablecido.

Por todo ello, las reuniones de grupo efectuadas con niños compartirán rasgos comunes de todas estas técnicas mencionadas, sin identificarse plenamente con ninguna de ellas por la propia peculiaridad epistemológica y metodológica que supone el trabajo con la población infantil. En cualquier caso, escapa por completo a los objetivos de esta tesis doctoral el profundizar en estos aspectos complejos de la investigación con menores, que bien merecen un tratamiento autónomo y especializado de, al menos, la misma magnitud que éste que hemos emprendido aquí. Nos limitamos a señalar que, si bien tomamos el modelo ortodoxo de la sociología española del grupo de discusión como referente para la preparación de tales reuniones de grupo, somos conocedores desde un primer momento del hecho de que éstas tendrán lugar conforme a una dinámica sensiblemente diferente a lo que tal modelo propone, confiando en que los resultados serán, en cualquier caso, útiles y significativos en el contexto de la investigación.

En cuanto al planteamiento de tales reuniones grupales, trabajaremos en ellas con niños incluidos en dos franjas de edad diferenciadas: por un lado aquellos entre los 7 y 11 años, que no pueden ser considerados propiamente “preadolescentes”, y los de 12 a 14 años<sup>151</sup> (Elzo, 2000), que representan un colectivo colindante con la adolescencia y presumimos, por los datos que hemos comentado con

151. Nuevamente, la cuestión de la artificialidad de los límites cronológicos de aquellas construcciones sociales que marcan el ciclo de vida de los individuos. Por más que anotamos en estas páginas que cualquier intento de establecer una frontera nítida a la evolución de la vida humana y sus etapas, especialmente en sus primeros momentos de su desarrollo, deviene tarea siempre condenada al fracaso en la medida en que allí donde se levanta la linde cometemos un seguro error de apreciación, lo cierto es que no acabamos de sentirnos cómodos con ninguna de las posibles clasificaciones que se nos ofrecen. Las que aquí proponemos nos parecen lo suficientemente ajustadas conforme a los criterios operativos que han guiado esta fase del trabajo, pero no despejan por completo la amenaza de la duda. ¿Dónde está la frontera exacta de la pre-adolescencia?, ¿en qué momento de su vida un niño de diez años comienza a tener más cosas en común con uno de catorce que con otro de siete?, ¿pueden ser equivalentes los intereses de un niño de seis años y otro de once? En realidad, no hay una única respuesta para estas cuestiones. Tampoco necesariamente debe ser el criterio de la convergencia de intereses y experiencias el único en juego, puesto que puede aprender igualmente al observar el tipo de relaciones jerárquicas que los niños entablan al construir su discurso. En cualquier caso, yendo por delante estas consideraciones, se ajustó el diseño de cada grupo para intentar anular en la medida de lo posible la descompensación o el choque de niños de edades muy diferentes.

anterioridad, que son usuarios más frecuentes de las nuevas tecnologías y, muy particularmente, de Internet.

Por otra parte, la experiencia previa en el trabajo con entrevistas grupales a niños ha revelado dinámicas discursivas y de conducta durante las sesiones muy diferentes en función de la composición y edad media de los niños. Por ello, además de haber dividido a los menores en “niños” y “pre-adolescentes”, se ha considerado que entre seis y ocho componentes es la cifra óptima para evitar problemas de exceso de densidad discursiva o defecto de la misma.

Igualmente, ha sido necesario acotar de manera más precisa los límites temporales que se corresponden con la consideración de la población infantil para diferenciarla del resto de la estructura etaria de la sociedad. Hay que decir a este respecto que la característica flexibilidad de las fronteras de la infancia, como corresponde a un concepto que no resulta derivado directamente de ninguna estructura biológica sino construido socialmente, constituye una dificultad de primer orden a la hora de definir cuáles son los individuos considerados “niños”. Con frecuencia, al hablar de “menores” se asimila este concepto al de la minoría de edad legal en la sociedad española<sup>152</sup>, esto es, los dieciocho años, con lo que se ofrece una solución en nuestra opinión completamente insatisfactoria. Al operar de tal suerte, se engloba en un mismo tipo o categoría a la población infantil y juvenil. Es indudable que ambas están vinculadas en un mismo proceso de maduración, pero también que no son lo mismo. Más usual es la consideración de la edad infantil coincidiendo con el antiguo recorrido de la enseñanza primaria obligatoria, hasta los catorce años. Aquí adoptaremos este parecer, aunque recalamos que las fronteras señaladas no dejan de ser un tanto imprecisas<sup>153</sup>.

Todos los grupos fueron mixtos (niños y niñas), y en la selección de los menores participantes se procuró que al menos uno de los grupos estuviera compuesto por individuos de un ámbito no estrictamente urbano. Este último aspecto responde a la necesidad de explorar las posibles diferencias de equipamiento, cualificación y uso tecnológico presentes en la población infantil en función de su hábitat. Hemos operacionalizado este criterio escogiendo niños de Huelva capital (hábitat propiamente urbano) y del resto de la provincia

(entorno no-urbano), decisión que mantenemos en el diseño de la parte cuantitativa del sistema. Tal decisión ha sido fundamentada sobre la base de encontrar varios puntos de muestreo (tanto en un sentido socioestructural como estadístico) que ocuparan posiciones disímiles en lo que al acceso a la tecnología se refiere. Huelva capital representa, en este sentido, el núcleo urbano más importante en el ámbito territorial de la provincia, aglutinando a la mayor parte de la población (unos 140.000 habitantes), sin que haya otro asentamiento de características parecidas que pueda comparársele. Por contra, ha sido más complicado escoger el segundo punto de muestreo. Para ello utilizamos el criterio de buscar un municipio de ámbito predominantemente rural cuyos parámetros de población, renta, acceso a servicios, etc. fueran cercanos a una media hipotética entre los municipios densamente poblados de la costa y las zonas de menor densidad pertenecientes al Andévalo (interior) y la Sierras Occidental y Oriental. Queríamos evitar escoger núcleos rurales que se han convertido en ciudades dormitorio o que se han visto influidos por la expansión urbanística de la capital (tales como Aljaraque o San Juan del Puerto), pero también aquellos que por estar escasamente poblados o muy aislados geográficamente fueran escasamente representativos de la realidad socioeconómica de la provincia. Finalmente escogimos San Bartolomé de la Torre como segundo punto. Por último, como tercer punto de apoyo de la elaboración de la muestra, escogimos uno de los municipios de la costa (Isla Cristina), más densamente poblados y desarrollados que los de otras comarcas y suponemos que también más cerca del modelo de sociedad de la información que otros núcleos rurales, pero todavía lejos de la capital. A continuación ofrecemos una breve relación de datos que dan cuenta de las diferencias entre estos municipios y el de Huelva capital, donde se aprecia que siendo San Bartolomé un asentamiento no demasiado pequeño (casi 3.000 habitantes) cuenta con niveles de servicios medio-bajo y un escaso acceso a la última tecnología (líneas telefónicas, RDSI, etc.), situación que contrasta con el segundo punto de muestreo del ámbito provincial, Isla Cristina, núcleo importante de población con un nivel de acceso a la tecnología más pronunciado.

---

152. La variabilidad con que distintas sociedades pertenecientes a nuestro entorno europeo delimitan lo que consideran la minoría de edad en términos legales, es buena prueba de la maleabilidad de las fronteras de la infancia y la adolescencia como etapas del ciclo vital, oscilando entre los 14 años (o menos) y los 21. Un cuadro demostrativo de esta variabilidad puede obtenerse en Gaitán (1999: 38).

153. Éstas han sido marcadas de manera arbitraria, pero sugerida por la práctica investigadora, dado que son las más frecuentes en los estudios del campo y también aquellas con las que el autor ha trabajado previamente –véase Gualda y Rodríguez (2001)-.

**Tabla 16. Indicadores básicos de los puntos de muestreo**

	Huelva capital	San Bartolomé de la Torre	Isla Cristina
Población de derecho total	141.334	2.965	18.770
% Población <20 años	23,66	23,46	27,79
Centros enseñanza básica	51	1	9
Centros enseñanza secundaria	37	1	3
Nº Pantallas de cine	8	0	2
Bibliotecas públicas locales	8	1	1
Consumo de energía eléctrica	914.296	5.520	53.592
Líneas telefónicas	42.396	796	4.332
Accesos básicos RDSI en servicio	2.252 (5,3%)*	21 (2,6%)*	135 (3,1)*
Renta familiar disponible por habitante	entre 7.212 y 7.813,16	Entre 6.611,13 y 7.212,15	Entre 6.975 y 7.800

FUENTE: Instituto de Estadística de Andalucía, Sistema de Información Multiterritorial de Andalucía (www.iea.junta-andalucia.es, acceso junio-2002).

\*proporción de accesos RDSI sobre total de líneas telefónicas.

Igualmente, entre los grupos realizados en un entorno urbano sería bueno contar tanto con niños que podemos considerar que provienen de un entorno periférico (en términos de distancia social) como de aquellos que se caracterizan por un mejor acceso a los recursos (de todo tipo, no sólo económicos). Hacemos la advertencia de la distancia social puesto que el diseño urbanístico y la dinámica ecológica de la ciudad de Huelva no permite afirmar tajantemente que el centro (geográfico) de la misma coincida con el centro (social), lo cual también puede aplicarse a la periferia (Conde, 1996).

Finalmente, el esquema general del diseño podría ser representado de la siguiente manera:

	Hábitat	
	Provincia	Huelva capital
<b>Grupo etario</b>		
Niños (9-11)	1 grupo (San Bartolomé)	2º grupos (no periféricos)** 2 grupos (periferia)
Pre-adolescentes (12-14)		1 grupo (no periférico) 1 grupo (semiperiferia)**

\* Con uno de los grupos de preadolescentes se experimentó dotándolo de una composición mixta en lo que al origen social de los niños se refiere.

\*\* Aplicando un criterio parecido, se diseñó un grupo de niños urbanos no periférico pero que estaba compuesto por individuos pertenecientes a los dos intervalos etarios señalados: niños y preadolescentes.

Donde se observa que, dada la intención exploratoria del estudio y la escasa tradición acumulada de investigación cualitativa con la población infantil, decidimos difuminar las

fronteras espaciales y temporales que daban sentido metodológico a la clasificación de los distintos grupos para enriquecer el proceso al encontrarnos con grupos más heterogéneos de lo inicialmente previsto. De esta forma, se corre el riesgo de dificultar el funcionamiento de alguna de las reuniones de grupo, pero se obtiene a cambio una información más matizada y una experiencia sobre el terreno que resulta impagable para el investigador. De hecho, el resultado final de esta decisión fue francamente positivo y útil de cara al sistema en su totalidad, como se comprobará más adelante.

Durante el desarrollo de las entrevistas el moderador intentó que los niños se pronunciaran sobre el listado de cuestiones centrales referidas a las condiciones de vida de la población infantil en el contexto de la sociedad de la información que, a su vez, ha sido extraído de la revisión de la literatura especializada sobre el tema. Dicho listado actuó así como guía temática del discurso producido en los grupos de niños, conteniendo los siguientes puntos esenciales:

- La cuestión de la desigualdad en el acceso a las TIC y los problemas de acceso a la tecnología
- El nivel de equipamiento de los hogares.
- La posibilidad y frecuencia del acceso por parte de la población infantil a contenidos calificados "de riesgo"
- El problema general de la seguridad (protección información, contactos indeseados en la red, compras, etc.).
- Los posibles usos patológicos de las TIC (¿Adicción?).
- El grado de apoyo y control parental sobre el uso de la tecnología.
- El problema general del impacto de la tecnología sobre las pautas de sociabilidad de los menores.
- Las diferencias de género presentes en el acceso y uso de la tecnología
- El uso del tiempo y su relación con las TIC.
- El perfil de uso de las TIC y, en especial, de Internet.

Posteriormente, las declaraciones de los niños fueron analizadas con la ayuda de software de análisis cualitativo (en este caso Atlas.ti) contribuyendo, por un lado, a la formulación de los indicadores que forman parte del sistema, modificando los existentes o incluyendo nuevos indicadores así como asistiendo al análisis de la fiabilidad y validez del mismo y, por otro, a la interpretación de los resultados de los mismos tras una hipotética aplicación del sistema. No es nuestra intención, por tanto, que la información recogida utilizando las reuniones de grupo sea meramente accesoria o complementaria, sino que forme parte del cuerpo central de la investigación y revele su utilidad tanto antes como después del diseño y aplicación del sistema de indicadores.

## 5.2. Diseño cuantitativo

El diseño cuantitativo de la prueba del sistema de indicadores incluye el diseño y aplicación de un cuestionario estandarizado preparado para servir a las necesidades de recopilación de información ex profeso para el sistema.

Como se ha mencionado, tal cuestionario fue aplicado sobre el colectivo de menores compuesto por los niños y preadolescentes entre 9 y 14 años<sup>154</sup>, si bien para fines de análisis consideraremos los mismos presupuestos etarios que ya hemos distinguido en el apartado anterior, diferenciando a los niños (entre 9-11 años) de los “pre-adolescentes” (12-14 años).

Los cuestionarios se aplicaron, por razones obvias de accesibilidad y ahorro de tiempo y otros recursos, a la población escolarizada, aunque es necesario aclarar que ha sido diseñado para poder ser aplicado siguiendo otro tipo de estrategias metodológicas alternativas. En Gualda y Rodríguez (2002) encontramos un sistema diferente de aplicación de cuestionarios a población infantil, basado en una entrevista asistida por un encuestador y elección de individuos aleatoriamente por el método del muestreo estratificado y las rutas aleatorias que ha demostrado ser bastante fiable, por lo que igualmente el desarrollo final del sistema de indicadores sociales bien podría orientarse en este sentido.

Por otra parte, también es necesario señalar que el objetivo perseguido en esta fase de la investigación responde al interés por contrastar la fiabilidad y la validez de la herramienta metodológica diseñada para medir determinados aspectos de la realidad social, más que a obtener resultados estadísticamente representativos que puedan facilitar la inferencia estadística<sup>155</sup>. Por ello, aunque se ha puesto cuidado en el diseño muestral de la prueba, la principal tarea ha sido la de realizar el pre-test del cuestionario y, en momento posterior, administrar éste a un volumen de población suficiente como

para hacer las correspondientes pruebas de validación del instrumento, así como el seguimiento del mismo y los problemas generados durante su aplicación.

El pre-test del cuestionario se efectuará durante las mismas reuniones de grupo con niños. Una vez corregidos los defectos del mismo, sería necesario aplicar el cuestionario en los centros de educación primaria y secundaria correspondientes que coincidieran con los dos criterios prefijados en el diseño: tipo de hábitat (rural-urbano) y edad (niños-preadolescentes). El esquema resultante sería el siguiente:

	Hábitat	
	Provincia	Huelva capital
<b>Grupo etario</b>		
Niños (9-11)	1ª submuestra	2ª submuestra
Pre-adolescentes (12-14)	3ª submuestra	4ª submuestra

Teniendo en cuenta que la prueba de test-retest con un distanciamiento temporal significativo entre los dos puntos de aplicación (la más común en el ámbito sociológico) no está a nuestro alcance por escapar a los límites temporales y de recursos de este estudio, hemos recurrido a otro tipo de estrategias de validación del diseño del sistema de indicadores. Precisamente, Latiesa (1986) se ha encargado de señalar cómo los diferentes tipos de validez que aparecen enumeradas en los manuales al uso son, en realidad, tipos de estrategias de medición de la misma, por lo que no es descabellado pensar que otros acercamientos alternativos a la prueba antes citada sean posibles. En general, junto con la fiabilidad propia del instrumento, definida como estabilidad y consistencia del mismo y de los datos resultantes de su aplicación, tomamos como referencia un concepto amplio de validez que se acerca a lo que se ha dado en llamar validez “interna”, entendida sobre todo como validez “teórica” o de “constructo”, en la que la manera de averiguar si el instrumento de medición mide lo que realmente debe medir pasa por el estudio de la relación entre las diferentes medidas generadas por el instrumento y el hallazgo de consistencia teórica respecto de los presupuestos fundamentales que han dado lugar a la operacionalización de las distintas dimensiones y variables, sin descartar el recurso a otras investigaciones como fuente de contrastación de la validez “externa” o “de criterio”. Obviamente, en el contexto de la elaboración de un sistema de indicadores, los aspectos referidos a la precisión con que los indicios empíricos se corresponden con sus referentes teóricos es crucial.

En este sentido, la medición de la fiabilidad y validez del sistema de indicadores tiene lugar como consecuencia de una estrategia plurimetodológica:

174. Ésta era la pretensión inicial de la investigación, y durante el pretest del cuestionario niños de 9 años e incluso edades inferiores se mostraron perfectamente competentes para rellenarlo con unas mínimas instrucciones. Sin embargo, al aplicarlo a la población escolarizada decidimos, por razones logísticas que tienen que ver con la disponibilidad de los centros y la voluntad de no comprometer los plazos previstos de realización del trabajo de campo, ceñirnos a los dos últimos cursos de la educación primaria y los dos primeros de la educación secundaria obligatoria, lo que nos proporciona una muestra que se mueve en el intervalo de los 10 a los 14 años.

175. Aunque, lógicamente, la prueba sería representativa del 100% de los grupos de edad mencionados en cada centro escolar, puesto que se entrevistó a toda la población escolarizada en los mismos.



1. En primer lugar, atendiendo a la triangulación metodológica propuesta en el diseño. Como ya hemos mencionado, la triangulación no responde a un criterio simple de complementariedad, sino a un objetivo más ambicioso: el de conseguir una visión integrada de un mismo objeto de estudio a través de herramientas metodológicas diferentes. Aquí los datos recogidos durante la fase cualitativa de la prueba del sistema de indicadores serán comparados con los que haya producido el dispositivo cuantitativo para estudiar la posible convergencia o divergencia de los mismos y el sentido e interpretación de las mismas.

2. Por otra parte, el diseño cuantitativo introducido en la prueba del sistema de indicadores permite el establecimiento de distintos parámetros comparativos que pueden arrojar información muy significativa en torno al problema de la consistencia de los datos. Por un lado, hemos dividido a los sujetos de la muestra en dos grupos etarios bien diferenciados de los que, a priori, se esperan puntuaciones diferentes en los distintos ítems del cuestionario. Igualmente, un ejercicio similar de comparación es posible atendiendo al hábitat de los sujetos (rural-urbano) o a su sexo.

3. El mismo criterio de comparación puede emplearse sin que esté necesariamente determinado por los

condicionantes teóricos del sistema, a modo de prueba de consistencia. Una posibilidad ya explorada por el autor con resultados satisfactorios (Gualda y Rodríguez, 2001a;2002) reside en trasladar a la muestra un procedimiento usado comúnmente para medir la fiabilidad y consistencia interna de las escalas (Sierra, 1992), consistente en la división del instrumento en dos mitades y la realización de un examen paralelo de ambas, fundamentalmente a través del establecimiento de dos submuestras aleatorias dentro de la muestra general. Otros procedimientos estandarizados usualmente aplicados al cálculo de la fiabilidad de las escalas (matriz de correlaciones, Alfa de Cronbach, Split-Half o modelo de dos mitades, etc.) también pueden formar parte de este análisis.

4. Por último, no es de descartar el acceso a fuentes externas para estudiar la validez y consistencia de los datos generados por el sistema. Estudios similares o dirigidos a colectivos de población próximos al que aquí hemos definido como "población infantil" pueden servir de referencia a la hora de estudiar el grado de precisión con que el instrumento diseñado ha medido los aspectos que nos interesaban de la realidad social.

### 5.3. Cronograma del trabajo de campo y análisis de los datos

	Sept. 2001	sept. 2002	oct.	nov.	dic.	ene. 2003	feb.	mar.	abril 2003
	Documentación bibliográfica fundamentación teórica del sistema primeras entrevistas grupales con carácter exploratorio.								
Diseño de los instrumentos cuantitativos y cualitativos a aplicar (resto entrevistas de grupo y cuestionario cerrado).									
Realización de las entrevistas grupales restantes, transcripción de las mismas.  Pre-test del cuestionario.									
Aplicación del cuestionario, depuración, digitación y tabulación de los datos.									
Redacción del informe final sobre la base de la triangulación de instrumentos cuantitativos y cualitativos.  Diagnóstico sobre la fiabilidad y validez del sistema.									



## 6. Prueba de los instrumentos del sistema, nota metodológicas y diagnóstico sobre la fiabilidad y validez de lo mismos

### 6.1. Desarrollo del instrumento cuantitativo

Como ya hemos indicado, el instrumento cuantitativo del sistema consiste básicamente en un cuestionario polivalente (ver Anexo I) en cuanto a su administración -esto es, susceptible tanto de ser administrado con el apoyo de personal especializado como de que los niños lo cumplimenten por ellos mismos una vez informados de ciertas instrucciones básicas-, cuyos contenidos corresponden a información central del sistema de indicadores que no es posible obtener directamente a través de un análisis de fuentes secundarias.

Cumpliendo con los criterios de diseño que han sido enunciados en capítulos anteriores, se buscaron varios puntos de muestreo razonablemente diversos entre sí, con el objetivo de comprobar si el cuestionario era capaz de discriminar adecuadamente en su medida las posibles diferencias existentes en las condiciones de vida de los niños de dos hábitat diferentes, el propiamente urbano y el rural, así como su grado de acceso a determinadas tecnologías.

Una vez identificados los puntos de muestreo el siguiente paso era, obviamente, acceder a la población entre 9 y 14 años que era nuestro objetivo. Tras contactar con los respectivos centros educativos el trabajo de campo se desarrolló durante el mes de enero, concretamente los días 13, 14, 20, y 21.

El desarrollo del trabajo de campo siguió la siguiente pauta:

a) Primero se acordaba con los responsables de los centros<sup>176</sup>, una vez revisado el cuestionario y expuestos los objetivos de la investigación, el calendario previsto de aplicación del mismo<sup>177</sup>.

b) Seguidamente, se acudía al colegio y se visitaban los distintos grupos conforme al orden que nos había sido indicado por la dirección.

c) Una vez en el aula, identificado el doctorando como investigador de la Universidad de Huelva, se presentaban a los niños las instrucciones básicas para rellenar el cuestionario y algún ejemplo de respuesta a una de las preguntas de dicho cuestionario, una operación que raramente se prolongaba durante más de cinco o diez minutos y en la cual se les aclaraba que su participación era voluntaria y que el cuestionario nada tenía que ver con el colegio ni con ningún ejercicio de clase que fuera a ser objeto de evaluación.

d) Mientras los niños respondían al cuestionario, el investigador resolvía las dudas que éstos le iban planteando sobre la marcha, recogiendo los cuestionarios ya cumplimentados.

e) Finalmente, el investigador agradecía la colaboración de los menores y la del profesor/a y abandonaba el aula para que la clase continuara.

Sólo en el caso de los niños más pequeños (5º de Educación Primaria) fue necesario emplear entre tres cuartos de hora y una hora para completar todo el proceso antes descrito. En los grupos de ESO la operación no se prolongó mucho más allá de la media hora.

Mediante este procedimiento se consiguió recoger un total de 234 cuestionarios cumplimentados<sup>178</sup>, que se distribuyeron por edad y hábitat de la manera que se indica en la tabla siguiente (N=234):

176. Los centros que amablemente se prestaron a colaborar en el estudio fueron: el Colegio Público Naranjo Moreno (San Bartolomé de la Torre), el Colegio Juan Luis Vives (Huelva capital) y el Instituto de Enseñanza Secundaria Padre Miraben (Isla Cristina). El primero y el último son centros públicos con niños de extracción social media o media-baja, mientras que el colegio J.L. Vives es un centro concertado de titularidad privada donde los niños presentan una extracción más elevada, media o media-alta.

177. La intención de este doctorando fue siempre la de inmiscuirse lo menos posible en la vida académica normal de los centros, entre otras razones porque esto podía afectar la propia recogida de datos. Se procuró, por este motivo, buscar los días en que fuera posible aplicar el máximo número de cuestionarios posible sin tener que interrumpir el desarrollo de varias clases o, si era factible, utilizar las horas de tutorías o estudio para la tarea de rellenar los cuestionarios. Se intentó, en definitiva, que fuera el investigador quien se acomodara a la dinámica propia del centro y no al revés y que esto produjera las menos perturbaciones posibles.

178. En realidad fueron 237, pero alguno de ellos carecía de la información referida al sexo o la edad, por lo que no ha sido posible incluirlos en la tabla.

	Hábitat	
	Provincia	Huelva capital
<b>Grupo etario</b>		
Niños (9-11)	1ª submuestra (68)	2ª submuestra (44)
Pre-adolescentes (12-14)	3ª submuestra (55)	4ª submuestra (67)

FUENTE: Elaboración propia

Si a estos parámetros le unimos el sexo de los entrevistados la distribución total de la muestra quedaría como sigue<sup>159</sup>:

	Hábitat		
	rural	urbano	Total
<b>Niño</b>			
niños (9-12)	33	25	<b>58</b>
preadolescentes (12-14)	31	44	<b>75</b>
<b>Total</b>	<b>64</b>	<b>69</b>	<b>133</b>
<b>Niña</b>			
niños (9-12)	35	19	<b>54</b>
preadolescentes (12-14)	24	23	<b>47</b>
<b>Total</b>	<b>59</b>	<b>42</b>	<b>101</b>

FUENTE: Elaboración propia

Tras esta operación se codificaron y digitalizaron los cuestionarios, procediéndose a su depuración y tabulación, pasos previos al análisis de los mismos con el paquete estadístico SPSS (versión 10.0 para Windows, con licencia de uso para la Universidad de Huelva).

## 6.2. Desarrollo del instrumento cualitativo

Como ya hemos apuntado, la introducción de técnicas cualitativas en el proceso de diseño y aplicación de un sistema de indicadores sociales no es algo frecuente. En parte, esto se debe al excesivo apoyo que muchos sistemas de indicadores sociales (especialmente aquellos que ponen en marcha las propias oficinas estadísticas nacionales u otro tipo de instituciones semejantes) encuentran en la recopilación de datos producidos por procesos administrativos de distinta índole, más que en aquellos que derivan de un planteamiento teórico previo y el diseño de instrumentos de investigación ad hoc. También la insistencia en la capacidad de los sistemas sociales para ofrecer datos precisos que posibiliten la cuantificación del bienestar o sus manifestaciones, con el consiguiente propósito normativo orientado a la planificación social, hace parecer que lo cualitativo resulta vago, ajeno al núcleo de la medición o difícilmente interpretable.

Llegados a este punto, es obvio que este trabajo doctoral se aparta de tal concepción de los sistemas sociales, y ello en parte por las peculiaridades del objeto estudiado: la infancia. Efectivamente, la escasez de fuentes secundarias exhaustivas sobre las condiciones de vida de los niños y las limitaciones que ofrecen las herramientas cuantitativas en su aplicación a la población infantil (acceso, adaptación de éstas a las capacidades de los niños de distintas edades, simplificación de la información, etc.) hacen viable y deseable el sano ejercicio del pluralismo metodológico y un cierto eclecticismo en el diseño de las estrategias metodológicas y la elección de las técnicas de investigación.

En el caso que nos ocupa, hemos recurrido a dos vías diferenciadas de acceso a la población infantil para desarrollar la fase cualitativa del proceso general de formulación de nuestro sistema de indicadores.

Por un lado, se organizaron los correspondientes grupos de discusión<sup>160</sup> con arreglo al método, bastante común por otra parte, de la “bola de nieve” (Ruiz, 1996), esto es, la búsqueda de los sujetos a través de un primer informante que proporciona una cadena de nuevos sujetos que se ajustan al perfil requerido para el grupo.

Por otro, aprovechamos el trabajo de campo realizado en los centros educativos para realizar allí los grupos, utilizando en ellos a los mismos niños que habían sido entrevistados mediante la aplicación del correspondiente cuestionario. En este último caso, era el mismo profesor/a o tutor/a de los niños el que actuaba como informante o, mejor dicho, como reclutador de los posibles miembros que formarían parte de los grupos. Para evitar que el personal docente se viera influenciado severamente por los estereotipos generados sobre el rendimiento y/o buena conducta de sus alumnos fue informado convenientemente de los requisitos básicos que requerían las reuniones de grupo y se les pidió que realizaran la selección al azar, utilizando las listas de clase, o bien intentando escoger niños que no representaran para ellos casos excepcionales ni ejemplares, sino más bien que fuera representativos de su grupo de aula a un nivel general. Este mismo procedimiento se usó en otros dos grupos de discusión que tuvieron lugar aprovechando grupos preexistentes en un centro social de la capital, concretamente una clase de trabajos manuales y otra de dinamización cultural.

179. Donde el peso de cada subgrupo de entrevistas viene a coincidir, de manera bastante exacta, con la proporción de cada uno en la población total de cada municipio para las edades reseñadas.

180. Sobre el problema de la nomenclatura y las particularidades de realizar grupos de discusión con niños ya hemos dedicado unas páginas en el capítulo anterior, dedicado al diseño de los instrumentos cuantitativos y cualitativos del sistema de indicadores. Baste recordar aquí lo ya dicho: aunque hemos partido del modelo clásico de grupo de discusión a la hora de preparar las reuniones, al mismo tiempo somos conscientes de que tal modelo, aplicado en su literalidad, es difícilmente justificable en la investigación con población infantil por lo que ha constituido más una imagen conceptual que orientara ciertas fases del proceso que una realidad metodológica.



La realización de estos grupos de discusión se prolongó durante varios meses, dado que se simultaneaban con el diseño del sistema y sirvieron a la vez para obtener información relevante cara a la confección del cuestionario, así como para realizar el pretest del mismo. Los últimos grupos realizados fueron los que tuvieron lugar en los propios centros educativos.

Es necesario hacer constar que hallamos desde un primer momento claras diferencias en el desarrollo de los grupos de discusión en función de la edad de los niños participantes.

De un lado, los grupos formados por los niños más pequeños, en los que el rango de edades variaba entre los 6 y los 11 años, mostraban menor fluidez comunicativa. Los niños confiaban más a menudo en las intervenciones del moderador a la hora de intervenir en la conversación y construían un discurso menos prolongado y rico en detalles que los niños más mayores, al tiempo que no era extraño que confundieran durante los primeros momentos al investigador con una figura adulta afín al colegio o a sus profesores, lo que les llevaba a manejarse con cautela frente a él. Para intentar evitar el silencio y generar una corriente discursiva afín a los objetivos del investigador se utilizaron materiales de apoyo: generalmente fichas que mostraban recortes provenientes de revistas dirigidas al público infantil o publicaciones sobre informática y ordenadores (fotos de ordenadores, consolas de videojuegos, escáneres, impresoras, etc.). Se pedía a los niños que identificaran, si esto era posible, los aparatos que aparecían en las fichas (cosa que la mayor parte de ellos, incluso los más pequeños, hicieron sin problemas) y a partir de ahí se les preguntaba si disponían de ellos en casa, si los utilizaban, con qué frecuencia, etc. Normalmente el apoyo de las fichas era suficiente para que los niños comenzaran a generar un discurso suficientemente denso y significativo respecto a la cuestión, aunque las intervenciones del moderador fueran también frecuentes. Nótese que no hemos dicho en ningún momento que la menor fluidez del discurso imposibilitara el desarrollo del grupo, ni que éste produjera información irrelevante o sin sentido. En estos grupos, la tónica normal fue comenzar con muchas intervenciones del moderador y respuestas en las que abundan los monosílabos por parte de los niños, y acabar recogiendo un discurso más detallado y autónomo conforme los niños abandonaban sus reservas iniciales y minimizaban la posición adulta del investigador.

En segundo lugar, tenemos los grupos de discusión en los que contamos con población preadolescente de entre 12 y 14 años. Aquí se prescindió de los materiales de apoyo, dado que su desarrollo fue muy similar al de los grupos de discusión realizados con adultos. Al principio del grupo se indicaba a los niños que el investigador estaba interesado en conocer cómo empleaban el tiempo libre, y aunque en un primer momento se producían las mismas reservas para hablar que en los grupos de niños más pequeños, éstas se deshacían más rápidamente que en aquéllos. Toda vez que los participantes asumían que la información que ofrecieran iba a recogerse de forma anónima y que el investigador no pertenecía al colegio ni tenía vínculo alguno con la dirección del mismo, éstos comenzaban a producir un discurso rico que no excluía, por supuesto, las intervenciones del moderador, especialmente para animar a hablar a los miembros menos participativos. Cuando el moderador consideraba que el grupo había entrado de lleno en

la cuestión del acceso y uso de la tecnología, intervenía sólo para evitar que el grupo divagara o se alejara del mismo o para introducir una nueva variante sobre el tema.

También se realizaron configuraciones en un principio arriesgadas o alejadas de lo que aconseja la práctica de los grupos de discusión, al objeto de explorar las posibilidades de la herramienta. Así, dos grupos fueron diferentes de los demás. El primero de ellos por su composición etaria, dado que incluía un rango muy amplio de niños y niñas desde los 6 hasta los 11 años; el segundo por incluir niños de la misma edad pero de extracciones sociales ciertamente diferentes. El primero de ellos produjo el resultado previsible: las diferencias de edad se resolvieron rápidamente a favor de los niños más mayores, por lo que los niños más pequeños raramente intervinieron y su discurso fue siempre tangencial al desarrollo del grupo y extremadamente pobre, aunque se recogió información altamente significativa de los niños que participaron a partir de los 8 años. Sin embargo, en el segundo caso, las diferentes posiciones ocupadas por los menores también produjeron una merma de la información aportada por los niños de origen social más humilde, pero a cambio el grupo se expresó de otra manera y esto fue de gran utilidad al investigador. Los niños se ubicaron en dos subgrupos bien diferenciados a lo largo de la mesa, al tiempo que las actitudes corporales desvelaron un claro retraimiento en los chicos que contaban con menos recursos (económicos, lingüísticos, tecnológicos, etc.). Las diferencias en las expectativas expresadas respecto a la tecnología, las pautas de uso de la misma, el apoyo parental recibido, o la facilidad de acceso a determinado equipamiento tecnológico fueron cuestiones que, al aparecer en el discurso del grupo, resultaron inmediatamente matizadas y reubicadas en el contexto de cada subgrupo. Fue como si el investigador pudiera observar, in situ, las diferentes manifestaciones de un mismo fenómeno –referido en este caso a los procesos de estratificación social en el contexto de la vida infantil– y no a través de un ejercicio de comparación a posteriori, sino en el transcurso de la propia práctica investigadora y con una viveza y nitidez más que notables.

Finalmente, indicaremos que muchos de estos grupos fueron realizados en ambientes que eran naturales para los niños (una clase vacía, la biblioteca del colegio, un taller de manualidades, etc.), salvo dos de ellos que tuvieron lugar en un seminario del Departamento de Sociología y Trabajo Social, sito en la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Huelva. No se han apreciado diferencias significativas en el desarrollo de estos grupos que puedan ser atribuibles al escenario de la reunión, que más bien despertó la curiosidad de los niños ya que, ante la presencia de una pequeña pizarra, no cesaron de interesarse por el tipo de materias que se impartían en dicho aula y otros detalles particulares de la misma. Por otra parte, estas reuniones fueron más provechosas en el sentido espacial del término, puesto que la presencia de una mesa de reuniones modulable permitió distribuir a los niños de forma que se facilitara la comunicación cara a cara entre ellos y también con el moderador.

Para resumir, diremos que la introducción de los grupos de discusión en el proceso de diseño del sistema de indicadores ha resultado, en líneas generales, extremadamente provechosa en la construcción de una perspectiva infantil que nos ayuda a

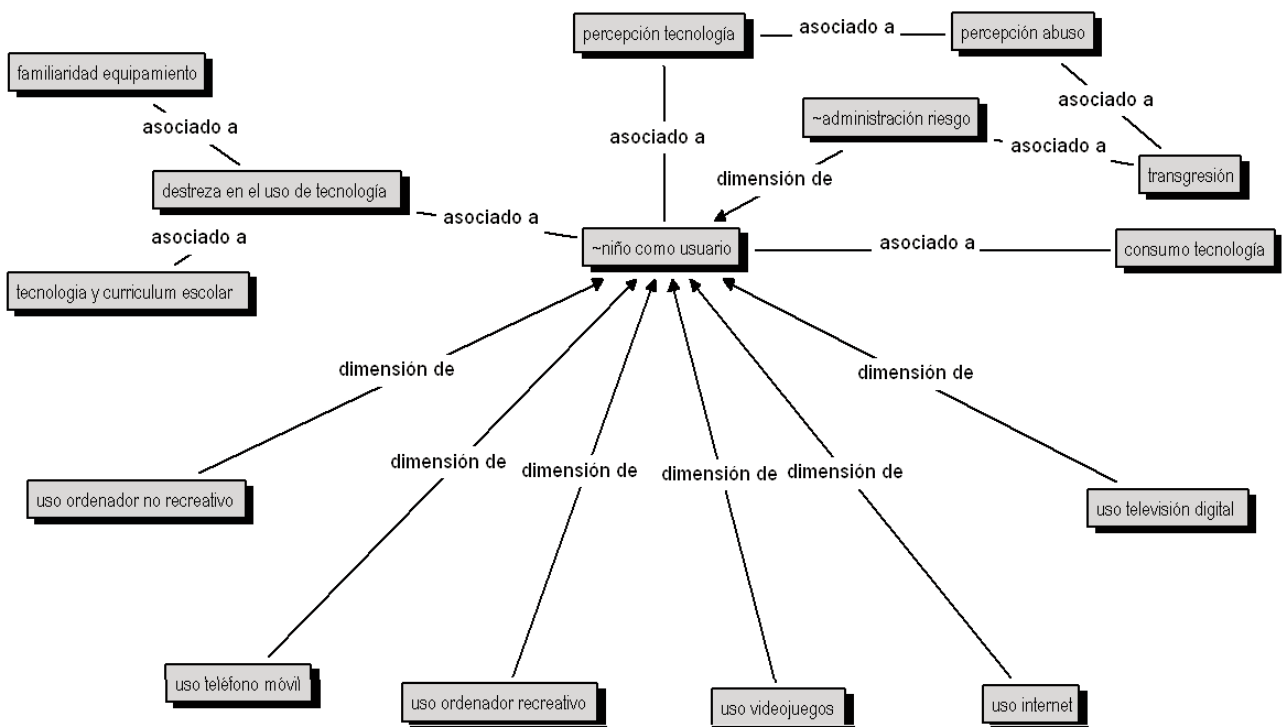
comprender la manera en que los niños perciben la tecnología y la usan en contextos culturales dotados de cierta autonomía, al estilo de la “cultura interpretativa” propuesta por Corsaro (1993). Ofreceremos información más detallada al contrastar los datos cuantitativos y cualitativos a través de un ejercicio de triangulación, una de las estrategias escogidas para establecer un diagnóstico sobre la fiabilidad y validez de los instrumentos diseñados para constituir parte del sistema de indicadores.

En cualquier caso, la impresión generada después del análisis de la información aportada por los grupos es que los niños manifiestan un conocimiento relativamente amplio de los últimos productos de las tecnologías de la información y la comunicación, así como una destreza inesperada en el manejo de muchas de ellas. Los niños más pequeños se mostraron como buenos conocedores de Internet, el chat, la telefonía móvil y otras aplicaciones tecnológicas, aunque también usuarios menos habituales de las mismas, sobre todo aquellos que provenían de un entorno rural, que revelaron también un menor acceso al equipamiento doméstico. A medida que los grupos fueron incorporando a niños más mayores, los que eran

en un principio conocedores o usuarios ocasionales se retrataron a sí mismos como frecuentadores (en ocasiones compulsivos) de estas nuevas tecnologías, amén de habilidosos transgresores de los límites impuestos por los adultos para el disfrute de las mismas.

Aunque ampliaremos esta información en el apartado dedicado a la triangulación metodológica, hemos empleado las posibilidades que ofrece el programa Atlas-ti para generar una imagen de las relaciones que enlazan las distintas dimensiones y conceptos asociados a esta imagen compleja del niño como usuario. Como vemos en la figura siguiente, no podemos caracterizar al niño en su relación con la tecnología más que haciendo referencia a una serie de dimensiones interrelacionadas en distinto grado de complejidad que se refieren, por un lado, a las principales actividades que engloba esta relación (uso del ordenador, Internet, videojuegos, etc.) y a la manera en que cada niño las conduce y reproduce, así como a los factores asociados a estas dimensiones y a la destreza del niño como usuario de tecnología (percepción de la tecnología, sistemas de administración del riesgo, y niveles de destreza).

**Figura 10. El niño como usuario de tecnología: factores asociados y dimensiones conceptuales**



### 6.3. Análisis de resultados y dictamen sobre la fiabilidad y validez del sistema

Emprendemos aquí la tarea destinada a clarificar hasta qué punto el cuestionario que hemos diseñado responde a las necesidades de recogida de información planteadas por el sistema de indicadores, pero también las virtudes del propio sistema a la luz de los datos proporcionados por la aplicación piloto de dicho cuestionario, así como por los instrumentos cualitativos paralelos empleados en la prueba del sistema de indicadores. Subyace la idea de que un sistema de indicadores que no aspire a estar formado exclusivamente por información de fuentes secundarias debe generar sus propios instrumentos de medición, y estos deben ser puestos a prueba para decidir hasta qué punto son válidos y fiables. Dada la íntima ligazón entre estos instrumentos y el constructo teórico que los ha visto nacer, también resulta evidente que la aplicación de los mismos puede conducirnos a suponer que la elección de los indicadores y componentes o dimensiones del sistema ha sido apropiada, o, en caso contrario, que debe ser modificada.

La estrategia empleada para llegar a tal fin ha sido la de comprobar los aspectos referidos a la consistencia e idoneidad metodológica de los instrumentos diseñados, a la par que su validez y fiabilidad desde una perspectiva más amplia que alcance al sistema mismo de indicadores. Una estrategia bifurcada pero orientada hacia los mismos objetivos:

1. En primer lugar, comprobar que el principal instrumento cuantitativo del sistema, el cuestionario, se adapta a las peculiaridades de la investigación con población infantil y es susceptible de ser aplicado sobre la misma, revelando información coherente y significativa.

2. En segundo lugar, que este instrumento se adecúa a las necesidades de información generadas por el sistema de indicadores, y que es capaz de reflejar los matices existentes en torno al fenómeno estudiado dentro de la realidad social.

3. Por último, que el instrumento producido resulta fiable, entendiendo la fiabilidad en su acepción clásica de consistencia teórico-empírica que hace suponer que el instrumento no sólo mide lo que se quiere medir, sino que ésta medición resulta consistente y no distorsionada por el propio instrumento de medición.

Hemos dividido nuestras conclusiones sobre estas cuestiones en dos grandes bloques: uno dedicado a la consistencia metodológica del instrumento en el que ofrecemos datos sobre la coherencia de las respuestas al mismo y un relato pormenorizado de las posibles incidencias registradas durante su aplicación; el otro, orientado más bien a

resolver el problema del diagnóstico de la validez y la fiabilidades del instrumento, en el que se emplean para ello técnicas estandarizadas, pero también otras menos usuales como la triangulación metodológica.

#### 6.3.1. Consistencia metodológica

##### a) Incidencias durante el trabajo de campo

Ya hemos señalado, siquiera superficialmente, cuál fue el proceso de prueba del cuestionario diseñado para formar parte del sistema de indicadores propuesto, recalcando que su aplicación fue relativamente rápida y exenta de grandes problemas o incidencias.

Hemos de señalar que el cuestionario llegó a manos de los niños después de haber atravesado varios filtros previos, es decir, que hubo otras figuras significativas implicadas en los momentos previos a la administración del mismo. En este sentido, además del consabido pre-test, que en este caso era especialmente trascendente pues no contábamos con la experiencia previa de un cuestionario complejo autoadministrado por niños, los responsables de los centros educativos en los que fue entrevistada la población infantil tuvieron la oportunidad de conocer previamente el cuestionario que los alumnos iban a responder, existiendo la posibilidad de efectuar sugerencias al mismo. No fue éste el caso, puesto que se consideró que era adecuado y factible desde el punto de vista del personal docente.

Durante el trabajo de campo, fue inevitable percibirse de que los niños y niñas parecían responder adecuadamente a las preguntas que se les planteaban habiendo recibido unas breves instrucciones previas (que por otra parte tenían también escritas en la portada del cuestionario). Durante el tiempo que duró todo el proceso (entre 45 minutos y una hora para los más pequeños, por debajo de los 11 años, y algo menos de 30 minutos en los más mayores) se produjeron ocasionales interrupciones por parte de algunos de los entrevistados, que requerían la presencia del investigador para resolver alguna duda referida a las preguntas formuladas en el papel<sup>161</sup>. En la inmensa mayoría de los casos la duda se resolvió con una lectura más atenta del enunciado, lo cual nos hace suponer que si esta lectura fuera dirigida por un docente o un investigador (con lo que ya no estaríamos hablando propiamente de autoadministración sino de una mezcla entre ésta y la entrevista asistida por encuestador) o si el cuestionario fuera directamente aplicado al niño por un encuestador, los resultados de la comprensión y respuesta del mismo podrían ser aún más satisfactorios.

---

161. La única pregunta que suscitó algún tipo de complicación especial durante este proceso fueron la P13-14 y la P15-16, referidas al uso del tiempo (ver Anexo I). Muchos niños creyeron que eran la misma pregunta repetida, pero se les sugirió que volvieran a leer el enunciado, tras lo cual comprobaron que, en realidad, en un caso se les pedía información referida a los días entre semana y en otro a los fines de semana. El resto de las consultas fueron de carácter más particular y excepcional, y su resolución tampoco deparó gran dificultad.

## Figura 11. Hoja de instrucciones del cuestionario

---

Estimado alumno/a:

Delante de ti tienes una lista de preguntas (un cuestionario) sobre tus costumbres relacionadas con la tecnología (ordenadores, videojuegos, Internet, etc.), que nos interesa conocer.

Por favor, te pedimos que respondas individualmente a las siguientes cuestiones. En la mayor parte de ellas encontrarás, después de una pregunta, varias respuestas posibles y una casilla vacía al lado de cada una de ellas. Escoge una de estas respuestas (normalmente sólo tendrás que marcar una cruz), la que tú darías, y marca con una cruz la casilla que tiene al lado.

**Ejemplo:** la pregunta dice: ¿tienes un ordenador en tu dormitorio o cuarto de estudio?, y abajo aparecerá:

Sí	<input type="checkbox"/>
No	<input type="checkbox"/>
No lo sé	<input type="checkbox"/>

Imaginemos que, efectivamente, tienes un ordenador en tu cuarto; deberás marcar con una cruz la opción del “Sí”, de la siguiente manera.

Sí	<input checked="" type="checkbox"/>
No	<input type="checkbox"/>
No lo sé	<input type="checkbox"/>

y así sabremos que formas parte del grupo de chicos o chicas que tienen ordenador en casa. También podrías haber respondido que “NO” si no lo tienes o “NO LO SÉ” si no te acuerdas o piensas que la pregunta es difícil.

**RECUERDA:** que esto no es un examen ni una prueba y que no tienes que escribir tu nombre ni tus apellidos en ningún sitio. Es algo anónimo, es decir, que nadie puede saber qué es lo que has contestado a cada pregunta. Como nadie lo puede saber, te pedimos que contestes a cada pregunta tú solo (sin ayuda de los compañeros) y sinceramente (porque nadie va a saber qué es lo que has respondido). Al final, tendrás un espacio en blanco por si quieres anotar cosas que no hayas podido decir al contestar al cuestionario.

---

### b) Adaptación del cuestionario a la población infantil

Por otra parte, el trabajo previo más significativo de cuantos ha conllevado la redacción de este cuestionario, amén del control de su longitud para que no produjera agotamiento en los niños y de su diseño y maquetación para facilitar su lectura y cumplimentación (letras más grandes, escalas reducidas, sistema de cruces en casillas en blanco, etc.), ha sido el de la redacción del enunciado de las preguntas de tal manera que éstas pudieran ser comprendidas por niños de muy corta edad (a partir de 8 ó 9 años) y conservaran, al tiempo, la suficiente complejidad como para no perder información relevante durante esta fase. Ofrecer un cuestionario a un niño parece siempre una tarea dirigida a obtener un compromiso entre las exigencias de la profundización en la realidad social que competen al investigador y el respeto de las propias capacidades de la

población infantil y sus intereses, de tal modo que se evite violentar al sujeto investigado tanto como recoger información superficial o no pertinente para los objetivos de la investigación.

Contábamos con experiencia previa que nos aconsejaba hacer gran hincapié en la cuestión de la redacción de los enunciados en términos extremadamente claros, coloquiales y afines al vocabulario y los usos del niño (Gualda y Rodríguez, 2001a; 2002). Por ello, las preguntas se aligeraron y existió en todo momento la preocupación de que sus enunciados no fueran excesivamente largos o complejos, incorporando ocasionales advertencias referidas a los errores más comunes en la respuesta (más de una cruz, respuestas equivocadas que no se tachan, etc.). Ofreceremos un ejemplo: una de las cuestiones a tratar en el cuestionario era la de las posibles “conductas de riesgo” referidas a las pautas de navegación por

Internet, para lo cual se construyó un enunciado extremadamente simple en el que se le pedía al niño que indicara si había hecho alguna de las cosas que se presentaban en una batería:

*En el mes pasado, ¿puedes decirnos cuáles de las siguientes cosas has hecho o te han pasado cuando has estado conectado a Internet? (marca una sola cruz por cada frase).*

De esta manera, a través de un listado de hechos o sucesos en cuya formulación, a través de los grupos de discusión, los niños habían sido parte protagonista, se pretendía encontrar un perfil de navegación de estos niños. El problema es que tal perfil debía incluir cuestiones “espinosas” o que eran susceptibles de ser ocultadas por parte de los entrevistados. Éste era el caso de ciertas conductas de riesgo como visitar páginas pornográficas o de juegos de azar, otras con contenidos para adultos, ser contactados por extraños o realizar compras sin control. Buscamos enunciados suficientemente explícitos para que los niños entendieran a lo que nos referíamos, pero suficientemente generales para que no entendieran que se trataba de información reservada o se sintieran violentados por el enunciado propuesto. En el caso de los contenidos de riesgo, comprobamos durante las sesiones de grupo que los niños evitaban referirse a la “pornografía”, aunque daban muestras de saber a lo que nos referíamos, por lo que reconvertimos el enunciado hacia un indicador genérico de que la página visitada contenía información “de mayores”:

*He visitado (aunque haya sido por accidente) alguna página que me advirtiera de que tenía que ser mayor de 18 años para continuar viéndola*

En este caso, las palabras contenidas en el paréntesis fueron también una matización surgida al calor de la vía cualitativa de indagación en la relación de los niños con las TIC. Durante el transcurso de los grupos de discusión los niños parecían “disculparse” en ocasiones, tras admitir que habían visitado este tipo de páginas, diciendo que habían tecleado otras direcciones, que habían equivocado el nombre, o que habían sido atraídos por algún banner o cartel publicitario durante la visita a otro tipo de páginas que posteriormente no habían podido cerrar.

Nos parece que las limitaciones de la administración de cuestionarios a población infantil (sobre todo de corta edad) no son, en realidad, muy diferentes de las que rigen para los adultos, con la salvedad de la observación de las capacidades propias de los niños en lo que se refiere a la lectura y comprensión de los enunciados de cuestiones abstractas, así como del hecho de que en el contexto de las culturas infantiles y los grupos de pares los niños atribuyen significados grupales al lenguaje de los mayores -como en el caso de el acceso a contenidos de riesgo donde la pregunta, por ser facilitada por un individuo adulto, puede interpretarse fácilmente desde la suspicacia-.

#### c) Coherencia en las respuestas al cuestionario

Por último, un aspecto que nos parece decisivo a la hora de decantarnos sobre la consistencia metodológica del instrumento utilizado es la del estudio de la coherencia de las respuestas al mismo. Un cuestionario confuso o difícil de interpretar por parte de un niño, produciría respuestas incoherentes, o parciales, o bien tendría tasas de cobertura (cuestionarios válidos recogidos expresados como proporción del total de cuestionarios emitidos) muy bajas.

Este último aspecto no puede menos que dar lugar a una conclusión altamente satisfactoria. Como ya hemos indicado, el cuestionario fue autoadministrado tras unas breves instrucciones, y la participación de los investigadores y el personal docente de los centros fue siempre excepcional, sólo a petición de los propios niños. En estas condiciones, más complejas que las de la administración asistida por un encuestador, cabría esperar un mayor número de cuestionarios incompletos, en blanco, o con deficiencias graves en su cumplimentación. Para poder contrastar esta cuestión fueron incluídas en los cuestionarios varias variables para ser debidamente cumplimentadas por el codificador, concretamente las que hacían referencia a si el cuestionario presentaba algún tipo de deficiencia y de qué tipo de deficiencia se trataba. Los datos que presentamos a continuación no dejan lugar a las dudas: la inmensa mayoría de los cuestionarios fueron, en las condiciones antes reseñadas, adecuadamente cumplimentados, por lo que no presentaron ningún tipo de deficiencia que invalidara su procesamiento.

**Tabla 17. Número de cuestionarios con deficiencias según tipo de la misma**

	Número de cuestionarios
¿Tenía el cuestionario deficiencias?	
-Sí	10
-No	227
¿Qué tipo de deficiencias?	
-Se entregó en blanco	2
-Más de la mitad de preguntas sin responder	2
-Tachones, dibujos, etc.	0
-Incoherencias graves en las respuestas	3
-Más de una respuesta en las preguntas	3
Porcentaje de cuestionarios con deficiencias	4,2%

FUENTE: Elaboración propia

Como vemos, aproximadamente 96 de cada 100 cuestionarios repartidos a los niños fueron debidamente cumplimentados, por lo que el porcentaje de cuestionarios que tuvieron que ser desechados tras la depuración apenas superó el 4% del total.

Sin embargo, cabe preguntarse: ¿fueron los niños coherentes en sus respuestas? Si existe recelo acerca de la capacidad de un niño para entender y responder sinceramente determinadas preguntas y obrar en consecuencia durante el resto de la autoadministración del cuestionario, éste debe manifestarse en algún tipo de incoherencia en las respuestas al mismo. Nosotros hemos realizado aquí un análisis de consistencia bastante usual, también aplicado a los adultos, basado en averiguar a través de determinadas preguntas-filtro si los individuos son sinceros o, al menos, si siguen la lógica de sus propias respuestas.



En este caso, hemos tomado varias preguntas del cuestionario que actuaban como filtros en función de si tenían una respuesta afirmativa o negativa. Por ejemplo, se le preguntaba al niño si tiene un ordenador en su casa, y seguidamente qué persona de la familia lo usa habitualmente. Una respuesta negativa a la primera pregunta exige no

contestar a la segunda, si el discurso producido durante la aplicación del cuestionario es coherente. Después de cruzar esta pregunta (¿tiene ordenador?) con otras dos que dependían de una respuesta afirmativa en la primera, hemos obtenido los siguientes datos.

**Tabla 18. Analisis de consistencia-¿tiene ordenador?**

	No contesta	Sí	No	Total
<b>¿Quién usa ordenador?</b>				
sólo yo		23		<b>23</b>
sólo padres		1		<b>1</b>
yo y hermanos		35		<b>35</b>
yo y padres	1	18		<b>19</b>
entre todos	1	88	1	<b>90</b>
otras personas			1	<b>1</b>
no sabe			5	<b>5</b>
<b>Total</b>	<b>2</b>	<b>165</b>	<b>7</b>	<b>174</b>
<b>Sitio del ordenador</b>				
Varios y ninguno en su habitación		8		<b>8</b>
Varios, uno en su habitación		12		<b>12</b>
Sólo uno en su habitación	1	50		<b>51</b>
Sólo uno en el salón		35		<b>35</b>
Sólo uno, en la habitación de sus padres	1	30		<b>31</b>
Sólo uno, en el cuarto de padre/madre		8		<b>8</b>
Otros		21	2	<b>23</b>
No sabe			1	<b>1</b>
<b>Total</b>	<b>2</b>	<b>164</b>	<b>3</b>	<b>169</b>

FUENTE: Elaboración propia

Como vemos, la lógica de la respuesta de los niños apunta a una extrema coherencia. Si tomamos a los individuos que han respondido que sí tienen ordenador y comparamos esta cifra con la de los que han respondido a la pregunta de quién lo usa, es posible comprobar cómo son fundamentalmente éstos los que han contestado a la segunda pregunta, tal y como esperábamos. Por contra, hallaríamos una fuerte incoherencia en la respuesta en el caso de que los individuos que han contestado “no” a la primera pregunta hubieran respondido también a la segunda, pues en teoría quedan excluidos de ésta. En la tabla se aprecia que hay un total de 7 individuos (cinco de ellos en la categoría “no sabe”) en estas circunstancias, es decir, respondiendo una pregunta que debieran haber dejado en blanco. Esto supone apenas un 4% del total de entrevistados que responden a la pregunta de quién usa el ordenador. Caso sensiblemente distinto es el de las respuestas “no sabe” o “no contesta” en la primera pregunta, puesto que en éste caso no podemos afirmar rotundamente que se trate de sujetos sin ordenador, sino quizás de aquellos que no han comprendido adecuadamente la pregunta o no poseen la

información necesaria para responderla. En cualquier caso, éstos no representan más allá de un 1% de los entrevistados que responden a la segunda pregunta y en nada varían nuestra impresión general: la distribución de las respuestas de los sujetos al cuestionario parece ser altamente coherente. Resultados muy parecidos se encuentran al cruzar de nuevo esta primera pregunta (¿tiene ordenador?) con otra, situada en otro bloque del cuestionario, en la que se pregunta al niño por el sitio en que se encuentra colocado el ordenador en su casa; de nuevo, encontramos que la inmensa mayoría de las respuestas ofrecidas por los niños son coherentes respecto de la pauta de respuesta esperada, y son sólo unas pocas (en este segundo caso, unas 5 sobre un total de 169) las que se desvían de esta pauta.

Hemos repetido la prueba con otras tantas preguntas-filtro: concretamente las referidas a si tiene Internet (cruzada con la frecuencia de uso) o si tiene un teléfono móvil de uso propio (cruzada con los tipos de uso que se le dan al teléfono). Las tablas que reproducimos a continuación recogen los resultados de los cruces.

**Tabla 19. Analisis de consistencia-¿tiene Internet?**

	Sí	No	No sabe/contesta	Total
<b>¿Cada cuánto tiempo se conecta desde casa?</b>				
Nunca	4	76	10	<b>90</b>
Una vez al mes o menos	12	5		<b>17</b>
Una vez a la semana	6	3		<b>9</b>
Entre dos y tres veces por semana	13	1	1	<b>15</b>
Entre tres y cinco veces por semana	10			<b>10</b>
Prácticamente todos los días	25			<b>25</b>
Sólo fines de semana	3	3		<b>6</b>
Otra frecuencia	3	1		<b>4</b>
No sabe	2	5		<b>7</b>
<b>Total</b>	<b>78</b>	<b>94</b>	<b>11</b>	<b>183</b>

FUENTE: Elaboración propia

**Tabla 19. Analisis de consistencia-¿tiene un teléfono móvil de uso propio?**

	Sí	No	Total
<b>Usa para hablar con padres</b>			
Sí	90	6	96
No	16	5	21
No sabe	1		1
<b>Total</b>	<b>107</b>	<b>11</b>	<b>118</b>
<b>Usa para hablar con amigos</b>			
Sí	87	5	92
No	17	5	22
No sabe	-	-	-
<b>Total</b>	<b>106</b>	<b>10</b>	<b>116</b>
<b>Usa para mensajes</b>			
Sí	79	2	81
No	23	7	30
No sabe	1		1
<b>Total</b>	<b>103</b>	<b>9</b>	<b>112</b>
<b>Usa para chat</b>			
Sí	5		5
No	87	8	95
<b>Total</b>	<b>92</b>	<b>8</b>	<b>100</b>
<b>Usa para mensajes de extraños</b>			
Sí	25	4	29
No	69	5	74
No sabe	2	1	2
<b>Total</b>	<b>96</b>	<b>10</b>	<b>106</b>

FUENTE: Elaboración propia

El análisis de estos nuevos casos viene a confirmar la interpretación ya apuntada anteriormente: el discurso producido por el cuestionario, sobre la base de las pautas de respuesta de los niños entrevistados, resulta coherente, como lo demuestra el hecho de que las preguntas-filtro cumplen adecuadamente su función. Al contrastar la pregunta sobre si tienen Internet con la frecuencia de uso, de nuevo encontramos que los sujetos que incurren en una incoherencia en la respuesta son muy pocos (aproximadamente 29 sobre 183, de los cuales 11 respondieron “no sabe”), aunque son más que en la pregunta anterior, confusión que puede estar motivada por la dificultad para distinguir entre la conexión desde casa y desde otro lugar (muy frecuente, por cierto, entre la población infantil). El porcentaje de respuestas incoherentes vuelve a bajar, sin embargo, en la siguiente pregunta-filtro, referida a si el menor tiene un teléfono móvil de uso propio que no sea compartido con hermanos, padres u otros miembros de la familia. En este caso comprobamos cómo, para las distintas respuestas posibles a la cuestión de para qué usa tal teléfono, existe una pequeña horquilla de sujetos que responden incoherentemente que oscila entre 8 y 11 sobre un total de más de 100 que respondieron afirmativamente a la primera pregunta.

Es necesario recalcar que estos resultados, que no podemos menos que calificar de buenos o satisfactorios, fueron producidos en circunstancias que no eran las más favorables. La experiencia previa y las pocas incidencias registradas durante el trabajo de campo nos hacen suponer que con un sistema de entrevista asistida con encuestadores o personal docente la posible incoherencia en la respuesta podría reducirse aún más, incrementándose así la consistencia metodológica del instrumento y del proceso de su aplicación.

### **6.3.2. Consistencia interna de los datos: fiabilidad y validez**

#### **a) Validez predictiva, teórica o de constructo**

Una de las vías para establecer un cierto diagnóstico en torno a la validez de los instrumentos utilizados es la que apunta a los propios supuestos teóricos que subyacen a la investigación. En este sentido, es común hablar de la validez teórica o de constructo, aunque también predictiva, para referirse a la estrategia de verificación de la validez de un instrumento que pasa por comprobar si los datos y su variabilidad responde a dichos supuestos subyacentes y al modelo teórico de explicación de la realidad que ha dado lugar a la herramienta metodológica concreta cuya validez se estudia. Desde este punto de vista, la significación y poder evocativo de los datos respecto de las dimensiones conceptuales operacionalizadas, así como el sentido que toma esta relación significativa, son los elementos claves a contrastar.

Al preparar el cuestionario hemos partido, por supuesto, del diseño general del sistema de indicadores sociales propuesto que es, a su vez, formulado conforme al acervo teórico que proporciona la literatura científica sobre la cuestión y el estudio exploratorio efectuado por vía cualitativa. Como todo modelo teórico, el sistema entraña una pre-concepción de la realidad social y un cierto grado de predictibilidad teórica.

Encontrar datos de difícil interpretación, inconexos, o que violaran explícitamente los supuestos teóricos del sistema, nos llevaría a pensar que el instrumento diseñado para la medición de la realidad social se basó en una interpretación teórica errónea y carece, por tanto, de suficiente validez en la medida que no se ajusta correctamente al objeto de estudio que pretende medir.

Por tanto, es una de nuestras tareas el contrastar el grado de validez teórica del sistema a través de los instrumentos que hemos diseñado para su operacionalización.

No se nos ha ocurrido una idea mejor para llevar a cabo esta tarea que indagar en el tipo de sucesos significativos que la aplicación del cuestionario y los grupos de discusión han deparado, así como en las asociaciones que se establecen entre determinadas variables que forman parte fundamental de nuestro sistema. Por supuesto, esta exploración de los datos arrojados por la prueba del sistema ha sido guiada por esos mismos supuestos teóricos que han dado vida a las diferentes dimensiones conceptuales del sistema y sus interrelaciones. Por ejemplo, ha sido nuestra intención reflejar en el sistema las posibles diferencias que puedan existir respecto al género y el uso de la tecnología, puesto que suponemos que, aunque la literatura consultada y buena parte de los datos más recientes en torno a la sociedad de la información reflejan una acusada disminución de eso que se ha dado en llamar la “brecha de género”, no es menos cierto que la diferente construcción de papeles sociales alrededor de la identificación sexual de los individuos es un hecho aceptado en la práctica sociológica y suponemos que tiene un cierto impacto sobre el uso de las TIC por parte de la población infantil. Sin embargo, no ha sido éste el único elemento significativo del modelo teórico sobre el que se ha basado la construcción del cuestionario. También hemos seleccionado dos puntos de muestreo bien diferenciados, urbano y rural, bajo la suposición de que encontraríamos diferencias no espúreas en cuanto a la distribución de los valores de muchos de los indicadores del sistema, especialmente aquellos relacionados con las posibilidades de acceso a las nuevas tecnologías por parte de la población rural (otro tipo de “brecha tecnológica”). Por último, durante todo el proceso de diseño de la prueba del sistema hemos prestado especial atención a la cuestión de la estructura etaria de los niños entrevistados. Al tratarse de población infantil, la variable edad adquiere un significado central que va mucho más allá de las propiedades explicativas que ésta posee en los análisis que habitualmente dedicamos al mundo adulto en la medida que la abordamos desde una perspectiva ciertamente evolutiva, donde los cambios experimentados en el uso que los niños hacen de la tecnología se interpretan como evidencias del propio proceso de desarrollo del niño y de su identidad social. Así que género, hábitat y edad serán las variables independientes que tomaremos en nuestro análisis exploratorio de los datos generados por la prueba del sistema, con objeto de extraer conclusiones en torno a la validez teórica, predictiva o de constructo del mismo.

Dado que el método utilizado para comprobar la existencia de relaciones significativas entre estas variables independientes y varias variables dependientes de cuantas albergaba el cuestionario aplicado ha sido el del cálculo de chi-cuadrado ( $\chi^2$ ), y este estadístico actúa comparando las

frecuencias obtenidas al cruzar dos variables con las que cabría esperar en caso de que éstas fueran independientes y no estuvieran relacionadas, hemos querido reproducir este mismo procedimiento a gran escala. Para ello, hemos hecho uso de las facilidades que proporciona el paquete estadístico SPSS, con el que hemos procesado todos estos datos, solicitando al programa que dividiera el total de los casos en dos muestras paralelas extraídas con criterio completamente aleatorio. De esta manera, hemos creado una nueva variable que hemos denominado “muestras” y que contiene la información relativa a qué casos deben quedar englobados dentro de cada una de estas submuestras que contienen, aproximadamente, el 50% de los mismos<sup>162</sup>. Después hemos repetido el procedimiento de cruzar las variables dependientes escogidas con esta nueva variable, así como el cálculo del valor de  $\chi^2$  y de la probabilidad asociada a este valor. Recordemos que, como norma general, si esta probabilidad es mayor que 0,05 (para un nivel de confianza del 95%) no podemos rechazar la hipótesis nula, consistente en que no existe relación estadística significativa entre las dos variables estudiadas.

Resumiendo, nuestra estrategia consistía en verificar si existe una relación estadística significativa -el primer paso para proponer una explicación teórica- entre una serie de variables dependientes (posesión de determinados bienes de equipamiento: ordenador, móvil, videoconsolas e Internet, conocimiento de Internet y chat, posesión de dirección de correo electrónico, uso de la conexión a Internet desde casa así como desde cibercafés, acceso a contenidos de riesgo y uso del chat) y otras independientes que proponemos para su comparación, que son: la edad, el hábitat, el género y la pertenencia a dos submuestras aleatorias extraídas de la muestra total.

Los datos obtenidos en los sucesivos contrastes de hipótesis del valor de chi-cuadrado aplicado a variables nominales se recogen en la siguiente tabla. Indicamos los porcentajes de respuesta en función de la variable independiente (suman 100 al final de la columna), así como el valor de la probabilidad asociada a dicho valor de  $\chi^2$  siempre y cuando sea significativo (menor de 0,05)<sup>163</sup>.

**Tabla 21. Asociaciones entre variables expresadas en %** (método de contraste de la hipótesis de independencia: chi-cuadrado)

Preguntas cuestionario	Submuestras		Edad		Hábitat		Sexo	
	Submuestra A	Submuestra B	Niños	Preadolescente	Rural	Urbano	Niños	Niñas
¿Tiene ordenador?								
-Sí	75	73.4	66.4	81.7	61.3	88.7	80.3	66.3
-No	25	26.6	33.6	18.3	38.7	11.3	19.7	33.7
Valor p	100	100	100	100	100	100	100	100
	N. S.		0.00		0.00		0.01	
¿Tiene móvil?								
-Sí	91.5	91.9	88.2	94.9	86	98.1	92.4	90.7
-No	8.5	8.1	11.8	5.1	14	1.9	7.6	9.3
Valor p	100	100	100	100	100	100	100	100
	N. S.		N. S.		0.01		N. S.	
¿Tiene videoconsola?								
-Sí	82.6	80.4	75.9	86.6	75.4	88.1	89.1	71.4
-No	17.4	19.6	24.1	13.4	39.2	11.9	10.9	28.6
Valor p	100	100	100	100	100	100	100	100
	N. S.		N. S.		0.01		0.01	

CONTINUA →

162. Concretamente, la primera submuestra (A) contiene un total de 120 casos, y la segunda (B) 117 casos.

163. La relación completa de las distribuciones porcentuales de las respuestas a cada variable del cuestionario se encuentra en el Anexo II.

**Tabla 21. Asociaciones entre variables expresadas en %** (método de contraste de la hipótesis de independencia: chi-cuadrado)

CONTINUACIÓN

Preguntas cuestionario	Submuestras		Edad		Hábitat		Sexo	
	Submuestra A	Submuestra B	Niños	Preadolescente	Rural	Urbano	Niños	Niñas
¿Tiene Internet?								
-Sí	37.8	35.9	31.7	41.6	25.2	49.5	35.5	38.7
-No	62.2	64.1	68.3	58.4	74.8	50.5	64.5	61.3
Valor p	100	100	100	100	100	100	100	100
	N. S.		N. S.		0.00		N. S.	
Se conectó a Internet desde casa*								
-Sí	34.3	32.3	24.2	40.9	27.6	39.6	31.7	35.8
-No	65.7	67.7	75.8	59.1	72.4	60.4	68.3	64.2
Valor p	100	100	100	100	100	100	100	100
	N. S.		0.01		N. S.		N. S.	
Tiene correo electrónico								
-Sí	38.6	30.6	23.2	45.2	29.5	40.4	33.9	35.8
-No	61.4	69.4	76.8	54.8	70.5	59.6	66.1	64.2
Valor p	100	100	100	100	100	100	100	100
	N. S.		0.00		N. S.		N. S.	
Conoce internet								
-No	6.1	6.3	10.2	2.6	7.8	4.6	6.3	6.2
-Conoce, pero no sabe usarlo	22.8	27	34.3	16.2	25	24.8	21.9	28.9
-Conoce y ha usado	35.1	43.2	38.9	39.3	42.2	35.8	41.4	36.1
-Conoce y usa frecuentemente	36	23.4	16.7	41.9	25	34.9	30.5	28.9
Valor p	100	100	100	100	100	100	100	100
	N. S.		0.00		N. S.		N. S.	
Conoce chat								
-No	17.2	18	28.2	7.7	25.4	9.2	18.8	16.2
-Conoce, pero no sabe usarlo	25.9	29.7	38.2	17.9	22	33.9	25.8	30.3
-Conoce y ha usado	31	36.9	26.4	41	33.9	33.9	34.4	33.3
-Conoce y usa frecuentemente	25.9	15.3	7.3	33.3	18.6	22.9	21.1	20.2
Valor p	100	100	100	100	100	100	100	100
	N. S.		0.00		0.00		N. S.	
Se conectó desde cibercafé*								
-Sí	33.7	33.3	20.3	43.4	30.1	37	36	29.6
-No	66.3	66.7	79.7	56.6	69.9	63	64	70.4
Valor p	100	100	100	100	100	100	100	100
	N. S.		0.00		N. S.		N. S.	
Visitó páginas +18 años*								
-Sí	38.3	28.1	21.5	42.3	33.7	33	41.1	21.1
-No	61.7	71.9	78.5	57.7	66.3	67	58.9	78.9
Valor p	100	100	100	100	100	100	100	100
	N. S.		0.00		N. S.		0.00	
Entró en el chat con amigos*								
-Sí	59.1	55.2	41.6	68.9	58.4	56	54.1	62
-No	40.9	44.8	58.4	31.1	41.6	44	45.9	38
Valor p	100	100	100	100	100	100	100	100
	N. S.		0.00		N. S.		0.00	

FUENTE: Elaboración propia

No significativo (N. S.): La probabilidad (p) asociada al valor de  $\chi^2$  es superior a 0.05, por lo que no podemos rechazar la hipótesis de que las variables sean independientes.

\*En el mes pasado.



Es mucha la información que han producido los sucesivos contrastes de chi-cuadrado, tal y como aparece reflejado en la tabla.

En primer lugar, ocupa un lugar destacado en la interpretación de los resultados el hecho de que el proceso de replicación de la muestra total en dos submuestras aleatorias ha producido dos subgrupos de población virtualmente idénticos, por lo que era de esperar que ninguna de las asociaciones establecidas resultara significativa. Como vemos en la columna denominada “submuestras”, ni las preguntas referidas al equipamiento ni las que tienen que ver con el uso que se da a la tecnología alteran la distribución porcentual de las frecuencias al cruzarlas con ninguna de estas submuestras. Al estar en la tabla pueden ser muy útiles al comparar sus cifras relativas, que corresponden aproximadamente a las de la muestra total, con las de los cruces restantes.

Si los presupuestos teóricos del sistema son correctos, las restantes variables independientes deben ofrecer algunas asociaciones significativas que puedan dar lugar a interpretaciones teóricas en la línea de estos mismos supuestos. Como la prueba utilizada ha sido  $\chi^2$ , esto es lo mismo que declarar que esperamos que la distribución de las respuestas de los niños a ciertas preguntas del cuestionario se vea alterada cuando las seleccionamos en función de determinados subgrupos de sujetos investigados (niños frente a niñas, o niños frente a preadolescentes, por ejemplo) y no coincidan con las que podrían esperarse si tal alteración no se produjese. Por supuesto, no todas las asociaciones tienen por qué ser significativas; en realidad, el que unas lo sean y otras no, es también una información teórica relevante para el propósito de interpretación de los datos ofrecidos por el sistema.

Yendo a la interpretación de los resultados vemos que, exceptuando el caso de las dos submuestras aleatorias, ya mencionado y que no arroja relación significativa alguna, encontramos relaciones significativas en la mayor parte de los casos en lo relativo a la edad como variable independiente (niños-preadolescentes), algunas menos en lo que se refiere al hábitat (rural-urbano) y sólo tres al contar con el género (niños-niñas). Lo que esto sugiere, a falta de otros análisis que profundicen en la naturaleza de estas relaciones y que escapen a los objetivos de esta tesis doctoral, es que la edad es la variable que más fácilmente permite discriminar a los niños en función de su relación con las TIC, si bien tanto el hábitat como el género (sobre todo el primero) retienen una parte importante de su valor explicativo a la hora de interpretar esta relación.

Por tanto, a diferencia de lo ocurrido con la submuestras aleatorias, las variables escogidas y colocadas en la posición de variable independiente han mostrado ser significativas en mayor o menor medida en la explicación teórica de las condiciones de vida de los menores en el contexto de la sociedad de la información. La pregunta que resta ahora es: ¿en qué sentido?

Nuevamente, hay que advertir que la respuesta a tal cuestión probablemente exige análisis posteriores de mayor complejidad, pero a la vista de los datos podemos aventurar algunas explicaciones teóricas.

En primer lugar, tal y como habíamos comentado al tratar el desarrollo de los grupos de discusión, el acceso al

equipamiento tecnológico en los hogares parece bastante desigual. Existía el supuesto teórico de que la población rural tendría niveles más bajos de equipamiento que la urbana, y así ha quedado reflejado en la tabla anterior. Vemos cómo los porcentajes de individuos que poseen en su hogar ordenador, teléfono móvil, videoconsola e Internet son menores en el hábitat rural y no cabe suponer que ésta sea una relación azarosa o espúrea (valor  $p < 0,05$ ). Esta misma cuestión del acceso de la población infantil al equipamiento no resultó significativa ni en la prueba de submuestras aleatorias, ni en el caso del género (salvo en el caso de ordenadores y videoconsolas, también predecible) ni en el de la edad (salvo para la existencia de ordenadores).

En segundo lugar, encontramos que la edad no solamente desvela relaciones significativas múltiples, sino también relaciones que encajan con muchos de los supuestos del sistema. Por ejemplo, hemos constatado durante la fase cualitativa del trabajo de campo cómo los niños de más edad mostraban niveles de destreza tecnológica sensiblemente superiores a los más pequeños, lo que les colocaba muy frecuentemente realizando las llamadas conductas de riesgo con más frecuencia, conductas que en muchas ocasiones están relacionadas con unas pautas de navegación en Internet más desarrolladas y complejas. Efectivamente, hallamos relaciones significativas en este sentido: es mayor el porcentaje de niños mayores de 11 años que ha visitado páginas para adultos, comprado algo por Internet o frecuentado los chat, y la diferencia es estadísticamente significativa.

En tercer lugar, comprobamos cómo las diferencias de género se articulan alrededor de determinados aspectos de la sociedad de la información que siguen siendo coto de dominación masculina. Por ejemplo, hemos señalado cómo, a pesar de que las chicas se han incorporado a muchas de estas tecnologías, algunos aspectos de las mismas continúan teniendo un marcado acento masculino. Es el caso, por ejemplo, del uso de videojuegos o determinadas prácticas de riesgo. Tal y como queda reflejado en los datos que ofrecemos, el sexo de los entrevistados ofreció pocas relaciones significativas pero éstas tuvieron que ver, precisamente, con la presencia de consolas de videojuegos en los hogares y el haber visitado páginas para adultos. La otra relación significativa que apareció en el modelo fue la posesión de ordenador (con mayor presencia en los hogares de los entrevistados varones).

En general, lo que este análisis exploratorio ha desvelado es un primer bosquejo de las implicaciones teóricas de la aplicación del instrumento cuantitativo del sistema, que pasan por:

a) la constatación de las fuertes diferencias de acceso de la población a ciertos bienes de equipamiento, más intensas si se refieren a la diferencia entre el hábitat urbano y rural (un aspecto claramente sugerido por el modelo teórico que ha dado lugar al diseño de la prueba del sistema).

b) La existencia de una fuerte asociación entre la edad o momento de desarrollo de la población infantil y el grado de acceso a la tecnología y destreza en el uso de la misma, de manera que los niños más mayores parecen disponer de más equipamiento y desplegar pautas de uso más complejas, así como más cercanas a lo que hemos denominado conductas de riesgo (otro aspecto que ha entrado a formar parte desde el

principio en el diseño del instrumento cuantitativo y la propia prueba del sistema).

c) Por último, los datos sugieren la existencia de una brecha de género que, sin embargo, parece no tener ya tanta relación con el acceso a la tecnología como con el uso diferenciado que de ésta se hace, más orientado a la sociabilidad y alejado de prácticas de riesgo en las chicas (algo también sugerido por la literatura consultada y que hemos reflejado en el planteamiento del sistema de indicadores).

La interpretación de estos datos es, por supuesto, susceptible de discusión (en parte porque el propio estadístico utilizado dice poco sobre la naturaleza e intensidad de las relaciones halladas), pero no se nos escapa que el panorama general de las relaciones encontradas es coherente con los supuestos teóricos subyacentes en el diseño del sistema y de la prueba del mismo y responde, en mayor o menor medida, a un criterio de predictibilidad teórica, que fue lo que nos animó a distribuir la muestra tal y como lo hicimos: en dos hábitats tan diferentes y guardando una estricta composición etaria que permitiese comparar los resultados en función de la edad. Entendemos que esto no puede menos que ser un respaldo a la idea de que, en lo referente a la validez de constructo, teórica o predictiva, el sistema responde satisfactoriamente.

b) Análisis estandarizado de la fiabilidad de las escalas del cuestionario

El análisis de la fiabilidad de las escalas resulta ya una práctica común en el contexto de las ciencias del comportamiento, por lo que ha devenido en un conjunto de procedimientos estandarizados empleados por el común de los investigadores. Hemos traído aquí estos procedimientos ante la imposibilidad de aplicar otros que son más comunes en el ámbito de la investigación sociológica, como es la prueba de test-retest, contando con que son igualmente válidos para arrojar la información necesaria sobre la fiabilidad de las baterías de preguntas incluídas en el cuestionario diseñado para ser aplicado a la población infantil. Muchas de estas baterías de preguntas no han sido formuladas con el propósito de funcionar como escalas (aunque podrían serlo), es decir, no producen una medición cuantitativa de la posición de un individuo en un continuum prefijado por el investigador, pero han compartido con éstas un mismo propósito: ilustrar dimensiones conceptuales complejas que no pueden ser operacionalizadas fácilmente en un sólo indicador empírico, y por tanto han sido formuladas buscando el rigor teórico y metodológico, así como su capacidad evocativa para señalar esas dimensiones conceptuales que interesan al investigador.

Los procedimientos más comunes para hallar la fiabilidad de las escalas comparten todos ellos un mismo procedimiento de trabajo, que pasa por el estudio de la matriz de correlaciones de las respuestas obtenidas para las distintas variables que conforman la escala, si bien este procedimiento básico puede ser desarrollado con arreglo a diferentes estrategias. Esto es posible porque existe el supuesto de que en una escala los ítems o enunciados que la componen deben estar relacionados entre sí, para que las puntuaciones individuales debidamente sumadas o promediadas sean un

buen indicador de la posición de los individuos en la escala. De otra manera, las diferencias presentes en las respuestas de los entrevistados podrían deberse no a un cambio en sus actitudes u opiniones, sino a una mala medición por parte del instrumento, que ha introducido algún tipo de distorsión. Esto es la fiabilidad misma, la proporción de la variabilidad en las respuestas que cabe atribuir a la variabilidad en el propio fenómeno estudiado, y no a otros factores ajenos.

De todos los procedimientos estandarizados que encontramos para el cálculo de la fiabilidad de las escalas quizás sea el más comúnmente utilizado el coeficiente Alpha de Cronbach, obtenido generalmente a partir del promedio de los coeficientes de correlación entre los ítems de la escala (puntuaciones estandarizadas) o de las covarianzas (puntuaciones no estandarizadas). Es, por tanto, una medida de la consistencia interna de la escala. El coeficiente oscila entre 0 y 1, y los valores cercanos a la unidad pueden ser interpretados como indicio de una elevada consistencia interna (con la salvedad de que el valor de este coeficiente se ve afectado por el número de enunciados: si aumenta éste, aumenta también el coeficiente).

Pero ésta no es la única medida de la consistencia y fiabilidad de las escalas o baterías de ítems. Junto con el coeficiente  $\alpha$  de Cronbach existen otros métodos y estadísticos, de entre los cuales resulta uno de los más comunes el test de las dos mitades o Split-Half. Éste se obtiene partiendo de la correlación existente entre las dos partes en que se divide la escala (en este caso, el mismo instrumento aplicado a los mismos individuos, aunque también es posible la aplicación paralela de una misma escala), por lo que la división de la misma resulta un aspecto crucial. El número de ítems que entran en cada parte, el orden en que han sido incluídos en la escala o la posibilidad de que en estas mitades queden ítems que están fuertemente interrelacionados entre sí, antes que con los que forman la otra mitad, son todos factores que pueden influir en el valor de esta medida de la fiabilidad que oscila, igualmente, entre 0 y 1.

Por tanto, teniendo en cuenta que todas las medidas son sólo aproximaciones a la fiabilidad real del instrumento, hemos decidido practicar por separado las dos pruebas diferentes a las baterías de ítems presentes en el cuestionario, obteniendo tres coeficientes diferentes que es posible contrastar para comprobar la estabilidad de las diferentes medidas de la fiabilidad. Estos dos procedimientos: Alpha de Cronbach y método de la división de la escala en dos mitades, han sido calculados para un total de cinco baterías de ítems, concretamente: a) la que mide el apoyo y control parental (de la pregunta 17A a la 17G en el cuestionario), b) la percepción de la utilidad de Internet (preguntas 25A a 25G), c) el perfil o pauta de navegación de los menores (pregunta 26A a 26N) y, por último, una escala adaptada a partir de un instrumento de fiabilidad y validez ya contrastada referida al d) uso patológico de Internet (pregunta 27A a 27L). En la tabla siguiente ofrecemos los resultados de los distintos coeficientes aplicados a estas baterías de ítems.

**Tabla 22. Resultados de la prueba de fiabilidad de las escalas y baterías de preguntas utilizadas en el cuestionario del sistema de indicadores**

	Valor del coeficiente Alpha de Cronbach	Valor del coeficiente de correlación entre partes	Valor del coeficiente de Guttman para la prueba de división de la escala en dos mitades
Apoyo y control parental: P17A-P17G	0,8424	0,7704	0,8701
Utilidad de Internet: P25A-P25G	0,7745	0,5907	0,7143
Perfil de navegación: P26A-P26N	0,9487	0,8899	0,9404
Uso patológico de Internet: P27A-P27L	0,9372	0,8114	0,8801

FUENTE: Elaboración propia

La prueba de consistencia interna que ofrece el coeficiente Alpha resulta claramente significativa. Los valores del promedio de las correlaciones inter-items, siempre altos, positivos y cercanos a la unidad, nos hablan igualmente de una elevada consistencia interna de estas baterías de enunciados. Destaca la batería referida a las pautas de navegación en Internet de la población infantil, que antes hemos citado repetidamente al informar sobre el proceso de construcción de los enunciados y su adaptación, pues arroja valores significativamente altos. El caso contrario lo encontramos en el conjunto de enunciados que miden la utilidad de Internet, con un valor significativo y satisfactorio (0,5907), aunque alejado de la unidad en mayor medida que en el resto de los casos analizados.

Al contrastar estos datos con los que ha ofrecido la otra prueba de fiabilidad calculada (dos mitades), comprobamos como, en la mayor parte de los casos, debemos corroborar la primera impresión. Tanto el valor de la correlación entre partes (que es, simplemente, la correlación entre las sumas de los items de cada mitad) como el coeficiente de Guttman para las dos mitades (bajo el supuesto de que las dos partes en que se divide la escala tienen diferente fiabilidad y covarianzas) tienden a sugerir la misma interpretación que hemos generado a partir del coeficiente Alpha.

Efectivamente, la batería de items referida a las pautas de navegación de la población infantil es significativamente alta y cercana a la unidad, revelando niveles altos de consistencia interna (y por tanto, podemos suponer que de fiabilidad). Algo parecido ocurre con la primera y última de las escalas que presentamos en la tabla, aunque con valores ligeramente más bajos. Y nuevamente, el conjunto de enunciados que van desde la pregunta 25A a la 25G parece arrojar datos menos satisfactorios, aunque dentro de lo aceptable. Hay que tener en cuenta que es ésta una batería de items fuertemente marcada por el orden que éstos presentan, dado que una primera mitad se refiere al uso académico y positivo de Internet, mientras que la segunda recoge otro tipo de aspectos (ocio, aislamiento, e

incluso actitudes tecnofóbicas) bien diferentes. Es obvio que esto ha podido influir poderosamente sobre el cálculo de la fiabilidad de la escala al ser dividida en dos mitades. El que el coeficiente de Guttman tenga un valor notoriamente mayor que la correlación entre dos mitades parece apoyar esta interpretación, dado que ésta última medida es susceptible de resultar fuertemente influenciada por la composición interna de los grupos de enunciados en que se divide la escala o batería global de enunciados.

Los datos, no obstante, bosquejan una impresión general sobre la fiabilidad de las baterías de items utilizadas en el cuestionario que tenemos por muy satisfactoria, toda vez que la consistencia interna de todas ellas parece ser elevada y podemos suponer, por tanto, que es esto un claro indicio de que son instrumentos fiables de medición y pueden ser incluidos como componentes de pleno derecho del sistema de indicadores propuesto.

#### c) Validez de criterio

Entendemos por validez externa o de criterio el resultado de comparar los datos producidos por una investigación con fuentes externas a la misma o con mediciones obtenidas por estudios similares, aunque en algunos casos se conceptualiza también como el resultado de comparar las medidas producidas por un instrumento con un criterio externo bajo un modelo predictivo. En este caso, la manera de obtener una impresión general sobre la validez de un instrumento escrito diseñado para medir las aptitudes de un grupo de personas que quieren conseguir el carnet de conducir, por ejemplo, sería comprobar en qué medida los resultados de este test predicen la conducta de los conductores, de la misma manera que un test sobre la capacidad escolar debería ser capaz de predecir aceptablemente qué alumnos obtendrán mejores resultados académicos (Babbie, 1996). Puesto que esta última estrategia de medición de la validez no está a nuestro alcance, nos ceñiremos a la que ha sido enumerada en primer lugar y trataremos de mostrar hasta qué punto los resultados

obtenidos por la prueba de los instrumentos del sistema son coincidentes con criterios externos, esto es, con los que han producido otros investigadores o con otros diseños de investigación.

El problema es que existen pocos estudios similares que puedan servir como criterio fiable de comparación. En parte por la novedad del fenómeno estudiado, que sólo recientemente ha comenzado a recabar la atención en el panorama de la sociología española, pero también porque, como se ha señalado repetidamente, la población infantil ha venido caracterizándose por una peculiar “invisibilidad estadística” que hace difícil la comparación. No obstante, disponemos de algunos elementos que quizás puedan hacer las veces de criterios externos con los que contrastar (por más que tenga que ser superficialmente) la validez externa de nuestras herramientas metodológicas.

Contamos con el precedente de un estudio fechado en el año 2001 en el que participó, junto a otros investigadores, el autor de estas páginas, enfocado a la detección de la necesidades sociales de la población infantil y juvenil en un distrito de participación ciudadana de la ciudad de Huelva cuya ubicación geográfica coincide (aproximadamente) con el lugar donde se ha llevado a cabo el trabajo de campo en la capital. Aunque los objetivos de dicho estudio nada tenían que ver con el estudio de la sociedad de la información, se recogió cierta información de corte generalista que puede servir para efectuar la comparación<sup>164</sup>. No obstante, aunque en este estudio también se estudió la cuestión del equipamiento tecnológico de los hogares, hemos preferido tratar estos datos con cautela

debido al lapso de tiempo relativamente largo que ha transcurrido entre los dos, lo que ha posibilitado que en dicho tiempo el equipamiento se renueve y aumente considerablemente.

Por otra parte, contamos con los datos de uno de los últimos barómetros del Instituto de Estudios Sociales de Andalucía (IESA) sobre la sociedad de la información y la implantación de las nuevas tecnologías en la Comunidad Autónoma (2002). Aunque, como viene siendo habitual, este estudio no recoge datos de los menores de 14 años, intentaremos utilizar sus resultados como criterio de comparación por la proximidad geográfica y el tamaño muestral elevado del mismo, que permite la desgregación a nivel provincial.

Entrando de lleno en el análisis, ofrecemos a continuación una selección de datos del estudio de Necesidades Sociales de la Población Infantil y Juvenil del Distrito VI que pueden ser comparados con los que ha producido la prueba de nuestro instrumento. Concretamente, nos referimos a los datos sobre las formas familiares en el distrito, con quién usa la videoconsola, el ordenador y la conexión a Internet y finalmente, la posesión de ciertos bienes de equipamiento en los hogares. Debemos advertir que la tabla referida a las personas que usan el equipamiento en los hogares puede presentar dificultades en su interpretación, debido a que las categorías presentes en ambos estudios no eran del todo coincidentes (aparecían más desagregadas en el primero de ellos), por lo que hemos señalado únicamente las categorías equivalentes.

**Tabla 23. Datos referidos a las formas de convivencia familiar (%) en: Gualda y Rodríguez (2001) y Rodríguez (2003)**

Forma de convivencia	Gualda y Rodríguez (2001)	Rodríguez (2003)
Con su padre, madre y hermanos	73,7	69,6
Con su padre y madre	14,7	9,8
<b>Nuclear</b>	<b>88,4</b>	<b>79,4</b>
Con su padre, madre, hermanos y abuelos	3,8	9,8
<b>Complejo</b>	<b>3,8</b>	<b>9,8</b>
Con su madre y hermanos	4,5	4,5
Con su madre	1,9	2,7
Con su padre	0,6	-
<b>monoparental</b>	<b>7</b>	<b>7,2</b>
Con algún adulto no familiar	-	-
Otras	-	1,8
No contesta/sabe	-	1,8

FUENTE: Elaboración propia

164. Otra de las cuestiones que anima a la comparación es el hecho de que para este estudio de necesidades sociales nos planteáramos el acudir también a la población menor de 14 años, lo que permite un ejercicio de contraste más preciso.

**Tabla 24. Datos referidos al equipamiento de los hogares en: Gualda y Rodríguez (2001), IESA (2002) y Rodríguez (2003)**

Bienes de equipo (posee en el hogar)	Gualda y Rodríguez (2001)	IESA (2002)*	Rodríguez (2003)
Ordenador	42	33,1	83,9
Videoconsola	54,2	-	85,7
Conexión a Internet	10,7	26,1**	45,5
DVD	19,6	-	45,5
Teléfono móvil	55,5	66,9	93,8

FUENTE: Elaboración propia

\*Datos globales para la provincia de Huelva

\*\*incluye hogares con conexión a Internet de banda ancha

**Tabla 24. Datos referidos al uso del equipamiento de los hogares en: Gualda y Rodríguez (2001) y Rodríguez (2003)**

¿Quién usa?	Gualda y Rodríguez (2001)	Rodríguez (2003)
<b>Ordenador</b>		
-Padre	25	-
-Madre	-	-
-Hermanos	29,2	18,9
-El menor (yo solo)	-	7,4
-Otros	4,2	-
-Entre varios miembros	41,7	61,1
<b>Videoconsola</b>		
-Padre	3,9	-
-Madre	-	-
-Hermanos	50,6	37,5
-El menor (yo solo)	14,3	39,6
-Otros	-	-
-Entre varios miembros	31,2	19,8
<b>Conexión a Internet</b>		
-Padre	17,6	7,4
-Madre	11,8	-
-Hermanos	-	20,4
-El menor (yo solo)	-	1,9
-Otros	5,9	3,7
-Entre varios miembros	64,7	63
<b>DVD</b>		
-Padre	-	-
-Madre	2,4	-
-Hermanos	2,4	3,8
-El menor (yo solo)	-	7,5
-Otros	2,4	-
-Entre varios miembros	92,7	71,7

FUENTE: Elaboración propia



Tal y como sospechábamos, el paso del tiempo puede haber dificultado las comparaciones, sobre todo en lo que al equipamiento de los hogares se refiere. No obstante, y a pesar de las diferencias, en algunos casos abultadas, que encontramos en relación a la presencia de determinados bienes de equipo en función de los tres momentos temporales manejados, no es menos cierto que la proporción en que encontramos cada uno de estos bienes en los hogares se mantiene, en cierto modo, invariable, lo que nos hace sospechar que las diferencias son sólo aparentes. Efectivamente, la prueba del sistema constató, en comparación con el estudio de Gualda y Rodríguez de 2001 y el del IESA de 2002, una presencia mayor de teléfonos móviles y ordenadores en los hogares, y en menor medida videoconsolas y conexión a Internet. Hay que hacer notar de nuevo que la comparabilidad de todos estos estudios es reducida: el primero comparte ubicación geográfica de la que se ha extraído la muestra, pero es muy anterior al año 2003 (y las cosas se han movido mucho en el consumo de este tipo de equipamiento), y el segundo es más reciente, pero incluye datos referidos a toda la población mayor de 14 años y menos información. Por otra parte, al tratar con población menor de 14 años estamos estableciendo una muestra sesgada respecto de la población total, pues los hogares con menores a cargo muestran un perfil sensiblemente diferente (más jóvenes, más numerosos, más nucleares) al del resto de los hogares. No obstante, como decimos, la proporción en que se reparte el equipamiento se mantiene constante en los tres estudios. Se observa cómo el teléfono móvil es el producto tecnológico más frecuente en los hogares (mayoritario, de hecho), seguido de la videoconsola (un equipamiento típico de los hogares con niños) y el ordenador, y a más distancia la conexión a Internet y el DVD.

El mismo problema, referido a la cuestión de la comparabilidad, encontramos al estudiar los miembros de la familia que dan uso a este equipamiento. Muchos porcentajes son diferentes, aunque algunos coinciden sorprendentemente: fijémonos en la proporción de individuos que afirman que los bienes de equipo son utilizados entre todos o entre varios miembros de la familia, a pesar del tiempo transcurrido, lo que seguramente nos habla del mantenimiento de ciertos usos grupales de la tecnología. Curiosamente, y es un dato que habla a favor de la validez del instrumento probado, el único producto tecnológico donde se invierte la tendencia mayoritaria (uso predominante grupal o familiar) es la videoconsola, utilizada preferentemente por el menor o el menor y los hermanos, tal y como aparece reflejado en los datos que proporcionaron los dos estudios.

Por otra parte, cuando hemos analizado los datos referidos a otros aspectos de la realidad social de los que se esperaba una menor variabilidad y los hemos comparado para los dos estudios, el realizado en el año 2001 y el del 2003, hemos encontrado nuevos argumentos en favor de la validez de éste último. Es el caso de la imagen que los datos ofrecen sobre la composición familiar de los hogares de los entrevistados. Podemos esperar cambios acaecidos en un período de tiempo corto (unos dos años), pero en modo alguno tan bruscos como los que podría registrar la cuestión del equipamiento. Esto significa que si el diseño del instrumento

era el adecuado, el panorama de la vida familiar debía ser muy similar entre las dos fechas. Una vez que seleccionamos los datos que correspondían a Huelva capital (tal y como hemos hecho en el resto de las tablas) y los comparamos con los recogidos en el 2001 vemos que se solapan con gran exactitud: el retrato de esta parcela de la realidad social en 2001 y 2003 contiene matices derivados de su disimilitud geográfica y socioeconómica y de su alejamiento temporal, pero sus rasgos son prácticamente los mismos. A saber: una población que convive mayoritariamente en forma nuclear estricta (entre el 79% y el 88% de los entrevistados), con una presencia importante aunque minoritaria de hogares complejos (nuclear más abuelos, un total de 3,8% en 2001 y 9,8% en 2003, donde la diferencia podría tener que ver con la presencia en el primer estudio de más hogares con niños muy pequeños o en edad pre-escolar, siendo los padres más jóvenes y existiendo una menor probabilidad de presencia de una tercera generación) y presencia ya muy minoritaria de estructuras monoparentales (alrededor de un 7% en ambos casos) o diferentes de las anteriores.

Tenemos que concluir que allá donde se esperaba una menor variabilidad de los datos atribuible al paso del tiempo se encuentran también los mayores niveles de coincidencia de los datos, o lo que es lo mismo, el argumento más consistente a favor de un dictamen favorable a la validez de la prueba del sistema cuando ésta es entendida como validez externa o de criterio.

A pesar de esto, es obvio que, por las complicaciones ya mencionadas y que tienen que ver con la propia naturaleza del estudio aquí presentado, quizás sea ésta la estrategia de medición de la validez menos fiable de cuantas hemos tenido ocasión de manejar en este trabajo. No obstante, hemos de hacer notar que pese a estas dificultades, también en esta ocasión han sido hallados argumentos favorables sobre la validez de los instrumentos del sistema.

d) Triangulación de instrumentos cualitativos y cuantitativos

En cierta forma, el diagnóstico de la fiabilidad y validez de los instrumentos del sistema ha sido abordado ya en estas páginas. Son muchos los casos en que hemos hecho referencia a cómo se imbrican las impresiones recogidas durante el desarrollo del instrumento cualitativo con los datos que ha proporcionado el cuestionario, y cómo esta imbricación viene a ser convergente y muy útil en términos explicativos. Y hemos aclarado que la utilidad de los grupos de discusión realizados con los niños ha ido mucho más allá del simple enriquecimiento o asistencia a la interpretación de la información cuantitativa, porque, de hecho, ha entrado a formar parte desde un comienzo de la formulación del mismo instrumento cuantitativo. Quizás sea por ello que ésta es la estrategia más obvia, desde nuestro punto de vista, para desvelar la precisión y la idoneidad del instrumento diseñado para medir las condiciones de vida de los niños en el contexto de la sociedad de la información, puesto que podemos adelantar que los resultados de una y otra vía han resultado significativamente convergentes. O lo que es lo mismo, entendida la triangulación como el ejercicio de la contemplación pluralista de un mismo objeto de estudio (en cuanto a las técnicas, las perspectivas teóricas o las fuentes de

datos) con la finalidad de que la intersección de las técnicas o perspectivas empleadas revele una imagen más precisa y rica de lo estudiado, dicho ejercicio viene al pelo para comprobar que la información aportada por las vías cualitativa y cuantitativa no es disonante en absoluto, lo cual es, a nuestro parecer, un rasgo que debe interpretarse favorablemente en la búsqueda de la fiabilidad y validez del sistema.

Precisamente, ya hemos comentado las primeras impresiones que surgieron del desarrollo de los grupos de discusión. Si se lee atentamente el apartado que hemos dedicado al estudio de las asociaciones estadísticamente significativas encontradas en la muestra analizada (validez de constructo o teórica), se verá que éstas resultan con frecuencia tan sólo una confirmación empírica de estas impresiones. Hemos encontrado muchos ejemplos como éstos, que nos hablan de la convergencia entre la información obtenida a través de diferentes técnicas de investigación, lo cual nos hace suponer que dicha información, aparentemente distinta, es sólo el reflejo del mismo objeto estudiado contemplado desde perspectivas distintas.

Más allá de estas impresiones generales, que quizás podrían ser consideradas un criterio suficiente y satisfactorio sobre la bondad del instrumento aplicado, hemos querido ahondar aún más en el análisis de los datos y seguir describiendo las distintas superficies de nuestro objeto de estudio a través de la intersección de los haces de información que proporcionan estas dos perspectivas diferentes: la cuantitativa y la cualitativa. Este proceso se asemeja a la tarea de describir una figura que no podemos contemplar en su totalidad, sino sólo parcialmente, y cuyo contorno debe ser reconstruido a partir de impresiones parciales o fragmentadas obtenidas con herramientas diferentes, por lo que permanecerá desconocido si dichas impresiones son erróneas o aparecen distorsionadas.

No nos parece una casualidad, por ejemplo, que la imagen del niño en tanto usuario de las TIC sea una misma (aunque diversa en sus matices) en los datos que hemos recogido cuantitativa y cualitativamente. En ambos casos, contamos con un niño que se ha convertido en usuario activo de la tecnología y que, incluso en el supuesto de no tener acceso a ella en su propio hogar, conoce y es capaz de describir las últimas aplicaciones de las tecnologías de la información y la comunicación. La inmensa mayoría de estos niños y niñas conocen y han usado alguna vez estas tecnologías y son diestros incluso en la transgresión de las normas que los adultos imponen a su relación con estos productos tecnológicos. Los porcentajes que aparecen en las tablas que hemos dedicado al estudio de la validez de constructo nos hablan de éstas y otras cosas similares. También la información recogida en los grupos de discusión recalca esta figura del niño como usuario activo y cualificado de tecnología. En los grupos de niños más pequeños (desde los seis años) fueron

identificados sin mayores problemas toda una serie de productos tecnológicos que el investigador presentaba en forma de fichas (ordenadores fijos y portátiles, escáneres, impresoras, videoconsolas, ratones, webcams, etc.), y allí donde el discurso comienza a enriquecerse y tornarse más fluido encontramos ricas descripciones de estas nuevas tecnologías y sus usos<sup>165</sup>:

G(13): Es un medio de transmitir información, ¿no?

B(11): Para mí Internet es como un libro donde cada página web es un capítulo.

G(13): Son páginas, cada una de un tipo distinto y te metes en la dirección y te enseñan lo que hay metido en ella. Depende de qué página hay buscadores, hay para divertirse, hay juegos, o información, vamos.

G(13): Pienso que Internet no es una pérdida de tiempo, creo que es algo que nos ayuda a relacionarnos mejor y a hacer más amigos. También nos ayuda a tener más información sobre algo.

No nos resulta tan sorprendente, viendo esto, que el mundo de la tecnología sea ya un mundo perteneciente a la vida cotidiana de los niños y niñas entrevistados.

No obstante, del conjunto de la información que han proporcionado los grupos de discusión hemos seleccionado aquéllas que tiene que ver con el control parental y las llamadas conductas de riesgo, que en muchos casos pueden ser reconceptualizadas como conductas desviadas o de transgresión de las normas adultas<sup>166</sup>, porque son las que han quedado recogidas más directamente en el cuestionario aplicado, ya que incluye varias baterías de preguntas destinadas a medir dichas conductas de riesgo, así como las pautas de uso de la red por parte de los niños, y también abundante información sobre la implicación de los padres en el control del uso que se da a la tecnología.

Encontramos que la imagen de estos aspectos de la relación entre la infancia y tecnología, desvelada por las técnicas cualitativas y cuantitativas empleadas, resulta nítidamente congruente.

En lo referente al control parental, los dos procedimientos han destacado el hecho de que en algunas ocasiones la difusión de ciertos artefactos guarda una relación clara con el deseo de los padres por incrementar el control que ejercen sobre los menores, como parece ser el caso de los teléfonos móviles. De acuerdo con los datos que han resultado de la aplicación del cuestionario, aproximadamente un 48% de los niños entrevistados disponían de un teléfono móvil de uso propio (más allá del posible uso compartido que se dé a otros teléfonos que no pertenecen al menor) y el uso más frecuente del mismo (81 de cada 100 menores con teléfono) es para hablar con los padres. La información obtenida en los grupos no sólo es convergente con esta opinión, sino que explica la razón más verosímil para este estado de cosas:

G(13): Yo lo tengo desde los 10 años [teléfono móvil], pero porque me fui a una excursión con el colegio a Ávila y eran 12 horas de autobús y eso, porque nos teníamos que parar mucho. Y entonces mi madre me lo compró y no me lo iba a quitar cuando volviera.

I: Lo compraron más que nada para que vuestros padres os pudieran llamar y saber si...

G(12): Para controlarnos.

165. De aquí en adelante transcribiremos las afirmaciones de los menores indicando con una letra el sexo del niño ("B" para los varones, "G" para las chicas) y entre paréntesis su edad. Con una "I" indicamos las intervenciones del investigador.

166. Recuérdense las consideraciones que, al comienzo de esta tesis doctoral, hemos vertido sobre el espacio social de la infancia y la implicación de la perspectiva generacional en su análisis.

I: ¿Y desde que tenéis teléfono móvil habéis notado que vuestros padres os dejan salir más tiempo?

G(13): Sí, pero ellos te preguntan dónde estás y tú les dices un lugar y estás en otro.

De otro lado, el instrumento cuantitativo también desveló que existía una frecuencia relativamente alta por parte de estos

niños de las llamadas conductas de riesgo, especialmente, todo lo que tiene que ver con el abuso, el acceso a contenidos definidos como “de adultos” o el contacto con extraños a través de la red. A continuación ofrecemos una tabla que reproduce esta información relevante.

**Tabla 26. Conductas de riesgo**

Enunciados	% menores que afirman haber hecho o que les ha pasado
Me he conectado a Internet desde un cibercafé	32
He visitado (aunque haya sido por accidente) alguna página que me advirtiera de que tenía que ser mayor de 18 años para continuar viéndola	32,3
He entrado en algún chat para hablar con gente que no conocía	47,9
Me he encontrado con alguien en un chat o en algún sitio web que quería que nos conociéramos personalmente por teléfono o en la calle	26,1
Alguna vez se siente mal por todo el tiempo que pasa frente al ordenador	23,9

FUENTE: Elaboración propia

Estos datos se han visto ampliamente confirmados (y en muchos casos matizados) por los hallazgos que ha deparado el diseño cualitativo de la prueba del sistema. Ha sido común al hablar con los niños que éstos nos indicaran que es ya una costumbre establecida en los grupos de pares el acudir a los cibercafé, precisamente para acceder al espacio anónimo y libre de las salas de chat y explorar allí nuevas redes de sociabilidad, algo que, definitivamente, preocupa a los adultos:

B(13): En mi casa hay un ordenador y no podemos estar todos en el mismo, pero en el ciber, a lo mejor, pues estamos más gente.

I: Y cuando estáis en el ciber, ¿qué hacéis?

B(13): Pues jugar a juegos.

G(13): Conocer con nuestros amigos a una persona del chat.

B(13): En los ciber eso es lo que se hace.

Pero también se han encontrado múltiples indicios en torno a la posibilidad, apuntada por el tercio de menores que dicen haber tenido esta experiencia, de que en estas redes de sociabilidad anónima se producen frecuentes contactos que tienen por finalidad un encuentro en la vida real.

B (12): Es [el chat] donde se busca la gente para tener novio, para cosas así.

B(12): Chatear es una especie de sitio donde buscar novio, hacer nuevos amigos de otros sitios, hablar con gente, con amigos que tú conozcas.

B(11): para divertirse... mentir.

I: Alguna vez os habéis encontrado con alguien que fuera muy pesado, que os quiera conocer o que os quiera llamar por teléfono...

G (13): Sí.

I : ¿Y era alguien que conocíais u otra persona?

B (13): Que no conocíamos de nada. Normalmente los pesados son los que no se conocen de nada. Incluso el mismo día, le acabas de conocer, nada más que sabes el nombre y la edad, y ya te está diciendo, ¿quedamos? Y te están diciendo el sitio y la hora.

Igualmente, los niños nos han hablado (y muy claramente) del abuso, referido principalmente al uso del ordenador y los videojuegos:

B(11): Yo, si pudiese, estaría enganchado, vamos.

G (9): A mí también me pasa lo mismo, y mi padre me dice que pare y no paro.

B(11):Yo no tengo Playstation, si no estaría todo el rato picado.

Por último, el acceso a contenidos de riesgo y la existencia de tales contenidos no son cuestiones que pasen desapercibidos a los niños y niñas entrevistados, como nos indicaron.

I: Básicamente entonces [Internet] es un sitio para buscar información, para entretenerse...

G(13): Conocer gente...

G(13): ... o Fabricar bombas.

[Risas]

B(13): Yo el otro día escribí una dirección de una página que no tenía nada que ver, pero estaba bien la dirección y me salió... eso.

I: ¿Qué es lo que te salió?

B(13): Anuncios de pornografía.

No obstante, los niños también se expresaron claramente sobre otros aspectos que quedaron reflejados en el cuestionario y que dicen muy poco acerca de las pretendida

bondad de una sociedad de adultos que ha enclaustrado a los menores en una rígida cuadrícula de uso del tiempo que, en la práctica, aboca al niño indirectamente al uso de la tecnología. Ellos mismos comentaron que en muchas ocasiones preferirían hacer un uso alternativo de su tiempo de ocio, uso que se ve abortado por limitaciones que provienen del mundo externo, el de los adultos, que limita los movimientos del niño y los planifica quizás en exceso. En el cuestionario, preguntamos a los niños si era preferible estar usando el ordenador antes que cualquier otra cosa: la respuesta fue claramente negativa (así se decantó alrededor de un 75% de los menores entrevistados). Y la misma pauta fue hallada en los grupos de discusión.

I: Y yo os pregunto una cosa: si os gusta más jugar en la calle que estar jugando al ordenador, ¿por qué echáis tanto tiempo jugando al ordenador?

B(10): Porque no llaman para jugar al fútbol.

B(11): Ahí está, aunque yo lo preferiría.

I: Parece que os gusta más estar con vuestros amigos que estar solos jugando a la Play...

B(11): Es que siempre no puedes estar con tus amigos. Cuando es siesta o es muy tarde no puedes estar con ellos.

B(12): O si se han ido tus amigos a algún sitio y estás solo, pues juegas en casa.

G(13): También es que mi madre no puede pretender que yo me pase todo el día estudiando, tengo que tener un poco de libertad. Y si lo que me gusta a mí es hablar a mis amigos, ya que no puedo hablar a diario porque no me dejan salir de mi casa, ¿qué más le da que esté una hora conectada a Internet hablando con ellos?

Es posible observar cómo en este caso, a través de técnicas de muy diversa naturaleza, es posible obtener imágenes convergentes de un mismo objeto.

Lo que la vía cualitativa y cuantitativa han descrito, no nos cabe duda, son dimensiones de una misma cosa; dimensiones que convergen (coinciden la medición y la apreciación cualitativa); que están interrelacionadas (tienden a explicarse mutuamente); y enriquecen la mirada sobre el objeto de estudio (aportan información significativa sin la cual nuestro conocimiento de las condiciones de vida de los menores en relación a la tecnología se vería empobrecida). Nos parece que esto no hubiera sido posible de haber contado con instrumentos imprecisos, inestables o que introdujeran distorsiones importantes en los datos a través de ellos recogidos.

Entendemos, por ello, que la triangulación ha arrojado luz sobre el diagnóstico de la fiabilidad y validez del sistema, deparando un análisis favorable a la satisfacción con los niveles alcanzados de las mismas.

#### **6.4. Conclusiones sobre los resultados de la aplicación de los instrumentos cuantitativos y cualitativos: incidencias metodológicas y diagnóstico sobre la fiabilidad y validez del sistema**

Este capítulo que cierra el trabajo doctoral que hemos venido desarrollando hasta ahora, ha intentado detallar todo el proceso de prueba de los instrumentos diseñados para que

sirvan de fuentes de información al sistema, dando cuenta, por un lado, de la aplicación de las técnicas cuantitativas y cualitativas que constituían dicha prueba, y por otro, estableciendo una aproximación al problema de la delimitación de la fiabilidad y validez de estos instrumentos.

Se han explicitado los procedimientos usados en cada una de las vías de acercamiento a la realidad social (cuantitativa y cualitativa), al tiempo que no se han reseñado incidencias particularmente graves durante el trabajo de campo más allá de las que se preveían por la peculiaridad de la población que iba a ser estudiada (la población infantil). No obstante, hemos sugerido repetidamente que el diseño escogido para la aplicación del instrumento cuantitativo del sistema (cuestionario) es susceptible de alteraciones en el procedimiento de administración, que aquí se escogió autoadministrado pero puede también realizarse de forma asistida por un encuestador o por personal docente. Contábamos con experiencia previa en este sentido que ya había resultado ampliamente satisfactoria, por lo que ha sido la intención del autor de estas páginas la de no cerrar las puertas en este sentido.

Quizás haya sido más innovadora la idea de afianzar la medición indirecta que propone el sistema con el recurso a técnicas cualitativas de investigación (por desgracia infrecuentes en lo que a los indicadores sociales se refiere), como también es poco usual practicar estas técnicas con niños de edades tan tempranas (en algunos casos, chicos y chicas de 6,7, y 8 años). En cualquier caso, sólo podemos decir que el resultado ha sido plenamente enriquecedor, tanto para el sistema de indicadores propuesto como para la experiencia personal del investigador que dirigió los grupos de discusión con los niños.

Respecto al problema de la fiabilidad y la validez de estos instrumentos, que constituyen los puntales de la fiabilidad y validez del sistema en la medida en que son sus fuentes de información, nos vemos en la obligación de hacer algunas puntualizaciones. En primer lugar, nos parece obvio (aunque no por ello menos importante) que no existe un test perfecto o exhaustivo de la fiabilidad o la validez de un instrumento complejo como el que aquí presentamos, sino tan sólo aproximaciones más o menos afortunadas que resultan de la aplicación de estrategias diversas de medición de las mismas. En segundo lugar, no es descartable el que exista en toda investigación una cierta tensión entre ambas, de tal manera que no sea posible lograr un grado máximo de fiabilidad sin renunciar a parte de la validez y viceversa, como un experto conocedor del mundo de la investigación social ha sugerido (Babbie, 1996). Al fin y al cabo, trabajamos con recursos finitos, medios imperfectos y sujetos investigados que tienen mucha menos paciencia para responder a un cuestionario de la que mostraría una molécula de helio.

Dicho esto, sin embargo, nos parece evidente que hemos desplegado un abanico de estrategias de medición de fiabilidad y validez suficientemente amplio como para hacernos una idea (aproximada también) de la medida en que nuestro instrumento mide lo que supuestamente debe medir y lo hace de forma estable, sin introducir distorsiones que no correspondan a la variabilidad que encontramos en la realidad social estudiada. En concreto: a) se ha comprobado la

coherencia de las respuestas de los sujetos entrevistados, b) hemos analizado la manera en que los hallazgos presentados corresponden a los supuestos teóricos del sistema, c) los hemos comparado con criterios externos o resultados obtenidos por otros investigadores, d) se han calculado los coeficientes estandarizados aceptados comúnmente en la comunidad científica para calcular la fiabilidad de las baterías de preguntas que incluye el cuestionario y, finalmente, e) hemos procedido a la triangulación de los datos cuantitativos y cualitativos para ver si existía convergencia, entendiendo que ésta es un indicio de que el sistema es válido y fiable.

¿Cómo interpretar los resultados de estas pruebas? Algunas de ellas nos parece que han sido meridianamente claras; es el caso del estudio de la coherencia de las respuestas, que dice mucho en favor de la labor de adaptación del cuestionario a las particularidades de la población infantil, o de las pruebas de fiabilidad de las escalas, que han resultado muy positivas, sobre todo para ciertas baterías de enunciados, o el ejercicio de triangulación, que es claramente convergente. Otras también han apuntado a la validez del instrumento diseñado, aunque quizás más débilmente, como ocurre con el análisis de la validez predictiva o teórica. Más confusa puede

haber resultado la prueba de la validez de criterio, tal y como ha sido señalado, aunque en nuestra opinión existen indicios (por más que éstos sean débiles) de que la aplicación de la prueba del sistema de indicadores fue suficientemente satisfactoria.

Dictamen favorable, en nuestra opinión, sobre la validez y fiabilidad del sistema que, no obstante, como muchas otras cuestiones de cuantas se incluyen entre las actividades cotidianas de los científicos sociales, es susceptible de interpretación. Quedaría por hacer, desde la perspectiva de quién ha empleado tres años de su vida a esta labor, un esfuerzo público por la asunción de la lucha contra la invisibilidad estadística de la población infantil en éste y otros asuntos, para que este sistema de indicadores sociales pueda ser probado a gran escala y pase a formar parte de los instrumentos de análisis de las tendencias sociales en lo que a la población infantil se refiere, abriendo así la puerta a otros desarrollos semejantes que sólo pueden tener una finalidad: un mejor conocimiento para una mejor intervención sobre la realidad social que garantice a los menores unas óptimas condiciones de vida.



## 7. Conclusiones

Cerrar un trabajo de estas características es siempre una tarea complicada. Fundamentalmente por dos razones: por un lado, la labor sistemática de lectura, conceptualización y trabajo de campo ha producido un amplio abanico de hallazgos, ideas y líneas de indagación empírica que bien podrían merecer el estar presentes en este apartado de conclusiones, pero que será necesario depurar y sintetizar para ofrecer una imagen suficientemente sucinta de los logros del mismo; por otro, la magnitud de la tarea emprendida lleva siempre aparejado el riesgo de excluir elementos significativos de la misma en aras de ganar concreción, o al revés, ofrecer una imagen excesivamente dispersa que no haga justicia a los esfuerzos desplegados por el doctorando durante esa especie de carrera de fondo que constituye la escritura de una tesis doctoral.

Abordamos, por tanto, esta tarea, siendo conscientes de que no por ser la última es la más fácil, pero ilusionados al mismo tiempo por haber sido capaces de completar las distintas estaciones del camino que nosotros mismos habíamos marcado habiendo encontrado a lo largo de las mismas importantes hallazgos que creemos contribuirán a un mejor conocimiento de la realidad social de la población infantil en general, y a la manera en que ésta está siendo alterada por el impacto de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación en lo particular.

No debe haber pasado inadvertido a los lectores de este documento que ha sido nuestro propósito desde un principio el contribuir a llenar, siquiera brevemente, la laguna del conocimiento sociológico de la infancia y la población infantil<sup>167</sup>, redefinida en términos de deuda teórica y metodológica en el primer capítulo de esta tesis. En realidad, aunque la principal aportación de este trabajo radica en los aspectos metodológicos (diseño de un sistema de indicadores y de los instrumentos de recogida de información asociados al mismo), querríamos que ésta no apareciera desligada de la principal de nuestras intenciones: mejorar nuestro conocimiento de la vida infantil.

Para ello, hemos incluido abundante información referida al enfoque sociológico clásico sobre la infancia, que nos ha parecido insuficiente además de instrumentalizado, así como sobre los que hemos dado en llamar nuevos estudios sociales de la infancia o nueva sociología de la infancia. No somos amigos de etiquetas, como tampoco aspiramos a formar parte integrante de ninguna de ellas, ni siquiera de ésta, pero la contribución de esta nueva manera de hacer sociología –que representa también la tentativa de una nueva manera de hacer infancia– nos ha parecido útil de cara a desarrollar un conocimiento más afinado de la infancia como fenómeno social. De hecho, la idea del bienestar de la infancia aparece indisolublemente ligada a la del bienestar de la sociedad en su conjunto, por la ambivalencia que el análisis sociológico de la infancia despliega: por un lado, un análisis presente del bienestar (well being), del otro, un análisis futuro del bienestar, esto es, del buen desarrollarse o alcanzar madurez como seres sociales (well becoming). Ya lo hemos expresado en páginas anteriores: nos parecía al comenzar esta tesis, y nos lo sigue pareciendo, que el estudio de la infancia no es más que el estudio del bienestar de la sociedad por otros medios.

Y es esto lo que nos ha conducido a la herramienta metodológica escogida para producir los datos necesarios que nos ayuden a entender cómo se construye el espacio social de la infancia y la manera en que los niños se desenvuelven en él. Efectivamente, los indicadores sociales han venido siendo el instrumento privilegiado de medición del bienestar social desde los años sesenta. Tanto ha sido así que, como hemos argumentado en este texto, se ha producido una identificación un tanto rígida entre el uso de indicadores sociales y la cuantificación macroscópica del bienestar desde una perspectiva estrictamente normativa, perdiendo el instrumento en algunas ocasiones su dimensión más propiamente sociológica, aquella que se deriva del acervo teórico de la disciplina, para convertirse en parte de las tareas de recopilación estadística y control político presentes en los modernos estados nacionales. Frente a esta perspectiva, hemos defendido que en el aparente consenso científico referido al uso de indicadores sociales subyace una diversidad metodológica latente significativamente alta. Así, hemos

---

167. El lector avisado comprenderá ya, a estas alturas, que ambas cosas, con estar íntimamente relacionadas, no son la misma.

identificado dos formas de hacer indicadores: la evaluativa (macroscópica, normativa y orientada a la medición del bienestar) y la explicativa (más flexible, aplicable a colectivos más restringidos, incorporando un carácter más descriptivo sin renunciar a la perspectiva normativa), que en ningún momento nos han parecido opuestas o enfrentadas, sino recombinables para nuestros propósitos. Precisamente, hemos manejado aquí un criterio flexible en cuanto al diseño de nuestro sistema de indicadores: reteniendo su carácter normativo pero advirtiendo que éste no siempre es posible y, las más de las veces, tampoco es fácilmente deducible por los problemas evidentes de interpretación de los datos arrojados por los indicadores. La cuestión de la interpretación de los datos y los posibles problemas derivados de ella ha sido profusamente abordada a lo largo de todo este texto. Confiamos en que no se haya entendido esto como una renuncia a perseguir criterios claros de diagnóstico de los problemas sociales, sino, en todo caso, como una llamada a la prudencia y la precisión en el tratamiento de los mismos. También nos hemos congratulado de que uno de los campos más activos de desarrollo de sistemas de indicadores sociales en la actualidad es el de los indicadores sociales para la infancia, mostrando algunos de los avances producidos en este sentido pero lamentándonos al mismo tiempo de las importantes lagunas que existen todavía en el marco de la sociedad española.

Por otra parte, después de analizar aspectos concretos referidos a la naturaleza de los indicadores como instrumentos de medición indirecta de la realidad social, hemos entrado de lleno en la cuestión del diseño del sistema de indicadores sociales propuesto. Se ha seguido un esquema teórico-empírico que nos ha parecido, desde un principio, el más adecuado. Dado que todo sistema de indicadores es el resultado de a) una labor de conceptualización y operacionalización de dimensiones teóricas complejas que b) lleva aparejados determinados criterios de selección de indicadores y c) presentación de los resultados finales para su interpretación, se ha intentado que todo el proceso de construcción del sistema fuera lo más diáfano posible, ilustrando las distintas etapas del mismo con toda la exhaustividad de la que hemos sido capaces. Esta manera de proceder es la directamente opuesta a la de muchas oficinas estadísticas, que basan sus sistemas de indicadores más en una recopilación intuitiva de datos procedentes de procesos administrativos que en una formulación con base teórica. Igualmente, se ha completado el movimiento descendente desde las dimensiones conceptuales a los indicadores con la exploración de la realidad social a través de técnicas cualitativas, que se han mostrado muy útiles a la hora de revisar nuestra batería de indicadores y diseñar los instrumentos para su aplicación. Por ello, no imaginamos nuestro sistema como producido por una escalera conceptual que va del concepto al dato, sino como un círculo teórico-empírico que va del concepto a la formulación provisional de medidas indirectas de la realidad, que se comparan con los datos obtenidos ex profeso para enriquecer el proceso de operacionalización, revisándose de esta forma las medidas o indicios formuladas en el sistema de indicadores, que en realidad seguirá siendo siempre provisional. En este sentido, el estudio de la literatura científica ha servido para concienciarnos de que toda medida indirecta de la realidad social debe ser continuamente revisada

y admitida como eventual; de lo contrario, corremos el riesgo de cometer errores significativos en la precisión de la medida de fenómenos complejos y multidimensionales. El mejor sistema de indicadores, por tanto, parece el que además de investigar la realidad se investiga críticamente a sí mismo sin que sus medidas se conviertan, de facto, en las medidas del fenómeno.

Llegados a este punto, hemos ofrecido la formulación concreta de un sistema de indicadores para la medición de las condiciones de vida de la población infantil en el contexto de la sociedad de la información. En realidad, hemos advertido de que el propio concepto de sociedad de la información es ambiguo y controvertido, pero no es menos cierto que no podemos obviar el fuerte impacto que los nuevos desarrollos tecnológicos, concretamente las TIC, están teniendo sobre la vida cotidiana de los niños y niñas. Tras un análisis de varios indicadores sobre esta cuestión, hemos concluido que con un apreciable retraso respecto de su entorno, la sociedad española se transforma lentamente hacia eso que se ha denominado sociedad de la información teniendo a los menores como unos de los protagonistas del proceso. Por otra parte, la literatura consultada bosquejó un diagnóstico extremadamente impreciso sobre las posibles consecuencias que esta sociedad de la información tendrá sobre la vida de los menores, del que emanan tanto consecuencias negativas como positivas sin que sea posible determinar la verosimilitud de las mismas. Es éste el escenario ideal para sugerir la necesidad de un sistema de indicadores que consiga, de una parte, describir la situación real de los menores respecto de la tecnología y su penetración en los hogares y, de otra, cuantificar la presencia de usos positivos y potenciales amenazas relacionadas con el uso de la misma. Todo ello bajo el requisito, explicitado con anterioridad, de proporcionar visibilidad estadística a los menores convirtiéndolos -algo poco común- en unidades de observación.

En la segunda parte de este trabajo doctoral tal sistema ha sido propuesto, sobre la base de la descomposición del problema en varias dimensiones referidas a: a) la penetración de las TIC en la vida cotidiana de la población infantil, b) la tipología del uso que los menores hacen de estas tecnologías, c) el uso del tiempo en relación con las mismas, d) las diferencias de género y e) la previsión de las posibles conductas de riesgo y consecuencias perjudiciales de las mismas para los niños. Se ha procedido a la "traducción" de estas dimensiones conceptuales en indicadores, primero ideales y después operativos, que pudieran dar cuenta de la medición indirecta del problema, y después se ha contrastado este diseño con el estudio exploratorio cualitativo realizado simultáneamente a la formulación del sistema. Ha resultado un sistema ordenado en las dimensiones conceptuales antes indicadas, desagregadas a su vez en 10 categorías o áreas más concretas, de las que han permanecido, finalmente, un total de 53 indicadores operativos. Dado que el volumen de información sobre la cuestión que es posible obtener a través de fuentes secundarias es muy reducido y no siempre permite el ejercicio comparativo, se ha diseñado un cuestionario ad hoc que, una vez aplicado en condiciones de suficiente cobertura muestral, permitiría completar los requerimientos de informativos del sistema. Así, la totalidad del mismo está compuesta por información procedente de tres fuentes

diferentes (y complementarias): primarias de naturaleza cuantitativa (cuestionario), primarias de naturaleza cualitativa (grupos de discusión) y secundarias (fuentes institucionales).

Evidentemente, el trabajo habría resultado incompleto si la bondad de este instrumento complejo de medición indirecta no hubiera sido puesta a prueba. Lamentablemente, dado que el sistema ha sido diseñado para aplicarlo al caso de la población infantil española, la prueba referida a este universo escapa por completo a las limitaciones operativas y de recursos de este doctorando, por lo que ha sido necesario diseñar una estrategia alternativa de prueba del sistema. Dicha estrategia ha consistido en la aplicación de los instrumentos del sistema a escala reducida en la provincia de Huelva, y con un diseño muestral orientado no tanto a la inferencia estadística, lo cual hubiera exigido mayores niveles de cobertura muestral, sino a la contrastación de los supuestos teóricos que han dado lugar a dicho sistema de indicadores. Para ello hemos trabajado con una muestra concisa escogida conforme a un triple criterio de estratificación: edad, sexo y hábitat de los entrevistados. Ha resultado una muestra que contenía niños y niñas entre los 10 y 14 años cuyo origen era bien diferente: la mitad aproximadamente procedían de un entorno urbano que suponíamos invadido en mayor medida por los equipamientos propios de una sociedad de la información, la otra mitad por niños que habitaban un entorno rural más distante de la revolución tecnológica de las TIC. Paralelamente, durante la fase de desarrollo del sistema y posteriormente a ella, habían venido desarrollándose un total de 7 grupos de discusión compuestos por niños y niñas entre los 6 y los 14 años que se han desvelado como muy útiles en todos los aspectos: en el diseño del sistema y la elección de indicadores operativos, en la obtención de información que explique y matice los resultados cuantitativos del mismo, así como facilitando un enriquecedor ejercicio de pluralidad y triangulación metodológica del que ningún sistema de indicadores debería de carecer por ser ciertamente ilustrativo en la imagen final del fenómeno perseguido por el investigador.

Al comprobar los niveles de validez y fiabilidad del sistema hemos de concluir que éstos han sido, en nuestra opinión, satisfactorios. Nos basamos, a la hora de lanzar esta afirmación, en los resultados de distintas estrategias puestas en marcha para comprobar ambos aspectos. Así, hemos encontrado diferencias estadísticamente significativas que atañen a los supuestos teóricos que animan el sistema y bajo los cuales se ha diseñado la muestra a la que se han aplicado los instrumentos de medición (validez interna o de constructo), de la misma manera que, pese a las dificultades de comparación, también han sido halladas evidencias de que el instrumento cuantitativo ha arrojado datos concordantes con los obtenidos por otras investigaciones similares (validez externa o de criterio). Los datos también se han mostrado consistentes y el instrumento ha demostrado su adaptabilidad a la población infantil. Igualmente, las distintas baterías de preguntas incluidas en el cuestionario aplicado, al ser sometidas a las medidas estadísticas más comunes de la fiabilidad, revelaron su idoneidad y pertinencia mostrando altos niveles de correlación interna entre los enunciados que las componen y funcionando aceptablemente como mediciones complejas de determinados aspectos fundamentales de la

relación de los niños con las condiciones de uso de la tecnología (actitudes ante la tecnología, conductas de riesgo, perfil de navegación en Internet, etc.). Por todo ello, hemos concluido también que dichos instrumentos son fiables. Finalmente, el análisis de la triangulación de las dos perspectivas que hemos manejado a la hora de enfocar el fenómeno, cuantitativa y cualitativa, ha servido para abundar en esta idea; efectivamente, obtuvimos una imagen convergente de las condiciones de vida de los menores en un contexto social que les pone en contacto con una serie de tecnologías que vienen a transformar muchos aspectos de sus prácticas cotidianas, aspectos de entre los cuales hemos entresacado, por su significatividad, los del impacto sobre la sociabilidad de los menores y la cuestión de las conductas de riesgo y amenazas potenciales relacionadas con estas nuevas tecnologías de la información y la comunicación.

La conclusión general, por tanto, es que tras probar el sistema de indicadores propuesto éste parece dispuesto para ser aplicado a mayor escala y comenzar a producir datos. No obstante, raro es el sistema de indicadores que no necesita de apoyo institucional para su aplicación, dados los costes que cualquier intento ambicioso de estudio de la realidad social conlleva, y en este caso en el que existen pocos precedentes puede que éste sea todavía más necesario.

El estudio de la realidad social de la infancia ha desvelado que las consecuencias de la penetración tecnológica en la vida cotidiana de los menores no derivan directamente de la naturaleza de la innovación tecnológica ni son indiferentes a la manera en que cada sociedad construye el espacio social de la infancia. Muy al contrario, el análisis del discurso infantil ha revelado un niño que es agente social circulante entre el mundo de los adultos y el de los grupos y culturas de pares, un contexto en el que el uso y apropiación de productos tecnológicos es compleja, impredecible y sujeta a variables explicativas de índole plenamente social como la extracción social de los menores, su hábitat, su género, etc. Es por ello que un sistema de indicadores sociales que dé cuenta de tal complejidad es necesario, máxime cuando la pobreza de la información sobre las condiciones de vida de los niños aconseja romper con la situación de invisibilidad social que ha venido caracterizando a la población infantil. Renunciar a la tarea de conocer las múltiples derivaciones que las tendencias de cambio social tienen en la vida de los niños y la manera en que la situación social de los menores contiene el germen del bienestar de la sociedad futura, nos conduce directamente a la falsa idea de que los niños desarrollan una relación natural con la sociedad y con la tecnología, lo que, paradójicamente, sólo contribuye a que éstos sean considerados como individuos inmaduros (especie), hijos (familia), alumnos (escuela), o consumidores (economía), posiciones sociales todas ellas que nada tienen de natural y sí mucho de construcción social. Obviar el análisis de las condiciones de vida de la infancia y su centralidad en la tarea de reconstrucción de las relaciones inter e intrageneracionales, es hacer un flaco favor al propósito de generar estrategias de intervención social encaminadas a la mejora del bienestar de la población infantil. Por ello, una de las impresiones ineludibles que descollan en este trabajo es la de que las consecuencias de la penetración tecnológica en la vida de los niños tiene tanto que ver con la propia tecnología y su

dinámica de innovación como con la representación social de la infancia y la forma distintiva en que cada sociedad atiende las necesidades de los niños. Dicho de otra forma, el uso que los niños hacen de Internet, del ordenador o de los teléfonos móviles, sería con toda probabilidad diferente si habitaran contextos urbanos disímiles, donde el contacto social inter pares pudiera ser más frecuente, o si éstos compartieran su tiempo de ocio con los adultos de una manera menos compartimentalizada. Y son sólo dos ejemplos.

Una perspectiva compleja en la observación de la manera en que los niños se apropian de la tecnología, en contextos familiares y otros que más bien pertenecen a las relaciones inter pares, exige el desarrollo paralelo de instrumentos también complejos de observación y medida. El sistema aquí expuesto pretende cubrir las necesidades de conocimiento detallado (y contextualizado) en relación a esta cuestión, dado que consideramos que la investigación empírica realizada hasta la fecha, fundamentalmente de orientación psicológica, ha sido útil pero tiende a ofrecer explicaciones reduccionistas. Al mismo tiempo, ha sido un objetivo fundamental en el esquema de desarrollo del sistema de indicadores el considerar a los niños como unidades de observación, tanto desde una perspectiva cuantitativa como cualitativa.

Para dar cuenta de la complejidad del fenómeno, que no se limita a la cuestión de cómo es la relación del niño con la tecnología sino al grado en que esta tecnología se encuentra presente en los hogares españoles y su uso es supervisado o controlado por las figuras adultas, así como la función que cumple respecto a la extensión de las redes de sociabilidad propias de la infancia o su relación con la organización del tiempo de la población infantil (entre otros muchos aspectos), ha sido ensayada con éxito una estrategia complementaria que vincula el gesto de la medición (propia de los sistemas de indicadores sociales) con el de la interpretación del discurso producido por los niños en el contexto de la sociedad de la información a través de técnicas cualitativas (concretamente los grupos de discusión adaptados al funcionamiento con población infantil, si bien otras técnicas como la observación etnográfica podrían haber tenido cabida en el diseño). Precisamente, la lección que se ha extraído de la aplicación de dicha estrategia complementaria es que el ejercicio de la triangulación metodológica facilita el aspecto más controvertido y complejo del desarrollo de sistemas de indicadores sociales, que es el normativo. La impresión que produciría la mera aplicación del instrumento cuantitativo del sistema no podría considerarse satisfactoria, ahora que conocemos aspectos no cuantificables de la realidad estudiada. El análisis cualitativo nos ha permitido entender la manera en que se imbrican las pautas de uso de la red o de los videojuegos en un contexto de ocio programado y encorsetado por horarios que responden más a las necesidades de los propios adultos que de los niños. Ha sido inevitable ver en el discurso de los niños (sobre todo de los que han sido entrevistados en un marco urbano) un cierto malestar por ver sus movimientos controlados y sus redes de sociabilidad fuertemente restringidas. Incluso ha sido frecuente constatar que los niños, en tanto agentes sociales más capaces y creativos de lo que en muchas ocasiones imaginamos, desarrollan usos paralelos para objetos tecnológicos que, en

un principio, han sido diseñados para un uso individual. ¿Hubiera sido posible obtener esta información si sólo se hubiera atendido a los aspectos estrictamente cuantificables propuestos por el sistema? Puede que en parte sí y en parte no, dado que ésta ha sido obtenida tras aplicar al discurso infantil un análisis de cierta profundidad. En cualquier caso, nos parece plenamente justificado el uso de este tipo de estrategias plurales.

Finalmente, es justo señalar las limitaciones presentes en el diseño del sistema de indicadores sociales. En realidad, si hay algo que hemos manifestado abiertamente en este trabajo es que si bien nos parece que los indicadores sociales son un instrumento significativamente útil en la medición de la realidad social no es menos cierto que adolecen de ciertas limitaciones. Por un lado, sólo remiten a los aspectos cuantificables de esa misma realidad, que no son todos ni tan siquiera los más importantes, y eso a través de un instrumento indirecto y nunca del todo preciso (como es el indicador) cuya relación con los referentes teóricos debe ser construida de manera compleja y discutible (pues es, en sí misma, una hipótesis) y cuya interpretación se presta a discusión. A esto añadiríamos, para el caso del sistema propuesto en esta tesis doctoral, que nos ocupamos de un colectivo de población que presenta peculiaridades de naturaleza metodológica. Por un lado, el acceso a la población infantil es más complejo que en el caso de la población adulta. Con frecuencia el investigador encuentra barreras para acceder al ámbito privado de la familia y entrevistar allí a los niños, toda vez que ha de evitar la injerencia de los adultos en sus respuestas. Para evitar este problema puede optarse por acudir a la población escolarizada, pero también aquí puede encontrar que otro tipo de figuras adultas podrían “contaminar” el proceso, por lo que un sistema de estas características necesita prestar atención a aspectos que serían fácilmente salvables en el caso de trabajar con población adulta. De otro lado, la población infantil requiere la adaptación de las técnicas de investigación comúnmente utilizadas por los sociólogos, y en muchas ocasiones esto implica una cierta pérdida de información. En este caso, hubo de diseñarse un instrumento cuantitativo (cuestionario) más corto de lo normal, con un lenguaje simplificado y preguntas menos complejas. Esto permite la medición y el tratamiento del menor como unidad de observación, pero sólo a costa de obtener menos información. Precisamente por ello, deben combinarse distintas técnicas de investigación. Por último, todo sistema de indicadores suele descansar, en mayor o menor medida, sobre el uso de fuentes secundarias de información, y más concretamente aquéllas que suministran datos administrativos de amplia cobertura y fiabilidad (censos, registros, encuestas periódicas, etc.). Como ya hemos indicado, la tónica general en lo que respecta a la infancia ha sido la “invisibilidad estadística”, por lo que este sistema cuenta con un menor apoyo en este sentido y depende, en mayor medida, de los datos que pueda producir el mismo investigador.

Por último, aunque no menos importante, nos consta que todo sistema de indicadores sociales se ve afectado por una clara impronta de provisionalidad, aunque esto no se haga explícito. Como instrumentos para el conocimiento de la realidad social deben estar abiertos a cambios en la misma que

conviertan las medidas indirectas propuestas o indicadores en medidas obsoletas o poco significativas, de manera que éstas vayan siendo sustituidas y/o mejoradas conforme se produce la mudanza del rango de los fenómenos estudiados. En este caso, por tratar un tipo social emergente y todavía poco definido, la sociedad de la información, nuestro sistema acentúa ese carácter de provisionalidad y contingencia. Si finalmente resulta aplicado al conjunto de la población infantil española, para lo que ha sido diseñado, debería ser revisado y actualizado desde el mismo momento de su puesta en marcha, bajo el riesgo de que no sea capaz de captar los rasgos novedosos que conforman y trasfiguran las condiciones de vida de la población infantil en el contexto de una sociedad crecientemente tecnificada.

Como ya hemos dicho, entendemos el sistema de indicadores sólo como un primer paso para aumentar la visibilidad estadística de los menores o, lo que es lo mismo, su presencia en el conjunto del planteamiento de los problemas sociales de una sociedad y las estrategias políticas generadas para la intervención sobre éstos. Quizás el siguiente reto sea la configuración de un sistema, aún más ambicioso, destinado a la medición del bienestar social de la infancia, que bien podría contener éste que proponemos como parte constituyente, lo cual ayudaría también a revitalizar un campo de estudio –el de los indicadores– que por muchas razones parecía haber entrado, a consecuencia de un cierto escepticismo sobre sus posibilidades después del intenso optimismo de los años sesenta y setenta, en una fase ralentizada de su desarrollo





# Referencias Bibliográficas

- Abrams, Mark (1973), "Subjective Social Indicators", *Social Trends*, nº 4, pp. 35-50.
- Agocs, Carol (1970), "Social Indicators: Selected Readings", *Annals of The American Academy of Political and Social Sciences*, nº 338, pp. 241-261.
- Aguilar, Fernando et al. (1995), *Indicadores sociales de calidad de vida y tercera edad*, Madrid, Instituto de Estudios Sociales Avanzados.
- Aguinaga, Josune y Comas, Domingo (1991) *Infancia y adolescencia: la mirada de los adultos*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales.
- AIMC (Asociación para la Investigación de los Medios de Comunicación) (2003) *Navegantes en la red. Quinta encuesta AIMC a usuarios de Internet*, edición electrónica ([www.aimc.es](http://www.aimc.es)), acceso 17-2-2003.
- Alberdi, Inés (1997), "La familia. Convergencia y divergencia de los modelos familiares españoles en el entorno europeo", *Política y Sociedad*, nº 26, pp. 73-94.
- Álvarez Page, Mariano (1996), *Los usos del tiempo como indicadores de la discriminación entre géneros*, Madrid, Ministerio Asuntos Sociales-Instituto de la Mujer.
- Amichai-Hamburger, Y. (2002) "Internet and personality", *Computers in Human Behavior*, Vol. 18, pp. 1-10.
- Andorka, Rudolf (1984), "A System of Social Indicators for the CMEA Countries and for Hungary", *Social Indicators Research*, nº 14, pp. 241-261.
- Andrews, Arlene Bower (1997) "Assessing Neighbourhood and Community Factors that Influence Children's Well-Being" en: Ben-Arieh, Asher y Wintersberger, Helmut (eds.) *Monitoring and Measuring the State of Children-Beyond Survival*, Viena, Eurosocial Report (European Centre for Social Welfare Policy and Research), nº 62.
- Andrews, Frank M. (1990), "Whatever Happened to Social Indicators?", *Journal of Public Policy*, nº 9, pp. 401-405.
- Antoine, Jacques (1970), "Rôle des indicateurs sociaux dans la planification", *Chronique Sociale de France*, nº 78, pp. 19-31.
- Aranguren, José Luis et al. (1983) *Infancia y sociedad en España*, Jaén, Hesperia.
- Ariés, Phillipe (1987) *EL niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus.
- Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa (1996), *Recommendation 1286 (1996) on a European strategy for children*.
- Attali, Jacques (1991) *Milenio*, Barcelona, Seix Barral.
- Attewell, Paul y Battle, Juan (1999) "Home Computers and School Performance", *The Information Society*, Vol. 15, pp. 1-10.
- Babbie, Earl (1996) *Manual para la práctica de la investigación social*, Bilbao, Desclée De Brouwer.
- Balcells i Junyent, Josep (1994) *La investigación social*, Barcelona, PPU.
- Ballesteros, Fernando (2002) *La brecha digital*, Madrid, Fundación Retevisión.
- Bardy, Marjatta (1989), "Modernization of Social Services", en: European Centre, *Children at Risk – Future Developments in Child Welfare and Family Policy*, Eurosocial Report nº 33, Viena.
- Baruch, Yehuda (2001) "The autistic society", *Information and Management*, nº 38, pp. 129-136.
- Bas, Enric. y Mateo, Miguel Ángel. (1998) "Sociología del ciberespacio: análisis topográfico de la articulación reticular de las tecnologías de información y comunicación y su relación con procesos de exclusión social en el sistema mundial", ponencia presentada en el III Foro sobre Tendencias Sociales, UNED, 28-30 Octubre.
- Bauer, Raymond (ed.) (1966a) *Social Indicators*, Cambridge (Masschusetts), M.I.T. press.
- (1966b) "Detection and Anticipation of Impact: The Nature of the Task", en: Bauer, Raymond (ed.) *Social Indicators*, Cambridge (Masschusetts), M.I.T. press.
- Beal, George M. et al. (1971), "Social Indicators: Bibliography I", *Sociology Report*, nº 92, Ames (Iowa), Department of Sociology and Anthropology, Iowa State University.
- Beck, Ulrich (1993) *Risk Society. Towards a new modernity*, London, Sage.

- Beck, Ulrich; Giddens, Anthony; Lash, S (1997) *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Madrid, Alianza.
- Becker, Henry Jay (2000) "Who's Wired and Who's Not: Children's Access to and Use of Computer Technology", *The Future of Children. Children and Technology*, Vol. 10, nº 2, pp. 44-75.
- Béjar, Helena (1990) *El ámbito íntimo. Privacidad, individualismo y modernidad*, Madrid, Alianza.
- (1993) *La cultura del yo. Pasiones colectivas y afectos propios en la teoría social*, Madrid, Alianza.
- Beltrán, Miguel (1991), *La realidad social*, Madrid, Tecnos.
- Bell, Daniel (1976) *El advenimiento de la sociedad postindustrial*, Madrid, Alianza.
- (1985, e.o. 1981) "La telecomunicación y el cambio social", en: De Moragas, Miguel (ed.) *Sociología de la comunicación de masas. IV Nuevos problemas y transformación tecnológica*, Barcelona, Gustavo Gili.
- Bellah, Robert N. et al. (1989) *Hábitos del corazón*, Madrid, Alianza.
- Ben-Arieh, Asher (1997a) "Introduction: Measuring and Monitoring the State of Children", en: Ben-Arieh, Asher y Wintersberger, Helmut (eds.) *Monitoring and Measuring the State of Children- Beyond Survival*, Viena, Eurosocial Report (European Centre for Social Welfare Policy and Research), nº 62, pp. 9-26.
- (1997b) "Why Bother? The Rationale for Measuring the State of Children", en: Ben-Arieh, Asher y Wintersberger, Helmut (eds.) *Monitoring and Measuring the State of Children- Beyond Survival*, Viena, Eurosocial Report (European Centre for Social Welfare Policy and Research), nº 62, pp. 29-38.
- (2000) "Beyond Welfare: Measuring and Monitoring the State of Children New Trends and Domains", *Social Indicators Research*, Vol. 52, nº 3, pp. 253-257.
- Ben-Arieh, Asher y Wintersberger, Helmut (eds.) (1997) *Monitoring and Measuring the State of Children- Beyond Survival*, Viena, Eurosocial Report (European Centre for Social Welfare Policy and Research), nº 62.
- Berger, Peter L. y Luckmann, Thomas (1968) *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Bericat Alastuey, Eduardo (1996) "La sociedad de la información. Tecnología, cultura, sociedad", *REIS*, nº 76, pp. 99-121.
- (1998) *La integración de los métodos cuantitativo y cualitativo en la investigación social*, Barcelona, Ariel.
- Bernal, John D. (1967), *Historia social de la ciencia*, Barcelona, Península.
- Biderman, Albert D. (1966) "Social Indicators and Goals", en: Bauer, Raymond (ed.) *Social Indicators*, Cambridge (Mass.), M.I.T. press.
- Blalock, Hubert M. (1968), "The Measurement Problem: A Gap Between the Languages of Theory and Research", en: Blalock, Hubert M. y Blalock, Ann B. (ed.), *Methodology in Social Research*, New York, Mc-Graw Hill.
- (1975) "Indirect Measurement in Social Science: Some Nonadditive Models" en: Blalock, Hubert M. Et al. *Quantitative Sociology. International Perspectives on Mathematical and Statistical Modeling*.
- (1982), *Conceptualization and Measurement in the Social Sciences*, Beverly Hills (Cal.), Sage Publications.
- Blumer, Herbert (1982) *El interaccionismo simbólico*, Barcelona, Hora.
- Boocock, Sarane Spence (1991) "Childhood and Childcare in Japan and the United States: a Comparative Analysis", *Sociological Studies of Child Development*, Vol. 4, pp. 51-88.
- Borzekowski, Dina L. G. y Rickert, Vaughn I. (2001) "Adolescent Cybersurfing for Health Information. A new Resource That Crosses Barriers", *Archives of Pediatrics and Adolescent Medicine*, Vol. 155, pp. 813-817.
- Boudon, Lazarsfeld, Raymon y Paul (1973), *Metodología de las Ciencias Sociales*, Barcelona, Laia (1 edición).
- Bourdieu, Pierre (1991) *EL sentido práctico*, Madrid, Tecnos.
- Boyatzis, Chris J. (1997) "Of Power Rangers and V-Chips", *Young Children*, Vol. 52, nº 7, pp. 74-79.
- Bradley, Ben S. (1992) *Concepciones de la infancia*, Madrid, Alianza.
- Brannen, Julia y O'Brien, Margaret (1996) *Children in Families: Research and Policy*, London, Falmer Press.
- Brenner, V. (1997) "Parameters of Internet use, abuse and addiction: the first 90 days of Internet Usage Survey", *Psychological Reports*, Vol. 80, pp. 879-882.
- Brown, Brett V. (1997), "Indicators of Children's Well-Being: A Review of Current Indicators Based on Data from the Federal Statistical System", en: Hauser, Robert M, Brown, Brett V. y Prosser, William R. (eds.), *Indicators of Children's Well-Being*, New York, Russel Sage Foundation.
- (1998), "Social Indicators of Child Well-being and the World Wide Web: Considering Youth as Users", ponencia presentada en el 98 symposium internacional CRN (Child Research Net): *Augmented Childhood: Evolution of Child Development in the Multimedia Environment*, Tokyo (Japón), 22-24 Enero.
- Bryk, Anthony y Hermannson, Kim (1994), "Observations on the Structure, Interpretation and Use of Education Indicator Systems", en: Centre for Educational Research and Innovation, *Making Education Count. Developing and Using International Indicators*, Paris, OCDE.
- Buchman, Debra y Funk, Jeanne B. (1996) "Video and Computer Games in the 90's: Children's Time commitment and game preference", *Children Today*, Vol. 24, nº 12-15.
- Bunge, Mario (1969), *La investigación científica*, Barcelona, Ariel.
- (1985), *Teoría y realidad*, Barcelona, Ariel.
- Cahill, Spencer E. (1980) "Directions For An Interaccionist Study of Gender Development", *Symbolic Interaction*, Vol. 13, pp. 123-138.
- (1983) "Reexamining the Adquisition of Sex Roles: A Social Interactionist Approach", *Sex Roles*, Vol. 9, pp. 1-15.
- (1986a) "Childhood Socialization as a Recruitment Process: Some Lessons from the Study of Gender Development", *Sociological Studies of Child Development*, Vol. 1, pp. 163-186.
- (1986b) "Lenguaje Practices and Self Definition: The Case of Gender Identity Acquisition", *The Sociologica Quarterly*, Vol. 27, pp.295-311.
- (1989) "Fashioning Males and Females: Appearance Management and the Social Reproduction of Gender", *Symbolic Interaction*, Vol. 12, pp. 281-298.

- (1990) "Childhood and Public Life: Reaffirming Biographical Divisions", *Social Problems*, Vol. 37, nº 3, pp. 390-402.
- (1994) "And a Child Shall Lead Us? Children, Gender, and Perspectives by Incongruity", en: Herman, Nancy H. y Reynolds, Larry T. (ed.) *Symbolic Interaction: An Introduction to Social Psychology*, Nueva York, General Hall Press.
- Cakwell, Tony (1998) "The Information Age-for better or for worse", *Journal of Information Science*, Vol. 24, nº 1, pp. 56-58.
- Calabresse, Andrew (1997) "Creative Destruction? From the Welfare State to the Global Information Society", *Javnost-The Public*, Vol. 4, nº 4, pp. 7-24.
- Callejo, Javier (2001) *El grupo de discusión: introducción a una práctica de investigación*, Barcelona, Ariel.
- Campbell, Angus; Converse, Philip E. (1972), *The Human Meaning of Social Change*, New York, Russell Sage Foundation.
- Canales, Manuel y Peinado, Antonio (1994) "El grupo de discusión", en: *Métodos y técnicas de culitativas de investigación en ciencias sociales*, Madrid, Síntesis.
- Cannavò, Leonardo (1995) "Il primato della pragmatica. Il senso degli indicatori nella ricerca sociale", *Sociologia e Ricerca Sociale*, nº 47-48, pp. 7-25.
- Caridad Sebastián, Mercedes (coord.) (1999) *La Sociedad de la Información. Política, tecnología e industria de los contenidos*, Madrid, Centro de Estudios Ramón Areces.
- Caridad Sebastián, Mercedes et al. (2001) "Information Policies in Spain: Towards the New 'Information Society'", *Libri*, Vol. 51, pp. 4, Vol. 51, pp. 49-60.
- Carley, Michael (1981), *Social Measurement and Social Indicators. Issues of Policy and Theory*, London, George Allen & Unwin.
- Carlisle, Elaine (1972), "The Conceptual Structure of Social Indicators", en: Shonfield, Andrew. Y Shaw, Stella. *Social Indicators and Social Policy*, London, Heinemann (1ª edición).
- Carmona Guillén, José Antonio (1977), *Los indicadores sociales, hoy*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Casas Aznar, Ferrán (1989), *Técnicas de Investigación social: los indicadores sociales y psicosociales*, Barcelona, Promoción y publicaciones Universitarias (1ª edición).
- (1992) "Las representaciones sociales de las necesidades de niños y niñas, y su calidad de vida", *Anuario de Psicología*, nº 53, pp. 27-45.
- (1997), "Children's Rights and Children's Quality of Life: Conceptual and Practical Issues", *Social Indicators Research*, nº 42, pp. 283-298.
- Castells, Manuel (1995) *La ciudad informacional. Tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional*, Madrid, Alianza.
- (1996) "The Net and the Self. Working notes for a critical theory of the informational society", *Critique of Anthropology*, Vol. 16, nº 1, pp. 9-38.
- (1997) *La era de la información. Economía, sociedad y cultura (Vol. I "la sociedad red")*, Madrid, Alianza.
- (1998) "La estructura social de la era de la información: la sociedad red", en: Tezanos, J.F. y Sánchez Morales, R. (eds.) *Tecnología y sociedad en el nuevo siglo. II Foro sobre tendencias sociales*, Madrid, Sistema.
- (2000) "Tecnologías de la información y desarrollo global", *Política Exterior*, nº 78, pp. 151-168.
- Cazes, Bernard (1970), "Que peut-on attendre des indicateurs sociaux?", *Chronique Sociale de France*, nº 78, pp. 5-17.
- (1972), "The Development of Social Indicators: a survey", en: Shonfield, A. Y Shaw, E. *Social Indicators and Social Policy*, London, Heinemann (1ª edición).
- CECS (1998) *España 1997. Una interpretación de su realidad*, Madrid, Fundación Encuentro.
- Clarke, Lynda (1996) "Demographic Change and The Family Situation of Children", en: Brannen, Julia y O'Brien, Margaret, *Children in Families: Research and Policy*, London, Falmer Press.
- Cohen, Erik H. (2000), "Multidimensional Analysis of International Social Indicators - Education, Economy, Media and Demography", *Social Indicators Research*, nº 50, pp. 83-106.
- Colectivo IOE (1989) "Infancia moderna y desigualdad social", *Documentación Social*, nº 74.
- Comas Arnau, Domingo y Aguinaga Roustán, Josune (1991) *Infancia y adolescencia: la mirada de los adultos*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales.
- Conde, Fernando (1996) *La vivienda en Huelva. Cultura e identidades urbanas*, Empresa Pública de Suelo de Andalucía-Fundación El Monte.
- Cook-Gunperz, Jenny et al. (1986) *Children's Worlds and Children's Language*, Berlin, Mouton de Gruyter.
- Corsaro, William A. (1979) "Young Children's Conception of Status and Role", *Sociology of Education*, Vol. 52, pp. 46-59.
- (1985) *Friendship and Peer Culture in the Early Years*, Norwood (NJ), Ablex Publishing Corporation.
- (1986) "Discourse Processes within Peer Culture: From a Constructivist to an Interpretative Approach to Childhood Socialization", *Sociological Studies of Child Development*, Vol. 1, pp. 81--101.
- (1992) "Interpretative Reproduction in Children's Peer Cultures", *Social Psychology Quarterly*, Vol. 55, pp. 160-177.
- (1997) *The Sociology of Childhood*, Thousand Oaks (Ca.), Pine Forge Press.
- Corsaro, William A. et al. (1992) "Theoretical and Methodological Perspectives in the Interpretative Study of Children", *New Directions For Child Development*, nº 58, pp. 5-23.
- Corsaro, William A. y Eder, Donna (1990) "Children's Peer Cultures", *Annual Review of Sociology*, Vol. 16, pp. 197-220.
- Corsaro, William A. y Rizzo, Thomas A. (1990) "An Interpretative Approach to Childhood Socialization", *American Sociological Review*, Vol. 53, pp. 879-894.
- Critto, Adolfo (1979), "L'Etude des indicateurs sociaux: problemes methodologiques", *Travail et Société*, Vol. 4, nº 4, pp. 355-379.
- Curry Jansen, Sue (1989) "Gender and the Information Society: A Socially Structured Silence", *Journal of Communication*, VI. 39, nº 3, pp. 196-215.

- Darling-Hammond, Linda (1994), "Policy Uses and Indicators", en: Centre for Educational Research and Innovation, Making Education Count. Developing and Using International Indicators, Paris, OCDE.
- Davies, Marie M. (2001) 'Dear BBC': Children, Television Storytelling and the Public Sphere, Cambridge, Cambridge University Press.
- Davila, P. et al. (1991) "La protección infantil y los tribunales tutelares de menores en el País Vasco", Historia de la Educación, nº 10, pp. 227-252.
- De Mause, LLOYD. (1982) Historia de la infancia, Madrid, Alianza.
- De Miguel Rodríguez, Amando (1967), "Primer estudio" en: Fundación Foessa, Tres estudios para un sistema de indicadores sociales, Madrid Fundación Foessa-Euramérica.
- (1973), Homo sociologicus hispanicus. Para entender a los sociólogos españoles, Barcelona, Barral.
- Dean, Jodi (1999) "Virtual fears", Signs: Journal of Women in Culture and Society, Vol. 24, nº 4, pp. 1069-1078.
- Del Campo, Salustiano (2000), "William F. Ogburn y la evolución social", Revista Española de Investigaciones Sociológicas, nº 92, pp. 319-320.
- Del Campo, Salustiano y Navarro, Manuel (1972), Los indicadores sociales a debate, Madrid, Euramérica.
- Del Campo, Salustiano y Navarro, Manuel (1976), Crítica de la planificación social española 1964-1975, Madrid, Castellote.
- Del Río, Pablo (1992) "El niño y el contexto sociocultural", Anuario de Psicología, nº 53, pp. 61-69.
- Delors, Jacques (1971), Contribution à une recherche sur Les Indicateurs Sociaux, Paris, SEDEIS.
- Dencik, Lars (1992) "Creciendo en la era posmoderna: el niño y la familia en el Estado del Bienestar", Anuario de Psicología, nº 53, pp. 71-98.
- Denzin, Norman K. (1972) "The Genesis of Self in Early Childhood", The Sociological Quarterly, Vol. 13, pp. 291-314.
- (1977) Childhood Socialization, San Francisco (Ca.), Jossey-Bass.
- (1979) "Toward a Social Psychology of Childhood Socialization", Contemporary Sociology, Vol. 8, pp. 550-556.
- (1982) "The Significant Others of Young Children: Notes toward a Phenomenology of Childhood", en: Borman, K.M. et al. (ed.) The Social Life of Children in a Changing Society, Hillsdale (Nj), Erlbaum.
- Díaz Martínez, José Antonio (1998) "Tendencias tecnológicas emergentes de la sociedad informacional en España", en: Tezanos, J.F. y Sánchez Morales, R. (eds.) Tecnología y sociedad en el nuevo siglo. II Foro sobre tendencias sociales, Madrid, Sistema.
- Diez Nicolás, Juan (1967), "segundo estudio" en: Fundación Foessa, Tres estudios para un sistema de indicadores sociales, Madrid, Fundación Foessa-Euramérica.
- Dingwall, R. et al. (1984), "Childhood as a Social Problem: A Survey of the History of Legal Regulation", Journal of Law and Society, Vol. 11, nº 2, pp. 207-233.
- Dolev, Talal. y Habib, Jack. (1997), "A Conceptual Framework for Developing Indicators", en: Ben-Arieh, Asher y Wintersberger, Helmut (eds.) Monitoring and Measuring the State of Children- Beyond Survival, Viena, Eurosocial Report (European Centre for Social Welfare Policy and Research), nº 62, pp. 65-80.
- Durkheim, Emile (1975) Educación y Sociología, Barcelona, Península.
- (1976), El suicidio, Madrid, Akal.
- Echeverría, Javier (2001) "Indicadores educativos y sociedad de la información", www.campus-oei.org/salactsi/indicadores.htm (acceso el 25/6/2002).
- Eckelaar, John (1986) "The Emergence of Children's Rights", Oxford Journal of Legal Studies, Vol. 6, nº 2.
- El Pais.es (2002) "Cien menores acuden a terapia en Andalucía por su adicción a Internet", (www.elpais.es), acceso el 25/6/2002.
- Elejabeitia, Carmen et al. (1999), Propuesta de un sistema de indicadores sobre la situación social de las mujeres, Sevilla, Instituto de Estadística de Andalucía.
- Elias, Norbert (1989) El proceso de Civilización, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1991) La société des individus, Paris, Fayard.
- (1995) Sociología fundamental, Barcelona, Gedisa.
- Elkjaer, Bente (1992) "Girls and Information Technology in Denmark- an account of a socially constructed problem", Gender and Education, Vol. 4, nº 1-2, pp. 25-40.
- Elzo, Javier (2000) "Los jóvenes españoles del 99: la modosa revolución de lo cotidiano", Sociedad y Utopía, nº 15, pp. 94-107.
- Erikson, Erik H. (1993) Infancia y sociedad, Buenos Aires, Lumen-Hormé.
- Esposito, Emilio y Mastroianni, Michele (2002) "Information technology and personal computers: the relational life cycle", Technovation, Vol. 22, pp. 41-50.
- Estallo, Juan A. (2001) "Usos y abusos de Internet", Anuario de Psicología, Vol. 32, nº 2, pp. 95-108.
- Estes, Richard J. (1997), "Social Development Trends in Europe, 1970-1994: Development Prospects for the New Europe", Social Indicators Research, nº. 42, 1-19.
- Etzioni, Amitai (1984) "The Two-Track Society", National Forum, Vol. 64, nº 3, pp. 3-5.
- European Centre (1989), Children at Risk – Future Developments in Child Welfare and Family Policy, Eurosocial Report nº 33, Viena.
- European Institute of Home Computing (2001) (www.packardbell.com), acceso el 15/5/2001.
- Fager, Keri et al. (2001) "Constructing the Child Computer Use: from public policy to private practices", British Journal of Sociology of Education, Vol. 22, nº 1, pp. 91-108.
- Federal Interagency Forum on Child and Family Statistics (2001), America's Children: Key National Indicators of Well Being, 2001, Washington D.C. Federal Interagency Forum on Child and Family Statistics-Government Printing Office.
- Feil, Christine y Keddi, Barbara (2000) "Das Internet: ein Ort für Kinder?", Diskurs, Vol. 10, nº 1, pp. 6-8.



- Fernández De Lis, Patricia (2002) "Las consolas son más que un juego", *El País*, Domingo, 19 de mayo, pg. 5 (suplemento de negocios).
- Fine, Gary A. y Sandstrom, Kent L. (1988) *Knowing Children. Participant Observation with Minors*, Newbury Park (Cal.), Sage Publications.
- Fletcher-Flinn, Claire M. y Suddendorf, Thomas (1996) "Computer attitudes, Gender and Exploratory Behavior: A Developmental Study", *Journal of Educational Computing Research*, Vol. 15, nº 4, pp. 369-392.
- FOESSA (1967), *Tres estudios para un sistema de indicadores sociales*, Madrid, Fundación Foessa-Euramérica.
- (1994) *V Informe sociológico sobre la situación social en España. Sociedad para todos en el año 2000*, Madrid, Fundación FOESSA.
- Fogelman, Martin (1994) "Freedom and Censorship in the Emerging Electronic Environment", *The Information Society*, Vol. 10, nº 4, pp. 295-303.
- Forester, Tom (1992) "Megatrends or Megamistakes? What Ever Happened to the Information Society", *The Information Society*, Vol. 8, pp. 133-146.
- Foucault, Michel (1975) *Vigilar y Castigar*, Madrid, Siglo XXI.
- (1976) *Historia de la locura en la época clásica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Fox, Karl A. (1974), *Social Indicators and Social Theory: elements of an Operational System*, New York, Wiley-Interscience.
- Freeman-Longo, Robert E. (2000) "Children, Teens and Sex on the Internet", *Sexual Addiction & Compulsivity*, Vol. 7, nº 1-2, pp. 75-90.
- Freud, Sigmund (1970) *El malestar en la cultura*, Madrid, Alianza.
- Fuhs, Burkhard (1999) "Die Generationenproblematik in der Kindheitsforschung", en: Honig, Michael-Sebastian et al. (Hrsg.) *Aus der Perspektive von Kindern? Zur Methodologie der Kindheitsforschung*, München, Juventa-Verlag.
- Funk, Jeanne B. (1993a) "Reevaluating the Impact of Video Games", *Clinical Pediatrics*, Vol. 32, pp. 86-90.
- (1993b) "Video Games", *Adolescent Medicine*, Vol. 4, pp. 589-598.
- Funk, Jeanne B. et al. (1997) "Children and Electronic Games in the United States", *Trends in Communication*, Vol. 2, pp. 111-126.
- (2000) "Preference for Violent Electronic Games, Self-Concept, and Gender Differences in Young Children", *American Journal of Orthopsychiatry*, Vol. 70, nº 2, pp. 233-241.
- Funk, Jeanne B. y Buchman, Debra (1995) "Video Game Controversies", *Pediatric Annals*, Vol. 24, pp. 91-94.
- (1996a) "Playing Violent Video Games and Adolescent Self-Concept", *Journal of Communication*, Vol. 46, pp. 19-32.
- (1996b) "Children's Perception of Gender Differences in Social Approval for Playing Electronic Games", *Sex Roles*, Vol. 35, nº 3-4, pp. 219-231.
- Gaiser, Wolfgang (1994), "Aufwachsen im Medienalltag. Einführung in das Thema", *Diskurs*, vol. 4, nº 1, pp. 2-7.
- Gaitán, Lourdes (1999) *El espacio social de la infancia. Los niños en el estado del bienestar*, Madrid, Consejería de Sanidad y Servicios Sociales de la Comunidad de Madrid (Instituto Madrileño del Menor y la Familia).
- Galante Guille, Rafael et al. (2000), *Evaluación de los indicadores de vida de los menores en situación de riesgo social*, Sevilla, Instituto de Estadística de Andalucía.
- Gandy jr., Oscar H. (1989) "The Surveillance Society: Information Technology and Bureaucratic Social Control", *Journal of Communication*, Vol. 39, nº 3, pp. 61-76.
- Garitaonandia, Carmelo et al. (1999) "Qué ven y cómo juegan los niños españoles", *ZER. Revista de Estudios de la Comunicación*, nº 6, pp. 67-95.
- Garnham, Nicholas (1998) "Information Society Theory as Ideology: A Critique", *Society and Leisure*, Vol. 21, nº 1, pp. 97-120.
- Gaskins, Suzanne (1994) "Integrating Interpretative and Quantitative Methods in Socialization Research", *Merril-Palmer Quarterly*, Vol. 40, nº 3, pp. 313-333.
- Gastón, Enrique (1978) *...Cuando mean las gallinas. Una aproximación a la sociología de la infancia*, Barcelona, Ayuso.
- Giacquinta, Joseph B. y Lane, Peggy Ann (1990) "Fifty-one Families with Computers: A Study of Children's Academic Uses of Microcomputers at Home", *Educational Technology Research and Development*, Vol. 38, nº 2, pp. 27-37.
- Giddens, Anthony (1993) *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza.
- Gillis, John R. (1997) *A world of Their Own Making. Myth, Ritual, and the Quest for Family Values*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.
- González Suárez, Dominga de la Paz et al. (2000), *Sistema de indicadores sociales sobre integración de inmigrantes en Andalucía*, Sevilla, IEA.
- González-Conde Llopis, Carlos (1999), *Fuentes de Información Estadística*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma.
- Graue, Elizabeth y Walsh, Daniel J. (1998) *Studying Children in Context. Theories, Methods, and Ethics*, Thousand Oaks (Cal.), Pine Forge Press.
- Green, Eileen y Adam, Alison (1998) "On-Line Leisure. Gender and ITCs in the home", *Information, Communication & Society*, Vol. 1, nº 3, pp. 291-312.
- Green, Stephen (1999) "A Plague on the Panopticon. Surveillance and power in the global information economy", *Information, Communication and Society*, Vol. 2, nº 1, pp. 26-44.
- Greig, Anne y Taylor, Jayne (1999) *Doing Research with Children*, London, Sage.
- Gross, Bertram M. (1966), "The State of the Nation: Social System Accounting", en: Bauer, Raymond (ed.) *Social Indicators*, Cambridge (Massachusetts), M.I.T. press.
- Grunwald Associates (2001) ([www.grunwald.com](http://www.grunwald.com)), acceso el 21/3/2001.
- Gualda Caballero, Estrella y Rodríguez Pascual, Iván (2001a) "Investigando la infancia: una propuesta metodológica", comunicación presentada en el VII Congreso español de sociología (Federación Española de Sociología-FES), Salamanca, 20-22 Septiembre de 2001.

- (2001b) "Penetración tecnológica en los hogares. El caso de los menores y jóvenes del Distrito VI de Huelva", comunicación presentada en las Jornadas de Nuevas Estrategias para la Familia, Universidad Pública de Navarra, Pamplona, Abril de 2001.
- (2002) "Investigando la infancia", Documentos de trabajo, Fundación centrA.
- Harbeck, Julia y Sherman, Thomas M. (2000) "Seven Principles for Designing Developmentally Appropriate Internet Sites for Young Children", *Diskurs*, Vol. 10, n° 1, pp. 32-36.
- Harris, C.C. (1986) *Familia y sociedad industrial*, Barcelona, Península.
- Hauser, Robert M, Brown, Brett V. y Prosser, William R. (eds.) (1997), *Indicators of Children's Well-Being*, New York, Russel Sage Foundation.
- Havick, John (2000) "The impact of the Internet on a television-based society", *Technology in Society*, Vol. 22, pp. 273-287.
- Hawkins, Jan (1985) "Computers and Girls: Rethinking the Issues", *Sex Roles*, Vol. 13, n° 3-4, pp. 165-180.
- Hengst, Heinz (1987) "Liquidation of Childhood. An Objective Tendency", *International Journal of Sociology*, Vol. 17, n° 3, pp. 58-80.
- Hick, Steven y Halpin, Edward (2001) "Children's Rights and the Internet", *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, Vol. 575, pp. 56-70.
- Holmes, Robyn M. (1998) *Fieldwork with Children*, Thousand Oaks (Cal.), Pine Forge Press.
- Holloway, Sarah L. y Valentine, Gill (2001) "'It's Only as Stupid as You Are': children and adult's negotiation of ICT competence at home and at school", *Social and Cultural Geography*, Vol. 2, n° 1, pp. 25-42.
- Honig, Michael-Sebastian et al. (1999b) "Eigenart und Fremdheit. Kindenforschung und das Problem der Differenz von Kindern und Erwachsenen", en: Honig, Michael-Sebastian et al. (Hrsg.) *Aus der Perspektive von Kindern? Zur Methodologie der Kindheitsforschung*, München, Juventa-Verlag.
- (Hrsg.) (1999a) *Aus der Perspektive von Kindern? Zur Methodologie der Kindheitsforschung*, München, Juventa-Verlag.
- Huebner et al., E. Scott (1999), "A Multimethod Investigation of the Multidimensionality of Children's Well-Being Reports: Discriminant Validity of Life Satisfaction and Self-Esteem", *Social Indicators Research*, n° 46, pp.1-22.
- Hufton, O. (1992) "Mujeres, trabajo y familia", en: DUBY, G. y Perrot, M. *Historia de las mujeres*, Madrid, Taurus.
- IESA (2002) *Barómetro sobre nuevas tecnologías*, Córdoba, Instituto de Estudios Sociales de Andalucía.
- Iglesias de Ussel, Julio (1998a), "La familia española en el contexto europeo" en: Palacios, Jesús et al. *Familia y desarrollo humano*, Madrid, Alianza.
- (1998b), *La familia y el cambio político en España*, Madrid, Tecnos.
- INE (1975), *España. Panorámica Social 1974*, Madrid, Instituto Nacional de Estadística.
- (1991), *Indicadores Sociales*, Madrid, Instituto Nacional de Estadística.
- (1994), *Panorámica Social de España*, Madrid, Instituto Nacional de Estadística.
- (1997) *Indicadores sociales de España*, Madrid, Instituto Nacional de Estadística.
- (1999), *Indicadores sociales de España: indicadores sociales de los países iberoamericanos*, Madrid, Instituto Nacional de Estadística.
- (2001) *Estadísticas de la Sociedad de la Información*, Madrid, Instituto Nacional de Estadística.
- Instituto de la Mujer (1989), *Indicadores sociales para la mujer*, Madrid, Instituto de la Mujer.
- James, Adrian L. y James, Allison (2001) "Tightening the net: children, community, and control", *British Journal of Sociology*, Vol. 52, n° 2, pp. 211-228.
- James, Allison y Prout, Alan (ed.) (1997) *Constructing and Reconstructing Childhood: Contemporary Issues in the Sociological Study of Childhood*, London, Falmer Press.
- Jenks, Chris (1982b) "Introduction: Constituting the Child", en: Jenks, Chris (ed.) (1982) *The Sociology of Childhood. Essential Readings*, London, Gregg's Revivals.
- (1996a) *Childhood*, London, Routledge.
- (1996b) "The Postmodern Child", en: Brannen, Julia y O'Brien, Margaret, *Children in Families: Research and Policy*, London, Falmer Press.
- Jenks, Chris (ed.) (1982a) *The Sociology of Childhood. Essential Readings*, London, Gregg's Revivals.
- Jensen, A.-M. y Saporiti, A. (1992), *Do Children Count? Childhood as a Social Phenomenon: a Statistical Compendium*, Viena, Eurosocial Report (European Centre for Social Welfare Policy and Research), n° 36.
- Jensen, An-Magritt (1998) "Partnership and Parenthood in Contemporary Europe: A Review of Recent Findings", *European Journal of Population*, n° 14, pp. 89-99.
- Jerez Mir, Rafael (1990) *Sociología de la Educación. Guía didáctica y textos fundamentales*, Madrid, Consejo de Universidades.
- Jessen, Carsten (1999) *Children's Computer Culture. Three essays on Children and computers*, Odense, Department of Contemporary Cultural Studies (University of South Denmark).
- Johnston, Robert (1976), "Review of new compendia of social statistics and social indicators in five Western countries", *Information sur les ciencias sociales*, Vol.15, n° 3, pp. 349-370.
- Jordanova, Ludmilla (1990) "New worlds for children in the eighteenth century: problems of historical interpretation", *History Of The Human Sciences*, Vol. 3, n° 1.
- Joyanes Aguilar, Luis (1997a) "La galaxia Internet: la última utopía. Condicionantes y apuestas", *Documentación Social*, n° 108, pp. 71-101.
- (1997b) "Cambio tecnológico y nueva sociedad de la información (cibersociedad)", *Cuadernos de Realidades Sociales*, n° 49-50, pp. 129-163.
- (1998) "Globalización de la información y de la comunicación: ¿Hacia un nuevo orden mundial?", *Sociedad y Utopía*, n° 12, pp. 163-189.
- Jura, Michel (1979), "Les indicateurs sociaux", *Consommation*, n° 3-4, pp. 7-27.
- Kamppinen, Matti (2000) "The transformation of time in the information society", *Foresight*, Vol. 2, n° 2, pp. 159-162.
- Karger, Howard J. (1987) "Children and Microcomputers: a critical analysis", *California Sociologist*, Vol. 10, n° 2, pp. 53-64.

- Kenneth C. y Spilerman, S. (eds.) *Social Indicator Models*, New York, Russel Sage Foundation.
- King, John et al. (2002) "An Investigation of Computer Anxiety by Gender and Grade", *Computers in Human Behavior*, Vol. 18, pp. 69-84.
- Kirsh, Steven J. (1998) "Seeing the World through 'Mortal Kombat' Colored Glasses: Violent videogames and the development of a short term hostile attribution bias", *Childhood*, Vol. 5, pp. 177-184.
- Klages, Helmut (1973), "Assesment of an Attempt at a System of Social Indicators", *Policy Sciences*, n° 4, pp. 249-261.
- Klein, P. S. et al. (2000) "The Use of Computers in Kindergarten, with or without Adult Mediation; Effects on children's cognitive performance and behaviour", *Computers in Human Behavior*, Vol. 16, pp. 591-608.
- Kofler, Angelika (1998) "Digital Europe 1998: Policies, Technological Development and Implementation of the Emerging Information Society", *Innovation*, Vol. 11, n° 1.
- Kraut, Robert et al. (1999) "Internet paradox: a social technology that reduces social involvement and psychological well-being", *American Psychologist*, Vol. 53, pp. 65-77.
- Krendl, Kathy et al. (1989) "Children and Computers: Do Sex-Related Differences Persist?", *Journal of Comunication*, Vol. 39, n° 3, pp. 85-93.
- Krotz, Friedrich (2000) "Kids und neuen Medien: Netz-oder Pixelgesellschaft?", *Diskurs*, Vol. 10, n° 1, pp. 9-14.
- Lamb, Michael (1998) "Cybersex: research notes on the characteristics of the visitors to online chat rooms", *Deviant Behavior: An Interdisciplinary Journal*, Vol. 19, pp. 121-135.
- Lamo de Espinosa, Emilio (1998), "Indicador social" en: Giner, Salvador.; Lamo de Espinosa, Emilio; Torres, Cristobal, *Diccionario de Sociología*, Madrid, Alianza.
- Land, Kenneth C. (1975) "Social Indicator Models: An Overview", en: Land, Kenneth C. y Spilerman, S. (eds.) *Social Indicator Models*, New York, Russel Sage Foundation.
- (1983), "Social Indicators", *Annual Review of Sociology*, n° 9, pp. 1-26.
- Land, Kenneth C. y Spilerman, S. (eds.) (1975) *Social Indicator Models*, New York, Russel Sage Foundation.
- Lange, Andreas (1999) "Der Diskurs der neuen Kindheitsforschung. Argumentationstypen, Argumentationsfiguren und methodologische Implikationen", en: Honig, Michael-Sebastian et al. (Hrsg.) *Aus der Perspektive von Kindern? Zur Methodologie der Kindheitsforschung*, München, Juventa Verlag.
- Latesa, Margarita (1986) "Validez y fiabilidad de las observaciones sociológicas", en: García Ferrando, Manuel et al. (Comp.) *El análisis de la realidad social*, Madrid, Alianza.
- Lazarsfeld, Paul F. (ed.) (1954) *Mathematical Thinking in the Social Sciences*, Glencoe (IL.), The Free Press.
- Lazarsfeld, Paul F. (1966), "Concept Formation and Measurement in the Bahavioral Sciences: Some Historical Observations", en: Di Renzo, Gordon J. (ed.), *Concepts, Theory and Explanation in the Behavioral Sciences*, New York, Random Hause.
- Lazarsfeld, Paul F. y Barton, Allen H. (1951), "Qualitative Measurement in the Social Sciences. Clasificación, Typologies and Indices" en: Lerner and Laswell (eds.), *The Policy Sciences*, Stanford (Cal.), Stanford University Press.
- Lazarsfeld, Paul F. y Rosenberg, Morris (eds.) (1955) *The Languaje of Social Research*, Glencoe (IL.), The Free Press.
- Lian Chua, Siew et al. (1999) "Computer anxiety and its correlates: a meta-analysis", *Computers in Human Behavior*, Vol. 15, pp. 609-623.
- Livingstone, Sonia (1998) "Mediated Childhoods. A comparative Approach to Young People's Changing Media Environment in Europe", *European Journal of Communication*, Vol. 13, n° 4, pp. 453-456.
- Lorente, Santiago (1997) "La Sociedad de la Información: su imagen, su proceso, sus logros y sus inconvenientes", *Documentación Social*, n° 108, pp. 155-177.
- Lucchini, Riccardo (1996) "Theory, Method and Triangulation in the Study of Street Children", *Childhood*, Vol. 3, pp. 167-170.
- Lukes, Steven (1984) *Emile Durkheim. Su vida y su obra*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Lyon, David (1995) *El ojo electrónico. El auge de la sociedad de la vigilancia*, Madrid, Alianza.
- Martínez, Diego (1972), "Sistemas de Indicadores" en: Del Campo, Salustiano y Navarro, Manuel, *Los indicadores Sociales a debate*, Madrid, Euramérica.
- Masuda, Yoneji (1984) *La sociedad informatizada como sociedad postindustrial*, Madrid, Tecnos.
- May, Christopher (2000) "Information Society, Task Mobility and The End of Work", *Futures*, Vol. 32, n° 5, pp. 399-415.
- Mayall, Berry (ed.) (1994) *Children's Childhoods: Observed and Experienced*, Londres, The Falmer Press.
- Mc Cabe, Kimberly A. (2000) "Child Pornography and the Internet", *Social Science Computer Review*, Vol. 18, n° 1, pp. 73-76.
- Mc Farland, David (1975) "Models Involving Social Indicators of Population And The Quality Of Life", en: Land, Kenneth C. y Spilerman, S. (eds.) *Social Indicator Models*, New York, Russel Sage Foundation.
- Mc Luhan, Marshall y Powers, Bruce R. (1993) *La aldea global*, Barcelona, Gedisa.
- Mead, George H. (1982) *Espíritu, persona y sociedad*, Barcelona, Paidós.
- Medina Medina, Antonio "Tercer estudio" en: Fundación Foessa, *Tres estudios para un sistema de indicadores sociales*, Madrid, Fundación Foessa-Euramérica.
- Medrich, Elliott A. et al. (1982) *The Serious Business of Growing Up. A Study of Children's Lives Outside School*, Berkeley (Cal.), University of California Press.
- Meirowitz, Joshua (1985) *No Sense of Place: The Impact of Electronic Media on Social Behavior*, Nueva York, Oxford University Press.
- Menou, Michel J. (1985) "An Overview of Social Measures of Information", *Journal of the American Society for Information Science*, Vol. 36, n° 3, pp. 169-177.

- Merton, Robert K. (1964), *Teoría y estructura sociales*, México, Fondo de Cultura Económica (1ª edición)
- Michalos, Alex C. (1980), "Satisfaction and Happiness", *Social Indicators Research*, nº 8, pp. 385-422.
- Miles, Ian (1997) "Cyberspace as product space. Interactive Learning about Interactive Media", *Futures*, Vol. 29, nº 9, pp. 769-789.
- Miringoff, Marc L. y Miringoff, Marque-Luisa (1997), "Context and Connection in Social Indicators: Enhancing What We Measure and Monitor", en: Hauser, Robert M, Brown, Brett V. y Prosser, William R. (edts.), *Indicators of Children's Well-Being*, New York, Russel Sage Foundation.
- Mitra, Ananda (1996) "Nations and the Internet: The Case of a National Newsgroup, 'soc.cult.indian'", *Convergence*, Vol. 2, nº 1, pp. 44-75.
- Moliner, María (1991), *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos.
- Moll, Marita (1998) "No More Teachers no More Schools: information technology and the deschooled society", *Technology in Society*, Vol. 20, pp. 357-369.
- Montgomery, Kathryn C. (2000) "Children's Media Culture in the New Millenium: Mapping the Digital Landscape", *The Future of Children. Children and Computer Technology*, Vol. 10, nº 2, pp. 145-167.
- Moore, Kristin A. (1995) *New Social Indicators of Child Well Being*, Viena, European Centre for Social Welfare Policy and Research.
- (1997), "Criteria for Indicators of Child Well-Being", en: Hauser, Robert M, Brown, Brett V. y Prosser, William R. (edts.), *Indicators of Children's Well-Being*, New York, Russel Sage Foundation.
- Moore, Kristin A. et al (2003) "The Uses (and Misuses) of Social Indicators: Implications for Public Policy", *Child Trends Research Brief*, 2003-nº 1.
- Morahan-Martin, J. y Schumacher, P. (2000) "Incidence and Correlates of Pathological Internet Use Among College Students", *Computers in Human Behavior*, Vol. 16, pp. 13-29.
- Moral, Félix (2001) "Aspectos psicosociales de la comunicación y de las relaciones personales en Internet", *Anuario de Psicología*, Vol. 32, nº 2, pp. 13-30.
- Moser, Claus (1973), "Social Indicators Systems, Methods and Problems", *The Review of Income and Wealth*, nº19, pp. 133-141.
- Moya Valgañón, Carlos (1972), "Sistemas de indicadores en la investigación sociológica: notas críticas" en: Del Campo, Salustiano y Navarro, Manuel, *Los indicadores Sociales a debate*, Madrid, Euramérica.
- Munné, Frederic y Codina, Nuria (1992) "Algunos aspectos del impacto tecnológico en el consumo infantil del ocio", *Anuario de Psicología*, nº 53, pp. 113-125.
- Musolf, Gil R. (1996) "Interactionism and the Child: Cahill, Corsaro, and Denzin on Childhood Socialization", *Symbolic Interaction*, Vol. 19, pp. 303-321.
- Naciones Unidas (1973), *Towards a System of Social and Demographic Statistics. Preliminary Version*, ST/STAT.68, New York, U.N. Secretariat.
- (1975), *Towards a System of Social and Demographic Statistics*, United Nations publication, Series F, nº 18.
- (1989), *Handbook on Social Indicators*, United Nations publication, Series F, nº 49.
- (1996), *Report of the Expert Group on the Statistical Implications of Recent Major United Nations Conferences*, E/CN.3/AC.1/1996/R.4, New York, U.N. Secretariat.
- (2001) *Informe de desarrollo humano*, edición electrónica ([www.undp.org](http://www.undp.org)), acceso 9-5-2002.
- Nectoux, et al., Francois (1980), "Social Indicators: for Individual Well-Being or for Social Control?", *International Journal of Health Services*, Vol.10, nº 1, pp. 89-113.
- Negroponte, Nicholas (1995) *El mundo digital*, Barcelona, Ediciones B.
- Nelson, Lori J. y Cooper, Joel (1997) "Gender Differences in Children's Reactions to Success and Failure with Computers", *Computers in Human Behavior*, Vol. 13, nº 2, pp. 247-267.
- NetValue U.K. (2001) (<http://uk.netvalue.com>), acceso el 21/3/2001.
- Neustadter, Roger (1989) "The politics of growing up: The Status of Childhood in Modern Social Thought", *Current Perspectives in Social Theory*, Vol. 9, pp. 199-221.
- Nieves, José Manuel (2002) "Uno de cada cuatro adolescentes españoles usan videojuegos a diario", *ABC*, 26/6/2002.
- Nissenbaum, Helen y Walker, Derek (1998) "Will Computers dehumanize Education? A grounded approach to values at risk", *Technology in Society*, Vol. 20, pp. 237-273.
- North, A. S. y Noyes, J.M. (2002) "Gender Influences on Children's Computer Attitudes and Cognitions", *Computers in Human Behavior*, Vol. 18, pp. 135-150.
- Nurmela, Juha (2000) "Digital Discrimination", *Foresight: The Journal of Futures Studies, Strategic Thinking and Policy*, Vol. 2, nº 2, pp. 218-222.
- Nutall, Desmond (1994), "Choosing Indicators", en: Centre for Educational Research and Innovation, *Making Education Count. Developing and Using International Indicators*, Paris, OCDE.
- Oakley, Ann (1994) "Women and Children First and Last: Parallels and Differences between Children's and Women's Studies", en: Mayall, Berry (ed.) *Children's Childhoods: Observed and Experienced*, London, Falmer Press.
- OCDE (1973), *Liste des préoccupations sociales communes à la plupart des pays de l'OCDE*, Paris, OCDE.
- (1985), *Lista OCDE de indicadores sociales*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales [e.o. (1982), *La liste OCDE des Indicateurs Sociaux*, Paris, OCDE]
- Ogburn, William F. (2000), "Tendencias sociales", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 92, pp. 211-217. [traducción de la edición original de 1957 en: *Sociology and Social Research*, nº 72.
- Olesen, Jesper (1999) *Children and Media Risks*, Odense, Department of Contemporary Cultural Studies (University of South Denmark)
- Olson, Marcur (1969), *Toward a Social Report*, Washington, US Department of Health, Education and Welfare.
- Orleans, Myron y Laney, Margaret C. (2000) "Children's Computer Use in Home: Isolation or Sociation", *Social Science Computer Review*, Vol. 18, nº 1, pp. 56-72.



- Ortí, Alfonso (1986) "La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta semidirectiva y la discusión de grupo", en: García Ferrando, Manuel et al. (Comp.) *El análisis de la realidad social*, Madrid, Alianza.
- Ortiz Chaparro, Francisco (1996) "Redes avanzadas. Impactos sociales y culturales", *Telos*, n° 44, pp. 105-108.
- Oswell, David (1998) "The Place of 'Childhood' in Internet Content Regulation", *International Journal of Cultural Studies*, Vol. 1, n° 2, pp. 271-291.
- Parsons, Talcott (1982) *EL sistema social*, Madrid, Alianza.
- Pedrero Pérez, Eduardo J. (2002) "Recursos de tratamiento en Internet para conductas adictivas", *Trastornos Adictivos*, Vol. 4, n° 2, pp. 69-82.
- Pigou, Arthur C. (1912), *Wealth and Welfare*, London, Mcmillan.
- Pino Artacho, Juan (1990) *La teoría sociológica*, Madrid, Tecnos.
- Polakow Suransky, Valerie (1982) *The Erosion of Childhood*, Chicago, The UNiversity of Chicago Press.
- Pollock, Linda (1983) *Forgotten Children*, New York, Cambridge University Press.
- Postman, N. (1984) *The Disappearance of Childhood*, New York, Delacorte Press.
- President's Research Committee on Social Trends (1933), *Recent Social Trends*, New York, McGraw-Hill.
- Prosser, William R. y Stagner, Mathew (1997), "Children in Dire Straits: How Do We Know Whether We Are Progressing", en: Hauser, Robert M, Brown, Brett V. y Prosser, William R. (eds.), *Indicators of Children's Well-Being*, New York, Russel Sage Foundation.
- Prout, Alan (1997), "Objective vs. Subjective Indicators or Both? Whose Perspective Counts? or The Distal, the Proximal and Circuits of Knowledge", en: Ben-Arieh, Asher y Wintersberger, Helmut (eds.) *Monitoring and Measuring the State of Children- Beyond Survival*, Viena, Eurosocial Report (European Centre for Social Welfare Policy and Research), n° 62, pp. 89-100.
- Provenzo, Eugene F. (1991) *Video Kids: Making sense of nintendo*, Cambridge (Ma.), Harvard University Press.
- Qvortrup, Jens (1987) (ed.) "Sociology of Childhood: Introduction", *International Journal of Sociology*, Vol. 17, n° 3, pp. 3-37.
- (1993) "Nine Theses about 'Childhood as a Social Phenomenon'", en: Qvortrup, Jens (ed.) *Childhood as a Social Phenomenon. Lessons from an International Project*, Viena, European Centre for Social Welfare Policy and Research.
- (1997a) "Indicators of Childhood and the Intergenerational Dimension", en: Ben-Arieh, Asher y Wintersberger, Helmut (ed.) *Monitoring and Measuring the State of Children-Beyond Survival*, Viena, European Centre for Social Welfare Policy and Research.
- (1997b) "A Voice for Children in Statistical and Social Accounting: A Plea for Children's Right to be Heard", en: James, Allison y Prout, Alan (ed.) *Constructing and Reconstructing Childhood: Contemporary Issues in the Sociological Study of Childhood*, London, Falmer Press.
- (1999) *Childhood and Societal Macrostructures. Childhood Exclusion by Default*, Odense (Dinamarca), Department of Contemporary Cultural Studies (University of South Denmark).
- Qvortrup, Jens et al. (1994), *Childhood Matters: Social Theory, Practice and Politics*, Viena, Avebury.
- RAE (1992), *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe, (21ª edición).
- Rai, Amit (1995) "India On-Line: Electronic Bulletin Boards and the Construction of a Diasporic Hindu Identity", *Diaspora*, Vol. 4, pp. 31-57.
- Rai, L.P. y Lal, K. (2000) "Indicators of the information revolution", *Technology in Society*, Vol. 22, pp. 221-235.
- Richter, T. et al. (2000) "Attitudes toward the computer: construct validation of an instrument with scales differentiated by content", *Computers in Human Behavior*, Vol. 16, pp. 473-491.
- Ritzer, George (1993) *Teoría sociológica contemporánea*, Madrid, Mc Graw-Hill.
- (1996) *La macdonalización de la sociedad. Un análisis de la racionalización de la vida cotidiana*, Barcelona, Ariel.
- Rodríguez Baena, Luis (1998) "Cibercultura: una cultura global", *Sociedad y Utopía*, n° 12, pp. 107-121.
- Rodríguez Pascual, Iván (2000), "¿Sociología de la infancia? Aproximaciones a un campo de estudio difuso", *Revista Internacional de Sociología (tercera época)*, n° 26, pp. 99-124.
- Rosenberg, Richard S. (1993) "Free Speech, Pornography, Sexual Harassment, and Electronic Networks", *The Information Society*, Vol. 9, n° 4, pp. 285-331.
- Ross, Dorothy (1991), *The Origins of American Social Science*, New York, Cambridge University Press.
- Rossi, Peter H. (1998), "On Sociological Data" en: Smelser, N.J. (ed.) *Handbook of Sociology*, Newbury Park (California), Sage Publications.
- Ruby, Alan (1994), "Indicators, Reporting and Rationality: Understanding the Phenomena", en: Centre for Educational Research and Innovation, *Making Education Count. Developing and Using International Indicators*, Paris, OCDE.
- Ruiz, Marta (1996) "Historias de vida, relatos de vida y documentos personales", en: Cruz Beltrán, F. y Gualda Caballero, E. (coord.) *Métodos y técnicas de investigación social*, Huelva, Asociación de Estudios Sociales Miguel Ángel Caro.
- Russet et al., Bruce M. (1964), *World Handbook of Political and Social Indicators*, New Haven, Yale University Press [edición española de 1968: *Análisis comparado de indicadores sociales y políticos*, Madrid, Euramérica].
- Saha, Arunoday (1998) "Technological innovation and Western values", *Technology in Society*, Vol. 20, pp. 499-520.
- Samoriski, Jan H. et al. (1997) "V-Chips and Cybe Cops: Technology vs. Regulation", *Communication Law and Policy*, Vol. 2, n° 1, pp. 143-164.
- Sánchez de la Yncera, Ignacio (1994) *La mirada reflexiva de G.H.Mead*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Saporiti, Angelo (1997) "Children and Society: Connecting Principles to Reality", en: Ben-Arieh, Asher y Wintersberger, Helmut (ed.) *Monitoring and Measuring the State of Children-Beyond Survival*, Viena, European Centre for Social Welfare Policy and Research.



- Sarabia, Berbabé y Zarco, Juan (1997) Metodología cualitativa en España, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas (cuadernos metodológicos, nº 22).
- Scott, Jacqueline (2000) "Is it a different world to when you were growing up? Generational effects on social representations and child-rearing values, *British Journal of Sociology*, Vol. 51, nº 2, pp. 355-376.
- Schlechtweg-Jahn, Ralf (1997) "Computerzombie oder Homo ludens? Tendenzen der Forschung zum Computer-und Videospiele", *Zeitschrift für Semiotik*, Vol. 19, nº 3, pp. 317-327.
- Schonfield, Andrew; Shaw, Stella (1972), *Social Indicators and Social Policy*, London, Heinemann (1ª edición).
- Schumacher, P. y Morahan-Martin, J. (2001) "Gender, Internet and computer attitudes and experiences", *Computers in Human Behavior*, Vol. 17, pp. 95-110.
- Seco, Manuel; Andrés, Olimpia; Ramos, Gabino (2000), *Diccionario abreviado del español actual*, Madrid, Aguilar.
- Segale, Martin (1992) *Antropología histórica de la familia*, Madrid, Taurus.
- Sennet, Richard (1978) *El declive del hombre público*, Barcelona, Península.
- Setién, María Luisa (1993), *Indicadores sociales de calidad de vida. Un sistema de medición aplicado al País Vasco*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Sheldon, Eleanor B. y Moore, Wilbert. (comps.) (1968), *Indicators of Social Change. Concepts and Measurement*, New York, Russel Sage Foundation.
- Sherer, Moshe (1998) "The Effect of Computerized Simulation Games on the Moral Development of Junior and Senior High-School Students", *Computers in Human Behavior*, Vol. 14, nº 2, pp. 375-386.
- Shields, Margie K. y Behrman, Richard E. (2000) "Children and Computer Technology: Analysis and Recommendations", *The Future of Children. Children and Computer Technology*, Vol. 10, nº 2, pp. 4-24.
- Sierra Bravo, Restituto (1992) *Técnicas de investigación social*, Madrid, Paraninfo (octava edición).
- Simmel, Georg (1972) *Sociología*, Madrid, Alianza.
- Solberg, Anne (1996) "The Challenge in Child Research: From 'Being' to 'Doing'", en: Brannen, Julia y O'Brien, Margaret (ed.), *Children in Families: Research and Policy*, London, Falmer Press.
- Solé, Carlota (1987) "Sociedades avanzadas: transformaciones básicas y nuevas tecnologías", *Papers*, nº 28, pp. 77-90.
- Spilerman, Seymour (1975) "Forecasting Social Events", en: Land, Kenneth C. y Spilerman, S. (eds.) *Social Indicator Models*, New York, Russel Sage Foundation.
- Stafford, Jean (1978), "Petite Historie des indicateurs sociaux", *Communautés. Archives de Sciences Sociales de la Coopération et du Développement*, nº 45, pp. 69-90.
- Stanley, Janet (2001) "Child Abuse and the Internet", *Issues in Child Abuse Prevention*, nº 15, acceso on-line ([www.aifs.org.au](http://www.aifs.org.au)) el 15/2/2002.
- Steinbicker, Jochen (2001) "Soziale Ungleichheit in der Informations- und Wissensgesellschaft", *Berliner Journal für Soziologie*, Vol. 11, nº 4, pp. 441-458.
- Stepulevage, Linda (1999) "Becoming a Technologist. Days in a girl's life", *Information, Communication & Society*, Vol. 2, nº 4, pp. 399-418.
- Subrahmanyam, Kaveri et al. (2000) "The Impact of Home Computer Use on Children's Activities and Development", *The Future of Children. Children and Computer Technology*, Vol. 10, nº 2, pp. 123-144.
- Synnott, Anthony (1983) "Little Angels, Little Devils: A Sociology of Children", *Canadian Review of Sociology and Anthropology*, Vol. 20, nº 1, pp. 79-95.
- Tejeiro, Ricardo (2001) "La adicción a los videojuegos. Una revisión", *Adicciones*, Vol. 13, nº 4, pp. 407-413.
- Therborn, Göran (2002) "Entre el sexo y el poder: Pautas familiares emergentes en el mundo", *Sistema*, nº 166, pp. 3-31.
- Tien, Lee (1994) "Children's Sexuality and the New Information Technology: A Foucaultian Approach", *Social and Legal Studies*, Vol. 3, pp. 121-147.
- Tocqueville, Alexis (1980) *La democracia en América* (Vol. II), Madrid, Alianza.
- Toffler, Alvin (1987) *La tercera ola*, Barcelona, Plaza y Janés.
- Torregrosa Peris, José Ramón (1972) "Indicadores sociales e investigación social" en: Del Campo, Salustiano y Navarro, Manuel, *Los indicadores Sociales a debate*, Madrid, Euramérica.
- Tsoukas, Haridimos (1997) "The Tyranny of Light. The Temptations and the Paradoxes of the Information Society", *Futures*, Vol. 29, nº 9, pp. 827-843.
- U.S. Department of Health and Human Services, Office of the Assistant Secretary for Planning and Evaluation (1996), *Trends in the Well-Being of America's Children and Youth: 1996*, Washington D.C., U.S. Department of Health and Human Services.
- UNESCO (1976), *The Use of Socio-economic Indicators in Development Planning*, Paris, UNESCO.
- UNICEF (1998), *The State of the World's Children*, New York, UNICEF.
- Vallés, Miguel S. (1997) *Técnicas cualitativas de investigación social*, Madrid, Síntesis.
- Van Krieken, Robert. (1992) "La formación de los sistemas de bienestar infantil entre 1890 y 1940", *Anuario de Psicología*, nº 53.
- Varela, Julia (1986) "Aproximación genealógica a la moderna percepción social de los niños", *Revista De Educación*, nº 281.
- (1989) "Elementos para una genealogía de la escuela primaria en España", en: Ortega, Félix et al. *Manual de sociología de la educación*, Madrid, Visor.
- Walker, Katherine (2000) "'It's Difficult to Hide It: The Presentation of Self on Internet Home Pages", *Qualitative Sociology*, Vol. 23, nº 1, pp. 99-120.
- Wartella, Ellen A. y Jennings, Nancy (2000) "Children and Computers: New Technology-Old Concerns", *The Future of Children. Children and Computer Technology*, Vol. 10, nº 2, pp. 31-43.
- Weber, Max (1984), *La acción social: ensayos metodológicos*, Barcelona, Península, (1ª edición).

- (1993) *El político y el científico*, Madrid, Alianza (13ª edición).
- (1993), *Economía y sociedad*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, (2ª edición).
- Webster, Frank (1994) "What Information Society?", *The Information Society*, Vol. 10, nº 1, pp. 1-23.
- Wert, José I. (2003), "Internet en España", *Ciberp@is*, jueves 20 de febrero.
- Wessely, Christian (1995) "Auf den Spuren des Mythos in Computerspielen", *Communicatio Socialis*, Vol. 28, nº 4, pp. 349-377.
- Whitley Jr., Bernard E. (1997) "Gender Differences in Computer-Related Attitudes and Behavior: a Meta-Analysis", *Computers in Human Behavior*, Vol. 13, nº 1, pp. 1-22.
- Whitty, Monica (2002) "Liar, liar! An examination of how open, supportive and honest people are in chat rooms", *Computers in Human Behavior*, Vol.18, 343-52.
- Wilder, Gita et al. (1985) "Gender and Computers: Two Surveys of Computer-Related Attitudes", *Sex Roles*, Vol. 13, nº 3-4, pp. 215-228.
- Wilson, Adrian (1980) "The Infancy of the History of Childhood: An Appraisal of Philippe Ariès", *History and Theory*, nº 19, pp. 132-153.
- Yates, Simeon J. y Littleton, Karen (1999) "Understanding Computer Game Culture", *Information, Communication and Society*, Vol. 2, nº 4, pp. 566-583.
- Yen, David C. y Chou, David C. (2001) "Wireless communications: the next wave of INternet technology", *Technology in Society*, Vol. 23, pp. 217-226.
- Zamfir, Elena (1997), "Social Services for Children at Risk: The Impact on the Quality of Life", *Social Indicators Research*, nº 42, pp. 41-76.
- Zapf, Wolfgang (1975), "Les systemes d'indicateurs sociaux: approches et problemès", *Revue Internationale des Sciences Sociales*, Vol. 27, nº 3, pp. 507-529.
- (1979), "Applied Social Reporting: a Social Indicators System for West Germany Society", *Social Indicators Research*, Vol. 6, nº 4, pp. 397-419.
- (2000), "Social Reporting in the 1970s and in the 1990s", *Social Indicators Research*, nº 51, pp.1-15.
- Zelizer, Viviana (1985) *Pricing the Priceless Child: The Changing Social Value of Children*, New York, Basic Books.



## **Anexo (I)**

- Cuestionario

CUESTIONARIO SOBRE LAS CONDICIONES DE VIDA DE LA POBLACIÓN INFANTIL  
EN RELACIÓN A LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS DE LA INFORMACIÓN Y LA  
COMUNICACIÓN.



## INSTRUCCIONES PARA RELLENAR ESTE CUESTIONARIO

Estimado alumno/a:

Delante de ti tienes una lista de preguntas (un cuestionario) sobre tus costumbres relacionadas con la tecnología (ordenadores, videojuegos, Internet, etc.), que nos interesa conocer.

Por favor, te pedimos que respondas individualmente a las siguientes cuestiones. En la mayor parte de ellas encontrarás, después de una pregunta, varias respuestas posibles y una casilla vacía al lado de cada una de ellas. Escoge una de estas respuestas (normalmente sólo tendrás que marcar una cruz), la que tú darías, y marca con una cruz la casilla que tiene al lado.

**ejemplo:** la pregunta dice: ¿tienes un ordenador en tu dormitorio o cuarto de estudio?, y abajo aparecerá:

Sí	<input type="checkbox"/>
No	<input type="checkbox"/>
No lo sé	<input type="checkbox"/>

Imaginemos que, efectivamente, tienes un ordenador en tu cuarto; deberás marcar con una cruz la opción del "SÍ", de la siguiente manera.

Sí	<input checked="" type="checkbox"/>
No	<input type="checkbox"/>
No lo sé	<input type="checkbox"/>

y así sabremos que formas parte del grupo de chicos o chicas que tienen ordenador en casa. También podrías haber respondido que "NO" si no lo tienes o "NO LO SÉ" si no te acuerdas o piensas que la pregunta es difícil.

**RECUERDA:** que esto no es un examen ni una prueba y que no tienes que escribir tu nombre ni tus apellidos en ningún sitio. Es algo anónimo, es decir, que nadie puede saber qué es lo que has contestado a cada pregunta. Como nadie lo puede saber, te pedimos que contestes a cada pregunta tú solo (sin ayuda de los compañeros) y sinceramente (porque nadie va a saber qué es lo que has respondido. Al final, tendrás un espacio en blanco por si quieres anotar cosas que no hayas podido decir al contestar al cuestionario.

Muchas gracias, te agradecemos tu colaboración.

P1. ¿Qué edad tienes? \_\_\_\_\_ años

P2. ¿Eres chico o chica?

1.un chico

2.una chica

P3. ¿Con quién vives?

1.Con mi padre y mi madre

2.Con mi padre, mi madre y mis hermanos

3.Con mi padre, mi madre, mis hermanos y mis abuelos

4.Con mis padres, mis hermanos y otro familiar (que no es mi abuelo)

5.Con mi padre y mis hermanos

6.Con mi madre y mis hermanos

7.Con mi madre

8.Con mi padre

9.Con una persona mayor que no es de mi familia

99.No lo sé


10. Otras respuestas (escríbelas): \_\_\_\_\_

P4. ¿Cuántos hermanos viven contigo (sin que te cuentes tú)?

1.No tengo hermanos

2.Uno

3.Dos

4.Tres

5.Cuatro

6.Más de cuatro hermanos

9. No lo sé

P5. Ahora, ¿puedes indicarnos si tenéis los siguientes aparatos en casa? (Marca una cruz para cada aparato)

	1.Sí tenemos	2.No tenemos	9. No lo sé
a)Ordenador			
b)Teléfono Móvil			
c)DVD			
d)Consola de videojuegos			
e)Televisión de pago (Canal+, Vía Digital, Ono, etc.)			
f)Conexión a Internet (normal)			
g)Conexión a Internet por ADSL			

P6. De los aparatos que tienes en casa, ¿Puedes indicarnos quién los usa? (Marca una cruz para cada aparato)

	1.sólo yo	2.sólo mis padres	3.Yo y mis hermanos	4.Lo usamos entre todos	5. Ninguna de las anteriores
a)Ordenador					
b)Teléfono Móvil					
c)DVD					
d)Consola de videojuegos					
e)Televisión de pago (Canal+, Vía Digital, Ono, etc.)					
f)Conexión a Internet (normal)					
g)Conexión a Internet por ADSL					

P7. ¿Qué otras cosas o aparatos tienes conectadas en tu ordenador?

	1.Sí tengo	2.No tengo	9.No lo sé
a) Una disquetera			
b) Un lector o unidad de CD (para leer discos compactos ó CD Rom)			
c) Una grabadora de CDs (para copiar discos compactos ó CD Rom)			
d) Un DVD (para ver películas en la pantalla del ordenador)			
e) Una impresora (para imprimir en papel)			
f) Un escáner (para meter fotografías en el ordenador)			
g) Unos altavoces (para escuchar música y sonido por el ordenador)			
h) Un Joystick o un mando (para jugar a videojuegos)			
i) Otras cosas que no son ninguna de las anteriores			

P8. Si tenéis ordenador, ¿en qué sitio de tu casa está?

- 1.Hay varios y ninguno está en mi habitación
- 2.Hay varios pero uno está puesto en mi habitación
- 3.Hay sólo uno, en mi habitación
- 4.Hay sólo uno, en el salón
- 5.Hay sólo uno, en la habitación de alguno de mis hermanos
- 6.Hay sólo uno, en el cuarto de alguno de mis padres
- 9.No lo sé


8. Otro lugar (di cuál): \_\_\_\_\_

P9. ¿Sabes lo que es Internet?

- 1.No sé lo que es Internet
- 2.Sé lo que es Internet, pero no sé usarlo
- 3.Sé lo que es Internet pero sólo lo he usado alguna vez
- 4.Sé lo que es Internet y lo uso frecuentemente


P10. Ahora piensa, por favor, en el mes pasado. Durante ese mes: (marca una sola cruz para cada respuesta)

	1. Sí	2. No
a) Utilicé el ordenador en mi colegio o instituto		
b) Utilicé Internet en mi colegio o Instituto		

P11. ¿Tienes un teléfono móvil que sólo usas tú?

- |             |                          |
|-------------|--------------------------|
| 1. Sí       | <input type="checkbox"/> |
| 2. No       | <input type="checkbox"/> |
| 9. No lo sé | <input type="checkbox"/> |

P12. Si has respondido que "Sí" en la pregunta anterior, ¿para qué lo usas? (Marca una cruz para cada respuesta).

	1. Sí	2. No	9. No lo sé
a) Para hablar con mis padres cuando estoy fuera de casa	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
b) Para hablar o quedar con mis amigos	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
c) Para intercambiar mensajes cortos con mis amigos	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
d) Para dar "toques" o avisos a mis amigos	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
e) Para conocer a gente nueva con el chat	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
f) Para recibir noticias o mensajes (pero no de mis amigos)	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>

99. Otros usos que no son los de arriba (di cuales): \_\_\_\_\_



P13. Ahora te pedimos que pienses en un día entre semana, es decir, que no sea festivo o fin de semana (un martes o un miércoles, por ejemplo) y nos digas en qué momento del día es más normal que hagas las siguientes cosas: usar el ordenador, jugar a videojuegos, conectarte a Internet, hablar por el móvil y ver la tele de pago (**MARCA UNA SOLA CRUZ PARA CADA COSA**).

	1. Por la mañana nada más levantarme	2. Por la mañana después de desayunar y antes de irme al colegio/instiuto	3. Resto de la mañana (mientras estoy en el colegio/instiuto)	4. Al mediodía, cuando vuelvo del colegio/instiuto y antes de comer	5. Justo después de comer	6. A primera hora de la tarde (entre las cinco y las seis)	7. A media tarde (entre las seis y las ocho)	8. A finales de la tarde (entre las ocho y las nueve)	9. Antes de cenar	10. Justo después de cenar (hasta las diez y media)	11. De las diez y media de la noche en adelante	12. Ninguna de las anteriores
a) Uso el ordenador (no para jugar ni para conectarme a Internet)												
b) Juego a algún videojuego												
c) Me conecto a Internet												
d) Hablo con mis amigos por el teléfono móvil												
e) Veo algún programa en la televisión de pago (Canal+, Vía Digital, Ono, etc.)												

P14. Ahora, en cambio, tienes que responder como en la pregunta anterior pero pensando en un día festivo o de fin de semana, (un sábado cualquiera, por ejemplo) y nos digas en qué momento del día es más normal que hagas las siguientes cosas: usar el ordenador, jugar a videojuegos, conectarte a Internet, hablar por el móvil y ver la tele de pago (MARCA UNA SOLA CRUZ PARA CADA COSA).

	1. Por la mañana nada más levantarse o antes de desayunar	2. Por la mañana después de desayunar (hasta las doce)	3. Al mediodía (de doce a una)	4. Justo antes de comer (desde la una hasta la comida)	5. Justo después de comer o antes de las cinco	6. A primera hora de la tarde (entre las cinco y las seis)	7. A media tarde (entre las seis y las ocho)	8. A finales de la tarde (entre las ocho y las nueve)	9. Antes de cenar	10. Justo después de cenar (hasta las diez y media)	11. De las diez y media de la noche en adelante	12. Ninguna de las anteriores
a) Uso el ordenador (no para jugar ni para conectarme a Internet)												
b) Juego a algún videojuego												
c) Me conecto a Internet												
d) Hablo con mis amigos por el teléfono móvil												
e) Veo algún programa en la televisión de pago (Canal+, Vía Digital, Ono, etc.)												

P17. A continuación te pedimos que respondas "SÍ" (es verdad) o "NO" (no es verdad), dependiendo de sí en tu casa se hacen las siguientes cosas: (Marca sólo una cruz por cada frase):

	1. Sí es verdad.	2.No es verdad	9.No lo sé
Cuando yo uso el ordenador está conmigo alguno de mis padres			
Cuando yo me conecto a Internet está conmigo alguno de mis padres			
Antes de jugar a un videojuego alguno de mis padres me pide que se lo enseñe primero y me da consejos sobre él.			
Antes de usar el ordenador alguno de mis padres me ha explicado cómo se utiliza y qué puedo hacer y qué no.			
Antes de conectarme a Internet alguno de mis padres me ha explicado cómo funciona y me dice qué puedo hacer y qué no.			
En general, cuando me conecto a Internet o uso el ordenador alguno de mis padres me pregunta después qué he hecho o a qué he jugado.			
En general, siempre que me conecto a Internet o uso el ordenador estoy solo y luego nadie me pregunta qué he hecho.			

P18. Piensa en el mes pasado, ¿cuáles de los siguientes programas has utilizado en tu ordenador? (Marca una sola cruz para cada respuesta).

	1.Sí, lo he utilizado	2.No lo he utilizado	9.No lo sé
a) Programas procesadores de texto (Word, Word Perfect, etc.)			
b) Diccionarios o enciclopedias multimedia (Encarta, etc.)			
c) Programas de diseño y fotografía (Photoshop, etc.)			
d) Hojas de Cálculo (Excel, Lotus, etc.)			
e) Videojuegos para PC			
f) Navegadores de Internet (Explorer, Netscape, etc.)			
g) Programas de grabación de CD (Easy CD, Nero, etc.)			
h) Otros programas que no fueran ninguno de los anteriores			

P19. Y en el mes pasado, ¿alguna vez te conectaste a Internet desde tu casa?

- 1. Sí
- 2. No
- 9. No lo sé

P20. En general, ¿cada cuánto tiempo te conectas a Internet desde casa?

- 1. Nunca me conecto a Internet
- 2. Muy de vez en cuando (una vez al mes o incluso menos)
- 3. Una vez a la semana
- 4. Entre dos y tres veces a la semana
- 5. Entre tres y cinco veces a la semana
- 6. Prácticamente todos los días
- 7. Sólo los fines de semana
- 8. Otra frecuencia
- 99. No lo sé

Si has respondido "otras frecuencias", ¿cuáles son?: \_\_\_\_\_

P21. ¿Tienes una dirección de correo electrónico para ti solo?

- 1. Sí
- 2. No
- 9. No lo sé

P22. Y ¿cada cuánto tiempo lees tu correo electrónico?

- 1. Nunca leo el correo electrónico
- 2. Muy de vez en cuando (una vez al mes o incluso menos)
- 3. Una vez a la semana
- 4. Entre dos y tres veces a la semana
- 5. Entre tres y cinco veces a la semana
- 6. Prácticamente todos los días
- 7. Sólo los fines de semana
- 8. Otras frecuencias
- 99. No lo sé

Si has respondido "otras frecuencias", ¿cuáles son?: \_\_\_\_\_

P23. ¿Sabes lo que es un chat?

- 1. No sé lo que es un chat
- 2. Sí, se lo que es pero nunca he estado en uno
- 3. Sí, sé lo que es y alguna vez he estado en uno
- 4. Sí, sé lo que es y lo uso con frecuencia

P24. Si has contestado que sí en la pregunta anterior, ¿cada cuánto tiempo lo utilizas?

- |  |                          |
|--|--------------------------|
| 1. Nunca he entrado en un chat                           | <input type="checkbox"/> |
| 2. Muy de vez en cuando (una vez al mes o incluso menos) | <input type="checkbox"/> |
| 3. Una vez a la semana                                   | <input type="checkbox"/> |
| 4. Entre dos y tres veces a la semana                    | <input type="checkbox"/> |
| 5. Entre tres y cinco veces a la semana                  | <input type="checkbox"/> |
| 6. Prácticamente todos los días                          | <input type="checkbox"/> |
| 7. Sólo los fines de semana                              | <input type="checkbox"/> |
| 8. Otras frecuencias                                     | <input type="checkbox"/> |
| 9. No lo sé  | <input type="checkbox"/> |

P25. Ahora te proponemos una serie de frases y queremos que nos indiques si estás de acuerdo (piensas que es verdad) o no estás de acuerdo (piensas que no es verdad) con ellas. (marca una sola cruz por cada frase).

	1. Sí, estoy de acuerdo	2. No estoy de acuerdo	9. No lo sé
Creo que conectarse a Internet sirve sobre todo para buscar información para hacer las tareas del colegio o el instituto o para hacer los trabajos que me piden los profesores			
Creo que Internet es para jugar en red o para buscar trucos o información sobre algún videojuego			
Creo que el correo electrónico es para comunicarme con los amigos			
Creo que el chat es un buen sitio para conocer amigos nuevos			
Creo que estar en Internet es mejor que hacer cualquier otra cosa			
Creo que es mejor estar solo usando el ordenador o jugando a los videojuegos que salir a la calle a jugar con los amigos			
Creo que Internet no sirve para nada y sólo es una pérdida de tiempo			

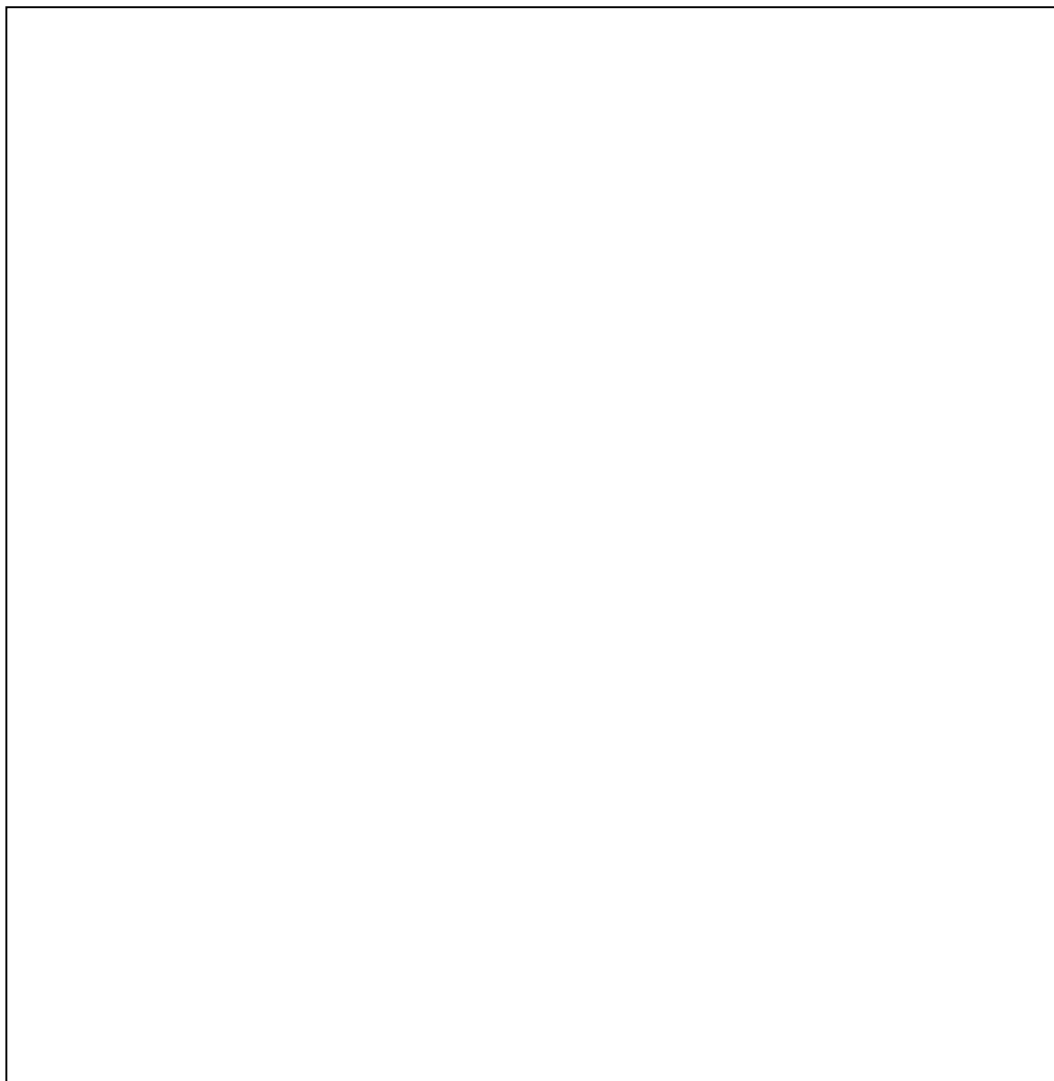


P26. en el mes pasado, ¿puedes decirnos cuáles de las siguientes cosas has hecho o te han pasado cuando has estado conectado a Internet? (marca sólo una cruz por cada cosa)

	1.Sí lo he hecho o me ha pasado	2.No lo he hecho o no me ha pasado	9.No lo sé
Me he conectado a Internet desde un cibercafé o un salón de juegos en red			
He visitado páginas web para niños			
He visitado páginas de videojuegos			
He visitado páginas desde las que puedo descargar música (mp3, por ejemplo)			
He visitado páginas sobre estrellas de cine o cantantes, etc.			
He visitado páginas para comprar cosas por Internet			
He comprado algo por Internet			
He recibido en mi correo electrónico mensajes de personas que no conozco o publicidad			
Me ha pasado que buscando una página he aparecido en otra donde he visto algo que me ha disgustado o me ha hecho sentirme mal			
He visitado (aunque haya sido por accidente) alguna página que me advirtiera de que tenía que ser mayor de 18 años para continuar viéndola.			
He entrado en algún chat para hablar con mis amigos			
He entrado en algún chat para hablar con gente que no conocía			
He entrado en alguna página web en la que me han pedido mis datos personales (dirección, teléfono, nombre, etc.) o los de mis padres			

¡MUCHAS GRACIAS POR TU COLABORACIÓN!

A CONTINUACIÓN TE OFRECEMOS UN ESPACIO EN BLANCO POR SI QUIERES CONTARNOS ALGO SOBRE LOS ORDENADORES, INTERNET O LOS VIDEOJUEGOS QUE PIENSES QUE ES INTERESANTE PERO QUE NO TE HAYAMOS PREGUNTADO EN ESTE CUESTIONARIO

A large empty rectangular box with a thin black border, intended for the respondent to provide additional information or comments related to the questionnaire topics.

ARE LL ENAR POR LOS CODIFICADORES

¿Ha registrado incidencias graves en su codificación este cuestionario?

- 1. Sí
- 2. No

¿Puede señalar que tipo de deficiencia se registró?

- 1. Se entregó en blanco
- 2. Más de la mitad de las preguntas sin responder
- 3. Cuestionario ilegible por respuestas mal señaladas
- 4. Cuestionario ilegible por dibujos, tachaduras, borrones, etc.
- 5. Incoherencia en las respuestas
- 6. No sabe en más de la mitad de las preguntas
- 7. Más de una respuesta por pregunta